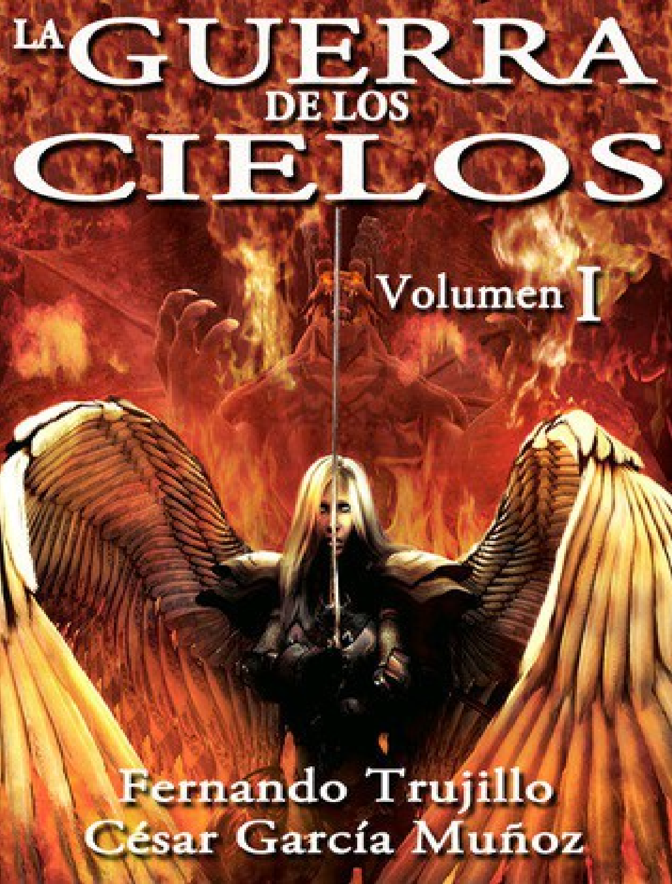
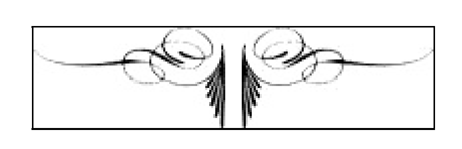

LA GUERRA
DE LOS
CIELOS
Volumen I
Fernando Trujillo
César García Muñoz

LA GUERRA DE LOS CIELOS

VOLUMEN 1

Edición y corrección: Nieves García Bautista

PRÓLOGO



Nueve de cada diez personas sentirían algún remordimiento al interrumpir el sermón de un cura con una ruidosa canción de un grupo de rock, cuya letra era, como mínimo, inapropiada para la ocasión. Y eso sería aún más cierto si el evento que acabaran de entorpecer de manera tan insensible fuera un funeral.

Sin embargo, Ramsey sólo sintió una

ola de felicidad cuando el sacerdote levantó la vista de su Biblia y todos los asistentes giraron sus cabezas para atravesarle con una mirada de indignación. Metió la mano en el bolsillo de su americana y sacó el móvil tan rápido como pudo, al tiempo que murmuraba una disculpa y se alejaba a toda prisa por los jardines del cementerio.

Cuando uno sólo puede hablar una vez al mes con su mujer, porque se halla casi incomunicada en la otra parte del mundo, colgar su llamada es la última cosa que pasa por la cabeza. Aun así, Ramsey tomó nota mental de cambiar el tono de su moderno teléfono móvil.

—Hola, cielo —saludó mientras

seguía caminando entre los árboles apoyándose en su bastón negro. Tuvo que detenerse un segundo para calarse hasta las cejas el sombrero de ala que siempre llevaba, pues el viento amenazaba con arrebatárselo—. Te he echado de menos. ¿Cómo va todo por ahí abajo?

Ramsey se estremeció de frío al recordar que su mujer estaba en la Antártida. Cada vez que pensaba en ello seriamente, un escalofrío recorría su espalda de arriba abajo.

—Yo también a ti, cariño —contestó la voz de su mujer—. Por aquí todo marcha según lo previsto. La visita del congresista Collins y sus burócratas nos ha retrasado un poco pero logramos que

dieran su apoyo económico ante el Congreso. ¿Qué tal todo por casa? —preguntó sin disimular su nostalgia.

Ramsey prefirió omitir el reciente suceso en la iglesia: no le pareció a la altura del congresista Collins ni de los presupuestos millonarios para misiones científicas. En lugar de eso, le resumió los mejores momentos que había vivido desde que hablaron el mes pasado, que por desgracia no eran tantos como le hubiera gustado. Los negocios no iban precisamente viento en popa, pero no quería ensombrecer su conversación mensual con noticias desagradables. Su mujer, por su parte, le relató los avances en la investigación del proyecto que lideraban en el Polo Sur. Jane utilizaba

la clase de jerga científica que a Ramsey, directivo de una tabacalera, le resultaba casi incomprensible. Pero ella le hablaba con tanta pasión que nunca había sentido la necesidad de cortarla. Sería porque llevaban poco tiempo casados, pensó cínicamente. Al menos había contraído matrimonio en una ceremonia en la que por fortuna los invitados tuvieron más tacto que él y apagaron sus móviles.

—Entonces, ¿cuánto falta para que concluya el trabajo y regreses a casa? —preguntó Ramsey.

—Si todo continúa así, en dos meses habremos terminado —dijo ella con una nota de alegría.

A Ramsey no le pareció tan buena

noticia como a su mujer. Aunque el plazo no se alargaba, él había albergado la esperanza de que estuviese de vuelta antes, pero se abstuvo de decir nada.

—¡Oh, cariño! —La voz de su mujer sonó emocionada al otro lado de la línea —. ¡Es increíble, estoy viendo la aurora austral! Es un espectáculo de luces extraordinario. Ojalá pudieses estar aquí ahora para verlo conmigo.

Ramsey se imaginó a su mujer con el teléfono pegado a la oreja, mirando hacia el cielo del Polo Sur. Sin darse cuenta, se dejó llevar por la ilusión de estar a su lado y alzó la vista como si ella le estuviese señalando dónde mirar. Lo que contempló le dejó boquiabierto.

—Ramsey, ¿sigues ahí? —preguntó su

esposa—. No te oigo. ¿Me escuchas?

—Sí, te oigo, perdona es que... juraría... que yo también la veo.

—¿Qué es lo que ves? —replicó sin entenderle.

—La aurora. Veo las luces en el cielo formando una especie de estela de colores —balbuceó Ramsey.

—Vamos, cariño —dijo ella en tono de reproche—. No empieces con tus bromas.

—Te lo juro. Estoy viendo una aurora ahí arriba —insistió—. Es como la que vimos en Alaska el año pasado. ¿La que ves allí es verde con trazos morados?

—Sí —respondió ella con un claro cambio en su voz—. Pero eso no puede ser. Tendrías que estar mucho más al

norte para poder ver una aurora boreal. Y no podría ser la misma que veo yo. Escúchame bien, si es otra broma pesada te juro que me quedaré aquí un año...

—¡No es una broma! —cortó él—. La estoy viendo con mis propios ojos. Voy a hacer una foto con el móvil y te la mando, así podrás comprobar que no miento.

Dejándose arrastrar por una inesperada excitación, Ramsey se alejó de la arboleda para mejorar su visión. Mientras salía hacia un lateral del cementerio, observó que la gente se detenía y levantaba la cabeza hacia arriba. En ese instante, un espectacular y silencioso fogonazo llenó el cielo en su

totalidad. Ramsey se tapó los ojos de manera instintiva, y, cuando retiró la mano, contempló cómo el firmamento se vestía de diferentes colores. Primero se tiñó completamente de rojo y en unos segundos varió la tonalidad, pasando sucesivamente por una escala que iba del amarillo al añil.

—¿Ramsey? —gritó su mujer por el teléfono—. Algo ha pasado aquí. La aurora ha desaparecido con una especie de explosión de luz. —La voz de su esposa sonaba asustada—. El cielo está cambiando de color...

No podía creer lo que le estaba diciendo. Era sencillamente imposible. Le estaba relatando con todo lujo de detalles lo mismo que él presenciaba, a

pesar de estar a miles de kilómetros de distancia.

—¿Ahora está de color amarillo? —preguntó.

—Sí. ¿Cómo lo sabes? —contestó ella—. ¿Ahí también está pasando lo mismo? Su voz de científica denotaba tensión y excitación al mismo tiempo.

En ese instante se cortó la comunicación. El móvil no emitió un pitido que indicase que la línea estaba saturada o comunicando, simplemente se sumió en el silencio. Ramsey lo miró y vio que estaba apagado. Sintiéndose cada vez más nervioso, intentó en vano volver a encenderlo. No respondía a ningún botón aunque aquella mañana le había cargado la batería por completo.

Ramsey se dirigió de vuelta al funeral con la intención de pedir prestado otro móvil, pero algo en su interior le decía que el resto también habría dejado de funcionar.

No llegó a dar dos pasos por la acera cuando se detuvo ante una extraña imagen que a su cerebro le costó procesar. Un niño intentaba reclamar la atención de su madre, pero ella contemplaba atónita el cielo cambiante. El chico tiraba insistentemente de un perro que permanecía inmóvil, como una pequeña figura de porcelana. Dos de sus patas estaban posadas firmemente en el suelo, mientras que las otras se mantenían en el aire en un equilibrio imposible. Ramsey lo miró sin saber qué

hacer. El perro seguía petrificado, como si fuese una fotografía de sí mismo hecha mientras caminaba detrás de su dueño. El pequeño rompió a llorar y la madre por fin se volvió hacia él.

Luchando por comprender lo que sucedía, algo llamó su atención en el límite de su visión periférica. Ramsey se volvió y se quedó aún más estupefacto. Una ardilla se había congelado a mitad de un salto entre las ramas de dos árboles. Aquello no podía ser. Ramsey se frotó los ojos y volvió a mirar con la esperanza de que todo hubiera sido una ilusión, pero no, la ardilla seguía allí, suspendida ingrávida en el aire, ajena por completo a la atracción de la gravedad. Un molesto cosquilleo le

mordió la nuca.

El cielo continuó cambiando de color. Completamente desconcertado, a Ramsey sólo se le ocurría pensar que aquel misterioso fogonazo había paralizado a los animales. Se preguntó estúpidamente si su mujer estaría viendo pingüinos que se negaban a efectuar movimiento alguno. Trató de reponerse y actuar. «Eso es lo que se me da bien», pensó. Dio la vuelta hacia la carretera dispuesto a entrar de nuevo en la iglesia y pedir ayuda, pero no pudo separarse del suelo. La orden había salido de su cerebro, de eso estaba seguro, pero su pie no le respondió.

Sin saber cómo ni en qué momento, había perdido totalmente el control de

sus movimientos. Aún era consciente de cuanto sucedía en torno a él pero no podía siquiera girar los ojos. Su vista estaba fija en la carretera y no era capaz de sentir su propio cuerpo. Lo veía todo como si fuera una película con la cámara fija en un punto, sin que pudiese hacer nada por interactuar con el entorno. Era un penoso consuelo, pero se tranquilizó levemente al comprobar que las personas que se encontraban a su alrededor también estaban paralizadas. La madre y su hijo, reclinados sobre el perro. Una pareja al otro lado de la calle, mirando el firmamento. Y un grupo de seis niños, cruzando un paso de cebra.

De no ser por el latir de su corazón y

el murmullo de la leve brisa matinal, Ramsey hubiera pensado que el mismo tiempo se había detenido. Pero eso no podía ser. Las hojas seguían cayendo de los árboles, y una bolsa de plástico describía círculos en el aire, empujada por el viento. Por lo visto, sólo los animales y las personas resultaban afectados.

Ramsey oyó el sonido de un motor acercándose por su izquierda, pero no pudo girar la cabeza. Delante de él, los escolares seguían inmóviles en medio de la calle. Un estremecimiento de horror le sacudió mientras anticipaba la tragedia. Su mente gritaba con todas su fuerzas, pero sus labios permanecían cerrados, desobedientes. La parte

delantera de un camión de limpieza asomó ante sus ojos. Avanzaba a poca velocidad, pero constante. La figura del conductor, visible tras el cristal, permanecía tan quieta como los demás. Ramsey, impotente, contempló horrorizado cómo el camión se echaba encima de los pequeños. Sus cuerpos fueron arrollados por aquel vehículo de gran tonelaje, que apenas se desvió ligeramente hacia un lado. Un crujido de ramas rotas llegó a sus oídos. Pero Ramsey apenas tuvo tiempo de compadecer a los niños: la cadena de acontecimientos se precipitó a su alrededor.

Comenzó con un fuerte chisporroteo, acompañado de un pequeño destello en

su mano derecha. Ramsey comprendió que el móvil que seguía sujetando había explotado, dejando salir una pequeña espiral de humo. Al menos comprobó que no sentía dolor; en realidad, ni siquiera sentía su mano. No era el mejor de los consuelos, pero esperaba que los niños no hubieran notado cómo el camión les pasaba por encima. Casi a continuación, vislumbró pequeñas explosiones en el interior de todos los vehículos que tenía cerca. Supuso que se trataba de los aparatos de radio. Segundos más tarde, el motor del camión, que comenzaba a alejarse, estalló y el capó se alzó hasta chocar contra la luna delantera. Eso no le hizo detenerse: siguió su curso por la avenida

mientras los motores de los vehículos que rebasaba iban reventando secuencialmente. Varios coches comenzaron a arder y Ramsey supo que muchos de ellos no estarían vacíos, sino con sus ocupantes completamente paralizados viendo cómo las llamas consumían sus cuerpos. Nunca antes se había sentido tan aliviado de que su hijo Michael tuviese una moto.

Escuchó violentas detonaciones amortiguadas por la distancia, y pronto varias columnas de humo asomaron retorciéndose perezosamente a lo lejos, en la ciudad. Si en un sitio relativamente aislado como el cementerio ya habían muerto varias personas en unos segundos, no quiso imaginar lo que

estaría pasando en una zona llena de aparatos eléctricos y vehículos circulando por todas partes.

Y entonces, sin previo aviso, el movimiento y el dominio de su cuerpo volvieron a formar parte de él. Dejó caer el móvil, que empezaba a quemarle en la mano, y luego se unió a los gritos provenientes de todas partes que reflejaban el temor y la locura que todos estaban sufriendo. Ramsey vio al camión chocar inofensivamente contra un árbol y al conductor bajándose de él, con el brazo envuelto en llamas. La gente corría despavorida en todas direcciones, chillando histérica.

Algo retumbó por encima de sus cabezas. Ramsey miró hacia arriba

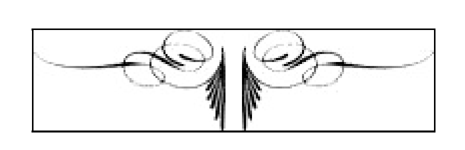
mientras captaba con toda claridad un tintineo metálico muy molesto. Sus ojos se encontraron con una enorme masa de acero cayendo hacia él. Pudo distinguir los colores de la Panamerican Airways dibujados en el costado del avión mientras se cernía sobre ellos. Ni siquiera hizo una tentativa de huir. Su último pensamiento, justo antes de morir aplastado, fue para su familia. Le pidió a Dios que respetara su vida.

El inexplicable fenómeno, que pasaría a ser conocido como la Onda, tuvo el desconcertante efecto de sembrar las mismas preguntas en las amedrentadas mentes de todos los supervivientes. ¿Qué había causado aquella vorágine de destrucción? Y lo más importante: ¿por



qué?

CAPÍTULO 1



Ocultando sus temores bajo una expresión de entereza ensayada innumerables veces ante el espejo, el abogado defensor se levantó de la silla resuelto a pronunciar su alegato.

Su traje raído concordaba con el destartalado aspecto que presentaba la sala, la cual lucía varios agujeros en el techo y un mobiliario estropeado por el

tiempo y la carcoma. La vista preliminar se celebraba en el juzgado militar de Londres, que era con diferencia el mejor conservado de la ciudad.

Cuando se aclaró la garganta, un ronco carraspeo salió de su boca y rebotó en las paredes de la abarrotada estancia, que se había sumido en un sepulcral silencio colmado de expectación. El letrado no pudo reprimir el impulso de aflojarse el nudo de la corbata, esperando que aquel gesto le ayudara a soportar el peso de las miradas envenenadas que le clavaban los asistentes. Ya no podía dar marcha atrás; había tenido su ocasión, pero cegado por la codicia había aceptado el caso, aun sabiendo que se granjearía muchos

enemigos al representar a quien tan odiado era por la gente.

—Mi cliente se declara inocente, señoría —anunció con una serenidad en la voz que no había creído posible hacía un instante.

Como era de esperar, sus palabras dieron paso a un torbellino de indignación y protesta contra la que nada pudieron hacer los mazazos del juez. La gente escupió sus peores insultos e interrumpió el curso del proceso legal. La policía militar se vio obligada a intervenir. El juez los alertó con un movimiento descontrolado de su mano y una mueca de urgencia, pues la potencia de su voz era insuficiente para hacerse escuchar por encima del escándalo que

había estallado. Un pelotón de hombres armados trotó ordenadamente por la sala. Las armas que portaban lograron ejercer un efecto disuasorio en los presentes.

—No hay por qué preocuparse —mintió el abogado a su cliente, que estaba sentado junto a él—. Todo saldrá bien.

El capitán Richard Northon, al que todos llamaban Rick, no dio muestras de haber oído siquiera al letrado. Vestido con su uniforme militar de gala, y con las manos esposadas a la espalda, siguió con la vista perdida en algún punto del suelo entre la mesa que compartía con el letrado y el podio desde el que se erigía el juez. Era algo más alto que la media y

de complexión fuerte. Llevaba el pelo corto peinado hacia atrás.

El abogado le miró extrañado, sin comprender cómo era capaz de mantenerse ajeno a cuanto sucedía a su alrededor; después de todo, se enfrentaba a la pena de muerte. El carácter crítico de la situación había hecho que el letrado considerase seriamente negociar el exilio del capitán como medida desesperada para salvar su vida, aunque aún no había reunido el valor suficiente para comentarlo con él. En su opinión, ésa era la única posibilidad de evitar la sentencia de muerte, un dictamen algo frecuente desde que se había instaurado la ley marcial y los juicios rápidos.

Finalmente, las voces se calmaron y el silencio volvió a la sala. El juez dejó de castigar la mesa con su mazo y barrió a los presentes con una mirada enfurecida. Sólo un pequeño sollozo persistió a las amenazas de la policía. Provenía de una mujer sentada en la última fila y reclinada hacia adelante, cuyo pelo desgreñado escondía su rostro. Un hombre sentado a su lado, con los ojos hundidos por el dolor, pasaba el brazo sobre sus hombros en un vano intento de consolarla.

—El juicio tendrá lugar el próximo miércoles a las diez de la mañana —proclamó el juez—. Será una sesión a puerta cerrada —añadió con una nota de irritación en la voz.

Tres soldados del ejército se acercaron hasta Rick y le hicieron levantarse. Uno de ellos se agachó y comprobó que los grilletes de sus pies estuviesen firmemente sujetos pero con la suficiente holgura como para que pudiera caminar. Los asistentes fueron desalojando la sala entre un revuelo de exclamaciones.

—¡Asesino! —gritó el hombre que había estado consolando a la mujer de la última fila mientras se acercaba a Rick señalándole con el dedo—. ¡Uno de ellos era nuestro hijo!

Alguien contuvo enérgicamente al enojado padre, consciente de que debía detenerle o los policías se verían obligados a reducirle. Rick se volvió

hacia el hombre que le acusaba de asesinato y sostuvo su mirada sin manifestar expresión alguna, pero con un brillo de tristeza en los ojos.

—Si de verdad hay justicia en este mundo, arderás en el infierno, bastardo —profetizó el padre lanzándole un ejemplar de la Biblia directamente a la cabeza.

A pesar de verlo venir y de poseer reflejos de sobra para esquivar el libro, Rick permaneció inmóvil. La Biblia se estrelló contra su cabeza y le abrió un corte en su sien del que brotó un hilillo de sangre. Los policías llegaron hasta el destrozado padre y le expulsaron violentamente del Salón de Justicia.



Al día siguiente, Rick se despertó temprano. Dibujó una línea vertical en la pared con un trozo de tiza gastado, al lado de muchas otras, y luego empezó el recuento. Al finalizar, no se sorprendió de ver que ya llevaba casi un mes encerrado en la prisión militar.

Era uno de los soldados más condecorados del ejército y había estado al frente de casi todas las operaciones encubiertas de cierta importancia. Su hoja de servicios había permanecido impecable, sin una sola

falta digna de llegar a oídos de sus superiores. Nada de todo eso se tuvo en cuenta cuando Rick regresó en solitario de su última misión. Nadie más sobrevivió. Cuatro soldados fallecieron junto con los traficantes a los que habían ido a detener. La operación tenía como objetivo principal recuperar un importante cargamento de telio —un nuevo mineral aparecido en la Tierra después de la Onda— que había sido robado de un almacén del ejército unos meses antes. Encargaron a Rick que lo trajera de vuelta y, a ser posible, que detuviese a los ladrones. Sin embargo, nada salió como se esperaba en aquella misión. El telio no apareció por ninguna parte y cayó sobre Rick la sospecha de

haberlo robado después de asesinar a sus hombres.

El sonido de varios pares de botas que se acercaban le llegó desde el pasillo. Rick se sentó en su cama y esperó pacientemente a sus visitantes. Supuso que sería su abogado para intentar convencerle de nuevo de que apelasen al exilio, como ya había hecho el día anterior nada más terminar la vista preliminar. «Menudo incompetente», pensó.

Un hombre de mediana edad vestido con uniforme militar se acercó a los barrotes de su celda y le escrutó con mirada severa.

—Veo que es usted madrugador —observó.

Rick lo reconoció al instante; cualquier miembro del ejército lo habría hecho. El comandante Gordon era la mayor autoridad militar de la Zona Segura de Londres desde que tras la última guerra se decretase el estado marcial como medida para asegurar el orden público. Lucía todos los distintivos imaginables en forma de insignias adheridas a la camisa de su uniforme, a la altura del hombro izquierdo. A sus más de cincuenta años, Gordon conservaba el aspecto de quien se mantiene en forma, y únicamente las arrugas que surcaban su rostro daban algún indicio de su edad. A Rick le sorprendió mucho la visita del comandante. A pesar de que sabía que

era él quien le designaba personalmente para todas las misiones clasificadas como secretas, nunca habían hablado en persona.

—Dejadnos solos —ordenó a los dos soldados que le escoltaban—. Tenemos que hablar, capitán —dijo Gordon cuando se quedaron a solas.

—Me cuesta imaginar de qué puede querer hablar conmigo, señor —contestó Rick con tono neutral.

—Seré muy directo. ¿Ha oído hablar del Portal? —preguntó el comandante.

—Van a condenarme por un crimen que no he cometido —observó Rick sin entender por qué Gordon mencionaba aquello—. Probablemente ya habrán seleccionado la bala que atravesará mi

cabeza, así que no veo qué importancia puede tener lo que yo haya oído.

—Su suerte aún no está decidida —explicó Gordon—. No habría venido a verle de ser ése el caso. Tengo cosas mejores que hacer.

La vida de Rick se circunscribía prácticamente en su totalidad al ejército; no tenía familiares ni amigos que no fuesen militares, con lo que estaba razonablemente enterado del proceder de Gordon en situaciones como ésta. El comandante no permitiría que nada ensuciase su reputación o la del ejército para no ver debilitada su influencia. Al no existir una sola prueba contra Rick, ni un testigo que pudiera rebatir su versión de los hechos, no habría modo

de condenarle conforme dictaban las leyes judiciales. Pero era necesario explicar qué había pasado con el telio y calmar a los seres queridos de los soldados que habían muerto en la operación. En opinión de Rick, la solución de Gordon era muy sencilla: le culparía a él y le haría ejecutar. Con el tiempo, el suceso caería en el olvido. Por eso el juez había anunciado un juicio a puerta cerrada. En apariencia, el caos y las constantes interrupciones le habían empujado a tomar esa decisión, pero Rick sabía perfectamente que Gordon tenía al magistrado en el bolsillo. No era más que una treta para manejar el juicio a su antojo sin interferencias.

Sin embargo, la última frase del comandante le había hecho pensar. ¿Para qué vendría a hablar con él si todo estaba a su gusto?

—Sólo he oído rumores —contestó Rick dejándose guiar por la curiosidad —. Se comenta que han encontrado un portal que lleva a otro mundo. —Su rostro denotaba su escepticismo.

—¿Qué más dicen los rumores? —preguntó Gordon.

—Que el ejército quiere mantenerlo en secreto. Algunos dicen que es una fuente inagotable de telio. Otros creen que la Onda tiene allí su origen, y dicen incluso que la Niebla ha salido de ese otro mundo. Hay más teorías, todas absurdas.

—Bien —dijo Gordon, satisfecho—.

Pues ese portal existe, capitán. Y por supuesto que queremos mantenerlo en secreto, aunque eso va a ser imposible. Fue descubierto en una fundición y demasiadas personas lo vieron. Y aunque le parezca increíble, lleva a algún lugar... desconocido. —El comandante pareció dudar antes de decidirse a utilizar esa última palabra —. Una expedición de reconocimiento lo va a cruzar para llevar a cabo una investigación. Estoy aquí para ofrecerle el mando de esa misión. Estaría a cargo de la seguridad.

El autocontrol impidió que la cara de Rick reflejase su asombro ante la oferta. Había esperado algún tipo de amenaza por parte del comandante, algo que

situara su vida a un lado y el telio al otro para que confesase dónde lo había escondido, pero esto era de lo más inesperado y extraño. Cruzar un portal hacia lo desconocido a cambio de su libertad. Su interés por la conversación acababa de aumentar considerablemente.

—Antes de darle una respuesta me gustaría escuchar los detalles —dijo Rick conservando la calma. Aún debía descubrir el motivo que subyacía tras esa oferta. No era tan ingenuo como para no saber que había algo oculto.

—Se le informará de todo cuando acepte la misión. Ya conoce el protocolo. Nadie ajeno a la operación puede saber nada al respecto.

—No es que esté muy contento

últimamente con las operaciones secretas —repuso Rick—. No esperará que acepte sin saber en lo que me meto... Las cosas han cambiado.

—En realidad espero precisamente eso. Sobre todo teniendo en cuenta la alternativa a la que se enfrenta —apuntó Gordon.

—Con el debido respeto, señor, no me tome por un estúpido novato. No he mencionado siquiera que me libraría de todo el asunto del telio porque doy por sentado que sabe que, de otro modo, no colaboraré. Pero no voy a dejarme embaucar otra vez. Quiero respuestas a dos preguntas o ya podemos volver a esa farsa de juicio que ha montado. ¿Por qué me propone esa misión a mí,

precisamente?

Rick no tenía la menor duda de que le querían a él por algún motivo concreto y era esencial averiguarlo. Además estaba el hecho de que el juicio iba a concluir sentenciándole a muerte, lo que le otorgaba un pequeño margen para olvidar los modales a la hora de dirigirse a Gordon y actuar con la insolencia característica de quien no tiene nada que perder.

—El riesgo es alto, casi tanto como la importancia de la operación —respondió el comandante hablando muy deprisa—. Necesitamos al mejor hombre que tengamos y no es ningún secreto que usted es el que ha superado más situaciones de combate con éxito.

¿La segunda pregunta?

Rick rechazó inmediatamente la explicación de Gordon y la consideró una mentira descarada. Si bien lo que había dicho era cierto, las aptitudes militares de una persona no le convertían en indispensable hasta ese punto. De ser eso lo que realmente pensaba, Gordon hubiera optado por enviar más soldados, más armamento o tomar cualquier otra medida antes que negociar con quien consideraba un molesto problema a suprimir. Lo malo de su respuesta era que dejaba demasiado claro que no iba a revelarle la verdadera razón. Rick tendría que recurrir a suposiciones por el momento, y la que más le convencía era que

alguien estaba misteriosamente interesado en él. Probablemente la misma persona que le había conseguido un abogado. Él ni se había molestado en intentarlo sabiendo el curso que tomarían los acontecimientos.

—Lo segundo que quiero saber es qué garantías tengo de que al terminar mi trabajo no volverá a encerrarme para proseguir con el juicio.

—Tiene todas las garantías, capitán —dijo Gordon esbozando una mueca que era lo más parecido a una sonrisa que se podía esperar en él—. Su hoja de servicios quedará limpia. Lo tendrá por escrito. Se la entregaré yo mismo ante testigos si así le parece mejor. Ya le he dicho que esta operación es muy

importante. No quiero que la acepte y esté pensando en fugarse. Tiene que estar centrado o no nos servirá, de modo que puede estar tranquilo.

—Me parece razonable —admitió Rick—. ¿Es cierto que ese portal lleva a otro mundo?

—¿Debo entender que acepta la misión? —Gordon le miró fijamente y Rick asintió—. Es una posibilidad muy real. No tenemos confirmación pero es lo que nuestros científicos creen.

—¿Guarda alguna relación con la Onda?

—Eso es lo que su expedición va a averiguar... Está bien —dijo el comandante al ver el gesto de desaprobación de Rick—. No lo

podemos saber. No tiene sentido ocultarle que un porcentaje considerable de las personas involucradas en esto creen que tiene algo que ver, incluso que ahí puede estar su origen y la respuesta a su misterio, pero debe saber que son conjeturas. No se basan en ningún dato sólido.

—Necesitaré tiempo para ponerme al día con los detalles.

—No tiene mucho. Entreténgase con esto. —El comandante le lanzó una carpeta a través de los barrotes y Rick la recogió del suelo—. Es un informe preliminar con datos generales. Esta tarde asistirá a una reunión en la que podrá preguntar todo lo que precise para desempañar su función.

—¿Esta tarde? —preguntó Rick, asombrado—. No tendré tiempo de asimilar semejante informe. Debe haber al menos mil páginas aquí.

Le molestó que todo estuviera tan avanzado. No dispondría de tiempo para cambiar nada si lo creía conveniente y el hecho de que hubieran montado una reunión para dentro de unas horas indicaba que Gordon ya contaba con que aceptaría el trabajo. Con toda seguridad, ya estaría listo el papeleo para su traslado. Y él era el último en enterarse.

—Pues haga un esfuerzo. La expedición partirá dentro de dos días, así que no tiene tiempo que perder. —Gordon se dio la vuelta y comenzó a alejarse.

—Falta un detalle fundamental —le gritó Rick. El comandante Gordon se volvió y le miró impaciente—. Esto debe quedar muy claro. Voy a cumplir con mi obligación. Acataré sus órdenes y haré cuanto esté en mi mano para ocuparme de la seguridad, pero si cruzo ese portal y regreso de una pieza, estaremos en paz y quedaré libre de todos los cargos. No me importa si encontramos o no las respuestas a la Onda, eso es asunto de ustedes. Éste es el precio que le pongo a mi vida. ¿De acuerdo?

Sin que llegara respuesta a su pregunta, Rick vio desaparecer la cabeza del comandante y escuchó sus pisadas alejándose por el pasillo.

El resto del tiempo, Rick lo pasó intentando sacar algo en claro de los documentos que le había entregado Gordon. Se saltó la comida, concentrado en absorber cuanta información pudiese con objeto de estar preparado para la reunión. Casi no se dio cuenta de que el centinela le había dejado la bandeja en el suelo. Sin ser consciente de que había transcurrido tanto tiempo, Rick se vio obligado a abandonar la lectura cuando dos soldados acudieron en su busca. Desde su arresto, ésa era la primera vez que le permitían salir de su celda sin las esposas.

Durante el corto viaje en coche hasta el ayuntamiento, donde se iba a celebrar la reunión, Rick dio vueltas en su cabeza

a los documentos que acababa de revisar. No encontró prácticamente nada que le sirviera para imaginar a qué se iba a enfrentar. Casi todo era palabrería científica en torno a conceptos muy generales que no estaba seguro de interpretar correctamente. No vio nada relativo al famoso portal que supuestamente les enviaría a otro mundo. Existía la posibilidad de que aquellos detalles se le hubiesen pasado por alto, aunque lo dudaba. Decidió no preocuparse por ello hasta ver si Gordon cumplía su palabra. Dentro de poco tendría la ocasión de aclarar sus dudas.

Después de salir del coche y subir en ascensor hasta la planta número veinte,

Rick alcanzó finalmente las puertas de la sala donde le esperaban. Un funcionario le pidió con mucha amabilidad que esperara, cosa que no hubiera podido evitar debido a los dos acompañantes que no se separaban de él. Tras hablar por teléfono, el funcionario se disculpó y le abrió la puerta. Su escolta se quedó fuera y Rick entró solo.

Lo primero que le llamó la atención al capitán fue el ambiente tan cargado que se respiraba. El humo flotaba como una fina tela y hacía demasiado calor para su gusto. Resistió la tentación de pedir que abrieran la ventana, ya que fuera estaban a siete grados bajo cero, una temperatura que desde que sobrevino la Onda era normal en los veranos de

Londres. El comandante Gordon charlaba con otras dos personas. Los tres estaban sentados alrededor de una amplia mesa cubierta de papeles. También había un cenicero enorme repleto de colillas de puro y varias botellas de licor medio llenas.

Rick reconoció a uno de los asistentes al momento: se trataba de Nathan Brook. Era la figura más alta del Gobierno Civil de la Zona Segura de Londres, al menos hasta que se instauró la ley marcial, momento a partir del cual el político pasó a compartir el poder con el comandante Gordon. Nathan era de estatura media y estaba entrado en carnes. Su rostro afable y tranquilo le garantizaba una excelente primera

impresión, algo muy útil para un político de los tiempos anteriores a la Onda.

El tercero de los presentes era un hombre que Rick no conocía. No tenía ningún rasgo físico que resaltase, salvo unos penetrantes ojos que brillaban intensamente. Iba vestido con un ostentoso traje que a Rick le pareció demasiado elegante para la ocasión y un reloj de oro que relucía en su muñeca.

Gordon se levantó al ver a Rick y se encargó de las presentaciones. Entonces el capitán constató que sí conocía al hombre del traje elegante, al menos de nombre. Era Jack Kolby, un empresario muy poderoso cuya fama llegaba tan lejos como su dudosa reputación. Rick había oído hablar de él en numerosas

ocasiones, como todos los ciudadanos de Londres. Su pequeño imperio económico suscitaba comentarios que oscilaban desde expresiones como brillantez para los negocios hasta corrupción.

—Ya estamos todos —comentó Gordon—. Sentémonos y pongámonos manos a la obra. —Los cuatro rodearon la mesa y se adueñaron de sus butacas. Rick esperó deliberadamente a que tomaran asiento y se sentó en la punta de la mesa más alejada para verles las caras—. Si a todos les parece bien, empezaré explicándole al capitán Northon las características generales de la misión y luego discutiremos los detalles que no queden suficientemente

claros. —Nadie puso ninguna objeción —. Capitán, estará usted al mando de una expedición de reconocimiento que cruzará el portal y viajará a paradero desconocido. Como ya le señalé, nuestros científicos creen firmemente que se trata de otro mundo. Sus órdenes son velar por la seguridad del equipo, formado por noventa y cuatro soldados y dos tanques. También les acompañarán seis de nuestros mejores científicos. Todos ustedes permanecerán en ese lugar dos días, al cabo de los cuales regresarán para informar de sus hallazgos. Ni un minuto más. Después evaluaremos la información y consideraremos enviar a un segundo equipo.

—No he encontrado nada en los papeles que me entregó respecto a ese mundo —dijo Rick—. Es necesario que me cuenten todo lo que saben o no podré hacer gran cosa.

—Creía que era el mejor en cuestiones militares, capitán Northon —intervino Nathan hablando suavemente. Jack se reclinó en su silla con gesto paciente y encendió un puro que evidentemente era de contrabando—. Por eso le hemos escogido.

—Puede que lo sea —dijo Rick intentando no sonar pretencioso—. Pero ya sabrán que no tengo experiencia en misiones fuera de la Tierra. Si pretenden que vaya a otro mundo, lo menos que pueden hacer es contarme todo lo que

sepan de él. Creo que es razonable que quiera estar preparado para hacer frente a lo que me espere allí.

—Desde luego no le falta razón —le secundó Jack—. Sin embargo, ustedes son los primeros que van a viajar allí, y son los que nos traerán la información necesaria para poder contestar a los próximos que hagan la misma pregunta.

—Algo sabrán —repuso Rick sin terminar de estar convencido—. No creo que en diez años que han transcurrido desde la Onda no hayan descubierto nada. Además, no enviarían un contingente militar tan importante para un simple reconocimiento.

Rick conocía perfectamente el estado del ejército y sabía que el envío de dos

tanques era todo un lujo que no se podía desperdiciar. Después de la Onda, vino una terrible época de caos, vandalismo y destrucción. Los primeros siete años estuvieron marcados por conflictos bélicos interminables. La Onda privó al planeta de satélites y terminó con las infraestructuras de comunicación a escala global, como Internet, lo que dejó a los países aislados. La barbarie inicial cedió su turno a las guerras, que estallaron en multitud de puntos del planeta, moldeando nuevas e improvisadas fronteras que reorganizaron completamente el mapa político. Las antiguas naciones, como entidades soberanas, desaparecieron de la faz de la Tierra. Cuando los

supervivientes lograron superar lo peor de las guerras, y delimitar territorios relativamente adecuados para vivir, se crearon las Zonas Seguras, las cuales eran tristes sustitutos de los viejos países. Cada Zona Segura se regía por sus propias leyes y, a pesar de mantener cierto comercio entre ellas, eran esencialmente autónomas.

La Onda desencadenó devastadoras alteraciones que no tuvieron nada que ver con la voluntad del hombre. Las condiciones climatológicas del planeta fueron brutalmente perturbadas. El tiempo enloqueció, haciendo que el mercurio cayese hasta temperaturas inverosímiles que en la actualidad ya se aceptaban como normales. Los polos se

descongelaron en gran parte y sobre los desiertos se precipitaron intensas nevadas. Las estaciones dejaron de sucederse ordenadamente a lo largo del año y alteraron sus duraciones caprichosamente, llegando a desaparecer completamente algunas de ellas en diferentes lugares. Londres no había disfrutado de un verano o una primavera desde antes de la Onda. El planeta entero parecía haber sido sacudido enérgicamente, como si lo hubiesen metido en una coctelera.

Una de las consecuencias más singulares y catastróficas fue la aparición de un nuevo agente meteorológico desconocido hasta el momento, la Niebla, cuyos increíbles

efectos supusieron la muerte de millones de personas: quienes se internaban en ella no regresaban jamás. En apariencia no era diferente de la niebla que se podía encontrar antes de la Onda, pero ahí terminaba toda similitud. La Niebla apareció de repente sin que nadie la viese llegar y ya nunca se desvaneció. No se supo cómo se extendió, pero sí que ocupó determinadas áreas y se estableció, aparentemente, para siempre. Ni la lluvia, ni el viento la afectaron lo más mínimo. La Niebla nunca se disipaba, y todo lo que cayó bajo su grisácea bruma quedó relegado al olvido. El único consuelo era que no se desplazaba ni ampliaba su alcance: su ubicación se mantenía fija. Engulló

ciudades por completo, y se creía que en otras partes del mundo podía haber incluso cubierto países enteros. Ése era, en particular, el caso de Asia.

Como consecuencia, se establecieron áreas de seguridad y la gente aprendió a evitar aquellos bancos de niebla estáticos, a señalizar los lugares en los que se encontraban y a sortearlos en lo posible. La Niebla se mostraba en diversos tamaños, desde pequeñas nubes que cubrían una zona en la que no cabrían más de dos personas, hasta inmensas masas grises que abarcaban extensiones tan grandes que no se podían calcular a simple vista.

Con este escenario, los recursos escaseaban y la presencia militar era

una necesidad de primer orden ligada a la amenaza latente de una nueva guerra con otra Zona Segura. Por eso Rick sabía que el hecho de emplear dos tanques en una operación de reconocimiento era una clara señal de su importancia.

—No está confirmado que esto tenga algo que ver con la Onda —insistió Gordon—. Los tanques son para vuestra protección.

—Puede que tenga que ver con la Onda o puede que no —dijo Rick con cierta obstinación—, pero es una posibilidad demasiado razonable para descartarla. Después de la Onda se alteró el planeta y apareció la Niebla, y ahora, de repente, encontramos un portal

a otro mundo. Creo que me conviene saber todo lo que se haya descubierto de la Onda, y no se me ocurre una buena razón para que ustedes no me lo cuenten. Por lo tanto, si siguen en silencio, no harán más que alimentar mis sospechas.

Lo cierto era que Rick no tenía ninguna sospecha concreta, si bien no había mentido durante su argumentación: que le ocultaran información no era un buen síntoma.

Gordon y Nathan intercambiaron una mirada de complicidad. Jack parecía mucho más relajado: dejaba escapar el humo del puro entre sus labios, rebosante de paciencia. Rick no acababa de entender qué hacía el empresario allí. Gordon y Nathan eran los máximos

dirigentes de la Zona Segura de Londres, Jack no debería estar a su altura por mucho dinero que tuviera.

—Lo que le vamos a contar ahora es absolutamente confidencial —empezó a decir Gordon con un tono muy severo—. Entendemos que no va a comentarlo jamás con nadie fuera de esta sala.

Rick asintió, intrigado y algo preocupado al mismo tiempo. Conocía la forma que tenía Gordon de asegurarse de que un secreto no saliese a la luz, y no le gustaba.

—Imagino que la versión oficial de que fue una onda de energía procedente del sol no es cierta —aventuró Rick. Él nunca había prestado atención a las miles de teorías que intentaban explicar

la Onda. Las había para todos los gustos, desde extraterrestres hasta el Apocalipsis. En cualquier caso, siempre había sabido que el Gobierno mintió al difundir aquella explicación. El razonamiento estaba disfrazado con una jerga científica que muy pocos podían descifrar, y ésa era la mejor manera de esquivar más preguntas—. No me sorprende, la verdad.

—Estábamos obligados a emitir algún tipo de comunicado —dijo Nathan muy confiado, aunque con un leve atisbo de vergüenza en la voz—. La Onda mató a la cuarta parte de la población mundial, según las estimaciones. No podíamos aparentar que no teníamos la menor idea de qué la había causado. La gente

necesitaba creer que dominábamos la situación, que estábamos trabajando en resolverla. Creamos una ilusión de control que evitó una degeneración mayor que la que vivimos.

—No les estoy cuestionando —aclaró Rick, aunque era exactamente lo que estaba haciendo interiormente. A nadie le gusta que le digan que le mintieron descaradamente, decidiendo qué era mejor para él. Intentó reprimir esos sentimientos—. Todo eso ya pasó, es asunto suyo cómo manejen sus asuntos, pero insisto en saber la verdad por si me ayuda en mi expedición.

—La verdad es la peor noticia que podemos darle —confesó Gordon—. Porque no tenemos ni la más remota idea

de qué originó la Onda. Ningún científico ha podido aclararlo hasta el momento. Como puede ver, la verdad no le ayudará, por desgracia, pero si todo el mundo se entera de esta incertidumbre será un desastre. Por eso debe mantener el secreto.

La confesión cogió a Rick completamente desprevenido. No esperaba que ellos supiesen todo lo relativo a la Onda, pero que no tuvieran ninguna pista era algo descorazonador. Prefirió no haber preguntado.

—Entonces... tras una década, no han averiguado nada de la Onda —reflexionó Rick, que aún se resistía a creerlo—. No puede ser. No es que tuviese mucha confianza en el Gobierno,

pero están haciendo que todo el mundo confíe en que las cosas van a mejorar. No doy crédito.

—Verá, Rick —intervino Jack apagando su puro en un cenicero tan lleno que la ceniza se cayó por el borde—. Sinceramente, entiendo su sorpresa, y por eso la verdad no puede llegar a oídos de nadie más. Nos enfrentamos a algo que hasta el momento nos supera a todos. Contar la verdad es hacer que la gente sucumba al pánico. Además, en cierto modo, sí estamos trabajando en una solución. Su misión está destinada a arrojar luz sobre esta catástrofe. ¿Quién sabe lo que ustedes podrían descubrir allí?

Intentar que se sintiera como un héroe

buscando la salvación de la humanidad no funcionaría con él. Rick no era tan impresionable. Allí había algún interés oculto y sabía perfectamente que no tenían intención de desvelarlo. Gordon no se arriesgaría sólo por altruismo; Jack, por su parte, tenía la reputación de no dar siquiera la mano a alguien si no iba a obtener algún beneficio con ello. Nathan era el único al que podría llegar a creer en un momento dado, en el caso de que a Rick de verdad le importase lo que estuvieran buscando al otro lado de ese portal. Por su parte se contentaría con resolver sus propios problemas.

—Si lo he entendido bien, voy a viajar a un lugar del que nadie conoce absolutamente nada. ¿Es correcto? —

preguntó Rick, secamente.

—Alguna teoría sí hay —contestó Gordon ligeramente molesto—. Se ha hecho lo que se ha podido por averiguarlo. Los datos más fidedignos provienen de los estudios realizados con el telio y la Niebla. El telio es un mineral que, según la opinión de nuestros expertos, no debería existir en nuestro mundo. Sin entrar en términos científicos, que sinceramente no comprendo, el telio es demasiado perfecto y su estructura molecular no se puede comparar con nada que exista en nuestro planeta. Hemos aprendido a tratarlo, pero nada más. Lo mismo ocurre con la Niebla. Simplemente, no pertenecen a este mundo. Ésa es la única

conclusión lógica en la que parecen estar de acuerdo los investigadores.

—De ahí que opinen que el portal conduce a otro mundo —dedujo Rick—. ¿Alguna teoría más? ¿Otro planeta o algo así?

—No lo sabemos —admitió Gordon—. Tome esto. —El comandante le pasó una carpeta a Rick—. Ahí está todo lo relacionado con el portal. Como verá, el material con el que está construido guarda cierta similitud con el telio. Deben provenir del mismo sitio.

Rick sopesó en la mano el nuevo informe y por su peso juzgó que debía ser tan largo como el que Gordon le había entregado en su celda. No sintió el menor deseo de leerlo.

—¿Qué debemos hacer una vez lleguemos al otro lado? —preguntó Rick cambiando de tema—. Se me ocurren muchas cosas que se pueden hacer en dos días.

—Aparte de velar por la seguridad de todos —explicó Gordon—, apoyará la labor del personal científico, siempre y cuando no conlleve riesgo alguno para la expedición. En la carpeta también están los detalles al respecto. Nada emocionante, me temo. Recogerán muestras y llevarán a cabo diversos experimentos. Usted tiene autoridad para abortar la operación a la menor señal de peligro. Verá que no le pedimos nada descabellado, dentro de las circunstancias, naturalmente.

Sin mucho esfuerzo por su parte, Rick pasó por alto ese último comentario. El término descabellado era bastante subjetivo y no le apetecía entrar en discusiones que seguro no iban a llevar a ningún lugar.

—Necesitaré tiempo para revisar toda esta información —comentó Rick ojeando la carpeta, distraído—. Y es posible que quiera introducir algún cambio de carácter militar. No pretendo dudar de quien haya organizado todo, pero si he sobrevivido a las misiones más peligrosas no ha sido sólo por suerte. Siempre me dejaron seleccionar a mis hombres y decidir la estrategia.

—¡No hay más tiempo! —exclamó Nathan—. La misión está prevista para

dentro de dos días.

—Tal vez podríamos conseguir un par de días más —sugirió Gordon con mucho tacto.

—¿Dos días? —preguntó Rick, atónito—. Yo pensaba en dos semanas como mínimo.

—De ninguna manera —objetó Nathan—. Ya está todo preparado. Se hará dentro de dos días —repitió, obstinado.

—Si la prisa es por los refugiados que llegan de la Zona Segura del Norte, eso se puede resolver —dijo Gordon—. Deberíamos cerrar las fronteras ahora mismo.

—Ésa no es la solución —replicó Nathan claramente nervioso—. Y sí, ésa es una parte del motivo. Están acudiendo

a nuestra zona en busca de ayuda; si cerramos la frontera, morirán.

El giro de la conversación sorprendió a Rick. Nathan y Gordon discutían con el tono característico de quien ya ha debatido el mismo tema anteriormente. Le sorprendió ver a Nathan levemente alterado, pues siempre le había dado la impresión de ser alguien que conserva la serenidad en todo momento. Rick estaba al corriente del problema de los refugiados. En los últimos meses, una marea humana proveniente de la Zona del Norte, con la que habían estado en guerra hasta hacía tres años, estaba emigrando a su territorio, ocasionando una cantidad considerable de problemas. Entre otras cosas, era difícil integrarse

con los antiguos enemigos de combate, dado que miles de familias estaban incompletas por culpa de las guerras entre las dos Zonas Seguras.

—No podemos dejar pasar a todos —continuó Gordon. Tanto él como Nathan parecían no ser conscientes de que hubiera alguien más con ellos—. Hemos tardado siete años en recuperar la estabilidad social, política y económica. Y sabes que nuestra situación es muy frágil. No podemos aceptar a más gente de la que podemos manejar. Los norteños tendrán que apañárselas, como hemos hecho nosotros. ¿Qué te preocupa tanto? ¿Que estalle otra guerra? ¿Acaso tienes miedo?

—¿Miedo? ¿A una guerra? —repuso

Nathan apretando las mandíbulas—. Por supuesto que sí. Aunque me preocupa mucho más que a ti no te inquiete. Ésa es tu solución para todo: si surge algún problema, declaramos la guerra y punto. ¿Se te ha ocurrido pensar cuál es la razón por la cual los del Norte buscan refugio en nuestra Zona Segura?

A Rick, que seguía el forcejeo con mayor interés del que había imaginado, le pareció que aquélla era una pregunta muy acertada, y esperó la respuesta con gran expectación. Sentía curiosidad por saber qué empujaba a sus antiguos enemigos a abandonar su territorio y venir al suyo.

—No puedo saber el motivo —confesó Gordon—. Nadie me ha

informado al respecto. Únicamente me preocupo por nuestro bienestar y seguridad.

—No te han informado porque no lo sabemos —dijo Nathan—. Y eso es lo que verdaderamente me da miedo. No podemos declarar una guerra contra una causa desconocida.

—No comprendo por qué estás tan asustado por algo que tú mismo admites ignorar —replicó el comandante—. Sus problemas son suyos, no nuestros, y no deberíamos permitir que nos los traigan. No nadamos en la abundancia precisamente. Y no estoy de acuerdo con lo que has dicho. Independientemente de la causa, declararemos la guerra a todo lo que amenace nuestra seguridad.

—¡Maldita sea! ¡Piensa! —le atacó Nathan—. Están acudiendo a nosotros en busca de auxilio, no de pelea. Algo les está obligando a abandonar sus hogares y huir hacia aquí. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que ese problema, sea el que sea, llegue también hasta nosotros? No son los norteños lo que me asusta, sino lo que les asusta a ellos.

—Muy bien —dijo Gordon—. Explícame en qué consiste ese problema tan grave que atemoriza a nuestros vecinos y reconsideraré mi postura.

—La verdad es que no estoy seguro —admitió Nathan desinflando su enfado con sorprendente rapidez—. Sólo contamos con rumores para hacernos una idea. Lo que todos parecen contar es que

su Zona Segura se está volviendo inhabitable. Circulan historias de todo tipo y resulta difícil discernir cuáles son ciertas y cuáles no. Algunos hablan de que la Niebla está avanzando, otros dicen que han surgido extrañas enfermedades que vuelven loca a la gente. También circulan historias de unos espíritus que destrozan todo a su paso.

Gordon frunció el ceño y se quedó pensativo unos segundos.

—Bobadas —sentenció finalmente el comandante—. No pienso malgastar mi tiempo en cuentos de fantasmas.

—Tal vez deberías —insistió Nathan —. Algo está trastocando su territorio. Suponiendo que sea la Niebla, antes o

después llegará hasta nosotros también, y nos veremos en la misma situación que ellos.

—Eso suponiendo que sea cierto —dijo Gordon sin dar su brazo a torcer. Rick seguía la conversación atentamente, sin que parecieran reparar en su presencia—. Antes de adoptar medidas extremas y comprometer nuestra posición, lo mínimo es confirmar esos rumores y no dejarnos influir por los desvaríos de unos cuantos refugiados del Norte.

—El tiempo es determinante —advirtió Nathan—. Debemos preparar un plan de evacuación general. Si explotamos nuestros recursos podemos lograrlo; si los malgastamos, junto con

el tiempo, será demasiado tarde.

—¡Eso ni pensarlo! —gruñó Gordon visiblemente molesto—. Lucharemos contra lo que haga falta. Por mí pueden venir todos los fantasmas que quieran. No huiré. Hemos tardado siete años en asentar la paz. Ésta es nuestra ocasión de prosperar de nuevo. No apoyaré una política que signifique abandonarlo todo. Además, nuestros científicos esclarecerán el misterio de la Niebla.

—¿En serio crees eso? —preguntó Nathan sin disimular su preocupación—. ¿Igual que hicieron con la Onda? Puede que haya llegado el momento de asumir que nos enfrentamos a algo que nos supera. Nuestros recursos deben emplearse en asegurar nuestra

supervivencia, y para eso necesitamos un plan de evacuación, aunque sólo sea como medida preventiva.

—Te recuerdo que no andamos sobrados de nada —contraatacó Gordon—. No sueñes con reducir el gasto del ejército. Precisamente para sobrevivir debemos protegernos. —Rick tuvo la sensación de que ése era uno de los puntos clave que más le dolían al comandante, que se redujesen los fondos destinados al gasto militar, pues representaban la base que lo mantenía en el poder—. Además, sabes que no podríamos salvarnos todos, es imposible. ¿Estás dispuesto a abandonar a algunos aquí para que mueran? ¿Quién decidirá quién se va y quién se queda?

¿Tú, Nathan? ¿Te quedarías tú aquí si se limitan las plazas de evacuación? Apuesto a que no. Yo insisto en que nos quedemos y combatamos contra lo que venga, si es que algo ha de venir.

—Yo optaría por otra estrategia —intervino Jack. La cara de Nathan había enrojecido de rabia ante la última acusación de Gordon, pero todos se volvieron hacia Jack. Rick le observó expectante: aún seguía sin entender su presencia en una reunión en la que se decidía el futuro de Londres. Sus influencias debían ser impresionantes—. Creo que tendríamos que dejar de pensar en luchar contra un enemigo, al menos de momento. Los refugiados no han mencionado ninguno, así que el

problema debe ser otro. Por otro lado, no creo que consumir nuestros recursos en llevarnos a todo el mundo a otro lugar sea muy acertado. Supongamos que lo conseguimos. ¿Qué haríamos si vuelve a pasar lo mismo? ¿Volver a marcharnos? Sólo estaríamos evitando lo que debemos hacer ahora: enfrentarnos al problema. Debemos descubrir qué es la Niebla, por qué se produjo la Onda y qué hay al otro lado del portal. Ésa debería ser nuestra prioridad.

—¿Cómo no se le ha ocurrido a nadie antes eso? —ironizó Gordon—. De modo que la Onda asola la tierra, mata a un cuarto de la población mundial en un solo día, y ahora resulta que averiguar

qué era y qué la causó es algo importante. ¿Por qué nadie se habrá percatado del significado de la Onda?

—Porque nadie ha tenido la ocasión de viajar a otro mundo en busca de respuestas, por eso —contestó Jack—. Y es mejor dejar a un lado la ironía. Lo hemos discutido cientos de veces y ambos sabéis que ésa es la mejor opción que tenemos. Las guerras y las evacuaciones masivas pueden esperar.

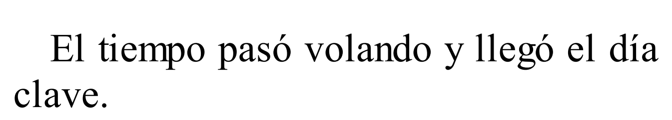
—Bien, al menos algo tengo claro, después de todo —interrumpió Rick. Los tres se volvieron hacia él como si acabara de entrar en la sala—. Y es que no me van a ampliar el plazo para organizar la misión. Si todos estamos de acuerdo, me retiro a estudiar este

informe —dijo llevándose la carpeta que le había dado Gordon—. Me gustaría estar lo más preparado posible. Recuerden nuestro trato: yo me encargaré de la seguridad y de regresar pasados dos días, pero al margen de lo que descubramos, mi expediente quedará limpio.

—Eso ya lo habíamos acordado —dijo Gordon—. Usted preocúpese de poner todo a punto. Mientras tanto estará escoltado, sólo por si necesita algo más mientras revisa tanta información.

Aquel cerco era sólo una excusa. Lo que Gordon quería era tenerle vigilado por si intentaba escapar. Rick lo sabía perfectamente y supuso que los demás también. Poco le importaba, pues tenía

intención de cumplir con su parte del trato. Vivir como un fugitivo era algo que convenía evitar si se disponía de otra opción. Por fin creyó entender el papel de Jack en todo esto. El comandante había mencionado que el portal estaba en una fundición de su propiedad; seguro que el magnate había utilizado esa ventaja para asegurarse una participación en el proyecto.



El tiempo pasó volando y llegó el día clave.

Cuando se abrió la puerta de la nave central de la fundición penetró un aire demasiado frío, incluso para las bajísimas temperaturas registradas últimamente. Un nuevo récord se había batido el día anterior cuando se alcanzaron menos veintidós grados, y aquel día parecía empeñado en batir la marca una vez más. Era difícil acostumbrarse al frío perpetuo. La esperanza de que el clima volviera a ser como antes iba disminuyendo entre la castigada población. El invierno se había hecho con el poder y había sepultado al resto de las estaciones.

Un pequeño tornado de nieve se formó en la entrada de la nave. Se desplazó de un extremo a otro sin un patrón aparente

hasta que lo atravesó el avance de un tanque que se adentraba en la fundición. El ruido del motor apenas se distinguía, amortiguado por el rugido del viento. Un segundo carro de combate dobló la esquina siguiendo al primero. Su parte trasera se deslizó ligeramente al pasar sobre una capa de hielo parcialmente oculta bajo la nieve reciente y entró en la fundición poco después del primero. Sin perder tiempo, la puerta de la nave comenzó a bajar para evitar perder más calor del indispensable.

Rick llegó una hora más tarde, extendiendo una alfombra de huellas mojadas a su paso. Tenía una expresión de fatiga dibujada en el rostro. Su pelo apuntaba en todas direcciones tras haber

sufrido una paliza a manos del viento y sus apagados ojos revelaban que no había dormido bien. Sumando al conjunto una barba descuidada, Rick proyectaba una imagen que inspiraba lástima en lugar de autoridad.

Consultó el reloj. Apenas quedaban tres horas para entrar en acción. Tras quitarse el abrigo y frotarse las manos durante varios minutos, se reunió con sus hombres, a quienes había conocido el día anterior. Rick había convocado a todo el personal involucrado en la expedición. Los seis científicos parecían especialmente molestos en acudir, aparentemente tenían mucho que preparar todavía. Rick dio unas cuantas instrucciones generales y luego despidió

a todos excepto a los oficiales, a los cuales les indicó la distribución de los soldados. La verdadera intención de Rick era evaluar a los futuros compañeros con los que forzosamente iba a colaborar en otro mundo. En el poco tiempo que compartieron se llevó la impresión de que eran demasiado jóvenes. Era mejor no pensar mucho en ello. Ya no había tiempo de sustituir a nadie y, después de recordar la urgencia que parecían sentir Nathan, Gordon y Jack, estaba claro que no le dejarían realizar ningún cambio en el personal. Para bien o para mal, aquéllos eran sus oficiales. Les encargó disponerlo todo de acuerdo a sus especificaciones y se fue.

Lo primero que hizo Rick al llegar con los demás fue ordenar que le trajeran un café caliente. Se lo tomó deprisa. Notó el calor de la bebida descendiendo por su garganta y se sintió más despejado. Sus tres capitanes le informaron de que todo estaba en orden. Los hombres y el equipo estaban preparados. Rick asintió, dio un par de instrucciones rutinarias y reconoció la zona mientras terminaba de entrar en calor. Las caras con que se fue cruzando le devolvían la mirada y continuaban su camino. Dudaba de que hubiera más de cinco personas que superasen los veinticinco años, exceptuándole a él mismo y a los científicos. Levantó la vista hasta el segundo piso y vio una cristalera enorme

tras la cual se distinguía a un gran número de personas. Aquélla debía ser la sala de observación, como Gordon la había denominado, desde la que se supervisaría todo el proyecto, al menos hasta que la expedición cruzase el portal. Estaba bien situada: desde allí se dominaba toda la planta baja de la fundición.

Al lado de uno de los tanques, tres soldados con aire inquieto mantenían una conversación mientras revisaban sus rifles.

—Ojalá tengas razón —decía uno de ellos—. Pero a mí me preocupa más lo que podamos encontrar. Si la Onda vino de allí, nada bueno nos...

Otro de los soldados se aclaró la

garganta como advertencia para el que estaba hablando. Guardaron silencio al ver al capitán caminando en su dirección.

Rick pasó al lado del trío sin detenerse y continuó, simulando estar distraído. Le hubiese gustado oír cómo terminaba aquella frase porque se parecía mucho a lo que él mismo pensaba. Si la Onda causó tantos destrozos en la Tierra y vino del mundo al que se dirigían ellos ahora, era lógico que albergaran dudas. Siguió caminando atento a los comentarios de los soldados. Las conversaciones flotaban a su alrededor como un zumbido constante. Allí por donde pasaba, el rumor desaparecía momentáneamente

para resurgir cuando se había alejado. Rick pudo captar los suficientes fragmentos como para hacerse una idea aproximada de cómo se sentían sus hombres. Tenían miedo.

No era un gran descubrimiento. El terror había arruinado muchas operaciones en el pasado. Quien no lo domina tiene muchas posibilidades de terminar rindiéndose al pánico, y cuando eso ocurre se pierde la capacidad de razonar, se actúa sin pensar y se pone en peligro a los compañeros. Rick consideró dar un discurso para arengar al equipo, pero lo desestimó enseguida. No era muy hábil con las palabras y lo cierto era que no hubiera sabido qué decir. Estaban a punto de cruzar a otro

mundo y una de las cosas que debían averiguar era por qué había muerto tanta gente en éste. Rick no conocía a una sola persona que no hubiese perdido a varios seres queridos a raíz de la Onda. Todos extrañaban a alguien, todos habían tenido que rehacer sus vidas en un entorno que había cambiado, y todos habían aprendido a convivir con el dolor en su día a día. El panorama no era alentador. Además, no le gustaba mentir descaradamente a unos críos si no era absolutamente necesario.

Sólo los científicos parecían estar al margen de aquel ambiente de temor generalizado. Estaban alrededor de una mesa comprobando sus preciados aparatos de investigación. Se palpaba el

nerviosismo, sí, pero no como en el resto, sino como en alguien que está desenvolviendo un regalo y el misterio le apremia para ver qué se esconde tras el envoltorio. Rick los saludó al cruzarse con ellos y se preguntó si de verdad respiraban el mismo aire que los demás.

Treinta minutos antes de la hora prevista sonó una sirena y los curiosos que revoloteaban por allí se marcharon a la sala de observación. Algunos se despidieron de los soldados rápidamente antes de irse. Rick dio la orden de formar. Los hombres de la primera escuadra, que serían los primeros en cruzar el portal, acudieron al punto previsto y se alinearon a unos

cincuenta metros de uno de los extraños pilares.

—Estamos listos, señor —anunció el capitán cuando Rick se le acercó.

—Bien. Ni un solo paso hasta que yo lo diga —Rick siguió andando mientras las otras dos escuadras ocupaban sus posiciones detrás de la primera.

Se detuvo frente a un símbolo dibujado en el suelo. Rick lo identificó, recordando el informe que había estudiado a conciencia los días anteriores, como la runa de activación. Estaban en la planta baja de la fundición. Era una nave muy amplia y toda la maquinaria se había retirado para poder estudiar el portal convenientemente. Las paredes laterales

estaban aún cubiertas por montones de piezas metálicas apiladas, en su mayor parte oxidadas. Del techo colgaban numerosas cadenas de diferentes longitudes y una de las esquinas de la nave estaba repleta de vigas de acero de todos los tamaños imaginables. El suelo estaba completamente despejado, excepto por los cinco pilares que constituían el portal.

Cinco columnas cuadradas, de dos metros de alto y unos cincuenta centímetros de ancho, se erigían desde el suelo. Eran de un color negro azulado demasiado intenso como para ser real. Ninguna marca alteraba su sencillo diseño, estaban completa y totalmente lisas por los cuatro lados. Parecían

hechas de piedra, pero Rick supo que ningún mineral de este planeta podría conseguir una superficie tan pulida y menos aún de ese color. Los cinco pilares eran exactamente iguales y contrastaban claramente con el resto de la fábrica, no formaban parte de aquel sitio. En realidad, Rick no pudo imaginar un escenario en el que esos cinco pilares pudieran encajar con naturalidad.

Gordon, Jack y un tercer tipo, que Rick no conocía, se acercaban a su posición. Bajaron por las escaleras desde la segunda planta, que era donde se encontraba el resto del personal que participaba en la operación pero que no formaba parte del grupo que cruzaría el

portal.

—Espero que todo salga bien, capitán Northon —dijo Gordon cuando estuvo cerca—. Recuerde que tienen dos días. Pasado ese tiempo deben regresar, independientemente del punto en el que se encuentren las investigaciones.

—No se preocupe —repuso Rick—. No pienso estar ni un segundo más de lo necesario.

—Suerte, capitán. Tráigalos a todos de vuelta. —Jack le estrechó la mano.

Rick detectó una inseguridad no intencionada en sus voces. Lo había visto en ocasiones anteriores, siempre antes de una operación clasificada de alto riesgo.

—Ésa es mi intención —les aseguró

Rick—. Y ahora, empecemos la función antes de que les dé por abrazarme delante de todo el mundo.

Gordon hizo un gesto y el desconocido puso un maletín en el suelo, lo abrió y sacó una piedra plana que recordaba al telio por su tono plateado, aunque éste era más claro. Sin duda era lo que en el informe aparecía con el nombre de sello. Parecía ligero y cabía en la palma de la mano de un hombre. En el centro estaba inscrito otro símbolo, diferente al del suelo pero similar al mismo tiempo, como si fuesen parte de un mismo conjunto.

El desconocido penetró en la runa de activación, se agachó y dejó el sello en el centro. Luego retrocedió y se unió de

nuevo al grupo.

El sello se hundió en el suelo hasta quedar al mismo nivel. Encajaba a la perfección en el hueco que se había abierto. La piedra giró unos noventa grados en el sentido de las agujas del reloj, sin producir sonido alguno, hasta que las líneas del símbolo del sello coincidieron con las de la runa. Cuando el dibujo estuvo completo comenzó a emitir un débil resplandor azulado. Instintivamente, Rick, Gordon y Jack dieron un paso atrás. El desconocido que había dejado el sello en el suelo no pareció sorprenderse; era obvio que ya había contemplado aquello con anterioridad.

Un sonido grave retumbó en toda la

nave. Los pilares se separaron del suelo y se elevaron lentamente unos diez centímetros, luego permanecieron suspendidos sin que nada visible los sujetase en el aire.

Varias docenas de cuellos se estiraron lo que pudieron y un número mayor de bocas se quedaron entreabiertas frente al espectáculo de cinco pilares levitando en el aire. Todos los presentes estaban al corriente de cómo funcionaba el portal, incluso habían realizado ensayos para ese momento. Pero verlo en primera persona era mucho más impresionante que leerlo en un papel. Más de uno sintió ganas de acercarse a un pilar y recorrer con la mano el aire que lo rodeaba para buscar el cable

invisible que, sin duda, debía sostenerlo.

Al poco tiempo, los pilares comenzaron a girar sobre sí mismos, ganando velocidad gradualmente hasta resultar redondos a la vista, pero sin desplazarse de su ubicación. Luego cambiaron de color. Pasaron del negro azulado a un gris blanquecino para terminar en un tono indeterminado. El giro producía un leve murmullo metálico que tenía algo hipnótico. Era un sonido de fondo extrañamente agradable, como el de las olas del mar. Pero no duró demasiado.

El murmullo cesó de forma abrupta y los presentes lamentaron su ausencia automáticamente. Justo en el centro del

área comprendida entre los pilares apareció una pequeña nube. Era muy densa, de color azul, y se movía en todas las direcciones a la vez. Ningún ruido emanaba ahora del portal. Pequeños tentáculos de humo empezaron a brotar de la nube. Se extendían alejándose del núcleo para regresar a él rápidamente y desvanecerse. Con cada tentáculo que iba y venía, aquella masa crecía un poco más. No pasó mucho hasta que la nube dejó de crecer y adquirió una forma circular de unos diez metros de diámetro. El humo que la formaba no dejaba de moverse y mudó su color azul por un gris ceniza, ganando más densidad todavía. Su aspecto se asemejó demasiado a algo que todo el mundo

temía en mayor o menor grado: la Niebla.

No se sabe cuándo aparecieron los primeros bancos de niebla estáticos pero era seguro que fue después de la Onda. Esa maldita Niebla permanecía en el mismo sitio sin que nada le afectase. Ni la lluvia, ni el sol, ni el viento eran capaces de producir el más mínimo cambio en ella. Se perdieron muchas vidas hasta que se supo que nadie podía salir de aquella bruma. Todo el que había entrado en uno de esos bancos no había regresado jamás. Como consecuencia, eludir la Niebla se convirtió en una cuestión de supervivencia. A los niños nacidos después de la Onda les enseñaban antes

a identificar y evitar la Niebla que a respetar el código de circulación vial. Su color y textura eran idénticos a los de la nube que se había formado entre los pilares, con una sola diferencia: la niebla del portal no paraba de moverse, mientras que la niebla que se encontraba estancada en diferentes lugares del mundo permanecía inmóvil.

La sensación de desconfianza arraigó en los soldados de manera instintiva. Su formación militar incluía memorizar los bancos de niebla de Londres y sus alrededores para prevenirlos convenientemente. Esa competencia había cobrado una importancia vital desde que un camión militar con doce soldados a bordo desapareciera en una

de esas masas de niebla, que abarcaba varias manzanas. Se trató de un accidente. El conductor perdió el control del vehículo y no pudo frenar antes de que la Niebla los engullera. Pero eso no cambió el hecho de que nunca debería haber circulado tan cerca de ella. Desde el suceso, la orden de mantenerse alejados de la mortal bruma en un mínimo de cien metros fue modificada para añadir la pena del exilio. Sin embargo, en aquel momento tenían que atravesar la Niebla que siempre habían tratado de evitar.

Rick superó el asombro y la sorpresa con gran esfuerzo, y recuperó su autocontrol. Inspeccionó la niebla que tenía ante sí y distinguió una luz más

clara en el centro. Unas siluetas extrañas se recortaban a lo lejos. El movimiento de la nube hacía imposible distinguir qué eran. Sin embargo, daba la impresión de que aquello era el destino al otro lado del portal. A Rick se le ocurrió rodear los pilares para comprobar si esas figuras coincidían con algún objeto allí situado, pero lo descartó enseguida.

El momento había llegado. Dio la vuelta y regresó al lado del teniente de la primera escuadra mientras Jack, Gordon y el científico regresaban a la primera planta para supervisar la operación.

—Empieza el juego —dijo Rick, intentando rebajar la tensión que se

apreciaba en los ojos de sus hombres—. Cruzad el portal y reconoced el terreno —ordenó a los soldados del primer escuadrón—. Yo iré con la segunda escuadra. Nos vemos al otro lado.

El teniente asintió y Rick retrocedió.

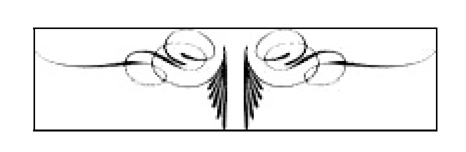
Desde la sala de observación, los presentes vieron avanzar a la escuadra de reconocimiento. Caminaban con paso firme pero lento. Parecía que intentaban retrasar el momento, esperando que alguien detuviese la misión antes de que fuera demasiado tarde. Pasaron al lado de uno de los pilares que continuaba girando suspendido en el aire. Algunos soldados le dedicaron miradas furtivas aprovechando que lo tenían muy cerca. Finalmente llegaron a la niebla y se

introdujeron en ella sin aminorar el paso. Uno a uno, se convirtieron en un borrón difuso que no sería fácil de distinguir para quien no les hubiera seguido con la vista desde el primer momento.

La segunda escuadra cruzó la niebla poco después. La tercera y última repitió la escena sin revelar ningún detalle nuevo. El borrón que formaban las confusas figuras de los soldados perdió tamaño progresivamente hasta desvanecerse suavemente como si nunca hubiese existido.

La expedición al completo había partido hacia otro mundo.

CAPÍTULO 2



—Si tenemos cuidado, no tiene por qué afectarnos —aseveró Mike, observando detenidamente el medidor de radiación que sujetaba con su huesuda mano—. Lo he hecho ya muchas veces y es seguro.

—A mí no me lo parece —repuso Steven acercándose a él y mirando el oxidado aparato que tenía en la mano.

La aguja que debía indicar el índice de radiación oscilaba de un lado a otro descontrolada, haciendo imposible obtener una lectura clara—. Ese trasto parece averiado. No podemos saber si nos afectará o no la radiación. No sé si deberíamos ir —añadió mirando con desconfianza el triste aspecto de su traje anti-radiación.

Sólo les faltaba cubrirse la cabeza con el casco para completar su armadura contra las ondas radiactivas. Steven vaciló antes de ponerse el suyo. Lo estudió con suspicacia mientras lo giraba en sus manos. El casco estaba cubierto por una capa de mugre que le obligó a frotar con fuerza para despejar la parte del visor; luego, bajo la

apremiante mirada de su compañero, introdujo la cabeza dentro. Olía a sudor y sintió un pequeño ataque de claustrofobia. Ajustar el resto de su traje no hizo sino aumentar su inquietud. Le costó un verdadero esfuerzo lograr que la cremallera del pantalón se decidiese a finalizar su recorrido ascendente. La oxidada hebilla del cinturón chirrió como si se estuviese quejando por algo. Steven frunció el ceño al contemplar las marcas que el desgaste había producido en la parte de las rodillas.

Mike parecía no estar preocupado en absoluto a pesar de que su traje tenía un aspecto tan lamentable como el suyo. Estaba realizando unos extraños estiramientos, y Steven imaginó que le

ayudarían a adaptarse a la incómoda indumentaria.

—Estamos preparados —anunció Mike, satisfecho. Su voz sonaba distante, amortiguada por el mugriento casco—. Vamos allá.

Abrieron la puerta de atrás de la furgoneta y salieron al exterior. Sus pies se hundieron en la nieve hasta la altura del tobillo. Arrojaron dos palas en una patética imitación de carretilla que consistía en una caja de madera con una rueda en un extremo y dos palos que sobresalían por el otro, y empezaron a arrastrarla por la nieve. El único consuelo de Steven era que el traje anti-radiación resultaba eficaz contra el endemoniado frío.

Soplaba un fuerte viento desde el este y el sol estaba oculto por una espesa capa de nubes de aspecto poco tranquilizador. Steven ya casi no recordaba la última vez que sintió los rayos del dorado astro acariciándole el rostro.

—No pienso quedarme mucho tiempo —advirtió a su amigo—. No me fío de estos harapos. Únicamente lo hago porque estoy desesperado y tengo que dar de comer a mi familia. Espero que encontremos suficiente telio para dejar este asqueroso modo de ganarnos la vida.

—¿Crees que a mí me gusta esto? —dijo Mike caminando con esfuerzo a su lado. Sus pesadas botas tenían una

costra de nieve que dificultaba su avance. Sacudirlas era una pérdida de tiempo, ya que volverían a estar cubiertas en cuanto diese dos pasos—. Hemos hecho un trato: yo te enseñaba dónde podíamos encontrar telio y tú conseguías un pase de ciudad para entrar en Londres y venderlo en el mercado negro. Sólo necesitamos un buen filón y no volveremos a hacerlo.

—Lo sé, pero no me habías hablado de la radiación —se quejó Steven—. Sé que nadie ha estado en ese sitio más de dos años sin sufrir enfermedades degenerativas. Yo no pienso exponerme. No tengo intención de estar ni dos semanas.

—Es la única manera de conseguir

telio —le recordó Mike—. El ejército se ha adueñado de todas las zonas alrededor de Londres donde se puede encontrar. Éste es el único lugar sin vigilancia. No te preocupes por la radiación: un amigo mío trabajaba en una central nuclear antes de la Onda y sé que estos trajes son seguros, a pesar de su aspecto.

Steven sacudió la cabeza, poco convencido, y se concentró en arrastrar la carretilla. No quería empezar de nuevo la misma discusión, sobre todo porque sería culpa suya. En el fondo ya sabía perfectamente en lo que se había metido, así que era mejor callarse y terminar cuanto antes. Evocó en su mente la imagen de su mujer y su hija, y

se alentó a sí mismo pensando en que lo hacía por ellas. No podía fallarles.

Les llevó más de lo que Steven había calculado atravesar los doscientos metros que les separaban del Cráter. Aunque estaba acostumbrado a caminar por la nieve, como todos los que vivían en Londres o en las proximidades, no contaba con arrastrar una carretilla cuya rueda parecía haber perdido la voluntad de girar, ni tampoco con el peso extra de su traje. Finalmente llegaron al lugar, que resultó ser tal y como Mike le había contado.

El Cráter, como él lo llamaba, era un área de terreno suficientemente grande para instalar dos campos de rugby. Lo más impresionante era que no había ni

un solo copo de nieve. Se veía perfectamente la tierra en toda su extensión. Tampoco crecía ninguna planta y, como era lógico, no se veía animal alguno en sus alrededores; ni siquiera las aves sobrevolaban la zona. La ausencia de vida se debía a la radiación y Steven volvió a pensar que estaban locos por meterse en ese lugar. Si el ejército lo había evitado sería por algo. La tierra del Cráter estaba removida, como si un rastrillo gigante hubiera pasado por encima aleatoriamente. Rocas rojizas de tamaños variados sobresalían por todas partes y había pequeñas elevaciones que formaban pendientes engañosas. Steven se sacudió la nieve de las botas

pisoteando el suelo, imitando a Mike, y se sintió como si estuviesen entrando en un lugar maldito donde nadie osaba poner un pie.

Descendieron por un camino moderadamente allanado y Steven notó que la temperatura aumentaba considerablemente.

—Dejaremos aquí la carretilla —sugirió Mike, que supuestamente era el experto, aunque Steven cada vez se inclinaba más por pensar que estaba loco, o como mínimo que era demasiado temerario—. Nos separaremos y buscaremos el telio. Coge una pala. Cuando alguno lo encuentre que avise al otro.

A Steven le pareció una buena idea.

Separados cubrirían más terreno y probablemente darían antes con el mineral. Salir de allí era lo que más le preocupaba en ese momento. Vio que Mike rodeaba una enorme roca y se giró en la dirección opuesta. Encontró un pequeño montículo a pocos metros de la carretilla y decidió que era tan buen sitio como cualquier otro para empezar a cavar y probar suerte. A fin de cuentas, toda la zona del cráter le parecía igual, así que no había motivo para ir más lejos.

Clavó la pala en la tierra y luego pisó encima con su bota. Para amenizar un poco la tediosa labor de cavar en una superficie dura, Steven imaginó lo que haría cuando lograran vender el telio. Le

conseguiría ropa nueva a su familia, así como algunas medicinas, y luego compraría armas. No volvería a perderlo todo por culpa de una banda de ladrones que les asaltase en la oscuridad de la noche. La próxima vez estaría preparado. Le costaría muy caro al que intentase arrebatarle lo poco que tenían. Tampoco podía olvidar que debía hacerse con ropa de buena calidad para él. Si no conseguía un trabajo en Londres, seguirían obligados a vivir en el salvaje mundo de las afueras.

Sus pensamientos fueron interrumpidos cuando escuchó un grito ahogado. Steven dejó caer la pala y giró sobre sus talones. No vio nada. El grito provenía de la dirección en que Mike se

había ido. Aquellas asquerosas máscaras ensordecían su voz, pero tenía que tratarse de él. ¿Quién más iba a estar allí? Steven echó a andar apresuradamente hacia la roca tras la que había visto desaparecer a su compañero, pero sin llegar a correr: tenía miedo de caerse y rasgar el traje anti-radiación. La voz de Mike sonaba cada vez más cerca y ahora podía distinguir sus palabras. Le estaba llamando por su nombre y le pedía que se acercase a toda velocidad. Steven esperó que fuera una veta de telio enorme lo que le había impulsado a llamar su atención.

—Tienes que ver esto —dijo Mike claramente nervioso, saliendo a su paso.

—¿El qué? —preguntó Steven, intrigado—. Dime que has encontrado telio.

—No. Qué va. Es... un tipo.

Steven le apartó a un lado, irritado porque aún no había ni rastro de mineral y fue a ver al individuo que Mike había encontrado. Un poco más adelante, tirado en la tierra, se extendía el cuerpo de un hombre. Era bastante alto y muy delgado. Su figura alargada yacía boca arriba sobre una roca ennegrecida, en una postura que le obligaba a arquear la espalda hacia atrás y que debería resultar dolorosa para alguien que estuviese vivo. La cara del desconocido estaba parcialmente oculta tras una maraña de pelo negro, salpicado de

canas. Una enorme nariz sobresalía, apuntando directamente al cielo. Steven se quedó de piedra al ver que el extraño no llevaba ningún traje anti-radiación: estaba vestido con un abrigo y unos pantalones de pana muy sucios.

—¿Para esto me llamas con tanta urgencia? —gruñó Steven—. ¿Para enseñarme un cadáver que has encontrado?

—¡Pero es que no está muerto! —exclamó Mike. Steven contrajo el rostro en una mueca de asombro—. Te lo juro. Escuché el sonido de piedras rebotando contra el suelo. Me giré y vi a este desgraciado cayendo por esa pendiente. Dijo algo que no entendí. Subí ahí arriba pero no hay nadie, estaba solo, y vestido

así, sin protección de ningún tipo.

Como confirmando las palabras de Mike, el desconocido se movió en ese momento. Se volvió a un lado y cayó al suelo. Steven dio un salto atrás, sobresaltado.

—Cielo santo, es cierto —dijo agachándose junto al desconocido—. Está vivo. Tenemos que sacarle de aquí.

—¿Estás seguro? —preguntó Mike sin mover un solo músculo.

—No podemos abandonarlo en este sitio. Morirá.

—¡Ya debería estar muerto! Y si no lo está, no tardará mucho en hacerlo.

Steven le lanzó una mirada furiosa que consiguió hacer que se moviera y se acercase hasta él.

—Estoy... bien —susurró débilmente el desconocido. Se estaba intentando levantar del suelo, pero al parecer se encontraba muy débil—. Ha sido una caída... Yo... me golpeé en...

—No hables —le dijo Steven a su lado—. Te sacaremos de aquí.

Mike refunfuñó algo que Steven no pudo oír bien, pero le ayudó a levantarle. Le llevaron hasta la carretilla y empezaron a tirar de ella. El desconocido tenía los ojos entreabiertos y miraba en todas direcciones, algo aturdido. Al final debió considerar que el esfuerzo de mantener el cuello rígido era excesivo y dejó que su cabeza se apoyase sobre su hombro.

Steven y Mike tiraban de la carretilla

con todas sus fuerzas. La pendiente que habían bajado al internarse en el Cráter les estaba exigiendo un gran esfuerzo ahora que traían un peso extra.

—No es una buena idea —protestó Mike cuando llegaron hasta arriba—. Es algo muy raro lo de este tipo. No me gusta.

—Saquémosle del Cráter —insistió Steven, ignorándole. En el fondo sabía que su compañero tenía razón; había algo muy extraño en una persona que entraba en una zona radiactiva sin protección y sin que, aparentemente, le afectara. Sin embargo, no podía dejar a otro ser humano abandonado a la muerte. Él no era como esos asquerosos furtivos que vivían robando e incluso matando a

los demás—. Le dejaremos sobre la nieve, lejos de la radiación.

Ellos también se sentaron en la nieve cuando llegaron, agotados por el esfuerzo. Steven hizo ademán de sacarse la maloliente máscara de la cabeza para conseguir algo de aire fresco, pero Mike le detuvo sujetándole por el brazo.

—No te la quites —le advirtió—. Este hombre tiene que estar forzosamente contaminado. No es seguro.

Steven siguió su consejo y concentró su voluntad en normalizar la respiración para no acabar asfixiándose.

—Gracias —dijo el desconocido incorporándose y saliendo de la caja de madera—. Me llamo Raven.

—¿Se puede saber qué hacías en el

Cráter sin protección? —preguntó Mike.

—Yo... la verdad es que no estoy seguro —admitió algo avergonzado—. Supongo que me perdí. Iba siguiendo mi camino y no me di cuenta de que entraba en esa zona sin nieve. Tropecé y al caer me di un golpe en la cabeza —explicó llevándose la mano a la nuca y acariciándose el pelo.

—No entiendo cómo se le puede pasar por alto algo así a nadie —rugió Mike —. Y entiendo menos aún que no hayas muerto por la radiación. Ni las bacterias sobreviven en ese lugar.

—¿Qué hacíais vosotros ahí dentro entonces? —preguntó Raven, que parecía sentirse mejor. Su voz había adquirido un tono normal.

—Eso es cosa nuestra —respondió Mike, secamente—. Ahora debemos irnos. Se ha hecho tarde y cada vez es menos seguro andar por estos sitios con tanto ladrón dando vueltas por ahí.

—¿Es vuestra esa furgoneta? —preguntó mirando el vehículo—. ¿Podéis llevarme a algún lugar donde me den de comer algo?

—No podemos llevarte, lo siento —respondió Steven muy deprisa—. Te hemos sacado del Cráter pero debes estar contaminado por la radiación. No puedo poner en peligro la vida de mi familia. Lo lamento, Raven.

—No importa. Lo entiendo. Gracias de todos modos.

Steven sintió una punzada de lástima

al abandonar al extraño allí, pero se obligó a pensar que había hecho algo por ayudarle, y que de todos modos ya estaba solo antes de que lo encontraran, con lo que su situación había mejorado. En cualquier caso, habían perdido el día sin encontrar telio, y su familia era lo único importante. No podía arriesgarse a que su mujer y su hija muriesen a causa de la radiación. Le dedicó a Raven una última mirada a modo de despedida y se fue con Mike, que estaba bastante enfadado por tener que regresar con las manos vacías.

Raven les vio subirse a la furgoneta y marcharse conduciendo lentamente. Se quedó solo entre un mar de nieve, con la amenaza de los ladrones que rondaban

por esa región. Se abrochó el abrigo por el cuello, sacó un sucio gorro de lana agujereado y se lo caló hasta las orejas. Con las manos en los bolsillos y sin la menor idea de dónde se encontraba, empezó a caminar dejando un rastro de huellas difícil de pasar por alto. Avanzó junto a los dos serpenteantes surcos que había dejado el vehículo y tomó una dirección diferente.

Después de días andando, con sus propios pensamientos como única compañía, no le supuso ningún esfuerzo volver a sentir el frío abrazo de la soledad. Su corta charla con sus dos salvadores no hizo sino recordarle lo mal dotado que estaba para las relaciones sociales en general. Debía

encontrarse en una zona poco poblada, porque no veía ningún rastro en la nieve, ni siquiera de animales.

Su rumbo era, como siempre, desconocido. Se guiaba por una atracción que tiraba de él desde lo más profundo de su ser, y que había ganado en intensidad durante los últimos meses, llegando en alguna ocasión excepcional a entrometerse directamente en su propia voluntad. No sabía a dónde se dirigía, pero algo inexplicable, que Raven consideraba un sentido de naturaleza similar a la intuición, le decía que cuando alcanzara su objetivo, entendería la razón de esa llamada que le conminaba a seguir avanzando y, con un poco de suerte, pondría fin a la sucesión

de acontecimientos inexplicables en los que se había convertido su agitada vida. Cruzar un campo radiactivo sin protección alguna y salir indemne no era más que otro suceso insólito que no entendía de sí mismo.

Debía llevar varias horas caminando. Sus botas estaban completamente caladas y sus pies empapados. La perezosa monotonía del paisaje estaba por fin variando ligeramente. Los árboles estaban más cerca unos de otros y observó delante de él lo que se podría calificar como un pequeño bosque. Raven lo estudió con atención mientras se iba aproximando. Por desgracia ése era el mejor refugio que había encontrado hasta el momento, y

consideró buscar un buen tronco bajo el que cobijarse. No era capaz de explicarlo, pero tenía la absoluta certeza de que se aproximaba una terrible tormenta y no quería que le sorprendiese en medio de una llanura, sin posibilidad de resguardarse. Una vez más se sintió confuso por percibir fenómenos extraños que nadie más parecía apreciar. Decidió cruzar la arboleda y averiguar qué había al otro lado; si no hallaba nada mejor, no tendría más remedio que quedarse allí.

Resultó que el grupo de árboles no era un bosque en realidad. Por lo menos, Raven no lo hubiese catalogado de esa manera, dada su pequeña extensión. Lo atravesó en pocos minutos y, para su

sorpresa, se encontró con una hilera de edificios que no superaban las tres plantas. Raven comprobó la nieve en las proximidades y descubrió huellas. Las había pasado por alto, preocupado por encontrar un sitio donde defenderse de la inminente tormenta.

Acelerando algo el paso, dejó atrás los árboles y llegó al pequeño pueblo que se alzaba ante él. Varios edificios estaban parcialmente derruidos y todos sin excepción presentaban una gruesa capa de nieve en sus tejados. Al no ver a nadie cerca, Raven cruzó lo que debía ser una carretera, ya que era una superficie demasiado llana y con abundantes huellas de neumáticos, y escogió la calle más amplia de entre las

limitadas opciones de que disponía. Cuanto mayor, más importante sería la avenida, y más oportunidades tendría de encontrar a alguien a quien preguntar dónde podría pasar la noche.

Le extrañó un poco no ver a nadie después de recorrer dos manzanas. Había algunos coches aparcados en las aceras, aunque muy pocos, en su opinión, y frente a las entradas de los edificios se podían ver montones de nieve apilada, lo que indicaba que los habitantes se preocupaban de despejar los accesos a sus hogares. Pensó en llamar a una de aquellas puertas y pedir cobijo, pero luego descartó la idea y prefirió seguir andando un poco más. Antes o después encontraría a alguien a

quien preguntar sin necesidad de abordarle en su propia casa.

Unos minutos más tarde, captó el sonido de una voz femenina que llegaba hasta él desde el otro lado de la esquina que tenía delante. Dio un par de largas zancadas hasta el final de la calle y vio a dos figuras en medio de la misma. Una mujer estaba arrodillada en el suelo delante de una niña mientras le abrochaba el abrigo. Por su estatura, ésta no debía de tener más de diez años y el abrigo le quedaba demasiado grande. Raven se acercó a ellas, que parecieron alarmarse un poco por su presencia.

—Hola —dijo mientras aminoraba el paso y levantaba ambas manos

intentando no parecer amenazador. La mujer se incorporó rápidamente y miró en todas direcciones. No estaba claro si comprobaba la presencia de alguien más para cerciorarse de que Raven se dirigía a ellas o para pedir ayuda—. Perdonad que os moleste. ¿Hay algún sitio cerca donde pueda comer algo? No soy de aquí y la verdad es que ni siquiera sé bien dónde estoy.

La mujer agarró a la niña y tiró de ella hasta situarla detrás de su cuerpo con actitud protectora. Raven se quitó el gorro para que pudiesen verle la cara. Era consciente de que no tenía un aspecto muy agradable. Su pelo era una red de suciedad y su barba de varios días revelaba que afeitarse no era una de

sus prioridades. Sus ojos estarían apagados por el cansancio y no ofrecerían una mirada precisamente cálida. Con todo, pensó que descubrirse ayudaría a demostrar sus buenas intenciones.

—Sólo busco un lugar para refugiarme y comer algo. No tengo intención de causar problemas —dijo en tono tranquilizador.

La niña asomó la cabeza por detrás de la mujer y dijo:

—¡Menuda narizota! ¿No se te enfría?

—¡Maya! —la reprendió la mujer, sin dejar de mirarle con desconfianza.

—No se preocupe. Los niños son así. —Raven sonrió a Maya, que no apartó los ojos de su nariz, fascinada.

—Tres manzanas más adelante hay un bar en el que le darán de comer. No tiene pérdida, es en esta misma acera —dijo la madre de Maya fríamente.

—Muchas gracias, señora. Una cosa más. No pretendo meterme en sus asuntos, pero deberían ir a su casa lo antes posible. Se avecina una tormenta y es peligrosa.

—Es posible, pero estamos acostumbradas a las tormentas —contestó la madre con indiferencia.

La mujer se giró y agarró a su hija dispuesta a marcharse. Raven la tomó por el brazo y por segunda vez vio una expresión de alarma en su cara cuando sus ojos se abrieron de par en par.

—No. Espere. No es posible: es

seguro —le advirtió—. Esa tormenta llegará muy pronto y no creo que estén preparadas para algo así. Deben refugiarse cuanto antes.

—¡Suélteme! —La mujer agitó el brazo con fuerza y se desembarazó de Raven—. Déjenos en paz. —Se dio la vuelta y se alejó tirando de Maya. La niña mantuvo la cabeza girada sin apartar los ojos de la nariz de Raven durante varios pasos, hasta que tropezó y su madre la obligó a caminar mirando al frente.

Raven se quedó observándolas unos segundos amargamente. Luego se cubrió de nuevo la cabeza y continuó en dirección al bar que le habían recomendado. No era la primera vez que

alguien rechazaba su ayuda y bastantes preocupaciones merodeaban por su cabeza como para añadir a una madre desconfiada que le tomaba por loco. Decidió que ése no era su problema.

Siguió las instrucciones y alcanzó el bar sin cruzarse con nadie más, salvo con un grupo de perros escuálidos. Un letrero recubierto de nieve sobresalía de la pared. A ambos lados de la puerta unas ventanas enormes, teñidas en su totalidad por el vaho, ocultaban el interior del local. Raven cerró los ojos y se concentró. No percibió nada amenazador. Tenía que reconocer que aquellas extrañas sensaciones suyas a veces resultaban muy útiles. Finalmente satisfecho, abrió los ojos, se acercó a la

puerta y entró en el bar.

—Esa puerta, que se va el calor —dijo una voz mientras Raven se sacudía la nieve de la ropa. Alargó la mano y cerró la puerta rápidamente.

El local contaba con una superficie muy amplia. La barra se ubicaba enfrente de la puerta y recorría toda la pared. Pocas botellas poblaban las estanterías de detrás. Raven se quedó mirando una mesa de billar en la parte de la derecha. Hacía siglos que no veía una y de repente sintió ganas de echar una partida, algo extraño dado que no recordaba haber jugado nunca. El resto de la estancia estaba repleta de mesas y sillas, haciendo gala de un gran desorden.

Raven actuó con normalidad, fingiendo no ser el centro de atención. Unas quince personas estaban repartidas en varios grupos y el recién llegado notó que todas las miradas se posaban en él descaradamente. Se sintió incómodo ante el intenso escrutinio al que le sometieron. Esperaba que fuera un comportamiento típico de la gente de aquel bar y no algo que hubiese causado su aspecto. De algún modo, la desconfianza y el rechazo eran las emociones que con más frecuencia inspiraba en las personas, como le había ocurrido con la madre de Maya poco antes. En los pocos años que su memoria conservaba, no había hecho un solo amigo, no había tomado parte en una

conversación que superase unos pocos minutos y, en definitiva, no había sido capaz de crear un vínculo especial con otro ser humano. Se sentía diferente a los demás. Todo el mundo contaba con alguien, ya fuera un familiar, un amigo o sencillamente un conocido con quien compartir los duros momentos por los que estaban pasando. Él estaba solo.

Al principio, pensar que estaba aislado en una prisión invisible que le impedía conectar con el resto de las personas fue la única manera de superar un vacío interior que, en ocasiones, le llegaba a ocasionar un dolor casi físico. Era más sencillo culpar a un muro imaginario de su soledad que a sí mismo. Luego descubrió que no era sólo

que se sintiera diferente, sino que era realmente diferente. Todos sus recuerdos anteriores a la Onda se habían esfumado, pero por lo visto dejaron hueco para una serie de sentidos y habilidades que nadie más tenía, y para los que no existía una explicación científica. Fuera como fuese, la soledad era ahora su modo de vida y estar entre desconocidos siendo la diana de todas las miradas le sobrecogió.

Se acercó a la barra y saludó con un gesto torpe de la mano.

—Buenos días.

Nadie respondió y nadie apartó la vista de él. No sonaba música y el silencio incrementó su estado de agitación. Se aproximó al tipo que

estaba detrás de la barra y que dedujo sería el camarero. Era un hombre de mediana edad, vestía una jersey rojo medio roto y llevaba unas gafas demasiado grandes para su cara. Sostenía una jarra de cristal mientras la secaba insistentemente con un trapo.

—Me han dicho que aquí podría comer algo —insistió esperando que su tono resultase amable y educado.

El camarero no respondió, sino que continuó mirándole fijamente y secando la jarra con movimientos rutinarios, guiado por la inercia.

—¿Dónde están tus modales, Frank? —dijo la voz que le había mandado cerrar la puerta cuando entró al bar. Pertenecía a un hombre calvo y muy

corpulento que se sentó a la izquierda de Raven—. Nuestro invitado pregunta si tienes algo de comer. Debes disculparle —le dijo a Raven—, se recuperará de la impresión enseguida. Hace mucho que no trata con nadie de fuera del pueblo.

Frank reaccionó antes de que Raven pudiera contestar.

—Puedo ponerle un plato de estofado y acompañarlo con vino... Claro está, si me enseña antes el dinero —dijo Frank sin una pizca de tacto.

Raven sacó del bolsillo un fajo con varios billetes arrugados. Frank lo ojeó y asintió satisfecho. Puso una botella y un vaso delante de Raven y se marchó a la cocina tras asegurarle que no tardaría mucho.

—Seguro que a un viajero solitario le gustaría comer acompañado de una buena conversación. Sólo tienes que invitarme a un trago —dijo el hombre calvo situado en la barra, próximo a él. Sin esperar una confirmación, el tipo alargó la mano hacia la jarra de vino con intención de servirse.

Raven apartó la botella con un movimiento rápido, sin dirigirle una mirada. Se sirvió una copa y se la bebió de un trago. La volvió a llenar.

—Prefiero comer solo, gracias. No busco conversación. —Sostuvo la copa en la mano con actitud indiferente y tomó un sorbo.

—Vamos, Adam. No le molestes —intervino una mujer rubia de pelo largo

acercándose a la barra—. Acaba de llegar. Tendrá hambre y frío. No le hagas caso —se dirigió a Raven—. Me llamo Rose, y Adam tiene poco tacto con los nuevos.

—No te metas, Rose. Sólo quería hablar con él. Es bastante raro ver a alguien solo llegar al pueblo, y a pie. Ni siquiera nos ha dicho su nombre. ¿Quién sabe qué le trae por aquí? Podría estar evaluando el terreno para los furtivos. —Se dirigía a Rose pero mantenía la vista fija en Raven.

—No empieces otra vez con lo mismo que te conozco. —Rose se puso entre los dos y empujó a Adam lejos de Raven —. Busca otra excusa para desahogarte.

Adam se alejó murmurando entre

dientes hasta la mesa de billar, donde le esperaban dos hombres que habían seguido la escena con curiosidad. La mujer se acomodó en su sitio con mucha naturalidad. Raven estaba algo desconcertado por el pequeño intercambio que acababa de tener lugar ante sus ojos. No estaba seguro de a qué se habían referido al mencionar a los furtivos, y tampoco entendía por qué Adam había destacado que Raven no había dicho su nombre. A pesar de no ser ningún experto en relacionarse con los demás, Raven repasó sus nociones de cómo comportarse en un lugar público y estuvo razonablemente seguro de que la gente no acostumbraba a anunciar su nombre al entrar en un bar.

Sin poder evitar sentirse algo nervioso, apuró otra copa y continuó esperando la comida, forzándose a actuar como si estuviera solo en la barra.

—No te preocupes por él —dijo Rose con aire conciliador.

Raven hizo justo lo contrario instintivamente y ofreció una copa a la mujer al ver que no iba a poder evitar hablar con alguien mientras comía.

—¿Por qué está tan nervioso conmigo? —preguntó con cautela—. ¿Quiénes son esos furtivos de los que piensa que formo parte?

—Ladrones. —Rose aceptó la copa y le dio un trago largo—. Hace dos semanas una banda relativamente bien organizada vino a robar al pueblo. No se

llevaron gran cosa, pero mataron a tres personas. Como te puedes imaginar, los desconocidos no son muy bien recibidos desde entonces. Tu caso es algo inusual. Un ladrón solitario no tiene mucho futuro —añadió pensativa, como si lo dijera más para sí misma que para Raven—. Por otra parte, alguien que viaje solo en estos tiempos es casi más difícil de creer aún. ¿No te parece?

El camarero regresó con el estofado. Raven captó su aroma y su estómago empezó a producir toda clase de ruidos, impaciente. Hacía mucho de su última comida caliente. La cuchara atacó duramente al guiso casi en el mismo instante en que el plato se posó sobre la barra.

—Podéis estar tranquilos —dijo con la boca llena. Tragó con dificultad—. No soy ningún ladrón. Me llamo Raven y estoy de paso. —La cuchara reanudó sus viajes entre el plato y la boca.

Aunque los clientes del bar continuaban mirándole, el ambiente se relajó al incorporarse los cuchicheos de varios grupos. Al menos ahora se escuchaban más sonidos en el bar y Raven no tenía la sensación de que todos estaban pendientes de cada palabra que pronunciaba. Esperaba que Rose le creyese. Tenía la impresión de que aquello era una especie de examen, y de que la mujer transmitiría a los demás sus conclusiones. Resultaría de lo más inconveniente que le tomaran por un

ladrón.

—¿Adónde te diriges? —le interrogó Rose.

—Al sur. ¿Puedes decirme qué hay en esa dirección?

—¿Por qué tomas ese camino si no sabes qué encontrarás? No tiene sentido —reflexionó frunciendo el ceño.

Raven observó cómo la historia se repetía. Los barrotes de su celda de aislamiento comenzaban a solidificarse. No habían hecho falta más que unas pocas frases y ya percibía la desconfianza que crecía en torno a su persona. Buscó un motivo que justificara su intención de ir al sur. Sentirse arrastrado por algo que no comprendía no le pareció que fuese a sonar muy

creíble. Mentir sobre su destino tampoco era buena idea. Ni siquiera sabía dónde se encontraba. Por tanto, no podía arriesgarse a citar un lugar que no estuviese ahí. Tragó con gran dificultad y apartó el plato, que todavía estaba medio lleno.

—Es mi camino y debo seguirlo —respondió sin que se le ocurriera nada mejor.

—Ya veo. Eso lo aclara todo. —Rose apoyó la cabeza sobre su mano al tiempo que le miraba con mayor atención—. Pero deberías esforzarte un poco más. No es nada personal, pero Adam tenía razón. Esos cabrones de los furtivos acostumbran a enviar a alguien para espiar antes de un asalto. Si no le

convences de que tienes otra razón para estar aquí, no te dejará marchar. Hay vidas en juego. Pensé que preferirías hablar conmigo antes que con él.

Los barrotes ya no podían ser más sólidos. No importaba cuánto lo intentase, ni cuáles fuesen sus intenciones. Cerca de un año sin contacto humano y era incapaz de decir cuatro frases sin llamar la atención.

—Sólo me he desviado para comer algo caliente. No tengo nada que ver con esos furtivos. Ni siquiera sé dónde estoy. No puedo probarlo, así que si no me creéis, haced lo que os parezca mejor.

Rose dudó. Claramente, su historia era demasiado escueta y absurda. Alguien

que viaja solo sin saber dónde se encuentra sólo podía haber perdido la cabeza. Lo había visto antes en varias personas desde que el mundo se había vuelto loco: la desesperación. Pero la actitud de Raven, aunque inusual, no cuadraba con la de alguien que ha perdido el juicio, sino más bien con alguien preocupado e inseguro.

Raven vislumbró la duda en su rostro y decidió contarle lo que en realidad le había traído hasta el pueblo. Poco podía empeorar ya la opinión que tuviese de él.

—Escúchame. Sé que no os fiáis de mí. Me marcharía ahora mismo con gusto, pero se avecina una tormenta; una tan fuerte que dudo mucho que jamás

hayáis visto antes algo parecido. —Raven resopló y un aire de culpabilidad le ensombreció la cara—. Tenéis que buscar refugio inmediatamente. Si podéis, alertad al resto del pueblo, no hay tiempo que perder.

Rose frunció el ceño, desconcertada. La teoría de que algo no funcionaba en la cabeza de Raven acababa de cobrar más fuerza.

—Una tormenta muy peligrosa, y tú sabes que se avecina —dijo siguiéndole la corriente—. ¿Lo has consultado en tu bola de cristal? Escúchame bien. No pareces darte cuenta de la situación. Si no convences a esta gente de que no eres un espía, lo vas a pasar realmente mal.

Raven lamentó haber mencionado la

tormenta. Le tomaban por loco una vez más. Nunca aprendería que la gente no confía en lo que no puede comprender.

—¡No me toques! —gritó Raven de improviso sin darse la vuelta. Un paso detrás de él estaba Adam con otros dos tipos. Se detuvieron en seco sorprendidos de que Raven hubiera advertido su presencia—. Esa idea de sacarme la verdad a golpes no es la mejor que has tenido.

Adam vaciló un segundo. Entonces llegó hasta Raven, le agarró por un hombro y le obligó a girarse violentamente. Raven perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer al suelo. Adam se inclinó sobre él, amenazante.

—No entiendo cómo me has escuchado desde aquí. —Adam estaba claramente irritado. Frank y el resto acechaban expectantes, a una distancia prudencial—. Pero ese oído tan fino no te va a servir de nada. Te voy a dar una oportunidad para que te expliques. Hace dos semanas perdí a mi hermano a manos de esos ladrones furtivos. No pienso arriesgarme a que seas uno de ellos.

Rose miró hacia otro lado en previsión de lo que iba a ocurrir. Desde que mataron a su hermano hacía falta muy poco para que Adam perdiese el control. Era más bajo que Raven, pero le sacaba dos cuerpos y contaba con la ayuda de dos gorilas, aunque no los iba

a necesitar. Raven parecía mayor, aparentaba unos cincuenta años, y su delgadez no le otorgaba el aspecto de alguien que sabe desenvolverse en una pelea. En un combate de boxeo nadie hubiera apostado por él, ni siquiera hubiesen confiado en que resistiría un asalto.

Raven maldijo en silencio. No había hecho nada para merecer aquello. Sólo había intentado advertirles del peligro y tres matones se le habían echado encima. Se estaba cansando de aquella situación, de ser amenazado y de que nunca le creyeran. Luchó por dominarse y no pagar con aquel maldito imbécil la frustración acumulada de innumerables rechazos sufridos anteriormente.

—Te lo advierto: no busco problemas, así que déjame tranquilo —dijo sin poder evitar que la rabia alterase su voz.

Se escuchó un coro de perros ladrando frenéticamente junto a la puerta del bar. A juzgar por el escándalo debían ser al menos una docena. Adam los ignoró y retiró el puño hacia atrás preparando un directo a la mandíbula y dijo:

—Tú te lo has buscado...

No terminó la frase.

Un estruendo descomunal les sorprendió a todos. Las dos ventanas que daban a la calle y la puerta reventaron al mismo tiempo. Multitud de trozos de cristal volaron por el local al tiempo que la pared exterior se combaba hacia adentro. Sintieron que algo les

empujaba en la dirección opuesta a la entrada y cayeron al suelo en un remolino de brazos y piernas. Un grupo de cuatro personas fue arrastrado hacia atrás, junto con mesas y sillas. Un tipo salió disparado y se estrelló contra la barra. El viento aprovechó la ausencia de las ventanas para inundar el bar causando un violento descenso de la temperatura.

Intentaron incorporarse sin entender qué estaba ocurriendo. Varios perros entraron en el local buscando refugio. Adam se levantó con los ojos completamente desenfocados. Un chorro de sangre descendía desde su sien derecha hasta el cuello, y se perdía entre sus ropas. Dio un par de pasos

descoordinados y se desplomó. Rose y otros dos hombres corrieron en su ayuda.

Raven se levantó tras quitarse de encima el cuerpo de una persona mayor que recordaba haber visto a varios metros de distancia antes de que se produjera la explosión. Estaba cubierto de cristales pero no sangraba por ningún lado.

—¡Maldita sea! Hay que encontrar un sitio seguro —gritó Raven—. Esto no ha hecho más que empezar.

Nadie dio muestras de haberle oído. Aún estaban aturdidos. Varios de ellos estaban cubiertos de sangre. Frank se incorporó detrás de la barra. Estaba despeinado y tenía el jersey rasgado por

varios sitios nuevos. Las gafas le colgaban sólo de una oreja y tenían un cristal hecho pedazos. Intentó decir algo pero no lo consiguió. Raven se acercó a él a toda prisa apartando varias sillas destrozadas por el camino.

—Frank, necesitamos ponernos a cubierto. —Raven le zarandeó y las gafas cayeron al suelo—. ¿Hay algún sótano o algo parecido?

El camarero no respondió. Estaba conmocionado. Raven advirtió que su brazo estaba extendido y señalaba una puerta en la pared de la derecha. Se volvió y vio un caos total en la calle. Objetos de todo tipo volaban arrastrados por el aire. En el edificio de enfrente, una persona luchaba

desesperadamente por no caer a la calle; colgaba de una ventana y sus piernas rebotaban contra la fachada empujadas por la furia de la tormenta.

Un haz de luz verde azulada se estrelló en la acera de enfrente. Se repitió el estruendo que les había sobresaltado y una onda circular, del mismo color, se propagó desde el punto de impacto. Raven la vio venir a cámara lenta. El círculo verde azulado fue aumentando hasta chocar con el edificio de enfrente. El hombre que colgaba de la ventana cayó al suelo y fue sepultado por parte de la fachada que cedió tras el choque. Un instante después la onda llegó al bar, que estaba más alejado. Aunque había perdido algo de intensidad sacudió de

nuevo el local y todos fueron empujados contra la barra por segunda vez.

Raven notó la demoledora fuerza de la tormenta en su interior. Una sensación muy intensa le inundó la mente. No se explicaba cómo había podido estallar tan deprisa sin que lo hubiese percibido con más antelación, pero ya no tenía remedio. Ahora lo que tenían que hacer era refugiarse.

—Rose, ¿hay algún modo de llegar a un garaje o un sótano? —gritó Raven con todas sus fuerzas para hacerse oír por encima del estrépito que les rodeaba.

Ella lo miró y puso cara de no entenderle.

—Por los servicios —dijo una mujer

al lado de Raven tirando de su brazo. Raven se agachó y acercó la oreja a su boca—. La puerta de los servicios da a una escalera que lleva al sótano.

—Bien. Hay que llegar ahí abajo. Díselo a los demás y daos prisa.

Un latigazo de viento recorrió el bar de una punta a otra. Se oyeron nuevas detonaciones en la distancia. Raven no estaba dispuesto a esperar que una nueva explosión les diera clases de vuelo. Salió corriendo hacia los lavabos, pero la mesa de billar estaba pegada a la pared impidiendo el acceso. Se apoyó contra ella y empujó con todas sus fuerzas hasta que la apartó lo suficiente para pasar. La puerta estaba desencajada y pudo derribarla de una

patada sin dificultad. Llegó a los peldaños y comprobó que nada bloqueaba la escalera.

Miró hacia abajo y titubeó un instante. Varias personas estaban heridas y necesitarían su ayuda para descender por las escaleras; las mismas personas que le tomaban por loco o por un miembro de una banda de ladrones; las mismas personas que no le creyeron y que desconfiaron de él cuando únicamente intentaba prevenirles. No tenía por qué socorrerlas. Le hubieran dado una paliza y lo sabía. Él podía ponerse a salvo. La tormenta no había borrado su rabia.

Se dominó, giró sobre sus talones y regresó al bar.

—Id a la planta de abajo —le dijo a dos hombres y una mujer que se cruzaron con él.

Alcanzó el sitio donde estaba Rose intentando reanimar, en vano, a Adam. El grandullón se había quedado inconsciente o quizá algo peor. A la derecha, Frank gateaba dando palmadas en busca de sus gafas. Raven se inclinó sobre Adam y comprobó su pulso: era muy débil.

—Yo me encargo de él. Tú ayuda a Frank, guíale a las escaleras y dile que olvide las gafas. Se nos acaba el tiempo.

Rose lo miró sin dar signos de reconocerle. Estaba al borde del pánico. Tardó un poco pero asintió, atolondrada, se incorporó y fue hasta Frank, que se

había cortado las manos palpando el suelo a ciegas.

Raven cargó a Adam sobre sus hombros y empezó a andar hacía los servicios con cuidado para no tropezar y caer. A medio camino de la puerta los perros le rebasaron corriendo y ladrando: parecían haber entendido que quedarse allí no era lo que más les convenía. El frío empezaba a ser difícil de soportar. Pequeñas nubes de vaho manaban de su boca al compás de su agitada respiración para disolverse poco después. Llegó hasta la mesa de billar y depositó a Adam en ella para recobrar el aliento.

Rose y Frank se acercaban abrazados el uno al otro. Una ola de viento les

golpeó de lado y a punto estuvo de derribarlos. Lograron mantener el equilibrio a duras penas y casi aterrizaron de bruces contra la mesa de billar. Sólo quedaba una mujer más en el local y venía hacia ellos cojeando, con un trozo de madera que sobresalía de su pierna a la altura del gemelo.

Presenciaron el resplandor de otra columna de luz a lo lejos, con su correspondiente explosión de sonido y su onda expansiva.

—No podemos quedarnos aquí —les recordó Raven.

Miraron hacia arriba asustados por un nuevo ruido: una grieta estaba recorriendo el techo a gran velocidad. Antes de que nadie pudiese reaccionar,

se desprendió un pedazo del techo y cayó sobre ellos. Tras unos segundos, Raven apartó como pudo los cascotes que tenía encima y desenterró a Rose y a Frank. La mujer se movía con mucha dificultad y sangraba por un hombro. Él permanecía inmóvil. Raven lo examinó y vio que su pecho subía y bajaba.

—Hay que llegar al sótano antes de que todo se venga abajo.

—¿No estaríamos más seguros en el exterior? —preguntó Rose mirando hacia arriba.

—No. El viento nos arrastraría hasta estrellarnos contra un edificio —le advirtió Raven—. El sótano aguantará. Es nuestra mejor opción. Intenta reanimar a Frank y llévalo a las

escaleras.

Raven saltó sobre los escombros y pasó al lado de Adam, que seguía tirado sobre la mesa de billar. No podía salvarlos a todos, la planta de arriba pronto se vendría abajo. Llegó hasta la mujer que venía cojeando, se reclinó sobre ella y le arrancó el trozo de madera que sobresalía de su pierna con un fuerte tirón. Un chorro de sangre brotó de la herida. Raven no se dejó afectar por esa visión ni por el alarido que profirió la mujer. La levantó por los hombros y se la echó a la espalda. Sorteando los cascotes y los destrozados muebles, llegó hasta la puerta que daba a los servicios y pasó junto a Rose, que tiraba de un brazo de Frank, con lo que

parecían todas sus fuerzas, para arrastrarle fuera del peligro. Raven bajó por las escaleras y alcanzó la puerta del sótano, que estaba abierta. Dejó a la mujer en el suelo, apoyada contra la pared, y volvió a subir a toda velocidad.

—Yo me encargo de él —le dijo a Rose, que aún arrastraba a Frank—. Tú baja y ponte a salvo.

Un nuevo derrumbamiento la convenció de obedecer sus instrucciones, así que se dio la vuelta y desapareció por las escaleras. Raven vio el techo venirse abajo. Cargó con Frank, lo trasladó hasta el sótano, lo depositó junto a la mujer herida en la pierna y cerró la puerta.

La furia de la tormenta se escuchaba

ahora amortiguada por los gruesos muros. Estaban todos tirados en el pasillo, reponiéndose del episodio que acababan de sufrir. Tenían la respiración acelerada y sus ojos reflejaban el terror que produce una experiencia fuera de lo normal, cercana a la muerte. Estaban cubiertos de sangre, bien fuera propia o ajena. Permanecieron en silencio varios minutos sin apenas moverse, excepto para taponar alguna herida que seguía sangrando.

Ya no se escuchaban explosiones y el viento aullaba con menos fuerza.

—Falta Adam —dijo uno de sus amigos con voz débil—. Debemos ir a buscarlo.

—No te lo recomiendo —advirtió

Raven—. El techo se está debilitando y no tardará en derrumbarse por completo, si es que no lo ha hecho ya.

—Pero entonces morirá —razonó el amigo de Adam, alarmado.

—Ya está muerto —dijo Raven secamente—. Estaba inconsciente y le cayeron encima varios cascotes.

—No puedes estar seguro —insistió el amigo de Adam—. Debemos ir en su ayuda.

—Muy bien. Ya conoces el camino. —Raven señaló la puerta que daba a la escalera—. Suerte.

El amigo de Adam no se movió, pero le dedicó a Raven una feroz mirada cargada de odio.

—Tú estabas con él. Podías haberle

salvado —le acusó.

Raven percibió la frustración removiéndose en su interior. Una vez más, intentaba evitar que alguien cometiese una estupidez y así se lo agradecían. Podría explicarle que había más personas que necesitaban su ayuda. También podría señalarle que él podía haber vuelto a por Adam en vez de quedarse a salvo aquí abajo, pero no lo hizo. No serviría de nada.

—Puedes culparme si quieres. Ya no me importa.

Raven se levantó irritado. Encontró una puerta abierta que daba a otra habitación. Entró y la cerró a sus espaldas; quería estar solo. Era una habitación oscura, sin ventilación, que

parecía estar destinada a almacenar todo tipo de trastos viejos. Se sentó en el suelo e intentó serenarse.

Fuera, la tormenta continuaba azotando el pueblo. Raven no necesitaba verlo: lo sentía. Lo único que podía hacer era esperar. Hubiera dado cualquier cosa por tumbarse y dormir un rato pero sabía que le sería imposible conciliar el sueño. Tendría que enfrentarse a sus propios pensamientos hasta que amainase la tempestad. Intentó prepararse para el desolador panorama que le esperaba cuando saliera a la calle de nuevo. Lo había visto en ocasiones anteriores y no era precisamente agradable a la vista.

Pasó un rato muy largo hasta que le

llegaron voces desde el otro lado de la puerta. Intentó obviarlas. No era asunto suyo. Su única intención era largarse en cuanto pasara el peligro. Quedaba muy poco, a juzgar por los ruidos que captaba y por el descenso de la agitación que le inundaba.

Cuando salió de la habitación, todos se callaron. Sus expresiones iban desde la locura al odio, pasando por el miedo. No vio ningún gesto amistoso. Cruzó el pasillo decidido a irse de allí.

—¿Cómo sabías que esto iba a ocurrir? —preguntó Rose—. Tú me previniste contra la tormenta.

—Y tú no te fiaste —repuso Raven, impasible, mientras continuaba andando con la mirada fija.

La mujer agachó la cabeza, abatida. El amigo de Adam estiró la pierna y pisó la pared de enfrente, interrumpiendo el paso de Raven.

—No tan deprisa. Queremos algunas respuestas. Es muy extraño que nunca hayamos tenido una tormenta como ésta hasta que apareciste por aquí.

—¿En serio crees que yo puedo causar esto?

—Puede que causarlo no, pero tienes algo que ver —dijo obstinadamente—. Te vi mover la mesa de billar tú solo y pesa demasiado para una persona. Todos tuvimos que arrastrarnos hasta aquí abajo, agotados por pelear contra el viento y conservar el equilibrio. Pero a ti te sobraron fuerzas para cargar con

una persona y todo. Y es curioso que el único muerto haya sido el que estuvo a punto de golpearte. Sin olvidar que sabías que esto iba a suceder.

—Intenté socorreros —se defendió Raven—. Acabas de mencionar cómo despejé el camino, cargué con uno de vosotros y os indiqué el mejor sitio en el que cobijaros.

Los ojos de los demás pasaban de uno a otro siguiendo el debate con gran expectación. Nadie más intervino.

—¡Eso es mentira! —acusó Frank—. Si de verdad hubieras querido ayudarnos, nos habrías advertido de la tormenta en cuanto entraste en el bar. Nos habría dado tiempo a prepararnos.

Raven recordó el instante en que llegó

a la escalera por primera vez y había dudado si debía volver para auxiliarles o no. Le asaltó el deseo de tener una máquina del tiempo para regresar a ese mismo momento y atrancar la puerta del bar de alguna manera, dejándoles atrapados.

—¿Y de qué hubiera servido? ¡No me habríais creído! —repuso Raven fuera de sí. Apartó con una patada la pierna que le impedía seguir—. Cuando se lo dije a Rose me tomó por loco. Ibais a darme una paliza por considerarme un ladrón. A pesar de todo, intenté protegeros, y ahora me acusáis porque un amigo vuestro ha muerto. —Raven les miró a todos y elevó la voz todavía más—. ¡Hubieseis muerto todos de no

ser por mí! Ya estoy harto. ¡Espero que este pueblo de mala muerte se pudra con todos vosotros dentro!

Sin esperar una réplica abrió la puerta y subió por las escaleras. No le siguieron. En cuanto llegó al bar se sintió mal por haber estallado con aquel pobre ignorante. En el fondo, estaba dolido por haber perdido a su amigo y había encontrado en él una forma rápida de desahogarse y dar rienda suelta a sus emociones. No debería haberse alterado así. Se le pasó por la cabeza volver para disculparse, pero sabía que no serviría de nada. Estarían mejor sin él. Verle sólo conseguiría recordarles que Adam ya no volvería a estar con ellos.

Salió a la calle después de abrirse

paso entre los escombros, saltando por una de las ventanas del bar. El espectáculo que tenía delante era desolador. Varios edificios se habían derrumbado. La calle estaba cubierta en su mayor parte de cascotes y cristales. Objetos cotidianos, como libros, peines o lámparas estaban dispersos como si hubieran llovido del cielo, y no siempre de una pieza.

Raven se acercó a un agujero en el suelo del que salía humo verde azulado. La tierra de alrededor estaba ennegrecida y se dio cuenta de que era un cráter formado por una de aquellas descargas luminosas. Echó un vistazo alrededor y vio multitud de hileras de humo del mismo color, sin duda

ascendiendo desde sus respectivos cráteres.

Se puso en marcha hacia la salida del pueblo. Saltó por encima de una farola derribada y dobló una esquina, alejándose rápidamente. Las prisas no le dejaron frenar a tiempo y pisó una mano ensangrentada. Con una mueca de repugnancia vio el resto del cadáver, que estaba unos metros más alejado, dividido en dos partes. Lo esquivó y continuó andando. Más adelante, los cadáveres empezaron a ser parte habitual del nuevo paisaje. Manchas de sangre y trozos de cuerpo se convirtieron en algo corriente.

Aceleró el paso. Pronto los supervivientes saldrían de sus

escondrijos en busca de sus seres queridos, y no tenía intención de presenciar la descorazonadora escena que se iba a producir. El mundo se había vuelto completamente loco para ser capaz de generar algo tan destructivo. Su rabia había desaparecido por completo y la echó de menos para mantener su ánimo a flote mientras caminaba entre las ruinas que había causado la tormenta. Se sintió ligeramente más aliviado al llegar al final del pueblo. Las columnas de humo eran menos frecuentes. La tormenta no se había cebado con aquella parte.

Dejó atrás el último edificio y siguió la carretera hacia el sur. Un poco más adelante estaba la que parecía la última

columna de humo. Raven se aproximó a ella y cuando estuvo cerca del cráter distinguió una figura pequeña moviéndose al otro lado. El humo se interponía en su visión, impidiéndole ver su contorno con claridad. Probablemente sería un perro o un gato.

Unas botas tiradas en el suelo fueron apareciendo según rodeaba el cráter; estaban unidas a unas piernas. Cuando Raven pudo ver sin la intromisión del humo, comprobó que allí había una mujer, a juzgar por el pelo largo. Alguien se inclinaba sobre su cuerpo, intentando moverlo mientras lloraba desconsoladamente. Al acercarse cayó en la cuenta de que la ropa le era familiar.

—¿Maya? —preguntó Raven deseando equivocarse.

La niña se volvió al oír su voz y dejó de llorar, pasándose la manga por debajo de la nariz. Tenía los ojos enrojecidos y el pelo desordenado. Su pálido rostro dejaba ver lo asustada que estaba.

—Tú puedes ayudar a mamá —dijo esperanzada, entre sollozos—. Por favor, no se mueve y se va a congelar.

Raven se inclinó al lado de Maya y puso los dedos en el cuello de la madre. Podía sentir que no quedaba vida en ese cuerpo sin necesidad de aquella comprobación, pero la mirada de la muchacha le transmitió una esperanza imposible de rechazar. Deseó con todas

sus fuerzas haberse equivocado, pero no fue el caso. Ni rastro del pulso. Esa misteriosa percepción, que parecía poseer en exclusiva y que tantos problemas le ocasionaba, había vuelto a realizar su función de manera impecable al anunciarle que no quedaba un soplo de vida en la madre de la niña.

Tenía por delante una tarea que se le antojaba imposible. Debía decirle a Maya que su madre estaba muerta, que nadie podía ayudarla, y que de ahora en adelante tendría que vivir en este asqueroso mundo sin ella. Intentó recordar frases de consuelo de alguna situación similar que hubiera vivido en el pasado. Tras rebuscar en su limitada memoria inútilmente, una certeza le

golpeó en plena cara: él jamás había consolado a nadie. Nunca había perdido a un ser querido porque nunca había tenido ninguno. Tendría que improvisar.

—¿Dónde está tu padre, Maya? —La tentación de posponer el momento de decirle la verdad era irresistible.

—Murió. Hace dos semanas. Unos ladrones vinieron a robar al pueblo y le mataron.

Raven deseó tener un poco de suerte durante una conversación con otro ser humano. Sólo por esta vez. Le bastaba con una pizca.

—¿Tienes algún familiar más en el pueblo?

—Sólo mi tío, pero no vivo con él. Yo vivo sola con mamá.

Una idea macabra cobró vida en la mente de Raven, causándole una tortura indescriptible. No podía ser verdad. El destino no podía ser tan cruel como para haber creado una coincidencia como aquélla.

—¿Tu tío se llama Adam? —Raven recordó el momento en el que Adam mencionó la muerte de su hermano hacía dos semanas, y cómo le tomó a él por alguien de la misma banda que el asesino.

Lo único que esperaba ahora, lo único que deseaba, era que la respuesta de Maya no le confirmase que él podía haber salvado al único familiar que le quedaba si no le hubiera abandonado sobre una mesa de billar. Se encogió

como el que espera absorber un golpe físico ante la inminente respuesta.

—Sí, Adam. ¿Cómo lo sabes? ¿Igual que supiste lo de la tormenta? —preguntó ella con una repentina curiosidad.

Raven cayó de rodillas al lado de la chiquilla sin saber cómo hacer frente al sentimiento de impotencia que le invadió. Una pequeña vocecilla le decía que no era culpa suya, que él sólo había intentado ayudar, pero sonaba muy débil y no logró hacerse oír por encima del atronador rugido de culpabilidad que resonaba en su cabeza.

—Tienes que ayudar a mamá, se está congelando —le recordó la niña.

Raven abrazó a Maya y la apretó

contra su pecho. Se le había formado un nudo en la garganta.

—No puedo. Lo siento mucho, pequeña. —Separó a la niña y la sostuvo con ambas manos—. Tu mamá se ha ido, Maya. Está ahora con tu papá. —Una mueca de dolor apareció en la cara de Maya. Cerró los ojos con fuerza y dos lágrimas asomaron tímidamente. Raven esperó sin saber qué hacer. Tenía más posibilidades de desactivar una bomba con los ojos vendados que de encontrar una frase que aliviase el dolor de la niña. Luego, Maya se lanzó sobre su pecho y rompió a llorar.

Siguieron abrazados durante un tiempo que Raven no supo determinar. El llanto de Maya fue muriendo poco a poco.

Raven se dio cuenta, sorprendido, de que el abrazo también le estaba proporcionando consuelo a él. De hecho, no tuvo claro a cuál de ellos le beneficiaba más.

—¿Qué será de mí ahora? —preguntó Maya, aún en sus brazos.

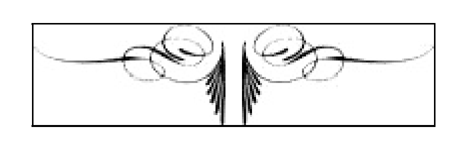
—Yo cuidaré de ti —respondió Raven automáticamente—. Nos iremos juntos a buscar un sitio mejor.

No lo pudo evitar. Sabía que era un error. Él no era la persona adecuada para cuidar de nadie, y menos aún de una niña, pero no podía mandar de vuelta a Maya a un pueblo sembrado de cadáveres donde había perecido toda su familia. Resolvió cuidar de ella hasta que diesen con un sitio mejor, con

alguien más adecuado para criarla. No importaba el tiempo que necesitara para encontrarlo. Se prometió a sí mismo no abandonar a Maya hasta que estuviese a salvo.

En medio de un mar de emociones, la niña se mantuvo a flote aferrándose a la oferta de Raven. Separó la cara de su pecho y le miró agradecida, unos segundos antes de perder el conocimiento en sus brazos.

CAPÍTULO 3



Aproximadamente, eran un millón los asuntos pendientes que Jack Kolby estudiaba en su cabeza, tal vez más. El poderoso empresario contemplaba el montón de papeles que descansaba sobre su mesa mientras su cerebro funcionaba a toda velocidad. Era de suma importancia controlar las reservas de telio...

La sirena de alarma chirrió en toda la fundición.

Jack se levantó sobresaltado y salió de su despacho, molesto por la interrupción. Apenas le había dado tiempo a sentarse en la silla. Después de que el último hombre de la expedición hubiera cruzado el portal, se había quedado en la sala de observación escuchando indiferente los apasionados pronósticos de Nathan Brook respecto al éxito garantizado de la operación.

—Encontrarán las respuestas —había dicho Nathan a nadie en particular—. Estoy convencido.

Jack había asentido sin prestarle atención, atento a los preparativos. Los soldados precintaron la zona del portal

para que nadie pudiera acercarse a los pilares. Habían establecido turnos de guardia y el comandante Gordon se había asegurado de que en todos ellos predominara la presencia de personal militar. Nadie podía aproximarse al portal sin autorización expresa. Los soldados que ocuparon sus puestos en la sala de observación habían recibido orden de registrar en los informes incluso el suceso más insignificante. Se habían producido algunas quejas por parte de los científicos, que apelaban a su necesidad de libertad para desempeñar su trabajo de manera adecuada, pero habían resbalado por el semblante de Gordon sin efecto alguno. La seguridad era lo primero.

Cansado de ver a Gordon deleitarse ejerciendo su autoridad, Jack se había retirado a su despacho, convencido de que tendrían que esperar, al menos dos días, antes de reconocer a Nathan sus dotes proféticas.

En aquellos momentos, en el pasillo, Jack se inclinaba sobre la barandilla y miraba a la planta de abajo en busca de una explicación para el molesto sonido de la sirena de alarma. Los dos soldados de guardia apuntaban con sus armas al centro de la niebla. Jack vio salir a Gordon de la sala de observación y le dio alcance mientras bajaba por las escaleras.

—¿Qué ocurre? —Jack comprobó su reloj—. Se marcharon hace poco más de

una hora.

—Aún no lo sé —gruñó Gordon—. Averigüémoslo.

Jack aceptó la invitación mordido por la curiosidad y siguió a Gordon hasta el soldado que había dado la señal de alarma.

—¡Informad! —ordenó Gordon.

—Alguien regresa, señor. —Varias gotas de sudor se estaban formando en la frente del soldado—. Nos pareció ver una figura humana entre la niebla.

Gordon y Jack escrutaron la niebla unos segundos. Continuaba con su particular movimiento y no pudieron detectar nada inusual.

—Ha desaparecido pero era la silueta de un hombre, señor —se apresuró a

añadir el soldado—. Ambos la vimos.

Su compañero asintió bajo los ojos interrogadores del comandante Gordon. Jack continuó sin apartar la vista de la bruma, en busca de algún detalle que pudiera haber confundido a los soldados.

—Os habrán traicionado los nervios —dijo Gordon—. La próxima vez...

Jack le interrumpió con un tirón fuerte de la manga.

—Allí hay algo.

Una porción de niebla alargada y de muy poca altura se mantenía al margen del movimiento del resto de la nube. Fue ganando tamaño, y sus bordes irregulares se recortaron contra la luz del centro, adquiriendo una opacidad

propia de la materia sólida. Un sonido metálico se diferenció con claridad y una pistola reglamentaria apareció rebotando en las sucias baldosas de la fundición. Poco después, el cuerpo de un soldado surgió rodando por el suelo y se detuvo fuera de la niebla, dentro del perímetro de los pilares. El cuerpo no realizó ningún movimiento y permaneció tirado boca abajo. La cara estaba oculta por uno de los brazos.

—¡Quitad el precinto! —gritó Gordon—. Que llamen a un médico. Vosotros dos, traedle aquí inmediatamente.

Los soldados reaccionaron con rapidez. Cortaron el precinto y corrieron hasta el recién llegado.

—¡Cuidado! —advirtió Jack—. Hay

algo más.

Una nueva silueta había tomado forma. Esperaron a que estuviese más cerca para poder ver de qué se trataba. Avanzaba con lentitud. Unos segundos interminables transcurrieron hasta que se pudo apreciar que era un hombre. Cojeaba de la pierna izquierda pero nadie hizo ademán de correr en su ayuda. Finalmente, asomó entre los últimos jirones de neblina. Su paso era tembloroso y su cuerpo oscilaba ligeramente de un lado a otro. Dio dos pasos más con notable esfuerzo y se desplomó, exhausto. Un nuevo cuerpo estaba tendido en el suelo.

Jack corrió hasta el recién llegado y se agachó para examinarlo en busca de

heridas. Gordon les alcanzó medio segundo más tarde.

—Cerrad el portal —susurró el recién llegado. Su voz era apenas audible y revelaba el cansancio y la debilidad de su dueño—. Nos persiguen...

—Rick, ¿eres tú? —Jack se arriesgó a girarle el cuello para identificarle—. ¿Qué ha ocurrido? Rick. ¿Quién os persigue?

—No podemos cerrar el portal. —Gordon se inclinó sobre Rick, impaciente—. ¿Qué hay de los demás? No podemos abandonarlos. Debemos enviar un equipo de rescate lo antes posible.

El capitán Richard Northon agarró la mano de Gordon y apretó con la fuerza

de un bebé.

—No mandes a nadie... Están todos... muertos. —Rick soltó al comandante, cerró los ojos y perdió el conocimiento sin abandonar la mueca de pánico que se había dibujado en su rostro.

Jack puso dos dedos en su cuello y encontró pulso, aunque su respiración era muy débil.

—Está vivo. ¿Dónde está el médico? Gordon, ya le has oído: ordena que cierren el portal antes de que se cuele lo que sea que les viene persiguiendo.

—Eso implicaría abandonar al resto. Necesito confirmación, de ningún modo voy a sentenciar a mis...

Una explosión retumbó en toda la fundición. Jack vio desaparecer uno de

los pilares detrás de la cabeza de Gordon para dejar una nube de polvo negro en su lugar. Instintivamente, se llevó las manos a los oídos, cerró los ojos y se encogió. Cuando volvió a mirar descubrió cinco nubes negras que se iban disipando lentamente donde antes flotaban los pilares, y ni rastro de la niebla.



Rick escuchó sonidos a su alrededor que no podía distinguir. Poco a poco fue abriendo los ojos. Al principio la luz le

causó un gran dolor, pero se fue acostumbrando. Estaba tumbado en una cama. Una voz que no conocía dijo algo a su izquierda y una forma grande y deforme ocupó su campo de visión. Pasaron unos segundos hasta que la confusa figura ganó definición y se transformó en la cara de una mujer.

—¿Cómo te encuentras? Me llamo Susan y soy tu médico.

—Mareado —respondió Rick con un frágil tono de voz.

—Es normal. Son efectos de la medicación.

Rick se tomó su tiempo para ver dónde estaba. Giró la cabeza con intención de reconocer la sala pero una punzada de dolor le atravesó la nuca. Terminó su

examen moviendo exclusivamente los ojos. Parecía la sala de un hospital. Paredes blancas, ausencia de decoración y un sillón, aparentemente cómodo. Varios cables o tubos salían de su cuerpo y se dirigían hacia la derecha y detrás de él. Rick no intentó girar la cabeza hacia allí por miedo a sentir de nuevo un pinchazo en el cuello. Captó un pitido a intervalos regulares y pensó que se trataba del tipo de aparato que vigila las constantes vitales. Movió ligeramente los brazos para comprobar si tenía algo roto. No le dolió. Sacó la mano derecha de debajo de la sábana y se rascó el brazo izquierdo. Sus ojos se fijaron en cómo se deslizaba la sombra de su mano sobre los pliegues de la

sábana. No entendía por qué, pero no podía apartar la vista de la sombra. Algo en su cabeza se sentía atraído por ella. No terminaba de entenderlo, pero percibía que algo de suma importancia estaba relacionado con aquella sombra.

Susan llevaba una bata blanca y revisaba una carpeta a pocos pasos de la cama. Vio cómo Rick se quedaba paralizado con la mano derecha suspendida en el aire.

—¡La sombra! ¡El portal! —gritó Rick. Una avalancha de recuerdos removió sus ideas, confundiéndole—. Diles que cierren el portal ahora mismo.

—Tranquilo. Todo eso ya pasó. —Susan se acercó a la cama y le puso la mano sobre la frente—. Necesitas

descansar. Tienes dos costillas rotas y numerosas contusiones.

—No tienes la menor idea de lo que pasó. No me tranquilizaré hasta que ese portal esté cerrado. No, sellado. Avisa al comandante Gordon.

—Escúchame bien, el portal está sellado. Te lo aseguro. Te desmayaste y llevas durmiendo desde ayer.

—Ayer —repitió Rick tranquilizándose un poco. Las ideas daban vueltas en su cabeza sin orden aparente. Había vuelto a casa. ¿Y los demás?—. ¿Qué hay del resto? ¿Dónde están los otros?

—Sólo regresasteis dos. Lo siento. —Susan le sujetó, impidiendo que se levantara de la cama—. Tienes que

descansar.

—¿Quién volvió? Quiero verle.

—No puedes. Un tal Tom; no ha abierto la boca desde que regresó. No come y tiene la mirada perdida constantemente. Parece haber perdido el contacto con la realidad.

—Está loco —la cortó Rick—. No te andes con rodeos.

El capitán cedió a la presión de las manos de Susan y se recostó en la cama. Entonces lo recordó con claridad. Habían muerto todos menos ellos dos. Durante sus años de militar jamás había presenciado una derrota tan aplastante, y menos aún con la rapidez con que se había producido.

Se escuchó el sonido de unos nudillos

golpeando la puerta. Susan salió de la habitación y cerró rápidamente. A través de la ventana Rick vio a su médico hablando con alguien vestido con uniforme militar. No pudo captar las palabras pero estaba claro que era una discusión. Susan gesticulaba y el tono de ambos se elevó considerablemente. No duró mucho. La puerta se abrió y el soldado entró en la habitación. La expresión de enfado de Susan evidenciaba que no aprobaba la intromisión.

—Buenos días. Soy el general Smith. ¿Cómo se encuentra? Según nuestra doctora, se está recuperando favorablemente.

—He estado mejor —respondió Rick.

—Lamento lo sucedido. Me encantaría poder esperar hasta que estuviese completamente restablecido, pero por desgracia necesitamos saber qué ocurrió con la operación cuanto antes. —Smith levantó la mano para impedir que Rick hablara—. No, no ahora. No pretendo molestarle más de lo indispensable. Sólo necesito saber dos cosas por el momento y le dejaré descansar. La primera es el estado de los que no han regresado. La segunda, cuándo cree que podrá mantener una reunión para explicarnos lo ocurrido.

—No puedo permitir esto —intervino Susan poniéndose entre Smith y la cama de Rick—. Este hombre acaba de despertarse. Aunque está fuera de

peligro necesita reposo. Usted no es médico. No le corresponde decidir qué es mejor para él.

—¿Acaso le parece que no quiero que se recupere? —repuso Smith con voz amenazadora—. No, no soy médico, y en circunstancias normales estaría encantado de respetar su dictamen profesional. Pero las circunstancias son de todo menos normales. Han desaparecido noventa y ocho integrantes de la expedición. Hay más de trescientas personas, entre familiares y amigos, preguntando qué ha ocurrido. —Smith se acercó más a Susan—. Tenemos que tomar decisiones de la mayor transcendencia y, si la vida de este hombre está fuera de peligro, debemos

hablar con él ahora mismo.

—Están muertos —dijo Rick.

Susan y el general Smith se miraron.

—¿Todos? —preguntó Smith—. ¿Está seguro?

—Lo estoy. Los detalles, en la reunión, si no le importa. Deberían comunicárselo a sus familiares. —Rick tenía la mirada perdida—. Mañana podremos celebrar esa reunión. No creo que aguante aquí encerrado más tiempo; sólo necesito despejar mi cabeza un poco. Si me administran calmantes no creo que haya problema.

Rick cerró los ojos y apenas oyó las protestas de Susan mientras se abandonaba al sueño.

Se despertó por la mañana temprano.

Había dormido casi veinte horas seguidas y se encontraba mejor de la cabeza: no le costaba tanto pensar. Su cuerpo era una historia diferente. Las magulladuras le ocasionaban multitud de pequeños dolores en demasiadas partes de su anatomía. Tenía hambre, pero Susan no le dejó comer mucho.

El recuerdo del viaje por el portal le producía un cúmulo de malas sensaciones. Por un lado estaba el sentimiento de culpabilidad y fracaso. La seguridad era su responsabilidad y todos habían muerto excepto él mismo y otro soldado. Además, la pena por haber perdido a tanta gente le sobrecogía. La peor sensación de todas era el miedo. El horror que había presenciado no tenía

comparación con nada que hubiera visto antes. Pero la sensación que le estaba matando por dentro era la impotencia. No comprendía qué había pasado y no se puede superar con facilidad un trauma provocado por algo desconocido. Tenía que pensar en otra cosa o se volvería loco antes de poder explicar a nadie lo ocurrido.

Susan siguió con él toda la mañana. Rick se acostumbró rápidamente a su presencia. No hablaron demasiado, pero descubrió que centrando su atención en ella conseguía alejar los fantasmas de su mente. Era muy atractiva y aparentaba unos treinta años. Su pelo castaño le llegaba casi hasta la cintura y lo llevaba recogido en una coleta que oscilaba de

un lado a otro cuando se agachaba y se volvía a incorporar. Se movía de un modo especial, con elegancia: todo su cuerpo poseía una coordinación perfecta que hipnotizaba a Rick.

Después de comer, Susan trasladó a Rick, en silla de ruedas, a una sala de reuniones donde le estaban esperando. Al recorrer los pasillos, el capitán se dio cuenta de que definitivamente ya no estaban en la fundición. Se cruzaron con muchas personas, que vestían bata blanca o uniforme militar, y todas iban en parejas.

Era la segunda vez que encontraba las mismas tres caras esperándole en una sala. El mayor cambio se apreciaba en Nathan Brook. Su semblante redondeado

estaba claramente abatido; los ojos parecían hundirse en sus cuencas y una sombra anidaba debajo de ellos. Jack Kolby no estaba tan acicalado como la primera vez y presentaba signos evidentes de cansancio. Sólo el comandante Gordon parecía el mismo. Su uniforme estaba impecable y su severo rostro continuaba sin poder reflejar emoción alguna salvo el enfado. Se requería el mayor de los esfuerzos para imaginar sus labios curvados en una sonrisa.

Apartaron algunas sillas y Susan empujó a Rick hasta el borde de la mesa. Dos ceniceros repletos de colillas, varias botellas medio vacías, tres vasos y un montón de papeles

desordenados estaban desperdigados sobre un mantel colmado de manchas y quemaduras. El aire estaba cargado de humo y rebosante de humanidad.

Rick echó de menos a Susan en cuanto la puerta se cerró tras ella.

—Antes de empezar —dijo Gordon tomando la palabra—, queremos que sepa que celebramos que ambos se estén recuperando. Han pasado por un trago muy duro.

—Gracias. Imagino que estarán impacientes, deseando que les cuente qué ha pasado. Yo era el encargado de la seguridad y es evidente que mi labor no ha sido digna de una medalla. —Rick evitaba mirarles a los ojos—. No se preocupen, no tengo intención de

justificar lo sucedido. Acepto mi responsabilidad.

—No buscamos un culpable. Esta reunión no es de carácter militar. Queremos entender qué pasó durante vuestro viaje. Por desgracia, es necesario que nos cuente todos los detalles. Entenderá que es de la mayor importancia que sepamos a qué nos enfrentamos.

Rick no se dejó engañar por la amabilidad de Gordon, quien no era muy hábil disfrazando sus pensamientos. El comandante no dudaría en hacerle responsable del fracaso con tal de que a él nada le salpicase. La verdad era que no le importaba demasiado qué pensaban hacer con él. Lo que les iba a

contar era casi imposible de aceptar y su sentimiento de culpa impidió que se pusiera a la defensiva. No importaba si le creían o no; por el momento, bastaba con que fuesen conscientes del peligro.

—Haré cuanto esté en mi mano para detallarles todo lo que recuerdo, pero antes me gustaría saber las medidas tomadas para sellar el portal.

—Ninguna —repuso Gordon—, pero no se alarme: está sellado. El portal estalló en pedazos poco después de que regresaran. —Rick pareció aliviado—. Bien, nos gustaría escuchar su opinión respecto al lugar que visitaron.

Nathan y Jack se centraron en Rick al mismo tiempo, adoptando una expresión de máxima atención.

—Es un lugar extraño —comenzó Rick con dificultad—. Nada más cruzar la niebla llegamos a una pradera. Lo más parecido que se me ocurre es un trigal, aunque no es exacto. Las espigas eran más doradas y tenían un brillo incómodo, como si fueran de metal, aunque no lo eran. El primer escuadrón ya estaba allí y me informaron de que no había peligro a la vista. Esperamos al resto y aseguramos la zona. Luego inspeccioné el entorno. A nuestras espaldas había un muro de niebla como la del portal. Se extendía a ambos lados y hacia arriba hasta donde alcanza la vista. De no ser porque se podía ver la luz del otro lado, no habría sabido por dónde lo acabábamos de atravesar. —

Rick hizo una pausa para tomar aliento. Su audiencia no daba muestras de sorpresa—. Es extraño pero recuerdo que nos sentimos bien, muy bien en aquel sitio. No sentía calor ni frío, y cuando me quité el abrigo no noté cambio alguno en la temperatura. Juraría que era el atardecer, pues la luz era ligeramente tenue. Me sentí más ligero, como si la gravedad fuese algo menor, y tuve la sensación de que podría correr durante horas sin cansarme. No sé cómo explicarlo mejor: era un lugar confortable y agradable para los sentidos.

—¿Los demás experimentaron lo mismo? —preguntó Jack, interviniendo por primera vez.

—Sí. Lo comentaban a mi alrededor. Pero también había algo fuera de lugar, algo anormal pero sutil. Estaba despejado y no se veía sol o astro alguno. El cielo era de un color que nunca había visto, pero lo inexplicable era que no había un origen para la luz. Era desconcertante no saber de dónde provenía.

—Continúe, por favor —le instó Gordon.

—Aseguramos la zona y di orden de marcar el sitio por donde cruzaríamos la niebla de regreso. Nos encontrábamos en una hondonada y no se podía ver gran cosa alrededor, salvo unas formaciones grandes en el horizonte que supongo que eran montañas. Ordené al escuadrón de

reconocimiento subir una colina que teníamos a la derecha para explorar el terreno. Alguien llamó nuestra atención y fuimos a ver qué pasaba. Rodeamos unos árboles y vimos algo increíble. Un pedazo de tierra estaba flotando en el aire, a unos cien metros de nuestra posición. No era muy grande y tenía encima una construcción de un material extraño. Creo que era una especie de torre.

Jack se encendió un puro con un gesto exagerado y algo teatral, y preguntó con sumo interés:

—Ese material, ¿podría ser telio?

—No lo creo, era diferente. Más claro. Pero puede que sea parecido. Uno de los científicos mencionó que podría

ser un derivado del telio o algo así. Sé que no me creen, pero les aseguro que había una porción de tierra suspendida en el aire.

—Le creemos —lo tranquilizó Jack. Dos círculos de humo salieron de su boca y sus ojos brillaron orgullosos, como si hubiera practicado largo y tendido para modelar el humo de sus puros—. No es difícil después de ver cómo los pilares flotan en el aire cuando se activa el portal.

A Rick no se le había ocurrido esa comparación. Mirado de esa manera sonaba incluso lógico que en aquel lugar las cosas levitasen.

—¿Algún detalle más que recuerde? Algo importante de ese sitio.

—Sí, el detalle más extraño e incomprensible de todos. Me llevó un tiempo darme cuenta. Ni ver un rebaño de vacas volando me hubiera resultado más desconcertante. —Rick recordó la sombra de su mano sobre la sábana—. En ese mundo no hay sombra. Nada proyecta sombra.

Tres ceños se fruncieron a la vez y tres caras se ladearon ligeramente con una mueca de incredulidad.

—No estoy seguro de entenderle —dijo Nathan—. ¿Cómo que no hay sombra? Eso es imposible.

—¿Está seguro de eso? —Gordon recuperó su actitud habitual.

—Completamente. Hice mis pequeños experimentos. Puse una mano arqueada

sobre la otra. —Rick repitió el gesto ante ellos—. Incluso me cubrí la cabeza con parte de mi chaleco. Nada. Ni una sombra. Además, ya les he dicho que no se veía ningún origen para la luz. Simplemente hay luz en todos lados. Cuesta explicarlo. Acostumbrados a nuestra luz, la ausencia de sombra hace que las cosas se vean con más claridad, con más detalle, pero, al mismo tiempo, falta definición. Es como si los objetos tuviesen menos profundidad.

—No puede ser —dijo Nathan, desconcertado.

Rick tosió y se llevó la mano al pecho con una mueca de dolor. Odiaba los puros de Jack.

—¿Qué gano inventándome algo así?

Puede apostar a que yo no tengo imaginación para idear algo tan rebuscado.

—Pudiera ser que creyerais ver eso. Quizás os inocularon algún tipo de droga o virus —sugirió Jack—. Acaba de decir que se sentía demasiado bien. Puede que ese efecto estuviese destinado a alterar vuestra percepción y haceros bajar la guardia.

Rick reflexionó sobre aquello un instante. Aún se sujetaba el pecho con fuerza por miedo a sentir de nuevo el pinchazo si lo soltaba.

—De ser eso, puedo asegurar que no es una droga de nuestro mundo. Para soportar mi trabajo y las misiones que me encomiendan, no dude que he

consumido cualquier droga conocida. He fumado y bebido de todo, y nada que yo haya experimentado jamás se puede comparar a las sensaciones que viví en ese mundo. Por otra parte, no han encontrado ninguna sustancia extraña en mi organismo, así que es pura especulación.

—No tiene que defenderse, Rick —dijo Jack, conciliador. Más humo salió de su boca, pero no consiguió formar un anillo esta vez—. Sólo era una idea, no una acusación.

—Explíquenos qué sucedió cuando les atacaron —dijo Gordon llevando la conversación por fin al tema que le interesaba—. Lo primero es averiguar todo lo que podamos del enemigo.

La cara de Rick se ensombreció y su voz sonó un poco más apagada.

—Fue demasiado rápido. Escuché una voz de alarma, me giré y vimos a uno de los hombres del grupo de reconocimiento correr hacia nosotros colina abajo. No llevaba armas. Tropezó y rodó por el suelo. Entonces, empezó todo. —Rick se atragantó y tosió varias veces. Jack no hizo ademán de apagar el puro—. Un destello muy potente surgió de repente y nos cegó. Me cubrí los ojos en un acto reflejo. No conseguí ver de dónde provenía la luz. Un sonido muy extraño se escuchaba a nuestro alrededor, como un silbido rápido. Oí gritos de sorpresa, golpes y algún disparo. Mi vista mejoró un poco,

supongo que mis ojos se adaptaron a esa luz, y lo que vi me horrorizó: había trozos de cuerpo mutilados por todo el suelo. Piernas, brazos, cabezas... ¡Nos estaban cortando en pedazos! Literalmente. Intenté ver a nuestros enemigos para disparar, pero sólo pude distinguir unas formas difusas que se movían con una velocidad irreal. Ordené retirada... Recibí un golpe... —La cara de Rick reflejaba un esfuerzo considerable. Nadie le interrumpió cuando hizo pausas—. Me incorporé y retrocedí hasta la niebla. Iba pisando trozos de cuerpos humanos. En algún momento estuve cerca de uno de los tanques... ahí fue cuando mejor pude ver a uno de ellos... Parecía humano, pero su

velocidad le convertía en un borrón. Cortó el tanque como si fuera mantequilla, en un segundo... Un soldado que estaba en el suelo, cerca, le disparó. Le dio de lleno en la espalda y ese tipo ni se inmutó... Luego, algo me golpeó otra vez y lo siguiente que recuerdo es atravesar la niebla...

Rick se quedó callado. Su respiración estaba agitada y se frotaba las manos con fuerza.

—¿No pudisteis abatir a ninguno de ellos? —preguntó Gordon, carente de todo tacto.

—Lo más que alcancé a ver fue cómo le disparaban a uno. Las balas no sirvieron de nada.

El comandante Gordon se recostó en

la silla con el ceño fruncido. No era precisamente lo que había esperado oír. Si no se lo estuviera contando un especialista en operaciones de infiltración con una experiencia tan vasta, habría mandado a paseo al que le insinuase algo acerca de inmunidad a las balas, pero tratándose de un profesional...

—Si el disparo le dio de lleno, como dice, imagino que ese tipo llevaría un chaleco antibalas digno de un premio, ¿no cree?

Rick no contestó. Rehuyó la mirada de Gordon.

—¿Rick? —insistió Gordon.

—Supongo que sí, llevaría un chaleco...

El capitán dejó la frase a medias. Su aspecto empeoró en cuestión de segundos. Sus hombros y su cabeza descendieron unos centímetros, su voz se apagó y su cara quedó ensombrecida.

—Con lo que nos ha contado, no es que tengamos mucho con qué prepararnos para enfrentarnos a esa gente —Gordon sonaba disgustado.

—Quizás no sea necesario —dijo Nathan—. Somos nosotros quienes entramos en su mundo. Si los dejamos en paz, tal vez ellos hagan lo mismo.

—No es momento para tu pacifismo —gruñó Gordon—. Acaban de matar a un centenar de los nuestros y han volado el portal. Puede que entrásemos en su mundo, si eso es lo que es, pero no

hicimos nada malo, no atacamos primero ni destrozamos nada. No me entra en la cabeza que no consideres esto como una amenaza.

—No hicimos nada malo, pero entramos armados hasta los dientes, incluso llevamos dos tanques. ¿Qué harías tú si vieses a un centenar de soldados y dos carros de combate cruzando nuestra frontera?

Jack perdió el interés en el típico duelo entre Nathan y Gordon. Era mejor dejar que se desahogaran un poco antes de intentar retomar el rumbo de la conversación. Era casi como un ritual. Continuarían lanzándose los mismos argumentos, incapaces de estar de acuerdo por una vez. Era un misterio,

mayor incluso que la Onda, cómo esa pareja podía pasar tanto tiempo junta sin matarse.

Rick seguía cabizbajo, con aire ausente, parecía realmente abatido. Jack se preguntó qué clase de arma había aniquilado la arrogancia de Rick. Solía ser un hombre duro e independiente, con un carácter que Jack no hubiera creído capaz de dominar. Sin embargo, ahora se le veía indefenso y asustado. Eso no era una buena señal.

—Seguro que hubiera sido mejor enviar a nuestros hombres desnudos —contraatacó Gordon—. Después de ver lo que ha hecho la Onda, a lo mejor preferirías que hubiesen llevado un ramo de flores cada uno.

—No sabemos si el portal guarda relación con la Onda —se defendió Nathan—. Estás basando nuestras acciones en meras suposiciones.

—Caballeros —dijo Jack interrumpiendo el interminable combate —. Creo que es suficiente por hoy. No avanzaremos más y Rick necesita descansar; parece agotado.

Gordon y Nathan intercambiaron una última mirada cargada de agresividad, pero estuvieron de acuerdo con Jack. Llevaban demasiadas horas encerrados en esa sala y era obvio que Rick necesitaba volver a la cama.

—Está bien —convino Gordon.

Empezaron a levantarse para abandonar la sala.

—Una última pregunta —pidió Rick. Los tres se detuvieron y le miraron a la vez—. Nadie ha venido a visitarme y me gustaría ver a un amigo que tengo. Se llama Eddie. ¿No ha preguntado por mí?

—La verdad es que sí —respondió Gordon—. Pero le dijimos que aún no estabas dispuesto para recibir visitas. Lo cierto es que tendrá que permanecer aquí una temporada hasta que estemos completamente seguros de que se encuentra bien y no padece ningún efecto secundario.

—Entiendo —dijo Rick, pensativo. Casi ni se enteró cuando Susan entró de nuevo en la sala y lo sacó para llevarlo a su cuarto.

Mientras Rick recorría el pasillo,

empujado por Susan, repasó lo poco que había sacado en claro de la reunión. El portal estaba destruido y había sido obra del enemigo; eso era lo único positivo. Le iban a mantener aislado con algún propósito que desconocía, ya que no tenía ningún amigo que se llamara Eddie, y eso era justo lo opuesto a positivo.

Llegaron a su cuarto y Susan detuvo la silla al lado de la cama. Se agachó junto a Rick y pasó su brazo por encima de sus hombros, dispuesta a ayudarle a subir a la cama. En cuanto Rick la sintió junto a él, se esfumaron todas sus preocupaciones y se descubrió a sí mismo pensando en ella. Se levantó de la silla con la ayuda de Susan y dejó

escapar un gemido cuando un pinchazo le atravesó el torso.

—¿Te duele?

Rick contrajo la cara, exagerando el dolor, en un intento infructuoso de llamar su atención. Terminó de meterse en la cama y suspiró, con cuidado de no perder el gesto de sufrimiento.

—Déjame ver cómo está el vendaje. —Susan le levantó la holgada camiseta blanca hasta el cuello y paseó sus manos sobre su pecho, examinando las vendas.

—Sólo ha sido un pinchazo —aclaró Rick, intentando sonar como un mártir —. ¿Puedes darme una aspirina?

A Rick le pareció que Susan puso un cuidado especial cuando le bajó de nuevo la camiseta y le arropó.

—Ahora te la traigo. —Susan echó agua en un vaso, dejó caer la aspirina dentro y esperó a que se disolviera. Luego se la dio a Rick—. Mañana pasaré a primera hora.

—Espera. —Rick apuró el vaso y la cogió de la mano—. No quiero estar solo todavía. ¿No puedes quedarte conmigo? Sólo un rato.

Y Susan se quedó con él, algo más de un rato.



Dos horas después de la reunión ya

era de noche. Jack Kolby salió por la entrada principal y esperó. Su limusina ya debería estar ahí, aparcada justo enfrente de la entrada, pero no era el caso. Más le valía no retrasarse mucho.

Hacía mucho frío. Jack enterró las manos en los bolsillos y pateó el suelo para no permanecer inmóvil. Apenas había gente por la calle. Una pareja de ancianos se acercaba caminando lentamente. El hombre se ayudaba con un bastón y la mujer le acompañaba agarrándole del brazo. Jack se preguntó a dónde irían con este viento gélido.

Cuando llegaron a su altura, Jack se quedó muy sorprendido al ver que el anciano caminaba perfectamente, el bastón no guardaba relación con sus

piernas, como había supuesto en un principio. El problema era otro muy diferente.

—Me permiten que les interrumpa —dijo adelantándose hasta la pareja—. Será solo un instante.

La anciana alzó la cabeza y le atravesó con una mirada de irritación.

—¿Por qué nos cortas el paso? Tenemos prisa. Antes de la Onda, la gente era más educada con los mayores.

—¿Quién es? —preguntó el hombre.

—Un joven maleducado —contestó ella—. Viste muy elegante y tiene un reloj de oro. Debe ser uno de esos cerdos ricachones que se aprovechan de nosotros.

—Lamento molestarles —dijo Jack

ignorando a la mujer. No tenía tiempo para las estupideces de una vieja chiflada—. ¿Es usted ciego, verdad? —preguntó al hombre.

—¿Lo ha deducido por el bastón? —preguntó el anciano.

—Por su modo de sostenerlo —contestó Jack—. La gente para la que el bastón es mucho más importante que un simple palo de madera lo sujeta de un modo especial. Sé muy bien de qué hablo.

El anciano pareció reflexionar sobre el comentario.

—Una observación muy poco interesante —gruñó el anciano—. ¿Quiere un premio por la deducción? Le daría algo pero soy tan pobre como

aparento. Y ahora si nos disculpa... Me estoy congelando.

La anciana esbozó un gesto de aprobación ante la réplica de su acompañante y tiró de su brazo para continuar.

—Solo un segundo —insistió Jack.

—¿Qué pasa ahora? —protestó la mujer—. ¿Es que no puedes dejarnos en paz?

—Solo quiero darle esto —dijo Jack.

—¿Qué es? —preguntó el anciano.

—Es... ¡Un montón de dinero! —dijo la mujer con los ojos desencajados.

Y alargó la mano hacia el grueso fajo de billetes. Jack retiró el brazo y evitó que la anciana atrapara el dinero.

—Son para él —explicó.

—Es mi marido —repuso ella—. Lo que es suyo es mío.

—Eso a mí no me importa —aclaró Jack—. Que haga lo que quiera con el dinero pero yo se lo doy a él, no a usted.

—Gracias, supongo —dijo el anciano. Jack dejó el dinero sobre su mano libre —. ¿Por qué me ayudas? ¿Nos conocemos?

—No. Nunca nos habíamos visto, pero siento cierta debilidad por las personas con problemas de visión. Digamos que comprendo perfectamente por lo que estás pasando.

El anciano no dio muestras de entenderle, pero era evidente que estaba contento por el dinero. La pareja se alejó y Jack les siguió con la mirada.

La limusina llegó poco después. Sentado en el interior le esperaba un hombre pequeño y delgado, que se estaba tomando una copa. Se trataba de Earl Lindsay y era uno de los hombres de confianza de Jack. Llevaba gafas y su amplia frente parecía aún más grande a causa de unas prominentes entradas.

—Siento el retraso. Un contratiempo...

—Veamos —le cortó Jack. Hizo un gesto con la mano y el chófer puso en marcha el vehículo. Era un hombre negro, sin un solo pelo en la cabeza y de unas dimensiones mastodónticas—. ¿Qué es eso tan urgente?

—Scot ha desaparecido —contestó Earl con una nota de nerviosismo en la voz—. Lleva tres días sin dar señales de

vida.

—Manda a alguien a su casa —repuso Jack muy tranquilo.

—Ya lo he hecho. Ni rastro de él. Todo estaba en orden, sin signos de pelea ni puertas forzadas. Incluso su gato está allí. —El chófer giró el volante y se incorporó a una calle haciendo caso omiso del semáforo—. He preguntado en el burdel que suele frecuentar: le vieron por última vez hace más de una semana.

—Entonces sí que ha desaparecido. Espero que entiendas la relevancia del asunto que estaba investigando. —Jack empezó a preocuparse. Desvió la mirada por la ventanilla, sin prestar atención al rápido desfile de edificios.

—Me hago cargo —aseguró Earl—. Hay algo más. En su último comunicado, Scot informó de que Robbie Fenton ha vendido su almacén de Kensington Road a la nueva constructora.

Jack buscó los ojos de Earl. Vio un destello de preocupación en ellos y eso le tranquilizó en la medida en que su hombre, al menos, era consciente de que acababa de transmitirle dos graves noticias.

—¿Estás completamente seguro? —preguntó Jack muy sorprendido, pues aún le costaba creer cómo estaban saliendo las cosas—. Hablé con Robbie personalmente, le intenté sobornar con una oferta astronómica y la rechazó. Realmente no parecía que vender le

interesase lo más mínimo. Había estado considerando chantajearle.

—Ayer empezaron a derribar el almacén. No sabemos qué planean construir.

Las cosas estaban saliendo verdaderamente mal. Jack había intentado hacerse con ese almacén durante más de un mes. Necesitaba otro punto de abastecimiento donde reunir las mercancías de contrabando que tan buen beneficio le reportaban.

Robbie Fenton era un hombre sin ambición. Se había negado a vender apelando a un sentimiento de apego por aquel almacén, del que su familia había vivido a lo largo de tres generaciones. Jack detestaba a ese tipo de personas.

No mostraban ningún entusiasmo por el dinero y eso descartaba la maniobra más simple y rápida con la que él solventaba un número considerable de problemas: el soborno. Y esa nueva constructora, salida de la nada, llegaba y se hacía con el almacén delante de sus narices.

Cuando un mes atrás Robbie le dijo que tenía una oferta mejor que la suya, Jack averiguó con grandes problemas de dónde procedía: de una pequeña constructora llamada Tech Underground Corporation. Sabía muy poco de esa compañía y a Jack no le gustaba nada estar desinformado, especialmente si se trataba de un rival en una de sus operaciones comerciales, así que tomó cartas en el asunto. Asignó a su mejor

hombre, Scot, para que investigara quién manejaba los hilos de la constructora. Resultó inesperadamente difícil. La empresa era independiente, sin ningún lazo con otras compañías más grandes, al menos a simple vista. Era propiedad de un solo hombre, llamado Stew Walton, que no respondía llamadas, y con el que fue imposible concertar una cita. La T.U.C. (Tech Underground Corporation) contaba con tres edificios más repartidos por Londres. Dos de ellos se habían terminado hacía muy poco y el tercero estaba a medias. No estaba declarada ninguna actividad legal que permitiese saber a qué estaban destinados y Scot no pudo entrar en ninguno de aquellos inmuebles, pues los

tres se hallaban sometidos a una estrecha vigilancia, impropia de una empresa de la que no se sabe de dónde obtiene sus beneficios. El paso siguiente fue ordenar a Scot que dejase a un lado las vías legales y explorara otros medios más rápidos y efectivos de obtener respuestas.

La poca información con que contó Jack al principio apuntaba a que Stew Walton y la T.U.C. no podían ser rivales, económicamente hablando, para su pequeño imperio, así que decidió aceptar el juego de las ofertas económicas, seguro de su victoria. A la vista de las últimas noticias, se había equivocado. Y equivocarse en asuntos de negocios le irritaba.

El coche volvió a girar. Estaban llegando.

—Quiero todo lo que haya en casa de Scot respecto a la constructora que investigaba —dijo Jack—. Y los últimos informes que presentó antes de desaparecer.

—Lo tengo todo aquí. —Earl dio unas palmaditas sobre un maletín marrón que estaba sobre el asiento, a su lado.

El coche se detuvo frente al lujoso edificio de Jack.

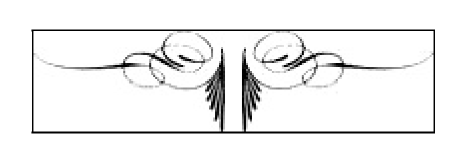
—Necesito revisar la información que hay aquí. —Jack cogió el maletín y añadió antes de salir del coche—: Mañana ven a buscarme pronto. Tenemos mucho trabajo por delante.

—¿Buscamos a un sustituto para Scot?

—No es necesario. Ya he pensado en alguien para ocupar ese puesto. Tengo un candidato con muchas aptitudes al que podré manejar a mi antojo.

Jack salió del coche, entró en el ascensor del edificio y pulsó el botón más alto de la hilera mientras encendía uno de sus puros.

CAPÍTULO 4



La pequeña Maya despertó aquejada de un dolor de cabeza muy molesto.

Se alarmó un poco al no reconocer dónde se encontraba. Estiró el brazo y su mano chocó con un objeto de forma circular. Lo miró detenidamente. Era un volante, uno muy grande. Lo siguiente en que se fijó fue en un cristal cubierto de nieve por fuera. Tardó un poco, pero se

dio cuenta de que estaba en la cabina de un camión. No había nadie con ella. Se quitó de encima la manta y se sintió un poco mejor al comprobar que era el abrigo de Raven.

Un montón de chispas saltaron cuando Raven dejó caer un tronco en la hoguera que acababa de encender. No llegó a sentarse junto a ella, ya que escuchó un estridente chirrido y volvió la cabeza. La puerta del camión terminó de abrirse y vio la diminuta cabeza de Maya asomando tras la abollada chapa. La niña tenía el pelo revuelto y los ojos hinchados. Raven se acercó a ella y la ayudó a bajar, cogiéndola con suavidad.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó él.

—Me duele un poco la cabeza. —La niña se llevó la mano a la frente.

Maya se acurrucó junto al fuego y observó el camión que le había servido de dormitorio. Sólo quedaba la cabina, ni siquiera tenía ruedas, y la chapa estaba oxidada por todas partes. Recordó la única vez que había montado en un camión; de eso hacía dos años. Le hubiera gustado repetir y contemplar la carretera desde la posición elevada de la cabina.

—No encontré un sitio mejor para pasar la noche —se disculpó Raven al seguir la mirada de la niña.

—Toma tu abrigo. ¿No tienes frío sólo con un jersey? —preguntó ella sin parecer molesta en absoluto por el

improvisado refugio en el que había dormido.

No nevaba, pero era una mañana tan fría como de costumbre. Maya alargó las manos para acercarlas al fuego. Raven no podía dejar de mirarla en todo momento con instinto protector.

—Gracias. —Raven tomó el abrigo y se lo puso—. Si tienes frío, me lo dices. Yo aguanto muy bien las bajas temperaturas. Maya, ¿sabes qué encontraremos siguiendo este camino?

—Londres. No está muy lejos. Mi mamá me llevó algunas veces, antes de que lo cercasen y prohibiesen la entrada sin un pase. Es un superpueblo, muy grande, enorme.

—Te refieres a que es una ciudad,

¿verdad? Era la capital de este país.

—¿Qué es una capital? ¿Y un país?

Raven se quedó un poco desconcertado por las preguntas. Eran conceptos demasiado básicos como para que ella no los conociese.

—¿Cuántos años tienes, Maya? —preguntó intuyendo cuál podía ser el problema.

—Ocho —respondió ella.

—Eso lo explica. Naciste después de la Onda, no conociste el mundo anterior. En cierto modo tienes razón: es un superpueblo. Se llama ciudad, en realidad. Y es una capital porque era la ciudad más importante de una zona enorme, muy grande.

—Mi mamá me dijo que el mundo de

antes era mucho mejor. No hacía frío y había mucha más gente.

Un torrente de imágenes desfiló por la cabeza de Raven despertando su nostalgia. Partidos de fútbol y otros deportes, el cine y el teatro, paisajes bañados por el sol y aviones volando. La lista era interminable.

—Era diferente. Mejor en muchos aspectos, aunque también existían problemas.

Raven no sabía qué contarle de un mundo que ella no había conocido. Era una situación para la que no estaba preparado. Sólo habían transcurrido diez años desde la Onda, así que tampoco serían demasiados los niños que arrojaban ese tipo de preguntas,

pero Raven entendió perfectamente que era algo que se iba a dar con más y más frecuencia conforme los niños se fuesen haciendo adultos y se preguntaran qué eran aquellas referencias que hacían los mayores a un mundo antiguo que ellos no habían llegado a conocer. Se quedó callado mirando el fuego.

—¿Me puedo quedar contigo? —preguntó Maya, súbitamente—. Me caes bien y no quiero volver donde murieron mis padres.

—Claro que sí. —Raven le pasó un brazo por los hombros—. Al menos de momento. No te dejaré hasta que encontremos un sitio adecuado para ti. —Una sombra asomó a la cara de Maya—. No puedes estar conmigo para

siempre. Necesitas otros niños de tu edad para crecer con ellos.

—¿Y dónde los buscaremos? —preguntó desanimada.

—En Londres. Seguro que allí hay mucha gente. Además, yo tengo que ir en esa dirección.

—Vale, pero aún no me has dicho tu nombre.

—Raven. Perdona el despiste. ¿Quieres saber algo más de mí?

Maya reflexionó un momento.

—¿Cuántos años tienes? —Su curiosidad estaba despertando lentamente.

—No lo sé —respondió él, avergonzado—. Sufro amnesia.

—¿Qué es eso?

—Significa que no puedo recordar nada de mi propia vida. Me ocurre desde la Onda. No me acuerdo de cuándo nací, y por eso no sé mi edad exacta. ¿Cuántos años aparento?

Maya dejó escapar un hondo suspiro y abrió mucho los ojos, a la vez que agitaba la mano arriba y abajo.

—Interpretaré ese gesto como que aparento muchos años —apuntó amablemente.

Algunas preguntas más tarde, le dijo a Maya que ya era hora de ponerse en marcha. Apagaron el fuego, sepultándolo bajo la nieve, y echaron a andar bajo un cielo poco amistoso. Regresaron a la carretera y la siguieron con paso relajado.

Maya resultó estar interesada en el antiguo mundo y bombardeó despiadadamente a Raven con un sinfín de preguntas cargadas de una poderosa imaginación infantil. El hombre se esforzó en responder a todas ellas, concediéndose algunas licencias creativas en los puntos que, según estimó, favorecerían un aumento del estado de ánimo de la niña. A ambos se les pasaron muy rápidas las horas debido al incansable interrogatorio. Raven dio gracias de que Maya centrase en él toda su atención y no tocase el delicado tema de la muerte de su madre.

El manto blanco de nieve cubría el paisaje de monotonía. Pasaron al lado de una gasolinera abandonada. Raven se

detuvo y la inspeccionó brevemente en busca de algo útil, como ropa, pero no encontró nada. Hacía mucho tiempo que habían desvalijado el lugar. Más tarde cruzaron una vía de tren y las preguntas de Maya se alimentaron del nuevo estímulo para explorar las fronteras de su imaginación.

Raven disfrutaba de su compañía. Siempre había viajado solo y no se le ocurrió jamás que una niña pudiese disfrutar de permanecer a su lado, pero ella parecía estar contenta con sus respuestas. Al principio temió decir algo que le molestara o despertase su desconfianza, que era lo más habitual, pero nada remotamente parecido sucedió. La chiquilla encajaba

perfectamente explicaciones que le eran imposibles de comprender, sin preocupación alguna. Un hecho insólito para Raven, cuyos principales problemas con las personas tenían la costumbre de manifestarse en cuanto descubrían que él no era como los demás. La gente siempre desconfiaba de lo que no entendía. Sin embargo, con Maya no pasaba nada parecido. No hizo falta mucho tiempo para que se relajara y se dejase llevar por la conversación con soltura.

Interrumpiendo su agradable charla, algo se removió en el interior de Raven. Esa misteriosa atracción le apremiaba a alcanzar su objetivo, inyectándole la necesidad de seguir avanzando. Estaba

cerca, por primera vez notaba que le faltaba poco. No tenía muy claro cómo, pero sabía que estaba en Londres lo que fuera que le estuviese reclamando.

Los edificios empezaron a ser cada vez más numerosos a ambos lados de la carretera. Una pequeña iglesia junto a un colegio les llamó la atención. Estaba bien cuidada, y varias personas salieron por la puerta principal y tomaron un camino que llevaba a un modesto grupo de casas, algo más alejadas. No les hicieron el menor caso. Poco después rebasaron un moderno edificio con amplios ventanales. Raven pensó que bien podía tratarse de un antiguo concesionario con una amplia exposición, aunque no había ningún

coche a la vista. Descartó ese pensamiento y le contó a Maya qué era un parque de juegos para niños cuando la pequeña disparó su salva de preguntas. Sin apenas esfuerzo, Raven se inventó media docena de columpios y cachivaches en los que la niña jugó mentalmente.

Al cabo de varios kilómetros, el cansancio empezó a afectar a Maya, y su paso fue disminuyendo, al igual que el ritmo de sus preguntas.

—¿Cómo te encuentras, Maya? —preguntó Raven sorprendido de que no se hubiese quejado antes por la larga caminata—. ¿Quieres que paremos?

—Tengo un poco de frío en los pies, y hambre. Pero puedo seguir si tú quieres

—dijo esforzándose.

—No hay prisa —la tranquilizó—. Pararemos en esos edificios a ver si alguien nos da de comer. Quiero que no tengas reparos en avisarme si no te encuentras bien, da igual el motivo.

Caminaban por una gran autopista que se hacía más y más ancha a medida que engordaba con nuevos carriles, sin duda para absorber el tráfico de los viejos tiempos. Raven rebuscó en su incompleta memoria y no encontró más que información muy general y poco precisa acerca de Londres. Supuso que no vivió allí antes de la Onda, o sus recuerdos no acusarían una falta total de los detalles y matices propios de quien ha pasado un tiempo significativo en una

ciudad. El aumento de construcciones y del grosor de la autopista le indicó que la antigua capital no podía estar lejos. Seguramente la podrían ver ya de no ser por la escasa luz que se filtraba a través de las nubes.

Tomaron una salida a la derecha que conducía a una manzana de edificios en muy buen estado. Una furgoneta les adelantó a una velocidad moderada y muy pronto vieron gente por las calles. Dos niños, de unos trece o catorce años, estaban despejando la acera de nieve lo mejor que podían. Muchos hombres y mujeres iban y venían cargados con grandes sacos a la espalda.

—¿Hay alguien por aquí que nos dé comida? —preguntó Raven a los

pequeños barrenderos—. Podemos pagar.

El más alto terminó de arrojar una pala de nieve y se giró hacia Raven. Lo miró con gran curiosidad.

—Si de verdad puedes pagar, en mi casa tengo algo de queso, pan y fruta. De sobra para vosotros dos. No creo que encontréis nada mejor. Todo el mundo está en el mercadillo intercambiando cosas.

—Perfecto —dijo Raven, esbozando una sonrisa.

Sacó un billete y se lo entregó al chaval, que lo cogió con gran rapidez. El niño les llevó al siguiente edificio. Atravesaron el umbral y subieron por las escaleras hasta el segundo piso. Se

cruzaron con varias personas que les miraron con desconfianza, especialmente a Raven, hasta que reconocieron a su pequeño guía.

—Es aquí. —El niño se detuvo en el pasillo ante una puerta de madera—. No hay nadie en casa ahora. Mi madre está vendiendo jerséis de lana. Los hago yo mismo —añadió, orgulloso—. Podéis comer y llevaros algo para el camino pero tenéis que daros prisa.

Raven asintió. Entraron y el chico los llevó directamente a la cocina. Raven y Maya se sentaron alrededor de una mesa pequeña y agradecieron descansar tras la caminata. El niño hizo aparecer en la mesa una barra de pan, queso y tres manzanas antes de que ellos se dieran

cuenta. Maya arrancó un trozo de pan y empezó a masticarlo con ansia. Raven cortó el queso.

—¿No comes con nosotros? —invitó a su anfitrión.

—No tengo hambre —respondió el niño.

Raven acercó los trozos de queso a Maya, que dio buena cuenta de ellos, y se llevó uno a la boca.

—Nos dirigimos a Londres —dijo Raven—. ¿Queda muy lejos?

—No sois de por aquí, ¿verdad? —adivinó el chico.

—No —confirmó Raven sin pensar en ninguna razón para ocultar ese evidente hecho.

—Entonces todo depende...

El niño se quedó mirando a Raven con impaciencia.

—¿De qué depende?

El chico siguió mirándole, pero su expresión cambió, y una mueca de lástima se dibujó en su juvenil semblante. Pasaron unos segundos y apuntó enérgicamente con los ojos a su mano derecha, que estaba extendida sobre la mesa, con la palma hacia arriba. Raven sacó otro billete y lo puso sobre la mano del chico.

—Llegaréis siguiendo la autopista, tras una hora de camino. —El niño desvió la mirada hacia Maya—. Puede que dos, pero no os dejarán pasar.

—¿Por qué no? —quiso saber Raven.

—Hay una muralla que rodea la

ciudad —explicó el niño—. La levantaron durante la guerra, antes de que se restableciese el orden. Desde hace dos años, nadie puede entrar sin un pase especial.

—¿No se puede solicitar un permiso?

—Se puede, pero no os lo concederán a menos que tengáis un contrato de trabajo o que alguien de dentro responda por vosotros. Cada vez es más complicado conseguirlo, ya que cada día hay más problemas y no quieren que entre ningún refugiado de otra Zona Segura.

—Podemos colarnos —sugirió Maya.

—Eso es muy difícil. El ejército controla todas las puertas de la ciudad y disparan si pillan a alguien intentando

colarse —les advirtió el chico muy serio.

—Yo conozco gente que se ha colado —repuso Maya con obstinación—. No es tan difícil.

El niño se encogió de hombros.

En unos minutos terminaron de comer. Llenaron de agua un par de botellas y se llevaron el resto del queso y más manzanas en una mochila que les dio el chico tras cerrar la mano de nuevo en torno a otros dos billetes.

Salieron del edificio y reanudaron la marcha. De camino a la autopista pasaron por el mercadillo que el niño les había mencionado.

A lo largo de poco más de cien metros de calle había una multitud desperdigada

en mesas improvisadas donde se ofrecían todo tipo de mercancías. Cada dos o tres puestos de venta había bidones ardiendo con personas cerca calentándose las manos. La gente iba de un puesto a otro, examinando el género, comprando, regateando y vendiendo. Todos anunciaban a pleno pulmón la calidad de sus productos.

—¡Fruta! ¡Jugosa y saludable!

—¡Medicinas! ¿Cuándo fue la última vez que aplacaste la fiebre con una aspirina? ¡Acérquense y vean!

Raven agarró a Maya de la mano con fuerza y la obligó a andar pegada a su costado. No podía calcular cuánta gente deambulaba a su alrededor. Vagaron entre los puestos maravillados por tanta

actividad.

Un hombre hacía una demostración del filo de sus cuchillos cortando diferentes objetos. El puesto de al lado contaba con una exposición de zapatos de lo más variopinta, y era todo un éxito, a juzgar por la cantidad de potenciales clientes que buscaban desesperadamente un par que fuese de su número.

—¡Por qué pasar hambre! Estamos al lado del Támesis. Compren una de mis cañas y asegúrense pescado fresco. Tengo sedal y cebo, por supuesto.

La mayoría de los vendedores recitaban sus ofertas de manera rutinaria. Habían repetido la misma frase miles de veces y sus voces sonaban demasiado mecánicas, sin un

atisbo de espontaneidad. Raven observó que un porcentaje de gente vagaba de un puesto a otro sin prestar interés a nada en concreto, sólo observando, buscando algo que Raven no sabía qué era.

Un brazo le paró y le obligó a volverse.

—Bonito abrigo. ¿Cuánto pides por él? —le preguntó un desconocido con brusquedad.

—No está en venta —respondió Raven.

—Quizás tenga algo que necesites. —El individuo se inclinó hacia Raven, conspirador—. Tengo armas —bajó el tono de voz hasta convertirlo en un susurro—. Puedo ofrecerte pistolas de varios calibres. ¿Te interesa? También

puedo conseguirte mujeres.

Raven se alejó deprisa, tirando de Maya. No quería complicaciones. Era el momento de salir de aquel bazar. Emergieron del gentío y dejaron atrás los últimos puestos. Volvieron a la autopista y retomaron su camino a Londres. Maya pareció algo triste de abandonar el mercadillo y continuó andando con la cabeza vuelta hacia atrás hasta que lo perdió de vista.

Tal y como les había dicho el pequeño saca-billetes que les había dado de comer, en poco más de una hora llegaron a Londres.

La gran ciudad estaba confinada tras una sucesión de planchas de acero que se fundían dando lugar a una muralla de

aspecto penoso. Manchas verticales de óxido discurrían entre las estructuras metálicas como resultado de soldaduras torpes e imprecisas. Abolladuras de diversos tamaños se sucedían por todo su recorrido. Diferentes alturas dotaban al muro de un borde serpenteante tras el cual emergían los bloques de viviendas más próximos. En algunas partes, edificios enteros, o parte de ellos, se integraban en la muralla, contribuyendo a la imagen de precariedad en la que debieron estar sumidos quienes erigieron aquella gigantesca fortaleza.

A pesar de su carencia de recuerdos personales, Raven sabía que Londres había sido una ciudad de belleza singular; un lugar en el que se podía

encontrar gente de todos los lugares del mundo, donde se mezclaban personas de todas las razas, clases y culturas, con una historia rica y abundante que la sumergía en los acontecimientos más relevantes del viejo continente. Raven había esperado emborracharse con una atmósfera antigua y grandiosa cuando por fin llegara, pero esa enorme pared deforme de acero y ladrillo destrozó sus esperanzas sin piedad. Toda sensación de esplendor, e incluso de prosperidad, huyó de Londres en el momento en que la encarcelaron.

Raven y Maya fueron absorbidos por un enjambre de personas que hacían cola para entrar en la ciudad. La Puerta Sur estaba cien metros más adelante. Era una

apertura en la muralla, flanqueada por dos ametralladoras del tamaño de un coche, que filtraba la marea humana. Un destacamento militar que realizaba las funciones de un embudo gigante se aseguraba de mantener el orden con razonable éxito. A la distancia en que se encontraban de la puerta todo era un gran barullo. La gente intentaba colarse adelantando posiciones de una fila inexistente que hacía tiempo que Raven había dejado de intentar descubrir. Era más sencillo dejarse llevar por la corriente, excepto por la dificultad de mantener a Maya protegida y a su lado en todo momento.

Varios puestos a lo largo de la carretera vendían comida en un estado

cercano a la descomposición a precios que a Raven le parecieron insultantes.

—Yo vine la semana pasada —dijo una voz proveniente de un grupo de cabezas a la derecha de Raven—. Dos tipos intentaron saltarse el control y los soldados les acribillaron sin pestañear siquiera.

—No tendrían pase —repuso otra voz del mismo grupo.

La conversación le recordó a Raven que debía pensar algo o correrían la misma suerte que los dos tipos de la semana pasada que acababan de mencionar. Se concentró en el problema mientras eran arrastrados cada vez más cerca de la puerta. Su primera intención había sido acercarse para echar un

vistazo y luego decidir, pero no contó con la pequeña marabunta humana que les engulló. Desechó la idea de robarle el pase a alguien aprovechando la confusión general y los empujones. Luego le vino la imagen de Maya, en manos de los militares por su culpa, y lo reconsideró. Al final, la depositó, con sumo cuidado, en el baúl de los planes de emergencia. Llegado el caso, no permitiría que nada le pasara a la pequeña.

La cola se fue estrechando a medida que se acercaban a la puerta, igual que el dominio de Raven sobre sus propios nervios. Los militares estaban a su alrededor encauzando el rebaño para que nadie se saltase el control. Habían

llegado demasiado lejos; abandonar ahora y dar media vuelta levantaría sospechas.

Una sirena de policía y el rugido de varios motores se abrieron paso por encima del bullicio y Raven se vio empujado hacia un lado. Agarró a Maya con ambas manos y a punto estuvo de caer al suelo con los demás.

Un convoy formado por tres camiones de color verde y una limusina se abría paso por la carretera. El último camión llevaba montado en su parte trasera un colosal cañón plateado que era tan grande como las dos ametralladoras que defendían la Puerta Sur juntas. Casi todos los que formaban la cola se quedaron mirando el intimidante

artefacto con una mueca de respeto. No se veía un arma similar desde la guerra con el Norte. Raven no había contemplado una limusina, y menos de esas dimensiones, desde antes de la Onda. Medía unos diez metros de largo, era negra, tenía los cristales tintados y su aspecto era impecable.

Los vehículos se detuvieron delante de la Puerta Sur bajo la mirada de las dos ametralladoras. Un hombre bajó del primer camión y se dirigió al control. Vestía uniforme militar, pero no era el mismo que el de los militares que custodiaban Londres. Los soldados se reagruparon rápidamente en la entrada de la ciudad, dispuestos a defenderla a una orden de su superior. Un oficial se

adelantó y salió al encuentro del recién llegado.

Todos estaban pendientes de lo que sucedía en la puerta. La limusina atraía la mayoría de las miradas: su anónimo dueño tenía que ser forzosamente alguien muy importante, o muy rico, o ambas cosas.

Raven se concentró y captó fragmentos de la conversación.

—Hemos recorrido muchos kilómetros... —La voz del recién llegado era seria e inflexible—. El general Thomas viene desde la Zona Segura del Norte...

—No he sido informado al respecto —dijo el oficial, claramente sorprendido por la situación—. Mis

órdenes son tajantes. Nadie puede entrar sin un pase. No puedo comprometer la seguridad de la ciudad.

Raven determinó que era el mejor momento para escabullirse sin llamar la atención. Era evidente que no conseguirían entrar en la ciudad sin un pase. Cogió a Maya en sus brazos y se deslizaron entre la muchedumbre, saliendo de la carretera en dirección al Támesis.

—¿Vamos a colarnos? —La niña parecía muy animada con la idea.

—Algo así —contestó Raven—. Buscaremos otro modo de entrar.

Se alejaron por la nieve andando deprisa. Siguieron el perímetro de la muralla manteniendo una distancia

prudente. Maya se esforzaba en mantener el acelerado ritmo sin protestar. La nieve les llegaba a los tobillos, dificultando cada paso que daban.

—¡Alto! —gritó una voz a sus espaldas—. ¡No os mováis!

Raven se giró y vio a un soldado que les hacía señas desde la carretera principal. Llevaba un arma colgada al hombro y sujetaba a un perro, que no paraba de lanzar ladridos ahogados. Movía la mano por encima de su cabeza, de delante a atrás, indicándoles que regresaran a la carretera. Raven no vaciló, se echó a Maya sobre los hombros y huyó. El soldado tardó un poco en arrastrar su mano por la correa

que estrangulaba el cuello del perro, que no paraba de saltar y moverse, excitado por la cacería. Finalmente, consiguió soltarlo y el animal salió disparado.

Raven corrió tan deprisa como pudo, dando zancadas muy largas. Con la mano izquierda presionaba con fuerza el cuerpo de Maya contra su hombro. Sus piernas le colgaban por el pecho y su cabeza subía y bajaba rebotando dolorosamente contra su espalda.

—Se está acercando —gimió Maya mientras veía cómo el perro les ganaba terreno—. Nos va a coger.

Raven aceleró al límite de sus fuerzas, esquivó un hoyo, no sin cierta dificultad, y pasó entre un pequeño grupo de árboles. Se produjo un sonido de tela

rasgada. Un pequeño tirón en su brazo derecho le hizo perder momentáneamente el equilibrio y dio un traspié. Prestó más atención al terreno que pisaba, intentando evitar posibles capas de hielo.

Tenía que hacer algo pronto; el perro no tardaría en alcanzarles. Rodeó una pequeña casa abandonada y frenó, resbalando sobre la nieve con ambas rodillas. Una alambrada de metro y medio les impedía continuar. Colocó a Maya en el suelo.

—Escúchame, Maya. Tienes que esconderte. Yo me encargaré del perro y del soldado.

—¡No! —Maya le agarró la mano y tiró con fuerza. Estaba mareada y tenía

miedo—. Ven conmigo o te cogerán.

Raven sujetó a la niña por los hombros.

—No te preocupes. Sé lo que me hago —señaló el río a través de la valla—. Corre en esa dirección pero no cruces el río. No es seguro aunque esté helado. Busca algún sitio donde ocultarte, que yo no tardaré.

No esperó una respuesta por su parte. Levantó a la niña y la ayudó a cruzar la valla metálica. Maya cayó sobre la nieve al otro lado y se quedó mirándole. Sus ojos le suplicaban que fuese con ella.

—¡Vete! —apremió Raven a la pequeña.

Un ladrido sonó muy cerca y la niña

por fin reaccionó. Se dio la vuelta y se alejó corriendo por la nieve. Raven la contempló unos segundos, antes de volverse.

El perro apareció tras la pared. Sus patas traseras patinaron cuando giró con demasiada velocidad y su trasero se deslizó sobre la nieve. Se recuperó casi al instante, impulsado por su instinto de cazador, y se lanzó hacia su presa babeando y ladrando.

Raven alargó la mano.

El perro llegó muy cerca y flexionó las patas traseras preparándose para saltar sobre él y, de repente, se paró en seco. Dejó de ladrar y se quedó mirando a Raven. Dio una vuelta a su alrededor y olfateó. Daba la impresión de estar

evaluándole, como si no estuviera seguro de que fuera su objetivo. Se acercó en dos ocasiones hasta casi rozarle con el hocico y luego retrocedió hasta una distancia que le pareció más segura.

La mano extendida de Raven giró ligeramente.

El perro salió corriendo y ladrando por el mismo camino por el que había llegado. Raven lo vio desaparecer tras la casa y fue en busca de Maya. Saltó la alambrada sin dificultad y encontró un rastro de huellas, una sucesión de pequeñas marcas, correspondientes a los pies de una niña. Fue pisando sobre ellas al tiempo que una sensación de alarma crecía en su interior. El rastro le

condujo a una ligera pendiente que descendía hasta el río congelado. Barrió la zona con la mirada y no vio señal alguna de Maya. Empezó a descender examinado con cautela la nieve en busca de alguna pista. El rastro seguía en línea recta. Pocos metros más adelante, las huellas se convirtieron en dos surcos que desembocaban en un amasijo de nieve removido.

Raven pensó que la niña habría resbalado y caído al suelo en ese punto. No había pasado tanto tiempo, así que no podía estar lejos. El miedo creció en su fuero interno. Ya no le importaban los militares, ni entrar en Londres, ni esa extraña fuerza que le atraía. Absolutamente todo había desaparecido

de su cabeza. Sólo quedaba la niña y un miedo aterrador a no volver a verla. Cayó de rodillas y buscó desesperadamente cualquier cosa que le revelara el paradero de la pequeña. Gateó por el suelo hasta que una de sus manos topó con algo sólido.

Era hielo. No se había dado cuenta de que estaba en la orilla del Támesis. Levantó la cabeza y uno de sus peores temores cobró forma: una grieta se abría ante él. No era muy grande, pero por desgracia el cuerpo de una niña pequeña cabía perfectamente. Introdujo el brazo en el hielo y lo movió en círculos. No encontró nada. Sacó el brazo y acarició el hielo con ambas manos, apartando una fina capa de nieve. Inspeccionó la

región cercana a la grieta. Unos cuantos manotazos después, una figura confusa se distinguió bajo su superficie. Raven juntó las manos encima de su cabeza y descargó un golpe con todas sus fuerzas. El hielo se estremeció. Raven repitió el golpe y varios pedazos saltaron por el aire. Sumergió la mano y tiró del bulto hasta sacarlo del agua. Lo arrastró a la orilla y le dio la vuelta.

Reconoció la cara de Maya tras una maraña de pelo. Tenía los ojos cerrados y no respiraba. Su piel había adquirido un tono amoratado, hasta el punto de no distinguirse los labios. No se movía.

Le retiró el pelo del rostro y abrazó a la niña contra su pecho. Se formó un nudo en su garganta y estuvo a punto de

romper a llorar. No podía permitir que muriese congelada. Calor. Sólo era necesario hacerla entrar en calor.

Aflojó el abrazo hasta que Maya quedó tumbada boca arriba sobre su brazo izquierdo. Cerró los ojos, puso su mano derecha sobre el pecho de la pequeña y se concentró. Obligó a su mente a esforzarse al máximo. En su propio pecho nació un calor ardiente que fluyó por su brazo hasta llegar a su mano derecha. Percibió cómo una energía, una fuerza que no acababa de entender, abandonaba su mano para penetrar en el cuerpo de la niña, elevando muy despacio su temperatura y produciéndole un leve y suave cosquilleo. No se atrevió a abrir los

ojos por miedo a interrumpir el proceso. Permaneció inmóvil sintiendo el cuerpo de Maya como si fuera el suyo. Allí donde el calor llegaba, los músculos se desentumecían y la piel recobraba su color habitual.

Maya abrió los ojos de repente y se encontró en los brazos de Raven. Tosió descontrolada, expulsando el agua de sus pulmones. El hombre percibió el miedo de la niña en su piel y presionó con más fuerza sobre su pecho para contener los espasmos involuntarios de su cuerpo. Su temperatura terminó por alcanzar la normalidad y cesó la tiritona. Su pelo y su ropa se habían secado. La niña se sintió muy bien y estudió a Raven sin entender qué estaba

sucediendo. Le extrañó que tuviese los ojos cerrados e intentó incorporarse, pero no pudo. La mano del hombre brillaba con un destello dorado que iluminaba su pecho. Se puso algo nerviosa y una gota de sudor resbaló por su frente.

Una mueca asomó en el rostro de Raven.

El cosquilleo aumentó de intensidad en torno a la mano y se convirtió en un molesto picor. Un terror irracional hizo presa de él. La energía seguía fluyendo desde su pecho hasta Maya, pero estaba cobrando más fuerza a cada momento. Raven se encorvó cuando le atravesó un dolor repentino. El picor de su mano era cada vez más doloroso. Algo estaba

ocurriendo al margen de su voluntad y el pánico empezó a dominarle. Notó numerosos golpes contra su pecho.

Maya profirió un grito agudo y desesperado.

Raven abrió los ojos y lo que vio le causó un impacto instantáneo. De su mano brotaba una llama transparente de color rojo azulado. Maya estaba envuelta en un aura amarillenta y le daba puñetazos mientras chillaba histérica. Apartó las manos y la niña cayó sobre la nieve. Un nuevo aguijonazo atravesó su pecho y descubrió alarmado que seguía destilando energía a su alrededor. Todo su cuerpo brillaba ahora. Intentó, desesperado, detenerse a sí mismo. Un ruido interno, como el de una explosión,

inundó su cabeza dolorosamente e hizo que se desplomara sobre la nieve, inconsciente.

Raven recobró el sentido con un sobresalto y se quedó sentado en el suelo.

En tres metros a su alrededor, un círculo perfecto delimitaba la única zona en que no había un solo copo de nieve. La tierra estaba ennegrecida y el hielo del río se había derretido formando un semicírculo.

Raven se quedó contemplando un montón de cenizas, delante de sus rodillas, con la silueta de Maya esculpida. No pudo evitar abandonarse a la locura al comprender lo que había pasado. Una avalancha de sentimientos

asoló su mente despiadadamente, produciéndole un dolor casi infinito. Experimentó la culpa como una lanza ardiente que le atravesó un millar de veces en una fracción de segundo. Sus manos apretaron su cabeza, actuando por cuenta propia, y le arrancaron varios mechones de pelo. Luego se cerraron y golpearon el suelo repetidas veces, ajenas a todo dolor físico. Gritos ahogados, sollozos y carcajadas desquiciadas surgieron de su garganta durante interminables minutos, mientras de sus ojos cerrados escapaban lágrimas amargas.

Pasó el tiempo y fue consciente de nuevo de sí mismo. Abrió los ojos, aún de rodillas sobre la nieve, y vio sus

propias manos temblorosas. Había restos de su pelo enredados entre sus dedos y las cenizas de Maya se habían mezclado con su propia sangre formando una costra irregular. Sus ojos estaban vacíos, desprovistos de emoción. Algo resonaba en el fondo de su cabeza pero no le prestó atención.

Se levantó tambaleándose y fue incapaz de decidir a dónde ir. Todo daba vueltas a su alrededor. El mundo se había vuelto gris y borroso, un lugar en el que no encajaba, que no comprendía, y del que no quería seguir formando parte.

Raven dio dos pasos en dirección al río y se detuvo. Escuchó una voz que le llegaba de muy lejos y que le era

familiar. Ya la había oído antes pero no la ubicó, pese a que algo le advertía de su importancia. ¿Qué más podía pasarle ahora? Un silbido agudo y veloz cortó de raíz su desorientación y le puso en guardia. Era un sonido que estaba grabado en su memoria desde la primera vez que lo había escuchado.

Una fina luz anaranjada en forma de media luna se dirigía hacia él desde la otra orilla del Támesis dejando una estela alargada en el aire. Raven levantó los brazos y los cruzó de manera instintiva a modo de protección. El impacto le lanzó por los aires varios metros, hasta que aterrizó bruscamente contra el tronco de un árbol.

Una mano le atrapó la garganta y le

obligó a incorporarse a medias, hasta situar su cara enfrente de su agresor. La presión sobre su cuello era brutal y Raven tuvo serias dificultades para respirar. Agarró con sus manos la muñeca de su atacante pero no consiguió liberarse.

—Volvemos a encontrarnos —dijo el estrangulador—. Ha pasado mucho tiempo desde nuestro último tropiezo.

Raven reconoció el rostro que tenía ante sí. Era el de un hombre de piel lisa y bronceada. Los ojos parecían demasiado grandes para esa cabeza y estaban acompañados por unas cejas excesivamente arqueadas. Una banda plateada, con extraños símbolos, cruzaba su frente y se perdía entre su

corto cabello rubio ceniza. Vestía chaqueta y pantalones de cuero gris oscuro. Le quedaban muy ceñidos y daban la impresión de ser una defensa insuficiente contra el frío.

—¿Por qué me perseguís? —preguntó Raven con la voz ahogada.

Su agresor pareció deleitarse con sus apuros.

—Demasiado tiempo detrás de ti. —La voz estaba cargada de rabia—. Ya es hora de que vengas a rendir cuentas ante nosotros.

—¿Quiénes sois? ¿Y qué queréis de mí? —Hablar suponía una tortura.

—¿Que quiénes somos? ¿Pretendes burlarte de mí? —Acercó su cara a la de Raven hasta que sus narices casi se

tocaron. Aumentó la presión sobre su cuello y éste gimió—. No te preocupes, no volverás a olvidar quiénes somos. Te puedo asegurar que lamentarás haberte metido con nosotros.

Raven luchó desesperadamente por librarse de aquella tenaza; se estaba asfixiando. El golpe contra el árbol le había dejado sin aliento y no tardaría en perder el sentido, contando con que su cuello lograse resistir sin romperse.

—¡Basta, Vyns! —dijo una nueva voz. La presión cedió ligeramente y Raven vio llegar a otro hombre. Era muy alto y cruzó el río caminando sobre el hielo y sobre el agua con idéntica soltura—. Le necesitamos vivo. ¿Lo has olvidado?

Raven sintió el aire entrando en sus

pulmones de nuevo y reaccionó guiado por su instinto de supervivencia. Sin saber de dónde le provenían las fuerzas, golpeó el pecho de su atacante con la palma de la mano abierta. Un destello dorado apareció y desapareció, y su atacante salió despedido hacia atrás. Otro semicírculo anaranjado. Raven se agachó, rodó por el suelo y se levantó, todo en un instante. El árbol contra el que estaba apoyado momentos antes cayó a su lado cortado por la mitad. Raven huyó siguiendo el curso del río.

Sintió la rabia expandiéndose por todo su ser. Creía que ya le habían dejado en paz. Después de tanto tiempo, esperaba que las persecuciones fueran cosa del pasado, una pesadilla que le

acompañaba durante los escasos momentos en que lograba conciliar el sueño. Estaba equivocado. Sus perseguidores eran muy reales, llevaban años tras él y siempre terminaban por encontrarle, no importaba donde fuese.

Un fogonazo azulado estalló justo a su izquierda y un socavón del tamaño de una sandía se formó en el suelo. Raven giró a la derecha y siguió corriendo. Detectó dos nuevas presencias en la dirección que había tomado. Recordó lo que habían dicho de cogerle vivo y dedujo que le estaban acorralando.

Continuaba sin saber la razón de todo aquello y ese hecho aumentaba su rabia y su frustración. Supo que nunca le dejarían tranquilo. Si conseguía escapar

esta vez, el mismo episodio se repetiría pasados unos días o unos meses. Huir no era la solución. La idea le pareció tan evidente que se maldijo por no haber pensado antes en ello. Ocultarse sólo prolongaría la cacería. Antes o después tendría que enfrentarse a sus extraños perseguidores. Sólo le gustaría saber por qué le querían capturar. La razón debía estar enterrada bajo su amnesia, ya que desde que tenía memoria no recordaba nada que hubiera hecho que pudiese enfadar a alguien lo suficiente como para que se dedicaran años a acosarle sin descanso. Ya llevaban demasiado tiempo tras él.

Vio un nuevo fogonazo y se formó otro agujero, mucho más grande que el

anterior. Raven saltó por encima sin dificultad y siguió recto sin dejar que alterasen su rumbo hacia donde le esperaban los otros dos que había percibido hacía un instante. No podría seguir así demasiado tiempo. Tenía que pensar algo deprisa.

Algo más adelante, un desagüe enorme de acero asomaba entre la nieve, y un pequeño hilillo de agua marrón descendía desde el borde inferior hasta el suelo. Raven llegó hasta el canalón, se agachó y entró gateando, ajeno al hedor que procedía de su interior. El conducto se iluminó brevemente a causa de otro fogonazo en el extremo que acababa de rebasar, y Raven recordó que no andaba sobrado de tiempo.

Ascendió lo más deprisa que pudo. Sus manos y pies se introducían en el pequeño río de suciedad y desplazaban a su paso todo tipo de porquerías. Restos de animales muertos y otras cosas sin identificar fueron rodando hacia fuera cuando Raven las fue empujando en su precipitada carrera.

Las voces de sus perseguidores sonaron muy cerca. Pronto le cogerían y en aquel espacio reducido y apestoso su margen de maniobra era muy limitado. Necesitaba ganar tiempo hasta llegar a las alcantarillas. Raven detuvo su huida, se volvió hacia la entrada del canalón, extendió la mano, cerró los ojos y se concentró, esperando no perder el control esta vez.

Se produjo un ligero temblor. El techo se agrietó y un montón de tierra y ladrillos sepultaron la entrada.

Raven se apresuró a continuar. Sabía, por experiencia, que eso no les retendría mucho tiempo. Huyó internándose en la red de alcantarillas de Londres.



Un coche negro llegó hasta la Puerta Sur. Aparcó bruscamente tras un frenazo y el comandante Gordon salió rápidamente de la parte de atrás. Nathan Brook abrió la puerta trasera y tardó un

poco más en sacar su cuerpo rechoncho del interior del vehículo y seguir los pasos de su compañero.

Poco antes, les habían avisado de que habían surgido problemas con un grupo de extranjeros en la Puerta Sur.

—Un pequeño ejército ha llegado a Londres, señor —le había informado un soldado a Gordon hacía pocos minutos.

—¿De cuántos hombres está compuesto? ¿Alguna declaración de intenciones?

Tres preguntas más fueron todo lo que Gordon necesitó para convencerse de que aquel soldado apenas tenía la menor idea de qué estaba pasando. Consideró ignorar el asunto y dejar que los oficiales de guardia resolviesen el

problema por el conducto reglamentario, pero la mención de la palabra ejército y la sombra de guerras pasadas le hicieron pensárselo mejor. Mandó llamar a Nathan y acudieron a la Puerta Sur.

Gordon y Nathan se encontraron una multitud amontonada en la entrada de la ciudad. Los soldados estaban agrupados tras una improvisada barricada y apuntaban a la muchedumbre, que se estaba impacientando. Se escuchaban protestas de la gente que aguardaba para entrar en Londres. Gordon preguntó por el oficial al mando y les hicieron un pasillo hasta la vanguardia de su formación. Al llegar al final, vieron a uno de sus capitanes discutiendo con un hombre bajito, con porte orgulloso, que

vestía el uniforme del ejército del Norte y que estaba escoltado por dos soldados con la misma indumentaria. En sus hombreras se apreciaban los distintivos propios de un general.

—Llevamos esperando casi una hora —decía el general, irritado—. Ésta no es forma de tratar a un embajador. Sugiero que avise a sus superiores de inmediato.

—Ya han sido avisados, señor —repuso el capitán con tono formal—. Lamento el retraso pero no puedo permitirle pasar sin autorización.

Gordon se situó al lado del capitán y Nathan se quedó en segundo plano recuperando el aliento. Ambos dedicaron unos segundos a la espléndida

limusina aparcada a pocos metros de allí.

—Informe de la situación, capitán —ordenó Gordon.

El capitán lo miró con una expresión de alivio. Saltaba a la vista que la situación le superaba.

—El general Thomas y su escolta solicitan entrar en Londres, señor. —El capitán se había puesto firme tras realizar el saludo militar de manera acelerada y nerviosa—. Me han presentado una carta que les invita a venir, pero no llevan un pase de ciudad reglamentario.

—Exijo saber quién es usted —intervino el general Thomas, dirigiéndose a Gordon en un tono poco

amistoso. El comandante arrancó la carta de la mano del capitán y empezó a leerla—. No me parece que hacernos esperar con este frío del demonio sea la mejor forma de tratar a quienes han sido invitados a venir desde tan lejos. Deberíamos estar ya en nuestros alojamientos. ¿Acaso temen que conquistemos la ciudad con nuestro pequeño destacamento? Este hombre —añadió refiriéndose al capitán— nos niega la entrada. No entiendo cómo pueden estar tan desorganizados.

—Soy el comandante Gordon, máxima autoridad militar de la Zona Segura de Londres —atajó Gordon sin apartar la vista de la carta. Levantó los ojos y los clavó en Thomas—. Lo que no entiende

usted, general, es cómo organizar la seguridad en una ciudad como la nuestra. —Le entregó la carta a Nathan, que estaba a sus espaldas—. Excelente trabajo, capitán. Retírese y siga coordinando la entrada a la ciudad en cuanto yo aclare este malentendido. —El capitán saludó de nuevo y se retiró aliviado.

Gordon atravesó a Nathan con la mirada. Su firma estaba al final de la carta que invitaba a Thomas a entrar en la ciudad. El aludido se encogió de hombros con una mueca de preocupación, luego tiró del brazo de Gordon para apartarle y acercando su cabeza a la suya le dijo en voz baja:

—Es culpa mía. Se me olvidó

comunicártelo con todo el lío del Portal...

El militar apretó los dientes y contuvo una maldición ante los ojos de cordero degollado de Nathan. Era evidente que no lo había hecho adrede y una discusión pública no fomentaría la imagen de control y autoridad que quería exhibir ante sus antiguos enemigos. No estaba dispuesto a mostrar ninguna debilidad, ya que tres años desde la última guerra no eran suficientes para borrar todas las cicatrices. Precisaría de una excusa improvisada para justificar la espera a la que habían sometido al general Thomas.

—Esta carta le autoriza a entrar en Londres, general Thomas. Naturalmente,

no esperamos que acuda solo, pero mis hombres tienen orden expresa de no dejar pasar a nadie armado, y usted está aquí con más de cincuenta soldados fuertemente armados. De haberse presentado en otras circunstancias nada de esto hubiera ocurrido. Únicamente deben dejar su arsenal en este punto y les escoltaremos encantados hasta sus alojamientos.

—Esto es absurdo —rugió Thomas—. ¿Realmente espera que crucemos todo su territorio desarmados? Nos habrían asaltado cien veces antes de llegar hasta aquí y usted lo sabe perfectamente, ya que es un experto en seguridad.

—No estoy sugiriendo que viaje desarmado, sólo que se presente a

nuestras puertas desarmado. Ese camión lleva un cañón gigantesco acoplado encima que podría destrozar un edificio entero de un solo disparo.

—Es sólo un cañón que, sin duda, ha ahuyentado a más de uno que nos hubiese atacado por el camino —aclaró Thomas. Se notaba que estaba orgulloso de su armamento pesado—. No supondrá una amenaza para nadie.

—No puedo consentir que semejante arma circule por Londres —replicó Gordon sin dejarse impresionar.

—Hace diez años que no me separo de un arma. No tengo intención de hacerlo ahora —dijo Thomas desafiante—. No creo que sea lo mejor para nuestras relaciones diplomáticas que yo regrese

sin haber podido discutir el asunto que me han encomendado.

—En Londres yo mantengo el orden. Estarán bajo nuestra protección —subrayó Gordon, inflexible—. Entreguen las armas y todo este malentendido habrá terminado.

Nathan se adelantó, presto a intervenir. Las dotes diplomáticas de Gordon terminarían por causar otra guerra.

—Permítame presentarme, general Thomas...

La frase quedó interrumpida cuando un temblor recorrió el terreno obligando a la gente a adoptar todo tipo de posturas acrobáticas para conservar el equilibrio. Varias personas cayeron al suelo. Algunos se abrazaron entre sí

involuntariamente. El último segmento de la muralla se inclinó peligrosamente hacia el exterior amenazando con aplastar a los que no se apartasen, y un soldado que estaba apostado en lo alto se quedó colgando por las manos. El suelo se abrió con un crujido, una grieta apareció en la carretera y luego creció en zigzag hacia la puerta. La rueda trasera de la limusina se hundió en la serpenteante fisura mientras la gente se alejaba de ella, hasta que finalmente la grieta se detuvo y todo quedó quieto y en silencio.

Se miraron unos a otros, asustados, en busca de una explicación, mientras la sorpresa y el desconcierto se extendían. A pesar de los cambios climáticos que

asolaban Londres desde la Onda, no existía constancia de ningún terremoto. Ni el más mínimo temblor de tierra había sacudido nunca la ciudad.

Una explosión retumbó bajo la superficie y brotó una luz abrasadora a lo largo de la grieta. Varias personas salieron catapultadas por el aire.

Gordon cayó al suelo y recibió una lluvia de golpes y pisotones. Liberó su pierna de un cuerpo que la aprisionaba y se incorporó con dificultad. La última parte de la muralla de desmoronó con un gran estrépito y un segundo después algo enorme chocó contra el suelo a su izquierda, provocando una lluvia de cristales. Cuando la nube de polvo y nieve se dispersó, Gordon reconoció los

restos de la limusina, completamente destrozados tras su brusco aterrizaje.

La carretera estaba divida en dos. Un cráter del tamaño de una piscina señalaba el lugar donde había ocurrido la explosión. Gordon se abrió paso hasta el borde y escrutó el interior. El agujero tenía entre ocho y diez metros de profundidad y las paredes estaban perfectamente alisadas, sin las irregularidades que corresponden a una cavidad que se ha abierto por una detonación. De no ser por los recientes acontecimientos, Gordon hubiera jurado que unas superficies tan perfectamente redondeadas eran el resultado del duro trabajo de un albañil experto. El aire que ascendía estaba muy caliente y

arrastraba el nauseabundo olor de las alcantarillas.

En el fondo había dos cuerpos tendidos, con las extremidades formando ángulos imposibles, pero de una pieza. Uno parecía un vagabundo: estaba muy sucio y recubierto de barro o algo similar. Era moreno, alto y delgado. Su rostro estaba oculto bajo una espesa mata de cabello negro, y el único rasgo facial que se distinguía era una nariz prominente que sobresalía bajo el pelo sucio. El otro cuerpo era de un hombre rubio, y su ropa estaba impoluta, en contraste con la del primero. Algo brillaba muy débilmente en la mano derecha del moreno. Gordon intentó ver qué era pero no logró identificarlo, y,

ante sus ojos, el brillo fue perdiendo intensidad hasta desaparecer por completo. Quedó a la vista un cilindro que parecía recubierto de dibujos.

El comandante se apartó del cráter y pidió a gritos que le ayudaran a rescatar los cuerpos, seguro de que allí estaba la explicación de todo. Nathan llegó hasta él ayudado por dos soldados.

—¡Cielo santo! —exclamó Nathan—. ¿Te encuentras bien? ¿Qué ha pasado?

—Estoy bien, estoy bien. Tranquilo. —Gordon se sentó en el suelo, agotado, y tomó aire—. Hay dos personas en ese agujero. Ignoro si continúan con vida, pero quiero que los subáis aquí cuanto antes.

—¿Quiénes son? —preguntó Nathan,

asomándose al cráter.

—Eso es lo que tenemos que averiguar —protestó Gordon.

—¿No te habrás equivocado? Sólo veo a un hombre con una nariz muy grande. Parece un mendigo.

—¡Imposible! —Gordon se levantó como un rayo y volvió a mirar en el agujero.

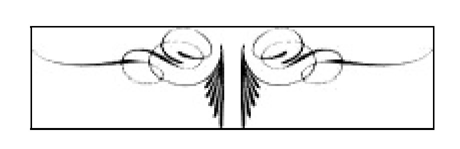
Efectivamente, uno de los cuerpos había desaparecido.

En ese preciso momento, cien metros más atrás, el último de los camiones del convoy del general Thomas se hundió en la tierra por la parte de atrás. Sólo quedó a la vista la cabina del camión y el inmenso cañón plateado que sobresalía por encima, apuntando

directamente hacia el cielo. Tembló ligeramente unos segundos y desapareció por completo, tragado por la tierra.

Los labios de Gordon se curvaron formando una tímida sonrisa. Al menos ya no tendría que preocuparse de que un cañón de esas dimensiones circulara por su ciudad.

CAPÍTULO 5



El descomunal peso que cargaba sobre sus hombros le estaba destrozando lentamente. Hasta la última fibra de su ser estaba concentrada en reunir fuerzas con las que soportar el intenso dolor que atravesaba todos y cada uno de sus músculos. Diago era consciente de que si no resistía hasta que Vyns volviese, Lyam moriría allí mismo. Su espalda

cedió un poco más, sólo un milímetro, y Diago se dijo que no pasaría de ahí. Empezó a notar el cansancio y expulsó de su cabeza las protestas de sus agotados músculos por un castigo tan desmesurado. Si era preciso, sucumbiría, pero antes agotaría hasta el último resto de fuerza que le quedara. Dejar morir a un compañero no era una opción.

No recordaba la última vez que una situación límite había exigido de él que escogiera entre su vida y la de alguien bajo su mando. Llevaban una eternidad en tiempos de paz, sin conflictos, y se suponía que su misión era muy sencilla. Nunca antes una tarea relacionada con los Menores le había supuesto dificultad

alguna. Sin embargo, un embarazoso fracaso amenazaba con manchar su reputación y su honor.

Un crujido resonó entre las húmedas paredes y la espalda de Diago descendió una vez más. Morir en una cloaca de Londres persiguiendo a un Menor se le antojó como el fin más humillante al que podía aspirar. Se rebeló internamente contra un destino tan carente de dignidad y profirió un grito inhumano que retumbó por los túneles, recabando sus últimas energías. Los brazos le dolían más que cualquier otra parte del cuerpo, como si se los estuvieran triturando. En un par de minutos más, como máximo, sus fuerzas se extinguirían por completo.

Vyns reconoció aquel grito con un estremecimiento. Diago estaba en apuros. Dejó en el suelo el cuerpo que transportaba y se lanzó a la carrera por el túnel. Descendió corriendo, saltando y esquivando los montones de desperdicios y basura que poblaban las alcantarillas de Londres. Llegó al final del corredor y giró a la izquierda. Siguió avanzando hasta que cruzó un pequeño arco de piedra y llegó a la estancia donde se encontraban sus compañeros.

La pared opuesta a la entrada por la que llegó Vyns medía cinco metros de largo. Estaba desencajada por la parte de arriba y se inclinaba en un ángulo inferior a los cuarenta y cinco grados

bajo el peso de toneladas de tierra y piedra. Diago era la única razón de que no terminara de derrumbarse. Estaba agachado, con una rodilla sobre el suelo y los brazos extendidos en cruz, soportando toda la carga sobre su cuerpo. De sus puños caían gotas de sangre y Vyns vio dos pequeños charcos rojos debajo de cada brazo. Montones de escombros se esparcían por el suelo enfangado. La fina cara de Diago estaba a punto de estallar y el sudor le recorría desde la frente hasta la barbilla, y seguía por el cuello empapando su ropa. A sus pies había un cuerpo tirado, inconsciente, en el que Vyns reconoció a Lyam por su chaqueta blanca y azul. Enseguida comprendió que Diago no

podría resistir mucho más.

Se acercó hasta ellos y se agachó dispuesto a sujetar la pared para que pudieran escapar.

—No —susurró Diago—. Lyam primero... Resistiré.

Vyns no dudó. Cogió a Lyam por los hombros y lo llevó hasta el arco de piedra por el que había entrado en la cámara. Diago era su superior y debía acatar todas sus órdenes, pero no fue ésa la razón de su obediencia. Pese a que Diago no le caía especialmente bien, y a que en su opinión un Custodio no debía estar destinado fuera del Nido, Vyns no había tenido un solo motivo para dudar de las decisiones que éste había tomado hasta el momento. Así que dejó a Lyam

en lugar seguro y regresó veloz como el viento.

—Tu turno —dijo Vyns apoyando su hombro contra la pared—. Sujetaré la pared hasta que salgas de ahí y cuando atravieses el arco dejaré que se venga abajo. ¿Podrás llegar hasta él?

Un leve movimiento de los ojos fue la única respuesta que Diago le pudo ofrecer, pero bastó para que Vyns lo entendiera.

—¡Vamos allá!

Vyns arremetió contra la pared y logró levantarla un par de centímetros. Diago cayó de bruces en cuanto el peso desapareció. Sabiendo que aún estaban en peligro, empezó a gatear en dirección a la salida, se incorporó a medias y

continuó sin mirar atrás. Se desplomó juntó al cuerpo de Lyam, volvió la cabeza y asintió a su compañero, incapaz de pronunciar una palabra. Vyns saltó lejos de la pared, que comenzó a derrumbarse de inmediato. Corrió hacia sus compañeros y llegó hasta ellos en el momento en que la primera piedra se estrellaba contra el suelo. Montones de cascotes, ladrillos y rocas se derramaron por toda la estancia, chocando entre ellos y levantando una nube de polvo. Cuando terminó la avalancha, Diago y Vyns contemplaron sorprendidos la parte de atrás de un camión militar de color verde que sobresalía entre los escombros. Un inmenso cañón plateado estaba medio

sepultado por los cascotes.

—¿Están en guerra los Menores? —preguntó Diago sin apartar los ojos del cañón.

—No lo creo —contestó Vyns, que les conocía mucho mejor, dada su condición de Observador—. Era un convoy de tres camiones que estaba a la entrada de Londres. Lo vi cuando nos acercábamos a Raven. Provienen del Norte, pero a menos que hayan cambiado mucho las cosas no están en guerra de nuevo. Aunque considerando su naturaleza no me sorprendería. ¿Cómo te encuentras? —preguntó cambiando bruscamente de tema.

—Me recuperaré —respondió Diago—. Sólo necesito algo de tiempo.

¿Dónde está Edmon?

Una mueca de dolor cruzó la cara de Vyns. Negó con la cabeza bajando la vista.

—¡No puede ser! ¿Qué ha sucedido? ¿Le mató Raven?

—Debiste dejarme estrangular a ese malnacido cuando tuve la oportunidad junto al río. —La voz de Vyns destilaba rabia y dolor—. Dejé el cuerpo de Edmon atrás cuando escuché tu grito.

—¿Y Raven? ¿Escapó?

—Le tienen los Menores. Uno de sus líderes... ¡Gordon! No recordaba su nombre. Gordon vio a Edmon desde arriba antes de que me lo llevara. Dudé si coger también a Raven antes de que bajasen a por él, pero entonces me di

cuenta de que Edmon estaba muerto...

Diago percibió el dolor en sus palabras como un eco del suyo propio. Le costaba aceptar que Edmon estuviera muerto. Lo conocía desde hacía sólo cinco años, cuando asumió el mando del grupo para capturar a Raven. Edmon había sido el único que le había aceptado sin rencor, y desde el primer momento le cayó bien.

Con Vyns sucedió justo al contrario. La primera orden que Diago impartió nada más llegar fue abandonar la búsqueda de Wyn. El enfrentamiento con Vyns fue inevitable. Él sentía algo especial por ella y resignarse a dejar de buscarla le resultó más duro de lo que cabría imaginar. Wyn llevaba

desaparecida desde poco antes de la Onda, y el grupo de Vyns tenía la misión de encontrarla. Pero eso fue antes de que el Consejo considerase prioritaria la captura de Raven.

—¿Cómo es posible que un Menor haya matado a Edmon? —murmuró Diago pensando en voz alta—. No hay precedentes de algo así.

—Raven no es como los demás Menores. —Vyns se levantó y empezó a dar vueltas en círculo, nervioso—. Por algo nos han encargado atraparle. El Consejo debe saber qué le hace especial; si no, no nos encargarían perseguirle. ¡Deberían habernos advertido! Muchas órdenes y ninguna explicación. A lo mejor tú sabías algo.

¿Nos lo has contado todo?

—Cuidado —le advirtió Diago. Estaba al corriente del estrecho lazo que unía a Vyns con Edmon, pero no iba a consentir la insubordinación—. Quiero pensar que es tu dolor el que habla y no tu cabeza. Sabes tanto como yo de ese Raven. Un exceso de confianza por nuestro lado puede ser una parte de la explicación. No esperábamos que un Menor, ni siquiera Raven, pudiera matar a uno de los nuestros.

—Edmon no cometió ningún error y era el más fuerte de nosotros.

—Todos lo cometimos. Y tú también. ¿Dónde estabas cuando Lyam fue noqueado? Tu deber era cuidar del Sanador del grupo. Ahora no puede

curarme y quién sabe si hubiera podido curar a Edmon.

Vyns se quedó en silencio y apretó los puños hasta que los nudillos se volvieron blancos, en un intento de contener su indignación. Diago no se había andado con rodeos para señalar su error y hacerle sentir culpable. Le odió con fuerza, pero no por la acusación. Le odió porque en el fondo sabía que tenía razón.

—Hace demasiado tiempo que no nos vemos envueltos en una situación de combate —añadió Diago—. Han transcurrido milenios desde la única guerra de nuestra historia, y no podemos olvidar lo que aprendimos en ella. Jamás puede quedar el Sanador sin

protección. Nuestro mayor error fue no considerar a Raven como una auténtica amenaza.

Vyns le odió todavía más por su magnanimidad. No era suficiente restregarle su error, también tenía que mostrarse generoso y comprensivo. En algún lugar de su interior, una vocecilla le decía que Diago estaba en lo cierto y que sólo intentaba ayudarle, pero su rabia era demasiado fuerte y ahogó sus palabras con un rugido.

—Traeré el cuerpo de Edmon y podremos irnos —dijo Vyns, controlando su tono—. Cargaré con él y con Lyam.

Sin esperar una confirmación, dio media vuelta y se fue. Diago se frotó las

doloridas piernas con las manos; sin la intervención del Sanador, no se recobraría por completo sin descansar. El cuero de su larga chaqueta estaba desgarrado por la zona de la espalda, a consecuencia de haber soportado la pared durante varios minutos, y su pelo castaño y corto, que siempre estaba peinado hacia atrás, caía desordenado sobre su frente. Levantó la cabeza y la agitó, pero el cabello estaba adherido por el sudor. Su delgado rostro estaba enrojecido y se negaba a desprenderse de la mueca de rabia que acentuaba más todavía la desviación de su nariz.

Vyns regresó con el cuerpo de Edmon. Diago posó su mirada sobre ellos y reparó en que su amistad no era lo único

que les hacía parecer tan unidos: se parecían tanto que podían haber pasado por gemelos. Sus cabellos rubios y sus cejas arqueadas eran los dos rasgos que más contribuían a esa semejanza. Habían pasado toda la vida juntos. Siempre compartieron rangos y destinos. Se comentaba que Edmon había rechazado un ascenso para permanecer al lado de su eterno amigo.

—Has tardado mucho. ¿Ha pasado algo?

—No encuentro el arma de Edmon —explicó Vyns.

—No podemos buscarla. Debemos marcharnos.

Diago se incorporó y Vyns cargó a Lyam en el hombro que le quedaba libre.

Se internaron por un túnel subterráneo en dirección a Londres y caminaron sin decir nada. Diago abría la marcha y avanzaba con paso seguro por el suelo de piedra. Pequeños ríos de suciedad discurrían por el laberinto de pasillos subterráneos que integraban la red de alcantarillado de la ciudad. La humedad impregnaba el ambiente, amplificando su hedor. Desembocaron en la red de Metro, donde numerosos indigentes se resguardaban del frío alrededor de hogueras, y poco después salieron al exterior en Crystal Palace, cerca del corazón de Londres.

En apenas media hora llegaron a dos edificios victorianos que habían constituido uno de los mejores colegios

de Londres hasta que la Onda ocasionó el cese de toda actividad docente. Penetraron en el que había albergado las aulas y oficinas. Estaba medio derruido y la nieve acumulada sobre su fachada filtraba el agua en su interior mediante un goteo constante. Cruzaron salas con paredes desconchadas y antiguo material escolar esparcido por el suelo. Una vez en el sótano, Diago acarició una pared con su dedo índice, formando una runa sobre ella. En cuanto el símbolo estuvo completo, una sección del muro se retiró hacia atrás y se deslizó silenciosamente a un lado.

—Dejaré a Lyam en su habitación y prepararé el cuerpo de Edmon para su traslado —anunció Vyns.

Diago asintió, ausente, y se retiró a descansar. Se tumbó en su cama y puso ambas manos sobre su vientre. De ellas emanó una luz tenue y cálida, que arropó su cuerpo durante unos segundos y luego se extinguió. Diago quedó profundamente dormido.

Se despertó al día siguiente, completamente restablecido. Cuatro velas en las esquinas de la habitación se encendieron a un gesto de su mano. Diago salió de su cuarto dejando que el silencio lo envolviese. Caminó sin hacer ruido alguno, consciente del significado de la ausencia de todo sonido en aquellas tristes circunstancias: el luto. Penetró en una sala circular de piedra con el techo abovedado. Cinco pilares

negros, que se alzaban poco más de un metro del suelo, rodeaban, pegados a la pared, el centro vacío de la estancia. Descansando a dos dedos sobre el suelo, en el extremo opuesto, había una urna de cristal rectangular. En su interior yacía el cuerpo de Edmon. El dolor flotaba por la sala como una niebla espesa.

Diago se acercó hasta Vyns, que estaba arrodillado ante la urna, y puso una mano sobre su hombro.

—Pude haber evitado esto —se lamentó Vyns volviéndose hacia su superior. En su rostro no había restos de lágrimas y sus ojos no estaban ni enrojecidos ni hinchados. El dolor era interno y profundo; un dolor que no

sentían desde hacía muchísimo tiempo, y que al principio de su historia creyeron que su pueblo no sentiría jamás. Era un sufrimiento que sólo puede padecer un inmortal—. Tuve su cuello entre mis dedos... un simple gesto y Raven hubiese muerto. Un simple gesto y Edmon estaría aún conmigo.

—No somos dueños de la vida y la muerte —repuso Diago—. No podemos saber cuándo nos llegará la hora. Recuerda que durante nuestros primeros siglos, ni siquiera pensamos que pudiésemos morir. Estábamos tan acostumbrados a la inmortalidad que la certeza de estar destinados a compartir la eternidad nos cegó a otras posibilidades.

—Eso fue hace demasiado tiempo ya —dijo Vyns sin mostrar entusiasmo en la lección de historia—. Descubrimos nuestra equivocación de la manera más dura imaginable. Pero ésta ha sido una lección nueva. Un humano nunca había matado a uno de los nuestros; no debería haber sido capaz de herirle siquiera.

Diago estuvo de acuerdo al menos en parte. Tras la primera batalla de la única guerra que manchaba su historia, su pueblo vio por primera vez la más insólita e increíble de las imágenes: un cadáver. La muerte era un desenlace inevitable para los mortales, un paso necesario en su existencia, pero ellos habían asumido erróneamente que nunca les iba a rozar siquiera. Sin embargo

ocurrió. Hermanos suyos murieron, y el dolor asociado a la muerte de un semejante figuró desde ese momento en su repertorio de sentimientos y experiencias.

El modo en que la muerte cobró realidad en sus vidas fue igual de sorprendente que el hecho de ver por primera vez los restos inanimados de un inmortal. Su pueblo sólo había conocido la paz. Pero lo peor estaba por llegar y fue mil veces peor que una guerra: fue una guerra civil. Muchos de sus compañeros, amigos y hermanos murieron... a manos de otros hermanos. Ningún acontecimiento de ningún tipo, ni siquiera la Onda, alteró tanto su historia como aquel conflicto. Significó un antes

y un después. Y otro terrible concepto, hasta el momento inexistente en su cultura, cobró vida en un instante: el de enemigo.

—Atraparemos a Raven —prometió Diago—. Puedes estar seguro.

—Lo estoy. —Vyns se levantó y miró a su superior. Sus ojos brillaban de rabia —. Pero esta vez no cometeré el mismo error. Cuando vuelva a toparme con ese bastardo... —Vyns apretó las mandíbulas y una vena se hizo visible en su sien—. Le mataré.

—No lo harás. —A Diago no le agradaba imponer su autoridad en un momento de dolor, pero no le quedaba otra opción. Especialmente, porque sabía que Vyns era muy capaz de

cumplir su amenaza—. Nuestras órdenes son muy claras: debemos capturarle con vida.

—Supongo que te refieres a las órdenes del Consejo —dijo Vyns con una nota de insubordinación en la voz—. El mismo Consejo que nunca ha puesto un pie en esta dimensión. No saben lo que está pasando aquí, ni de lo que es capaz Raven. Deberían venir a comprobarlo ellos mismos. —Un destello surgió en los ojos de Vyns. Diago no pudo decir si era de rabia o de locura—. Yo llevo mil trescientos años entre los Menores y te aseguro que no hay precedentes de nada de lo que hemos visto últimamente.

Era cierto que el Consejo nunca había

salido del Nido, y Diago dudó que nunca lo hicieran, al menos los tres Justos. Estaban perfectamente informados y su presencia directa no era necesaria en este plano. Desde que el Viejo desapareció, el Consejo asumió, forzosamente, la responsabilidad del Gobierno. Era la solución lógica, y acertada en opinión de Diago. Los tres Consejeros Superiores, conocidos como Justos, eran los más sabios de su pueblo, y por eso no le gustó lo más mínimo el tono empleado por Vyns al referirse a ellos.

—No te atrevas a cuestionar al Consejo. Su sabiduría está muy por encima de la nuestra. Yo represento su autoridad y acatarás las órdenes.

Vyns se quedó pensativo un segundo. Daba la impresión de estar considerando la conveniencia de llevar más lejos la discusión.

—¿Y si es para salvar mi vida? —preguntó Vyns, desafiante. El enfrentamiento directo no serviría de nada con un superior, pero el indirecto quizás diese algún resultado. Al menos, averiguaría hasta qué punto era importante la vida de Raven—. ¿Debo dejar que el Menor me mate a mí también porque el Consejo lo quiere con vida?

—Nos ocuparemos de que esa situación no se llegue a dar. —La discusión estaba empezando a colmar la paciencia de Diago—. Sabes que

llegado un caso de vida o muerte nadie te culparía. Pero asegúrate de que es la preservación de tu vida lo que persigues y no la venganza, o lamentarás tus actos. Si centramos nuestros esfuerzos en cumplir la voluntad del Consejo no llegaremos a algo así.

—Puede que tengas razón, ¿quién sabe? Llevas muy poco en este plano. No conoces a los Menores como yo. Espera unos cuantos siglos. El hedor de este mundo te calará tan hondo que soñarás con él, y lo mismo te pasará con esta asquerosa luz. No soporto este lugar lleno de sombras.

Era indudable que la experiencia que le otorgaban a Diago sus cinco años ejerciendo en la Tierra no era nada

comparada con la que Vyns había adquirido tras llevar allí más de un milenio. Se preguntó si pensaría de la misma manera tras pasar tanto tiempo en este plano. No era un sitio que se pudiera comparar con el Nido. Su luz era distinta, pero a él no le desagradaban las sombras. El sonido era más molesto, con una gama demasiado amplia para su gusto. No era de extrañar que los mortales sólo pudiesen captar una diminuta fracción del amplio abanico de ondas sonoras que se propagaban por su mundo. Con una vida tan breve no tendrían tiempo para dedicar a otras cosas. Pero el olor era lo que más le gustaba con diferencia de aquel lugar. Diago encontraba

interesante la cantidad casi infinita de matices que descubría en los olores.

Ahora tenía por delante una tarea que no le agradaba lo más mínimo: debía informar al Consejo de sus progresos o, mejor dicho, de la falta de ellos. Decidió que ya tenía suficiente de las quejas de Vyns por el momento.

—Creo que tienes claras tus obligaciones —le dijo con frialdad—. Tengo cosas que hacer. Asegúrate de que Lyam está bien.

—Se está recuperando. Unas horas más y estará como nuevo. Iré a verle.

Diago empezó a ordenar sus ideas en cuanto Vyns abandonó la sala. Informar al Consejo era ahora su prioridad. El trago más amargo sería relatar la muerte

de Edmon a manos de un Menor. Estaba a punto de empezar cuando la niebla comenzó a formarse en el centro de la estancia. Alguien venía. Diago se retiró y esperó intrigado.

La niebla creció hasta alcanzar su extensión adecuada y la parte del centro se iluminó ligeramente. Una silueta se recortó contra la luz y avanzó con paso resuelto hasta salir de la nube. La luz y la niebla desaparecieron.

El recién llegado echó un vistazo a su alrededor. Era alto y de complexión fuerte. Vestía una chaqueta blanca que le llegaba por debajo de las rodillas. Su cara era fina y de frente estrecha. Su pelo, largo y liso, de un color rojo fuego que sería la envidia de los Menores.

Bajo la nariz puntiaguda, Diago reconoció una boca ligeramente torcida, enmarcada por una perilla perfectamente recortada, que acostumbraba a formar una medio sonrisa muy peculiar.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Diago—. ¿Asius? ¿A quién has cabreado para que te manden aquí?

Asius se giró y dedicó a Diago una amplia sonrisa.

—Sólo he venido a enseñarte cómo se hacen las cosas; no me fío de ti —bromeó Asius.

Se dieron un fuerte abrazo.

—Me alegro de verte —dijo Diago sujetándole aún por los hombros y sacudiéndole un poco—. Aunque no sé si debo entusiasmarme de ver a un

miembro del Consejo. ¿Hay algún problema?

—Te lo diré si consigo sobrevivir a tu abrazo. —Diago le soltó y Asius fingió recobrar el aliento—. Yo también me alegro de verte. Ha pasado mucho tiempo. Pero confiaba en que vieras en mí a un amigo, y no a un Consejero.

—Sabes que así ha sido. No te hagas el ofendido conmigo. —El estado de ánimo de Diago mejoró ante la promesa de una charla con su antiguo amigo—. Vamos a mi habitación, que tienes que ponerme al día. ¿Cómo van las cosas por el Nido?

Una sombra casi imperceptible asomó al rostro de Asius y Diago supo que algo le preocupaba. Salieron de la cámara

circular y recorrieron el pasillo apresuradamente hasta el cuarto de Diago. Asius cerró la gruesa puerta de madera y se sentó mientras su anfitrión se acercaba con una botella y dos copas.

—Tienes que probar este vino. —Diago intentaba retrasar el momento de conocer la carga que arrastraba su amigo. Unos instantes de paz, aunque fuesen en torno a una conversación sostenida por trivialidades, eran lo más adecuado. Ya habría tiempo para los problemas—. Ya que has venido hasta aquí...

—Apenas tengo tiempo —dijo Asius con un gesto de preocupación, y dio un sorbo al vino—. Buena bebida. Lamento ser tan brusco pero debo regresar antes

de que noten mi ausencia.

—¿No saben que has venido? —La copa de Diago se detuvo en el aire, a un palmo de su boca—. No lo comprendo. ¿Te has escapado o algo parecido?

—Es algo complicado. Intentaré explicártelo, pero debes tener en cuenta que no puedo revelarte todo lo que sucede en el Consejo; es confidencial. —Asius dejó la copa sobre la mesa y dejó escapar el aire con un sonido pesado—. En realidad no tengo autorización para estar aquí. Me han denegado, explícitamente, intervenir.

—¿Quién te lo ha denegado? —Era una pregunta absurda. Asius era miembro del Consejo, el órgano por el que se regían. Sólo los tres Justos

estaban por encima de él en la jerarquía. A menos que...—. ¿Hay noticias del Viejo?

—No, ninguna. Continúa en paradero desconocido. —La fugaz esperanza de Diago se desvaneció enseguida—. Han sido los Justos, o más bien sólo uno de ellos, Ergon; los otros dos parecen estar siempre de acuerdo con él. Desde hace unos años es como si gobernase Ergon en solitario: su voluntad siempre termina por imponerse.

—¿Qué tiene contra ti? —Una ola de confusión estaba invadiendo la cabeza de Diago. Ergon era una gran figura, seguramente la más importante de todos ellos ahora que el Viejo había desaparecido. ¿Cómo era posible que

Asius tuviera problemas con él?

—No es contra mí, sino contra todo aquel que difiera de su opinión. Se está volviendo autoritario. —Diago captó una leve dosis de rencor en la voz de Asius—. Él no es el Viejo; ninguno de nosotros lo es.

—Es el más sabio de nuestro pueblo. —Diago no podía creer que Asius estuviese hablando así de uno de los Justos, y menos de Ergon. De repente, no estuvo seguro de querer seguir con aquella conversación—. ¿Quién mejor que él para liderarnos hasta que el Viejo regrese?

—Si es que regresa. —Asius clavó una mirada penetrante en su amigo—. Venga, no pongas esa cara. ¿De verdad

nunca habías considerado esa posibilidad? Mientras no sepamos más, deberíamos prepararnos para lo peor, sólo por si acaso.

—¡Estás completamente loco! —Diago se levantó arropado por una súbita furia. Un golpe seco precedió una pequeña lluvia de virutas de madera cuando la silla que ocupaba se estrelló contra la pared que estaba a sus espaldas. Asius permaneció impasible—. No puedo creer que... —Diago recordó con quién estaba hablando y se sintió avergonzado al instante—. Yo... Te ruego me disculpes. No sé qué me ha pasado. No sólo eres un Consejero: eres mi amigo. Ni siquiera estaría con vida de no ser por ti. Es sólo que...

Diago se sentó en otra silla y se forzó a recordar que le debía la vida a la persona que acababa de tildar de loco.

Sucedió durante la guerra. Diago estaba luchando en el tercer nivel de la Ciudadela, junto con tres Custodios más. A sus espaldas una puerta de piedra, de tres metros de altura, impedía el paso a una sala desierta. En su interior una sencilla esfera del color del hueso, con runas esculpidas por toda su superficie, descansaba sobre un pedestal de mármol de dos metros y medio de altura. Las puertas de la Ciudadela obedecían los decretos de la esfera, y controlarla era, como habían descubierto demasiado tarde, el objetivo que perseguían sus enemigos.

Desde los niveles superiores e inferiores les llegaba el clamor de una sangrienta batalla. El aire se había tornado muy pesado y arrastraba un penetrante olor a sangre y muerte. El miedo estaba presente en los nerviosos semblantes que rodeaban a Diago. A la mayoría les costaba aceptar que la muerte hubiera llegado a ellos de manos de sus propios hermanos.

Diago contempló el amplio pasillo que se extendía ante ellos. Estaba al descubierto, ni paredes ni techo lo delimitaban, y la batalla había dejado en él su macabra estampa. Grietas de diferentes longitudes y grosores surcaban el corredor como heridas en un brazo gigante. Columnas de humo

impedían ver algunos tramos, y demasiados cadáveres yacían en extrañas posturas. Pequeños ríos de sangre discurrían hasta los bordes, dispersándose en multitud de gotas que el viento arrastraba en todas direcciones.

—¡En formación! —dijo Enara, la jefa de su grupo.

Diago ocupó su lugar en la línea y vio los cuatro rostros que se acercaban. Los conocía a todos. Y los iba a tener que matar. Cuatro contra cuatro.

—Apartaos de esa puerta y os dejaremos ir —gritó el primero de ellos.

—Nunca —respondió Enara—. No conseguiréis...

Antes de que pudiera terminar la frase,

el Custodio que estaba a la izquierda de Diago, su amigo y hermano, dio un paso al frente y le cortó la cabeza a Enara con un despiadado y certero tajo de su espada. La hermosa cabeza de la persona que tanto le había enseñado a Diago rebotó contra el suelo, rodó hacia el borde y cayó al vacío. Un nuevo traidor se había desenmascarado y los cuatro contra cuatro se convirtieron en dos contra cinco.

Diago y su compañero a duras penas resistieron la brutal embestida de sus adversarios. Retrocedieron hasta apoyar la espalda contra las pesadas puertas en un intento desesperado de evitar que les rodearan. La abrumadora superioridad numérica de sus atacantes les obligó a

permanecer a la defensiva. Diago consiguió abatir a un enemigo en el preciso instante en que un grito ahogado profanó sus oídos. Un chorro de sangre caliente le salpicó y vio cómo el cuerpo de su compañero caía a sus pies, con el brazo derecho seccionado. Detuvo un golpe dirigido a su cabeza y un demoledor puñetazo en el estómago le obligó a doblarse sobre las rodillas.

—Quiero su cabeza —dijo el que había matado a Enara por la espalda.

La voz le llegó desde lejos, amortiguada por los desbocados latidos de su corazón, a pesar de que estaba sólo a un paso de distancia. Los siguientes segundos fueron bastante confusos para Diago. Estaba convencido

de que su final había llegado cuando algo cayó desde arriba sobre sus enemigos. Diago recibió un golpe en el hombro y cayó hacia atrás contra la puerta. Una figura se movía muy rápido ante sus ojos, el sonido de golpes y huesos rotos le rodeó y una segunda lluvia caliente se derramó sobre su cara. Cuando se limpió la sangre de los ojos con el dorso de la mano el rostro de Asius le observaba con un gesto de preocupación.

—¿Te encuentras bien, Diago?

No le respondió. Se puso en pie con dificultad y vio tres nuevos cadáveres detrás de Asius. El cuarto asaltante, el traidor que había decapitado a Enara, huía corriendo por el pasillo.

Desde ese momento Diago siempre se sintió muy unido a Asius. Le admiraba por su destreza en el combate, y fue el que más se alegró cuando tras la guerra el Viejo le ascendió a la categoría de Consejero.

Debía de haber malinterpretado sus palabras y esperó de todo corazón que Asius no le tuviera en cuenta su momentánea pérdida de control. Le miró sin encontrar palabras para disculparse.

—No te preocupes —le dijo el Consejero con mucha calma—. Seguramente ha sido culpa mía. La desaparición del Viejo nos ha afectado a todos y no debería volcar mis preocupaciones en ti.

—Al contrario. —Diago se sintió

aliviado al ver que su amigo no le guardaba rencor—. Te debo mucho más de lo que merezco y puedes contar conmigo para lo que sea. Pero... ¿de veras piensas que el Viejo no va a volver? Cuesta creerlo.

—No, no lo creo. Y espero que regrese cuanto antes de donde quiera que esté. —La sombra en la cara de Asius se acentuó y Diago se removió inquieto en su sitio. Algo que fuese capaz de preocupar de ese modo al Consejero no podía ser nada bueno—. Pero deberíamos prepararnos por si tarda en hacerlo. Ha sucedido algo inquietante en el Nido. Un grupo de cien Menores logró llegar al Umbral y dos Custodios los aniquilaron. No, no fue

algo intencionado. Pensaron que nuestro antiguo enemigo había regresado y obraron en consecuencia.

—¿Pero cómo es posible que los Menores viajen a nuestro plano? Es algo inverosímil. —Diago se obligó a no perder el control de nuevo—. ¿Acaso tienen Viajeros?

—No está muy claro aún pero, según parece, los Menores no sabían a dónde iban. Simplemente encontraron un portal y lo cruzaron. La pregunta es cómo pudieron hacerlo sin un Viajero. Algunos creen que la Onda dejó ese Portal abierto. Es imposible cruzar la Niebla sin un Viajero, y es imposible que los Menores cuenten con un Viajero entre ellos. Sólo un inmortal puede

serlo. Por no hablar del problema con la luz.

—Pero tú no crees en la explicación de que la Onda dejó abierto el portal. —Diago leyó la duda en su rostro—. Dime, ¿qué crees que ocurrió?

—Creo que al menos —Asius hablaba muy despacio ahora, con esfuerzo— deberíamos considerar que un Viajero del enemigo les hubiera abierto el portal. Es sólo una conjetura, pero es lo más lógico.

—Me estás dejando de piedra, amigo —dijo Diago con dificultades para asimilar las sorprendentes noticias—. Supongamos por un momento que llevas razón. ¿Con qué propósito enviaría el enemigo a cien Menores? Sólo ha

servido para alertarnos de una brecha en la Niebla.

—Reconozco que el motivo se me escapa. Quizás era sólo una prueba, o algo les salió mal. La verdad es que no lo sé. Pero aquí es donde empiezan los problemas con Ergon. No creo que sea acertado esperar a ver qué están tramando nuestros antiguos enemigos, pues sabemos muy bien de qué son capaces.

—Están encerrados, Asius. Tus temores son excesivos.

—¿De veras? Si los Menores pudieron llegar a nuestro plano, ¿por qué no podrían hacerlo ellos? La Onda tiene que haber afectado los tres planos por igual. No tiene sentido que sólo nos

afecte a nosotros y a los Menores.

—Aun así, perdieron la guerra —insistió Diago—. No lo intentarán de nuevo.

—Eso es lo que dice Ergon. Nos tiene atados de pies y manos con la política de no interferir con los Menores. Creo que deberíamos hacer algo más que observar aquí abajo. —Asius lanzó una sutil mirada sobre Diago.

—No, no, no. ¿Me estás pidiendo que desobedezca una orden del Consejo? Yo tampoco puedo interferir, salvo para capturar a Raven.

—Tú puedes averiguar qué saben los Menores del portal, si lo han descubierto ellos solos, o si el enemigo se lo ha mostrado.

—Mis órdenes son tajantes y eso va en contra de las mismas. Lo sabes perfectamente. Ni siquiera le permito a Vyns proseguir la búsqueda de Wyn, e imagino que estás al corriente de lo que sentía por ella.

Asius asintió.

—Lo estoy. Supongo que sigue sin haber ni rastro de ella.

—No la he buscado, si te soy sincero. Me ciño a las órdenes del Consejo, lo que implica...

—No te lo pediría de haber otra opción. Yo estoy luchando con Ergon para que me permita sellar nuestro plano contra todo el que no sea uno de los nuestros y para que me deje probar las defensas de la Ciudadela. Necesito que

tú averigües si los Menores tienen algo que ver con el enemigo. Piénsalo bien: si Ergon y tú estáis en lo cierto sólo habrás perdido un poco de tiempo, pero si yo tengo razón...

Diago reflexionó sobre la propuesta. Por una parte las palabras de Asius estaban cargadas de lógica y verdaderamente quería ayudarle por su amistad. Pero implicaba desobedecer una orden directa del Consejo, en el cual Diago confiaba firmemente.

—Lo intentaré, aunque no te garantizo nada —concedió Diago—. Lo hago por ti. Espero tu apoyo si algo sale mal.

—Lo tendrás, puedes estar seguro —dijo Asius, satisfecho—. Ahora, el segundo punto que me ha traído hasta

aquí. ¿Cómo va la captura de Raven?

El semblante de Diago decayó ligeramente al relatarle a Asius todos los detalles de la persecución. Pasó por el amargo trago de admitir que había fracasado y que la muerte había reclamado a uno de los suyos. El rostro del Consejero se encogió al escuchar que Edmon había muerto.

—Lamento su muerte. Le rendiremos los honores que se merece —aseguró Asius en tono solemne.

—Atraparemos a Raven muy pronto, lo prometo —dijo Diago con gran determinación—. No volverá a sorprendernos ahora que sabemos de lo que es capaz.

—¿Cómo le encontrarás?

—Sabemos que está en Londres. Antes o después recurrirá a sus extraordinarias facultades y le detectaremos. No hay otro modo sin interferir directamente en los asuntos de los Menores.

—Él también puede sentir nuestra presencia. Así es como ha escapado durante tanto tiempo. Pero tal vez... ¿recuerdas lo cerca que estuvisteis hace unos años? Si no recuerdo mal, un Corredor le sorprendió y Raven no lo detectó. —Diago rememoró la ocasión que Asius mencionaba. Habían pensado que iba a ser la misión más sencilla imaginable. El Corredor le había sujetado por las manos, confiado, y entonces habían descubierto que Raven no era como los demás. Se sacudió al

Corredor de encima y se esfumó con una rapidez de movimientos que jamás habían visto en un mortal—. Si consigues que un Corredor le encadene pies y manos no podrá escapar.

—No creo que unos simples grilletes le detengan. —A Diago la sugerencia le pareció impropia de alguien con la inteligencia de Asius. Sintió ganas de decirle que no sabía de lo que Raven era capaz, del mismo modo que Vyns le había restregado a él que llevaba poco tiempo entre los Menores. Intentó en vano no sonar arrogante—. Le he visto fundir cosas más grandes y resistentes.

—No me refiero a unas cadenas de las que utilizan los Menores, sino de las que utilizamos nosotros —dijo Asius como

si fuese evidente—. ¿Conoces a alguien capaz de romperlas? Si nosotros no podemos, él tampoco podrá.

—Sí, ya veo. Un Corredor... unas cadenas. —Una sospecha empezó a cobrar forma en la mente de Diago—. Sin duda dos buenas sugerencias... Pareces saber bastante de Raven. —Diago no pudo contenerse—. Los Consejeros sabéis quién es Raven o qué le hace especial, ¿no es así? —Asius no respondió, pero su expresión de culpabilidad fue imposible de pasar por alto—. Tienes que decirme lo que sepas de él. Edmon ha muerto y no estoy dispuesto a perder a otro. Deberíais habernos advertido contra Raven. ¿Tiene algo que ver con la Onda?

—No puedo decirte nada más —se disculpó Asius—. El Consejo ha clasificado toda la información acerca de Raven. Te he contado cuanto he podido pero debes saber que su captura es prioritaria y que el Consejo revelará la razón cuando llegue el momento.

La furia asaltó a Diago. Las palabras de Vyns quejándose del Consejo acudieron a su cabeza y una vez más se sintió como creía que se había sentido él. Estaba mucho más que claro que Raven jugaba un papel de la mayor relevancia en todo aquello, ya que el Consejo no cubría información bajo el manto de lo confidencial sin un buen motivo. Debía estar vinculado con la Onda de alguna manera. ¿Estaría

también relacionado con la desaparición del Viejo? No era probable. Poco a poco, reconoció la sensación de estar lidiando con asuntos por encima de su rango y comprensión. La ira fue abandonándole y la confianza en sus superiores le invadió como un calor reconfortante que se extendía por todo su ser. Llevaría a Raven ante el Consejo y ellos sabrían qué hacer con él.

La puerta de la habitación se abrió de improviso y Vyns entró como una exhalación.

—¡Diago! Tienes que ver esto... —Se quedó perplejo al ver a Asius. Su respiración estaba algo acelerada—. No sabía que estabas ocupado —se disculpó.

—No te preocupes, Vyns. Soy Asius, y ya habíamos terminado.

—Un placer estar con alguien del Consejo —dijo Vyns para demostrar que le había reconocido.

—¿Qué era eso tan urgente? —preguntó Diago, intrigado.

—Es sobre Raven. Creo que sé cómo localizarlo. Tenéis que venir a ver esto.

Siguieron a Vyns hasta la sala circular en la que descansaba el cuerpo de Edmon. La agitación hizo presa de Diago. Si de veras daban con un método para localizar a Raven podría enmendar sus antiguos fracasos antes de lo previsto, incluso determinar el mejor momento para apresarle en lugar de resignarse a una prolongada espera hasta

que Raven cometiera un error. Asius caminaba en silencio, muy atento a Vyns. Resultaba evidente que también había sentido el dulce mordisco de la curiosidad.

—Estaba preparando a Edmon para su traslado —explicó Vyns. Se arrodilló ante el cuerpo de Edmon y alzó su mano derecha con la palma extendida hacia arriba. El cristal que lo cubría estaba sobre el suelo, a un lado—. No entiendo cómo se me pasó este detalle. Supongo que el dolor nublaba mis sentidos... —dijo con la voz entrecortada—. Fijaos atentamente en su mano.

Asius y Diago se inclinaron sobre la mano de Edmon hasta que sus cabezas casi chocaron entre sí. Unas líneas muy

suaves, apenas perceptibles, surcaban la blanquecina palma. Bajo un minucioso escrutinio, Diago apreció cómo deformaban ligeramente los pliegues naturales de la piel allí donde se cruzaban. Requirió unos segundos más, pero al finalizar su examen Diago creyó entender lo que Vyns intentaba mostrarles.

—¿Podría ser...? —dijo Diago, ensimismado.

—Una runa —terminó Asius.

—Creo que Edmon consiguió marcar a ese bastardo. Podremos rastrear a Raven y dar con él, y todo será gracias a Edmon —dijo Vyns aferrándose a la idea de que su amigo no había muerto en vano.

—¿Lo has comprobado ya? —preguntó Diago.

—Aún no, para eso fui a buscarte. Me figuraba que te gustaría estar presente.

—Pues comprobémoslo ahora mismo.

Vyns chasqueó los dedos de su mano y una llama verde azulada brotó del extremo de su dedo índice. Se inclinó y deslizó su ardiente dedo sobre el suelo, empleando una extensión rectangular del tamaño de una mesa de billar. El dedo se desplazaba con soltura dejando una estela de llamas a su paso. Diago aguardó pacientemente mientras los llameantes trazos se fundían unos con otros, dando vida al símbolo que figuraba en la palma de la mano del difunto.

—Ahora sabremos si Edmon lo consiguió —dijo Vyns tras repasar desde varios ángulos la runa que ardía ante él.

Vyns cerró los ojos y alargó el brazo. Su frente se arrugó bajo el esfuerzo al tiempo que sus dedos adoptaban diversas posiciones. Pasaron unos segundos interminables y una llama de metro y medio de altura surgió del aire, un palmo por encima del verde azulado signo del suelo. Sus dedos se contrajeron en un nuevo gesto y otra llama se unió a la primera. El fuego fue aumentando. Al terminar, una silenciosa hoguera flotaba sobre la totalidad de la runa, cuya ondulante luz se reflejaba sobre sus rostros.

Las llamas empezaron a bailar mezclándose entre ellas para luego dividirse en formas diferentes. Giraron, se retorcieron, se encogieron y aumentaron hasta que empezaron a crear figuras. Poco a poco el fuego fue ofreciendo la sinuosa imagen, compuesta de tonos que iban exclusivamente desde el amarillo al rojo, de una persona tumbada boca arriba. Su rostro ganaba definición a medida que las llamas dejaban de oscilar de un lado a otro.

—Es Raven —dijo Vyns abriendo los ojos.

Muy pronto Diago estuvo de acuerdo con él, conforme los rasgos faciales se hacían más evidentes, en especial la enorme nariz. El fuego siguió

moldeándose a sí mismo y pronto todos los detalles fueron perfectamente obvios.

—Está en una ambulancia —explicó Diago—. Gordon lo llevará a un hospital, imagino. Ya es nuestro.

—Ese objeto que está tirado en el suelo, ¿es lo que yo creo? —preguntó Asius.

—Es el arma de Edmon —confirmó Diago—. Por eso Vyns no la encontró. La cogieron los Menores cuando bajaron a por Raven. No sabrán emplearla, ni siquiera sabrán qué es.

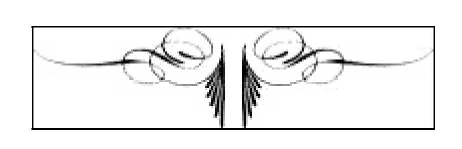
—Bien, está claro que le podéis localizar —asintió Asius—. Escoged bien el momento y recuerda lo que te comenté de los Corredores y las cadenas

—le dijo a Diago—. Tampoco tardéis demasiado. Quién sabe si será capaz de borrarse la runa.

—Descuida —dijo Diago con gran seguridad—. Esta vez Raven no escapará.

Vyns no le oyó cuando Diago le ordenó ponerse en marcha con los preparativos. Siguió con la mirada perdida en el fuego y los labios curvados en una sonrisa afilada.

CAPÍTULO 6



La puerta dejó escapar un chasquido seco y comenzó a abrirse presumiendo de sus casi dos metros de grosor, formados por una aleación de acero y titanio, que desfilaron durante quince segundos, hasta que la abertura fue lo suficientemente grande como para que un hombre pudiese entrar en la cámara de seguridad.

Jamison Harvie admiró todo el ritual, maravillado por la sensación de estar a salvo de todo. La seguridad era lo primero, y en más de diecisiete años nadie había conseguido forzar su querida Caja de Pandora, como a él le gustaba llamarla. Lo habían intentado en dos ocasiones, y ambas terminaron en un fracaso rotundo.

—Ni siquiera el aire puede entrar si yo no lo permito —le gustaba alardear de vez en cuando.

Levantó la vista hacia la minúscula cámara de vídeo que cubría todo el pasillo y sonrió satisfecho. En un cuarto de seguridad, tres plantas por encima, dos guardas con un sueldo astronómico observaron meticulosamente cómo el

señor Harvie había puesto el pulgar sobre una pantalla táctil, había recitado una frase rebuscada delante de un micrófono, luego había sometido su ojo derecho a una luz verde y por último había deslizado sus dedos a gran velocidad sobre un teclado de nueve dígitos.

Jamison franqueó la puerta con aire decidido y penetró en una sala rectangular de unos veinte metros cuadrados. Pulsó un botón y la puerta comenzó a girar, cerrándose a sus espaldas. Las paredes estaban revestidas de pequeñas puertas circulares de acero que daban paso a los compartimentos en los que Jamison guardaba celosamente cualquier cosa a

la que le atribuyera un gran valor. Sus contenidos variaban: desde oro y diamantes hasta cantidades obscenas de dinero y, por supuesto, un gran número de documentos que registraban la más variada información. También se podían encontrar armas y tres barras de telio.

Jamison se acercó a la pared de la derecha y abrió uno de los compartimentos. Introdujo la mano y dio varios golpes aplastando una pila de documentos. Luego sacó una carpeta de su maletín y la depositó encima del montón.

—Yo no cerraría ese compartimento todavía —dijo una voz a su espalda.

El susto hizo que Jamison diera un pequeño salto incontrolado. Su corazón

inició un galope desenfrenado y se le escapó un chillido muy poco varonil. Se giró asustado, sin dejar de repetirse que era imposible que alguien estuviese allí dentro con él. Repasó la sala rápidamente y se tranquilizó al no ver a nadie. Su imaginación le causaría un infarto un día de éstos.

—No es mi intención asustarle, señor Harvie —dijo la misma voz. Una figura se movió al amparo de las sombras de una esquina. Se adentró en la luz y Jamison pudo ver a su visitante. Era un hombre de estatura media y estaba cubierto por una capa de cuero negro hasta los pies. Una capucha, que era una extensión de la capa, mantenía su cabeza oculta—. Tal vez sea apropiado que

sepa mi nombre, sobre todo si eso le ayuda a conservar la calma. Me llamo Capa.

Se echó la capucha hacia atrás y dejó al descubierto un rostro de tez blanquecina. Para su sorpresa, Jamison observó que se trataba de un muchacho de no más de quince años. Sin contar los granos propios de la adolescencia, la cara que estaba contemplando era la de un joven con un pelo negro lacio y abundante, una piel tersa desprovista de arrugas y marcas, y unos ojos azules que brillaban divertidos.

—Estoy alucinando —dijo Jamison con las manos en la cabeza—. No eres real.

—Oh, vamos —dijo Capa en tono

tranquilizador—. Es perfectamente obvio que soy real. Digamos que precisaba de una ubicación discreta en la que hablar a solas. Soy propenso a irritarme si me interrumpen elementos externos. Su Caja de Pandora me pareció muy conveniente. No creo que nos molesten. ¿No le parece?

Jamison le echó una nueva ojeada. Se relajó un poco al no percibir nada amenazador en el tal Capa. Dejando a un lado la cuestión de cómo demonios había entrado, sólo tenía ante sí a un niño, o a un hombre con cara de niño, cubierto con una capa negra que le confería un aire algo teatral.

—¿Quién es usted y cómo ha entrado en mi cámara de seguridad? ¿Qué es lo

que quiere?

—La segunda pregunta es considerablemente más interesante. Además, tras nuestra charla, será obvio para usted que hay cosas que escapan a su compresión. Sólo he venido para proponerle un trato muy beneficioso.

—Un trato —repitió Jamison—. No sé si estaré en condiciones de aceptarlo, ya que hay cosas que escapan a mi comprensión —recalcó sus últimas palabras con una dosis de ironía, molesto por la forma poco clara de expresarse que empleaba Capa.

—No pretendía ofenderle. Mi humilde intención es justo lo contrario —dijo el chico mostrando una amplia sonrisa—. En realidad es algo extremadamente

sencillo: estoy sumamente interesado en comprar un inmueble que recientemente ha adquirido la magnífica empresa que usted dirige con tanto acierto.

—Ya veo. —Jamison estaba acostumbrado a las adulaciones. Un director general de una compañía con su éxito no puede pretender desempeñar su labor sin que demasiada gente de su entorno sienta la necesidad de deshacerse en elogios, pero algo en la voz de Capa le confirió a su descarada alabanza la puntería necesaria para acertar de lleno en el blanco. No pudo evitar que ese hombre-niño le cayera bien—. ¿Y de qué inmueble estamos hablando?

—Toda la información al respecto está

eficazmente registrada en la carpeta amarilla que acaba de guardar en el contenedor situado a su espalda —respondió Capa con una sonrisa impecable—. Una organización excelente, envidiable, si me permite decirlo.

—¿Cómo es posible que sepa lo que hay en esa carpeta? ¡Ha introducido a un espía en mi empresa!

—Nada más lejos de la verdad. —Capa adoptó una expresión inocente—. Mi único propósito es acelerar esta reunión para no arrebatarle más tiempo del estrictamente necesario. No he pasado por alto que usted es sin la menor duda un importante hombre de negocios y me atrevo a aventurar que

habrá un elevado número de asuntos que reclamarán su atención.

Para sorpresa de Jamison, Capa seguía cayéndole bien. Tenía un modo de expresarse muy jovial a pesar de escoger frases excesivamente recargadas para su gusto, y tanto su tono de voz como sus ojos parecían transmitir sinceridad. Por un momento olvidó que estaban en su cámara de seguridad y que aún no sabía cómo Capa había logrado introducirse en ella.

—Está bien. Acabaremos muy pronto —dijo Jamison en el tono seguro que reservaba para las negociaciones en las que la otra parte necesitaba algo de él —. El inmueble al que se ha referido no está en venta. Está destinado a ampliar

nuestras oficinas, como seguro que usted ya sabe. —No tenía claro por qué había añadido la última frase.

—Estoy inexplicablemente convencido de que un hombre de su posición preferiría no lamentar haber arruinado un trato enormemente ventajoso por no haber escuchado siquiera sus términos. Piense que, por otra parte, si no encontrara mi oferta de su agrado, yo desaparecería sin volver a importunarle en el futuro.

—Está bien —accedió Jamison, intrigado—. Exponga su oferta. Pero le advierto que no tengo intención de vender.

—Excelente, excelente. —Capa se acercó hasta él, con semblante

satisfecho—. Permítame. —Lo empujó suavemente por el hombro y lo colocó mirando hacia la puerta—. La óptica es esencial. Y ahora... vamos allá.

El chico extendió su mano derecha con la palma hacia arriba, la cubrió con la mano izquierda, y deslizó esta última hasta volver a dejar la palma de su mano derecha al desnudo, todo ello con movimientos suaves y delicados, como los de un mago que quiere despejar toda duda respecto al contenido de sus mangas.

Un cristal extremadamente fino, del tamaño aproximado de un libro, apareció de la nada sobre la palma de su mano. Los bordes eran rectos pero de longitudes irregulares, como si alguien

hubiese intentado tallar un octógono y se hubiese equivocado con las medidas. Reflejaba la luz de una manera especial y descansaba sobre la mano de Capa manteniendo un equilibrio imposible y perfecto sobre una de sus puntas.

Jamison lo miró fascinado, preguntándose de dónde lo habría sacado. Los diminutos destellos que se encendían y apagaban a lo largo de su superficie plana lo hipnotizaron durante unos instantes. Sin darse cuenta, su cabeza se fue acercando más y más al misterioso cristal. Alargó la mano y aproximó el dedo índice.

—Ah, ah. Nada de tocarlo —le reprendió Capa amablemente—. La óptica es esencial —repitió con una

sonrisa—. Me complace inmensamente su interés por mi pequeño juguete pero no es ésta mi oferta. Si me permite de nuevo —le empujó hacia atrás con sumo cuidado. El cristal de su mano no se movió ni un milímetro—. Perfecto, estaba excesivamente cerca para apreciar en su justa medida lo que deseo mostrarle.

Capa retiró la mano del pecho de Jamison y la pasó por encima del cristal. Una llama azulada se alzó en sus bordes inundando la estancia con una luz oscura que no emitía calor alguno. La punta del dedo índice de Capa desapareció en el centro del cristal y emergió un segundo más tarde, causando ondas que se propagaron desde ese punto hasta los

bordes, dando la impresión de ser una superficie líquida, sólo que en posición vertical. Las ondas desaparecieron bajo el fuego de los bordes formando una imagen perfectamente definida.

Jamison abrió los ojos, impresionado, al verse a sí mismo en la imagen del cristal. Estaba en un lugar muy amplio que le era familiar, con gente andando en todas direcciones. El Jamison del espejo se alejó de un mostrador con unos papeles en la mano y se detuvo junto a dos maletas que también estaba seguro de haber visto antes. La imagen del cristal no iba acompañada de sonido pero identificó su ubicación sin problemas. Era el aeropuerto de Heathrow. Jamison prestó más atención.

Una sensación de deja-vu le embargó. Su yo del cristal estaba más delgado y tenía más pelo. Comprendió que era más joven.

—Es impresionante —balbuceó—. Esto es de antes de la Onda.

—Notable deducción —dijo Capa—. Preste atención, por favor.

Un chico de unos diecisiete años apareció en la imagen, se acercó hasta Jamison y le dio un abrazo cargado de cariño. Luego le dijo algo, tomó los papeles de la mano de Jamison y se alejó con las maletas. En ese punto, el Jamison del presente apartó la vista del cristal.

Dos lágrimas brotaron de sus ojos cuando reconoció a su hijo a punto de

tomar un avión a Moscú en su viaje de último curso. Nunca más volvió a saber de él. Al día siguiente, la Onda llevó a cabo su devastador paso por el planeta aislando todas las partes del mundo. Durante los años siguientes tanto él como su mujer sufrieron hasta límites que les eran desconocidos, y a pesar de sus recursos, no pudieron averiguar la suerte que había corrido su único hijo.

—Es usted un desalmado —acusó Jamison—. ¿Disfruta con el dolor de un padre?

—Me temo que me ha malinterpretado —se disculpó Capa—. Me hago cargo de su dolor. Mi intención no es otra que la de ayudarle, en la medida de mis posibilidades. Le suplico que vuelva a

mirar. Queda muy poco ya.

Jamison clavó los ojos en el cristal y contempló una nueva imagen. Su hijo era mayor, parecía algo más alto y su musculatura estaba más desarrollada. Estaba cargando sacos en un camión dentro de lo que parecía ser una nave industrial. Jamison lo observó trabajar con un nudo en la garganta. Aquello sólo podía significar una cosa: su hijo estaba vivo y Capa sabía dónde.

Un rápido movimiento y el cristal se esfumó. La luz recuperó su tono habitual y Jamison creyó despertar de un sueño.

—¿Está vivo?

—En efecto. Me atrevería a decir que se encuentra perfectamente. Espero que no esté fuera de lugar poner en su

conocimiento que el chico hizo cuanto pudo por volver a su lado, pero claro, la situación era algo complicada. Una historia muy triste, si me permite el atrevimiento.

—¿Dónde está? Le daré lo que me pida.

—Es admirable lo bien que ha captado la naturaleza de nuestro trato. Únicamente se le ha escapado que ya he mencionado el objeto de mi visita.

—¿El inmueble? —preguntó Jamison asombrado—. ¿Es lo único que quiere?

—Algo insignificante, ¿verdad? —Capa sacó a relucir una vez más su sonrisa—. Especialmente, si consideramos que recuperar a un hijo perdido años atrás es lo que la mayoría

de la gente se atrevería a elevar a la categoría de milagro. Y digo yo, ¿qué es un simple edificio en comparación?

—Nada en absoluto —convino Jamison—. Tendrá su edificio, puede estar seguro. Pero no es de mi propiedad exclusiva. Yo sólo soy un socio, necesito el consentimiento de los otros tres. Deme tiempo, se lo suplicó. Lo conseguiré.

—Mi estimado amigo, ya le dije que no pretendía robarle más tiempo del imprescindible. —Sacó varios papeles grapados de entre los pliegues de su capa y se los tendió a Jamison—. Si tiene la bondad de ir a la última página verá que las firmas de sus socios ya están debidamente anotadas. La suya es,

por consiguiente, la única que falta para cerrar este satisfactorio acuerdo. Un rápido repaso a su memoria le revelará que le advertí que se trataba de algo muy sencillo.

Jamison revisó los papeles a gran velocidad. Era una escritura de compraventa estándar. La empresa que figuraba como compradora era Tech Underground Corporation. El nombre no le dijo nada. Sacó la pluma del bolsillo de su camisa y estampó su firma junto a la de sus socios.

—¿Y mi hijo?

—Su hijo llegará a su casa mañana, no más tarde del mediodía.

—No sé cómo agradecerle... —Jamison se atragantó—. Hubiera podido

pedirme lo que quisiera...

—No hay razón para que me lo agradezca. Una vez más le insto a que repase mentalmente nuestra conversación. Llegará a un punto en el que le mencioné mi intención de ayudarle. Por supuesto en ese momento no me creyó, confundiendo tristemente mi preocupación por su familia con un mórbido placer de ver sufrir al prójimo. Afortunadamente, todo está aclarado y temo que mi presencia es requerida en otro emplazamiento. Sólo un instante para expresarle mi más amplia satisfacción con el acuerdo alcanzado —entonó Capa, finalizando con una complicada reverencia.

Antes de que pudiera contestar,

Jamison captó un movimiento muy rápido a su espalda. No necesitó volverse para saber que Capa había desaparecido.



El capitán Richard Northon estaba pasando una mala noche. Las dos de la madrugada y Rick no podía conciliar el sueño por más que lo intentaba.

Había pasado todo el día sin ver prácticamente a nadie, salvo por la enfermera que le trajo sus tres comidas reglamentarias, y que las tres veces dijo

no saber nada de Susan ni del centinela que habían plantado en su puerta. Este último parecía tomarse su trabajo muy en serio, tanto que no dejó salir a Rick de su habitación ni para estirar las piernas en el pasillo, alegando una y otra vez, con un tono muy profesional, que sólo cumplía órdenes. Rick recurrió a todo cuanto pudo para hacer mella en la inquebrantable voluntad de su carcelero, desde las amenazas hasta las suplicas más humillantes pasando por un par de intentos de chantaje muy poco elaborados. Todo fue en vano. Aquel zoquete hubiese permitido antes que le cosieran a balazos que consentir a Rick poner un pie fuera de la habitación. Al final, el capitán desistió y se limitó a dar

paseos en círculo por su cuarto.

Los pinchazos de su pecho habían remitido, limitando considerablemente sus dolorosas apariciones, pero su cabeza insistía en convivir con un mareo al que parecía haberle tomado cariño. Una debilidad general recorría todo su cuerpo, evitando ubicarse en una localización concreta; bastaban dos vueltas alrededor de la habitación para dejarle al borde del agotamiento.

El humor de Rick empeoraba con el paso de las horas. La razón principal era que Susan no había ido a verle en todo el día, sin dar explicación alguna. No acertaba a adivinar la posible causa de su ausencia. El día anterior, se había quedado haciéndole compañía hasta

bien entrada la noche. Habían mantenido una charla amena y Rick consiguió averiguar que Susan estaba soltera y sin compromiso. Cuando ella se retiró le aseguró que volvería por la mañana. Mientras esperaba a quedarse dormido, consideró la futura conversación matutina con Susan desde todos los ángulos, intentado crear un repertorio de frases que le dejaran en buen lugar.

Aún estaba algo confuso respecto a lo que sentía por ella, pero tenía muy claro que cuando estaban juntos se olvidaba de las más que sospechosas circunstancias de su situación actual. El caso era que, privado de su compañía, los horrores vividos los días anteriores campaban de nuevo a sus anchas por su

cabeza. Necesitaba verla desesperadamente.

Al caer la noche, el mejor guarda de seguridad del mundo se retiró por fin de la puerta cuando llegó el relevo. Rick le preguntó por Susan al nuevo perro guardián, quien no se molestó en contestar. Tenía el pelo negro y rizado, y le caía sobre la frente, cubriéndola por completo. Demasiado largo para ser del ejército. Rick consideró probar suerte con el nuevo, a ver si conseguía salir de la habitación, pero estaba cansado y se metió en la cama, resignado.

Se estaba hartando de dar vueltas entre las sábanas, persiguiendo al escurridizo sueño. Abrió los ojos y todo eran manchas borrosas. La luz del pasillo se

encendió y un sonido corto y rítmico de pisadas, con calzado de tacón, se acercó hasta detenerse cerca de su puerta.

—Vengo a ver al capitán Northon —dijo una voz de mujer al otro lado de la puerta. Rick no la escuchaba con suficiente nitidez como para identificarla. Aun así, su corazón se aceleró—. Soy su médico.

—Unas horas un poco extrañas para visitar pacientes —replicó el centinela.

La mujer dijo algo más que Rick no entendió.

Se abrió la puerta y una figura borrosa entró en la habitación. Rick se frotó los ojos con fuerza y volvió a mirar. Decididamente era una mujer, como revelaba su esbelta figura. Se aproximó

hasta su cama y reconoció su cara aunque seguía siendo algo confusa por el aturdimiento que padecía.

—¡Susan! ¿Dónde estabas? —Rick se sentó en la cama—. Dijiste que vendrías a verme por la mañ...

Susan le cubrió la boca con la mano.

—Silencio. —ordenó.

Rick percibió un tono severo y una leve sensación de alarma despertó en su cabeza.

—Gordon ha anunciado a la prensa que noventa y dos soldados y ocho civiles han muerto repeliendo un ataque sobre un pueblo, en el Norte. —Susan apartó la mano de la boca de Rick con cuidado—. ¿Te dice algo ese número? Ya veo que sí. Y sí, tu nombre estaba en

la lista de bajas.

—¡El muy bastardo! Sabía que tramaba algo. ¿Qué piensa hacerme?

—No quiere que cuentes nada acerca del portal. Tienes que ser silenciado para siempre.

Dicho esto, Susan apoyó la mano en su pecho y le obligó a tumbarse con un violento empujón. El dolor recorrió su torso; no se podía creer lo que estaba pasando. ¿Cómo podía saber Susan nada de las intenciones de Gordon? ¿Y por qué le estaba atacando? Luchó por apartar su brazo, pero aún estaba débil, y sus reflejos apagados por la desorientación producida por los medicamentos.

«¡Maldita sea! —pensó Rick—. ¿Y tú

eres el gran soldado? Deja el dolor a un lado y concéntrate».

Susan levantó la mano derecha y Rick vio una jeringuilla que le apuntaba directamente. Se la clavó en el cuello y el capitán notó cómo un líquido frío se introducía en su torrente sanguíneo. El helor se fue extendiendo rápidamente por su cuerpo. Un espasmo le recorrió la espalda y vio su pecho ascender cuando su columna vertebral se arqueó por voluntad propia. Podía sentir su corazón latiendo con tanta fuerza que le dolía.

Un movimiento rápido se sucedió a su lado. La sábana le cubrió el cuerpo y notó su mano golpeándose con las protecciones metálicas de los lados de la cama.

La habitación giró a su alrededor y vio acercarse la puerta hacia sus pies. Un golpe hizo vibrar la cama, la puerta se abrió y Rick vio sus pies cruzándola.

—¿Qué está pasando aquí, doctora? —exclamó el centinela—. Le dije bien claro que este hombre no puede abandonar la habitación.

—Está sufriendo una crisis —explicó Susan con una nota de urgencia en la voz —. Tiene convulsiones y va a sufrir un paro cardiaco. Necesito llevarle a la tercera planta. Avise para que abran el quirófano número tres en cuanto llegue.

Rick seguía captando la conversación como si le llegara con dos segundos de retraso. La idea de alertar al guarda de que Susan le había inyectado algo le

asaltó en algún momento pero sus mandíbulas estaban cerradas fuertemente debido a las convulsiones.

—¡No me importa la hora! —gritó el guarda de seguridad al auricular de un teléfono que estaba fijo a la pared—. Abran el quirófano tres ahora mismo. Es una emergencia.

Los fluorescentes del techo discurrieron a gran velocidad, de delante a atrás, ante los ojos de Rick. Dos figuras corrían flanqueándole. Levantó un poco la cabeza y entrevió la puerta del ascensor, que se hacía más grande por momentos. Un golpe sacudió la cama. Escuchó el sonido de la puerta metálica deslizándose sobre el riel del suelo a su espalda, y vio las expresiones

de preocupación del centinela y de Susan reflejadas en el espejo del fondo. El guardia estiró la mano y apretó un botón. Rick sintió cómo su cuerpo se aplastaba un poco contra el lecho.



El frío de la noche se enredó en la larga barba de Monty Wat en cuanto puso uno de sus pies fuera del camión. La luna había preferido no asomarse y el cielo vestía un color negro impenetrable.

Era más que un hecho que la Onda

había alterado el curso de las vidas de prácticamente todos los seres humanos. Igual de incuestionable era que las guerras y los disturbios de los primeros años contribuyeron a que las vidas de los supervivientes cambiasen todavía más. La adaptación al nuevo entorno se convirtió en un requisito indispensable y el instinto de supervivencia se desarrolló más que si hubiera ocurrido un salto evolutivo. Por todas esas razones, y alguna que otra más, Monty maldecía cada noche seguir conservando el mismo empleo, el mismo turno y las mismas condiciones que antes de la Onda. Para colmo, el único cambio que experimentó en su vida laboral fue una reducción de salario.

Refunfuñando por lo bajo, Monty rodeó el camión intentando no pisar ninguna placa de hielo. La luz de las farolas era insuficiente para ver con claridad los alrededores, en especial porque varias bombillas habían dejado de funcionar hacía tiempo y nadie se había molestado en cambiarlas. A Monty no le sorprendía. Las bajas temperaturas habían extinguido casi por completo la vida nocturna de la ciudad. Prácticamente nadie salía de noche si lo podía evitar. El frío se tornaba más gélido y convertía el respirar en una prueba de superación física. Era preferible resguardarse.

Después de cuarenta años desempeñando la misma tarea, Monty

estaba absolutamente inmerso en su rutina. Ni siquiera fue consciente de pulsar el botón de la parte trasera del camión. Sencillamente, su mano derecha lo apretó cuando pasó a su lado, sin la colaboración activa de su cerebro. Un chirrido metálico ahuyentó el silencio nocturno. Monty tarareaba una melodía cuando llegó hasta el cubo de basura, lo asió con ambas manos y empezó a tirar de él, andando de espaldas. Las ruedas, que supuestamente deberían estar en la parte de debajo habían desaparecido y el cubo empezó a acumular nieve en su base mientras era arrastrado hacia el camión.

Monty estaba a dos pasos del vehículo cuando su espalda chocó con algo firme.

Resbaló en la nieve por el inesperado encontronazo. Se volvió intrigado y vio una oscura cabeza rapada que lo observaba desde más de dos metros de altura. Fue absolutamente incapaz de retirar la mirada del gigantesco hombre negro que se cernía sobre él.

Monty iba a decir algo pero no llegó a abrir la boca.

El puñetazo le dio de lleno en el estómago. El basurero se dobló al instante, presa de un fuerte dolor, y empezó a notar la falta de oxígeno. Apoyó las manos en el suelo e inspiró tan profundamente como pudo. Un trozo de tela le tapó la nariz y la boca, y perdió el sentido momentos después.



Dos agentes de seguridad esperaban impacientes.

El más alto persiguió con la mirada los números que se iban iluminando, señalando la planta en la que se encontraba el ascensor. Le extrañó un poco que uno parpadease unos segundos, pero enseguida continuó la secuencia con normalidad. El número tres pasó del blanco al rojo y un tintineo corto anunció la inminente llegada. Antes de que se completase el ciclo de apertura, una camilla salió disparada del interior

con un hombre que no paraba de moverse tumbado encima. Una mujer de pelo castaño, con bata blanca y cara de preocupación, la empujaba desde la cabecera.

—Todo recto, doctora —dijo un agente agarrando un brazo metálico de uno de los laterales para ayudarla durante el corto trayecto—. La puerta del quirófano está abierta y el camino despejado.

El otro guardia ocupó su puesto en el lado contrario y entre los tres condujeron la camilla a lo largo del pasillo. El enfermo parecía estar sufriendo una agonía terrible. Uno de sus brazos se agitaba con movimientos bruscos e incontrolados. Sus ojos se

habían vuelto hacia atrás y se le caía la baba por la comisura de los labios. De vez en cuando su espalda se arqueaba de un modo que forzosamente tenía que ser doloroso.

Entraron en el quirófano y la doctora se desprendió de la camilla como un rayo.

—Sujetadle —dijo mirando en todas direcciones. Los agentes presionaron al enfermo por los hombros y el pecho. La doctora apareció un segundo después a su lado con una jeringuilla en la mano —. Descubridle el brazo y mantenedle quieto.

Uno de los guardias de seguridad remangó al enfermo y sujetó la extremidad con todas sus fuerzas. La

aguja desapareció bajo la piel y el émbolo concluyó su avance, introduciendo el líquido en el paciente. Poco a poco las convulsiones fueron remitiendo y el agonizante cuerpo terminó por quedarse quieto.

—¿Está fuera de peligro, doctora?

—Vigilaré sus constantes para asegurarme —contestó ella. Se inclinó sobre su pecho y comenzó a auscultarle—. ¡El corazón se le ha parado! Rompedle la camisa.

La doctora se giró y fue hasta un pequeño mueble rectangular de plástico con ruedas en la base. Lo empujó hasta dejarlo al lado de la camilla. Presionó un par de botones, luego cogió dos palas, una con cada mano, y las frotó una

contra otra.

—Cargando. —La doctora no levantó la vista de un panel lleno de luces hasta que sonó un pitido—. ¡Apartaos!

Los dos agentes de seguridad dieron un paso atrás y la mujer aplicó las dos palas sobre el pecho desnudo del enfermo. El cuerpo ascendió como si una mano lo empujara por la espalda, y dio la sensación de mantenerse suspendido en el aire unos segundos; luego volvió a caer. La doctora retiró las palas y examinó su cuello en busca del pulso.

—Vuelve a latir —informó, aliviada.

Los centinelas dejaron escapar el aire que, sin darse cuenta, habían estado conteniendo en sus pulmones.

—Menudo susto —dijo el más bajo—. Es increíble. Esta tarde estuve comiendo en su casa, con su mujer y los niños. Vinimos juntos a trabajar y ahora resulta que casi palma de un infarto.

—Sabes qué puesto tenía asignado esta noche —preguntó el otro—. Uno de nosotros debería ocupar su lugar hasta que llegue el relevo.

—Estaba encargado de vigilar la habitación del capitán Richard Northon —dijo el bajito—. El que cruzó el portal, ya sabes. Yo me ocuparé. Tú rellena el parte. —Salió del quirófano y se dirigió al ascensor.

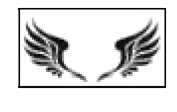
—¿Me necesita para algo más, doctora?

—No, gracias. Le estabilizaré y me

quedaré un poco para asegurarme de que no corre ningún riesgo.

—Necesito su nombre para el parte de incidencias de esta noche, doctora.

—Susan —dijo ella.



El camión de basura dobló una esquina y avanzó por la carretera a unos cautelosos treinta kilómetros por hora. El motor perpetraba un gran escándalo en la silenciosa calle y protestaba con un rugido cuando le exigían acelerar demasiado rápido. Era el único vehículo

en circulación y su conductor aprovechó esa circunstancia para saltar de un carril a otro en función del estado de la calzada. Pasó al lado de varios cubos de basura que estaban a punto de reventar, pero no se paró ante ninguno de ellos. Los fue dejando atrás uno tras otro.

Torció a la derecha por el Camino de Glasworthy y continuó hasta el hospital Kingston. Bordeó el edificio y detuvo el camión frente a una puerta trasera donde se amontonaban varios cubos de basura.

Tres vigilantes siguieron la trayectoria del camión hasta que se paró. Observaron cómo se abría la puerta del conductor con un chirrido y se quedaron pasmados cuando una montaña negra salió de la cabina embutida en el

uniforme de basurero municipal. Uno de los vigilantes se preguntó cómo era posible que cupiese dentro.

Le vieron arrastrar los cubos de basura, de dos en dos, hasta la parte de atrás y verter su contenido con suma facilidad. El espectáculo duró muy poco y cuando el enorme basurero subió de nuevo al camión, los vigilantes vieron sorprendidos cómo la rueda se aplastaba bajo su peso y el vehículo se inclinaba ligeramente. El hombretón sacó la mano por la ventanilla y los tres vigilantes le devolvieron el saludo mientras se marchaba por donde había venido.

Tres manzanas más lejos, el camión de basura paró justo delante de un todoterreno aparcado en un callejón. El

conductor se bajó y abrió la puerta trasera del coche, luego fue hasta la parte de atrás del camión, abrió la trampilla y rebuscó entre la basura. Sacó una bolsa enorme y se la echó al hombro, la llevó hasta el todoterreno y la depositó a lo largo del asiento trasero. Se cambió de ropa y se marchó, dejando allí el camión de basura.

Veinte minutos más tarde, el gigante negro entró cargando con la bolsa en un edificio de oficinas en el centro de Londres. Jack Kolby le estaba esperando en el vestíbulo.

—¿Algún contratiempo? —preguntó soltando el humo de su puro.

La enorme cabeza rapada se movió de un lado a otro, desde sus dos metros y

medio de altura, en gesto negativo. Jack rasgó la bolsa por uno de los extremos y contempló la cara de Rick, que seguía inconsciente.

—Bájalo a su habitación y déjale en la cama. Tengo planes para nuestra nueva adquisición.



Por segunda vez en menos de una semana, Rick se despertó en un lugar desconocido con dolor de cabeza, el cuerpo magullado y la molesta sensación de no ser el dueño de su propio destino.

Esto último le desagradaba profundamente.

Estaba en una habitación que se le antojó muy acogedora. Sobre su cuerpo encontró un edredón abultado y caliente, y cuando miró debajo descubrió que estaba vestido con un pijama de algodón muy confortable. Al lado de la cama había un sillón de aspecto muy cómodo y, algo más lejos, una mesa de escritorio con dos sillas. Dos estanterías de madera recorrían la pared. No eran muebles de oficina, sino más bien los muebles que alguien usaría para decorar un cuarto de su propia casa. Un armario repleto de ropa de su talla y un baño propio fueron los últimos hallazgos tras una breve exploración. El único detalle

que le extrañó fue la ausencia de ventanas.

Su cabeza estaba perfectamente despejada; le dolía un poco, pero podía pensar con claridad. Se vistió lentamente al tiempo que se acostumbraba de nuevo a su propio cuerpo, proceso que le reveló varias posturas a evitar si no quería sufrir dolorosas punzadas. Cuando terminó de sacar la cabeza por el cuello alto de un jersey de lana, giró el pomo de la puerta y ésta se abrió suavemente para su sorpresa.

Le esperaba un pasillo largo con varias puertas como la de su cuarto. Rick empezó a andar despacio sin saber a dónde iba.

—Tú debes de ser el soldado, ¿me equivoco? —dijo una voz a su espalda.

Rick miró hacia atrás y vio a un hombre bajito y delgaducho que caminaba hacia él. Tenía el pelo castaño, rizado, y muy espeso. Aparentaba unos veinticinco años y llevaba una bata blanca larga. Un montón de bolígrafos sobresalían del bolsillo de su camisa. Usaba gafas y tenía una marca de rotulador azul en la mejilla izquierda. Sus ojos marrones centelleaban llenos de curiosidad.

Rick lo miró extrañado.

—No pareces encontrarte bien —dijo el desconocido examinándole el rostro —. Deberías comer algo. ¿Vienes?

—¿Quién eres? —preguntó Rick

mientras le seguía por el pasillo.

—Discúlpame. Me llamo Rylan Delbert.

—¿Eres médico?

—¡Qué va! ¿Es por la bata? —Doblaron una esquina. Rick se fijó en que todavía no había visto ni una sola ventana—. ¿Te importa que te haga una pregunta? ¿Cómo es el otro lado?

—¿De qué otro lado hablas? —Rick se estaba quedando atrás. Le costaba caminar deprisa.

Rylan se paró para esperarle y lo miró con gran expectación.

—¿Del portal? —dijo bajando el tono como si fuese un secreto—. Tú eres el que lo cruzó, ¿verdad? ¿Qué hay tras la Niebla?

—No lo recuerdo —mintió Rick. Lo último que quería en ese momento era hablar de lo que pasó en aquel lugar—. ¿Dónde vamos? Estoy un poco cansado.

—Ya hemos llegado al comedor. —Rylan empujó una puerta doble y la sujetó para que pasara Rick con un gesto excesivamente adulador. Hablaba muy excitado, como si estuviera ante su estrella de cine favorita—. Debió ser alucinante. Lo que hubiera dado yo por ir contigo. Confío en que algún día de éstos me contarás los detalles.

Rick consideró brevemente comentarle la suerte que habían corrido los científicos de la expedición, pero le vio tan entusiasmado que lo descartó enseguida. Aún no sabía ni dónde

estaba. Sería mejor mantener la boca cerrada hasta saber quién le había llevado allí y por qué.

En el comedor había muchas mesas y sillas, una máquina de café y un mostrador alargado con comida de todo tipo a modo de autoservicio.

—Tú siéntate. Yo te traeré lo que quieras —dijo Rylan agarrando una bandeja.

—Gracias. Sólo quiero un zumo y algún bollo.

Rylan llenó la bandeja con un surtido de bollos, cogió un vaso de zumo de naranja, sacó un café de la máquina y se sentó enfrente de Rick, todo en un tiempo récord.

—Aquí tienes. El café es un asco pero

te acabas acostumbrando. Los bollos están un poco duros. Los reponen sólo por las mañanas.

—¿Qué hora es? —Rick dio un sorbo al zumo, lo degustó y luego se bebió el vaso entero de golpe—. ¿Y qué lugar es éste? ¿Por qué no hay ventanas?

—Las siete de la tarde. ¿No sabes dónde estás? ¿Cómo es posible?

Rick no tenía ni idea de que fuese tan tarde. Debía llevar durmiendo muchas horas, lo que explicaba la urgente necesidad de ir al baño que tuvo nada más despertarse y la serenata con que le estaba deleitando su estómago.

—No hay ventanas porque estamos bajo tierra —dijo una voz femenina a su espalda. Rick se giró y vio a Susan

acercándose a su mesa—. Rylan, tu hermano te está buscando como loco. Dice que te necesita para no sé qué experimento que tenéis a medias. Yo me ocupo de Rick.

—¡Se me había olvidado! —exclamó Rylan golpeándose la cabeza—. Tengo que irme. —Se levantó de la mesa y se alejó a toda prisa. Se detuvo en seco y volvió hasta Rick para estrecharle la mano—. Encantado. Espero que hablemos pronto. —Y desapareció por la puerta.

En cuanto la puerta se cerró, Rick ya no pudo contenerse más.

—¿Se puede saber qué me hiciste? ¿Me habéis secuestrado o qué? —Rick lamentó usar un tono tan brusco en

cuanto terminó la frase. El rostro de Susan continuaba ejerciendo un efecto tranquilizador en él, impidiendo que se enojara con ella de verdad.

—Lo hice por tu bien. —Su voz sonaba sincera y comprensiva—. Te lo hubiera contado todo pero no tenía tiempo. Te iban a trasladar a un pabellón de máxima seguridad. Teníamos que hacerlo en ese momento.

—No lo entiendo. Dijiste que Gordon anunció mi muerte a la prensa. ¿Por qué?

—Porque no quiere que nadie pregunte por ti. Mencionaste a un amigo tuyo que quizás iba a venir a verte. Gordon no estaba dispuesto a poner excusas a todos los que te conocieran. Es mucho más sencillo inventarse una incursión militar

en algún punto del norte y justificar la muerte de cien hombres. Te iba a matar, Rick. No quiere que nadie sepa nada del portal.

—¿Y por qué no me mató ayer? Estuve encerrado en la habitación todo el día. Pudo hacerlo en cualquier momento.

—Antes quería volver a hablar contigo por si ocultabas algo; puede que incluso hacerte alguna prueba, quién sabe. Te estaba manteniendo drogado para que te sintieras débil y pensaras que estabas enfermo. El caso es que no pensaba dejarte salir de allí. Tuvimos que actuar muy deprisa.

Rick se inclinó hacia atrás y procesó lo que le acababa de contar Susan. Parecía tener sentido. Gordon haría algo

como aquello sin dudarlo si pensara que podía ser de utilidad a sus propósitos. Él mismo había sido testigo de maniobras peores por su parte. Pero aún había muchas cosas que no entendía.

—Has dicho tuvimos que actuar. ¿Me cuentas quién eres en realidad y para quién trabajas?

—Ya sabes quién soy, Rick, una doctora —contestó Susan, bajando los ojos—. Entiendo que estés molesto conmigo. —El capitán detectó un ligero tono de preocupación—. En cuanto a mi jefe, te llevaré con él. Te está esperando.

Salieron del comedor y Rick la siguió por los pasillos. La planta debía ser muy grande porque enseguida se sintió

perdido. Los pasillos eran todos iguales, pared blanca y ningún adorno. De cuando en cuando, Rick se topaba con un extintor rojo colgado de la pared. Sólo las puertas variaban en aquel sitio tan monótono. Susan se plantó delante de una puerta de madera y le indicó a Rick que entrase.

—Tú primero —dijo él.

—Yo no voy a entrar. Quiere verte a solas.

—¿Volveré a verte?

—Eso espero —dicho esto, Susan se fue andando por el pasillo.

Rick la siguió con la mirada hasta que dobló una esquina. Luego, abrió la puerta y entró.

Una lámpara enorme colgaba del

techo, arrojando sobre la sala una luz mucho más agradable que la de los fluorescentes del pasillo. El suelo estaba cubierto por una moqueta azul. Un número incalculable de libros adornaban las paredes. Una mesa amplia estaba en el centro con dos sillas delante y un pequeño mueble bar a uno de los lados. Tras la mesa, la parte de atrás del respaldo de una butaca se balanceaba suavemente.

—Bienvenido, Rick —dijo una voz que le resultó conocida. Una nube de humo ascendió desde detrás de la butaca. El respaldo giró y el militar vio un puro asomando en la boca de Jack. Su abundante cabellera negra estaba repeinada, vestía un traje gris y dejaba

ver un elegante reloj de oro en su muñeca—. Espero que hayas encontrado tu habitación a tu gusto.

Rick no supo qué decir. Sabía que Jack estaba muy lejos de ser un don nadie, pero sus conocimientos de prácticamente cualquier cosa que no guardara relación con el ejército se limitaban a lo que todo el mundo sabía. Que él supiese, Jack tenía varias empresas muy rentables que mantenía desde antes de la Onda. Tanto era así que estaba entre los más ricos de Londres. Se rumoreaba que su fortuna no se había forjado únicamente dentro de los márgenes de la ley. En ocasiones había oído mencionar que tenía influencias en todas las esferas y que sus

métodos de negociación iban desde abogados muy caros hasta matones aún más caros. Vamos, que no era ningún angelito.

—Por favor, toma asiento —dijo Jack —. Imagino que querrás saber por qué te he invitado a unirte a mi organización.

—Una forma muy suave de decirlo. —Rick se sentó—. Dudo que se trate de una invitación.

—Con algunas salvedades que discutiremos, realmente creo que sí es una invitación. Serás libre de marcharte cuando terminemos nuestra charla, si eso es realmente lo que quieres.

—Me parece bien. Me gustaría poder elegir, para variar. Habéis estado jugando conmigo y no es algo que siente

bien.

—Hay una razón para todo. No deberías ser tan desconfiado. Al fin y al cabo, te he salvado de Gordon.

—Aún no lo tengo claro. Estabas con él cuando organizamos la expedición que cruzó el portal. Ahora, debo creer que ha decidido eliminarme él solo y que tú me has salvado de sus garras. ¿Cuál es la razón?

—Yo no soy amigo de Gordon. Hay cosas en las que no puedo discutir su autoridad y me veo obligado a colaborar con él, pero eso no significa que apruebe sus métodos. No fue idea mía dar ese comunicado de prensa para aislarte del mundo.

—Por lo poco que sé, no te conviene

hablar de métodos. Se comenta que los tuyos son más que cuestionables. Para serte sincero, no tengo intención de trabajar de matón para ti. Sé que estás al corriente de mi adiestramiento militar y también que estoy acostumbrado a matar. No veo otra razón para que alguien como tú se fije en mí. Pero estás equivocado. Yo no soy de esa clase. —Jack esperó muy tranquilo a que Rick se desahogase—. Tus negocios no me interesan.

—Veo que crees saber algo de mí —dijo Jack, relajado—. Pero tú también estás equivocado. Todos hacemos lo que debemos para salir adelante y tú no eres ninguna excepción. Te lo demostraré si no me interrumpes. —Rick se guardó la

protesta que iba a soltar—. No deberías cuestionar tanto mis métodos y, en realidad, tampoco los de Gordon. Para empezar, llevo protegiéndote de Gordon más de lo que imaginas. De no ser por mí te hubiera fusilado hace dos semanas por aquella misión de la que regresaste solo y sin el telio, cuya recuperación era el objetivo.

Rick recordó que, en su momento, sospechó que sus aptitudes militares no eran la única razón para que se hubiera librado del consejo militar. Tampoco dudaba que, de haberse celebrado, le hubiesen condenado, tal y como había insinuado Jack. Pero que éste le salvara para liderar la misión del portal tampoco le parecía suficiente: tenía que

haber algo más.

—¿Intercediste tú para que me pusieran al mando de la misión del portal?

—En efecto, y te conseguí un abogado.

—No me hubieran condenado. No hay ninguna prueba en mi contra. Lo único que ocurrió es que necesitaban a alguien a quien culpar. ¿Y por qué te interesaba tanto esa misión?

—Vamos, vamos. Ni siquiera tú te crees lo que estás diciendo ahora. Sabes de sobra que un balazo en la cabeza era lo que te hubiese administrado un tribunal militar, aunque sea cierto que no había prueba alguna en tu contra. En cuanto a la misión, no me interesaba en absoluto. Lo único que quería era

salvarte y no encontré otra manera más que alegando que eras necesario para esa operación. Naturalmente, Gordon sospechó algo, pero mis influencias son más fuertes y llegan más lejos de lo que parece.

—No pienso creer en ti como mi ángel de la guarda por más que insistas. Si lo hiciste será por alguna razón.

—Evidentemente. Te salvé porque tú robaste mi telio y quiero recuperarlo.

—¿Quieres decir que el contrabandista era un hombre tuyo? —Rick se había quedado de piedra. La misión fue una carnicería, murieron todos menos él. Y ahora Jack le contaba tan tranquilo que era cosa suya—. ¡Eres basura! Murieron muchos hombres por

tu culpa.

—¿Por mi culpa? Tienes que aprender más deprisa. Murieron hombres porque Gordon decidió robarme mi telio. Que yo me sirva de un contrabandista para transportarlo es irrelevante. Si le hubieras entregado el telio, Gordon lo hubiese utilizado para lo que más le interesara, no lo dudes. No pensé que te tragases su estúpido discurso sobre la seguridad de Londres. Gordon lo usa para infundir miedo y afianzar su posición. Lo que nos lleva a una cuestión interesante: ¿por qué robaste mi telio si tanto crees en la bondad de Gordon?

—Yo no...

—Se acabaron los juegos —le cortó

Jack—. Se te pasó por alto una cámara de vídeo oculta. Tengo una grabación en la que se te ve cargando el telio en una furgoneta y luego desapareciendo. Todo ello después de pegarle un tiro en la cabeza al único de tus hombres que sobrevivió al tiroteo contigo. Así que deja de hacerte el bueno y dime: ¿por qué me robaste?

Rick se quedó mudo de asombro. La noticia de que Jack lo sabía todo, y de que encima lo tenía grabado, le supuso un mazazo demoledor. Ya no tenía sentido seguir fingiendo.

—Yo no lo maté. Le disparé para aliviar su dolor. Tenía una bala en el pecho y los pulmones encharcados de sangre. No hubiera durado mucho más

tiempo. —Rick le fulminó con una mirada cargada de rabia.

—Te creo —se limitó a decir Jack.

—Tienes razón. Yo robé el telio. No sabía que era tuyo. Hacía tiempo que buscaba mi oportunidad y se presentó en esa ocasión. Necesitaba algo para mí antes de abandonar el ejército. Hace dos años, mi mejor amigo murió en otra operación secreta. A mí me alcanzó un disparo en la rótula derecha y me la destrozó. Los médicos dijeron que nunca volvería a correr. Estuve seis meses en rehabilitación dando todo lo que tenía y me recuperé. Cuando me reincorporé al ejército descubrí que aquella operación había sido para eliminar a un rival de Gordon en alguno de sus chanchullos.

Mi amigo murió para que ese cerdo ganara más dinero. Desde entonces, he cumplido mis órdenes sabiendo que, en realidad, estaba trabajando de matón para suprimir a quien Gordon quisiera. Como comprenderás, no estaba dispuesto a seguir jugándome la vida para él. Esperé mi oportunidad y la aproveché.

—Lo comprendo perfectamente. Ya te dije que todos hacemos lo que debemos para salir adelante. Y sí, Gordon también. No cometas el error de pensar que es la maldad personificada. Es como todos: un cerdo interesado que mira por sí mismo y luego por los demás. Está en la naturaleza humana. Si no me crees, mira como tú has llegado al

robo y puede que al asesinato. ¿Estás completamente seguro de que tu compañero no se hubiese podido salvar con tu ayuda? No, no contestes. Nunca lo sabremos, y en realidad da igual.

—Si lo que quieres es el telio, te lo devolveré. En el fondo ya no me importa.

—Eso estaría bien pero sólo es una parte. En realidad ha surgido una vacante y tengo un puesto sin cubrir para el que estás muy bien cualificado. Me gustaría que trabajaras para mí.

—Entiendo. Si no acepto, me entregarás a Gordon con esa grabación para garantizarme un balazo en la cabeza.

—Todavía andas muy despistado. No

perdería tanto tiempo contigo sólo para hacerte chantaje. Y ya te he dicho que serás libre de irte, entregándome primero el telio, por supuesto. Considera esa grabación como un seguro que tengo. Tienes exactamente el mismo interés que yo en que se haga pública.

Rick estaba empezando a ver a Jack con ojos diferentes. Esta vez incluso creyó que le dejaría marchar. Su voz parecía cargada de sinceridad y hablaba con demasiada calma sobre cosas que Rick consideraba extremadamente importantes. Transmitía una gran sensación de seguridad, como si manejar todo aquello fuera la cosa más sencilla del mundo. Tuvo que reconocer que había despertado en él una gran

curiosidad.

—¿En qué consiste el trabajo?

—Verás, hay una empresa, llamada Tech Underground Corporation, que está interfiriendo en mis negocios y necesito averiguar qué traman. No te engañaré. El asunto es peligroso y, en cierto modo, muy extraño. Tenía investigando a uno de mis mejores hombres y ha desaparecido sin dejar rastro.

—Aún no sé si me siento cómodo con ese tipo de trabajos. Está claro que no será sólo cuestión de entrevistarme con unos cuantos ejecutivos.

—Eso se sobreentiende. Vamos, Rick, no empezaremos de nuevo con lo de los métodos a emplear. Estás hecho para este tipo de cosas. ¿Qué piensas hacer si

no? Tendrías que huir de Londres o Gordon te acabaría echando el guante. Y si consiguieses escapar, ¿qué harías? ¿Buscar trabajo de mozo de almacén? Supón que llegas a otra Zona Segura y consigues un empleo que te guste. ¿Crees que allí no encontrarás el mismo tipo de cerdos interesados en los puestos de poder? El mundo es un asco y en el fondo lo sabes perfectamente.

Rick estaba convencido mucho antes de que Jack terminara su argumentación pero aún quería ver si podía sacar algo más.

—Debo admitir que estoy algo sorprendido. No sé por qué pensé que me pedirías algo más que ser tu investigador privado. Claro que

necesitaré muchos recursos, ya que ahora soy un fugitivo de la ley.

—No es para tanto. Ten en cuenta que Gordon no puede decir a todo el ejército que te busque si quiere hacer creer a todos que has muerto. En cualquier caso, tendrás todos los recursos que necesites, armas, dinero, documentos de identidad falsos... lo que haga falta, incluso hombres a tus órdenes, llegado el caso. Como puedes ver no creo que vayas a conseguir nada mejor en otro lugar.

—Muy bien, de momento acepto. Hazme llegar lo que sepas de esa empresa y me pondré al día mientras me recupero. —Rick se levantó de la silla.

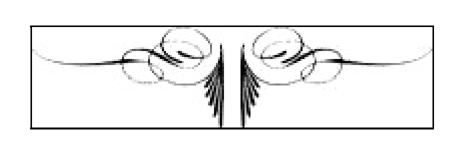
—Me alegro. Susan te mostrará nuestras instalaciones. Me dio la

impresión de que te gusta su compañía.

Rick no respondió a la indirecta. Se acercó a la puerta y la abrió resuelto a marcharse.

—Sólo un pequeño detalle más sin importancia —dijo Jack con un tono casual que sonó algo forzado—. Casi se me olvida. Hay otra razón para que te quiera en mi equipo, Rick. Existe otro portal. Y si las cosas no se tuercen, vamos a cruzarlo dentro de poco.

CAPÍTULO 7



Por regla general, no eran más de diez los militares destinados en el hospital.

Su trabajo era pura rutina: hacían sus correspondientes rondas, se atiborraban a café y cargaban con un arma reglamentaria al hombro que no habían llegado a usar jamás. El problema más despiadado al que se enfrentaban a diario era el aburrimiento. Los soldados

disfrutaban de una generosa libertad de movimientos, dado que el ejército no estimaba que la protección del hospital fuese un tema de gran relevancia, llegando la situación al punto de que ellos mismos se organizaban los turnos y las rondas como más les convenía.

Después de limar asperezas entre sí, principalmente en torno a quién se ocupaba de la zona donde solían tomarse un descanso las enfermeras, la cosa evolucionó hasta alcanzar un consenso que les permitía a todos repartirse equitativamente los horarios y organizar timbas de póquer para ahuyentar el sueño.

El sargento Roydon E. Spencer era el que más tiempo llevaba destinado a la

poco valorada función de velar por la seguridad del hospital. El veterano llevaba más de tres años realizando la misma tarea. Una granada explotó cerca de su posición durante la última guerra y la metralla le redujo el uso de su pierna derecha al cincuenta por ciento. Desde entonces, y gracias a su cojera, el ejército decidió que la mejor manera de servir a Londres sería manteniendo el orden en un hospital de segunda. No hizo falta mucho tiempo, unos meses a lo sumo, para que Spencer tuviera perfectamente claro que nunca le cambiarían de destino. Los años y las repetitivas rondas por el edificio, le otorgaron una coraza de cinismo que encontró muy útil para hacer frente a los

quehaceres diarios.

Considerando su situación, las cosas no le iban del todo mal: llevaba ganando al póquer casi una semana seguida y le habían enviado a un nuevo soldado, que al ser novato se estaba encargando de los peores horarios. No tardaría en comprender cómo funcionaban por allí y en exigir entrar en las timbas de cartas. Ése era el mundo para el sargento Spencer hasta que todo se había distorsionado hacía dos días, cuando un camión militar aparcó delante de la entrada principal y un nuevo paciente ingresó en su templo de la rutina.

Pero los cambios no terminaron ahí. Al primer camión le siguieron dos más, que llegaron poco después. Y en un abrir

y cerrar de ojos los diez soldados que tan duramente afrontaban la tarea de salvaguardar el hospital aumentaron su número hasta llegar a la exagerada cifra de cincuenta, y todo por un solo paciente. El mismísimo comandante Gordon se pasó por el recinto y dejó muy claro que quería tener vigilado al nuevo inquilino las veinticuatro horas del día.

—Si alguien sin autorización entra en la habitación doscientos trece —le había dicho Gordon con el tono de quien no quiere repetir las órdenes—, le haré personalmente responsable, sargento.

Spencer se cuadró de inmediato, irguiéndose todo lo que su discapacitada pierna derecha le permitía.

—Me ocuparé personalmente de ello, señor —contestó el veterano, intentando imprimir una nota de seguridad en su voz.

—El teniente Cooper se encargará de la seguridad del herido. —Gordon señaló con el pulgar a un tipo alto, rapado y de anchas espaldas. El teniente Cooper dio un paso adelante y saludó con tal perfección que Spencer pensó que se trataba de un robot. Su pulcro uniforme y su notoria musculatura hacían de él el mejor soldado que Spencer hubiese visto en su vida—. Usted seguirá al mando de la seguridad del hospital, pero la habitación doscientos trece es competencia del teniente Cooper. Se instalarán cámaras de vídeo

en su interior y se monitorizará constantemente la evolución del paciente.

De esa manera tan brusca, el monótono universo del sargento Spencer sufrió el cambio más drástico desde que él había entrado a formar parte del sistema sanitario de Londres. Su nuevo compañero, el tal teniente Cooper, resultó ser una persona aburrida y decidida a respetar el código militar escrupulosamente. Ni que decir tiene que las partidas de póquer tuvieron que ser suspendidas, temporalmente por supuesto, lo que interrumpió una de las mejores rachas del sargento.

—Relájate un poco, Cooper —bromeó Spencer. Le traía un café a su rígido

compañero, que siempre estaba en la puerta de la habitación doscientos trece —. Esa postura no puede ser buena para la espalda.

Cooper le dedicó una mirada indiferente mientras el sargento se acercaba cojeando por el pasillo con dos vasos de plástico, uno en cada mano.

—Buenas tardes, sargento —saludó el disciplinado Cooper.

—¿Un café? —Spencer le tendió el vaso y Cooper lo cogió, dándole las gracias—. No recuerdo haberte visto a más de tres metros de esta puerta. Yo no soy un experto pero creo que nuestro amigo no va a ir a ninguna parte. Tiene tres costillas rotas, una pierna

destrozada y está en coma. Puedes permitirte un respiro, confía en mí.

—Me limito a cumplir órdenes. —Cooper dio un sorbo al café.

—Dime, ¿quién es nuestro querido paciente? Gordon no ha sido muy considerado al hacerme responsable de él sin decirme por qué es tan importante.

—El comandante Gordon no tiene por qué darte explicaciones —repuso Cooper algo molesto—. Sólo tiene que informarte de lo que necesites para cumplir tus órdenes.

—Seguro que sí —dijo Spencer con una voz cargada de cinismo—. Veo que a ti tampoco te ha dicho quién es. Qué curioso.

—Nadie sabe quién es —se defendió

Cooper, molesto—. Intentaba entrar en Londres sin un pase. Yo lo perseguí pero, no sé cómo, logró volver contra mí al perro que lancé para cazarle. Me dio un buen mordisco en la pierna antes de que le pudiésemos poner el bozal. Luego hubo una explosión. Se levantó un cráter enorme en el suelo y una parte de la muralla se vino abajo. Ese tipo apareció inconsciente en el fondo del cráter.

—Había oído lo de la explosión en la Puerta —dijo Spencer recordando los rumores que se habían extendido entre el personal destinado al hospital—. Muy misterioso nuestro paciente. ¿Sabes algo del negro?

—¿Qué negro? —preguntó Cooper, extrañado.

—Poco después de vuestra llegada, el negro más grande que he visto en mi vida apareció en el hospital. Lleva dos días en la sala de espera sin moverse. Tiene toda la cabeza rapada, lleva pendientes de aro y te aseguro que es un verdadero gigante. Dudo que pudiésemos detenerle con un solo disparo.

—¿Ha venido a ver a nuestro invitado?

—No tengo ni idea. Es muy silencioso y no ha abierto la boca pero llegó poco después y no ha visitado a nadie desde entonces. En fin, será un pirado cualquiera. Vienen muchos zumbados al hospital. —Spencer se apuntó a la cabeza con el dedo índice y lo hizo girar

en pequeños círculos para apoyar su explicación—. Ya te acostumbrarás. Voy a echar un vistazo a nuestro amigo y seguiré con lo mío.

Spencer entró en la habitación, dedicó apenas unos segundos a echar una ojeada y luego salió de nuevo. Como era de esperar, el herido estaba tumbado en la cama sin moverse. Un montón de tubos salían de su cuerpo y no se veía gran cosa de él, salvo el pelo moreno, canoso y sucio, y una gran nariz.

—Todo está como siempre —le dijo a Cooper cerrando la puerta—. No veo necesario tanto control para un tío que está en coma y bajo la constante supervisión de dos cámaras de vigilancia.

—Son nuestras órdenes —replicó Cooper—. No nos corresponde a nosotros decidir lo que es necesario.

Spencer se encogió de hombros y se dispuso a dar su opinión aunque no le correspondiese, pero no llegó a pronunciar una palabra. La cara de Cooper reflejó un resplandor rojizo y se contrajo en una mueca de sorpresa. Spencer, alarmado, se volvió hacia la habitación del desconocido y vio cómo una extraña luz se filtraba por las rendijas de la puerta hacia fuera. Su brillo aumentó de repente hasta hacerse insoportable y los dos soldados se cubrieron instintivamente los ojos con las manos. Luego sonó una explosión ahogada y sintieron una ligera vibración.

Cooper fue el primero en reaccionar. Sorteó a Spencer y abrió la puerta de una fuerte patada. La luz había desaparecido y todo estaba a oscuras. El sargento cojeó detrás de Cooper y tropezó con él en la entrada.

—Lo siento, no te vi —se disculpó torpemente—. Ese estallido ha debido cortar la electricidad —observó pulsando inútilmente el interruptor de la pared.

El teniente sacó una pequeña linterna y Spencer lo imitó. Los dos círculos de luz recorrieron la habitación y se detuvieron en la cama del paciente, que para su sorpresa estaba completamente vacía. Los cables que debían haber estado unidos al herido colgaban hasta

el suelo a ambos lados de la cama y se escuchaba un pitido constante que provenía de una máquina que, hasta hace poco, emitía pequeños golpes de sonido acompasados con el corazón del paciente. Los sorprendidos soldados se dieron cuenta de que hacía frío en la habitación.

—¿Qué coño ha pasado aquí? —preguntó Spencer desconectando la máquina y eliminando el molesto pitido—. ¿Se habrá desintegrado con la explosión?

—No creo que haya sido eso. Mira.

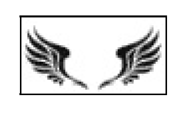
Spencer se fijó en donde la linterna de Cooper apuntaba y se quedó sin habla. Un círculo perfecto había aparecido en la pared. Era lo suficientemente grande

para que un hombre adulto pasara por él sin tocar sus bordes, y más aún el flacucho desconocido que hasta hace poco yacía en la cama. El sargento vio el edificio de enfrente a través del agujero y sintió el frío de la noche inundando la estancia. Captó el olor de algo chamuscado, levantó la sábana y alumbró con la linterna. El alargado contorno del desconocido estaba perfectamente dibujado contra la ropa de cama mediante una sucesión de cenizas de las que emanaba un extraño humo rojizo.

—No creo que las cámaras de seguridad nos digan lo que ha pasado —proclamó Cooper desde el otro extremo de la habitación.

—¿Y eso por qué? —quiso saber Spencer, que en realidad no había pensado en ello pero le pareció muy razonable que hubieran registrado lo sucedido.

—Porque están destrozadas —explicó el teniente alumbrando un amasijo de cables y metal que sujetaba con su mano libre.



A varias manzanas del hospital, Raven se dejó caer en el suelo y apoyó la espalda contra la pared del oscuro

callejón en el que se había detenido a descansar. Su corazón latía desbocado y sus pulmones demandaban más oxígeno. Se quedó quieto unos segundos mientras su respiración se normalizaba.

El pánico le estaba dominando de nuevo. Se había despertado en una extraña habitación, que parecía de un hospital, y no había considerado ni por un instante quedarse a averiguar cómo había llegado hasta allí. Su mente reconstruyó rápidamente los últimos acontecimientos. Sus misteriosos perseguidores le habían vuelto a encontrar. Había huido a través de las alcantarillas, pero le habían dado caza. Recordaba vagamente haberse enfurecido y haber perdido el control, y

por último una atronadora explosión. Después era obvio que se había desvanecido y no tenía ni idea de si quienes le habían llevado a ese hospital habían sido ellos u otras personas. Al despertarse había encontrado su cuerpo en un estado lamentable. Sentía dolor en muchas partes de su maltrecha anatomía y había tomado la resolución de curarse y largarse de allí.

La cura no había sido completa, aún le dolía todo el cuerpo. Algo más tranquilo, al ver que nadie le perseguía, Raven se llevó las manos a los pies, que le estaban matando. Se le empaparon de sangre en cuanto los tocó. No le extrañó. Correr descalzo a toda velocidad por una ciudad era una garantía de

destrozarse los pies. Ahogando un gemido, Raven se extrajo un trozo de cristal que tenía incrustado bajo la piel. No podía seguir huyendo de esa manera. Su única ropa consistía en un camisón blanco de hospital, manchado por todas partes, y aunque el frío no le afectaba como a los demás, no podría llegar muy lejos sin llamar la atención de todo el que se cruzase en su camino. Necesitaba ropa normal lo antes posible y encontrar un lugar en el que poder descansar.

De pronto la imagen de Maya acudió a su mente. No estaba viva, como él la recordaba; en su lugar vio un montón de cenizas que imitaban perfectamente las dulces facciones de la niña, y Raven sintió un remolino de dolor en su

interior. Recordó que había sido él quien la había abrasado al perder el control.

—Yo sólo quería calentar tu cuerpo... —sollozó encogiéndose y cayendo al suelo—. Intentaba curarte... Dios, perdóname...

Permaneció un largo rato llorando sobre la nieve. Deseó haber muerto él en lugar de la pequeña y, cuando ya no pudo resistirlo más, empezó a golpear el suelo con los puños desnudos. No paró hasta que fue consciente del dolor de sus manos, que consiguió devolverle la cordura suficiente para detenerse. Con un último lamento, apartó a un rincón de su mente el recuerdo de Maya, consciente de que si no lo hacía

terminaría volviéndose loco. Se había roto la mano derecha.

Raven se concentró en curarse. Juntó las manos y un resplandor rojizo las rodeó casi al instante. Puso especial atención en sus pies y en la mano rota. El calor le invadió y curó sus heridas, aunque tampoco esta vez obtuvo un éxito completo. Levantó su magullado cuerpo y se alejó por el callejón.

Su mente era presa de una abrumadora confusión que le hacía imposible pensar con claridad. Deambuló por las calles más estrechas, solitarias y oscuras que encontró, sin pensar realmente en lo que hacía, sólo con la idea de escapar. Dudaba mucho que no fuesen tras él. Después de todo, llevaba toda su vida

huyendo. Su brazo empezó a dolerle de un modo extraño. Sintió una especie de palpitaciones que no recordaba haber experimentado con anterioridad. Retiró la manga del camisón y vio que tenía unas extrañas quemaduras. Su piel estaba deformada y ennegrecida. Volvió a taparse el brazo y lo apretó con fuerza, pero el dolor se negó a desaparecer. Algo más llamó su atención. De nuevo había detectado la presencia de sus perseguidores, sólo que en esta ocasión no pudo determinar su número o su ubicación exacta, pues seguía aturdido.

Aceleró el paso y recurrió a toda su voluntad para no dejarse dominar por el pánico. Le habían vuelto a encontrar. Raven decidió que no le convenía estar

en un sitio tan solitario. Le sería más fácil camuflarse entre mucha gente, así que se internó en una calle más grande, alumbrada por altas farolas que arrojaban una luz hostil, y corrió. Escuchó un gran ajetreo que provenía de su derecha. Debía haber bastantes personas allí, pues se oían muchas voces que sonaban furiosas. Raven fue en esa dirección y poco después salió a una calle abarrotada. Todos los presentes sujetaban palos y antorchas improvisadas e iban en la misma dirección. Raven saltó en medio del río humano y se dejó arrastrar por la corriente.

Debían ser cientos de personas. Parecían muy enojadas y nadie reparó en

él. Elevaban gritos de protesta y arrojaban objetos a ambos lados de la calle. Raven vio que algunos sujetaban pancartas y comprendió que se trataba de una manifestación. Le pareció un sitio perfecto para camuflar su identidad y su indumentaria. El objeto de la protesta, como pudo deducir por sus gritos y por las pancartas, era dejar bien claro que no estaban dispuestos a seguir bajo la ley marcial. Al parecer estaban hartos de la fuerte presencia militar que oprimía la ciudad y no iban a consentirlo. Por lo menos, había logrado entrar en Londres, y sin aquel pase que parecía ser indispensable, y que tampoco era del agrado de los manifestantes. Muchos se quejaban de

tener familiares fuera de la ciudad a los que se les había negado la entrada por diversos motivos.

Raven se adaptó a su paso y miró en todas direcciones, pero no vio a nadie cuyo comportamiento revelara que estaba allí por otra razón que no fuese reclamar lo que denominaban derechos básicos. Raven se aprendió los coros de protesta más frecuentes y empezó a gritar con los demás para dar más credibilidad a su presencia.

Algo más tarde, empezó a transmitirse una gran agitación proveniente de la parte de delante. Algunos retrocedían en contra del rumbo de la mayoría y Raven se encontró aplastado entre la multitud. Su cuerpo fue empujado en todas

direcciones y no pudo hacer nada por evitarlo, salvo preocuparse de mantener el equilibrio. Si caía al suelo, sería pisoteado sin remedio. Parecía que nunca conseguiría estar en un sitio en que pudiese relajarse y dejar de preocuparse por alguna clase de peligro. De repente la gente a su alrededor dejó de concentrarse y se dispersó un poco, permitiéndole recobrar el aliento. Algo llegó volando por el aire, dejando una estela de humo, y rebotó en el suelo con un sonido metálico. Más objetos como ése aparecieron surcando el cielo. Estaban siendo lanzados contra ellos desde la dirección en la que antes avanzaban.

Vio a mucha gente corriendo agachada,

con las manos tapándose la boca, mientras que una masa de humo se formaba en torno a los objetos metálicos que les habían lanzado. Raven entendió que eran granadas de humo e intentó huir imitando al resto de los manifestantes. Corrió en dirección al edificio que tenía más cerca y se paró tras un numeroso grupo de gente que intentaba echar la puerta abajo. Se volvió alarmado y vio una línea de escudos transparentes que avanzaba por la calle en dirección contraria a la manifestación. Detrás de cada escudo iba un soldado con uniforme militar y un casco protector y, más atrás, al menos doscientos soldados armados con porras y otras armas que Raven no pudo distinguir con claridad.

Las pancartas fueron cayendo al suelo según eran abandonadas por quienes las portaban para retroceder. Algunos manifestantes hicieron frente a los soldados. Botellas en llamas salieron volando en respuesta a las granadas de humo y provocaron varias explosiones al impactar contra los coches que estaban aparcados en la calle.

El intercambio de proyectiles duró muy poco y los manifestantes, confiando en su mayor número, se negaron a retroceder más. Gritaban a los soldados y les insultaban con todo lo que se les pasaba por la cabeza. El enfrentamiento era inevitable.

Los soldados arremetieron con los escudos por delante contra la

desorganizada primera fila de personas que les lanzaba todo cuanto caía en sus manos. El choque fue violento y sin miramientos. El ejército rompió en pedazos la formación de los alborotadores. Los militares golpearon con sus porras a todo el que se puso a su alcance y los ciudadanos respondieron de la misma manera.

La calle se convirtió en un remolino de violencia y Raven no podía ver nada, sólo cuerpos agitándose y cayendo por todas partes. Un grupo de soldados reparó en su grupo y fue directamente a por ellos. Raven los vio venir y se asustó. Varias personas se lanzaron a pelear contra ellos. La violencia estaba fuera de control. Los golpes se sucedían

a un ritmo frenético y nadie se preocupaba por los que resultaban heridos. Raven vio cómo un soldado descargaba su porra sobre la cabeza de un hombre. Escuchó el crujido de su cráneo y vio cómo se desplomaba en el suelo. El soldado giró un poco y cargó contra otra persona que estaba a su derecha con su escudo manchado de rojo.

Algo golpeó a Raven en el hombro. Sintió el impacto de algo sólido y su cuerpo chocó contra la pared. Se quedó tendido unos segundos confiando en que al no representar una amenaza nadie se fijase en él. Le pisaron dos veces antes de que pudiera alejarse gateando entre la multitud, siempre pegado a la pared.

Los gritos sonaron algo más distantes y lo interpretó como que la lucha se alejaba de su posición, pero no volvió la cabeza para comprobarlo. Siguió avanzando hasta doblar la esquina y salió corriendo por una calle perpendicular. Al final de la calle encontró un enorme cubo de basura y se paró detrás de él a recobrar el aliento. Aún le dolía el hombro por el golpe recibido.

Un cuerpo estaba tirado en el suelo sobre un charco formado por nieve medio derretida. Raven supo al instante que no quedaba vida en él. Tras comprobar que el cadáver tenía aproximadamente su altura, lo desnudó y se vistió con su ropa. Luego salió

corriendo otra vez.

No tenía ni idea de dónde se encontraba. Había estado corriendo hasta que las fuerzas le habían abandonado, y no conocía Londres. Anduvo por las calles hasta que encontró una luz que salía de una puerta entreabierta. Raven leyó que era un hostal en el letrero de la entrada y se metió en su interior.

Un hombre muy mayor le estudió con la mirada desde el mostrador.

—B-buenas noches... yo... buscaba una habitación para pasar la noche —balbuceó Raven acercándose al recepcionista.

—Eso ya lo veo —respondió secamente el viejo frunciendo el ceño

con desconfianza. Su mano se deslizó por debajo de la mesa—. Enséñame la pasta y te daré una llave.

—Yo... no tengo dinero —dijo cayendo en la cuenta de que había pasado por alto ese detalle. Había estado tan preocupado en huir y luego soportando los dolores que le atravesaban que no había reparado en ello—. Me robaron... sólo necesito descansar un poco. Le pagaré.

—¿Y cómo piensas hacerlo, amigo? —preguntó el viejo.

—Puedo trabajar. Mañana le limpiaré todo el edificio a cambio de una noche —sugirió sin demasiadas esperanzas.

—Largo. Sin dinero no hay habitación.

—No, espere, por favor... no tengo

adonde ir —suplicó Raven—. Haré lo que sea.

—He dicho que no. Fuera —gruñó el viejo adoptando una actitud amenazadora.

—Podría... ¿puedo dormir en algún cuarto de la limpieza o algo por el estilo?

—¡He dicho que te largues, asqueroso vagabundo! —gritó el viejo sacando una pistola de debajo de la mesa y apuntándole con una mano sorprendentemente firme.

—Ya me voy... No quería molestarle... Lo siento —dijo Raven con voz temblorosa.

Salió a la calle y siguió andando sin saber qué hacer o a dónde ir. No

conocía a nadie en Londres; en realidad, no conocía a nadie en ningún lugar. Estaba solo, como siempre. Cada vez tenía menos claro por qué seguía con aquella vida tan triste. Sus esperanzas de recobrar la memoria y descubrir que era alguien, que tenía familia y amigos en alguna parte, y que al menos una vez formó parte de algo, no daban ningún fruto. Los diez años que recordaba eran una secuencia de persecuciones salpicadas de imágenes fugaces de todos los sitios por los que había ido pasando sin lograr echar raíces. A menudo pensaba que de no ser por esa atracción que parecía arrastrarle, ya haría mucho tiempo que se habría rendido del todo. Su única esperanza era que hubiese un

propósito para esa sensación. Lo que lo estaba llamando debía de tener una razón para hacerlo.

Sintiendo que su vida era un triste viaje sobre el que no parecía tener control alguno, guiado por una atracción que bien podría ser fruto de su propia imaginación, Raven bajó por las escaleras de una boca de Metro, agarró todas las revistas y cartones que halló en su camino, se tumbó en el rincón más solitario y oscuro que encontró, y se durmió sintiéndose muy cansado.

Despertó entre los cartones con un molesto zumbido en la cabeza. Se sentó y se llevó la mano al brazo, que le estaba doliendo otra vez con esas extrañas palpitaciones. Se sacudió de

encima las revistas que le cubrían y subió las escaleras que daban a la calle al tiempo que descubría un apestoso hedor que le envolvía.

Seguía siendo de noche. O bien habían pasado sólo unas horas o había dormido un día entero. No le importó demasiado cuál de las dos alternativas era la correcta, ya que su situación no dependía de ello. Lo cierto era que no sabía de qué dependía en absoluto.

—Esos cabrones del ejército mataron a mi hermano —oyó decir a alguien a su espalda.

—Ya sabes cuánto lo siento —dijo otra voz. Dos personas pasaron a su lado por la acera. Una de ellas llevaba un ramo de rosas colgando de una de sus

manos—. Era un gran amigo. ¿Se sabe ya cuántos mató ese cerdo Gordon en la manifestación?

Raven imaginó que el mencionado Gordon era el hombre al mando del ejército. Por lo visto la manifestación había terminado con muchas muertes, cosa que no le extrañó tras ver la violencia del enfrentamiento. Había hecho bien en huir de allí. Poco después, sus ojos repararon, por casualidad, en un papel tirado en una papelera. Era un periódico. Raven lo cogió y se quedo perplejo al leer el titular. La manifestación había tenido lugar hacía tres días.

¡Tres días! Eso significaba que había estado durmiendo, tirado en el suelo,

durante tres días seguidos. Con razón le zumbaba la cabeza. Eso ya no tenía remedio. Lo que sí tenía que resolver lo antes posible era lo del dolor de su brazo. Mientras siguiera latiendo de esa manera, no podría concentrarse en nada más. Raven vagó por las oscuras calles de Londres hasta que terminó en un callejón desierto en el que no había nadie más. Parecía que sin darse cuenta sentía predilección por los lugares más recónditos y solitarios.

Se sentó en el suelo y se levantó la manga para ver si podía curarse. No llegó a intentarlo siquiera: sintió una punzaba en la cabeza y supo que todo había vuelto a empezar. Percibió a sus perseguidores acercándose. Su

presencia brillaba en su mente con mucha fuerza y eso era debido a su proximidad.

Salió corriendo en la dirección opuesta a donde percibía que se encontraban. Eran tres, uno menos que la última vez, en la puerta de Londres. Raven ordenó a sus piernas moverse a toda velocidad y como siempre que se veía envuelto en aquella situación, se preguntó por qué le estaba sucediendo eso. Ya ni siquiera le dejaban tranquilo unas semanas. Le estaban acosando sin dejarle descansar. No podría resistir de esa manera mucho tiempo.

Los tres perseguidores se acercaban cada vez más. Notó que reconocía a dos de ellos. Uno era el que había estado a

punto de estrangularle junto al Támesis, al que habían llamado Vyns. El otro era el que lo había evitado. Apareció un poco más tarde y ordenó a Vyns que se detuviera. Raven supuso que era el jefe de aquel grupo. De alguna manera, ellos también le sentían, porque a pesar de todos los cambios de dirección que hizo, siempre seguían su pista, aparte del hecho de que siempre terminaban por encontrarle.

Raven estaba empezando a cansarse. Tenía que encontrar un lugar para ocultarse. La idea de meterse entre la gente había funcionado la noche que escapó del hospital. Por alguna razón preferían capturarle sin llamar la atención, o al menos ésa fue la

conclusión que Raven sacó. Miró a ambos lados de la calle y buscó algún sitio público. No vio nada que indicara que algo estuviese abierto a esas horas de la noche. Los edificios que le rodeaban parecían ser de oficinas y tenían las luces apagadas. Sus perseguidores cada vez estaban más cerca y Raven notó que uno de ellos había dado un rodeo y se encontraba en la dirección en la que él iba ahora. Le estaban rodeando, como siempre hacían, y se movían condenadamente rápido. Raven giró a un lado y fue al edificio más cercano.

La puerta estaba cerrada pero Raven no podía perder el tiempo. Agarró el pomo con la mano y sin preocuparse en

medir sus fuerzas, se concentró en su energía interna y lo fundió. Abrió la puerta y entró a toda prisa en el vestíbulo. Por lo menos no había perdido el control esta vez; seguramente le estaba cogiendo el truco. Intentando animarse a sí mismo con ese pensamiento, Raven miró a su alrededor buscando dónde esconderse. Estaba en una sala amplia de la que arrancaban dos pasillos, uno a cada lado. Sin basar su decisión en nada en concreto, tomó el de la derecha, dobló la esquina y frenó en seco nada más dar dos pasos. Una línea de fuego ardía en el aire a un metro de altura, de un extremo a otro del pasillo. Raven no tenía tiempo de estudiar el fenómeno así que se agachó y

se dispuso a pasar por debajo de las llamas.

Sintió un duro golpe en la cabeza, igual que si hubiera chocado contra una plancha de acero, y cayó al suelo hacia atrás. Observó atónito cómo unos círculos azules se propagaban por el aire en sentido vertical. Se originaban en el lugar donde su cabeza se había estrellado con lo que parecía ser una barrera invisible.

Se levantó y salió corriendo en dirección contraria, por el otro pasillo. Cruzó el vestíbulo y siguió adelante, algo más despacio, temiendo encontrarse con otra de esas líneas de fuego que ardían en el aire. Por suerte no había nada parecido. Llegó al final

del corredor y paró ante un ascensor. Un segundo más tarde abrió una puerta que estaba al lado y subió por las escaleras. No le seducía la idea de encontrarse con ellos encerrado en una caja de acero. Subió seis plantas y se sentó en los escalones a descansar un poco. Sus piernas estaban a punto de estallar por el tremendo esfuerzo al que las estaba sometiendo. Oyó abrirse la puerta de abajo y luego escuchó el sonido de unas pisadas que subían por las escaleras. Ya estaban allí.

Raven retomó la huida inmediatamente y empezó a subir de nuevo sin preocuparse del ruido que pudiera hacer. Estaba claro que por mucho cuidado que tuviese podían dar con él.

Vio el número quince pintado en la pared al llegar a la siguiente planta y decidió probar suerte. Se estaban acercando demasiado y no podía seguir subiendo escaleras, necesitaba caminar por terreno llano durante un tiempo. Salió a un pasillo, luego abrió otra puerta, y al final entró en una habitación y se quedó apoyado contra la pared en el mayor silencio del que fue capaz. Todo estaba a oscuras, así que no tenía ni idea de dónde se había metido. Las pisadas no tardaron en escucharse.

—Se ha escondido en esta planta —dijo la voz del que Raven consideraba el jefe.

—Lo encontraremos —contestó Vyns—. No puede andar lejos.

Raven escuchaba sus propios latidos con tal claridad que le extrañó que Vyns no los hubiera oído ya. No podía quedarse allí. Vyns tenía razón: le encontraría antes o después. Lo único que se lo ocurrió fue esperar a que los pasos se alejasen un poco y luego salir corriendo. El terrible estado de agitación en que se encontraba no le permitía dar con un plan más elaborado. Con un poco de suerte empezarían a rastrear la planta por una zona que estuviera alejada de la habitación en la que se encontraba. Eso le daría la oportunidad de deslizarse hasta las escaleras y emprender de nuevo la huida, a ver si esta vez lograba alcanzar un sitio público. Si eso tampoco

resultaba, ya no sabía cómo se las arreglaría para escapar.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando la pared sobre la que estaba apoyado tembló ruidosamente. Dos manos la atravesaron arrojando pedazos de ladrillo, una a cada lado de su cabeza, y le agarraron por el cuello, sujetándole contra el muro. Escuchó dos golpes más y sintió cómo otras dos manos le agarraban por la cintura. La sección de la pared sobre la que había estado apoyado terminó de venirse abajo y Raven se encontró en los brazos de dos extraños cuya presencia no había sido capaz de detectar. Aún sentía las posiciones de los tres que le habían perseguido por la calle, las

cuales se aproximaban de nuevo a él a toda velocidad.

Empujado principalmente por el miedo y la desesperación, Raven se debatió inútilmente entre los fuertes brazos que le aprisionaban, y se dio cuenta de que no conseguiría nada por medio de la fuerza bruta. Entonces supo cuál era su única esperanza. Levantó la mano y cuando empezó a brillar, agarró el brazo que le aprisionaba el cuello. Un instante después la luz desapareció y Raven sintió algo frío y pesado alrededor de su muñeca; le habían puesto una especie de grillete en cada mano y con un fuerte tirón se las colocaron tras la espalda. Aún no había podido ver a sus captores, que le

mantenían mirando al frente, pero le golpeó la certeza de que ya todo estaba perdido.

—Al fin eres nuestro —rugió Vyns entrando en la habitación—. Esta vez no escaparás.

Se acercó con una rapidez impresionante y le dio un puñetazo en el estómago. Raven dejó escapar un gemido ahogado y se dobló sobre su vientre todo lo que las cadenas le permitieron. El siguiente golpe fue mucho más duro y le alcanzó en pleno rostro. El impacto le hizo levantar la cabeza hasta que chocó contra algo que, intuyó, era uno de los tipos que le mantenían sujeto.

—¡Esto es de parte de Edmon, cerdo!

—exclamó Vyns.

Raven sintió otro golpe en las costillas y oyó el crujido de alguna de ellas. Apenas sintió los dos siguientes puñetazos. El dolor que le recorría era insoportable y sólo reparó en los ojos inyectados de odio con los que Vyns le miraba. Pronto perdería el conocimiento y supuso que ya no le querían con vida.

—¿Te has vuelto loco, Vyns? —gritó el jefe entrando en la habitación y acercándose a ellos. Para su sorpresa, Raven vio cómo le daba a Vyns una patada en el costado y lo lanzaba contra una pared lateral—. Ya lo tenemos. Te dije que lo quería vivo y casi le matas.

—Ya sabes lo que le hizo a Edmon, Diago —dijo Vyns levantándose del

suelo—. No debemos correr riesgos con él.

—Eso lo decidiré yo —atajó Diago.

En ese momento llegó el tercero de sus perseguidores. Raven apenas podía mantener la vista fija en ellos cuando súbitamente escuchó algo a su espalda y la presión que notaba en los hombros y que le mantenía de pie desapareció. Antes de que se diese cuenta de lo que estaba sucediendo, oyó algo chocar contra el suelo y vio un cuerpo tirado con una herida en el cuello por la que brotaba sangre en abundancia. Alguien le agarró de nuevo por la espalda y le obligó a girarse, luego lo soltó y se escucharon más golpes a sus espaldas. Raven no tenía la menor idea de lo que

estaba pasando. El cuerpo le dolía horrores y le costaba mantener la concentración.

En medio de una gran confusión vio la ventana que tenía delante acercarse hacia él a gran velocidad. Notó unas manos sobre sus hombros y comprendió demasiado tarde que alguien le estaba empujando. Sin poder hacer nada por evitarlo, atravesó el cristal y se hizo una gran cantidad de cortes por todas partes. El frío aire nocturno le envolvió al tiempo que distinguía la calle sobre la que se estaba precipitando. El suelo se acercaba con una rapidez increíble. Sólo unos segundos más y todo habría terminado.

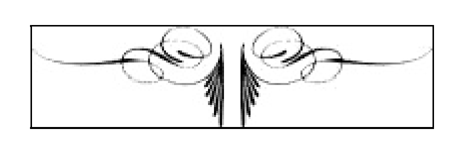
Unas manos le agarraron y frenaron

bastante su caída, aunque no la detuvieron. El suelo seguía acercándose y por el rabillo del ojo creyó ver un ala enorme hinchada por el viento.

El impacto le dejó sin aliento. Rodó por tierra junto con otro cuerpo que se entrelazaba con el suyo. Cuando se detuvieron, a Raven ya no le restaba ni un soplo de fuerza. Se quedó tirado en la nieve sin importarle lo más mínimo su suerte. Alguien le levantó del suelo y se lo llevó corriendo. Su cuerpo subía y bajaba dolorosamente en los brazos de quienquiera que cargaba con él. Antes de perder el conocimiento, lo único que Raven llegó a ver fue el rostro de una mujer.

Una mujer preciosa...

CAPÍTULO 8



El mayor banco de niebla estático de Londres ocupaba casi una cuarta parte de Hyde Park, uno de los Parques Reales de la antigua capital. Ocultaba bajo una brumosa nube gris su parte noreste y varios bloques de edificios circundantes. Desde la Onda, ni el viento, ni la lluvia, ni ningún otro agente climatológico habían alterado lo más

mínimo su extensión. Era como si un pedazo de la ciudad ya no existiera.

El hecho de que la Niebla de Hyde Park nunca se disipara no era, en absoluto, su rasgo más inexplicable, sino el hecho de que quien cometía el error de penetrar en su interior no regresaba jamás. El número de personas que habían sido devoradas por esa bruma era incalculable. Se tardó poco en ser conscientes del peligro que suponía y por eso una valla metálica rodeaba ahora su perímetro en un desesperado intento de que nadie se aproximara a ella.

Con el tiempo, se convirtió en el punto de Londres más odiado y temido. Los ciudadanos no tuvieron más remedio que

adaptar sus vidas a esa gigantesca presencia que llenaba de pavor a quien la mirase detenidamente. Los padres inculcaron en sus hijos un miedo instintivo a la Niebla con la esperanza de que se mantuviesen siempre alejados de ella, y de esa manera, los niños londinenses crecieron temiendo a la Niebla de Hyde Park en lugar de al Coco cuando llegaba la hora de irse a dormir. Pero la Niebla no reducía su influencia al área que escondía. Todas las zonas cercanas a ella fueron rehuidas, inicialmente, por los ciudadanos; nadie quería estar cerca de la Niebla y menos vivir en sus proximidades. Las empresas buscaron nuevas localizaciones donde

desempeñar sus actividades, y la gente, nuevos hogares desde los que no se viera la Niebla, si era posible. Hyde Park quedó dividido en dos partes. El lago Serpentine, que ocupaba su centro, se convirtió en la frontera natural que todo el mundo consideraba la distancia mínima de seguridad respecto a la Niebla, reduciendo así la extensión del parque a la mitad.

Con todo, y tras los dos primeros años de la era de la Onda, cuando la necesidad imprimió en el carácter de la gente un matiz de desesperación, una parte de la sociedad encontró en los alrededores de la Niebla un lugar idóneo para desempeñar sus funciones. Prostitutas, camellos, contrabandistas y

todo tipo de delincuentes hallaron en esa zona su pequeño paraíso al margen de la ley. Ni siquiera los soldados sentían el menor deseo de patrullar por allí.

Como era de esperar, los pisos más cercanos a la Niebla perdieron su valor a una velocidad vertiginosa, y justo en uno de esos pisos era donde Scot, el investigador desaparecido de Jack, había establecido su hogar. Esa misma vivienda era, precisamente, a donde Richard Northon se dirigía conduciendo su nuevo coche.

El capitán rodeó Portman Square y reparó en que el tráfico casi desaparecía en las inmediaciones de la Niebla de Hyde Park. Miró a través de la ventanilla y sintió un escalofrío cuando

sus ojos se clavaron en la perpetua masa gris. Condujo recto por Upper Berkeley Street y no tuvo ningún problema para aparcar cuando llegó al edificio donde estaba el piso de Scot.

Dos prostitutas le hicieron ofertas interesantes de camino a la entrada del bloque, y aunque Rick las rechazó, el pensamiento de que hacía mucho que no disfrutaba de la compañía de una mujer le acompañó durante varios minutos, tentándole a darse la vuelta y dejar el trabajo para dentro de un rato. Al otro lado de la calle un grupo de gente que parecían vagabundos estaban intentando encender una hoguera para entrar en calor. Un hombre se acercó e intentó venderles algo que Rick no pudo ver al

estar oculto en el interior de su gabardina. Lanzó una última mirada de preocupación a su coche y se dijo que hubiera sido mejor venir andando.

El ascensor no funcionaba, por lo que Rick subió por las escaleras hasta el quinto piso. Después del duro ascenso, peldaño tras peldaño, su respiración estaba demasiado agitada. Aún no había recuperado la forma completamente. Llegó hasta el apartamento de Scot justo a tiempo de ver cómo un hombre, cubierto por una capa negra, cerraba su puerta con un sonoro crujido.

—¡Eh! —gritó Rick al desconocido—. Ése es el piso de Scot. ¿Se puede saber quién eres?

El hombre de la capa se volvió hacia

él muy despacio y Rick le vio la cara con claridad. Su primera impresión fue la de que se había equivocado al pensar que era un hombre. El rostro blanquecino y dulce de un chico le obsequió con una divertida mirada. Tenía una mata de pelo negro que contrastaba con su pálida tez, acentuando el perfil de su cara. Sus ojos eran azules y Rick supo enseguida que habían visto mucho más de lo que da tiempo en la corta vida de un adolescente.

—Una pregunta de lo más fascinante —respondió el niño de la capa con una discreta sonrisa—. Primero, porque no va precedida de un buenos días o un sencillo hola, y segundo, porque la

misma pregunta podría aplicarse a su persona. ¿No está de acuerdo?

A Rick le desagradó la manera recargada de hablar del desconocido. Sintió que se estaba burlando de él.

—Soy un compañero de trabajo de Scot —dijo Rick con brusquedad—. ¿Y tú?

—No soy más que un humilde conserje. Eso sí, entregado por completo a mis modestas obligaciones.

Rick creyó que su interlocutor iba a hacer una reverencia y se alegró de equivocarse. No hubiera sabido cómo reaccionar ante algo semejante; desde luego él no hubiese hecho otra reverencia por cortesía. Algo en aquel niño era demasiado extraño, empezando

por esa capa tan negra que vestía y que mantenía oculto todo su cuerpo. Incluso podría estar empuñando un arma sin que lo viera. Aun así, Rick se encontraba muy tranquilo. Lejos de percibirlo como una amenaza, aquel individuo le inspiraba confianza. Y sentir confianza con alguien tan misterioso le extrañaba y le confundía.

—¿Qué hacías en el piso de Scot?

—Mi intención no era otra que dar con tu compañero de trabajo. Pero no se encuentra en casa en estos momentos y tu presencia aquí me revela que no es un asunto de naturaleza laboral el que le mantiene alejado del hogar, ya que, de ser así, un colega del trabajo sabría cuál es su paradero. Por otra parte, se podría

pensar que...

—Ya basta. Me refería a por qué le andas buscando.

—Oh, se trataba de eso. Es algo de lo más trivial. Resulta que el vecino del apartamento que está justo debajo del de nuestro ausente Scot se ha quejado repetidas veces de una gotera que se está extendiendo por el techo de su salón y, lógicamente, para buscar la fuga, los fontaneros indicaron, con mucho acierto, que su labor es infinitamente más fácil cuando trabajan sobre el suelo que a través del techo. No hay más hechos que me empujasen a romper la intimidad del hogar de Scot que los que acabo de relatar. ¿Desea saber algo más?

—No, gracias —se apresuró a

responder Rick—. Podría dormirme aquí mismo si tengo que esperar a que termines otra de tus explicaciones. Ahora, si no te importa.

Rick hizo un gesto con la mano para que se apartara de la puerta. El conserje se hizo a un lado con un movimiento exagerado.

—Adelante, adelante. Todo suyo —dijo el conserje muy complaciente.

Sin prestarle más atención, Rick abrió la puerta con una llave que había conseguido de Jack y entró en el apartamento. El vestíbulo era diminuto, apenas dos metros cuadrados. Rick vio la cocina a su izquierda y decidió empezar por el salón. Estaba bastante sucio. Restos de comida campaban a sus

anchas sobre una mesa, situada en el centro, y sobre la alfombra que estaba debajo. Había colillas por el suelo y ropa tirada sobre el sofá, pero nada indicaba que una pelea hubiera tenido lugar allí. Si la desaparición de Scot se debía a un secuestro no era probable que hubiese ocurrido en su casa.

Los secuaces de Jack ya habían registrado el piso pero Rick insistió en venir personalmente. Existía la posibilidad de que hubiese ido para nada pero como no conocía a los tipos que Jack había enviado, prefirió asegurarse de que no se le pasaba por alto ninguna pista. Había repasado hasta el último detalle de los informes que había dejado Scot antes de su

desaparición y aún no tenía la menor idea de por dónde empezar a buscar.

Los dossiers de Scot estaban centrados en torno a la misteriosa empresa Tech Underground Corporation, la responsable de haber adquirido el almacén de Robbie Fenton que tanto necesitaba Jack para sus negocios. La T.U.C. había iniciado la construcción de su cuarto edificio de oficinas tras derribar el almacén. Según las notas de Scot, los tres edificios con que contaba la T.U.C. eran exactamente iguales: doce pisos de altura, treinta metros de ancho por cada lado, formando un cuadrado perfecto en la base, y estaban revestidos de ventanas con cristales tintados. Una de las cosas que extrañaron a Scot fue

que en todos los casos la T.U.C. había derribado el inmueble que había previamente para construir sus propios edificios. Sonaba mucho más cómodo y barato comprar oficinas ya construidas, o incluso adaptar el inmueble existente a sus necesidades.

Lo siguiente fuera de lo normal que llamó la atención de Scot fueron las operaciones de compra. Casi el setenta por ciento de sus notas estaban dedicadas a este tema. Según relataba, sólo una de las compras, la primera de todas, se había realizado de manera clara y transparente. Una empresa había puesto en venta un solar y la T.U.C. había desembolsado la suma correspondiente. La segunda de sus

compras estaba bajo la sombra de un misterio, ya que el anterior dueño del local había desaparecido en circunstancias poco claras dos días antes de la firma. En el momento de vender, el dueño apareció ante el notario, estampó su firma y se fue sin dirigir la palabra a nadie. Después de aquello, nadie volvió a saber de él y Scot no consiguió encontrarlo. La tercera compra era la más llamativa de todas: la T.U.C. había comprado un antiguo parque de bomberos. Scot aún no había descubierto cómo había sido posible que el Ayuntamiento hubiera consentido esa operación, sobre todo sabiendo que la T.U.C derribaría la anterior edificación y que tendrían que

acondicionar otro sitio para los bomberos. La cuarta y última de sus compras era la que interfirió en los planes de Jack: el almacén de Robbie.

Entre los últimos apuntes de Scot, Rick averiguó que el propietario de la T.U.C. era una tal Stew Walton. Scot había intentado hablar con él y le había sido imposible. Para finalizar el extraño conjunto de indicios reunidos por Scot, su informe concluía que la situación financiera de la T.U.C. era un misterio mayor que todas sus operaciones de compra juntas.

Rick terminó de registrar el apartamento. Aparte de una rica y extensa colección de porno, no había descubierto nada remotamente

interesante. Al final resultaría que la gente de Jack sabía hacer su trabajo... Estaba a punto de marcharse cuando un detalle captó su atención. Una de las esquinas de la alfombra del salón estaba libre de basura, casi se podría decir que limpia. El resto de la alfombra estaba llena de porquería: latas, bolsas de patatas fritas, restos de fruta, colillas... Pero una pequeña zona de no más de un palmo alrededor de esa esquina estaba completamente despejada. Casi con toda seguridad sólo sería una casualidad, pero no perdía nada por probar.

Rick se agachó y apoyó la rodilla en el suelo. Luego agarró la esquina limpia de la alfombra y la levantó. Un trozo de pizza rodó hacia el centro de la

alfombra. No había nada debajo, sólo el parqué. A menos que... Rick golpeó las tablillas de madera y una se movió, revelando que no estaba fijada a las demás. Arrojó la alfombra hacia la mesa y sacó una navaja. La introdujo entre las tablillas y levantó la que estaba suelta. Extrajo una carpeta del hueco y la abrió para inspeccionar su contenido.

La mayoría de los papeles que encontró ya los había leído en su informe. Rick supuso que Scot había guardado una copia antes de enviárselos a Jack. Sólo había un informe médico que a Rick no le sonaba absolutamente de nada. Estaba a nombre de una mujer llamada Ángela Brown. Era una intervención quirúrgica denominada

histerectomía radical, que se había realizado hacía trece años, cuando Ángela tenía treinta. Era anterior a la Onda. Rick no tenía la más mínima idea de en qué consistía esa operación, así que prestó atención al resto del documento. Al parecer a la tal Ángela Brown le habían diagnosticado un cáncer de útero y los médicos tuvieron que extirparle la matriz. La cirugía consistía en extraer el útero, las trompas de Falopio y los ovarios. El resto del informe detallaba los riesgos de la operación y las medidas a adoptar durante la convalecencia. Había una palabra escrita a mano, en mayúsculas, con un rotulador rojo muy grueso sobre la parte final: ESTERIL. Rick reconoció

la letra de Scot sin ninguna dificultad tras haber leído incontables páginas de sus propias notas.

Más confundido de lo que había entrado, Rick salió del apartamento e inició el descenso por las escaleras. El nombre de Ángela Brown no le decía nada en absoluto, estaba seguro de que no figuraba en ninguna parte de la información que le había entregado Jack. Sin embargo, a Scot debía haberle parecido importante por alguna razón o no lo habría guardado tan celosamente.

Cerca del primer piso un alboroto interrumpió sus cavilaciones.

—Te pagamos para que hagas algo —gritó una voz que a Rick le sonó como la de alguien que está colocado o borracho

—. Deberíamos despedirte, gordo asqueroso.

—Déjame en paz —respondió una voz más grave y serena—. Vuelve a tu pocilga y métete en tus asuntos, drogata.

Rick les vio al pie de la escalera, desde el último tramo. Un hombre obeso con el pelo despeinado discutía con la personificación humana de su antítesis. Un tipo delgado hasta el extremo, vestido nada más que con una sucia camiseta de tirantes que le llegaba hasta las rodillas, estaba enfrente del gordo luchando por mantener el equilibrio.

—No sería una pocilga si hicieras tu trabajo —dijo el esqueleto humano—. Este pasillo es un asco y tu obligación es limpiarlo.

—Debes estar muy fumado para creer que voy a limpiar tus vómitos y tus cerdadas.

Rick pasó a su lado y empezó a bajar el último tramo de escaleras que le llevaba a la planta baja preguntándose si su estupendo coche nuevo seguiría esperándole donde lo dejó.

—Ése es tu trabajo, conserje de mierda. De paso al limpiar, sudas un poco y adelgazas.

Rick detuvo el pie en el aire y se volvió como un rayo.

—¿Tú eres el conserje del edificio? —preguntó Rick al gordo.

El hombre lo miró muy extrañado.

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

—Será para quejarse de algo —

aventuró el delgaducho entre risitas.

—¡Cállate! —Rick empujó al drogadicto contra la pared, y cayó al suelo, donde se quedó tumbado. El militar se volvió de nuevo hacia el gordo y preguntó—: ¿Alguien más trabaja contigo en este edificio?

—No. Sólo yo. Si tienes alguna queja...

—No es eso. ¿Sabes si hay alguien más encargado de alguna labor de mantenimiento? ¿Un chico con una capa negra?

El conserje dijo que no con la cabeza. En sus ojos se apreciaba un brillo de alarma. Rick se dio la vuelta y salió del edificio.

El coche seguía aparcado donde lo

había dejado. El militar echó un último vistazo a la Niebla de Hyde Park y se largó saltándose varios semáforos. No había sacado mucho en claro: un niño con una capa negra había estado husmeando en el piso de Scot y una tal Ángela Brown había renunciado a su matriz para sobrevivir a un cáncer.

A pesar de su confusión, decidió muy rápido el siguiente lugar en el que buscaría una explicación.



Aidan Benton estaba convencido de

que la suerte estaba tan integrada en su persona que sería más fácil arrancarle un brazo que librarle de su beneficiosa influencia. Había pasado por malos tragos, como todo hijo de vecino, y contaba con una buena dosis de desgracias ocurridas en el transcurso de sus treinta y cinco años, pero siempre terminaba saliendo a flote y, en cada ocasión en que las cosas mejoraban tras una caída en picado, era consciente de que no se debía a una acción realizada directamente por sí mismo.

Tenía presentes sus limitaciones, las cuales eran muy numerosas. Su físico y su inteligencia estaban en la media, siendo generosos. No es que fuese horrible, pero sin duda era feo y Aidan

lo comprobaba cada mañana en el espejo. Su estatura y constitución no sobresalían en ningún aspecto. Carecía de la coordinación necesaria para destacar en algún deporte y su fuerza siempre estuvo por debajo de lo esperado. En cuanto a su inteligencia, Aidan supo desde muy joven que nunca ganaría un premio Nobel. El único rasgo de su personalidad del que estaba orgulloso era la sencillez. Tener metas simples acordes con sus limitaciones y no aspirar a ser alguien famoso o importante era una fuente de satisfacción para él.

Reflexionando sobre su propia vida, Aidan tuvo la certeza de que la suerte le había acompañado en los momentos

clave, desde antes de la Onda, obrando lo que para él eran prácticamente milagros. Del que más agradecido estaba era de su mujer. Nunca entendió cómo logró reunir el valor suficiente para pedir una cita a una chica que, sin ser la reina del baile, era una de las más bonitas del instituto. Contra todo pronóstico, Sarah le dijo que sí. La cosa no terminó ahí: seis años más tarde contestó de la misma manera a su petición de matrimonio. Aidan no terminó la Universidad, pero la intervención del padre de Sarah, que era un empresario muy bien relacionado, le garantizó un puesto de trabajo como supervisor de almacén en una empresa de distribución.

Al llegar la Onda, las muertes dejaron millones de familias incompletas, pero Aidan, milagrosamente, conservó la suya intacta. Tanto su mujer, como su hijo de un año, como él mismo superaron ese trance manteniéndose unidos. La suerte quiso que Aidan sufriera lo menos posible durante las guerras de los primeros años, y le protegió de tal modo que jamás padeció herida alguna.

Pero desde hacía unos ocho meses, las cosas le iban de mal en peor. No encontraba trabajo y se vio obligado a mendigar por las calles con tal de llevar algún alimento a su familia. Y entonces, justo cuando estaba considerando actividades ilegales como el robo, la

solución se presentó sola, sin que su voluntad mediase lo más mínimo.

Un hombre muy simpático, vestido con una capa negra, que tenía un rostro juvenil y hablaba de una forma muy graciosa, le ofreció un puesto de trabajo como vigilante en una obra de su empresa. Aidan aceptó encantado y cuando recibió su primer sueldo sufrió una leve taquicardia. No sólo era un trabajo hecho a su medida, pasear alrededor de una obra sin hacer nada más que vigilar y evitar quedarse congelado quedaba al alcance de sus aptitudes, sino que además, el sueldo superaba a todos los que había percibido con anterioridad. Intentó ver al hombre de la capa negra para

expresarle su gratitud pero nunca más volvió a cruzarse con él, de modo que Aidan, satisfecho con el rumbo que estaba tomando su vida, se abrochó el abrigo hasta el cuello y salió a dar la primera ronda del turno de noche alrededor del edificio que custodiaba con dos compañeros más.

Había estado presente en el levantamiento de aquella construcción desde la primera piedra y ni una sola vez había puesto un pie en su interior. Por lo que él sabía, ninguno de sus compañeros había entrado tampoco y las especulaciones sobre lo que había dentro eran tan variadas como las que intentaban explicar el origen de la Onda. De algo tenían que hablar durante las

horas en vela que pasaban vigilando. Un pequeño vestíbulo, que era un módulo aparte acoplado a la entrada del negro edificio, era la única estancia donde tenían permitido estar, y sólo uno de ellos al mismo tiempo. Siempre debía haber dos hombres fuera patrullando. Las instrucciones eran bastante claras e igualmente sencillas, y todos las cumplían con gusto a sabiendas del sueldo que les llegaría a fin de mes.

—¡Aidan! Ven aquí, deprisa —le gritó su compañero.

El aludido salió corriendo hacia el vestíbulo y llegó en pocos segundos con la lengua fuera. Evan le estaba esperando.

—Mira esa furgoneta —le dijo,

divertido.

Aidan miró donde señalaba su compañero. Frente a ellos, en una calle perpendicular a la suya, una farola inclinada y medio arrancada del asfalto derramaba luz intermitentemente sobre una furgoneta roja que había chocado contra ella. Los faros parpadearon y el motor tosió varias veces hasta que se puso de nuevo en marcha. El vehículo dio marcha atrás y el lado derecho del parachoques delantero se soltó produciendo un ruido chirriante mientras era arrastrado por el suelo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Aidan —. Si no hay nadie más en la calle a estas horas...

—Para mí que el conductor lleva una

trompa impresionante —se rió Evan.

La furgoneta giró un poco a la derecha y avanzó de nuevo por la calle, en dirección al edificio que Aidan custodiaba. El parachoques seguía chillando contra el asfalto y de vez en cuando saltaban chispas. El vehículo giró bruscamente a la izquierda y apuntó directamente a la siguiente farola. Aidan estaba convencido de que iba a chocar otra vez, pero en el último momento un nuevo cambio de dirección a la derecha frustró su predicción. La furgoneta siguió haciendo eses por la calzada y ganando velocidad.

—Veinte pavos a que se la vuelve a pegar antes de treinta metros. —Evan le dio un codazo a Aidan.

Los dos vigilantes observaban entretenidos la serpenteante marcha de la furgoneta. Acababan de encontrar algo que comentar durante esa noche. En la acera de enfrente, haciendo esquina con la calle por la que se aproximaba la furgoneta, una marquesina se tambaleó cuando el vehículo arrastró todo el lado derecho contra ella. El parachoques delantero se soltó por completo y la furgoneta lo arrolló dando un nuevo bandazo a la derecha. Parecía que el abollado vehículo ya iba a desaparecer cuando un nuevo cambio de rumbo a la izquierda situó los faros apuntando directamente hacia ellos.

—Oh, oh.

Los luminosos ojos se acercaron en

línea recta y se estrellaron contra dos coches que estaban aparcados en la entrada, justo delante de los dos boquiabiertos vigilantes.

—¡La madre que le parió! ¡Se ha cargado mi coche!

Salieron los dos corriendo hacia el amasijo de hierros y cristales en que se habían convertido los tres vehículos. Aidan dio gracias de haber ido a trabajar en el coche de Evan y anotó mentalmente una deuda más con su queridísima suerte.

—¡Ese payaso me va a pagar el arreglo! —Evan tenía las manos sobre la cabeza y los ojos desencajados. Rodeó su coche sin quitarle ojo y llegó hasta la puerta de la furgoneta en el preciso

momento en que se abría chirriando.

El golpe no fue gran cosa pero le pilló desprevenido. La puerta le hizo perder el equilibrio y tropezó con sus propios pies. Aidan corrió hasta él y le agarró por debajo de los hombros para levantarle.

—¿Estás bien?

—Lo estaré en cuanto ajuste cuentas con ese cretino.

La bota más grande que Aidan había visto en su vida salió de la furgoneta y aterrizó sobre la nieve. Cuatro dedos negros enormes abrazaron el borde de la puerta que había golpeado a Evan y una cabeza rapada, del tamaño de una sandía, asomó por encima del cristal de la ventanilla.

—¿De dónde... han salido esos coches? —preguntó el conductor con la típica deficiente vocalización que se aprecia en los borrachos—. A ver si aprendemos a conducir —se quejó con una leve risilla.

Aidan y Evan, este último aún sentado en el suelo, encogieron la nuca todo lo que les fue posible para mirar hacia arriba. El tamaño del conductor les dejó helados en el sitio al tiempo que un pestazo a whisky penetraba por sus fosas nasales. La descomunal cabeza negra se separó de la furgoneta, y el resto de su cuerpo, de unas dimensiones proporcionales a las partes que ya habían visto, cubrió por completo el campo de visión de ambos vigilantes.

Evan se levantó del suelo y se encaró con el gigante, que le sacaba más de una cabeza completa, a pesar de que él era bastante alto.

—¡Serás caradura! Vas a pagar los desperfectos. ¡Borracho!

El conductor se inclinó hacia un lado y luego hacia el otro, mientras apoyaba las manos en el aire.

—Estoy compeamente dacurdo. El que haya chocado... onta nosotros que pague ahora mismo.

—Esto es el colmo —gruñó Evan—. Tú eres el que ha chocado. Estos coches estaban aparcados. Tú eres el borracho y tú vas a pagar.

Evan clavó el dedo índice en el pecho del conductor tres veces. Lo hizo cada

vez que pronunció la palabra tú. Luego lamentó profundamente haberlo hecho.

Aidan nunca olvidaría cómo creyó que ése sería el fin de su compañero cuando vio cómo una montaña coronada por una cabeza negra se derrumbaba sobre Evan y lo sepultaba por completo. Todo se quedó quieto. El mastodonte estaba tumbado boca abajo con la cara sobre la nieve. La única parte de Evan que Aidan podía ver era una de sus piernas, que sobresalía entre las dos del conductor.

Aidan escuchó un débil gemido y finalmente reaccionó. Se agachó junto al descomunal cuerpo del conductor y lo empujó con todas sus fuerzas. Consiguió moverlo unos centímetros. El gemido estaba adquiriendo un matiz

desesperado y Aidan lo interpretó como que Evan estaba pasando serios apuros para respirar. Probó a empujar desde el otro lado pero el resultado fue más o menos el mismo.

—¡Aguanta, Evan! Te sacaré de ahí.

Era imposible que pudiera mover semejante masa, que al menos debía pesar ciento cincuenta kilos. Necesitaría una grúa para levantarle. Pero una vez más la solución se presentó sola sin contar para nada con la intervención de Aidan.

El brazo derecho del conductor se dobló por el codo y su mano se apoyó en el suelo. Con un rugido, el hombretón consiguió ponerse de pie dejando al descubierto la amoratada cara de Evan.

Aidan se inclinó sobre su compañero y le ayudó a sentarse con la espalda apoyada sobre uno de los magullados coches. Respiraba muy agitado y tenía una expresión de pánico dibujada en su rostro. Aidan se sentó a su lado y ambos contemplaron cómo el inmenso negro se marchaba tarareando y tambaleándose por donde había venido conduciendo.



La paciencia era una de las cualidades más valiosas y que con más delicadeza cuidaba Rick. Había salvado su vida en

incontables ocasiones. Su correcto uso le había permitido desempeñar numerosas funciones, todas ellas estrechamente ligadas a la parte que más odiaba y que mejor se le daba de su profesión: matar.

Como agente del ejército especializado en operaciones secretas de alto riesgo, Rick aprendió que sin la debida dosis de paciencia algunas tareas no se podían acometer, tales como esperar a que una persona tenga que ir al servicio dejando desprotegido un lugar, cubrir una distancia de quince metros en cuarenta minutos para evitar hacer algún ruido, o estar pegado a un micro durante horas aguardando a que se pronuncie una frase en clave. Pero la ocasión en que

Rick realmente puso a prueba su paciencia fue la primera vez que mató a alguien a sangre fría.

Su objetivo era un general de la Zona Segura del Norte, con la que había estallado la guerra hacía poco. Ya había matado en anteriores ocasiones, como cualquier soldado, pero ésta era la primera vez que iba a disparar a alguien indefenso, por la espalda y sin que le estuvieran intentando matar a él también. Rick se había tumbado en la azotea de un edificio a más de seiscientos metros del punto en el que el general se iba a reunir con sus hombres. Se había cubierto con una manta de camuflaje y había colocado su ojo derecho tras la mira telescópica de su rifle de

francotirador. Esperó dieciséis horas seguidas en esa posición, luchando contra los calambres, las necesidades biológicas y, lo peor de todo, contra sí mismo; la cabeza desvaría si uno no la controla durante tanto tiempo. De ese modo, armado de paciencia, Rick esperó a su objetivo y lo eliminó limpiamente de un solo disparo.

En esta ocasión la situación era mucho menos exigente. Rick estaba entre unos arbustos, totalmente quieto, viendo a una persona ir y venir unos veinte metros delante de su posición. Sólo llevaba media hora esperando pero recordó el episodio en que eliminó al general con su rifle y la espera se le antojó sencilla en comparación con aquélla. Sus

costillas no se habían soldado del todo y aún no se encontraban perfectamente. Detestaba no poder confiar plenamente en sus facultades físicas, aun cuando la situación no fuese la más peligrosa.

El hombre que vigilaba se alejó corriendo y se reunió con otro. Desde su posición, Rick no podía ver con claridad qué estaban haciendo.

Un golpe muy fuerte, de metal contra metal, retumbó en la oscuridad de la noche.

—¡La madre que le parió! ¡Se ha cargado mi coche! —gritó uno de ellos, y los dos salieron corriendo.

Rick esperó un segundo y salió de entre los arbustos, cruzó corriendo la distancia que lo separaba del misterioso

edificio y se pegó a la pared del pequeño bloque que era la entrada. Echó un vistazo en la dirección en que se habían ido los dos vigilantes. Habían salido del recinto y estaban de espaldas a él, contemplando una furgoneta roja estampada contra dos coches.

Sabía que quedaba una persona en el interior. Se había pasado los dos días anteriores observando el edificio desde lejos, estudiando a los guardas de seguridad y analizando los diferentes turnos. Los contactos de Jack eran realmente buenos. Consiguió una ficha de cada uno de los vigilantes y enseguida se dio cuenta de que no habían sido seleccionados por su experiencia en el ramo. Ninguno de

ellos había trabajado antes en algo similar, ni tampoco habían servido como policías o en el ejército, por lo que Rick se figuró que no encontraría serias dificultades para infiltrarse.

Se deslizó hasta la puerta de entrada e introdujo un alambre por el ojo de la cerradura. Sonó un diminuto clic y Rick se puso de pie enfrente de la puerta. No escuchó ningún sonido al otro lado. Abrió la puerta de golpe, entró con el arma por delante y disparó. Cerró a sus espaldas y se adelantó hasta una mesa que estaba en el centro del vestíbulo, el único mueble de la estancia. Rick puso los dedos en el cuello de un hombre recostado hacia atrás sobre una silla, al lado del dardo que le había

proporcionado unos dulces sueños. Su pulso era firme.

Sin desperdiciar ni un segundo fue a la puerta que llevaba al edificio y la cruzó. No se veía nada, la oscuridad era total. Rick palpó la pared en busca de un interruptor pero no encontró ninguno. Sacó la linterna del bolsillo de su pantalón y alumbró.

El chorro de luz bañó el suelo revelando que no había absolutamente nada. Rick dirigió la linterna a las paredes. Tenía que haber alguna luz en aquel lugar. Sólo tenía que encontrar algún botón, clavija o similar. Nada. Ni una maldita cosa. Las paredes eran de un negro sobrecogedor y estaban perfectamente lisas. Aquello no tenía

sentido. No encontró enchufes, ni tuberías, ni cables. Rick dirigió la linterna al techo y luego barrió por delante de él. No se lo podía creer.

El edificio estaba completamente vacío. No era un edificio en realidad, sólo una carcasa recubierta de cristales para darle el aspecto de un inmueble de oficinas. No había plantas, ni paredes que dividieran la estancia en otras de menor tamaño.

En una de sus batidas, el pequeño círculo de luz pasó sobre algo cuadrado, pegado la pared. Hizo retroceder la linterna y una caja de madera alargada quedó a la vista. Rick fue hasta ella, se agachó y retiró la tapa. El cuerpo de un hombre tumbado boca arriba estaba en

su interior. Alumbró la cara del cadáver y reconoció el rostro de Scot por las fotografías que había visto en su casa y en los informes que le había dado Jack. El cadáver parecía conservarse en buen estado pero, a pesar de ello, Rick no pudo determinar la causa de su muerte. No se veía ningún agujero de bala, ni ninguna otra herida. No podía llevarse el cuerpo para que le practicasen una autopsia, pero podía revisarlo para determinar cómo le habían asesinado.

Seguro de que su corpulento colaborador entretendría a los vigilantes, se arrodilló y tiró de los hombros de Scot. El cadáver se levantó demasiado deprisa. Era extremadamente ligero, demasiado para un hombre de

ochenta y cinco kilos, y Rick había aplicado más fuerza de la necesaria. El cuello del muerto chocó contra su clavícula y la inerte cabeza quedó apoyada sobre su nuca. Rick sintió algo deslizándose por su espalda, como si estuviese cayéndole arena desde el cuello. Se sobresaltó y apartó el cadáver, que se desplomó en la caja, volviendo a su posición inicial. Algo negro le salía por la boca.

Rick le pasó los dedos por los labios y examinó la sustancia que emergía de su interior. El tacto era muy suave y se deshacía entre sus dedos. Era ceniza. A continuación desnudó el pecho del cadáver, sacó su navaja y lo rajó desde el ombligo hasta el cuello. Separó la

piel con ambas manos y vislumbró anonadado un montón de ceniza. Metió la mano y la removió. No encontró nada sólido, ni un solo hueso u órgano vital. Era exactamente como si hubieran vaciado una chimenea en el interior de Scot sin dejar un sólo desperfecto en la piel exterior.

Algo sonó a su alrededor.

Rick alumbró en todas direcciones. No vio nada la principio, hasta que la luz descubrió una silueta. Dio dos pasos hacia el centro y captó movimiento con toda claridad. Allí había alguien más.

Y entonces le vio.

—¡Eh, tú! —grito Rick apuntándole con la pistola—. Quieto y no hagas ninguna tontería. —No podía verle bien,

pero era más o menos de su misma envergadura—. Así me gusta. Ahora date la vuelta —ordenó. Pero el desconocido siguió quieto, de espaldas—. ¿Es que no me has oído? Vuélvete despacio o te arrepentirás.

Rick se aproximó a él y notó movimiento de nuevo. La oscuridad era total y no se veía bien. Rick no se iba a dejar sorprender. Encañonó al hombre en todo momento y se acercó muy despacio. El desconocido se acercó a la misma velocidad y sin girarse, y por lo visto también tenía una linterna. Rick juraría que caminaba de espaldas. No tenía ningún sentido.

Cuando le tuvo a un metro escaso alargó la mano y topó con algo sólido

que no se veía. El hombre seguía de espaldas y parecía haber una barrera invisible entre ellos. Entonces Rick movió la mano y por fin lo entendió, o eso creyó porque tuvo la impresión de que se iba a volver loco.

Dio un paso a la derecha y el hombre le imitó. Luego regresó a su posición y el hombre hizo lo mismo, replicando sus movimientos. Era increíble. La última prueba fue la definitiva. Se desplazó a un lado y el desconocido le siguió, hasta que llegado a cierto punto su cuerpo empezó a desaparecer.

Había llegado al borde del espejo. Lo que Rick había tomado por una persona era su reflejo en realidad. Y por más que le costara creerlo, su imagen se

reflejaba de espaldas.

Un gruñido retumbó a su alrededor. Era de un animal, parecido al de un perro o un lobo, pero mucho más grave. Rick se levantó y buscó en la oscuridad. Dos círculos rojos, que antes no estaban, desaparecieron y volvieron a aparecer en la esquina opuesta. Rick envió el chorro de luz hacia ellos. Las dos esferas se tornaron amarillentas. Estaban rodeadas de una sombra con forma de bestia de cuatro patas, de una envergadura muy superior a la de un perro. La sombra iba tomando cuerpo y adquiriendo consistencia según se iban incorporando a ella los jirones de humo que flotaban a su alrededor. Dos hileras de puñales del color del hielo,

enfrentados entre sí, surgieron debajo de las esferas amarillentas que, a esas alturas Rick no tenía ninguna duda, eran los ojos de lo que quiera que se estuviese materializando delante de sus narices.

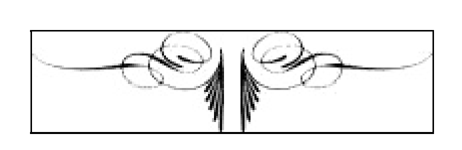
Un gruñido más grave y más amenazante que el primero ahuyentó la parálisis de sus piernas. Rick se lanzó corriendo hacia la puerta y llegó a tiempo de ver los ojos de la criatura subir por el aire para volver a bajar con un golpe pesado. El militar salió del edificio y cerró la puerta en el momento en que los colmillos aparecieron a sólo un metro de distancia.

Un golpe violento empujó la puerta hacia el vestíbulo y Rick, que estaba

apoyado sobre ella, salió despedido hacia atrás y chocó con el vigilante, que continuaba dormido bajo los efectos del dardo anestesiante. Se escuchó un rugido atronador, seguido de un nuevo impacto que estuvo a punto de desencajar la puerta. Rick se sacudió al vigilante de encima y salió corriendo sin preocuparse de otra cosa que de escapar de aquel sitio.

Llegó hasta su coche, a tres manzanas de distancia, sin mirar atrás ni una sola vez. Arrancó y se alejó conduciendo a toda prisa.

CAPÍTULO 9



Asius aún permanecía de pie mucho después de que el último de los asistentes se hubiese ido.

Se forzaba a sí mismo a acudir a aquel lugar con cierta frecuencia. Siempre lo hacía él solo, para reflexionar sobre qué les había llevado a construir el mayor símbolo de respeto y vergüenza en toda su historia. Se trataba de un lugar

habitual para los mortales, pero insólito para todos ellos. Por muchos milenios que pasaran nunca se acostumbraría a tenerlo en su mundo. Su construcción marcó uno de los hitos más significativos y tristes de su extensa historia. La abrumadora sensación de dolor que siempre le atenazaba la garganta cuando estaba allí, no le permitía siquiera recordar qué había antes en aquella ubicación. Fuera lo que fuese tuvo que dejar paso al peor de los templos que un inmortal podía concebir: el Cementerio.

Su nacimiento tuvo lugar al finalizar la Guerra, cuando surgió la sobrecogedora necesidad de hacer frente a la muerte.

Pero no era la reflexión lo que había

empujado a Asius a volver al Cementerio en esta ocasión. Fue la celebración del funeral de dos de los suyos. Acababan de dejar a Edmon, y al Corredor que tomó parte en la caza de Raven, descansando entre los demás fallecidos. El pensamiento de que se le acababa de negar la eternidad a alguien destinado a ella le hizo estremecer una vez más. No debería haber ocurrido algo así. Ya pagaron con creces hace mucho tiempo.

A pesar de haber asistido con regularidad a lo largo de los milenios, Asius estuvo convencido de que no volvería a participar en un funeral. La Guerra concluyó y se tomaron las medidas oportunas para que nada

semejante fuera posible en el futuro. De hecho, la muerte no se había atrevido a extender de nuevo su negra ala sobre ninguno de ellos durante un periodo de tiempo tan grande que era difícil de calcular. Entonces vino la Onda, y con ella tantos cambios inexplicables, todos para peor. Y ahora, la muerte les visitaba una vez más de una manera que jamás había empleado anteriormente: de manos de un Menor. A Edmon no le mató otro inmortal, como al resto de los pobladores del Cementerio. Edmon era el primero en solicitar una plaza en aquel terrible sitio por cortesía de un Humano.

—Debemos irnos, Asius. —La voz de Naela le sacó de su ensimismamiento;

creía que estaba solo. Se giró y vio a la Consejera acercándose a él con su melena castaña flotando sobre los hombros—. La Junta va a comenzar y no querrás llegar tarde siendo tú el convocante.

Efectivamente, Asius no quería llegar tarde. Los asuntos que presentaría al Consejo no podían esperar y tenía que imprimirles la debida importancia para que esta vez no los desestimasen. Dedicó a Edmon un último pensamiento y se fue con Naela.

La Cámara del Consejo estaba situada en la quinta esfera del Nido. Cuando Asius y Naela llegaron a la antecámara, los otros cinco Consejeros ya estaban allí. Las inmensas puertas de la Cámara

permanecían cerradas señalando que los tres Justos aún no se encontraban en su interior. No habían llegado tarde. Las Juntas nunca empezaban sin la presencia de los tres Justos, que eran los cargos más altos en su sociedad, pues únicamente el Viejo estaba por encima de ellos. Aunque sí había antecedentes de Juntas iniciadas y concluidas sin contar con uno o varios de los siete Consejeros.

Asius intercambió saludos y alguna que otra palabra con los demás Consejeros, consciente de que todos estaban pendientes de él. Era la sexta vez, desde la Onda, que el Consejo se reunía, y, por tanto, la sexta vez desde que el Viejo había desaparecido. Lo

inusual de aquella Junta, no obstante, era que había sido convocada con carácter extraordinario por primera vez desde la Guerra. Y Asius era el responsable de la convocatoria.

Las puertas de la Cámara se abrieron con un suave murmullo y los Consejeros ocuparon sus respectivos asientos.

La Cámara era una sala amplia de forma ovalada, sin techo. Su pared era del blanco más puro imaginable y ningún adorno interfería en su extraordinaria sencillez. Nada debía desviar la atención de sus ocupantes. Varias antorchas ardían perpetuamente con un fuego silencioso y anaranjado, extendiéndose desde las paredes como brazos que formaban parte de un todo.

Ningún sonido tenía cabida en los confines de la ovalada estancia salvo las voces de los Consejeros, de los Justos y, naturalmente, del Viejo. En las excepcionales ocasiones en que se requería el testimonio de alguien ajeno al Consejo, era necesario que luciera un collar especial alrededor de su cuello para que su voz fuese audible en la Cámara. Este artefacto sólo podía ser activado por alguno de los Justos, o por el mismísimo Viejo, y aun así el invitado sólo tenía acceso a su propia voz mientras estaba en el interior de un círculo de runas grabadas en el suelo.

Los Justos ya ocupaban sus asientos, como era costumbre, cuando Asius y los demás Consejeros entraron en el más

rotundo silencio y tomaron los suyos. No precisaban tener cuidado alguno: ni sus pasos, ni el roce de sus ropas eran capaces de emitir el más leve susurro. Las siete sillas de los Consejeros estaban dispuestas en semicírculo y cada uno era libre de sentarse en la que estimara más apropiada. Constituían el nivel más bajo del Consejo y entre ellos no cabía distinción alguna. Los Justos se sentaban enfrente del semicírculo, en tres esplendorosos tronos plateados que flotaban suspendidos a un metro del suelo.

Asius tomó asiento en una silla que estaba en uno de los extremos, como era costumbre del que se sabía tendría que ponerse en pie ante los demás miembros

del Consejo, y alzó los ojos hacia arriba. El lugar del Viejo flotaba por encima de todos ellos, mucho más alto que el de los Justos, pero un anillo de luz en movimiento era lo único que quedaba desde su desaparición. Asius deseó que el Viejo estuviese hoy en la Cámara con ellos.

Tuvieron lugar las formalidades iniciales, y Asius vio cómo aparecía un fino cristal octogonal de bordes irregulares debajo de una antorcha, en el extremo opuesto de la sala. Era el cristal que recabaría todo lo que allí se dijera, a modo de acta.

Ergon dio el habitual discurso de apertura, en el que citó la fecha actual y a todos los presentes, entre otras cosas,

y Diacos tomó la palabra.

—Como todos sabemos —empezó a decir en tono ceremonial—, nos hemos reunido de manera extraordinaria, a petición del Consejero Asius. Le cedo el turno, por tanto, para que nos haga partícipes de sus inquietudes, por cuarta vez.

La coletilla final no le sentó muy bien al aludido.

Diacos era el único Justo que no lo había sido desde el inicio de los tiempos. Alcanzó ese honor tras la Guerra debido a dos excepcionales circunstancias. La primera fue que se produjo una vacante cuando el traidor Tanon mató al Justo que ocupaba su lugar durante el transcurso de una

encarnizada batalla. La segunda circunstancia fue su distinción al valor. Diacos protagonizó la más impresionante de las hazañas cuando derrotó al Favorito, el líder de los traidores. Aquella acción marcó el principio del fin de la Guerra, la cual concluyó con la victoria de su bando poco después. Su fama y prestigio fueron conocidos por todos y cada uno de los suyos, y su nombramiento como el tercer Justo fue una ceremonia única, ya que jamás anteriormente se había producido una vacante, y menos en un puesto de tan alto rango.

Ergon y Renuin, sentados uno a cada lado de Diacos, eran por otra parte Justos desde siempre, y nunca habían

desempeñado otro cargo. Ergon era el principal obstáculo para Asius. A ningún miembro del Consejo se le escapaba que las opiniones de ambos tendían, con mucha frecuencia, a enarbolar posturas enfrentadas. Renuin le preocupaba de una manera muy especial a Asius. Era la única de los Justos que le brindaba apoyo en ocasiones, no siempre, pero sí con una moderada regularidad. Si no conseguía convencerla a ella, su causa estaría perdida una vez más, dado que Diacos era poco probable que le respaldara. El Héroe no acostumbraba a dejar ver claramente sus inclinaciones concretas, pero en la inmensa mayoría de los casos terminaba fallando a favor de Ergon. Los demás Consejeros eran

tan insignificantes como él a la hora de tomar decisiones si no conseguía que al menos uno de los Justos le brindase su apoyo.

Asius soportó el peso de las miradas con elegancia y se colocó en el interior del círculo de runas.

—Gracias, Diacos. El principal objetivo de mi convocatoria es instar al Consejo a que reconsidere la puesta en práctica de las medidas defensivas del Umbral. —Asius hizo una pausa a la espera de que se disolvieran los murmullos y se pasó la mano por su larga melena rojiza—. No obstante, me gustaría comenzar por repasar el informe que Diago nos ha enviado, en el que, como se verá, hay nuevos datos a

tener en cuenta antes de tomar una decisión.

—Procede, Asius —dijo Ergon con tono solemne.

—Entiendo que los miembros del Consejo ya han tenido acceso al mencionado informe, así que paso a resumir lo que a mi entender son los puntos más significativos. Todos conocemos la misión que desempeñan Diago y su patrulla. Les asignamos como objetivo la captura de Raven. El último intento ha resultado un fracaso, como los anteriores hasta el momento. El Menor ha conseguido escapar de nuevo y se encuentra en paradero desconocido. Pero una nueva variable ha interferido en el plan de captura: cuando Diago

tenía al humano en su poder, la intervención no prevista de uno de nuestros antiguos enemigos consiguió liberarle. El hecho de que el enemigo se haya mostrado debería ser tomado en cuenta por el Consejo. Por otra parte...

—Es posible —le cortó Ergon— que también se deba a la falta de competencia demostrada durante la operación de captura. Después de todo, se trataba sólo de un enemigo.

—No era uno cualquiera. Diago menciona cómo percibió su fuerza y era una de las más poderosas con las que se había topado nunca.

Las caras de sorpresa que pusieron algunos de los Consejeros no pasaron inadvertidas para Asius.

—Lo cual es de lo más apropiado para justificar su fracaso —insistió Ergon.

—Por no decir que no son unos aprendices. —Ahí estaba Diacos apoyando a Ergon, para variar—. Diago es un Custodio, asignado expresamente para esta tarea, y el enemigo no era más que uno. Deberían haber podido manejar la situación.

Asius sintió el menosprecio a la labor de Diago como una punzada en su cabeza. Le consideraba un excelente compañero con un alto sentido del honor y por alguna razón las críticas a su capacidad le afectaban de un modo personal. Recordó cuando él también era un Custodio y cómo le salvó la vida a Diago durante la Guerra. Desde aquel

momento habían sido casi inseparables y, a pesar del nombramiento de Asius como Consejero, pasaban tanto tiempo juntos como les era posible. Su amistad significaba mucho para él y no estaba dispuesto a tolerar que una mala impresión de Diago quedase flotando en el ambiente.

—Sinceramente, creo que no es culpa de Diago. No había razón alguna para contar con la intervención del enemigo. Nunca nos habíamos topado con ellos. Y menos aún con uno tan poderoso.

—Eso es discutible —repuso Ergon —. Estaban al corriente de que el acceso al Agujero ha cambiado de ubicación a causa de la Onda. Y la probabilidad de que hayan escapado es

tan alta que la dábamos por un hecho. Todo esto no hace más que confirmar nuestras suposiciones acerca del clima de Londres.

Asius se mordió la lengua. Él era el que había señalado la posible relación entre la nueva puerta del Agujero y el frío de Londres, pero la mayoría de los miembros del Consejo lo había tildado de mera coincidencia. Sin embargo, ahora que se confirmaba su teoría, Ergon aprovechaba para apropiársela, como si hubiera sido una idea suya desde el principio. Era una jugada muy astuta contra la que Asius no sabía cómo luchar, y menos en público.

—Diago no es responsable de lo ocurrido. —A Asius no le quedó más

remedio que jugar su última baza para defender a su amigo, aunque eso le garantizase la enemistad de Ergon—. Tú mismo, Ergon, le nombraste para esta operación.

—Creo que la actuación de Diago no es lo que te ha movido a convocarnos hoy aquí —intervino Renuin—. ¿Adónde quieres llegar, Asius?

—A que es necesario que despleguemos el Escudo sobre la Ciudadela para verificar su correcto funcionamiento. También recomiendo que consideremos ubicar al mayor número de los nuestros en el Umbral, en especial a los Custodios, en vez de tenerlos repartidos por las siete esferas.

—Tus sugerencias son verdaderamente

inoportunas. —Ergon frunció el ceño y Asius se preparó para la usual confrontación de ideas—. Vuelves a traer ante el Consejo medidas propias de un estado de guerra, y no es el caso. El avistamiento de un único enemigo no supone amenaza alguna. Nos ocuparemos de él, y del resto de los suyos, llegado el momento.

—La Guerra concluyó hace milenios —añadió Sailo, un Consejero que Asius ya había catalogado hace tiempo como fiel seguidor del pensamiento de Ergon—. Y la ganamos. No se atreverían a volver a intentarlo. —Ergon se mostró satisfecho con la aportación de Sailo.

—Estoy de acuerdo con que no estamos en guerra. —Asius no se iba a

dar por vencido tan pronto—. Pero lo que estoy diciendo es que deberíamos prepararnos por si vuelve a suceder. Tampoco nos imaginábamos que una guerra fuera algo posible la primera vez.

Asius miraba tanto como podía a Renuin sin que se le notase. Sabía que Ergon y Diacos no cambiarían de opinión, y necesitaba desesperadamente que sus argumentos captasen la atención de uno de los tres Justos. Por el momento, su semblante no le permitía extraer conclusiones respecto a su posición. Se mantenía seria y callada.

—Las cosas han cambiado desde entonces —dijo Ergon—. La Ciudadela es inexpugnable, no existe nada capaz de hacer mella en sus muros o en sus

puertas, y únicamente desde su interior se puede viajar al resto de las Esferas. Por otra parte, les doblamos en número y no me cansaré de repetir que nunca hemos sufrido una derrota. —Un suave murmullo de aprobación acompañó a la última declaración. Ergon era un artista de la palabra y era mortalmente eficaz influyendo en su audiencia mediante frases que eran justamente lo que el Consejo deseaba escuchar—. Invertir nuestros recursos en activar el Escudo sin motivo alguno es un despilfarro, al igual que abandonar nuestras investigaciones sobre la Onda.

—El Escudo se construyó después de la Guerra —le recordó Asius—. Contamos con él para la defensa de la

Ciudadela pero sólo lo hemos probado una vez. No sabemos si funcionará tras la Onda. Podría haber sufrido alguna alteración fatal, como tantas otras partes del Nido. No es demasiado pedir que lo revisemos por si acaso.

—No hay razón para pensar que el Escudo presente algún problema en su funcionamiento —dijo Diacos—. Su activación requiere de la intervención de cien de los nuestros, que en estos momentos están inspeccionando la disfunción de la armonía en el Nido. Retirarles de esa investigación sería posponer el momento de conocer el alcance de la Onda. De esa respuesta no sólo dependemos nosotros. El plano de los Mortales también está

experimentando cambios sin explicación y el número de vidas que han perdido es abrumador. No hacemos esto sólo por nosotros.

—Si perdemos una nueva guerra, si el enemigo se hace con el poder, ¿qué destino crees que les espera a los Mortales? Tampoco yo les he olvidado. Perseguimos el mismo fin. La única diferencia radica en las prioridades que tenemos. Yo creo que asegurar nuestras defensas es lo más sensato en estos momentos, a pesar de que implique un retraso en la investigación de la Onda.

—Por segunda vez, no hay ninguna guerra. —dijo Ergon con total seguridad.

—Debemos prepararnos para

cualquier cosa —repuso Asius—. Si algo nos ha enseñado la Onda es que todo es posible, incluso lo que no llegamos a imaginar. Y aún desconocemos demasiado. No sabemos dónde están los Neutrales, o si los Durmientes tienen algo que ver con los recientes acontecimientos.

—Ni los unos ni los otros son una amenaza —aseguró Ergon—. Son muy pocos y ni siquiera se atreverán a asomar la cabeza. Estarán escondidos en alguna parte y así seguirán. En cuanto concluya la investigación de la Onda les atraparemos. Además, hasta que regrese el Viejo, mantendremos las cosas tal y como están. Seguiremos fieles a sus últimas órdenes.

Asius recordó la reacción de Diago cuando le expresó sus dudas respecto a si el Viejo iba a regresar. Su amigo se encolerizó tanto que convirtió en astillas la silla sobre la que se sentaba. Esta vez debía ser más sutil con sus insinuaciones o le brindaría a Ergon, involuntariamente, el arma perfecta para aplastarle en ese debate.

—¿Y si el Viejo tardara en regresar? —Asius empleó un tono cauteloso e inocente—. Podría ser que se demorase mucho todavía. No podemos seguir pensando que mañana estará de nuevo entre nosotros. Sus órdenes no tenían en cuenta la Onda. Por tanto, nuestras acciones deberían basarse en los sucesos recientes.

—¿Qué estás insinuando, Asius? —La voz de Ergon abandonó su seguridad y se tornó más grave—. Que el Viejo no nos pusiera al corriente de la Onda no significa nada. Tiene sus razones, al igual que las tiene para no estar ahora presente, no lo dudes. No nos corresponde a nosotros dudar de sus decisiones. Sólo acatarlas.

—La Onda forma parte de algún plan del Viejo —secundó Diacos—. Que no lo comprendamos no cambia ese simple hecho. Nuestro deber es mantener las cosas como están hasta su vuelta.

«Si es que vuelve», pensó Asius, pero no se atrevió a decirlo en voz alta.

La pareja de Justos estaba resultando el muro de obstinación más complicado

de derribar con el que Asius se hubiera topado jamás. Renuin continuaba atenta a la batalla verbal sin exteriorizar sus emociones. Asius sintió una punzada de desesperación al constatar que iba a perder la discusión. La postura de Ergon era demasiado firme y Diacos era el héroe de la Guerra: nadie osaría contradecirles en público. Estaba solo. Aun así no podía abandonar. Sus convicciones eran muy fuertes y estaba seguro de que si no podía ganar hoy, podía al menos sembrar la duda para otro momento.

—Del mismo modo que la Onda forma parte de un plan del Viejo, según dices, Diacos, que empecemos a tomar nuestras propias decisiones puede ser

parte de ese mismo plan.

—Voy a hacer un esfuerzo por contenerme ante tus palabras, Asius, ya que pareces menospreciar cuanto hacemos en el Consejo. —No cabía duda de que Ergon estaba ya a punto de declarar abiertamente la guerra a Asius —. Tomamos nuestras propias decisiones. Si no lo ves quizás sea porque no son las que tomarías tú. Pareces no ser consciente de lo que sabemos de la Onda hasta el momento. —Asius lo sabía perfectamente pero juzgó oportuno callarse y no echar más leña al fuego—. La armonía del Nido se está deteriorando y el proceso aumenta con el paso del tiempo. Desde la Onda no podemos acceder a la Morada, la

séptima y más importante esfera. De acuerdo con las primeras estimaciones, si no corregimos el problema, en unos veinte años el Nido desaparecerá o algo peor, y la Tierra correrá la misma suerte, puede que incluso antes. Es posible que estemos luchando por evitar el fin de la existencia y no veo cómo esto no debe ser el foco de todos y cada uno de nuestros esfuerzos. —Asius ardió en deseos de explicárselo. Si el enemigo les vencía en una nueva guerra, estarían perdidos en un periodo de tiempo muy inferior a veinte años. Pero sabía que enfrentarse sin pruebas a Ergon y al Héroe era un suicidio político y, en honor a la verdad, sus teorías se basaban en una mezcla de conjeturas y

suposiciones, no en algo sólido. Ergon estaba enfadado y no le escucharía, así que desistió de intentar hacerle ver que él sólo pedía un pequeño retraso en los grandes planes para evaluar sus posibilidades si atacaban el Umbral. Asius adoptó una postura de derrota con la esperanza de aplacar la ira de Ergon y siguió escuchando el discurso—. Nuestras prioridades, en consecuencia, son proseguir las investigaciones y atrapar a Raven lo antes posible. Todo parece indicar que la Onda y él están íntimamente relacionados. Debemos averiguar hasta qué punto, y en qué medida, Raven posee la clave de la Onda.

Asius tenía demasiado claro que una

votación no iba a ser necesaria para decidir si se aprobaban las medidas sugeridas por él. No obstante, repasó los rostros de los seis Consejeros mientras regresaba a su asiento por si descubría algún signo de apoyo. Sólo Naela le miraba con un destello de comprensión en los ojos. Era un comienzo, pero uno muy pequeño. Para que una propuesta saliera adelante en el Consejo, el recuento de votos a favor debía superar al de votos en contra y al de abstenciones, pero los votos de los siete Consejeros sumados, en el excepcional caso de que todos estuviesen de acuerdo, contaba tanto como el voto de uno de los Justos. Por consiguiente, partiendo de la base de que Ergon y el

Héroe estaban en su contra, Diago necesitaba a Renuin y a todos los Consejeros de su parte, lo cual era sumamente improbable, y con todo eso no conseguiría más que un empate.

Tendría que redoblar sus esfuerzos para conseguirlo. No partía de una posición ventajosa. Asius no era un Consejero desde el inicio de los tiempos. Al igual que Diacos, se ganó el honor tras la Guerra, pero al no estar considerado un héroe como él, aún percibía un cierto recelo en las miradas de casi todo el Consejo, salvo de Diacos, Naela y Renuin. Era preciso que les abriese los ojos. Podía estar equivocado respecto a la amenaza que suponía el antiguo enemigo, pero algo le

decía que no estaban actuando como cabía esperar. La Onda lo había cambiado todo y, sin embargo, el Consejo seguía actuando de la misma forma que siempre, como si el Viejo aún lo supervisara. Antes de la Onda el Consejo nunca había tenido que afrontar decisiones de semejante envergadura, el Viejo se ocupaba de eso. Pero ahora estaban solos y Asius sentía en el fondo de su ser que las próximas batallas debían ser libradas de una manera radicalmente diferente a la que estaban acostumbrados.

Se sentó en su silla y aguardó con paciencia a que denegaran formalmente su petición. Asius no escuchó la voz de Ergon clausurando la Junta. Absorto en

sus pensamientos, salió el último de la Cámara y echó un vistazo al anillo de luz que flotaba en las alturas al tiempo que se preguntaba dónde estaría el Viejo.

Los demás ya se habían alejado. Asius fue tras ellos.

—No deberías rendirte, Asius —dijo Diacos a su espalda—. Noto mucha pasión en tus argumentos. Un sentimiento tan puro no puede estar completamente equivocado.

—Un cumplido extraño —le replicó, intrigado. Se paró para que el Héroe le alcanzase—. Sobre todo viniendo de quien tantas veces me ha rebatido.

—Era sólo para ver hasta dónde llegan tus convicciones —explicó

Diacos con una sonrisa imprecisa.

—Por lo visto, no lo suficientemente lejos.

—¿No lo dirás por mí? —Diacos fingió asombro—. En realidad me ha parecido muy interesante lo que has comentado hoy. ¿De veras crees que el Viejo no volverá? Oh, vamos, sé que no has dicho eso durante la Junta. Tus palabras han sido muy comedidas, pero tus ojos no.

Asius estaba impresionado por la perspicacia de Diacos, y también algo disgustado. No le gustaba que alguien leyera tan bien sus ojos. Tendría que andar con más cuidado en presencia del Héroe en el futuro.

—No estoy seguro de que no vaya a

volver. No tengo pruebas de que...

—No hace falta que midas tus palabras conmigo. Ahora no estás hablando con un Justo: estás hablando con un amigo.

Asius no sabía cómo tomarse aquello. Nunca había mantenido una relación especialmente estrecha con él y podía ser una oportunidad de aproximarse a uno de los Justos, pero la historia de Diacos le contradecía. En las escasísimas ocasiones en que el Héroe no había tomado parte por Ergon, se había mantenido ajeno a la discusión, absteniéndose en las votaciones, y desde luego hoy había estado tan en consonancia con Ergon que de haber tenido la misma voz que él, Asius no los

hubiera podido diferenciar.

—Veo que tus dudas te impiden creer en mis palabras —dijo Diacos con mucha calma—. Supongo que es normal.

—Está bien. —Asius se rindió a la tentación de intentar convencer a uno de los Justos, y nada menos que a la leyenda de la Guerra—. No es que piense que el Viejo no vaya a volver. Pero creo que lo más acertado es actuar como si no fuera a hacerlo. —Asius hizo una pausa y miró a Diacos, consciente de que lo que acababa de decir era algo que casi nadie aceptaba. Se preparó para una reprimenda. Diacos no dijo nada y le invitó con un gesto a continuar su explicación—. No creo probable que el Viejo regrese a tiempo de salvar la

crisis de la Onda, no sé por qué pero así es como lo siento, y si lo hace, mejor que mejor. Pero por si acaso, lo mejor sería, en mi opinión, que actuásemos por nuestra cuenta. No debemos limitarnos a esperar.

—Entiendo perfectamente que no te sinceraras con el Consejo como acabas de hacerlo conmigo. —El Héroe dejó escapar una suave carcajada. Asius nunca le había visto fuera de un ambiente formal y le sorprendió verle expresarse con tanta naturalidad—. La cara que hubiera puesto Ergon me habría sorprendido más que la Onda. Agradezco tu sinceridad y te diré que estoy considerando tomarme más en serio tus observaciones.

—Pero... has votado en mi contra.

—Naturalmente. Es mi deber emitir un voto acorde con mi conciencia y, por el momento, creo que Ergon está haciendo lo correcto. No obstante, tus palabras me han hecho pensar y me gustaría profundizar más en tus ideas. Es algo estúpido negarse opciones a uno mismo.

—Para mí sería un honor explicarte mis ideas. Podemos reunirnos...

Diacos levantó las dos manos y Asius se calló.

—Lamentablemente, mi tiempo es limitado y mis obligaciones no me permiten emplearlo en atenderte todo lo que me gustaría. Pero mi intención es firme. Yo había pensado en enviarte a Zaedon, mi ayudante personal, para que

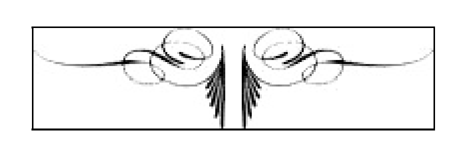
te apoye en cuanto necesites y me transmita tus ideas. Sólo si consideras que será algo positivo, por supuesto.

—Claro que sí. Zaedon será bien recibido. Él te mantendrá al tanto y cuando dispongas de tiempo podemos pulir los detalles más significativos.

—En eso quedamos. Te enviaré a Zaedon hoy mismo.

Asius se sintió algo menos intranquilo. Después de todo, quizás hubiese conseguido algo importante en la Junta que acababan de celebrar.

CAPÍTULO 10



Un movimiento silencioso y veloz, comparable a un parpadeo, y la daga que estaba en su vaina, junto al muslo, apareció en su mano como si se hubiera teletransportado. Nilia estudió detenidamente su filo con un gesto de satisfacción. Otra daga exactamente igual descansaba en su funda, adherida al muslo contrario. Eran sus posesiones

más preciadas y las consideraba dos miembros más de su propio cuerpo. A pesar de ser idénticas hasta el último detalle, y de que absolutamente nadie sería capaz de distinguirlas, Nilia siempre usaba la misma daga con cada mano.

Giró el puñal lentamente y sus ojos siguieron el pálido destello mientras fluía por el filo, desde la base hasta la punta. Su mente envió una orden, del mismo modo que ordenaría contraerse a un músculo, y un leve resplandor azulado envolvió la delgada hoja, que hasta ese momento ostentaba un deslucido color antiguo y oxidado.

Con suma agilidad, Nilia puso la daga sobre su antebrazo derecho y deslizó la

hoja sobre su piel suave y libre de vello, volcando toda su atención en la sencilla tarea. Se exigía a sí misma una precisión milimétrica. Sintió cómo la carne se iba separando tras el azulado filo, como la estela de una lancha sobre el mar. Saboreó el dolor cuando le llenó la cabeza y lo recibió como un premio largamente esperado. La daga cauterizaba la herida con la misma facilidad con que profanaba la carne, e impedía que la sangre brotase de ella. Al terminar, una nueva línea ondulada, delgada como un suspiro, formaba parte de su colección personal junto a tantas otras. No había perdido su toque: estaba perfecta.

El movimiento opuesto, igual de

silencioso y veloz, y la daga que estaba en su mano apareció en su vaina, como si se hubiese vuelto a teletransportar.

—Esta vez espero no tener que esperar milenios para poder repetirlo —se advirtió a sí misma.

Finalizado el ansiado ritual, que durante tanto tiempo se había visto obligada a practicar sólo en su imaginación, Nilia se sentó al borde de la cama y paseó sus ojos negros por el cuerpo que yacía a su lado arrojando ronquidos. Recorrió cada tramo de su fisonomía de la misma manera que un joyero examinaría un diamante de dos mil quilates. Retiró algunos mechones de pelo negro de su cara. Luego, deslizó su mano entre el cuero hasta que el

guante encajó y sus largos dedos, coronados por uñas negras, asomaron por sus respectivos orificios.

Contempló el dormido rostro un segundo más y le estampó una sonora bofetada con el dorso de la mano.

La cabeza se volvió contra la almohada y cuatro franjas sonrosadas se dibujaron en su mejilla. No se despertó. No obstante, dejó de roncar.

A Nilia le suponía un esfuerzo considerable entender que esa cara sucia y delgada, con una nariz desproporcionada, constituyera la carta de presentación de quien probablemente era la persona más buscada en todo el mundo. Por alguna razón, después de tanto tiempo tras él, su imaginación le

había otorgado unas facciones mucho más interesantes y llamativas.

Pensó en golpearle de nuevo pero, afortunadamente para él, el hombre se despertó bruscamente y se incorporó hasta quedar sentado sobre la cama. Si era una reacción a la bofetada, sus reflejos pasarían a engrosar la lista de decepciones. Nilia advirtió, divertida, su expresión de sorpresa y miedo, y se apresuró a actuar. Le tapó la boca con la mano izquierda y le empujó violentamente, tumbándole contra la cama. A excepción del brazo izquierdo, ninguna otra parte del cuerpo de la mujer efectuó movimiento alguno.

—Estás a salvo, Raven —le dijo esforzándose en adoptar un tono

tranquilizador. Notaba cómo Raven intentaba mover la cabeza bajo su mano —. Cálmate, ¿quieres? Si no, no podré soltarte, y tenemos que hablar.

Los ojos del hombre recobraron su tamaño habitual. Desde la mano que aprisionaba su boca ascendía un brazo de mujer, atravesado por innumerables líneas, que se convertía en un delicado cuello, algo más arriba, sobre el que reposaba la expresión de belleza más sobrecogedora que jamás en su vida hubiese visto. Los ojos eran de color negro, intenso y brillante, de tamaño grande y forma ligeramente rasgada; le apuntaban directamente bajo unas delicadas cejas. Una nariz pequeña y un poco puntiaguda y unos labios carnosos,

junto con una piel que parecía hecha de mármol, completaban un rostro que se podría contemplar durante días seguidos. El cabello liso y largo, a juego con los ojos, abrazaba la cara y fluía perezosamente hasta más allá de los hombros. Raven supo que ningún tipo de amnesia sería capaz de hacerle olvidar la deslumbrante imagen que se estaba esculpiendo en su memoria.

—Eso está mejor. —Nilia retiró la mano de su boca y esbozó una sonrisa, cuyos efectos en los hombres encontraba muy apropiados para el momento—. Puedes cerrar la boca.

Raven lo hizo, y sacudió la cabeza al tiempo que se incorporaba, inseguro.

—Tú me salvaste —balbuceó

evocando sus últimos recuerdos—. Yo... te estoy muy agradecido... de no ser por ti.

—Todo eso está muy bien —atajó Nilia—. Pero centrémonos en lo que aún no sé. Sería un detalle que me explicaras por qué Diago y sus amigos estaban tan interesados en ti.

—¿Les conoces? ¿Sabes quiénes son? —preguntó Raven, intrigado.

Aquello desconcertó un poco a Nilia. ¿Sería posible que no supiera quién era Diago?

—Digamos que hemos coincidido en alguna ocasión en el pasado. ¿Insinúas que no sabes quiénes te persiguen?

—No tengo la menor idea. —Raven se sentó al borde de la cama, junto a ella, y

se llevó las manos a la cabeza—. Llevan años acosándome —añadió, abatido—. Esta última vez... pensé que me habían capturado... Estaba totalmente a su merced.

—Aquí no te encontrarán. Deja de pensar en eso. ¿Sabes por qué te persiguen, al menos?

—No, eso también lo ignoro. —Nilia no podía dar crédito. Aquello carecía de sentido. Sin embargo, Raven parecía muy sincero. Su tono, su cara, su expresión corporal, todo indicaba que estaba diciendo la verdad. Ningún Menor sería capaz de engañarla, con lo que o bien era cierto, o bien pensaba que era cierto. No cabía otra explicación. Raven siguió divagando—.

Aparecieron de golpe, hace mucho tiempo... y me escapé. Desde entonces huyo de ellos, pero siempre terminan encontrándome, no importa lo lejos que vaya... Recuerdo que no hace mucho, uno de ellos, un tal Vyns, mencionó que era hora de que rindiese cuentas por algo que había hecho... Luego Diago dijo que me necesitaban vivo. Ellos también parecían sorprendidos de que no supiera quiénes eran.

—Te quieren vivo... Interesante. Tienes que saber algo, tener algo o ser capaz de hacer algo que ellos necesitan. ¿No sabes a qué se refería Vyns cuando dijo que les habías hecho algo?

—No, no puedo recordarlo. —Raven se llevó las manos a la cabeza otra vez y

apretó, como si eso le fuese a ayudar a recordar. Las mangas de su raída camisa cayeron hasta el codo, dejando a la vista los antebrazos—. Lo que sea que hice debió de ser antes de la Onda.

—¿Por qué sacas esa conclusión? —Nilia empezó a entender una parte de la historia cuando vio aquel antebrazo.

—Porque sufro amnesia. No puedo recordar nada de mi vida anterior a la Onda. Por eso creo que la explicación está en algo que hice antes.

—Me estás ocultando algo —dijo Nilia endureciendo el tono.

—¿Cómo? Te estoy diciendo la verdad —replicó Raven, inquieto. Algo en aquella mujer le resultaba alarmante. Necesitaba que le creyera—. ¿Por qué

iba a mentirte? Me salvaste de esos tipos que me llevan atormentando desde que tengo memoria. ¿Crees que no me gustaría saber qué ocurre y librarme de ellos para siempre?

A Nilia le pareció un argumento convincente.

—Entonces, dime: ¿cómo has logrado escapar de ellos tanto tiempo? —Estaba empezando a cansarse de no obtener respuestas—. Vyns no es más que un zoquete arrogante que se deja dominar por sus emociones. Tuvo suerte hace mucho tiempo y se me escapó. Pero espero poder terminar la charla que dejamos a medias. Le pienso hacer tragar todas sus extremidades antes de acabar con su miserable existencia. No

pude añadir una cicatriz en mi brazo en honor a su muerte, y todavía tengo el espacio reservado para él —añadió más para sí misma que para Raven mientras se palpaba el antebrazo derecho—. Pero Diago es casi competente y además es un Custodio. Estoy segura de que le han traído sólo para capturarte. Un Menor no es rival para ellos, así que explícate.

—¿Un Menor? ¿Qué es eso? —preguntó Raven, confuso. No había entendido la mitad de lo que había dicho.

—Olvida ese término. —Nilia se levantó y se inclinó sobre él—. Dime cómo has logrado evitarles tanto tiempo. —Sus ojos brillaron un instante y se tornaron más claros.

—Siento su presencia cuando se aproximan. —Raven se retiró un poco hacia atrás—. No sé cómo puedo hacerlo pero noto una especie de palpitaciones en la cabeza, y de algún modo puedo determinar su ubicación exacta si están muy cerca. —Los ojos de Nilia recuperaron su oscuridad y Raven se sintió algo más tranquilo—. Cuando les veo es como si un extraño halo les rodeara. Si te soy sincero... veo algo similar cuando te miro a ti, aunque... tu aura es distinta, nunca había visto una parecida. Eres como ellos, ¿verdad?

—No exactamente. Ya hablaremos de eso más tarde.

Nilia se quedó atónita, a pesar de que su aspecto exterior no varió en absoluto.

Estaba ante un Menor que podía percibirles. No sólo eso: sin siquiera verles sabía su localización. Eso explicaba cómo había sobrevivido tanto tiempo y, al mismo tiempo, hacía florecer otras tantas preguntas en torno al Menor.

—Tienes que contármelo, por favor —pidió Raven—. Tú los conoces. Sabes quiénes son y qué quieren de mí.

—No sé qué quieren de ti... aún.

Nilia le agarró por el brazo y apretó. Una expresión de miedo surcó el rostro del hombre y enseguida dio paso a una mueca de dolor. Comenzó a salir humo y el olor a pelo quemado inundó la diminuta habitación. Raven sintió el calor abrasando su piel en el lugar en

que Nilia le sujetaba. Intentó liberar su brazo al tiempo que sacudía todo su cuerpo, pero fue inútil. Era exactamente igual que si le hubieran colocado un grillete al rojo vivo.

—¡Basta! —gimió. Nilia estaba de pie, inmóvil, con rostro inexpresivo—. ¿Por qué?

Ella apretó más fuerte y Raven dio un salto. El dolor se estaba haciendo insoportable. Cegado por la desesperación, lanzó un puñetazo con su brazo libre contra la mano que le retenía. La presión no cedió y el humo continuó ascendiendo. Otro puñetazo. Nada cambió. Otro más. Este último no encontró nada que golpear; atravesó el aire y Raven notó cómo su cuerpo le

seguía por la inercia. Cayó al suelo desde el borde de la cama. Nilia le había soltado.

Raven giró sobre su cuerpo hasta ponerse boca arriba. Nilia le miraba con indiferencia.

—¡Se puede saber a qué ha venido eso! —le gritó—. ¡Me has quemado el brazo! —Raven miró su antebrazo. El dolor le estaba matando. Desde el codo hasta la muñeca la piel estaba deformada, irritada y expulsaba un olor muy desagradable—. El dolor es insoportable. —Se sentó en el suelo con dificultad y se plegó sobre su dolorido brazo—. Voy a tener que curarme. Puedo hacerlo. Unos segundos y quedará como nuevo.

—No lo harás —repuso Nilia tomando nota mental de otro detalle sin explicación: Raven podía curarse.

—¡Estás como una cabra! —Raven estaba fuera de sí. Se balanceaba adelante y atrás en busca de alivio—. Primero me achicharras la mano y ahora no quieres que me cure. ¿Te gusta verme sufrir?

—Deja de lloriquear. Me estás poniendo enferma. Se te pasará. Sólo es una quemadura.

—Serás ...

—Antes de que te lo quemara, ¿te dolía el brazo de vez en cuando?

—¡Sí! —gritó—. Pero no tanto, ¡por Dios!

—¿Sentías palpitaciones; como una

especie de latidos?

—¡Sí! —gritó más alto.

—¿Te escocía mucho de vez en cuando sin motivo aparente?

—¡Que sí! —chilló lo más alto que pudo—. ¿Cuántas veces quieres que te lo diga?

—Ya no te pasará más...

—¡Maravilloso! —la cortó Raven—. No olvides dedicarte a la medicina.

Raven no lo vio venir. Nilia estaba a dos pasos de distancia y un instante después su cara se volvió bruscamente hacia atrás, acompañada de un sonido corto y rápido. La mejilla empezó a dolerle.

—Si no me interrumpes te lo podré explicar. —Nilia le sujetaba por el

cuello y le obligaba a mirarla—. Diago, o uno de sus esbirros, te habían marcado. Sin que te dieras cuenta, por lo visto —añadió con una mezcla de lástima y desprecio—. Tenías grabado un símbolo en la piel que les permitía ver dónde estabas. Por eso daban contigo—. Le soltó el cuello.

—¿Será posible...? Yo... esto... supongo que debo agradecértelo.

—De nada. Ahora, usa un poco el cerebro. ¿Desde cuándo llevabas esa marca?

Raven arrugó la frente.

—Desde hace unos días. —Cerró los ojos con fuerza—. Sí, en las alcantarillas. Recuerdo que uno de ellos me agarró por el brazo cuando huía y

sentí un fuerte dolor.

—Las alcantarillas... —comentó Nilia, pensativa—. Sí, recuerdo la explosión que abrió el suelo. Llegué tarde en esa ocasión. ¿Fuiste tú? Interesante. Claro que eso no explica cómo han podido encontrarte anteriormente. A no ser que... si también puedes curarte... Sorprendente, pero no puede ser de otro modo. —Se volvió hacia él y le clavó los ojos—. Concéntrate y haz memoria. Repasa tus persecuciones, las que mejor recuerdes. Justo antes de que aparecieran, ¿puedes decirme si te habías curado o si habías utilizado alguna otra facultad que sólo tú posees?

Raven recordó a Maya y cómo la había reducido a cenizas al borde del

Támesis; momentos después Vyns había caído sobre él. Una lágrima rodó por su dolorida mejilla cuando el sufrimiento por haber perdido a la niña despertó en su interior. Ajeno totalmente a su chamuscado brazo, evocó otras dos persecuciones de hacía mucho tiempo y, efectivamente, estaban precedidas por una de sus inexplicables habilidades. Comprendió que en el fondo siempre lo había sabido. Se había enfrentado a numerosos problemas, evitando recurrir a su misterioso don, reservándolo sólo para casos extremos, porque sentía un temor irracional ante la idea. Era un mecanismo de defensa inconsciente que había sido demasiado estúpido para escuchar.

—Es como te digo, ¿verdad? —Nilia estudiaba sus expresiones. Raven asintió —. Ahora lo ves. Si empleas esas capacidades corres el riesgo de que te detecten.

Raven intentó levantarse mientras asimilaba lo sucedido. Ella le ayudó y le sirvió de apoyo hasta que se sentó de nuevo en la cama.

—Si no me lo cuentas todo no podré ayudarte. —Dijo Nilia. No le resultaba fácil mostrarse comprensiva con un Menor. Y menos le gustaba escarbar en su mente en busca de las respuestas porque él no fuera capaz de verlas por sí mismo. Pero aun sin saber el motivo por el que Diago le perseguía, la invadió la certeza de que el misterio que rodeaba a

Raven era de una gran importancia. Había estado considerando torturarle hasta la muerte si era necesario cuando agonizaba por la quemadura. Descartó esa idea y optó por intentar ganarse su confianza, por mucho que eso la hiciera sentirse como si se rebajara. Después de todo, era un simple mortal—. Te rescaté y te he borrado la marca que les señalaba tu posición. Si no me dices qué sabes no podré hacer más por ti.

—Es cierto que me has ayudado mucho. No sé cómo agradecértelo. El caso es que no hay mucho más que contar. —La voz de Raven era muy débil —. Salvo unas visiones... unos sueños que me atormentan y que no soy capaz de interpretar.

—Cuéntamelos y veré si les puedo dar algún sentido.

—Me asaltan sueños, imágenes, de un lugar que no tiene sentido para mí. Un lugar que por lo que yo sé no puede ser real. Cuando estoy en él me invade una sensación de paz y bienestar general. Juraría que es una especie de balcón. Hay una barandilla plateada que nunca llego a tocar y se ven cosas muy extrañas. Por mi cabeza se suceden imágenes de unas esferas moviéndose en torno a una luz. Luego giro la cabeza y se interponen imágenes que creo que son de diferentes lugares de la Tierra. Es algo confuso: el sitio está muy bien iluminado, pero lo raro es que no hay ni una sola sombra. Ni siquiera la mía.

Miro mi propio cuerpo y no proyecta sombra sobre el suelo.

—¿Ves el origen de la luz en alguna parte? —Nilia no podía creer que Raven estuviese describiendo el Nido. Al principio pensó que eran nuevos desvaríos, pero sólo existía un lugar donde no hay sombra.

—No. Lo busco, pero no hay nada que emita luz por ninguna parte —contestó confirmando sus sospechas—. Sé que suena imposible de creer pero te juro...

—Te creo —se apresuró a decir Nilia —. Continúa.

—Luego tengo borrones en mis recuerdos —siguió Raven, más animado al ver que ella le tomaba en serio—; imágenes que no comprendo. Hay

columnas, pedestales... están colocados de una manera irreal: algunos flotan, otros están en ángulos imposibles. Parece que hubiera más de tres dimensiones en ese lugar. Suena estúpido, pero no sé describirlo de otra manera. —Nilia escuchaba, concentrada en cada una de sus palabras—. No sé muy bien por qué, pero en esa sala flota un ambiente... majestuoso. Lo último que recuerdo que llama mi atención es una inmensa forma de luz, parecida al oro. Su geometría es complicada para mí; es alargada... grande, no acabo de entenderla. Pero siempre me quedo mirándola con una sensación de nostalgia y grandeza.

Después de milenios, de la Guerra y

de todo lo que Nilia había visto con sus inmortales ojos negros, lo último que hubiese esperado era que un Menor pudiera decir algo que la dejase boquiabierta. Era imposible. Carecía de sentido. Desafiaba toda lógica. Pero Raven, sin el menor asomo de duda, había estado en la Morada.

La partida acababa de subir de nivel. Ya se hacía una idea de por dónde iban los tiros. A pesar de quedar muchas cuestiones sin resolver, Nilia tuvo muy claro el siguiente movimiento.

—Tienes que prestar atención a lo que voy a decirte. —No se dio cuenta del cambio que experimentó su voz. Raven sí y la miró extrañado—. Tu vida corre un enorme peligro; mayor del que

puedas imaginar. Lo más importante es que nunca, bajo ninguna circunstancia, hables con nadie de esos sueños. ¿Lo has entendido?

—Sí, te entiendo. Pero dime por qué. Te he contado todo lo que sé; ahora podrías explicarme tú lo que está ocurriendo.

Cualquier duda que aún albergase Nilia sobre la sinceridad de Raven se había esfumado. Era una suerte que el Menor no entendiera las implicaciones de lo que acababa de contar. Lo importante ahora era que no hablase. Al principio pensaba averiguar lo que supiera y seguir con sus planes. No tenía por qué explicar nada a un Menor. Se sorprendió al ver cómo habían

cambiado las cosas. Desde luego, descartar la tortura había sido un acierto. Ya sólo restaba afianzar su confianza. Después de todo, tampoco pasaba nada por revelarle algún detalle con el que saciar su curiosidad.

—Tú sabes quién me persigue. Dímelo, por favor —insistió Raven.

—Son inmortales. Tenías razón: yo también lo soy, aunque no de su bando.

—¿Bando? ¿Hay bandos?

—Los hay. ¿Acaso todos los Menor... humanos sois del mismo país o cultura?

—¡Menores! Así es como os referís a nosotros. Inmortales... eso aclara algunos puntos. —comentó Raven con gesto reflexivo—. Pero tú mencionaste que ibas a matar a uno de ellos. ¿Cómo

se puede matar a un inmortal?

—Somos inmortales porque nuestra existencia no conoce fin por causas naturales. No envejecemos, ni enfermamos. Pero sí podemos matarnos unos a otros. ¿Ves estas marcas en mi brazo? Una por cada uno que he matado.

Raven observó el brazo con curiosidad. Tenía muchas líneas finísimas recorriéndolo.

—¿Qué les he hecho yo? ¿Qué significan esos sueños?

—No sé qué les has hecho. Tus sueños no son de este mundo, ni siquiera de este plano o dimensión. A ese lugar sin sombra le llamamos el Nido y es de donde Diago y su grupo proceden. De alguna forma, has estado allí, y por eso

te persiguen.

—¿Y qué hacéis en nuestro plano? ¿Por qué no os vais al Nido ese a pelearos?

—Eso es más complicado y no te lo puedo explicar. Basta con que sepas que la Onda no afectó sólo a este plano.

—¿Por qué no me lo puedes explicar? No es justo. Yo he confiado en ti.

—Tengo jefes ante los que responder y órdenes que cumplir.

—Pero...

—¡Pero nada! —Nilia se plantó delante de Raven de un salto y le sujetó por las muñecas. Acercó su cara a la suya hasta que sus narices casi estuvieron a punto de tocarse—. ¿Aún no confías en mí? ¿No ves que te estoy

protegiendo? —dijo casi en un susurro.

—Confío en ti —titubeó Raven—. De veras. Sólo que no comprendo...

—Entonces, ten paciencia. No permitiré que Diago te ponga la mano encima. Debo consultarlo con mi gente, pues ellos sabrán qué es lo mejor para ti.

Sin darle tiempo a contestar, Nilia apretó su muñeca derecha. Raven se retorció de dolor y dejó escapar un grito.

—Espérame aquí. No debes hablar con nadie hasta mi regreso —dijo apartándose.

—¿Qué me has hecho ahora? —Raven miraba atónito su dolorida muñeca. Un brazalete ancho y grueso, cubierto de

signos que no comprendía, le rodeaba la articulación.

—Es por tu propia seguridad —contestó Nilia, que se alejaba en dirección a la puerta. Salió de la habitación y se volvió hacia él con la mano sobre la puerta—. Sólo una cosa más. ¿Desde cuándo tienes esos sueños? —preguntó conociendo la respuesta de antemano.

Raven levantó la vista del brazalete y la miró, perplejo.

—Desde la Onda.

Nilia asintió y empezó a cerrar la puerta.

—¡Espera! —suplicó Raven. La puerta se paró—. Nilia, cuando me rescataste y nos caímos del edificio, creí

ver... ¿Tienes alas? —La puerta se cerró y se escuchó el sonido de un pestillo.

Nilia se había marchado sin contestar.



Una hora más tarde, Nilia se encontraba en una sala diáfana, de techo alto, en la vigésimo sexta planta de un edificio. Estaba de pie ante un enorme ventanal que hacía la vez de pared exterior. Adormecida por la conversación que estaba teniendo lugar, y en espera de que se tocasen puntos más interesantes, dejó vagar sus ojos

por la magnífica vista de Londres que se extendía ante ella.

Un autobús rojo, equipado con una plancha de acero en la parte de delante, surcaba la calle arrojando la nieve a ambos lados mientras una hilera de coches seguía fielmente a la improvisada máquina quitanieves. Dos manzanas más al norte, tres Menores discutían acaloradamente alrededor de tres vehículos que habían sufrido un aparatoso accidente.

Los ojos de Nilia siguieron planeando sobre la ciudad como aves sin un rumbo fijo. Llegaron hasta Hyde Park y descendieron suavemente sobre la parte sur, que no estaba afectada por la Niebla. Dos mujeres, con ropas

excesivamente ligeras para las temperaturas que bañaban Londres, intentaban captar la atención de un hombre exhibiendo diferentes partes de su anatomía. Algo más lejos, entre dos árboles, tres tipos le estaban dando una paliza a alguien. Un individuo pasó a pocos metros de la pelea y desvió la mirada, indiferente; siguió su camino y se sentó en un banco. Poco más tarde una mujer se sentó a su lado, dejó un maletín en el suelo, recogió una bolsa que había dejado previamente el ocupante del banco y se marchó por donde había llegado. El hombre del banco abrió el maletín y contó el dinero de su interior, ansioso.

Los aburridos ojos remontaron el

vuelo en busca de alguna presa con que alimentar la creciente necesidad de ocupar su mente. Flotaron sobre el lago Serpentine, que permanecía congelado en el medio del parque, y se toparon con la Niebla de Hyde Park. Ni siquiera su desarrollada vista era capaz de penetrar en la obstinada nube. Desde lo alto, se divisaban algunos tejados, e incluso plantas enteras, que asomaban tímidamente entre la Niebla insinuando que nada inusual ocurría bajo ellos. Luego, fijó los ojos en...

Nilia giró la cabeza hacia el interior de la sala cuando sus aguzados oídos captaron algo que rezumaba interés.

—... los preparativos para la guerra se están acelerando —informaba Urkast

con excesivo detalle para el gusto de Nilia. Era de constitución fuerte y su cabeza sobresalía entre las demás gracias a sus dos metros de altura. La llevaba rapada, menos las patillas, que le llegaban hasta la mandíbula. Lucía dos pendientes de aro pequeños, uno en cada oreja. Su rasgo más distintivo eran sus ojos, uno verde y otro azul. Se sabía que Urkast podía ver por detrás gracias a su ojo azulado—. No puedo hablar por los demás Barones, pero mis legiones están debidamente organizadas...

—Al fin hablamos de algo con sustancia. —Nilia se acercó a la mesa y se sentó con movimientos pausados. Los demás la miraron fijamente, molestos por la interrupción, especialmente

Urkast—. Si ya habéis terminado con las trivialidades, me uniré a la conversación.

—Muestra más respeto, Nilia —advirtió Tanon secamente. Su voz era muy grave y, junto con su mandíbula cuadrada, le confería una expresión dura y fría. Era de estatura media y de anchos hombros. Su pelo largo y castaño siempre colgaba hasta la mitad de su espalda, recogido en una trenza—. Los Barones decidimos lo que es importante, no tú. No creo que deba recordarte cuál es tu posición.

—Yo creo que debo recordarte que mi Barón no está presente, y que en su ausencia yo represento sus intereses. No es a ti a quien debo lealtad —miró a

Urkast y añadió—: Lamento la interrupción.

La expresión de éste no era la de quien acepta una disculpa, pero no dijo nada. Era un ser débil que no merecía ser un Barón, en opinión de Nilia. Sólo mantenía su cargo porque su clan era el más numeroso de todos. De seis Barones, Urkast contaba con casi el cuarenta por ciento de la población total, razón más que suficiente por la que ocupar el puesto. Desde luego, a Nilia no le cabía duda de que su cerebro no era el motivo. Tanon ya era otro cantar. De haber sido él quien estaba hablando, se lo hubiera pensado dos veces antes de interrumpirle. Aunque probablemente lo habría hecho igualmente.

—Nos parece muy bien que representes a tu Barón, Nilia —intervino Dast. Era un tipo alto, aunque no tanto como Urkast, y tirando a flaco. Su pelo, corto y castaño, se agrupaba en mechones de rizo largo que daban la impresión de estar siempre en movimiento. Los ojos parecían muy grandes para su cabeza y sus labios eran tan finos que su boca parecía un corte que le hubieran hecho por debajo de la nariz. Remataba su extraño aspecto con una barbilla excesivamente alargada. Pero lo que a Nilia más le disgustaba de él era su voz: sonaba como un susurro agudo y sibilino—. Pero debes respetar las jerarquías. Todos estamos en el mismo barco. De lo contrario, esa

guerra de la que tanto deseas hablar nos destruirá.

Nilia asintió de mala gana. Dast le desconcertaba. No era un Barón, y era el séptimo Barón al mismo tiempo. No tenía a nadie bajo su mando, pero asistía a las reuniones de los Barones y disfrutaba de los mismos privilegios que ellos. Nilia suponía que era por haber sido el consejero del Favorito. No tenía una opinión muy clara sobre él. Su aspecto y su voz le desagradaban, y también el hecho de que posiblemente era el más débil de todos ellos. En la primera guerra no le vio pelear ni una sola vez, y no dudaba de que podría con él con una mano a la espalda y sin arma alguna. No obstante, algo en él le

intrigaba. Compartía la posición más alta posible junto con los Barones, a excepción de la del Favorito, por supuesto, y lo hacía él solo. Era cierto que siempre hablaba con sentido común, no como Urkast, y sus comentarios estaban dotados de inteligencia, pero no le parecía suficiente para evitar que algún Barón se lo hubiera quitado de en medio ya, sobre todo ahora que el Favorito había desaparecido.

El último invitado era Capa. Se sentaba frente a ella y observaba la conversación en silencio, con un brillo divertido en los ojos y esa medio sonrisa cuyo significado Nilia no tenía muy claro.

—Prosigamos —atajó Tanon—. La

ofensiva será posible en cuanto nuestra labor en Londres esté finalizada. Capa, informa del estado actual.

El Niño inclinó la cabeza con un movimiento rápido y ceremonial.

—Con sumo placer, mi señor. —Era el único que se dirigía a su Barón con el término señor; entre su pueblo no eran necesarios títulos superfluos que no aportaran nada, pero a Tanon le complacía—. Es siempre una delicia obsequiarles con unas noticias como éstas. La construcción de los edificios sigue el curso establecido. Tres edificios están terminados y los otros dos lo estarán en breve.

—Espero que sea antes de un mes —dijo Nilia con un suave tono amenazador

—. Sólo funcionará durante un día. Todo será inútil si te retrasas.

Tanon hizo ademán de intervenir pero la mano de Dast sobre su brazo le ayudó a contenerse. Dudar de Capa era dudar de él mismo, ya que pertenecía a su clan, y estaba claro que a Tanon eso no le gustaba mucho.

—Agradezco que nuestra bella amiga llame mi atención sobre tan importante hecho —repuso Capa sin inmutarse—. No debes temer nada, Nilia: el plazo será respetado escrupulosamente. Mis queridos Menores trabajan con gran eficacia y dedicación.

—No me gustan, y menos aún que nuestros planes dependan de ellos. Son incapaces de ver más allá de sí mismos.

No deberías fiarte de ellos. ¿O lo haces para echarles la culpa si algo sale mal?

—Mis estimados Menores son dignos de la más absoluta confianza. Me permito aventurar que tal vez no lo ves porque no les conoces como yo. No negaré que tus argumentos son del todo correctos cuando se aplican a la generalidad de la raza humana, pero cuando los Menores son felices, son muy extremadamente eficientes, y me encuentro en disposición de garantizar que a mi lado están infinitamente más contentos que antes de la Onda. Llegado el caso, lucharían por defender nuestras cinco propiedades.

—Si tanto te gustan, puedes combatir a su lado cuando llegue la hora. Seguro

que a Tanon no le importa ponerte al mando de unos cuantos Menores y ver cómo cargáis contra el enemigo.

—Ya es suficiente —rugió Tanon. La sonrisa de Capa aumentó discretamente —. No vuelvas a insinuar cómo debo dirigir a mi gente. Si no puedes evitarlo, te recomiendo que vuelvas a mirar por la ventana.

—Los Menores eran indispensables, como ya discutimos en su día —susurró Dast—. No importa si Capa o tú tenéis razón. Necesitamos pasar inadvertidos el mayor tiempo posible: ésa es la única razón para que les utilicemos.

Una vez más, Dast lanzaba un comentario, como por casualidad, que era imposible rebatir. Nilia empezó a

desear pillarle en un error sólo por ver cómo se desenvolvía.

—Creo que, sintiéndolo profundamente, no tengo nada más que aportar —dijo Capa—. Salvo que nuestro ignorante enemigo no ha descubierto nada todavía y, con vuestro permiso, quisiera reiterar —clavó los ojos en Nilia— que en un plazo máximo de un mes los dos edificios que faltan estarán felizmente terminados.

—¿No es cierto que hace poco un Menor se coló en una de nuestras propiedades? —Nilia imitó la mirada que Capa le había dedicado—. ¿Sabemos con seguridad que no trabaja para el enemigo?

—¿De qué está hablando? —interrogó

Tanon a Capa.

—Fue un altercado sin la menor importancia, mi señor. —Nilia advirtió que la sonrisa de Capa temblaba durante un leve instante—. Es cierto que un Menor, un tal Richard Northon, entró en uno de nuestros edificios, pero tras una sencilla e inocente investigación, puedo concluir sin ninguna duda que no mantiene relación alguna con el enemigo. Nuestras actividades han supuesto una pequeña molestia en los planes de otro Menor llamado Jack Kolby, el cual nos envió al ya mencionado Richard para hacer averiguaciones. Son sólo unos pobres humanos que no comprenden qué está ocurriendo. A no ser que Nilia estime

conveniente que elevemos a los Menores a la categoría de posible amenaza.

—Cuidado con tus insinuaciones, niñato. Lo que yo estimo conveniente es que te encargues de la seguridad como es debido.

—Faltaría más, mi bellísima compañera. —A Nilia le asqueó el apelativo—. Jamás insinuaría nada intencionadamente que os pudiese incomodar.

—Este punto está bastante claro —decretó Tanon mirando gravemente a Nilia—. Todos sabemos lo que nos jugamos. Nuestro plan sólo puede funcionar un día concreto, y antes de ese día Capa habrá terminado. Llevamos

eones esperando una ocasión como ésta. Sin el Viejo, no tienen la menor oportunidad.

—Eso suponiendo que de verdad el Viejo haya desaparecido —intervino Urkast, dubitativo—. Que el Favorito lo haya hecho no implica que el Viejo también se haya esfumado. Convendría asegurarse a este respecto.

—¿Crees que hubiéramos avanzado tanto si el Viejo aún estuviese presente? —interrogó Tanon, molesto.

—No puedes estar seguro de que no sigue aquí —insistió Urkast—. No estaría mal ir con cuidado. Quizás deberíamos recordar que perdimos la primera guerra.

—Es cierto, Urkast. Propongo que nos

rindamos de inmediato —dijo Nilia mordiéndose los labios—. Así no tendremos que temer una nueva derrota. Podemos volver al Agujero y pudrirnos allí toda la eternidad.

—¿Insinúas que quiero rendirme? Me importa un bledo lo fuerte que te creas, Nilia. —Urkast estaba rojo de rabia por la ofensa—. Si quieres vértelas conmigo, sigue por ese camino. No eres un Barón y no decides.

—Puedes hacer lo que te dé la gana. —Nilia se puso de pie tras golpear la mesa con el puño cerrado—. Pero yo voy a terminar lo que empezamos, con o sin tu ayuda. Y si quieres que lo discutamos tú y yo a solas, estaré encantada de añadir una nueva muesca a

mi colección —añadió palpándose el brazo.

—¡Ya basta! —Tanon se incorporó, furioso—. ¿Es que no vamos a poder mantener una reunión sin que os peleéis? Nilia, todos conocemos tus merecidos deseos de venganza, pero resérvate para la guerra. Es la última vez que te advierto sobre amenazar a un Barón. —Nilia volvió a sentarse de mala gana—. Y tú, Urkast, ya está bien de tantas dudas sobre el Viejo. No está y punto. ¿Crees que nos habría permitido salir del Agujero? Si no es por Dast, que descubrió el modo de escapar, seguiríamos allí encerrados.

Urkast apretó las mandíbulas y permaneció en silencio mientras Tanon

tomaba asiento de nuevo. Capa no pudo disimular una sonrisa ante el alarde de autoridad que Tanon había demostrado al acallar a otro Barón. Sus ojos rebosaban de orgullo, a pesar de que el resto de su rostro conservaba las pinceladas propias del enfado.

El tiempo no hacía mella en un inmortal, flotaba a su alrededor, pero no osaba acariciar su cuerpo. Sin embargo, no mostraba el mismo respeto por su mente, y Nilia se sorprendió al ver cómo había moldeado la de Tanon. Era posiblemente el Barón más influyente, y, después del Favorito, quizás el más poderoso de todos ellos. Durante la Guerra, su valor y su fuerza deslumbraron a ambos bandos por igual,

y era de los pocos que Nilia respetaba como guerrero. Fue el único que consiguió matar a uno de los Justos, en una acción temeraria que le sirvió para ganarse su posición. Ahora, sin embargo, con el Favorito fuera de juego, Tanon parecía más preocupado por destacar entre los Barones que por obsequiar a sus carceleros con una amarga revancha.

—Los planes para la guerra continuarán como está previsto —dijo Tanon, tajante—. Sólo tenemos una ocasión de hacer que las circunstancias jueguen a nuestro favor. Si dejamos pasar ese día, tendremos que esperar trescientos años para poder atacarles otra vez, y eso no es aceptable. Se acabó

el discutir sobre el Viejo. —Hizo una pausa y esperó con gesto desafiante a ver si había alguna objeción. Nadie habló. La expresión de Capa resaltaba la satisfacción de que su Barón impusiera su voluntad. Dast permanecía indiferente —. Nilia, es tu turno de ponernos al día.

—Estoy ultimando los preparativos para capturar a uno de ellos.

—¿Qué más necesitas? —inquirió Tanon.

—No mucho: sólo al candidato adecuado y limar algún detalle. Estaré lista muy pronto. De hecho, en cuanto terminemos aquí voy a echar un vistazo a unos cuantos aspirantes, a ver si encuentro al que necesito.

—¿Qué puedes contarnos de Raven?

—siseó Dast.

—Lo tengo recluido en un sótano, a salvo. De momento no sé por qué están tan interesados en él —mintió Nilia—. Sufre amnesia y no puede recordar nada anterior a la Onda. Lo único que tiene de particular es que posee algunas de nuestras facultades, cosa insólita en un Menor.

—¿Algún problema con su captura? —preguntó Urkast.

Nilia maldijo a Urkast por ser él quien le hiciera esa pregunta. Preparó una réplica de antemano para la desproporcionada reacción que, estaba segura, el Barón iba a protagonizar ante su respuesta.

—Ningún problema. Diago y su grupo

le habían capturado pero logré llevármelo de allí. —Nilia se esforzó en hablar con mucha confianza—. Y ya que la ocasión lo permitió, maté a uno de ellos.

—¿Has dejado que te viesen? —Urkast se llevó las manos a la cabeza. Nilia se alegró de no haber malgastado el tiempo en prepararse para aquello—. La sorpresa es esencial. Somos menos que ellos. No debiste dejar que te vieran.

—Mis órdenes, que provienen de otro Barón —repuso ella muy tranquila—, eran evitar que Raven cayera en sus manos. Soy muy rápida pero aún no puedo hacerme invisible. Además, todos sabemos que nos hubiesen detectado

antes o después. Bastante hemos conseguido con pasar desapercibidos hasta este momento. ¿Crees que alguien hubiera podido arrebatar a Raven de cinco enemigos?

—Estarán alertados de nuestra presencia. Se prepararán para nuestra llegada —dijo Urkast, obstinado.

—Hasta cierto punto. —Nilia estaba intentando contenerse—. Sólo han visto a uno de nosotros. Seguirán confiados. ¿Qué han de temer? Ganaron la primera vez, como bien dijiste antes. No han perdido jamás. Y saben que la Ciudadela es inexpugnable. Además, no son como nosotros, no han tomado nunca una decisión sin el Viejo. Y dejemos ya de discutir sandeces. Es imposible que

llevemos un ejército hasta el Umbral sin que antes vean siquiera a uno de los nuestros. Sólo era cuestión de tiempo.

—Eso no justifica que les avisemos por adelantado.

—¿Quiere eso decir que debía haber dejado que Raven cayera en sus manos? Olvidas algo importante; el siguiente paso es capturar a uno de los suyos. ¿También esperas que lo haga sin que me vean? —Nilia agotó su paciencia—. Si consideras que tú puedes atrapar a uno sin ser visto, te cedo el puesto encantada. Así evitamos que reciban un segundo aviso.

—¿Raven no sabe por qué le persiguen? —intervino Dast cambiando de tema.

Nilia no supo si se debía a un interés desmesurado en Raven, cosa que no le convenía si quería mantener en secreto su sorprendente hallazgo, o a la intención de evitar un nuevo enfrentamiento con Urkast. En cualquier caso, le molestó la pregunta.

—En efecto. La amnesia le impide recordar qué ocurrió. Mencionó que, durante sus persecuciones, escuchó a Diago decir que le querían vivo. Es todo cuanto sabe.

—Si se me permite la indiscreción —comentó Capa—, ¿por qué nos has privado del placer de su compañía? Adoro los Menores. —Esbozó una sonrisa inmensa.

—No quería arriesgarme a que nos

interceptaran por el camino. —Era otra de las mentiras que Nilia había preparado para la ocasión—. Sin duda Diago intentará recuperar a Raven.

—Hmm... —murmuró Capa sin dejar de sonreír.

A Nilia no le gustó su sonrisa.

—Se me ocurre una posible solución para la amnesia del Menor. —Dast acariciaba su alargada barbilla sin mirar a ningún sitio en concreto—. Zegen puede ocuparse de Raven. Su mente no se le resistirá.

—Creía que aún estaba en el Agujero. —Nilia necesitaba encontrar una excusa para evitar que Zegen hablara con su prisionero, pero no se le ocurría nada que no sonase sospechoso, y la

expresión de Capa le sugería que ya tenía sus dudas.

—Le podemos hacer venir —colaboró Urkast—. No tardará más de un día, dos a lo sumo. Si es capaz de averiguar por qué Raven es tan importante puede valer la pena.

Nilia se devanó los sesos para encontrar una réplica que les hiciera cambiar de opinión. No lo consiguió. A fin de cuentas, con las molestias que se habían tomado para apresar a Raven, era normal que no se resignasen fácilmente.

—Entonces, decidido —dijo Tanon apoyando ambas manos sobre la mesa—. Haremos venir a Zegen y que pruebe con la mente de Raven. Una cosa, Nilia; en cuanto Zegen termine con el Menor, e

independientemente de su resultado, quiero que le mates. Si Diago le quiere vivo será por algo, y no vamos a permitir que lo consiga.

—Deberíamos conservar a Raven —siseó Dast con los ojos muy abiertos—. Quién sabe lo útil que nos podría resultar en el futuro.

—Aun a riesgo de... —comenzó a decir Capa.

—¡He dicho que lo quiero muerto! —La voz de Tanon traslucía enfado y determinación en idénticas proporciones—. Dast, el futuro es la guerra. Eso es lo único que nos debe preocupar en estos momentos. Si el enemigo quiere a Raven vivo, ya puede empezar a estudiar el arte de la resurrección, porque será de

la única forma en que lo consigan. Nilia, ya sabes qué hacer en cuanto Zegen haya terminado con él.

—No hay problema —asintió Nilia.

—Una prueba de su muerte —subrayó Capa con aire casual— sería de agradecer.

Nilia reprimió el instinto de clavarle a Capa una mirada llena de odio. De momento, no quería darle más motivos para avivar sus evidentes sospechas. Las sutiles insinuaciones y el estilo indirecto que acostumbraba a esgrimir como única forma de expresión la asqueaban intensamente, más de lo que hubiese estado dispuesta a admitir. En general, tendía a considerar débil a quien se escudaba bajo las palabras,

pero algo en Capa le resultaba desconcertante. En cierto modo, le recordaba levemente a Dast.

Se levantó de la mesa y abandonó la sala con mucha naturalidad. Bajó las escaleras a buen paso, mientras se concentraba en el siguiente asunto que debía resolver.

En la habitación se encontraban seis personas. En cuanto Nilia entró por la puerta, cinco se apresuraron a formar en línea recta frente a ella, mirándola con expresión seria.

—Son los cinco Corredores más sigilosos que tenemos —le informó el sexto ocupante de la habitación. Se llamaba Miwin, y Nilia apenas le conocía—. Tal y como pediste. Espero

que alguno sirva para tus propósitos.

—Yo también.

Nilia dio unos pasos hacia la hilera de aspirantes.

—Los dos de la izquierda —dijo señalándoles con el dedo— no me sirven: son rubios. Creo que especifiqué claramente que los quería de pelo castaño —le espetó a Miwin.

—Son muy rápidos y la ocultación es su forma de vida —repuso éste bajo la mirada inquisidora de Nilia—. Pensé que el pelo era un detalle menor. Se pueden teñir o...

—No me sirven teñidos —Nilia escupió las palabras—. Tienen que ser castaños naturales.

—Si me hubieras contado para qué los

necesitabas...

—Eso no es asunto tuyo. —Nilia se acercó a los tres restantes al tiempo que los dos rubios abandonaban la formación—. Tú eres demasiado alto —dijo cuando estuvo frente al primero. Se desplazó hasta el siguiente. Le puso la mano sobre la cara y acarició sus mejillas. Luego deslizó la mano por detrás de su cuello y le levantó el pelo—. Tú eres casi perfecto. Lástima de ojos saltones. Aunque bien mirado... —Nilia echó el cuerpo ligeramente hacia atrás y revisó rápidamente al último candidato—. No es tan importante, de hecho... sí, es casi mejor así.

Nilia se quedó pensativa. Había encontrado al más adecuado de esos

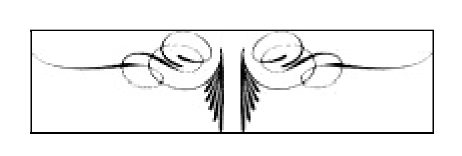
cinco, y la verdad era que le pareció mejor de lo que esperaba antes de cruzar la puerta. Sólo había un detalle que no la acababa de convencer: era del clan de Urkast, no del suyo.

—¿Tenemos un ganador? —preguntó Miwin.

—En efecto, me quedo con éste —dijo poniendo la mano sobre el hombro del seleccionado, mirando a Miwin—. Dile a Urkast que me lo llevo. Él sabe para qué me va a servir. Si tiene alguna queja, le puedes decir que hable con mi Barón. Stil se lo aclarará. —Luego se volvió y miró fijamente al nuevo miembro de su equipo—. Mañana te quiero listo aquí mismo. Si hay alguien de tu clan que te importe de verdad, te

recomiendo que te despidas de él. Después de mañana pasará mucho tiempo hasta que vuelvas a tu antiguo puesto. Eso suponiendo que salgas con vida de la misión que te voy a encomendar.

CAPÍTULO 11



La muralla de Londres era, sin la menor duda, la construcción humana más lamentable que Rick había visto en su vida. Su nacimiento se remontaba a unos escasos cinco años, y el militar no estaba seguro de que fuese a resistir otros cinco más.

Los edificios integrados en su recorrido estaban medio en ruinas.

Habían soportado multitud de explosiones durante la guerra y las paredes que aún seguían en pie estaban agrietadas e incompletas en varios puntos. Los cristales de las ventanas se habían evaporado en miles de trozos bajo las detonaciones enemigas, dejándolas al desnudo. Las uniones entre las planchas de acero se estaban disolviendo en varios puntos, creando huecos enormes en forma de 'V' cuyo vértice se iba aproximando cada vez más al suelo, generando en algunos casos la necesidad de levantar pequeñas barricadas que contribuían todavía más a la degradación de su aspecto. Sin la amenaza de una nueva guerra, la reparación de la muralla quedó relegada

al olvido.

Su edificación fue idea de Gordon. Con un discurso preparado a la perfección para explotar el miedo, el comandante señaló la imposibilidad de mantener el orden en la ciudad sin dedicar a tal fin todos y cada uno de sus soldados. Fue su gran baza para destacar sobre sus competidores por el mando del ejército. Recordando aquellos momentos, Rick tuvo que admitir que fue una idea acertada. La muralla exigió cuatro meses de duro trabajo, fue necesaria la colaboración de todo el mundo, y en lo que a seguridad se refiere, la ciudad experimentó una mejoría desde el nacimiento de su muro exterior.

Cuando terminó la guerra y se establecieron las fronteras de la Zona Segura con el Norte, Londres conoció el siguiente paso en su obsesión por la defensa y la protección. Se estableció una ordenanza por la que nadie podía franquear la muralla sin un pase de ciudad. Las consecuencias de esa decisión tardaron poco en apreciarse. La muralla adquirió un nuevo significado al representar una división entre un mundo con relativa ley y orden, y un mundo mucho más cercano al caos y al salvajismo. No tardó en surgir un nuevo escenario sobre el que la delincuencia volcó su imaginación: falsificaciones de pases, tratos para entrar o salir de la ciudad y un largo etcétera. También las

leyes contribuyeron de manera ingeniosa al incluir una nueva pena de carácter medieval: el exilio bajo pena de muerte.

Rick conducía su coche en paralelo a la muralla, absorto en sus pensamientos. Por más que repasaba lo que había averiguado de la Tech Underground Corporation, no llegaba a ninguna conclusión, salvo a la de que estaba tratando con elementos más allá de su comprensión. Hacía dos días que había escapado a duras penas de una especie de animal con dientes del tamaño de puñales y una fuerza capaz de derribar una puerta de acero. Además, los extraños edificios que construía la T.U.C. estaban huecos, Scot había muerto a causa de algo que redujo el

interior de su cuerpo a cenizas y la única pista que encontró en su apartamento era un informe médico sobre cómo le habían extirpado el útero a una tal Ángela Brown hacía trece años. Había preguntado a Jack acerca de la mujer pero dijo que no había oído nunca antes ese nombre.

Y luego estaba el espejo en el que se había visto reflejado de espaldas. Un detalle que no iba a comentar con nadie o le tomarían por un auténtico chiflado. Le ingresarían en un psiquiátrico aduciendo que el viaje al otro mundo le había trastocado el cerebro, como al otro soldado que regresó con él. Y la verdad es que comenzaba a pensar que había sido producto de su imaginación.

Estaba muy oscuro. Sí, eso debió ser, un efecto visual. Era mejor centrarse en su investigación.

Rick había localizado a Robbie Fenton, el antiguo propietario del almacén por el que Jack había pujado, y que ahora, tras haber sido derribado, estaba dando a luz un nuevo edificio de la T.U.C. Le sorprendió saber que Robbie residía en una casa a sólo una manzana de la decrépita muralla. A la mayoría no les gustaba vivir tan cerca por un fundado temor a ver su casa saltar por los aires en caso de que estallara una nueva guerra.

Aparcó el coche y se bajó mirando al cielo. Disfrutó unos segundos mientras los rayos de sol acariciaban su rostro.

Hacía mucho que el cielo no prescindía de densas nubes siempre vestidas de colores desconocidos. Rick divisó el dorado astro y lo miró fijamente hasta que los ojos le dolieron. Finalmente apartó la vista y sintió una especie de nostalgia al ver los destellos luminosos que el sol había grabado en su visión.

Llegó hasta la puerta de la casa de Robbie y la golpeó.

—¡Ya va! —gritó una voz. Rick escuchó pasos acercándose en el interior —. ¿Quién es?

—Me llamo Richard Northon. Hablé con usted por teléfono, señor Fenton. Teníamos una cita.

Rick oyó cómo alguien corría un pestillo y la puerta se abrió. Un hombre

de escaso pelo gris y rostro simpático le sometió a un examen visual. Robbie estaba envuelto por una bata a cuadros y calzaba zapatillas de andar por casa.

—Eres el empleado de Jack, ¿no es cierto? —Rick asintió y Robbie le hizo un gesto para que entrase—. Pasa, muchacho. Casi me había olvidado de ti. Vamos al salón y, por favor, llámame Robbie.

Rick le siguió por un amplio pasillo decorado con cuadros y fotos de la que supuso era su mujer. El salón era grande y muy agradable. Tenía detalles propios de quien pasa tiempo en casa y vuelca parte de su cariño en convertirla en un hogar.

—Tiene una casa muy bonita —

comentó tomando asiento y mirando a su alrededor—. No creo haber estado en un sitio tan acogedor desde antes de la Onda.

—Muchas gracias —dijo Robbie, encantado por el comentario—. La gente ya no se preocupa por sus hogares. Vivimos tiempos muy difíciles. Pero supongo que no has venido para hablar sobre decoración de interiores. ¿Cómo le va a Jack? Me hubiera gustado verle.

—Le va bastante bien. Tengo entendido que sois amigos desde hace tiempo.

A Rick le llegaron sonidos desde otra parte de la casa. El agua caía por un grifo. Dos platos chocaron y se escucharon pasos de un lado a otro.

Había alguien en la cocina.

—Así es. Hicimos negocios hace algunos años y desde entonces he colaborado con él en alguna ocasión. —Robbie exhibía una sonrisa inquieta y sus ojos cambiaban de objetivo con movimientos bruscos.

—En realidad quería hablar del último negocio que no llegaron a realizar. Hace una semana más o menos vendió su almacén a una empresa llamada Tech Underground Corporation, y me gustaría saber por qué no aceptó la generosa oferta de Jack.

El cambio en la cara de Robbie fue difícil de ignorar. Sus ojos se hundieron en sus cuencas y sus escasas cejas ascendieron, sacando a relucir una serie

de profundas arrugas sobre su frente que acentuaron más su edad. Rick observó perplejo cómo le invadía el nerviosismo.

—No es lo que parece. —Robbie hablaba muy deprisa—. Debes decirle a Jack que no era mi intención perjudicarle. Él sabe que yo no tengo nada en su contra. Es sólo que...

—Cálmese —dijo Rick, que creía entender lo que estaba pasando. Levantó las manos con gesto conciliador—. No me ha enviado para ajustar cuentas ni nada por el estilo. De hecho, no sabe que he venido. Sólo intento averiguar qué trama esa empresa, nada más.

Robbie suspiró muy bajito y su rostro se relajó un poco.

—Claro, me gustaría ayudarte, de verdad. —Robbie sonaba bastante sincero—. Pero la verdad es que el motivo de mi venta es que quiero dejar los negocios y dedicarme por completo a mi familia.

Rick había acertado al pensar que Robbie se sentía amenazado, lo cual le dio una idea de cómo ataba Jack algún que otro cabo suelto. Era imprescindible que Robbie confiara en él o no le contaría nada.

—Lo comprendo. La familia es lo más importante. —Rick esbozó la sonrisa más amable de su repertorio de muecas—. Es sólo que me extrañó su rechazo. La oferta de Jack era muy generosa y en el pasado creo que fue un préstamo suyo

el que le permitió salir a flote. ¿Le ofrecieron más dinero los de la T.U.C.?

—No exactamente... —Robbie empezó a frotarse las manos con fuerza—. Me dieron dinero, por supuesto. Pero yo lo que quería era... mi familia... no puedo contárselo...

—Eh, vamos. No pasa nada. —Robbie hundió la cabeza entre sus manos y Rick pensó que se iba a desmoronar por completo. Aquello se le estaba yendo de las manos. No cabía duda de que Robbie cargaba con una gran preocupación—. Dejemos el precio para más tarde. ¿Puede decirme algo de la T.U.C.? No he conseguido que su presidente me conceda una entrevista. ¿Le conoció usted?

—No lo creo. Sólo conocí a un empleado, un tal Capa. No sé su verdadero nombre. Fue muy amable y cerré el trato sin hablar con nadie más; se encargó de todo él solo.

El nombre golpeó la cabeza de Rick.

—Ese Capa, ¿parecía muy joven? —preguntó, impaciente. Se acordó del falso conserje con el que había tropezado en casa de Scot. No había visto a nadie más vistiendo una capa—. ¿Hablaba mucho? ¿Con frases interminables?

—Sí, ése es. ¿Le conoce? —Robbie se removió en su asiento, extrañado.

—Me encontré con él hace unos días —explicó Rick intentando restarle importancia—. ¿Mencionó para qué

quería el almacén?

—Sólo dijo que estaba interesado en el terreno —contestó Robbie, pensativo —. Creo que pensaban levantar un edificio de oficinas o algo así. La verdad es que no presté demasiada atención...

El sonido de un plato estrellándose contra el suelo interrumpió la conversación. Robbie giró la cabeza hacia el lugar de donde había venido el ruido con una mueca de alarma.

—¿Estás bien, cariño? —gritó—. ¿Necesitas ayuda con algo?

—Sólo se me ha caído un plato —contestó una voz femenina—. No pasa nada.

—Sé que me preocupo en exceso —le

dijo Robbie a Rick a modo de explicación—. Pero es que mi mujer está embarazada.

—No se preocupe, lo entiendo perfectamente. No sabía que la señora Fenton estaba en casa. Enhorabuena por el embarazo.

—Gracias. Está en la cocina preparando algo para picar. Le dije que no hacía falta, pero ella insistió. Se preocupa mucho por las visitas y el qué dirán.

—No pretendía molestarles. Si prefiere que vuelva en otro momento...

—No es ninguna molestia. Ángela pensó que le gustaría desayunar con nosotros. La verdad es que es una de las mejores mañanas que hemos tenido en

demasiado tiempo. Ya casi no recordaba cómo era el sol.

La puerta del salón se abrió y una mujer entró de espaldas cargada con una bandeja. Robbie salió disparado de la silla y le quitó la bandeja de las manos.

—Ya te he dicho que no cargues peso —la reprendió—. Deberías haberme llamado y yo hubiera traído la bandeja.

—Tú estabas atendiendo a nuestro invitado —protestó ella.

—Encantado de conocerla, señora Fenton. —Rick se levantó de la silla y Robbie colocó la bandeja en la mesa, con gran cuidado. El desayuno consistía en una jarra de zumo de naranja, recién exprimido a juzgar por el delicioso olor, y un surtido de pastas y bollos.

—Llámame Ángela —dijo ella al tiempo que tomaba asiento, ayudada por su atento marido. Era una mujer delgada de mediana edad, que llevaba el pelo recogido en un moño y un vestido amplio que le colgaba por debajo de las rodillas, alejándose mucho de su espalda, para dejar sitio a un vientre hinchado, de al menos siete meses, calculó Rick—. ¿Le apetece un zumo?

—Tomaré un vaso con mucho gusto. —Rick llenó los tres vasos y le acercó uno a Ángela. Luego cogió el suyo y se volvió a sentar.

—Gracias —dijo ella—. Seguid con vuestra conversación. No interrumpáis nada por mí.

—Ya habíamos acabado —dijo Rick.

No estaba seguro de que fuese apropiado continuar en presencia de la mujer, aunque a su marido no parecía molestarle su presencia. Muy al contrario, no le quitaba la vista de encima.

—No sé qué más puedo contarle que le sirva de ayuda —dijo Robbie dirigiéndose a Rick—. No sé nada más de la T.U.C. Sinceramente, ahora está en posición de entender por qué no me interesé por sus negocios. —Lanzó a su mujer una mirada llena de ternura—. Lo único que me importa ahora es mi familia. Por fin vamos a ser padres y queremos dejar todo esto atrás. En cuanto nazca nuestro hijo nos iremos de Londres. —Robbie se volvió hacia Rick

y su voz adquirió un matiz de preocupación—. Lamentaría mucho que Jack me malinterpretara. Si pudiera ayudarle de algún modo lo haría, pero no sé nada más. En cuanto a lo que nos dieron por el almacén...

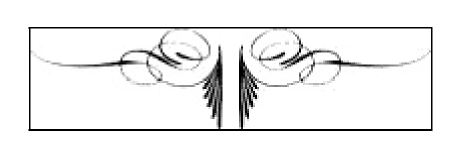
—No se preocupe por eso —atajó Rick, que lo había comprendido todo de repente. Las piezas encajaron en su cabeza. En otras circunstancias esto habría sido lo último que se le hubiese ocurrido, pero con lo que había vivido últimamente...—. El apellido de soltera de Ángela es Brown, ¿verdad?

La pareja intercambió una mirada de incredulidad.

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó Robbie.

—Pura casualidad —dijo Rick levantándose. No tenía ni idea de cómo era posible algo así, pero acababa de desayunar con Ángela Brown. Ése era el gran descubrimiento que llevó a Scot a escribir con un rotulador rojo ESTÉRIL sobre el informe médico. Por increíble que pareciera, Capa había encontrado la manera de devolver la fertilidad a una mujer a la que le habían extirpado un útero corroído por el cáncer—. Gracias por todo. Suerte con la familia y no se preocupe, Robbie, me ha ayudado muchísimo más de lo que hubiera creído posible —dijo Rick desde la puerta, justo antes de salir de la casa.

CAPÍTULO 12



Ni una sola ventana por la que se pudiese derramar algo de luz natural se podía encontrar en la habitación. El único hueco que había en las formidables paredes de hormigón, situado a la altura del techo, consistía en un estrecho conducto destinado a la ventilación por el que un gato gordo hubiera experimentado dificultades al

pasar. Tampoco había ninguna lámpara, plafón u objeto que emitiese luz alguna, a excepción de cuatro velas. No era de extrañar que el aire estuviera cargado y que la atmósfera adoleciese de las incomodidades propias de una luz demasiado tenue.

El mobiliario era tan escaso como el alumbrado, en consonancia con lo que Raven identificó, a los pocos minutos de que Nilia le dejara allí encerrado, como su celda personal. Había un baño, una cama en una de las esquinas, una mesa con dos sillas plegables y cuatro candelabros de un metro de altura. Eso era todo lo que se podía encontrar en los quince metros cuadrados donde llevaba recluido casi tres días.

Al principio temió quedarse totalmente a oscuras cuando las velas se consumiesen, pero descubrió con gran asombro, y una cierta dosis de alivio, que nunca se gastaban: la cera seguía ardiendo, ajena al lento transcurso del tiempo.

El anhelo de libertad, que todo recluso experimenta, alcanzó cotas insospechadas en su mente cuando las especulaciones, a las que inevitablemente se dedicó, dieron forma a una complicada trama según la cual Nilia estaba negociando con Diago un precio por su cabeza.

—Tú dame lo que te pido —decía la Nilia generada por su imaginación— y te entregaré al Menor. Le conté cuatro

estupideces y le encerré en un cuarto oscuro.

Luego Diago dejaba escapar una carcajada siniestra y los dos se daban la mano.

No fue la única posibilidad que sopesó su atormentada cabeza, pero fue la que más contribuyó a que hiciera lo imposible por escapar de su prisión. La puerta no se podía abrir. Lo intentó de varias maneras pero fue en vano. Empujó con su hombro para tantear sus posibilidades, las cuales, advirtió, eran muy escasas. El siguiente intento pasó por golpearla con uno de los candelabros después de dejar cuidadosamente la vela sobre la mesa. Por último, arremetió contra ella

utilizando la cama como ariete. Aquella maldita puerta no cedió ni un milímetro.

Fue entonces, tras comprender que aguantaría sin problemas sus ridículos intentos y tras obsequiarle una patada en señal de frustración que le dolió más de lo que había previsto, cuando le asaltó la peor idea que pudo haber tenido.

Con una reciente determinación producto de una falsa esperanza, y desatendiendo lo que Nilia le había contado sobre cómo Diago le había hallado en anteriores ocasiones, Raven puso la mano abierta sobre la puerta y se concentró.

La extraña energía que le permitía realizar cosas que desafiaban los límites de lo posible, como curar su cuerpo o

fundir barrotes, empezó a manar de su interior. Y prácticamente en el mismo instante, el brazalete que rodeaba su muñeca se iluminó con un resplandor azulado. Un brutal calambre recorrió su cuerpo, proporcionándole todo lujo de convulsiones y espasmos. Salió despedido hacia atrás y cayó al suelo sobre su espalda.

Cuando se despertó habían pasado varias horas, tenía el brazo dolorido y su situación no había mejorado, salvo porque ahora sabía qué hacer en caso de no poder conciliar el sueño.

Las horas siguientes transcurrieron tan despacio que Raven se preguntó si el tiempo retrocedía en lugar de avanzar. La desesperación crecía en su interior,

arrinconando cada vez más al resto de sus emociones. Resignado a permanecer allí hasta que Nilia volviera, se preguntó qué sería lo primero que le diría y cuál sería la actitud de ella. Una disculpa por su parte, debidamente acompañada de una explicación coherente, era lo único concebible. Pero, ¿cómo reaccionaría él? Una parte de su ser abogaba por una queja en toda regla que reflejase contundentemente su indignación por el prolongado encierro. Otra parte, que le había sido desconocida hasta la primera vez que vio a Nilia, insistía obstinadamente en que sería del todo incapaz de enojarse con ella. Era la parte que se había encendido cuando contempló sobrecogido la perfección de

su rostro. Algo ardió en su interior llenando de calor todo su ser. Se preguntó brevemente por qué no había sentido nada semejante por otra mujer. A esa pregunta le sucedió el pensamiento de que no era probable que no hubiera estado nunca con una mujer, y que era posible que tuviese familia en alguna parte.

Sin distinguir bien cuándo estaba dormido y cuándo despierto, Raven pasó el resto del tiempo tumbado en la cama, librando una durísima lucha contra la desesperación, hasta que el sonido de unos pasos, al otro lado de la puerta, llegó a sus oídos.

Se incorporó como un resorte y se sentó al borde de la cama. Clavó los

ojos en la entrada e intentó escuchar por encima de los latidos de su corazón. Gracias a Dios, Nilia había vuelto.

Sonó el pestillo al otro lado y la puerta comenzó a abrirse. Todas las conversaciones que había estado imaginando se desvanecieron cuando distinguió una figura entrando en la habitación.

—¡Ya era hora! —gritó poniéndose de pie—. Se puede saber qué...

Raven enmudeció cuando vio con claridad al recién llegado. No era Nilia.

—¿Es éste? —preguntó el desconocido.

Era un hombre alto con el pelo largo y blanco. Sus facciones no se apreciaban con claridad, debido a la insuficiente luz

que arrojaban las velas. El tipo dio unos pasos hacia el interior del cuarto.

—Sí, es él —dijo Nilia entrando en la habitación y cerrando la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Raven. La sorpresa había disuelto su rabia—. Dijiste que me ayudarías con mis...

La mano de Nilia aterrizó bruscamente sobre su boca. Raven no entendió en absoluto cómo ocurrió. Ella se acercaba andando hacia él y de repente, un movimiento fugaz por el rabillo del ojo, y estaba a su espalda tapándole la boca con la mano. La otra mano apareció en torno a su pecho y le atenazó con una fuerza que supo era incapaz de superar.

—Todo tuyo, Zegen —dijo Nilia.

—Será rápido. —El desconocido se

puso delante de Raven—. Sólo te dolerá un poco, humano —añadió con una sonrisa afilada.

Raven intentó en vano liberarse del temible abrazo, sacudió su cuerpo como pudo pero obtuvo los mismos resultados que en su lucha contra la puerta de la habitación. Zegen extendió el brazo derecho, posó la mano sobre su sudorosa frente y cerró los ojos.

Raven sintió cómo su cuerpo experimentaba un súbito descenso de temperatura. Una nueva consciencia se abría paso violentamente en lo más profundo de su mente, aplastando su propia voluntad y seccionando los hilos del tejido de sus recuerdos. Le invadió una sensación de mareo cuando por sus

ojos desfilaron imágenes a mayor velocidad de la que podía asimilar. Se vio a sí mismo buscando su propia sombra sin éxito, junto a un enorme trono. Luego un borrón. Ahora estaba al borde de un edificio muy alto y miraba hacia abajo: coches diminutos y personas que parecían muñecos circulaban por la calle bajo sus pies. Otra sucesión de borrones. Ahora una mujer que no reconocía le entregaba una bolsa de papel y se alejaba enviándole un beso con la mano derecha...

De repente, las imágenes cesaron y Raven volvió al cuarto en el que había estado recluido. Nada inmovilizaba su cuerpo. Miró hacia abajo y encontró el cuerpo de Zegen tendido en el suelo.

Nilia estaba reclinada sobre él. Rodeó con sus manos las empuñaduras de dos dagas que sobresalían de las cuencas de los ojos de Zegen y las extrajo con un movimiento suave. Raven observó que las hojas resplandecían con un brillo rojizo.

—¿Qué ha pasado? —balbuceó Raven, que todavía no había recobrado del todo el calor en su cuerpo—. ¿Le has...?

—Matado, sí. Lo has entendido a la primera. —Nilia se levantó y el brillo de los puñales desapareció. Las dagas parecían oxidadas y en muy mal estado, como si hubiesen cambiado cuando el halo rojizo las abandonó. El filo era irregular y daban la impresión de ser

dos cuchillos viejos y descuidados—. Hay que largarse de aquí enseguida.

—¿Qué hacemos con el cadáver? —preguntó Raven, que ya estaba caminando en pos de Nilia.

—No te preocupes por eso. Mi gente lo encontrará. —Se detuvo junto a la puerta y Raven estuvo a punto de chocar con ella. Una de las dagas estaba brillando otra vez, pero en esta ocasión el brillo era azulado y no rojizo—. Debería añadir una nueva muesca... —dijo ella volviéndose hacia el cuerpo de Zegen mientras se daba golpecitos sobre el brazo cubierto de líneas.

—¿Muesca? ¿A qué te refieres? —preguntó sin entender el comentario.

—Ya tendré tiempo para eso más

tarde. —El brillo azulado se desvaneció y la daga recuperó su lamentable aspecto. Nilia la guardó en su vaina, pegada al muslo—. Salgamos de aquí.

Recorrieron un pasillo alargado, luego subieron por unas escaleras que crujían y estaban sepultadas en basura, y finalmente llegaron a una puerta de cristal que dejaba ver una calle cubierta de nieve al otro lado. Cuando salieron del edificio, Raven tuvo que taparse los ojos con las manos. La intensidad de la luz natural atravesó sus dilatadas pupilas produciéndole un dolor para el que no estaba preparado. Demasiado tiempo bajo la escasa iluminación de las velas.

—Necesito unos segundos. —Dos

lágrimas alargadas resbalaron por sus mejillas—. ¿Te importaría quitarme este trasto? —Alargó el brazo en el que llevaba el brazalete que tanto daño le había causado cuando había intentado fundir la puerta.

Nilia lo agarró y una luz surgió de su mano; cuando se desvaneció, el brazalete había desaparecido.

—Gracias —dijo Raven secamente, frotándose la muñeca.

—Apóyate sobre mi hombro con una mano. Iré despacio.

Raven obedeció y anduvieron a paso lento por la acera. Aún no podía abrir los ojos completamente, ya que los reflejos del sol sobre la nieve, que estaba por todas partes, eran como

pinchazos en su cerebro.

—Al menos podrías decirme por qué tardaste tanto en volver. Me dejaste encerrado casi tres días. Y ese brazalete tuyo me lanzó una descarga que hubiese matado a un elefante.

—Era por tu propia seguridad —le recriminó ella. Raven se dio cuenta de que Nilia no consideraba que le debiera una disculpa—. Te advertí que no recurrieses a tus habilidades ya que corrías el riesgo de que Diago te encontrara de nuevo.

Se cruzaban con mucha gente. Raven veía sus pies desfilando por todas partes. Levantó la cabeza y comprobó que sus ojos ya filtraban la luz natural adecuadamente. No tenía ni idea de

dónde estaban, pero era una zona muy concurrida. Los vehículos circulaban por una calle de varios carriles y algunos transeúntes les dedicaban miradas curiosas. Casi todos eran hombres y Raven pensó que se quedaban prendados de Nilia.

—No pude volver antes. —dijo Nilia. Su voz sonaba extraña. Al parecer no acostumbraba a brindar explicaciones —. Espero que no te aburrieras demasiado.

—¿Qué quería de mí el tal Zegen? ¿Y por qué le mataste?

—Intentaba vaciar tu mente —aclaró ella. Un coche pasó muy cerca y el agua sucia de un charco les bañó las piernas. Raven saltó a un lado, y Nilia siguió

andando como si nada—. Mi gente te quiere muerto. Zegen y yo teníamos orden de acabar contigo una vez hubiera robado tus recuerdos.

—¿Por qué todo el mundo quiere matarme? ¡Yo no he hecho nada, joder! —Raven se quedó parado en medio de la calle.

Nilia volvió sobre sus pasos y le agarró por los hombros. Él se encogió, temeroso de que le fuese a golpear de nuevo. Desde que la conocía, era la persona que más daño le había infligido, y eso que le estaba protegiendo. No le gustaría nada verla enfadada con él.

—No es momento para tonterías. —Nilia lo zarandeó un poco—. Tenemos que ir a un lugar seguro, donde

podremos ocultarnos. Ya te dije que tu vida corre un grave peligro, mayor del que puedes comprender en estos momentos. Tienes que esconderte. ¿Ya no confías en mí?

—Sí... sí confío. —Raven se sentía absolutamente indefenso ante aquellos ojos negros. Había sido sincero en su respuesta, pero se preguntó si hubiera podido reunir las fuerzas suficientes para negarle algo a Nilia de haberlo necesitado. A pesar de que era él, aparentemente, el que estaba en peligro, no pudo evitar preocuparse por ella—. ¿No tendrás problemas con los tuyos por haber matado a Zegen para salvarme?

—No te preocupes por eso. —Nilia echó a andar y tiró de él para obligarle a

seguirla—. Llegado el momento, te echaré a ti la culpa de su muerte. No pongas esa cara. —Nilia no necesitó darse la vuelta para ver cómo su rostro había palidecido—. Creerán que has muerto. No será difícil engañarles. Después de todo, es el destino que habían reservado para ti.

—¿Por qué me quiere ver muerto tu gente? —Raven se esforzaba por seguir el ritmo que marcaba Nilia. Todavía le sujetaba por un brazo y tiraba de él insistentemente. Raven estuvo a punto de caer al suelo cuando doblaron una esquina y uno de sus pies resbaló al pisar una capa de hielo.

—Es un razonamiento extraordinariamente simple. Si nuestro

enemigo te quiere con vida, nosotros te queremos muerto. En otras circunstancias, invertirían lo que fuese necesario para saber el porqué de todo esto, pero por suerte para nosotros, mi gente anda muy escasa de tiempo y no puede permitirse perderlo contigo. Eliminarte es la opción que menos perjudica a sus planes.

—¿Qué circunstancias son ésas que tanto os preocupan?

—La guerra —dijo ella secamente.

Raven meditó sobre aquello mientras seguía caminando. Demasiadas incógnitas estaban aún sin despejar en aquel remolino de acontecimientos en el que se había convertido su vida. Las persecuciones, sus extraños poderes, la

amnesia, sueños incomprensibles, y la última novedad, si había logrado entender algo, era que tenía que esconderse, dado que unos inmortales, que habían venido de otra dimensión para entablar una guerra, le querían muerto. Sumido en un mar de confusión, siguió avanzando detrás de Nilia, que era el único resquicio de realidad al que se podía aferrar en ese momento para no perder totalmente la cordura.

Caminaron durante lo que a Raven se le antojaron horas, o días enteros, a pesar de que cuando vio la hora en el reloj digital de un escaparate se dio cuenta de que sólo habían pasado unos cuarenta minutos desde que salieron del sótano. La sensación de estar viviendo

una pesadilla le atenazaba y ya no tenía ganas de hacer más preguntas cuyas respuestas o bien no comprendía, o bien implicaban una nueva forma de peligro.

Nilia seguía abriendo la marcha con paso decidido. Parecía saber muy bien a dónde se dirigía. De vez en cuando miraba en todas direcciones, pero no dejaba de andar. En una ocasión un hombre obeso, que pesaría al menos cien kilos, chocó con ella al doblar una esquina. Raven temió que se fuera a montar una escena, pero Nilia se lo sacudió como si fuese una mosca. Un manotazo de revés con su mano izquierda y el gordo salió despedido hacia un lado hasta chocar contra una pared. La mujer no redujo la marcha ni

un segundo.

Raven estaba absolutamente perdido. No conocía Londres, y tras varias manzanas supo que no sería capaz de volver al sótano del que salieron de haber querido hacerlo. Consideró preguntar cuánto faltaba para llegar, o por qué no cogían un coche, pero se dijo que sólo conseguiría enfadar a su hermosa protectora.

Debían de estar en algún barrio marginal, cerca del borde de la ciudad. Raven divisó una parte de la Muralla de Londres al final de la calle. Se le ocurrió que el refugio al que le llevaba Nilia podía estar fuera de la ciudad, lo cual le puso muy nervioso. No podía salir de Londres. La sensación de

atracción que le había arrastrado hasta allí no había cesado, y sintió que era en la ciudad donde encontraría aquello que estaba produciendo esa llamada a la que no se podía resistir. No le había dicho nada de esa atracción a Nilia, y no le pareció el momento adecuado, pero la muralla, y por consiguiente el límite de la ciudad, se aproximaba cada vez más con cada paso que daban.

Con gran alivio por parte de Raven, Nilia entró en una boca de Metro en la que las labores de mantenimiento eran cosa de un lejano pasado. La barandilla que rodeaba las escaleras estaba abollada como si un elefante se hubiese apoyado sobre ella para descansar. Un montón de basura estaba apilado en el

primer escalón y un chiquillo muy pequeño rebuscaba en su interior con las dos manos. Les dedicó una mirada hostil cuando pasaron a su lado, pero en cuanto bajaron un par de escalones, se relajó y volvió a hundir las manos en los desperdicios. Un indigente subía por las escaleras. Su ropa estaba sucia y rota por diversos lugares, y su olor denotaba que había pasado mucho tiempo desde la última vez que el agua y el jabón se deslizaron sobre su piel. El oloroso mendigo se quedó mirando a Nilia cuando bajaron, torció el cuello todo lo que pudo para mantenerla en su campo de visión y, finalmente, tropezó y cayó al suelo entre maldiciones.

—Esta estación parece abandonada —

se aventuró a comentar Raven cuando se detuvieron donde normalmente estarían las vallas que exigen un billete de Metro para continuar—. No creo que el Metro pase por aquí.

Había varias personas arremolinadas en torno a una hoguera, a pocos metros de donde se encontraban. Nilia echó a andar de nuevo y pasó entre dos hombres que estaban por el suelo envueltos en papeles de periódico y mantas tan sucias que era imposible saber de qué color eran. Raven estaba convencido de que Nilia pasaría por encima de ellos pisándoles como si fuesen sólo un bulto en una moqueta, pero cruzó sorteándoles sin el menor esfuerzo. Llegaron a unas escaleras

mecánicas que no funcionaban y descendieron por ellas. Sus pasos despertaron un eco que, mientras bajaban, fue lo único que se escuchó. Parecía que las escaleras no se terminarían nunca, pero, en pocos segundos, Raven vio el final del empinado túnel por encima del hombro de su guía.

—¡Socorro! —oyeron gritar a una mujer—. ¡Que alguien nos ayude!

Raven intentó ver de dónde provenía la voz, pero aún quedaban unos metros para el final de las escaleras. Nilia no aceleró el paso.

—¡Mi hija! —decía la mujer entre sollozos—. Que alguien la ayude, por favor.

Raven empezó a impacientarse. En su mente se formó la imagen de una pobre y desvalida mujer con una niña herida en sus brazos. Alcanzaron el último escalón y Raven salió disparado en busca de la mujer que pedía auxilio.

—No es asunto nuestro —dijo Nilia, que se había situado delante de él y le bloqueaba el paso—. Tenemos cosas mucho más importantes de las que ocuparnos.

Raven no la escuchó. La rodeó y entró en el andén. Al final del corredor, apoyada contra la pared, estaba la mujer con su hija, llorando desconsoladamente. Raven se lanzó a la carrera en su dirección sin pensarlo dos veces. La escena le resultaba

dolorosamente familiar.

—¡Maya! —gritó mientras corría.

Los recuerdos de la niña que se había propuesto cuidar, y cuya muerte causó él mismo, emergieron para atormentarle una vez más. Recordó la vez que vio a Maya con su madre y cómo se había metido con su nariz en la primera frase que le había oído pronunciar.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó al llegar junto a ellas con el poco aliento que la precipitada carrera le había dejado.

La madre sostenía a la niña en su regazo, y ésta no paraba de moverse convulsivamente. Una de sus manos, con los dedos salpicados de sangre, no se apartaba de su garganta. La otra mano se

agitaba de un lado a otro frenéticamente. Su piel tenía un color morado muy marcado y sus ojos estaban abiertos de par en par. La mandíbula caía fláccida dejando a la vista la campanilla: era evidente que se asfixiaba. La madre intentaba decir algo pero resultaba ininteligible entre los sollozos.

—¿Quién es Maya? —preguntó Nilia a su lado; Raven no la había oído llegar.

—Eso no importa. —Se arrodilló junto a la niña y le apartó la mano de la garganta intentando hallar el origen de la asfixia. Le costó un poco pero la pequeña mano finalmente cedió. La sangre provenía de un pequeño corte en el cuello en forma de 'S'. No parecía profundo y Raven no consideró probable

que fuese el culpable del ahogamiento —. Puedo curarla —anunció para gran alivió de la madre, quien consiguió contener un poco su llanto.

—De eso nada. —Nilia le agarró por el hombro y le obligó a levantarse—. Si lo haces, Diago nos encontrará. Nos siguen buscando y estamos muy cerca de donde tuvimos nuestro último encuentro con ellos. ¿Es eso lo que quieres?

—Por favor, sálvala —imploró la madre—. Mi hijo pasó por lo mismo hace un minuto... y ahora está ahí... muerto.

Raven siguió la mirada de la madre y reparó en que había un cuerpo pequeño tirado a un metro de distancia. Se sacudió la mano de Nilia y se dejó caer

al lado del pequeño. Estaba boca abajo y en cuanto le dio la vuelta, observó atónito el mismo corte en forma de ‘S’ en su cuello y el tono amoratado de la piel. Se puso en pie y regresó junto a la madre. La niña estaba empeorando. Le salía espuma por la boca. Raven la tomó en sus brazos.

—Es una estupidez. Te lo advierto —dijo Nilia a su espalda.

—¡Me da igual! —Raven veía el rostro de Maya en el de la niña que estaba agonizando en sus brazos—. No pienso dejarla morir.

Despejó su mente de cualquier cosa que no fuese a curar a la pequeña. No sabía de qué mal adolecía pero eso no le iba a detener. Recordó la catástrofe que

causó cuando intentó salvar a Maya de morir congelada, cómo perdió el control de sí mismo y cómo su fuerza desembocó en una explosión de calor que terminó con la vida de la niña. Eso no ocurriría esta vez: el destino le había brindado la ocasión de redimirse y no la desperdiciaría.

Puso la mano extendida sobre el pecho de la pequeña y dejó que la energía fluyera hasta su cuerpo. Sintió el familiar picor en la palma de la mano y vio cómo brillaba con un destello dorado. Igual que en la primera ocasión, percibió el cuerpo de la niña como si fuese el suyo. Su fuerza lo recorría restituyéndole toda su vitalidad. Sin entender cómo, fue consciente de que

había sido un veneno el causante de la asfixia. Cuando percibió que todo estaba en orden, y que no quedaba rastro de ninguna ponzoña, apartó la mano con brusquedad. El picor desapareció y el brillo dorado se fue disipando gradualmente.

La piel de la niña había recobrado un tono normal. Su respiración era profunda y algo agitada, como la de un nadador que regresa a la superficie tras una prolongada inmersión. La pequeña obsequió a Raven con una sonrisa. Esta vez lo había conseguido.

—Gracias, mil gracias, señor... —La madre continuó deshaciéndose en frases de agradecimiento y elogios de toda clase mientras su hija volvía a sus

brazos.

Raven las miró un segundo, embriagado por la sensación de satisfacción de haber logrado salvar la vida de la niña.

«Perdóname, Maya —pensó Raven—, por no haber sido capaz de hacer lo mismo por ti».

El hombre esperó con todas sus fuerzas que su mensaje le llegase a la pequeña.

—¿Qué ocurrió? —preguntó de repente, recordando el corte en los cuellos de los dos niños—. ¿Cómo se hicieron esas heridas?

Nilia le obligó a volverse sobre sus talones con un fuerte tirón del brazo.

—Si has terminado de salvar al

mundo, te sugiero que nos pongamos en marcha ahora mismo. ¿Has olvidado quién nos persigue?

—Sólo pretendía averiguar qué pasó —se defendió—. Alguien tuvo que hacerles esos extraños cortes para inocularles el veneno. Además, puede que Diago no me haya detectado esta vez, no siempre que uso mis...

—Ya están aquí, ¿no es así? —preguntó Nilia al ver la mueca que atravesaba su cara—. ¿Cuántos son? ¡Dímelo!

—Por lo menos ocho. —Raven recordó que no sentía la presencia de algunos de ellos—. Se están acercando muy deprisa.

—Mira que te avisé —gruñó Nilia—.

Los humanos no comprendéis nada. —Raven iba a replicar algo, pero ella le obligó a girarse hacia el final del andén de un empujón—. Tenemos que huir a toda prisa.

Nilia echó a correr y Raven la siguió. El grupo de Diago se aproximaba a gran velocidad. Raven ardió en deseos de esperarles y acabar con ellos con la ayuda de su compañera, pero eran demasiados y entendió que sería una estupidez. La última vez le habían capturado y eran menos que en esta ocasión. No tenía más remedio que intentar escapar una vez más. Se prometió hablar con ella para tomar alguna medida que pusiera fin a aquellas persecuciones. No podía pasar de aquel

modo el resto de su vida, y estar encerrado en el refugio al que le conducía Nilia tampoco era una opción de su agrado. Si algo creía haber entendido era que sus perseguidores eran inmortales, de modo que el tiempo jugaba claramente a su favor.

—Salta a la vía —ordenó Nilia tajantemente. Estaban al final del andén y no había otro modo de salir de allí—. ¡Deprisa!

Saltaron a la vez y corrieron entre los raíles hacia la oscuridad del túnel. Nilia avanzaba a toda velocidad al tiempo que Raven se empleaba a fondo para seguirla. La oscuridad era total y les abrazaba desde todos los ángulos. Raven echó un vistazo por encima del

hombro y no vio el andén a sus espaldas. La vía del Metro describía una curva.

—No veo nada —se quejó. Acababa de pisar un charco y conservó el equilibrio a duras penas.

—¡Cállate! —dijo ella a su izquierda. Raven se sorprendió. Hubiese jurado que estaba a su derecha, pero la oscuridad no le permitía verla y ella apenas hacía ruido al correr, al contrario que él—. Administra el resuello, te hará falta.

Obedeció y siguió corriendo, concentrándose en no tropezar con nada y caer. Raven no supo cuánto tiempo llevaban huyendo pero sus fuerzas empezaban a flaquear. Su respiración estaba muy acelerada y empezó a notar

los penetrantes pinchazos del flato. No percibía con claridad lo cerca que estaba Diago, ya que sus energías estaban dedicadas a mantener sus piernas en movimiento, pero intuía que les estaban ganando terreno.

Captó algo de luz más adelante. Quizás estaban llegando hasta la siguiente estación, aunque no lo consideró probable. No habían recorrido tanta distancia; de ser así, no habría podido mantener aún un ritmo tan acelerado. Sentía las pulsaciones de su corazón en la sien. Su temperatura estaba subiendo y el sudor resbalaba por varios lugares de su cuerpo. La luz estaba cada vez más cerca. Provenía de algún lugar del techo.

—¡Alto! —gritó Nilia. Raven frenó como pudo y agradeció el tirón que ella le dio al sujetarle por la espalda—. Cuidado con el agujero.

Un enorme socavón hacía desaparecer el suelo a pocos metros de donde se habían detenido. Raven examinó sus opciones, desesperado. La luz se filtraba a través de una grieta desde algún punto muy elevado. El agujero contaba con un diámetro superior al ancho del túnel por el que habían llegado, lo que les impedía continuar. Ahora estaba claro por qué la estación había caído en desuso: estaba incomunicada. Parecía obra de un gigantesco desprendimiento, aunque Raven no alcanzaba a imaginar cómo se podía haber originado una

depresión de aquellas proporciones. La vía del tren continuaba hasta el otro lado apoyada sobre el aire. Si no les persiguieran, hubiesen podido cruzar sin excesivas dificultades, pero si Diago les sorprendía a medio camino, le sería increíblemente fácil hacerles caer al abismo. Seguramente era por donde Nilia pensaba cruzar en un principio cuando no contaba con huir de nadie. Raven vio una diminuta repisa que sobresalía por la pared y bordeaba el agujero hasta el otro extremo. El firme era irregular, resbaladizo y con desniveles, y sería igual de peligroso si les sorprendían en el saliente antes de alcanzar el otro lado.

Pero había algo más que empeoraba la

situación. Cuando Raven se asomó por el borde para comprobar la profundidad del monumental agujero, lo que vio le dejó sin respiración. Había esperado encontrarse con que el fondo estaba a demasiada distancia para descender hasta él y escalar la pared de enfrente, incluso estaba preparado en cierto modo para descubrir que el precipicio era tan profundo que el fondo quedaba fuera del alcance de su vista. Pero en vez de aquello lo que se manifestó ante sus ojos fue mucho más aterrador e inesperado: la Niebla.

No ascendía, como correspondería a una masa de humo que respetase las leyes de la naturaleza, y del mismo modo, tampoco se adentraba en las

profundidades de la tierra. Simplemente permanecía quieta, esperando a que algún incauto cayera en su interior. Las vías del tren surcaban el vacío a tres o cuatro metros por encima de la densa bruma.

Raven adivinó la expresión de rabia que sin duda Nilia estaría luciendo e intentó evitar que sus miradas se cruzasen, avergonzado. Si lograban salir de allí, no le cabía la menor duda de que la reprimenda no iba a ser en absoluto agradable. No escuchó ningún sonido, ni de pasos, ni de ninguna otra clase, hasta que la voz de Diago rompió el silencio.

—Creo que zanjaremos este asunto de una vez por todas —dijo tras ellos.

Raven giró sobre sus talones y le vio

mirándole fijamente desde el túnel. Estaba en el centro de una línea compuesta de diez siluetas que avanzaban andando muy despacio. Reconoció a Vyns y a algún otro, y la ira le invadió. Deseó con todas sus fuerzas gritarle que le dejaran en paz, que ya era suficiente tiempo atormentándole. Si éste era el fin, si como a todas luces parecía evidente que caería en sus manos, haría cuanto pudiese para que les costara caro.

—Detrás de mí. No intervengas y haz sólo lo que yo diga —susurró Nilia, y al instante estaba delante de él. Diago y los demás se detuvieron—. No vas a zanjar nada —le advirtió en tono amenazador —. Deberías considerar seriamente

largarte de aquí antes de que lo lamentes.

—¡Nilia! ¿Eres tú, verdad? —La voz de Diago no daba a entender que la amenaza le hubiese afectado lo más mínimo—. ¡Cuánto tiempo! Debí haber imaginado que eras tú quien estaba detrás de todo esto. ¿Sabes? Aunque tenemos cuentas pendientes, deberías entender que en este momento la cosa no va contigo.

—Tampoco irá contigo —replicó ella — si das media vuelta y te vas con tu grupito.

Raven permanecía detrás de Nilia, maravillado por la escena que se estaba representando. Lo normal hubiera sido que estuviese asustado, pero el miedo no

acudió esta vez. Verle plantando cara ante diez hombres era irreal y excitante al mismo tiempo. Creía que Diago se reiría, daría una orden sencilla y sus nueve compañeros saltarían sobre ellos, harían pedazos a Nilia y le atraparían a él. Pero no ocurrió nada de eso. Diago la miraba con detenimiento, evaluando la situación, y Raven vio en sus ojos precaución y cálculo, no el clásico deleite de quien está ante una victoria segura. ¡Y Nilia les estaba amenazando! ¡A los diez! A pesar de su abrumadora superioridad numérica, no parecía asustada, y tampoco parecía contar con él para resolver aquel problema. Todo en ella indicaba que tenía la situación bajo control. Debía tratarse de algún

tipo de farol que Raven no comprendía. No podía ser de otro modo.

—No deberías haber interferido. —Diago abandonó el tono de amabilidad—. Mataste a uno de los nuestros cuando te llevaste a Raven. Fue un error que vas a pagar. Deberías haberte quedado en el Agujero.

—Sólo comprobaba si aún me mantenía en forma —replicó—. Hacía mucho que no le daba su merecido a uno de los vuestros.

—Siempre tan arrogante. No cambiarás nunca. —Diago suspiró con desprecio—. ¿En serio crees que podrás con todos nosotros?

—Siempre tan ignorante. No cambiarás nunca. —Nilia suspiró,

imitándole—. ¿En serio crees que no me llevaré por delante como poco a la mitad de vosotros?

Lo siguiente que sucedió fue tan rápido como inesperado. Raven vio cómo Nilia flexionaba un poco las rodillas y separaba los brazos, adoptando una postura que le pareció de ataque, algo así como lo que hacían los karatecas al inicio de una pelea pero con una variante inaudita: dos alas enormes y oscuras surgieron en su espalda. Los miembros del grupo de Diago, que les tenían rodeados, reaccionaron al instante de igual modo. Un par de alas blancas se desplegaron de cada uno mientras se preparaban para la inminente pelea. Raven admiró asombrado las alas de

todos ellos. Eran como las de un águila gigantesca y tenían diferentes grosores y tonalidades, si bien eran indudablemente más claras que las de Nilia.

—¡Esperad! ¡Quietos! —ordenó Diago, que era el único que no había mostrado sus alas. Los demás parecieron relajarse un poco, pero no apartaron los ojos de Nilia—. Estás firmando tu sentencia de muerte —le dijo a ésta—. Hasta una traidora como tú debería saber que nosotros nos regimos por un código y unas normas. Nuestras órdenes son capturar a Raven. Eres uno de los Caídos más fuertes pero lo que te propones es una estupidez.

—Soy una de las más fuertes, no sólo de los Caídos, y vas a tener el honor de

comprobarlo.

—Todavía no lo entiendo del todo. ¿Vas a arriesgarte por un Menor?

—Bueno, es que yo soy así. Raven no quiere ir con vosotros, no le caéis bien. Supongo que debe ser por haberle acosado durante años pero, sea como sea, siento la necesidad de ayudar a cualquiera al que le produzcáis la mitad de asco que a mí. Qué le voy a hacer, soy una sentimental.

Raven escuchó atónito la conversación. ¿Caídos? Así era como Diago se había referido al bando del que formaba parte Nilia. La verdad estaba asomando tímidamente en un rincón de su mente, pero le costaba aceptarla. Ordenaba a su cerebro que buscase otra

explicación aunque era como pedirle a la Niebla que se disipara. Todas sus conclusiones le llevaban a la misma verdad absurda. Los indicios de que disponía así se lo exigían a sus dotes de deducción: las alas, inmortales, Caídos... Era demasiado increíble, demasiado importante, demasiado transcendental. No estaba preparado para asimilar algo de tal envergadura.

—Entréganos al Menor —exigió Diago—. Es tu última oportunidad.

Menor. Ése era él. A Raven le empezaba a doler la cabeza con el esfuerzo de comprender aquello. Seguía la conversación con dificultad, como si las voces le llegasen desde muy lejos.

—Al Menor también tengo que

agradecerle la muerte de Edmon —intervino Vyns dando un paso al frente—. No me iré sin darle las gracias debidamente.

¿Sería eso cierto? Raven no recordaba haber matado a ninguno de ellos; desde luego, no habría sido intencionadamente. Pero si lo había hecho, significaba que había matado a un...

—Yo también se lo agradezco. —Nilia miró a Raven y le atrajo a su lado con un gesto. Éste se aproximó con la mirada perdida y la frente sudorosa—. Matar a un ángel merece todo mi reconocimiento.

Lo habían pronunciado en voz alta. Sus deducciones y conclusiones no eran necesarias. Ya tenía la confirmación de

lo que en realidad sabía y tanto miedo le inspiraba. Estaba en medio de un conflicto entre ángeles y demonios.

—Podemos resolver esto con honor —sugirió Nilia, casi escupiendo las últimas dos palabras—. ¿Qué te parece, Diago? Tú y yo, y que gane el mejor. Puedes traerte a Vyns. Dejamos algo pendiente durante la Guerra, ¿recuerdas?

—No dejamos nada pendiente —corrigió el aludido—. ¿Aún estás furiosa porque no pudiste atraparme? Sí que eres rencorosa —añadió con una sonrisa.

—Te escapaste. Huiste como el cobarde que eres. —Nilia sonaba dolida—. Tuviste suerte de poder salir volando. Yo tenía las alas rotas.

—Me ordenaron defender otra posición. —Vyns dio un paso adelante—. Nosotros no huimos. Es normal que una traidora como tú no lo comprenda.

—Si eso te dices a ti mismo para consolarte...

—Es suficiente, Vyns. No entres en su juego. —Éste dio un paso atrás y volvió a la formación en semicírculo que cercaba a Nilia y a Raven—. Tú no sabes nada del honor, Nilia. Nosotros servimos a una causa superior. Tus palabras no significan nada. Se acabó tu tiempo. Raven vendrá con nosotros ahora mismo.

Con la rapidez del pensamiento, Nilia agarró al Menor por la nuca y lo levantó en el aire con suma facilidad. En su

mano libre apareció una daga con un resplandor rojizo y la colocó con destreza bajo la barbilla del humano, amenazando con degollarle. Cogido por la sorpresa, Raven tardó un poco en entender lo sucedido. Estaba en el aire de cara a Diago y movía los pies torpemente. Se llevó las manos a la espalda por encima de su cabeza, tratando de agarrar el brazo de Nilia.

Vyns y dos ángeles más reaccionaron con rapidez y en sus manos brillaron espadas flamígeras. Raven las contempló anonadado. Los mangos de las espadas no presentaban ningún atributo especial, al menos desde donde él estaba, pero las hojas eran impresionantes: parecían estar hechas de

fuego sólido. Refulgían anaranjadas como el hierro fundido, y una llama las envolvía por completo. Su filo era una leve línea entre azulada y verdosa que recorría la hoja desde la base hasta la punta. Las llamas le hicieron pensar que escucharía algo parecido a una hoguera, pero no fue así: ardían en el más absoluto de los silencios. Únicamente dejaban escapar un suave silbido cuando cortaban el aire dejando una estela amarillenta a su paso. Tampoco desprendían calor; Raven no estaba lo suficientemente cerca como para apreciarlo pero sintió que no emanaba en absoluto de aquellas fabulosas armas. Aparte del aspecto meramente visual, la única ley de la física que respetaba

aquel fuego era la propagación de luz. El túnel se iluminó un poco más cuando los ángeles desenvainaron y la sombra de sus armas se proyectó sobre sus alas.

—¡Alto! —gritó Diago. Vyns y los demás permanecieron en sus puestos y bajaron sus armas hasta que tocaron el suelo con las puntas, pero no las devolvieron a sus vainas. Raven vio cómo las llamas ascendían por las hojas hacia el mango, invirtiendo el sentido que tenían cuando habían sido blandidas apuntando hacia al techo—. ¿Estás loca, Nilia? ¿Qué pretendes hacer?

—Sólo asegurarme de que, pase lo que pase, no consigáis vuestro objetivo. —Apretó con más fuerza y Raven soltó un gemido.

—¡Detente! Ni siquiera tú puedes ser tan despiadada. Si le matas, te juro por lo más sagrado que...

—¡No estás en posición de negociar! —Nilia acercó más la daga al cuello de su prisionero—. Es la última oportunidad que te doy. Raven y yo nos vamos a marchar de aquí tranquilamente. De lo contrario, podemos empezar la lucha y averiguar quién de los dos está en lo cierto respecto a su desenlace. Pero ten esto bien presente: el primero en morir será Raven y sabes perfectamente que no hay nada que puedas hacer para evitarlo. Luego ya veremos quién es el siguiente.

Diago vaciló un instante y bajó la vista. Raven se preguntó qué pasaría por

su cabeza. Claro que la suya propia no estaba en mejor situación. Por lo que acababa de explicar Nilia, si no llegaban a un acuerdo lo único que estaba claro era que él sería el primero en morir.

Le asaltaron sensaciones contradictorias. Por un lado, estaba abrumado por el hecho de que Nilia fuese un demonio. La guerra de la que habían hablado debía ser la que él había oído mencionar en miles de ocasiones como la rebelión de Satán contra Dios. Nilia estaba jugando con su vida como si fuera una pieza de su plan particular, sin atribuirle valor alguno salvo por el hecho de que era importante para sus enemigos. Se había pasado toda su vida

huyendo de ángeles y profesándoles un odio eterno por haberle hecho vivir sumergido en el miedo y la incertidumbre. ¡Hasta había matado a uno de ellos! Aunque esto último no lo recordaba.

Por otro lado, aún confiaba en ella. En lo más profundo de su ser deseaba que ambos salieran de aquella situación juntos. Se sentía culpable por haber curado a la niña y haber alertado a Diago cuando ella le había advertido de las consecuencias. Si su vida estaba ahora en peligro era por no haberla escuchado en el andén. Claro que dejar morir a aquella niña tampoco le parecía una opción razonable.

Su confusión interna le desbordó. No

estaba a la altura de las circunstancias.

—De acuerdo —cedió Diago de mala gana—. Te dejaré marchar. Nos entregas al Menor y podrás irte. Si de verdad valoras tan poco tu propia vida que con matar a Raven e intentar acabar con nosotros te das por satisfecha, adelante. Tengo órdenes y no puedo permitir que escape de nuevo. Nosotros sí estamos dispuestos a dar la vida si es preciso.

—¿Me tomas por tonta? —dijo Nilia en tono despectivo—. Si suelto a Raven, caeréis sobre mí al instante. No pienso desprenderme de mi única ventaja.

—Te doy mi palabra —anunció Diago muy serio—. Incluso tú reconocerás mi honor cuando lo comprometo. Es la única salida. Eso, o empezamos la

lucha.

Pasaron varios segundos interminables en los que nadie habló. A decir verdad, ninguno se movió excepto Raven, que llegó a preguntarse si estaba delante de una colección de estatuas.

—Está bien. —Nilia le bajó al suelo pero no le soltó ni apartó el puñal de su nuez—. Acércate, Diago. ¡Tú solo! Me darás la mano como muestra de tu palabra y yo te entregaré al Menor.

—¡No! —chilló Raven—. No puedes entregarme. Siento lo de la niña, yo...

Se calló cuando un puñetazo en el estómago le dejó sin aliento. Se dobló instintivamente, pero como aún estaba sujeto por el cuello, en vez de bajar el pecho, sus piernas ascendieron y se

encontró de nuevo pataleando torpemente en el aire. La traición de Nilia le dolió mil veces más que el puñetazo. Sus esperanzas de escapar con ella se esfumaron cuando escuchó que intercambiaba su vida por la de ella.

Diago hizo un gesto con la mano. Vyns se adelantó hasta él y le dijo algo que no le agradó lo más mínimo a juzgar por la mueca que se dibujó en su rostro. La mano de Diago repitió el gesto y Vyns regresó a su posición anterior. Después, el líder de los ángeles avanzó con paso lento y seguro hacia ellos. Tenía una expresión severa en la mirada pero no empuñaba ningún arma ni llevaba las alas desplegadas. Se detuvo a un paso de distancia de Nilia.

—Suelta a Raven —dijo extendiendo el brazo con la mano abierta—. Tienes mi palabra de que te dejaremos marchar sin sufrir daño alguno —añadió como si cada palabra le supusiera un gran esfuerzo.

—Un trato es un trato —dijo ella con una sonrisa forzada.

Nilia dejó caer a Raven al suelo, alargó la mano, agarró la de Diago y le atrajo hacia ella con un tirón brusco; todo en un intervalo de tiempo tan corto que fue imposible de medir. Diago, que no se lo esperaba, salió catapultado hacia delante, tropezó y cayó de bruces a un palmo del socavón que contenía a la Niebla.

Vyns y el resto del grupo se lanzaron

en pos de ellos blandiendo sus espadas flamígeras y batiendo las alas. Raven se quedó petrificado cuando vio nueve franjas de fuego acercándose a ellos silbando y dejando una débil estela amarillenta. De no ser por la situación en que se encontraba, hubiese disfrutado del esplendor de semejante espectáculo. Era como estar en un sueño. Para su sorpresa, no temió por él. No tenía la menor idea de qué estaba tramando Nilia pero no le había entregado y, de momento, eso era suficiente para sentirse embriagado de esperanza.

Nilia se desplazó hasta la pared de su derecha mediante dos veloces zancadas laterales. Esgrimió en el aire uno de sus puñales, que en esta ocasión estaba

rodeado de un aura negra como la noche, y asestó en la pared un golpe violento. El túnel del Metro tembló y retumbó con un estruendo largo y grave. Un desprendimiento puso toneladas de escombros entre ellos y los nueve ángeles que se les echaban encima.



—¡Esa perra malnacida! —rugió Vyns, rojo de rabia.

Una nube de polvo les envolvía a causa del desprendimiento. Vyns había visto caer al suelo a la mayoría de los

suyos pero había conseguido mantenerse en pie. Agitaba alas y manos intentando disipar el polvo que le rodeaba, a fin de poder evaluar con claridad la gravedad de la situación.

La rabia más brutal y enloquecedora ardía en sus entrañas como no lo hacía desde los tiempos de la Guerra. Estaba al tanto de que no era precisamente un experto en controlar su temperamento pero en esos momentos estaba completamente fuera de sí. Le había advertido a Diago que Nilia maquinaba algo sucio justo cuando se adelantó para cerrar el trato con ella, pero no le hizo caso. Hubiese dado cualquier cosa por estar él al mando, pues de esa manera no habría tenido que tragarse su orgullo y

acatar la orden de aguardar en la formación. Ahora Raven se había vuelto a esfumar, Edmon seguía sin ser vengado y Diago estaría con toda probabilidad en manos de Nilia. Las cosas no podían estar peor.

Sin embargo, nada de todo eso era lo que más lo enfurecía. Cuando corría desesperadamente hacia Nilia, una fracción de segundo antes de que ésta golpeara la pared y provocase el derrumbamiento, sus ojos se cruzaron. Nilia le miró directamente, se tomó una fracción de tiempo para sonreírle y luego le guiñó un ojo mientras juntaba los labios y le lanzaba un beso. Ese gesto preñado de arrogancia le estaba consumiendo por dentro. La imagen

estaba aún fresca en su mente con todo lujo de detalles. Podía verla como si la tuviera enfrente ahora mismo.

Lo único positivo en todo aquello era que él era el siguiente en la cadena de mando y, por tanto, el que daba las órdenes hasta que recuperasen a Diago. Sólo deseaba tener la ocasión de devolverle a Nilia ese beso un segundo antes de partirla por la mitad con su espada.

—¡Levantaos! —Miraba por todas partes para ver si estaban todos—. Quiero el camino despejado enseguida. ¡Moveos!

—Hay dos de los nuestros sepultados por los escombros —le informó Lyam con las alas cubiertas de polvo—.

Debemos liberarles antes de...

—No hay tiempo —atajó Vyns—. Diago no resistirá mucho él solo contra Nilia. Los nuestros no sufrirán daños graves por el desprendimiento. Lo más importante es abrir paso lo antes posible o se nos escaparán.

Lyam se acercó a la pared de escombros y empezó a arrojarlos a un lado. Los demás le ayudaron de inmediato. Sobresaliendo entre ladrillos, pedazos de hormigón y tierra, Vyns vio un par de piernas cubiertas de cortes y un ala rota. Pertenecían a dos de sus compañeros y, a pesar de sus anteriores palabras, Vyns sintió la necesidad de acudir en su auxilio. Era un error; su primer razonamiento era lo

que debían hacer. No estaban muertos ni en peligro inminente: estaban inconscientes por el inesperado impacto. Se dominó a sí mismo y empezó a retirar los escombros que Lyam y el resto estaban apilando a sus espaldas.

—¡Más deprisa! —les presionó—. No podemos perder más tiempo.

—Es más ancho de lo que creía —respondió Lyam—. No podremos abrir un hueco sin apuntalarlo, pues de lo contrario se vendrá abajo de nuevo y podríamos quedar aplastados.

Más problemas. ¡Era necesario apuntalar! Vyns no se lo podía creer. Eso llevaría demasiado tiempo. Puede que minutos. Ni en el mejor de los casos Diago podría aguantar tanto. Por eso no

le gustaba que un Custodio liderase su grupo. No habían estado nunca en la Tierra, su lugar estaba defendiendo el Nido. Pero la orden vino directamente del Consejo y no se podía refutar. Con todo, Vyns no estaba dispuesto a perderle. Diago podía ser un poco blando para su gusto a la hora de cumplir con su misión pero era uno de los suyos y uno de los ángeles con más valor que había conocido. No se resignaría a abandonarlo. Tenía que encontrar el modo de atravesar la barrera de escombros en pocos segundos. ¡Y tenía que encontrarlo ya! Al precio que fuese.

—¡Lyam! ¿Está cerca el otro lado?

—¡Sí! Pero si continuamos excavando

sin apuntalar se vendrá todo abajo y no habremos hecho más que perder el tiempo.

—¡Vosotros apuntalareis con vuestro cuerpo!

Los seis ángeles se volvieron hacia Vyns con una expresión de duda en la cara. Estaba claro que no habían entendido su intención.

—Meteos como podáis en el agujero y dejad el espacio justo para que me lance sobre los cascotes y los atraviese —ordenó Vyns.

—Sólo cabemos tres ahí dentro como mucho —replicó Lyam—. Si tenemos que dejarte paso a ti, quedaremos sepultados cuando lo atravieses.

—¡Me da igual! —gruñó Vyns con

todas sus fuerzas—. Alguien tiene que ayudar a Diago ahora mismo. ¡Hacedlo! ¡Ya!

Lyam y otros dos se introdujeron a toda prisa en el agujero que habían excavado con sus propias manos. Se aplastaron contra las rocas y se prepararon para soportar toneladas sobre sus hombros.

—En cuanto pase —dijo Vyns a los que tres que estaban fuera del agujero al tiempo que escondía las alas y se agachaba—, haced lo que podáis para ayudar a los que queden sepultados.

Sin esperar una respuesta, se lanzó con todas sus fuerzas contra el muro que le separaba de Diago. Pasó entre sus compañeros e impactó violentamente

contra el centro del estrecho espacio que habían despejado.

El golpe fue brutal.

Un temblor sacudió la pila de escombros y Vyns salió por el otro extremo, despidiendo trozos de piedra y hormigón en todas direcciones.

—Espero que estés disfrutando de nuestro trato tanto como yo —oyó decir a Nilia mientras rodaba por el suelo.

Se incorporó tras una voltereta haciendo un uso perfecto de su propia inercia. Desplegó las alas para frenar su avance y consiguió detenerse al borde del agujero que contenía la Niebla. Sacudió la cabeza esforzándose por alejar el aturdimiento y se volvió hacia donde había escuchado la voz de su

enemiga.

Nilia mantenía a Diago contra la pared y le acababa de asestar un durísimo puñetazo en el estómago. El ángel se retorció y su cabeza se apoyó inerte sobre el brazo de su agresora, que le sujetaba por el cuello con la mano izquierda. La estampa era absolutamente desalentadora. Diago tenía un ala rota por tres sitios y estaba ensangrentada. Su brazo derecho parecía dislocado y la pierna izquierda formaba un ángulo imposible. Su ropa estaba reducida a harapos. Agujeros en forma de siete, desgarros y trozos arrancados dejaban a la vista diversas partes de su cuerpo, todas ellas con profundas heridas por donde manaba la sangre o enormes

hinchazones de color morado, consecuencia de golpes terribles. Pero lo peor era la cabeza. En ella faltaban varios mechones de pelo y el cuero cabelludo estaba en carne viva. El ojo izquierdo había desaparecido, dejando en su lugar una masa de carne ennegrecida por la que no paraba de brotar sangre en abundancia. El ojo derecho estaba oculto bajo una inflamación tan grande que le deformaba la mitad superior de la cabeza. La nariz y el labio superior también los tenía rotos, de tal manera que costaba distinguir dónde terminaba uno y empezaba el otro. Un largo corte que arrancaba en la oreja izquierda separaba la carne de la mejilla, llegando hasta el

labio inferior, que colgaba sobre la desencajada mandíbula. Por lo menos tres dientes ya no estaban donde les correspondía y otros tantos estaban astillados. El conjunto era una masa deforme, amoratada y teñida de sangre que hizo que a Vyns se le encogiese el corazón. Desde luego Nilia se había ensañado.

Armado con su espada y empujado por una furia que no conocía, Vyns cargó contra ella desplegando todo el odio que sentía en ese momento. Levantó el filo con las dos manos y dirigió una estocada a la cabeza de la condenada mujer. En el último momento, Nilia se desplazó a un lado eludiendo el fatal impacto, pero no pudo evitar recibir un severo corte en su

hombro y ala izquierdos. Nilia se arrugó por el inesperado ataque aunque consiguió darle una patada a su adversario, desestabilizándole y haciéndole caer sobre una rodilla.

En ese momento, Vyns reparó en una silueta alargada que corría con dificultad sobre la vía del Metro, surcando el vacío hasta el otro lado del agujero. Raven trataba de huir. No podía permitirlo: era el objetivo principal de su misión. Y tampoco podía abandonar a Diago. El ruido de un nuevo desprendimiento a su espalda le reveló que no iba a contar con refuerzos, al menos inmediatamente. Estaba solo y tenía que tomar una decisión.

Se puso de pie y describió un arco con

la espada de arriba abajo. La estela formó un semicírculo de llamas ante él y luego atravesó el aire en dirección a Raven. La media luna de fuego chocó contra la vía del Metro junto a los pies del Menor y le hizo perder el equilibrio. Su alargado cuerpo se tambaleó, y tuvo que levantar ambas manos en un desesperado intento de conservar el equilibrio. Finalmente cayó y desapareció entre la Niebla.

Vyns profirió un grito de rabia, inhumano. Acababa de perder el objetivo que el Consejo les había encargado recuperar. Raven había desaparecido en la Niebla ante sus propios ojos, y había sido él quien le había hecho perder el equilibrio. Era un

triste consuelo, pero al menos la muerte de Edmon había sido vengada.

Miró a su alrededor, encolerizado. Ya sólo quedaba una cosa que pudiera hacer. Vio un charco de sangre donde hacía unos segundos estaban Diago y Nilia y siguió el rastro hasta el borde del precipicio. Corrió hasta allí y vio a la demonio arrastrando a su compañero por la delgada cornisa que bordeaba el agujero.

—Ya nos veremos —se burló Nilia. Estaba inclinada hacia un lado y la sangre brotaba del corte que le había hecho Vyns—. Diago y yo tenemos que retirarnos ya. No se encuentra muy bien.

Vyns estaba resuelto a no fallarle también. Además contaba con una

ventaja gratamente inesperada: Nilia estaba herida. Se contaba entre los Caídos más odiados, y él, sorprendentemente, tenía una oportunidad inmejorable de acabar con una de las leyendas que tantas vidas de ángeles se había cobrado durante la Guerra. No hubiera podido encontrar una forma más idónea de vengar la muerte de Edmon.

Alzó una vez más su espada y empezó a trazar un nuevo arco en el aire. A medio camino se vio obligado a detener su movimiento y dejar que las llamas se disolvieran. Nilia había interpuesto el cuerpo de Diago a modo de escudo.

—Por mí no te preocupes. A Diago no le importará dar su vida para

protegerme. —La mujer pasó una mano por la cabeza de Diago como si le estuviese acariciando—. ¡Es tan atento!

Vyns no podía hacerlo. La estrecha cornisa le aseguraba un impacto directo, ya que Nilia no tendría modo de esquivarlo, pero en el estado en que se encontraba era seguro que Diago no sobreviviría.

—Esta vez no escaparás —rugió Vyns lanzándose en su persecución. Nilia y Diago ya estaban a medio camino del otro lado—. No podrás huir con esa herida y cargando con él. Veo que ya no te crees tan dura como para enfrentarte conmigo.

—¿Sabes una cosa? —Nilia se paró y dejó de avanzar—. Creo que tienes

razón; se impone un plan de emergencia.

La asesina le sonrió. Y luego dejó caer a su prisionero al suelo. Sacó una de sus dagas, que resplandecía con un aura verdosa, y le hizo un corte suave en el cuello. Después lo abandonó al borde de la cornisa y le dio una patada en las costillas. El cuerpo de Diago no se movía y se quedó en precario equilibrio al borde del abismo.

—Ahora sólo tienes que examinar tus prioridades —le dijo con tono sarcástico—. Ya has perdido a Raven. Puedes intentar detenerme y ver qué acaba antes con la vida de tu amigo: si el veneno que le acabo de inocular o la Niebla que le espera ahí abajo; o puedes ayudarle y dejar que me escape como si

nada. —Vyns se quedó quieto—. Yo no diré nada, así que puedes inventarte la versión que más te convenga ante el Consejo. La verdad es que no me gustaría estar en tu pellejo cuando expliques que habéis matado a Raven —añadió ensanchando su sonrisa.

—Pagarás por esto. Te lo juro, no...

—Ah, ah, ah... Nada de cabreos infantiles. Creo que ya has tenido suficiente tiempo para reflexionar. —Nilia alargó la pierna y le dio una pequeña patada a Diago; su cuerpo empezó a resbalar hacia la Niebla.

—¡No! —gritó Vyns lanzándose a por Diago tan rápido como pudo.

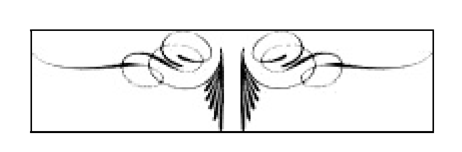
—Sabia decisión. Ya nos veremos, cariño. —Nilia le lanzó un beso y se

marchó.

Vyns corrió hasta Diago, saltó con las manos por delante los últimos dos metros y cayó de bruces a tiempo de agarrarle por la muñeca. Su cuerpo pendía de su mano con un suave balanceo.

Cuando Vyns terminó de ponerlo a salvo, miró a su alrededor. Nilia se había esfumado.

CAPÍTULO 13



La piedra atravesó el aire desafiando la gravedad durante apenas tres segundos. Luego inició el descenso y terminó su corto vuelo rebotando varias veces sobre el manto helado que cubría el Támesis. Era el cuarto lanzamiento de Rick y el que más lejos había llegado.

El nublado cielo del mediodía derramaba una luz gris sobre la ciudad.

El capitán Richard Northon se detuvo en la parte levadiza del puente de la Torre, justo entre las dos macizas torres neogóticas, y echó un vistazo a su alrededor, distraído. Sobre la superficie congelada del río se distinguían todo tipo de objetos que contempló asqueado. Latas, botellas y desperdicios de toda clase estaban esparcidos por el Támesis ofreciendo una triste imagen de lo que sería el fondo de no estar blindado por el hielo.

Se apoyó en la barandilla del puente, de espaldas a la carretera, y sacó un mapa plegable de Londres. Había varios lugares señalados con un punto negro, que se correspondían con las propiedades de la Tech Underground

Corporation. Estaba buscando alguna respuesta a los misteriosos acontecimientos que había descubierto en el curso de su investigación. La sensación de no entender qué escondía aquella compañía le afectaba hasta el punto de no haberle dejado dormir apenas durante la última semana. Tenía que haber una explicación racional y comprensible para las acciones de la T.U.C.; un motivo, un objetivo, algo que esclareciese el fin que perseguía esa organización. Rick no conseguía averiguarlo y eso le estaba corroyendo por dentro.

Absorto en sus cavilaciones, tardó en darse cuenta de que los coches estaban pitando a su espalda. Se dio la vuelta y

vio una limusina negra parada frente a él, bloqueando el tráfico en un carril.

—¡Muévete, imbécil! —gritó un tipo alto, vestido con un abrigo rojo muy llamativo, mientras se bajaba de su coche y se acercaba a la limusina—. No sé qué te crees por llevar ese coche tan elegante pero lo vas a poner en marcha ahora mismo.

La puerta del conductor de la limusina se abrió y salió un hombre negro de gigantescas proporciones. Tenía la cabeza rapada al cero y varios pendientes de oro en forma de aro.

—¿Es que eres sordo? Despeja el camino, anormal... —El hombre del abrigo rojo se calló de inmediato en cuanto el titánico hombre negro terminó

de erguirse. Dio la vuelta en redondo y regresó a su vehículo a paso ligero.

Los demás conductores retiraron las manos del claxon cuando el conductor de la limusina barrió la calle con la mirada. Rick vio cómo en el carril de al lado, en sentido opuesto, un conductor bajaba la ventanilla y se quedaba mirando la mole de color negro que estaba plantada en medio de la calzada, seguía unos metros y chocaba contra un camión que se había parado delante. Otro hombre bajó de éste, visiblemente cabreado, y se fue directo a por el que acababa de golpearle por detrás. El conductor de la limusina giró lentamente la cabeza y miró a Rick, que por fin reaccionó y subió al lujoso vehículo.

—Vámonos antes de que interrumpas todo el tráfico de la ciudad —dijo al montar.

La limusina se puso en movimiento y se alejó del puente de la Torre, dejando atrás un revuelo de confusión y conductores enfadados.

—¿Adónde me llevas, gigantón? —preguntó Rick.

El chófer no respondió. La limusina prosiguió su camino sobre el asfalto de Londres. Rick se recostó en su asiento y descartó volver a preguntar por su destino. Conocía lo suficiente a su descomunal amigo para saber que no abriría la boca. No es que hubieran tenido mucho contacto, pero no le había oído jamás pronunciar una palabra. Ni

siquiera conocía el timbre de su voz. Mientras miraba por la ventanilla, intentado adivinar a dónde se dirigían, Rick cayó en la cuenta de que no sabía cómo le había localizado su silencioso chófer. No le había dicho a nadie dónde estaba, dado que se había dedicado a vagar por las calles hasta decidir cuál iba a ser su siguiente paso. Podría preguntarle al gigantón, como Rick solía llamarle, ya que tampoco sabía cuál era su nombre, pero obtendría la misma respuesta que a su pregunta anterior.

La ostentosa limusina negra aparcó delante de un edificio de oficinas que Rick conocía bastante bien, pues pertenecía a Jack. Cruzaron el vestíbulo y tomaron el ascensor hasta el sótano. El

militar fue directo al despacho del propietario y le encontró inmerso en un montón de papeles. Sobre su mesa reinaba el desorden. Un enorme puro descansaba sobre un cenicero de donde emanaba un titubeante hilo de humo que ascendía lentamente. Rick pensó que era cuestión de tiempo que todos esos papeles ardieran.

—El grandullón me ha traído. Supongo que querías verme —dijo Rick desde la puerta.

—Así es. Pasa y siéntate. —Jack Kolby dejó una carpeta sobre una pila de documentos a un lado de la mesa mientras el recién llegado cerraba la puerta y tomaba asiento.

—Tengo algo sorprendente que

contarte de nuestros amigos de la T.U.C. Por eso me has llamado, ¿verdad?

—Lo cierto es que no —aclaró Jack. Vestía un traje excesivamente elegante, adornado por una corbata de color azul chillón, y su espesa cabellera morena estaba peinada con mucho cuidado—. Se trata de otro asunto más importante. Pero tenemos algo de tiempo, así que cuéntame eso tan sorprendente que has averiguado.

A Rick le pareció que no se tomaba en serio sus hallazgos pero lo que le iba a contar esta vez no le dejaría indiferente.

—Bien, ya te dije que esos edificios que están construyendo no lo son en realidad. Están huecos y aún no sé qué piensan hacer con ellos, pero puedes

apostar a que no van a ser oficinas. —Hablaba deprisa, impaciente por terminar su introducción y llegar a la parte que Jack aún desconocía—. Los levantan muy deprisa; de hecho, no creo que les lleve más de una semana, como mucho, finalizarlos. También te hablé del cadáver de Scot que encontré en uno de ellos. —Rick omitió deliberadamente al inexplicable animal que le obligó a huir despavorido por miedo a que no le creyesen—. Estaba completamente reducido a cenizas, pero sólo en su interior. No sé cómo, pero su aspecto exterior era normal...

—Respecto a ese detalle —le cortó Jack, dando una larga calada a su puro antes de proseguir—, si no recuerdo mal

tu informe, estabas en un lugar muy oscuro, sin otra luz que la de tu pequeña linterna, y además tuviste que irte apresuradamente porque los guardas volvieron a sus puestos. ¿No es posible que fuera algo diferente lo que hubiese en esa caja y lo confundieras?

—No. Era él, y su cuerpo tenía cenizas como relleno —aseguró categóricamente—. Pero entiendo que no me creas, ya que a mí me cuesta hacerlo.

—No pretendía dudar de ti. Es que suena algo inverosímil.

—¿Crees que no lo sé? Escucha el resto porque hay más. Ya sé por qué Robbie no te vendió su almacén. —Jack se mostró interesado por esto último—. ¿Recuerdas esto? —dijo sacando un

papel y entregándoselo.

—Es una operación para extirpar el útero de una tal Ángela Brown —dijo Jack con la vista sobre el informe médico—. Ocurrió antes de la Onda. ¿Qué relación guarda con este asunto?

—Ángela Brown es la mujer de Robbie Fenton. No me di cuenta porque ahora usa el apellido de su marido.

—Muy bien. La mujer de Robbie no tiene matriz. ¿Explica eso que le vendiese su almacén a la T.U.C. para que lo derribaran y levantasen otro edificio hueco?

—Lo explica cuando te enteras de que Ángela está embarazada.

Ahora sí había logrado captar su atención. El arrollador empresario se

quedó paralizado y pensativo a la vez.

—Tiene que ser por otra razón —dijo Jack, escéptico—. Ese informe será erróneo, o hará referencia a otra Ángela; es un nombre bastante común.

—Escúchame bien; sé que no es posible, pero todo cuadra. El informe lo encontré en casa de Scot, y en la puerta me tropecé con un tipo muy raro con cara de adolescente, que, estoy seguro, tiene que ver con la T.U.C. Scot debió averiguar algo y por eso le mataron. He estado hablando con Robbie y con su mujer. Ni siquiera les importa el dinero. Están obsesionados con su inminente paternidad y puedes estar seguro de que no tardará. He visto el vientre de esa mujer. —Rick acompañó su explicación

dibujando un semicírculo en el aire con la mano a un palmo de distancia sobre su barriga.

—Es difícil de creer —dijo Jack dubitativo.

—¿Se te ocurre una explicación mejor?

Jack puso mala cara.

—La verdad es que no. Pero eso no significa que no la haya; sólo que nosotros no damos con ella.

—Aún no he acabado. Tengo otro detalle que tampoco puedo explicar y que quiero que veas. —Rick se puso de pie, sacó su mapa de Londres y lo extendió sobre la mesa, encima de los papeles que la cubrían—. Lo primero que debes saber es que los edificios de

la T.U.C. son cinco, no cuatro. Hicieron una última adquisición no hace demasiado. No he tenido tiempo de investigar a todos los socios, pero el principal, un tal Jamison Harvie, ha recuperado a su hijo, al que no veía desde la Onda. Estoy seguro de que ése es el pago que recibió a cambio de venderles su inmueble. —Rick hizo una pausa para comprobar si Jack le seguía. Éste asintió levemente sin decir nada—. He marcado en este mapa los cinco puntos donde la T.U.C. ha edificado.

Jack se inclinó sobre el mapa y estudió las cinco marcas intentando descifrar la hipótesis de Rick.

—No veo nada de particular —anunció, inseguro.

—Observa con atención.

Rick cogió un compás y lo situó sobre el mapa. Clavó la parte afilada en el medio y separó el otro extremo hasta posarlo sobre uno de los puntos marcados con rotulador negro. Luego agarró la parte superior del compás con el dedo índice y el pulgar y lo hizo girar. Una circunferencia se fue dibujando. Su recorrido pasaba por los otros cuatro puntos que indicaban las ubicaciones de los falsos edificios. Cuando el círculo estuvo completo, la perfecta distribución de los lugares señalados era tan obvia que convertía en imposible el no reparar en ella, a la vez que descartaba automáticamente el azar en la elección de sus localizaciones.

—Impresionante. —Jack no sabía qué decir—. ¿Has averiguado el porqué de esa distribución tan exacta?

—No. Pero ahora entenderás por qué me cuesta dormir. Reconozco que estoy un poco obsesionado. Tiene que haber una razón.

—¿Qué hay en el centro de la circunferencia? —preguntó Jack, interesado—. ¿Has comprobado si hay algo allí fuera de lo normal?

—Es Trafalgar Square. También fue lo primero que se me ocurrió. He estado allí y he husmeado en todos los edificios de alrededor pero no he hallado nada extraño o fuera de lugar. Sinceramente, estoy desconcertado.

—No me extraña. —Se quedaron en

silencio durante un rato—. Tendré que reflexionar sobre tu investigación. Un gran trabajo, Rick. Mientras tanto, hay otro asunto del que quiero que te encargues.

—¿Cuál es?

—Te informaré con los demás involucrados. Tenemos una reunión dentro de diez minutos aproximadamente. Adelántate hasta la sala de conferencias, que yo iré enseguida.

Rick abandonó el despacho, pensativo. Esperaba otra reacción por parte de Jack. No parecía tan interesado en la T.U.C. como él hubiese imaginado. Entendía que en el fondo su única pérdida real era un almacén que quería

adquirir para sus negocios, pero aquellos misteriosos movimientos deberían haber despertado su curiosidad, por no hablar del asesinato de Scot, uno de sus hombres. Rick distaba mucho de comprender cómo funcionaban sus negocios turbios, pero tenía asumido el estereotipo de que el jefe nunca permitía que liquidasen a quienes trabajaban para él, no porque sintiera algo especial hacia sus hombres, sino porque no hacer nada al respecto sería como invitar a los rivales a continuar por ese camino. Al parecer, ése no era el caso de Jack; el nuevo asunto que le iba a desvelar debía de ser muy importante...

Entró en la sala de conferencias. Era

una estancia muy amplia llena de sillas. Al menos se necesitarían cien personas para ocuparlas todas. En el centro había un podio con un micrófono para el conferenciante y, en la pared de detrás, una pantalla blanca y amplia que, supuso, se utilizaría para proyecciones.

Rick escuchó una risa que le resultó familiar. Se adentró entre las hileras de asientos y vio a Susan al otro extremo de la sala, hablando con alguien que él no conocía. Le daban la espalda, pero la larga melena castaña de Susan, que le llegaba prácticamente hasta la cintura, era inconfundible, al igual que el peculiar movimiento de su cuerpo, que la dotaba de un aire distinguido. No le oyeron llegar, enfrascados como estaban

en una conversación muy distendida. Susan reía a pierna suelta de algo que había dicho el tipo alto y rubio que estaba a su lado. Se inclinó hacia atrás al son de una carcajada y, cuando recuperó su postura recta, apoyó delicadamente una mano sobre el hombro de su amigo, el cual le pasó el brazo por la espalda, acercándose un poco más.

La escena provocó en Rick una erupción de celos. Se sintió acalorado y nervioso, a la par que sorprendido de sí mismo. No estaba preparado para una explosión emocional de ese calibre y tampoco sospechaba que bastara con un detalle tan pequeño como ver a Susan riéndose con otro hombre para

desencadenarla. Deseó con todas sus fuerzas intervenir de alguna forma y averiguar quién era el desconocido y qué relación tenía con ella. No le agradó en absoluto sentirse de aquel modo ya que, después de todo, era un soldado. Su disciplina y su autocontrol le habían permitido sobrevivir a situaciones extremadamente peligrosas, y eran dos valiosas cualidades que no esperaba ver desbaratadas tan fácilmente.

—¡Caramba! ¿Eres tú, Rick? —dijo una voz a su espalda.

El aludido se dio la vuelta y miró extrañado al recién llegado. Era algo bajo, y su pelo rizado y castaño formaba una espesa costra sobre su cabeza. Sus ojos se movían continuamente detrás de

unas gafas de pasta que a Rick le parecieron algo grandes. Vestía una camisa desabrochada que dejaba asomar una camiseta de algodón estampada con el logotipo de una empresa informática. Sabía que ya había hablado con aquel individuo anteriormente pero no acababa de reconocerle; su mente estaba aún pendiente de Susan.

—¿No me recuerdas? —preguntó el tipo, algo decepcionado—. Soy Rylan. Me confundiste con un médico la primera vez que nos vimos. Fue por la bata que llevaba —explicó.

—Perdón. No te había reconocido —se disculpó Rick. Era la primera persona que había visto después de que Jack y Susan le rescataran de las manos

de Gordon. Tenía la sensación de que había pasado una eternidad desde entonces—. Tengo muchas cosas en la cabeza.

—No importa. Me alegro de volver a verte. Siempre es un placer hablar con la única persona que ha cruzado el portal. Me encantaría que me contaras qué viste en aquel sitio. Después de la charla podríamos tomar un café —dijo Rylan, esperanzado.

—Tal vez. No sé si tendré tiempo. Yo...

—Hola, Rick —saludó Susan.

El militar se giró y vio que la pareja se había acercado hasta ellos. El desconocido era más alto que él, parecía más joven y no había ninguna duda de

que era más guapo. Tenía el pelo rubio y sedoso, y su cara parecía calcada a los modelos masculinos que se veían en los anuncios de colonias anteriores a la Onda. Rick le examinó de arriba abajo y supo que le iba a caer mal incluso antes de haberle oído pronunciar una sola palabra.

—Éste es mi hermano Nelson —dijo Rylan. Rick le estrechó la mano y se aseguró de que el saludo le produjese algo de dolor—. Trabajamos juntos.

—¿A qué os dedicáis? —preguntó a Nelson.

—Somos científicos —respondió éste dándose aires de importancia—. Tú eres el soldado, ¿no?

—Ya te dije que le conocía —le dijo

Rylan a su hermano—. ¡Ha cruzado el portal y ha estado en otro mundo! —añadió, rebosante de admiración.

—Interesante. Por lo que he oído, sólo regresasteis dos, y el otro ha perdido completamente el juicio. ¿Cómo lograste escapar?

Rick detectó un leve matiz irónico en sus palabras: sus ojos brillaban desafiantes, por lo que llegó rápidamente a la conclusión de que no había escogido la palabra escapar por casualidad para formular su pregunta.

—Ya estamos todos —anunció Jack, entrando en la sala—. Veo que ya os conocéis. Tomad asiento, que vamos a empezar.

Los cuatro se sentaron en la primera

fila. Rick había pensado que asistiría más gente dado el tamaño de la sala de conferencias. Jack se dirigió al podio, encendió un puro y se aflojó el nudo de la corbata. Dio una larga calada y dejó escapar el humo entre sus labios muy despacio.

—El contenido de esta charla —empezó a decir con una pequeña nube de humo flotando sobre su cabeza— es de algo que debe permanecer en el más absoluto secreto. Es muy importante que no comentéis nada con nadie. —Jack se detuvo y miró a su alrededor buscando algo que aparentemente debía estar allí, pero que no encontraba. Tras dos vueltas alrededor de sí mismo, se encogió de hombros y sacudió el puro, dejando que

la ceniza cayese en el suelo—. Haré una pequeña introducción para resumir lo que sabemos y, de paso, para que todos dispongamos de la misma información. Todos conocemos, al menos a grandes rasgos, la existencia de un portal que lleva a otro lugar aún por determinar, posiblemente otro mundo. Una expedición de cien hombres lo cruzó hace poco y los resultados fueron desastrosos.

Rick se agitó incómodo en su silla. Ahora estaba claro cuál era ese asunto tan importante que acaparaba la atención de Jack. Recordó su primera conversación con él después de que le sacasen del hospital. Le había mencionado que había otro portal y que

pronto volverían a enviar a otro grupo. En aquel momento no le prestó demasiada importancia, pero ahora quedaba claro que la cosa iba en serio y no le hizo ninguna gracia que le hubiese traído a la reunión ocultándole de qué iba a tratar. Seguramente, Jack temía que se hubiera negado a asistir.

—Rick formaba parte de aquella expedición —dijo señalándole con el dedo al pronunciar su nombre—, y junto con otro soldado, que aún no se ha recobrado, es el único que logró volver. Los demás murieron al ser atacados por algún tipo de habitante de ese misterioso lugar.

—¿Sabemos en qué estado se encuentra exactamente el otro soldado?

—Rick aprovechó para indagar acerca de su antiguo compañero.

—Gracias a Susan —le respondió Jack—, que aún le trata en calidad de médico, sabemos que su estado no ha experimentado cambio alguno desde que llegó. Su salud no corre peligro pero su mente ha perdido el contacto con la realidad. No hay previsión de que vaya a recuperar la cordura.

Susan posó su mano sobre la de Rick y la apretó suavemente. Éste apenas se dio cuenta. Las imágenes de sus compañeros despedazados emergieron en su cabeza una vez más.

—Lo que nos interesa ahora es que existe otro portal —continuó Jack— y vamos a preparar una nueva operación

para cruzarlo. Esta vez, tanto el Gobierno como el ejército se quedarán al margen. Sólo nosotros conocemos su ubicación y así ha de seguir siendo.

—¿Qué sabéis de esos portales? —preguntó Rick—. Me refiero a que alguien tiene que haberlos construido; no creo que sean producto de la naturaleza.

—Eso continúa siendo un misterio —admitió Jack—. Nuestros científicos no han conseguido averiguar demasiado. Pero está casi verificado que llevan aquí muchísimo tiempo. Se cree que la Onda ha cambiado algo y ahora, por alguna razón, los hemos encontrado.

—Yo soy uno de esos científicos —le susurró Rylan al oído muy orgulloso.

Rick estuvo de acuerdo con la escueta

explicación de Jack. No sabía de dónde habían salido esos portales pero no albergaba ninguna duda de que la respuesta estaba íntimamente relacionada con la Onda, al igual que la Niebla y todas las demás cosas inexplicables que ahora formaban parte de su día a día.

—¿Cómo habéis dado con el portal? —Seguía habiendo demasiadas cosas que Rick no entendía de todo aquello y, dado que todos parecían no preocuparse por el hecho de que casi cien personas habían muerto por cruzar uno de esos portales, intentó despejar el mayor número posible de incógnitas.

—Eso se lo debemos a Rylan y a su excelente labor de investigación. —Jack

extendió la mano hacia el científico.

—Y a mí —subrayó Nelson, molesto.

—Por supuesto. Los dos hermanos dieron con el portal. Es mejor que Rylan explique cómo lo hicieron. —Jack se retiró del podio y miró al aludido invitándole a tomar la palabra.

Éste dio un pequeño salto en la silla, como si acabara de entender que era su turno. Se levantó deprisa y fue hacia Jack. Tropezó con un pequeño escalón y estuvo a punto de caer al suelo. Se plantó en el podio con la cara sonrosada por la vergüenza.

—Bueno, mi hermano y yo estábamos llevando a cabo un experimento con la Niebla. —Estaba visiblemente nervioso. Su voz sonaba acelerada y se notaba que

no estaba acostumbrado a ser el centro de atención. Rick supuso que era a causa de que el guaperas de su hermano debía tener la costumbre de eclipsarle. Les imaginó a ambos en su infancia. Nelson salía con alguna chica y Rylan se quedaba en casa estudiando—. Estudiábamos el índice de refracción de la luz para averiguar las propiedades dieléctricas del medio. Nuestro primer paso, muy sencillo, consistió en hacer pasar luz policromática para verificar la existencia de un medio paralelo mediante la dispersión refractiva...

—Al grano, Rylan —le reprendió Jack con expresión cansada—. Ya te he dicho que no somos científicos y no entendemos esa palabrería. Haz un

resumen en lenguaje llano.

—Sí, perdón. Es la costumbre... En términos simples, la luz se comporta de modo extraño con la Niebla. Intentábamos averiguar la causa y por pura casualidad dimos con otra ubicación donde sucedía lo mismo. Al principio pensamos que se trataba de otro banco de Niebla estático como el de Hyde Park, pero nos dimos cuenta de que se activó el condensador de fluzo... —Rylan se quedó callado con una expresión que su audiencia no supo interpretar. Sus labios formaban una medio sonrisa y sus cejas se alzaron, arrugando su frente. Le guiñó un ojo a su hermano. Nadie dijo nada—. Venga, vamos. ¿Es que nadie ha visto 'Regreso

al futuro'? —La sonrisa se esfumó de su cara cuando se dio de cuenta de que su broma no se entendía—. Sólo era un chiste. En fin, lo que quería decir era que descubrimos comportamientos anormales de la luz en otro lugar, y pensábamos que se trataba de otro banco de Niebla, pero era el portal.

—Tuvimos suerte —corroboró Nelson —. ¿Recuerdas que casi lo pasamos por alto? Estábamos tan absortos intentando sacar conclusiones de nuestras mediciones que al principio no le dimos importancia. ¿Te acuerdas, Susan? Tú estabas con nosotros aquel día.

—Es verdad. Os pusisteis muy contentos con el descubrimiento.

A Rick no le gustó la aclaración de

Nelson. No tenía nada que ver con todo aquel galimatías sobre la luz. Él no entendía de esas cosas. Sólo le quedó claro que Nelson y Susan pasaban tiempo juntos, y eso le molestó.

—Puede que esos comportamientos extraños de la luz se deban a que al otro lado del portal todo es diferente —dijo Rick—. La luz sobre todo. De hecho, no hay sombras en ese lugar.

—¿Lo dices en serio? —Los ojos de Rylan se abrieron de par en par.

—Te está tomando el pelo, hermano. —Nelson sonreía con descaro—. El soldado sabe que algo así es imposible.

—El soldado sabe lo que vio estando allí —dijo Rick, tajante—. Cosa que el científico no puede decir.

—Luego discutiréis esos detalles —intervino Jack—. Rylan, gracias por tu explicación.

—¿Has dicho en serio que no hay sombras al otro lado? —le preguntó Rylan a Rick, sentándose a su lado—. ¡Qué pasada! Es algo asombroso...

—¿Cómo pensáis abrir el portal? —preguntó Rick a Jack ignorando al entusiasmado científico—. Recuerdo que era necesario un sello para activarlo, una especie de piedra plana que se colocaba en un símbolo dibujado en el suelo. —En el fondo, albergaba la esperanza de que no hubiesen reparado en ese detalle, ya que así el viaje sería imposible. Seguía desconcertado por el hecho de que a nadie le preocupara

morir al otro lado.

—Así es y tenemos ese sello. El grandullón nos lo consiguió. —Jack señaló un punto de la sala y todos miraron en esa dirección. El gigantesco negro estaba sentado con la espalda apoyada contra la pared; ocupaba dos sitios él solo—. Después de que el portal estallara, Gordon dio orden de destruir la fundición. Una medida algo excesiva con la que pretendía asegurarse de que nadie os siguiese de vuelta a casa. Nuestro silencioso amigo obtuvo el sello sin que se dieran cuenta antes de que derribaran todo el edificio.

A Rick le costaba imaginar al grandullón, con sus colosales proporciones, pasando desapercibido en

cualquier parte. Recordó el escándalo que se originó en el puente cuando le había ido a recoger, y lo único que había hecho era parar un coche y apearse.

—Veo que está todo preparado —comentó—. Pero lo que no entiendo es que estéis considerando realmente volver a aquel lugar. ¿No comprendéis que nos masacraron en pocos segundos? ¿De veras creéis que esta vez nos regalarán flores? No sé quiénes son esos tipos pero no se alegrarán de recibir más visitas.

—No es que parezca muy valiente para ser un soldado, ¿no crees? —le preguntó Nelson a Susan.

—¿Tienes algún problema, listillo? —Rick se giró hacia el científico y le

clavó una severa mirada a la espera de una excusa para saltarle encima.

—¡Dejadlo ya! —advirtió Jack—. Esta vez será diferente, Rick. El portal es diferente, como podrás comprobar. Para empezar es mucho más pequeño, y hemos descubierto un lugar distinto, como si apuntase a otra localización.

—No me parece suficiente —insistió. Miró de nuevo a Nelson para ver si tenía alguna ocurrencia que comentar, pero éste no dijo nada—. No podemos estar seguros de que no nos estará esperando otro comité de bienvenida.

—Podemos. Pero no es eso lo único diferente en esta ocasión. Tenemos algo que quiero que veas. Nelson, tu turno.

El hermano de Rylan subió al podio

con aire altivo. Jack se apartó y aplastó el puro con el pie, contra el suelo.

—Imagino que esto te encantará, Rick. Es un arma, aunque dudo mucho que hayas visto alguna parecida. —Nelson dio un paso atrás y agarró una bolsa de tela que estaba apoyada contra la pared. La dejó sobre el suelo y sacó una toalla que envolvía algo pesado, a juzgar por el esfuerzo que le costaba levantarlo. La retiró con cuidado y dejó a la vista una especie de cilindro—. Pesa ocho kilos, lo cual es demasiado para ser manejado con soltura aunque, como verás, es sin duda ése su propósito. —Lo apoyó sobre el podio y lo hizo girar para que se viera por todos lados. Estaba adornado con extraños símbolos que a

Rick le recordaron a la runa de activación sobre la cual se colocaba el sello que abría el portal—. Está compuesto por un material desconocido, similar al de los pilares que forman el portal.

—¿De dónde lo habéis sacado? —preguntó.

—Lo tenía un tipo muy extraño al que encontraron en la Puerta Sur de la ciudad; estaba metido en el cráter que acababa de abrir una explosión.

—Me gustaría hablar con él. —Rick le lanzó una intensa mirada a Jack.

—A nosotros también —repuso éste—, pero se escapó. Estaba en un estado muy grave cuando lo encontraron, inconsciente y con varios huesos

fracturados. Pero sin explicación alguna desapareció, dejando un agujero en la pared del hospital como único testigo de su fuga.

Más cuestiones sin explicación. Rick empezaba a cansarse de no obtener respuestas. En ese momento la puerta se abrió y vio entrar al grandullón; no se había percatado de que se hubiera marchado. El gigantesco hombre tuvo que agacharse para no golpearse la cabeza. Llevaba una viga de acero enorme en las manos que debía ser increíblemente pesada. La dejó en el suelo, cerca de Nelson.

—Gracias —le dijo el científico antes de volverse hacia Rick—. Ahora haremos una demostración. —Agarró el

cilindro con las dos manos y se acercó a la viga—. Estuvimos dándole vueltas durante mucho tiempo sin saber qué era, hasta que Susan nos inspiró y descubrimos asombrados qué teníamos entre manos.

—Sólo fue suerte —aclaró ella.

—En cualquier caso. Hicimos un descubrimiento increible.

El científico frunció el entrecejo y adoptó una expresión de máxima concentración. Cambió la posición de las manos sobre el cilindro y una llamarada surgió hacia arriba. Rick lo miró detenidamente y distinguió una forma alargada, de color anaranjado, que se correspondía con el filo de una espada. Estaba envuelta en una fina capa

de fuego.

Dio un salto involuntario en la silla cuando los recuerdos le atravesaron la cabeza dolorosamente. Se levantó de un brinco y se llevó la mano al pecho en busca de su arma sin recordar que no la llevaba encima. Su pulso se había acelerado y era incapaz de apartar los ojos de la espada.

—Tranquilo, soldado —le dijo Nelson con una sonrisa—. Relájate. Todo está controlado. —Se notaba que disfrutaba viéndole fuera de control.

Susan se acercó a Rick y tomó su mano izquierda. Con la otra le cogió suavemente por el cuello y le forzó a mirarla.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Rick no pareció reconocerla. Sus ojos estaban desenfocados y no era consciente siquiera de que le estuviese agarrando.

—Sí, estoy bien. —Parpadeó y se separó de ella. Dio un par de pasos y sacudió la cabeza—. Estabas equivocado —le dijo a Nelson—. Sí que había visto antes esa arma. Es la que utilizaron para descuartizar a los miembros de mi expedición cuando atravesamos el portal. —Las imágenes de sus compañeros despedazados invadieron su cabeza y tuvo que luchar para hacer que desaparecieran—. Y una cosa más: te aconsejo que no vuelvas a llamarme soldado.

—Enséñale cómo funciona, hermano

—dijo Rylan acercándose hasta él—. Ya verás, Rick, es algo increíble.

Nelson sostuvo la espada sobre la viga de acero y la dejó caer. La hoja la cortó en dos como si se tratara de un bloque de mantequilla. Rick lo contempló más calmado. Ya había visto de lo que era capaz esa condenada arma cuando seccionó uno de los tanques que habían llevado en su operación de reconocimiento.

—Parece diseñada para ser manejada con una sola mano —Rick estudiaba la espada con gran interés—, a juzgar por el tamaño de la hoja y por la forma del mango, pero nadie sería capaz de blandir una espada de ocho kilos con un solo brazo.

—Lo mismo pensé yo —le apoyó Rylan—. Deben de ser muy fuertes. Sólo hemos encontrado un material que resiste el filo de la espada. ¿Te imaginas cuál es?

—El telio —contestó sin dudarlo.

—Efectivamente —confirmó el pequeño científico—. Puede llegar a cortarlo, pero cuesta un montón. Hay que golpear con la espada muchas veces. Yo creo que el telio tiene algo que ver con el otro mundo. Por eso no podemos descifrar sus secretos. No es como el mango de la espada o como los pilares del Portal, pero se les parece.

—Aún hay más cosas sorprendentes sobre la espada. —Nelson dio un paso atrás—. Observa.

Levantó la espada sobre su cabeza, manejándola con las dos manos. Luego la dejó caer en perpendicular y la detuvo a un palmo del suelo. La llameante hoja dejó una estela amarillenta y, cuando Nelson retiró la espada, una línea de fuego estaba ardiendo suspendida en el aire. Rick se acercó y dio una vuelta alrededor del hilo de llamas. El científico tuvo que apartarse para no chocar con él cuando pasó a su lado.

—Es impresionante —comentó con la boca abierta—. ¿Qué es lo que arde para alimentar las llamas? ¿El aire?

—No estamos seguros —contestó Rylan—. No creo que sea fuego. Al menos, no el fuego que conocemos. No

produce calor, como habrás notado, y tampoco emite sonidos. Yo creo que es una energía desconocida, una forma de luz que no comprendemos.

—¿Cuánto dura? No puede quedarse ahí ardiendo para siempre.

—Poco, enseguida se desvanece. ¿Lo ves? —Nelson señaló la línea de fuego, que perdió intensidad y desapreció rápidamente sin dejar rastro—. Pero hay algo muy curioso: su duración es variable. Las primeras pruebas nos hicieron pensar que dependía de la rapidez con que se trazara el arco, cosa que es cierta sólo en parte. También afecta a su duración el modo de coger la espada y, lo más insólito de todo, quien la empuñe.

—¿A qué te refieres?

—A que si yo trazo un arco a una velocidad, y luego tú haces el mismo movimiento, exactamente igual, las dos líneas que se formarán arderán durante tiempos distintos. Es como si algo de nuestro ser le infundiese fuerza a la espada y, claro, cada persona es diferente.

—No me gustaría averiguar lo que puede hacer este trasto en manos de alguien que lo sepa manejar adecuadamente. —Rick estaba pensando en voz alta.

—Quedan dos detalles más que hemos descubierto en nuestras pruebas. Aléjate un poco.

El militar se apartó unos pasos.

Nelson alzó de nuevo la espada y esta vez trazó dos líneas en el aire que se cortaban formando una enorme 'X'. Las llamas ardieron sin entrar en contacto con nada más, ni siquiera el suelo.

—Éste es el primero, observa. ¡Hermano!

Rylan cogió un mechero y se movió hasta colocarse enfrente de su hermano, a unos cinco metros de distancia. Nelson estaba muy quieto justo detrás de la ardiente equis que flotaba ante él. Rylan tomó impulso y lanzó el mechero con todas sus fuerzas. El objeto voló por el aire y fue directo hacia la cabeza de Nelson pero, al llegar a la altura de las llamas, rebotó en el aire y cayó al suelo. Se formaron unas ondas en el lugar en el

que la invisible barrera detuvo al proyectil, similares a las que produciría una piedra atravesando el agua, que se propagaron por el aire muy deprisa y luego se desvanecieron. Las llamas se disiparon poco después.

—Como en la ocasión anterior —explicó Nelson—, esta especie de escudo tiene una fuerza y una duración que dependen de quien esgrima la espada, de la fuerza que le imprima, del modo de sujetar la empuñadura y, probablemente, de otros factores que desconocemos.

—Has dicho que éste era el primer detalle. —Rick intentaba disimular su asombro sin conseguirlo—. ¿Cuál es el segundo?

—Por desgracia no hemos sido capaces de reproducirlo. En una ocasión le pedimos a Susan que trazara una línea de llamas con la espada para hacer una prueba y sucedió algo que casi acaba con nosotros. La línea surgió del mismo modo que has visto pero cuando la espada terminó su movimiento, salió despedida hacia delante y abrió un boquete en la pared. No hemos conseguido volver a hacerlo.

Rick miró a Susan.

—No sé cómo lo hice —explicó ella—. Debí coger la espada de alguna manera especial sin darme cuenta, o hacer algún giro de muñeca inesperado.

Rick meditó sobre aquello un instante.

—Es un arma muy compleja.

Deberíais manejarla con mucho cuidado. Puede que sea capaz de hacer muchas más cosas. Si puede realizar dibujos de fuego en el aire y cada signo encierra un uso diferente, sus posibilidades son ilimitadas. ¿Se os ha ocurrido intentar repetir los símbolos que lleva grabados en la empuñadura?

—Probamos con los más sencillos —dijo Jack, que había estado apartado durante la exhibición—, pero no hemos logrado ningún efecto nuevo. Para los símbolos más complejos, y suponiendo que tengan alguna aplicación real, necesitamos conseguir primero que las llamas duren más tiempo. Y ésta es una de las razones de que estés aquí.

—¿Qué quieres que haga yo con esa

espada? —preguntó Rick, intrigado.

—Eres el único que ha visto a alguien que sabe utilizarla.

—Pero fue algo muy fugaz. No recuerdo bien qué ocurrió.

—Tampoco recordabas esta espada hasta que la has visto de nuevo. —Jack empleó su tono conciliador—. Tus recuerdos están bloqueados por la terrible experiencia de ver morir a tus compañeros sin poder evitarlo. Pero es probable que si practicas con la espada consigas desbloquear tu memoria y descubras algo más. No pierdes nada por probar. ¿Lo intentarás?

—Puedo probar. —Rick se moría de curiosidad por dentro—. Pero no prometo nada.

—Genial. Te será muy útil contar con un arma tan formidable cuando atravieses de nuevo el portal.

—¡Alto! ¿El portal? —Rick se puso tenso ante la noticia. Pensaba que lo que querían de él era que les relatara una vez más lo poco que sabía del otro lado, pero no que esperasen que él viajara de nuevo a ese lugar. Comprendió que ése era el estilo de Jack: dejar siempre la sorpresa para el final—. No pienso ir de nuevo allí. ¿Crees que me apetece que me conviertan en trocitos?

—Ya te he dicho que el portal da a un lugar diferente. Además, en caso de peligro contarás con la espada para defenderte.

—Te necesitamos, Rick —dijo Susan

—. Eres el único que ha estado allí.

—¿Tú también vas a ir? —Rick la miró con los ojos desorbitados.

—Pues claro que iré. Es el acontecimiento más importante de nuestra historia. Pienso averiguar qué causó la Onda y encontrar una solución.

—No, Susan. No vayas. No averiguaréis nada estando muertos.

—Tienes que venir, Rick. —Rylan le estaba dando tirones de la manga—. Ya has regresado una vez; eres el mejor. Te necesitamos.

Estaban todos completamente locos. Veía en sus ojos no sólo la determinación de ir, sino también un destello de impaciencia. Estaban resueltos a partir cuanto antes. Lo peor

era que Rick sentía una curiosidad comparable a la suya por obtener respuestas de una vez por todas, y no se libraba de esa sensación de que la Onda, el Portal, y todos los extraños acontecimientos vividos al investigar a la T.U.C. guardaban una estrecha relación. Intuía que viajar a aquel mundo era sin duda el mejor modo de descubrir la verdad, pero aun así no podía olvidar la muerte de casi un centenar de personas. Los demás lo habían escuchado o leído en un informe, pero él lo había vivido.

Sus pensamientos siguieron debatiéndose unos segundos en su cabeza. Que Susan cruzara el portal inclinaba la balanza a favor del viaje.

No tenía tiempo de examinar sus sentimientos a fondo, pero sabía que nunca se perdonaría perderla, y menos aún negarse a protegerla después de que se lo pidiera. Quedaba una cuestión importante sin resolver: Jack no le había explicado aún la razón del viaje. Los demás podían buscar respuestas o atender a su naturaleza científica, él mismo estaba sucumbiendo a la curiosidad, pero Jack no era así. Él tenía un motivo distinto. No sabía cuál era, pero no estaba en aquello por el bien de la humanidad. Le había llegado a conocer lo suficiente como para saber que él salvaría al mundo de mil amores, siempre y cuando obtuviese algo a cambio.

—¿Por qué quieres que vayamos allí otra vez, Jack? —Rick se desembarazó de Rylan y se aproximó a él.

—¿No es evidente? —El aludido le miró, extrañado—. Las respuestas están allí...

—Hay algo más —le atajó—. Lo sé.

—No me has dejado terminar. Claro que hay algo más. Nuestra supervivencia depende de que descubramos cómo funciona esa nueva tecnología. ¿No creerás que sólo sirve para fabricar espadas? Imagina lo que podremos conseguir. Puede que deshagamos el mal que causó la Onda en nuestro mundo. Podríamos conseguir que desaparecieran esos bancos de Niebla estáticos y puede que incluso

pudiéramos hacer algo con las tormentas y el cambio climático del planeta.

—No voy a morder el anzuelo. —Rick elevó el tono de voz—. Si estás en esto es para sacar provecho; no me creo que quieras salvar el mundo. ¿Arriesgarías nuestras vidas por un sueño?

—No entiendes la gravedad de la situación. —Jack mantuvo la calma, acostumbrado a tratar con Rick—. Piensas que no soy más que un interesado, y en parte tienes razón, pero no ves la perspectiva global. Nuestra situación es muy delicada. Supongo que habrás oído hablar de nuestros problemas con la Zona Segura del Norte. No te quepa duda de que antes o después estallará otra guerra con ellos.

—¿Piensas utilizar la guerra en tus argumentos como hace Gordon?

—No. Deja de interrumpirme y entenderás qué quiero decir. Luego, si no estás de acuerdo, lo discutes. La guerra estallará, es sólo cuestión de tiempo, pero no por los motivos típicos que cree la gente como Gordon. Esta vez será peor, pues la necesidad les impulsa a venir a nuestro territorio. Nosotros no podemos acogerles a todos y no nos creerán. Cuando su zona deje de ser habitable, vendrán a la nuestra y no atenderán a razones. Algo está deteriorando el mundo, algo que no comprendemos y cuya clave está al otro lado de ese portal.

—Así que pretendes evitar una guerra

—dijo Rick sin estar convencido.

—Por supuesto. No sé cómo piensas que yo me beneficiaría de una guerra pero en este caso te diré que lo que afecta al Norte llegará hasta nosotros poco después, con lo que su problema es el nuestro. No sólo trato de evitar la guerra, también quiero evitar que corramos la misma suerte que ellos.

—Reconozco que ahora suenas algo más convincente.

—Pero no lo suficiente, ¿verdad? No importa, hay más. Hemos encontrado otro portal, pero ¿no te has parado a pensar si hay más? Yo sí, y creo que es un error pensar que únicamente hay dos y que ambos están bajo nuestro control. Debe de haber muchos más.

—Parece lógico —concedió Rick, molesto por no haber reparado en algo tan evidente.

—Celebro que estemos de acuerdo. Ahora imagina que los norteños encuentran uno y lo cruzan antes que nosotros. —Rick lo pensó un instante y levantó las cejas ante las implicaciones —. Exacto. ¿Te imaginas un ejército de norteños armados con esas espadas? Esto es una carrera, Rick. Alguien se hará antes o después con los secretos que se ocultan en ese sitio y sobra decir que yo quiero ser el primero.

Rick reflexionó sobre aquellas palabras. Ahora comprendía perfectamente por qué no había demostrado más interés en los asuntos

de la T.U.C. y sus edificios. Tal y como él había expuesto la situación, era innegable que aquello era mucho más importante. Se sentía como un auténtico ingenuo. Era la segunda vez que discutía con Jack con una idea preconcebida sobre él, que o bien estaba equivocada, o bien era capaz de disfrazar con argumentos de lo más convincentes. Odiaba esa facilidad de palabra y esa calma que le permitían hacerle cambiar de opinión. Al iniciarse la reunión, y especialmente tras evocar su primer viaje por el portal, estaba seguro de que no habría modo de que le volvieran a engatusar para repetir algo semejante. Ahora, sin embargo, iba a aceptar hacerlo de nuevo, y encima llevaría

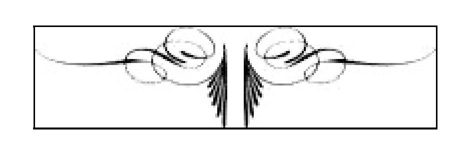
consigo un extraño sentimiento de estar haciendo algo bueno por la humanidad.

Rick tomó nota mental de intentar dejar de pensar tanto. Estaba claro que lo suyo era actuar.

—Muy bien. Iré.

—Sabía que podía contar contigo —le dijo Jack, muy contento—. Que te enseñen a manejar tu nuevo juguete. Pasado mañana os ponéis en marcha.

CAPÍTULO 14



Trece siglos. La historia de los Menores había evolucionado atravesando infinidad de cambios, avances y retrocesos en ese periodo. Era el tiempo que Vyns había pasado destinado en la Tierra y desde el primer momento su mayor anhelo siempre había sido regresar al Nido.

El mundo de los mortales había

cambiado hasta el punto de ser prácticamente irreconocible. Las diferentes generaciones habían ido moldeando su entorno de la mano de avances científicos y saltos ideológicos que desembocaron en un panorama nuevo y moderno. Mil trescientos años observándoles no era una cantidad de tiempo excesiva para un inmortal y Vyns estaba al corriente de ángeles que llevaban mucho más tiempo. Aun así, era más que suficiente para convencerse de que los Menores carecían de la fuerza interior necesaria para producir auténticos cambios en su esencia. Aquel nuevo mundo, del que la humanidad estaba tan orgullosa en su conjunto, no era otra cosa que una monumental

máscara con la que disfrazar su indigna naturaleza. Las guerras entre ellos no habían cesado y las desigualdades sociales permitían que unos pocos nadasen en la abundancia mientras millones de niños fallecían desnutridos. Eran sólo algunos de los ejemplos que convencían a Vyns de que los Menores siempre estarían guiados por objetivos personales y egoístas. Era cierto que se podían encontrar excepciones concretas a nivel individual, pero eran insuficientes para ejercer un impacto significativo en el conjunto de la humanidad. Nunca aprenderían.

Lo que más enfurecía a Vyns de los Menores era la nueva facultad destructiva que habían adquirido. Ya no

era suficiente con que se matasen entre ellos, con métodos directos e indirectos, sino que ahora habían refinado mucho más su poder devastador y ya ni las plantas ni los animales estaban a salvo. Su evolución les había llevado hasta lo más alto y habían empezado a atentar contra todo el planeta en su conjunto. Vyns había apostado a que sin una intervención directa por parte de los ángeles, los Menores destrozarían su propio mundo antes de un siglo.

Y entonces la Onda hizo su aparición. Los Menores la sufrieron de manera más trágica que ellos pero, viendo cómo les había frenado en sus labores destructivas a nivel global, Vyns pensó que en su caso les había venido bien.

Por supuesto se guardó de expresar esa opinión en voz alta.

Por fin estaba de vuelta en el Nido. Hubiera preferido que su regreso se debiese a que iba a entregar a Raven y no a que Diago estuviera agonizando y necesitasen con la máxima urgencia llevarle al Santuario.

—Resiste, Diago —le dijo corriendo a su lado. El Custodio yacía desfigurado sobre una lona que el resto de sus compañeros transportaba manteniéndola en el aire. Cuatro ángeles a cada lado sujetaban la improvisada camilla mientras corrían lo más rápido posible. Vyns iba delante abriendo la marcha—. Ya queda poco.

El maltrecho cuerpo se mecía sobre la

lona dando botes al ritmo de la frenética carrera. De vez en cuando dejaba escapar algún gemido. La sangre no dejaba de manar de sus incontables heridas y hacía bastante rato que la lona se había teñido de un color rojo oscuro prácticamente en su totalidad.

Vyns reparó en la deslumbrante palidez del rostro de Lyam. Sabía que se sentía responsable por no haberle podido curar. Él era el Sanador del grupo y no había conseguido cumplir su cometido. El veneno que le había inoculado Nilia debía ser increíblemente potente.

—Se pondrá bien —le dijo Vyns—. No dejaremos que muera. Antes de lo que imaginas, Diago estará en pie otra

vez y le haremos tragarse sus puñales a esa bastarda.

Lyam asintió, ausente, sin apartar los ojos del herido y sin dejar de correr al límite de sus fuerzas. Vyns volvió la vista al frente y la silueta de la Ciudadela se recortó por fin contra las montañas. Maldijo internamente a la Onda; si aún pudieran volar, habrían llegado en un suspiro. Nunca se acostumbraría a la perdida de una facultad tan útil. No contaban con vehículos de ningún tipo, ya que volar era su mejor y único medio de desplazamiento, pero a pesar de que sólo llevaban diez años sin poder hacerlo, Vyns evocó la última vez que surcó los aires como algo muy lejano en

su memoria.

Ese pensamiento le llevó a Wyn. A ella también le encantaba volar. Los dos solían hacerlo a menudo en el plano de los Menores, observándolos desde las alturas. Al pensar en ella le invadía la tristeza. Era el único ángel que había desaparecido antes de la Onda, y la más especial para él. Se odiaba por no haberla encontrado, y odió mucho más a Diago cuando le transmitió la orden del Consejo de abandonar la búsqueda para capturar a Raven. Ya nadie hablaba de Wyn, pero él no la había olvidado. Algún día retomaría lo que empezó y daría con ella, dondequiera que estuviese, algún día...

El Umbral era la primera esfera del

Nido y la más pequeña. Sólo contaba con una ciudad en su territorio: la Ciudadela. Una espesa capa de Niebla rodeaba la primera esfera y atravesarla era el único modo de viajar a la Tierra y, antes de la Onda, al Agujero. Desde la Ciudadela se podía ir a las otras seis esferas del Nido. Por tanto la función del Umbral y de la Ciudadela era la de controlar las entradas y salidas del Nido. No existía otra manera de viajar entre los tres planos.

La última vez que Vyns había estado allí fue mucho antes de la Onda y había volado de una punta a otra en una mínima fracción del tiempo que les estaba tomando llegar corriendo hasta la Ciudadela. Le resultó muy extraño ver el

cielo despejado, sin que nadie estuviese volando sobre sus cabezas, y le resultó más extraño aún darse cuenta de que estaban recorriendo un camino. Las cosas habían cambiado mucho tras la Onda. Se preguntó cuánto tiempo llevaría allí aquella senda y si también habría otras en las demás esferas. Supuso que sí. Era la primera vez que veía un sendero en el Nido. Para Vyns eran conceptos que tenían lógica sólo en el mundo de los Menores. Los ángeles siempre habían volado y el Nido nunca había requerido ningún tipo de ruta terrestre para guiarles. ¿Cuántas cosas más serían diferentes ahora? Le habían puesto al corriente de los cambios que la Onda había supuesto en su hogar, pero

una cosa era oírlo de boca de alguien y otra muy diferente verlo con sus propios ojos.

Vyns miró a su derecha cuando pasaron al lado de un terraplén que levitaba a unos treinta metros del suelo. Su extensión era pequeña, apenas suficiente para que veinte ángeles pudieran estar sobre ella. Rememoró una ocasión en la que él y Edmon habían estado peleando hasta que uno de los dos logró echar al otro y proclamarse dueño del peñasco. Ahora ya no podía volar hasta él; alguien podría estar tumbado sobre su superficie y Vyns no lo vería, condenado a contemplarlo desde abajo.

Al fin llegaron a la Ciudadela. Vyns se

alegró de que su resplandeciente muro exterior se conservase tal y como lo recordaba. Con una longitud de un kilómetro y una altura de treinta metros, la plateada muralla cortaba el terreno como el filo de un gigantesco cuchillo, delimitando, junto con la cordillera más alta del Umbral, los límites de la Ciudadela. Su superficie estaba tan pulida que resultaba suave al tacto. No se podía apreciar imperfección alguna en su sencillo diseño: ninguna veta, franja o banda alteraba la uniformidad de su color argénteo. No importaba desde qué ángulo o distancia se mirara, la tonalidad del muro era constante a lo largo de toda su fachada, lo cual se debía en parte a que estaba hecho de una

sola pieza. Discurría entre dos escarpadas montañas y, a cada lado, se fundía con su piedra: la transición del brillante color plateado del muro al tono mate y metálico de las formaciones rocosas se efectuaba con tal suavidad que costaba distinguir los límites de cada uno.

Una vez abandonaba la montaña, el muro fluía desde cada lado con un trazo curvo hasta desembocar en dos torres circulares que se alzaban pausadamente unos cincuenta metros del suelo, presentando una ligera curvatura hacia el interior de la Ciudadela. Las dos atalayas, rematadas con una afilada cúspide, estaban separadas por cincuenta metros y entre ellas estaba la

única puerta de acceso, que contrastaba con el lustroso aspecto del muro. Un número difícil de calcular de bloques de piedra, con un símbolo diferente grabado en cada uno, se unían mediante una luz opaca dando lugar a una puerta inexpugnable.

Cuando estuvieron suficientemente cerca, las runas de la puerta se iluminaron con la misma luz que mantenía unidos sus bloques de piedra, y Vyns se acercó al pie de una de las torres, reconfortándose ante la añorada sensación de seguridad que otorgaba el estar ante la barrera más infranqueable que se pudiera concebir. Se detuvo frente a una plataforma circular que se extendía al pie de la torre.

—¡Necesitamos entrar urgentemente en la Ciudadela! —dijo Vyns—. Traemos un herido grave.

Jirones de humo rojizo brotaron de la base de la plataforma y ascendieron serpenteando hasta unirse y dar forma a un Custodio. Vyns sabía que era una imagen que replicaba al centinela del interior de la atalaya. El Custodio tenía sus inmensas alas desplegadas. Eran los únicos que nunca las llevaban ocultas, al menos en el Nido.

—Identifícate —exigió el centinela, impasible.

—Soy Vyns, un Observador, y traigo a Diago en estado crítico —respondió sacando las alas para facilitar la identificación—. Necesitamos entrar

ahora mismo.

El centinela de humo extendió la mano y consultó un cristal. Luego frunció el ceño.

—Esta entrada no ha sido autorizada por nadie —anunció con voz monótona—. Tu identidad ha sido verificada y no consta que debas estar siquiera en el Nido.

—¡Es una emergencia, maldita sea! No teníamos tiempo de notificar nuestra llegada. Diago se muere. —Vyns señaló la confusión de carne, huesos, sangre y harapos en que su líder se había convertido con un gesto de impaciencia—. Compruébalo tú mismo y abre la puerta.

—Su identificación no es posible

desde aquí —repuso el Custodio.

—¡Una gran observación! —rugió Vyns—. Es Diago, un Custodio como tú, aunque mucho más inteligente. Y si no nos dejas pasar, morirá a las puertas de la Ciudadela durante tu turno.

—Esperad un segundo. —El centinela agitó las alas. Parecía que por fin había entendido la gravedad de la situación—. Lo consultaré. —La imagen del centinela se desvaneció.

—¡Deprisa! —le gritó Vyns a los últimos restos de humo. Volvió junto a Diago y los demás con una expresión de disgusto—. ¿Puedes hacer algo más por él, Lyam? No sé cuánto nos entretendrán aquí por el protocolo.

—Está más allá de mis facultades

curativas. —El Sanador seguía sin apartar los ojos del herido, como si el hacerlo pudiera implicar un deterioro en su estado—. Le he estabilizado; es cuanto he podido hacer —añadió con tono derrotado.

—Saldrá de ésta, te lo juro. —Vyns apoyó la mano en su hombro—. Lo has hecho bien, amigo. Sin ti no habríamos llegado hasta aquí.

Sonó un zumbido rápido y grave. La luz abandonó las runas de la puerta y también las uniones entre los bloques de piedra, dejando a estos últimos suspendidos en el aire sin el menor contacto entre ellos.

—Preparaos —ordenó Vyns—. En cuanto abran, directos al Santuario.

Las piedras empezaron a perder consistencia y definición. En pocos segundos su imagen se difuminó y se pudo ver la ciudad a través de ellas. Vyns hizo un gesto con la mano y atravesaron la insustancial puerta de piedra sin perder un instante. Dos Custodios les esperaban al otro lado.

—El Santuario se halla en el tercer nivel —informó uno de los Custodios—. Lo más rápido es ascender por el Conducto central. Os guiaremos.

Vyns no había visto nunca aquellos conductos. Los habían creado después de la Onda para poder acceder a las zonas flotantes de la ciudad, a las que anteriormente llegaban volando. Los Conductos eran corrientes de aire

ascendente que fluían hacia los niveles superiores perpetuamente. Los ángeles extendían las alas y sólo tenían que preocuparse de mantener la estabilidad, ya que el aire los elevaba a través de los cinco niveles de la Ciudadela.

Los Custodios se adelantaron abriendo paso entre los curiosos. Sus alas estaban extendidas al máximo y avanzaban colocados de tal manera que simulaban la punta de una enorme lanza. Vyns admiró la perfecta sincronización de sus movimientos. Las alas se mantenían rígidas y sobre ellas estaban colocadas las corazas articuladas que terminaban en punta, y por cuyas ranuras pendían sus gruesas plumas. Los dos pares de pies transportaban sus robustos cuerpos

de anchos hombros con pasos constantes y acompasados.

No fue lo único que Vyns admiró. A pesar de la angustiosa inquietud que le atenazaba por el estado de Diago, no pudo reprimir unas miradas furtivas a las alturas de la ciudad, impulsadas por la nostalgia. Demasiado tiempo sin contemplar sus edificios colocados a diferentes alturas, que no proyectaban sombra alguna sobre los niveles inferiores. Cuando alzó la vista, estuvo a punto de detenerse e invertir unos minutos en recrearse con el esplendor de la Ciudadela. Desde el suelo se veían las bases suspendidas en el aire sobre las que descansaban sus respectivas construcciones. Eran lisas y bajo cada

una refulgía una runa enorme que indicaba el nombre y la función desempeñada por el inmueble que soportaban. Se superponían unas a otras, dado que estaban situadas a distintas alturas. Cinco niveles, cinco alturas diferentes, sin contar con el nivel inferior. Sus tamaños y formas eran de lo más variado y, desde abajo, los ojos de Vyns estuvieron a punto de perderse al seguir los corredores que unían unos con otros. Hasta ese momento, nunca había visto un camino que uniera bloques de diferentes niveles. Estaba claro que los habían construido después de la Onda, al igual que los Conductos, para facilitar la transición entre diferentes alturas ahora que ya no

podían recurrir a sus alas. De nuevo encontró vacío el escenario al no haber ángeles surcando los aires de un edificio a otro.

Llegaron al Conducto Central que el Custodio había mencionado. Estaba en el centro de la ciudad. En el suelo ardían cuatro líneas, de cinco metros de largo cada una, formando un cuadrado. Las llamas eran azules y apenas se alzaban un palmo desde el suelo. En cada esquina del cuadrado se erigía un ala de seis metros de altura, esculpida en mármol, curvada hacia el interior y con las plumas estiradas apuntando hacia fuera. La superficie del cuadrado resplandecía levemente y el aire ascendía en perpendicular, recorrido por

serpientes de humo azulado que se mezclaban ocasionalmente en remolinos y otras formas más elaboradas.

—Seguidme —dijo un Custodio internándose en el cuadrado. Extendió las alas y se elevó con soltura.

Vyns había temido que no fuese posible llevar a Diago por ese camino, ya que el aire podría desestabilizar la lona y hacerle caer, pero cuando el Custodio entró en el conducto comprendió por qué no habría problema alguno. Ni el pelo del Custodio, ni la ropa se movieron lo más mínimo, como Vyns pensaba que ocurriría cuando el aire ascendente los empujara hacia arriba. Sólo las plumas de las alas cambiaron su orientación. Vyns

comprendió que la corriente sólo afectaba a las alas de los ángeles. Se podría soltar una piedra desde lo más alto y caería en picado sin experimentar roce alguno con el viento del Conducto. La lona en que transportaban a Diago no se desestabilizaría.

Vyns entró en el cuadrado y desplegó sus alas. Al instante notó cómo su cuerpo era izado. Se acercó un poco al borde del Conducto pero se estabilizó enseguida con un movimiento del ala derecha. Era casi como volar en los viejos tiempos. No podía controlar su velocidad pero el viento lamía su rostro una vez más mientras su ingrávido cuerpo se distanciaba del suelo.

Estuvo a punto de pasarse el tercer

nivel. Se había quedado mirando la base del edificio que estaba suspendido justo encima de él y, por tanto, justo en el medio de la Ciudadela. Era el más alto de la ciudad y el único que había en el quinto nivel. Ningún camino llegaba hasta él debido a su importancia estratégica. No sólo porque era el mejor punto desde el que dominar toda la ciudad, sino porque en su interior se encontraba la esfera que activaba el Escudo, una barrera de energía que descendía desde aquel punto hasta el muro, protegiendo la Ciudadela como una gigantesca cúpula.

Ya en el tercer nivel, Vyns se asomó y vio a Diago acercándose desde abajo, rodeado por un cinturón de alas que le

sujetaban. Siguieron al Custodio por un pasillo desprovisto de paredes y techo hasta el Santuario. Un ángel alto y calvo aguardaba en su interior.

—¡Tiene que ayudarle! —exclamó Vyns hablando a toda velocidad, entre jadeos—. Veneno... la muy perra le partió las alas... cortes de daga...

—Cálmate —replicó el ángel calvo—. Así no puedo hacer nada. Necesito saber qué ha ocurrido.

Vyns no sabía qué decir. Abrió la boca, seguro de que era necesaria una explicación por su parte, pero antes de que se formase una palabra en su garganta, Lyam se adelantó y expuso de manera concisa y ordenada todos los detalles relativos al estado de Diago.

Con tantas prisas, Vyns había olvidado que contaban con un Sanador en el equipo y nadie mejor que él para explicar a otro Sanador la situación exacta del herido. Se relajó un poco al escuchar aquella voz firme y segura, y se forzó a aceptar que ya no había nada más que pudiera hacer. Estaba en manos de los Sanadores, ellos se encargarían de curarle.

Se alejó un poco del grupo y se desplomó sobre una silla. Debía informar de lo que había ocurrido, pues aunque era el segundo al mando, con Diago en una situación incierta la responsabilidad era suya. El deber le exigía poner en conocimiento de Asius, el Consejero que supervisaba la

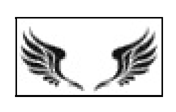
persecución de Raven, una maraña de malas noticias hilvanada por rotundos fracasos que culminaba con el peor de los desenlaces: Raven había muerto engullido por la Niebla. Cumpliría con su obligación en cuanto recibiese un diagnóstico del mal que Nilia le había infligido a Diago.

—Se repondrá —le dijo Lyam en tono neutro, sentándose a su lado.

—¿Ya sabemos qué le ocurre?

—No, pero Laro es uno de los mejores Sanadores que conozco. Dale tiempo y le salvará.

Vyns se aferró a la discreta esperanza que se traslucía de las palabras de Lyam y aguardó en silencio la confirmación por parte de Laro.



Asius cavilaba sobre el lento avance de sus progresos al tiempo que dedicaba sólo un oído a seguir la conversación que se desarrollaba en torno a la mesa.

—... según parece —decía Sailo, un Consejero al que Asius no terminaba de convencer para que le apoyase—, prácticamente han determinado el origen del deterioro de la armonía del Nido y, por consiguiente, también del mal que asola el plano de los Menores...

Tras la última reunión del Consejo,

Diacos le había dado a entender que se entrevistaría con él para recapacitar sobre un posible cambio en su postura respecto a la conveniencia de revisar las defensas del Umbral. Zaedon, el ayudante del Héroe, se le había pegado desde entonces. Sólo se separaba de él de vez en cuando, alegando que debía informar a Diacos, y nunca por demasiado tiempo. Asius le había insistido en que le recordase a su jefe su total disponibilidad para reunirse e intercambiar impresiones pero el ayudante siempre regresaba a su lado con la misma respuesta: Diacos le avisaría en cuanto dispusiera de tiempo.

La verdad era que a Asius no le costó acostumbrarse a la presencia de Zaedon.

Era muy silencioso y, a pesar de estar siempre cerca de él, nunca estorbaba. En ocasiones el Consejero llegaba a olvidarse de su presencia para luego girar la cabeza y tropezar con su sigiloso acompañante. Su barba y su pelo corto eran blancos, lo que producía la extraña sensación de que la cabeza de Zaedon estaba rodeaba de algodón, y sus oscuros ojos marrones no encajaban bien en su peculiar semblante. Su aspecto recordaba a un Menor de avanzada edad. Raramente intervenía en las conversaciones y, cuando lo hacía, no era para aportar nada de valor, sino más bien para enfatizar algún punto que, Asius sospechaba, no había comprendido del todo. Lo que realmente

le estaba empezando a cansar al Consejero era cargar con él sin obtener resultados a cambio.

Se centró de nuevo en su mayor preocupación, que era conseguir influir en el Consejo lo suficiente para desmantelar la poderosa influencia a la que Ergon lo tenía sometido.

—... el problema está localizado en la cuarta esfera —Sailo proseguía con su explicación. En la sala se encontraban también Naela y, cómo no, Zaedon—. Como todos sabemos, esa esfera se ha detenido, ignorando por completo su órbita y desmoronando el delicado equilibrio del Nido. Lo que han descubierto es que algo ajeno a este plano interfiere en su desplazamiento y

la mantiene fija.

—¿Cómo es posible que sea algo de otra dimensión? —preguntó Naela. Zaedon seguía con ojos atentos el curso de la conversación, saltando de un interlocutor a otro—. Los planos no se han cruzado jamás. La Niebla es el único punto de intersección.

—La teoría que goza de mayor consenso reza que la Onda ha provocado el cruce de planos —aclaró Sailo—. Y ahí están centrando ahora las investigaciones.

—Yo no niego la importancia de esas investigaciones —intervino Asius, viendo la ocasión de conducir la charla por donde le interesaba—. Sin duda, profundizar en ello y averiguar la

verdad debe ser nuestra prioridad más absoluta, especialmente porque los Menores dependen de nosotros. Pero no perdemos nada por retrasarlo un poco y cerciorarnos de que no estamos pasando por alto un peligro más inmediato.

—Y entiendo que ese peligro al que te refieres son los Caídos —acabó Sailo.

—Sí, así es. No tengo pruebas, como ya sabéis. ¿De verdad creéis que un retraso de un par de meses es algo tan preocupante?

—Ergon no considera necesario demorarnos por algo que con toda seguridad no es una verdadera amenaza —respondió Sailo—; todo lo más, una simple molestia que pronto remediaremos.

—Yo sí creo que merece la pena revisar nuestras defensas —dijo Naela, apoyando a Asius por primera vez en voz alta y en presencia de otro Consejero. Pero Asius ya contaba con ella. Era a Sailo a quien debía convencer en ese momento. De los siete Consejeros, ya eran tres los que estaban de acuerdo con él. Quedaba un indeciso y dos en contra, de los cuales Sailo era el que más necesitaba para intentar influir en Renuin.

—Sailo, considéralo desde mi punto de vista por un segundo —insistió Asius —. Imagina que los Caídos nos atacan y no estamos preparados. Sé que la Ciudadela es inexpugnable pero si se produce una batalla por sorpresa,

morirán muchos de los nuestros, y eso traerá dos consecuencias. La primera es que entonces sí invertiremos el tiempo que intentamos ahorrar ahora en reforzar nuestras defensas. Y la segunda y más catastrófica es que el retraso será mucho mayor cuando tengamos que dedicar a una parte de nuestra gente que ahora investiga la Onda a cubrir los puestos de los que perezcan en la batalla.

Sailo recapacitó en silencio con semblante pensativo.

—La posibilidad es demasiado remota, ¿no crees? —Asius saboreó la duda en su voz. Ya casi le tenía; era cuestión de un empujoncito más.

—Nadie lo sabe —aceptó Asius—. Pero yo no me jugaría las vidas de los

nuestros por evitar un retraso de unos meses. Con una guerra por sorpresa tengo más que suficiente. Si no tienes absolutamente ninguna duda —Asius endureció la mirada que dirigía a Sailo — de que un ataque semejante se pueda producir, adelante. Vota en mi contra y conserva tus preciados dos meses de tiempo.

Era la última baza que le quedaba a Asius por jugar. Si no hacía diana, tendría que pensar otra cosa que no requiriese el apoyo de los Consejeros. El problema era que no contaba con un plan de reserva al que atenerse.

—En cualquier caso, mi ayuda no serviría de nada. Ergon y Diacos no apoyarán tu plan y Renuin parecía

indecisa —dijo Sailo. Asius supo que ya estaba convencido. Sólo restaba quitarle el miedo a Ergon—. Sin contar con al menos uno de los Justos, los Consejeros no podemos hacer nada.

—No sabes cuánta razón tienes —dijo Asius intentando disimular su entusiasmo—. Yo me encargaré de los Consejeros. Tú sólo tienes que hacerme un favor y puede que consigamos el apoyo de Renuin.

—¿Convencerás a los demás Consejeros?

—¿Acaso no acaba de hacerlo contigo? —preguntó Naela.

—Los convenceré. Pero necesito que hagas llegar esto al ayudante de Renuin. —Asius sacó un cristal y lo dejó sobre

la mesa.

—¿Qué es eso? —preguntó Sailo.

—Es el informe completo de la persecución de Raven que envió Diago.

—¿Es que Renuin no lo tiene ya?

—Tiene una versión resumida. Y no me fío de lo que hayan decidido omitir. Si lo lee tal y como lo escribió Diago, te aseguro que cambiará de idea.

—¿Por qué no se lo haces llegar tú mismo? —preguntó Sailo, desconfiado —. Me expongo a un montón de preguntas incómodas por hacer esto. Puedo imaginar la primera: ¿por qué me envías un informe que ya tengo? Y la segunda: ¿insinúas que alguien ha manipulado el resumen que obra en mi poder?

—Precisamente por eso debes hacerlo tú. A mí no me recibirá siquiera después de la paliza que me dio Ergon en la Junta. Pero tú te llevas muy bien con su ayudante. Necesitamos explotar un poco esa amistad para lograr que Renuin lo lea.

—Ya veo por dónde vas...

La puerta de la sala se abrió de golpe en ese momento, cortando la frase de Sailo. Un Corredor entró con evidentes signos de haber llegado hasta allí lo más rápido que había podido.

—Lamento interrumpir —dijo con la voz acelerada—. Consejero Asius, tiene que ir al Santuario de la Ciudadela ahora mismo.

—¿Ha ocurrido algo grave? —

preguntó Asius, preocupado.

—No lo sé, Consejero. Sólo me han encargado que le transmita ese mensaje.

—¿Quién me lo envía?

—Vyns —fue la corta respuesta.

Asius se levantó inmediatamente y se dirigió a la puerta. Se detuvo justo bajo el marco y se volvió. Chocó con Zaedon, que se había apresurado a seguirle y no había tenido los reflejos de frenar a más distancia.

—Sailo —dijo apartando a Zaedon con la mano—, haz lo que te he pedido. —Envió una mirada muy sugerente a Naela y salió de la habitación con Zaedon a remolque.

La intriga estaba corroyéndole por dentro como un potente ácido que se

extendía con gran rapidez. En especial por haber sido citado en el Santuario. Sólo podía significar que alguien estaba herido, y tenía que ser algo grave para que no pudieran curarle y verse en otro sitio. También existía otra posibilidad, la de que alguien hubiera muerto. Asius sacudió la cabeza mientras caminaba a toda velocidad y descartó esa última idea. Tampoco entendía por qué no había sido Diago el que le había mandado llamar. Quizás estaba ocupándose del herido, o puede que continuase en la Tierra y hubiera enviado sólo a Vyns para informar de algo urgente. Sabía que estaba malgastando energías intentando adivinar lo sucedido sin ninguna

información más que el lugar al que debía acudir, pero su obstinada cabeza insistió en seguir dándole vueltas durante todo el trayecto.

Llegaron a la Ciudadela y fueron directamente al Santuario. Asius abrió la puerta y entró seguido por Zaedon.

—¡Ya deberíamos saber algo! —la voz de Vyns sonaba alterada y nerviosa. Estaba de pie dando vueltas en círculo delante de Lyam, que permanecía sentado en una silla con los brazos apoyados sobre las piernas y la mirada perdida en el suelo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó acercándose a ellos.

—¡Asius! —Vyns se giró al oír su voz —. Se trata de Diago... Intentábamos

capturar a Raven... La Niebla... Esa renegada provocó un derrumbamiento...

—Ya basta, Vyns. —El Consejero no entendía nada de lo que decía. Le agarró por los hombros y le sacudió un poco—. No te comprendo. Habla más despacio.

—Diago está en una especie de coma —consiguió responder—. Ha sido Nilia...

Asius había dejado de escucharle. Lo apartó a un lado y fue hasta la puerta que estaba más cerca. La abrió sin contemplaciones y entró en la habitación.

Laro, el Sanador, estaba inclinado sobre un revuelto de carne, sangre y huesos fracturados que descansaban sobre una pieza de mármol rectangular

en el centro de la estancia. Las alas caían a ambos lados de la camilla, dobladas por varios lugares donde no había ninguna articulación. Un charco de sangre se había formado al pie del lecho, alimentado por un incesante goteo. Laro tenía ambas manos posadas delicadamente sobre lo que una vez debió ser el pecho. Giró la cabeza hacia Asius, sorprendido por la brusca intromisión.

—¿Ese de ahí es Diago? —preguntó el Consejero, atónito.

—¡Así no puedo hacer nada por él! —rugió—. Intento salvar su vida y no dejáis de interrumpirme.

—Lo siento. —Asius estaba descolocado; no terminaba de creerse

que Diago fuese lo que estaba tumbado sobre la camilla—. ¿Se recuperará?

—Si continuáis molestando lo dudo mucho. —Laro rodeó a su paciente y fue hasta el intruso. Lo agarró por un brazo y le obligó a salir—. En cuanto pueda os diré algo —añadió un segundo antes de dar un portazo.

Asius se quedó paralizado ante la puerta unos segundos. La terrible visión en que se había convertido su amigo se había quedado atravesada en su mente. No estaba seguro de haber contemplado nunca algo semejante, ni siquiera en la Guerra.

Se dio la vuelta y fue hasta una silla que estaba al lado de Lyam. El Consejero reparó en que los ojos de

Vyns reflejaban un profundo sentimiento de culpabilidad y en que el Sanador estaba completamente abatido.

—Tenéis que explicarme lo que ha ocurrido —dijo tomando asiento—. Quiero saber todos los detalles.

Vyns hizo ademán de decir algo pero Lyam se adelantó. Empezó a relatar cómo habían encontrado a Raven de nuevo y su persecución por el túnel del Metro. Su voz sonaba débil y apagada y su tono era monótono. Paró su relato en varios puntos. Fruncía el ceño en cada pausa y luego retomaba la historia. Llegó al momento en que Nilia había golpeado la pared provocando un desprendimiento e hizo una pausa más prolongada. Vyns tomó el relevo y

terminó de contarle el fatal desenlace. Lo hizo hablando mucho más deprisa y con la voz cargada de rabia.

—Nilia —repuso Asius, pensativo—. Es la segunda vez que estropea nuestros planes. Está mostrando mucho interés por el Menor.

—La próxima vez la mataré —aseguró Vyns.

—No sé qué clase de veneno utiliza —dijo Lyam—, pero es muy potente. Cuando esas dagas que siempre lleva encima adquieran ese tono verdoso es mejor que las evitéis.

—Por eso Diago mencionaba a alguien muy poderoso en el primer encuentro que tuvisteis con ella, cuando aún no sabía quién era —siguió Asius—. Nilia

es una de las más letales. Mató a muchos de los nuestros.

—Tampoco es para tanto —repuso Vyns, despectivamente—. Le hice un buen corte en el hombro. Recurrió a Diago para poder escapar. Estuve cerca de terminar con la gran guerrera. —Vyns apretó el puño en alto, intentando dar más énfasis a su última afirmación.

Una duda fugaz ensombreció la mente de Asius. Le costaba demasiado creer que el Observador pudiese vencer a Nilia en un enfrentamiento. Ni siquiera creía posible que tres como él tuvieran la más mínima posibilidad. La Caída no destacaba excesivamente por su fuerza física o por su habilidad con las armas, aunque desde luego no era manca en

esas cualidades. Lo que la convertía en uno de los peores enemigos con los que uno se podía cruzar eran su velocidad y su destreza. Asius dudaba que hubiese alguien, en cualquiera de los dos bandos, que fuera capaz de igualar su rapidez de movimientos y, lo que era mil veces peor, de pensamiento. No eran muchos los que habían conseguido golpearla en la Guerra y, por lo que decían los rumores, siempre que lo habían logrado había sido en franca superioridad numérica.

Sin embargo, si la historia que acababa de escuchar era exacta, Vyns había estado a punto de acabar con ella. Una posibilidad era que el Observador estuviera exagerando sin darse cuenta y,

por si ése era el caso, Asius se abstuvo de compartir sus dudas con él, ya que no quería arrebatarle la satisfacción de haber hecho huir a uno de los Caídos que más merecida tenía su temible reputación. No obstante, sopesó otras posibilidades, de las cuales la más interesante era que los demonios hubiesen sido debilitados por la Onda del mismo modo que ellos habían perdido la capacidad de volar. Tampoco le convencía mucho; tuvo que reconocer en su fuero interno que era más una esperanza que una alternativa real. Lo último que se le ocurrió fue que Vyns hubiera tenido suerte. Seguramente el golpe en el hombro cogió a Nilia desprevenida y fue más certero de lo

que suponía.

Una luz roja de gran intensidad se filtró por las rendijas de la puerta que daba a la habitación donde Laro se ocupaba de Diago, cortando el hilo de sus pensamientos.

—¿Qué es esa luz, Lyam? —preguntó el Consejero—. ¿Alguna técnica de curación empleada por Laro?

—No, que yo sepa.

Les llegó el sonido de golpes y cristales rotos. Algo pesado cayó al suelo y luego oyeron unos pasos que se alejaban hacia el techo. Asius fue el primero en reaccionar. Se incorporó como un rayo y cruzó la sala hasta la puerta. La derribó de una patada y penetró en la habitación seguido por los

demás.

No vieron a nadie en su interior. La camilla estaba partida por la mitad y ningún cuerpo yacía sobre ella. Sólo las manchas de sangre probaban que Diago había estado allí tendido. Dos sillas estaban destrozadas y formaban una pila de madera. Las estanterías habían saltado de la pared y una capa de cristales rotos cubría el suelo. Al fondo de la habitación se encontraba una columna que se elevaba hasta el piso superior; la rodeaba una sucesión de losas de piedra que eran los peldaños de una escalera de caracol.

—Por ahí han subido los pasos que hemos oído —dijo Asius señalando la escalera.

—Pero, ¿qué coño...? —empezó a decir Vyns.

—Silencio —le cortó Lyam.

Un golpe sordo sonó por arriba, luego otro y otro más. Levantaron la vista hacia la escalera y vieron algo redondo que caía rebotando por los escalones, alrededor de la columna. Lo perdieron de vista cuando llegó al suelo al quedar oculto por los restos de la camilla. Un segundo más tarde lo vieron aparecer rodando por el suelo. Era la cabeza de Laro.

Tras aproximarse, muy confundidos, descubrieron el resto del cuerpo del Sanador tumbado en medio de un charco de sangre.

Una nueva posibilidad acerca de cómo

Vyns había logrado hacer huir a Nilia acudió a la mente de Asius, y entonces lo comprendió todo.

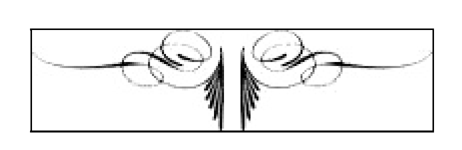
—Diago está vivo —anunció el Consejero haciendo añicos el sobrecogedor silencio que se había apoderado de ellos.

—¿Qué quieres decir? —gruñó Vyns —. ¿Por qué no está en la camilla?

Asius se acercó y le clavó una severa mirada.

—Porque lo que habéis traído al Nido no era Diago.

CAPÍTULO 15



El dolor no era una sensación que experimentaran los ángeles con frecuencia. Podían transcurrir milenios sin padecer la menor molestia en sus cuerpos, y hasta que los demonios se revelaron en la primera Guerra, muchos de ellos jamás habían conocido el sufrimiento físico. El dolor se consideraba algo propio de los Menores

que a ellos solo les afectaba en las raras ocasiones en que sufrían un accidente.

Sin embargo, Diago estaba descubriendo un dolor como nunca antes había conocido, ni siquiera durante la Onda. Fue lo primero que sintió cuando la consciencia emergió tímidamente desde las profundidades de su mente y poco a poco fue restituyéndole el control de su propio cuerpo.

El tormento estaba localizado en diversas partes de su anatomía y se manifestaba a través de un amplio abanico de formas e intensidades. Percibió ardores terribles por su zona abdominal y en las contusiones repartidas principalmente por sus extremidades. La cabeza le dolía, y era

presa de una gran confusión. Pero sus alas eran el peor foco de sufrimiento. Desde ellas le recorrían unos calambres atroces que le llegaban a la espalda y le provocaban violentos espasmos.

Levantó pesadamente los párpados y echó un vistazo a su alrededor al tiempo que se daba cuenta de que sólo veía por un ojo. Estaba en una sala grande y vacía. Las paredes eran de ladrillo desnudo, sin ningún material que lo recubriese. Una puerta metálica estaba situada frente a él y una gotera bastante grande se había formado en medio del techo. De cuando en cuando el agua acumulada se concentraba en una gota lo suficientemente pesada como para que la gravedad la invitase a bajar hasta el

suelo.

Un calambre sacudió su espalda y todo su cuerpo se sacudió involuntariamente. Su cabeza se despejaba rápidamente incrementando su sensibilidad al dolor. Un nuevo examen de la habitación le reveló que era de techo alto. Miró hacia abajo y vio sus pies flotando a unos dos metros del suelo, balanceándose ligeramente. Luego alzó la vista y observó una lámpara justo encima de su cabeza. Dos cadenas colgaban a su lado y se transformaban al final en dos garfios que atravesaban sus alas y le mantenían suspendido en el aire. Eso explicaba parte del dolor que le atenazaba.

Sintió una punzada de rabia ante la

desalentadora perspectiva que ofrecía su situación actual. Los recuerdos eran aún algo confusos en su agitada memoria pero pronto le asaltó la imagen de Nilia tirando de su brazo cuando él había creído, como un auténtico imbécil, que iban a estrechar sus manos para sellar un acuerdo. Había caído en la trampa y estaba seguro de que iba a pagarlo caro.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí. El último recuerdo que tenía era de Nilia atravesando sus alas con los garfios y luego izándole como si fuera un trozo de carne inerte.

—Bienvenido, Diago —le había dicho con una sonrisa—. Estoy muy contenta de que tú y tu honor me hayáis acompañado hasta aquí. —Puso la mano

a la altura de su cara y su daga resplandeció con un halo azulado—. No sabes la ilusión que me hace dedicarte una de mis muescas. Si tienes alguna preferencia en particular puedo ponerte al lado de algún amigo tuyo. Debe haber alguno entre las líneas de mi brazo... Por desgracia tendré que esperar; me contentaré con ofrecerte un pequeño adelanto. —Nilia le clavó un puñal en el ojo y lo retiró manchado de sangre.

Diago se retorció de dolor mientras ella le observaba con una sonrisa dulce y compasiva.

—Me rescatarán —consiguió susurrar el Custodio. La sangre brotaba de la cuenca como una pequeña fuente—. Nos habrán seguido... No me abandonarán.

—¿Así conservas la esperanza? ¡Qué mono! —Nilia le pasó la mano por el pelo de la cabeza—. Lo siento mucho, pero no vendrán, al menos en un tiempo. Se han ido corriendo al Nido.

—Mientes.

—No lo necesito. Les proporcionamos un nuevo amigo que se parecía mucho a ti y se fueron con él a casita. —Lo agarró por la ensangrentada barbilla y le alzó la cabeza obligándole a mirarla a los ojos—. Recuerda que te di la oportunidad de coger a los otros afeminados y dejarnos en paz. Te lo advertí pero no me hiciste caso. Ahora descansa.

Diago recordó cómo Nilia se había limpiado la mano sobre su pecho y luego

le había asestado un puñetazo que lo había dejado inconsciente. No sabía cuánto tiempo había pasado sin sentido pero podían haber sido horas o días.

La puerta se abrió con un chirrido metálico. Una silueta cubierta por una capucha y una capa negra entró en la sala y se acercó hasta él.

—Un inmenso placer el ver que has despertado —dijo el encapuchado—. Mi preocupación por tu bienestar me sumía en un tremendo estado de intranquilidad y agitación.

—Tu voz me suena mucho.

—Eso se explica perfectamente porque es la voz de un viejo y querido amigo la que riega tus oídos en este momento tan entrañable.

—No me digas. —Diago estaba seguro de conocer aquella voz pero su confusión interna no le permitía identificarla. Había algo muy familiar en ella, algo casi... agradable, lo cual era imposible—. Un amigo me libraría de mis cadenas.

—Cuánta razón tienes al señalar mi total carencia de tacto. Mi falta de atención es inexcusable. —El auto-proclamado amigo sacó una mano cubierta por un guante negro de entre los pliegues de su capa. Diago escuchó un chisporroteo por encima de su cabeza y cayó al suelo con un duro golpe. Se resbaló en un charco de sangre y plumas dos veces antes de conseguir incorporarse—. Ruego me disculpes por

no tenderte mi humilde mano, pero no soy partidario de las manchas de sangre. Padezco una desmedida obsesión por conservar mi magnífica indumentaria impoluta.

—Ya veo, amigo —dijo Diago con voz amarga—. ¿Puedo saber el nombre de quien me va a torturar?

—Mi entendimiento jamás será tan elevado como para comprender por qué mis intenciones son siempre objeto de tan profundos malentendidos —dijo aparentando estar ofendido—. ¿Torturarte? Creo que es incuestionable que tu situación ha experimentado una mejoría notable desde que he llegado. Aun así, es la segunda vez que me llamas la atención sobre mis modales, y

no sin razón. Mi nombre es Capa y nada más lejos de mi intención que causarte mal alguno.

—Un amigo no ocultaría el rostro tras una capucha. —El desconcierto de Diago no paraba de crecer. Seguía sin ubicar la voz del encapuchado por más que se esforzaba, y su nombre no le aportaba nada útil. Además era cierto que no había nada intimidatorio en su voz. Algo en su extraño comportamiento, o quizás en sus palabras, le invitaba a sentirse bien con él. Debía estar influenciándole de un modo que todavía no entendía. Luchó contra esa agradable sensación.

—Una apreciación muy notable la que acabas de realizar y que no está exenta

de inteligencia. Apelas por segunda vez a nuestra amistad para que actúe en tu favor y eso que tu voz delata tu reticencia a creerme cuando me presento como amigo. En fin, considerando mis dos imperdonables errores en cuestión de educación, que tan oportunamente te has apresurado a subrayar, accederé a tus deseos. Espero que con este noble gesto por mi parte consiga aplacar tus temores respecto a mi persona.

El corazón le dio un vuelco cuando Capa retiró su capucha y dejó a la vista su rostro juvenil de ojos azules. Si le hubiesen dado mil oportunidades de adivinar a quién pertenecía aquella voz hubiera fallado todas y cada una de ellas. Aún le costaba creer que se

tratase precisamente de él, su mejor amigo hasta que llegó la Guerra. Pero no cabía duda de que lo era. Su cara de niño, su pelo negro como la noche y esa imborrable expresión divertida que hacía imposible imaginar la tristeza en su semblante eran inconfundibles. Su nombre era lo único que había cambiado. No obstante, debería haber reconocido la voz de su antiguo y más añorado amigo.

El tiempo que habían pasado juntos antes de que la Guerra los separara no se podía calcular en años o siglos. Los recuerdos afloraron a la mente de Diago como una erupción volcánica. Les gustaba observar juntos a los Menores; pasaban largos periodos de tiempo

contemplándolos desde el Mirador y, en el inicio de los tiempos, compartían la obsesión de viajar a la Tierra para poder mezclarse con ellos como parte de una experiencia real. No había una sola cosa que uno de los dos sugiriese que el otro no estuviese de acuerdo en hacer y, de esa forma, su amistad se convirtió en un modo de vida. Diago estaba convencido de que disfrutarían juntos de la eternidad, pero luego llegó la Guerra. Cuando se enteró de que Capa estaba en el bando contrario, algo se resquebrajó en su interior para no volver a cicatrizar jamás. Examinando sus sentimientos y emociones, supo que nada le había infligido nunca un sufrimiento tan atroz como enterarse de

que su eterno amigo era un traidor; ni la Onda ni la desaparición del Viejo le causaron un tormento parecido.

Y ahora se encontraba de nuevo con él. Diago no fue capaz de descifrar sus propios sentimientos. Un torbellino de emociones contradictorias le invadió.

—Veo que te has cambiado el nombre —dijo para salir del incómodo silencio.

—Muy perspicaz —repuso Capa.

—¿Cómo pudiste hacerlo?

—Una cuestión estética, en realidad...

—¡El nombre no! —le cortó, furioso—. ¡La Guerra! ¿Cómo pudiste traicionarnos?

—¡Ah, eso...! No te entendí. Como preguntaste por mi nombre... yo pensé que... Bueno, no importa. La Guerra. Eso

no fue por estética, puedes estar seguro. Los ideales y ese tipo de cosas. No me malinterpretes si te digo que la política no figura entre mis elecciones favoritas para una charla con un amigo de hace tanto tiempo. La cosa es que mi jefe espera de mí que recurra a todo mi talento para que la conversación discurra por senderos más interesantes.

—¿Política? ¿Llamas política a vuestra traición?

—Por supuesto —respondió Capa, extrañado—. ¿Qué otra forma hay de clasificar la rebelión de una parte del pueblo contra un dictador?

—¿Dictador? —Diago estaba asqueado y atónito al mismo tiempo—. No me lo puedo creer. Te conocía, o más

bien eso creía. ¿Así defines al Viejo, como un dictador?

—Oh, vamos, no te alteres. No negaré que dictador bien puede no ser el calificativo más preciso. Es posible que si me esfuerzo pueda dar con un término más acorde con la realidad. Veamos... mis recuerdos muestran a alguien que tomaba todas las decisiones de manera unilateral y luego las blindaba bajo la indiscutible etiqueta de «incuestionables». Tienes razón, dictador no hace justicia al modo de manejar las cosas al que nos tenía acostumbrados el Viejo. Tirano debería haber sido la palabra empleada.

Diago no replicó inmediatamente. Después de la Guerra siempre le quedó

un resto de esperanza por Capa. Su traición podía haberse debido a que le hubieran engañado lavándole el cerebro, o a algún tipo de presión que ejercieran sobre él y que le obligase a apoyar a los traidores. Ésas y otras mentiras le ayudaron a sobrellevar su horrible pérdida. En algún profundo rincón de su mente, había conservado el absurdo sueño de reencontrarse algún día con él para saber que en el fondo era inocente de haber tomado parte en el peor acto jamás perpetrado. Pero escuchar cómo Capa justificaba su traición con tanta confianza y seguridad le convenció de que no podía tratarse de la misma persona que tanto supuso para él en el pasado. Al menos sus palabras hicieron

cicatrizar la antigua herida. No volvería a sufrir por él.

—Has cambiado —dijo Diago con calma—. No queda nada en ti de mi antiguo amigo.

—Naturalmente que se han producido cambios en mi persona. —Capa puso cara de incredulidad, como si estuviese explicando la cosa más obvia del mundo —. No puede ser de otra manera con las magníficas vacaciones que nos asegurasteis en el Agujero. Te sugeriría que hicieses el mayor de los esfuerzos para creerme si te digo que no estás en condiciones de imaginar, ni de lejos, lo bien que nos lo habéis hecho pasar en el Infierno; una terapia con la que os habéis granjeado nuestro más sincero

cariño.

—¿Esperabais un premio por vuestros actos?

—No puedo hablar por los demás, supongo que entiendes eso, pero personalmente yo esperaba la victoria. Lamentablemente, no pudo ser, y ahora siento la ineludible obligación de corresponder a vuestra infinita gratitud como os merecéis. Sobre todo tú, mi querido amigo.

—Estás completamente loco. Sigues con vida gracias a mí, ¿recuerdas? Pude matarte en la Guerra y no lo hice. Te dejé marchar en honor a nuestra amistad.

Aquélla fue la última vez que había visto a Capa. Diago estaba luchando en el primer nivel de la Ciudadela. Miró

hacia abajo y vio a dos Custodios defendiéndose como podían de cuatro renegados que les tenían acorralados en un callejón. Uno de los Custodios estaba sangrando por el brazo derecho, que le colgaba inerte. El otro tenía rota una de las alas, aunque sus feroces ataques lograban mantener a raya a los cuatro asaltantes. Diago tenía orden de proteger la Armería y no debía abandonar su puesto bajo ninguna circunstancia, pero los Custodios del callejón no resistirían mucho más. El ángel del ala rota perdía precisión en sus ataques, sin duda a causa del agotamiento, e iba cediendo terreno. En pocos segundos sus espaldas chocarían contra la pared y estarían perdidos.

Diago decidió acudir en su ayuda. No podía dejar morir a dos compañeros sin al menos intentar salvarles. Extendió sus alas y descendió en picado sobre los cuatro enemigos. Mientras salvaba la distancia volando, vio cómo uno de ellos lograba rodear al Custodio que tenía un brazo herido y le atravesaba por el costado con una espada de fuego. Su compañero giró sobre sus talones al escuchar el aullido a sus espaldas y los traidores aprovecharon el descuido para saltarle encima. Diago cayó sobre el grupo chocando con todos ellos y aprovechando para atravesar a un enemigo por la espalda.

La furia le guió durante el resto de la encarnizada pelea. Lanzó golpes

coreados por gritos furiosos y se transformó en un torbellino de destrucción. Abatió brutalmente a otros dos enemigos justo a tiempo de ver cómo el último traidor, que en ese momento estaba de espaldas a él, le cortaba limpiamente la cabeza al Custodio que tenía el ala fracturada. Una nueva oleada de rabia le asedió. Se abalanzó contra el último adversario que quedaba y le asestó un golpe brutal en la espalda. El renegado salió despedido y su cuerpo se arrastró sobre el suelo hasta chocar contra la pared. Intentó levantarse pero Diago ya estaba encima de él y de una patada le hizo besar el suelo. Levantó su espada de fuego con las dos manos, decidido a vengar a sus

dos compañeros con un último golpe. La espada inició su letal descenso cortando el aire con un silbido agudo, pero el traidor se dio la vuelta y Diago detuvo la hoja a pocos centímetros de su cara. Había distinguido claramente el familiar rostro de Capa, su amigo.

Diago apartó a un lado su arma. Intentó decir algo pero las palabras se negaron a acudir a su mente. Tenía que acabar con él; era su deber, su obligación. Nadie podía alzarse contra Dios y salir impune de semejante acto. Toda su educación, sus creencias y la base misma de su existencia le exigían volver a elevar su espada para ejecutar a Capa, pero fue incapaz de hacerlo.

Algo tan simple y puro como la

amistad se interpuso entre Diago y su propia voluntad. Notó cómo le temblaba la mano mientras su amigo se ponía en pie y sostenía su mirada. Capa se quedó quieto un segundo y después huyó sin que Diago hiciera el menor ademán de detenerle.

—Ni siquiera te capturé —continuó—. Pude haberte retenido pero no lo hice. Me debes la vida.

—Mi deber es discrepar ante tu simplificada versión de nuestro último encuentro. —Capa frunció el ceño y elevó los ojos con gesto pensativo—. En honor a la verdad, no tengo inconveniente en reconocer que tuviste la ocasión de matarme y no hiciste uso de ella, pero sólo le debo mi estimada

vida a una parte de ti; la parte que te convierte en un ser débil. Si como creo tu intención es que la sinceridad guíe nuestras palabras, debes admitir que no pudiste matarme y ambos sabemos que no había absolutamente nada que te lo impidiera, salvo tu propia falta de valor ante lo que para ti suponía nuestra amistad. Traicionaste todo en lo que creías.

—Es cierto que no pude matarte —reconoció—. Pero yo no soy un traidor como tú.

—¿De veras? Yo me mantuve fiel a mis principios e ideales, cosa que nadie con un conocimiento total de lo sucedido se atrevería a decir de tu actuación. Eres tú el que traicionó sus creencias al dejar

escapar a un demonio. ¿Has reparado en que otros hermanos tuyos gozarían hoy de una larga vida si tú hubieses tenido el valor de acabar con la mía? Mi querido amigo, estarás de acuerdo en que fue tu falta de decisión, y, me atrevería a decir, de convicción, la que aseguró mi supervivencia, no tu voluntad. Que yo saliese sano y salvo de nuestro enfrentamiento era el único desenlace posible.

—No vuelvas a llamarme así —lo amenazó Diago a pesar de que su posición no se lo permitía—. Mi amigo murió hace mucho. Tú eres alguien diferente.

—Crueles palabras me arrojas. No hacen sino infligirme un gran dolor. —

Capa se llevó las manos al pecho y esbozó una mueca de dolor—. Yo te profeso la misma amistad que en los antiguos tiempos, pero veo que tú sí has cambiado. Una entristecedora revelación para mí. Y eso que no he hecho sino sincerarme contigo y abrirte mis más profundos sentimientos.

—Tus palabras están vacías. Haz lo que tengas que hacer conmigo.

—Una vez más, tu tono de voz pone de manifiesto tu completa seguridad de que mis intenciones apuntan a perjudicarte de algún modo, y, una vez más, intentaré corregirte de tu monumental error. No es preciso que te disculpes. —Capa levantó la mano para hacer callar a Diago a pesar de que éste ni siquiera

había abierto la boca—. Con frecuencia debo padecer interpretaciones de esa clase, pero la costumbre ha encallecido mi orgullo hasta el punto de no sufrir por ello.

—Ahora comprendo mi error —dijo Diago fingiendo asombro—. Mi buen amigo ha venido a rescatarme. Apuesto a que me vas a liberar y nos iremos juntos.

—Por fin estás algo más cerca de la verdad —dijo Capa muy contento—. Aunque, sintiéndolo mucho, he de decir que te has desviado considerablemente. Es preciso que comprendas que no soy del todo dueño de mis actos y, aunque tentadora e increíblemente similar a mis deseos, tu sugerencia de irnos juntos no

es algo sobre lo que yo pueda elegir. Sin embargo, se me ocurrió que tu cuerpo dista mucho de estar en su estado óptimo y estoy aquí para instarte a que te cures. Nadie te lo impedirá, puedes creerme.

Aquello pilló por sorpresa a Diago. Esperaba alguna tortura o incluso una muerte lenta y cargada de agonía, pero que le permitieran curarse era de lo más inesperado.

—¿Lo dices en serio? —preguntó, sorprendido. No alcanzaba a ver qué estaba tramando Capa, aunque no cabía duda de que había una razón oculta, y que, fuera cual fuese, no le gustaría. Lo que más le chocaba es que todos los gestos de asombro, dolor o indignación con los que Capa adornaba sus

recargadas palabras eran en apariencia sinceros. No tenían los usuales matices exagerados de quien finge sus emociones para burlarse de otro—. ¿Dejáis que me cure?

—¿Aún dudas de mí? —le contestó mostrándose afligido—. Está visto que debo trabajar con más intensidad mi expresión de sinceridad.

—No soy un Sanador. Necesitaré tiempo para limpiar mi cuerpo de heridas.

—Por supuesto. Conozco el procedimiento habitual. Invoca tu luz sanadora y abandónate a un sueño reparador. Dispón del tiempo que requieras. Yo velaré por ti; no debes temer nada.

Su sonrisa era la más sincera que Diago hubiese visto. De basar su juicio exclusivamente en su voz y sus expresiones, hubiera jurado que Capa velaría su sueño aunque tuviese que pelear contra un ejército para conseguirlo. No obstante, seguía sin saber a qué se debía aquella misteriosa preocupación por su bienestar. A pesar de su desconfianza, no encontró razón alguna para no curarse si le daban la ocasión. Con toda probabilidad le volverían a herir, pero, por si se presentaba una mínima oportunidad de escapar, era mejor estar en posesión de todas sus facultades físicas y mentales.

—Supongo que hablaremos más tarde. —Diago juntó las manos preparándose

para curar su cuerpo.

—Sólo un momento. Si me concedes unos segundos me encantaría darte algo. No es más que un consejo de amigo, pero pensé que tal vez pudieras estar interesado en seguirlo. La cosa es que varios socios míos arden en deseos de que compartas con ellos cierta información. Sus ansias de conocimiento no conocen barrera alguna y, reflexionando sobre la situación presente, mi humilde cerebro ha considerado la posibilidad de que te prestases voluntariamente a contestar unas inocentes preguntas. Naturalmente, sólo en el caso de que esto no represente ningún inconveniente para ti.

—Déjame adivinar: las preguntas son

acerca del Nido y de cómo estamos organizados los ángeles en este momento.

—Excelente deducción. Como es de esperar, un humilde servidor desconoce la naturaleza de las preguntas que tan entusiasmadamente desean formularte, pero me inclino a pensar que tu ejercicio de adivinación ha dado como fruto una posibilidad no totalmente rechazable.

—Y si no contesto a tus preguntas no me permitiréis curarme. Creo que ahora veo por dónde van vuestras verdaderas intenciones. Estás intentando ganarte mi confianza jugando a ser el bueno para ver si así consigues sacarme información.

—¡Con lo bien que ibas antes! —

exclamó Capa con tristeza—. Nuevamente sufro al ver que no aprecias cuanto he hecho por ti. Tu curación no es moneda de cambio. Podrás limpiar tu cuerpo de heridas tan pronto terminemos nuestra estimulante conversación. En cuanto a jugar a ser el bueno, digamos que no puedes estar más equivocado: soy el bueno. No se me ocurre por qué podrías preferir una nueva visita de nuestra bellísima Nilia, salvo para deleitarte con su infinita hermosura, aunque apostaría a que no eres de ésos. Ella sí es alguien a quien yo temería. ¡Pero a mí! Yo soy tu fiel amigo, preocupado por tu seguridad hasta donde las circunstancias me permiten.

—¡No pienso contaros nada! —rugió

Diago—. Así que ya puedes largarte y mandarme a esa preciosidad si es lo que tenéis planeado.

—No hay razón para el enojo, mi buen amigo. Ya te dije que no era más que un inocente consejo. Te dejo para que puedas restablecerte, ya que tal parece ser tu deseo. —Capa giró sobre sus talones y fue hasta la puerta—. Espero que disfrutemos de más agradables encuentros en el futuro —añadió con una reverencia antes de salir de la habitación.

Diago se quedó solo. Se tumbó en una esquina y juntó sus manos. El calor recorrió su cuerpo y el sueño se fue apoderando de él mientras sentía cómo empezaba el proceso de curación.



Dast frunció los labios con desgana después de cerrar la puerta de su habitación.

El Agujero era el lugar más temible de toda la realidad. Los demonios atravesaron incontables dificultades cuando fueron arrojados a la que debía ser su prisión por el resto de los tiempos. El entorno hostil en que se vieron obligados a subsistir estuvo cerca de lograr su exterminio. Sólo cuando Satán, el Favorito, como siempre

se habían referido a él, logró asegurar ciertas partes del Infierno, los Caídos gozaron de sus primeros momentos de descanso.

Sin embargo, nunca pudieron abandonar una lucha constante con el Agujero y sus criaturas para garantizar su supervivencia. Pasaron por diferentes épocas durante su encarcelamiento. Y al contrario que los ángeles, la muerte jamás dejó de hacerles visitas esporádicas cuando alguno de ellos cometía un error. La esperanza se convirtió en una sensación amarga y escurridiza que cada vez era más difícil de retener. El Viejo había decretado que su castigo fuese eterno. Por tanto, sólo cabía esperar que pasaran allí la

eternidad o que perecieran bajo alguno de los casi infinitos tipos diferentes de peligros a cuyo perpetuo acoso estaban condenados.

Sólo hubo un momento en que su situación les dejó soñar con la única obsesión que por aquel entonces anidaba en todos y cada uno de ellos: escapar. El Favorito logró bloquear la puerta del Agujero manteniéndoles alejados de los ángeles y, de ese modo, contaron con la libertad de movimientos necesaria para preparar su fuga al estar ocultos a los ojos del Nido. Pero pronto descubrieron que, a pesar de ser finalmente independientes, no era posible salir del Infierno.

Los milenios pasaron y el odio por un

castigo tan desproporcionado creció sin cesar. Su peligroso modo de vida les llevó a organizarse de un modo simple y eficaz. Los seis Círculos del Agujero, que eran las partes del infierno que Satán había estabilizado hasta cierto punto, estaban bajo el mando de seis Barones, los cuales gobernaban al resto de los Caídos en nombre del Favorito.

Dast era una excepción a esta regla. No era un Barón y no pertenecía a ninguno de los clanes de éstos. Era el consejero personal del Favorito y el único que había estado en sus aposentos. En ocasiones se hacía referencia a él como el séptimo Barón, dado que, a excepción de un clan sobre el que volcar sus propias órdenes, disponía a todos

los efectos de las mismas consideraciones que éstos y, en lo que al Favorito se refería, incluso de alguna más.

Mucho más tarde, la Onda también visitó el Agujero y, del mismo modo que en la Tierra o en el Nido, su paso causó alteraciones que escapaban a toda explicación lógica. El Favorito desapareció y una oleada de nuevos problemas tuvo que afrontarse, pero una de esas alteraciones gozó de ser la única que fue bien recibida por alguien: la puerta del Infierno se alteró y los demonios encontraron un modo de escapar.

Dast fue probablemente el demonio que menos agradeció la Onda. Aunque

estaba contento de salir del Infierno y saborear la largamente esperada oportunidad de perpetrar su venganza, como todos los demás, se dio cuenta de lo ligada que estaba su relativamente cómoda existencia al Favorito, el cual, al desaparecer, le había dejado en una situación algo incómoda.

Analizando detenidamente las particularidades de su posición, Dast repasó con la mirada su habitación, situada cinco plantas por encima de donde Diago permanecía encerrado. Era un cuarto pequeño, de apenas diez metros cuadrados, con una ventana en la pared y un mobiliario de oficina. Esbozó una expresión de disgusto al pasar entre las sillas y detenerse junto a la ventana.

Incluso sus aposentos en el Agujero eran mejores que aquel limitado cuarto. Dast cerró las cortinas y cruzó la habitación de tres zancadas hasta la pared opuesta, donde un espejo grande y apaisado colgaba de ella. Se sintió indiferente ante la cara de ojos desproporcionados y barbilla alargada que se reflejaba, aunque aprovechó para pasarse la mano por el pelo, invitando a su rizado cabello castaño a despejar su frente. Luego cerró los ojos e inspeccionó por última vez la estancia con el resto de sus sentidos.

Los abrió poco después, satisfecho. Estaba solo.

Alargó la mano hasta el espejo, lo descolgó de la pared y lo dejó caer al

suelo, donde se hizo añicos. Dast se agachó y sus enormes ojos miraron con atención cada uno de los fragmentos. No tardó en localizar el que estaba buscando. Removió los pedazos de cristal con cautela y cogió uno de los más grandes. La pieza se mantuvo en perfecto equilibrio en su mano derecha, sobre una de las puntas que tenía su borde octogonal.

Un movimiento demasiado rápido para que su visión periférica lo captase en su totalidad se efectuó a su espalda. Notó un fuerte golpe en las costillas y chocó contra el suelo violentamente a dos metros de donde estaba. Levantó la cabeza tan aprisa como pudo para identificar a su agresor.

—¡Nilia! —dijo con un siseo. Su voz no era la más adecuada para proferir gritos.

—Un truco ingenioso para esconder un Cristal —dijo ella sosteniendo el fragmento que Dast había seleccionado de entre los restos del espejo—. Debo admitir que siempre tuve curiosidad por saber cómo lo hacías.

—¡Estás loca! —Dast se levantó con pesadez—. Pienso delatarte a Tanon...

Nilia atravesó la distancia que los separaba y le puso una mano sobre su delgada boca. En la otra mano brilló una daga que no estaba allí cuando inició el movimiento, y la acercó hasta Dast a la velocidad del pensamiento.

—No creo que vayas a delatarme —le

dijo con la cara tan cerca de la suya que sus negros cabellos rozaban el pecho del séptimo Barón—. Lo primero que ocurrirá si empleas esa asquerosa voz que tienes para pedir ayuda es que tu preciado cristal seguirá el ejemplo del espejo y se hará pedacitos ante tus ojos. Luego dejaré que mi imaginación decida qué es lo más apropiado para ti. ¿Me has entendido?

Dast asintió con gran esfuerzo bajo la presión de la mano que le oprimía la boca. No era rival para ella y no dudaba que fuera capaz de cumplir sus amenazas. Nilia siempre le había parecido alguien complicado y muy difícil de controlar. Había intentado ganársela en el pasado. Contar con su

apoyo era algo de incalculable valor, especialmente desde que el Favorito se había esfumado y su influencia peligraba. Pero ella sólo parecía interesada en terminar la guerra que empezaron hace tanto tiempo.

Dast, al igual que muchos otros demonios, se quedó muy sorprendido cuando Satán nombró a los seis Barones y la dejó a ella a un lado. Parecía la candidata ideal y, después de la destrucción que causó en la Guerra, Dast estaba convencido de que figuraba entre los más famosos y los más temidos en las mentes de los ángeles. Sin ninguna duda, Nilia era tan fuerte como algunos Barones y desde luego mucho más que Urkast. Claro que este último tenía su

plaza asegurada, pues era el que contaba con más seguidores: el clan de Urkast duplicaba, como mínimo, a cualquiera de los otros cinco.

Debería haber sido fácil de tentar por su parte, pero Nilia no había mostrado el más mínimo interés en las ocasiones en que Dast le había lanzado sutiles insinuaciones acerca de aunar sus esfuerzos.

—Perfecto. —Nilia retiró la mano, dio un paso atrás y cruzó los brazos, adoptando una postura relajada—. Vamos a tener una pequeña charla sobre esas intrigas y maquinaciones en las que siempre andas metido.

—No sé a qué te refieres. Ese Cristal es de...

—Sé perfectamente quién te ha enviado ese Cristal. Nos ahorraríamos tiempo si dejaras las evasivas.

—No puedo permitir que veas su contenido.

—Lo sé. No me interesa su contenido. Pero quiero que sepas que estoy al corriente de qué sucedió en la Primera Guerra. —Nilia endureció la mirada—. Y también sé que tú eras parte de la trama en mayor o menor grado. Escúchame con atención: esta vez no va a pasar nada parecido. Si hay alguna confabulación importante me lo vas a decir en este preciso instante.

Dast se sintió algo aliviado. No tenía nada que ocultarle, así que su único problema era convencerla de que ése

era el caso. Sin embargo, estaba sorprendido de que supiese tanto de lo ocurrido en la Primera Guerra.

—Te aseguro que esta vez estás al corriente de todo, a menos que haya alguna maquinación por parte de alguien que no cuente conmigo.

—Dast, estoy cansada de estupideces. —Nilia dio un paso hacia él y los músculos de sus brazos se tensaron—. Esta vez no pienso jugarme el pellejo en una guerra para que se cumplan vuestros planes. ¡Quiero saber qué os traéis entre manos!

—Nada, aquello fue hace mucho tiempo. —Dast retrocedió un paso sin ser consciente de ello. Su voz era un susurro sibilino—. La situación es

completamente diferente ahora. Te lo juro. No hay ningún plan a tus espaldas.

Nilia ni siquiera pestañeó. Se quedó rígida como una estatua evaluando si lo que acababa de oír era cierto.

—Está bien. Pero si descubro que me has mentido iré a por ti. Te prometo que soy capaz de cambiar de bando. No volveréis a jugar conmigo. Con una vez tuve más que suficiente.

—No será necesario, puedes estar segura. Pero existe una posibilidad de que pueda interesarte tomar parte en cierto proyecto, por así decirlo, que tengo en mente. —Dast midió sus palabras con sumo cuidado. No le pasó por alto la rabia contenida en Nilia, y él, que conocía de sobra el motivo,

entendía que no era para menos, pero aun así no perdía nada por intentar convencerla de hacer algo que, a menos que su olfato le estuviese fallando estrepitosamente, Nilia estaba deseando en su interior—. Es justo decir que no se puede realizar sin la colaboración de alguien... ¿cómo lo diría...? Muy fuerte y decidido y, por supuesto, que saldría muy beneficiado.

La Caída ladeó la cabeza y sus ojos brillaron durante un segundo. No estaba segura de qué le estaba insinuando, pero se hacía una idea de por qué la necesitaba a ella. No pudo evitar sentirse intrigada.

—Tengo que irme. Stil me está esperando. —Era cierto y no quería

retrasarse ante su Barón—. Pero volveré y comentaremos ese proyecto tuyo.

Nilia salió de la habitación y bajó hasta el sótano del edificio. Su cabeza seguía dando vueltas a los preparativos para la guerra. Dudaba dónde encajaría el plan de Dast pero le daría una oportunidad al extraño personaje. Recordó anteriores ocasiones en que el séptimo Barón se había intentado aproximar a ella, aunque nunca le hizo demasiado caso, segura de que sus intenciones estaban relacionadas con disputas por el poder entre los Barones. Ella tenía su estilo propio a la hora de cumplir sus propósitos y los conflictos entre los Barones ocupaban un segundo lugar en su mente.

Tenía muy claro el objetivo que perseguía y tenía igual de claro que nadie se lo iba a arrebatar. Lo que ya no veía con tanta nitidez era el camino a seguir para su consecución. La suerte le había brindado la mejor de las oportunidades de la manera más inesperada, mediante un Menor, y con la misma rapidez, y a pesar de sus esfuerzos, todo se había echado a perder. La muerte de Raven al caer en la Niebla había desbaratado sus planes. En aquel momento la suplantación de Diago y su captura eran lo más importante y no pudo evitar que el inútil entrometido de Vyns le hiciera perder el equilibrio cuando el Menor huía por la vía del Metro. Ahora debía encontrar otra

manera de acceder a la Morada pero, entretanto, no perdía nada por dedicar algo de tiempo en comprobar si el proyecto de Dast servía en algo a sus propios fines.

Nilia avanzó por un pasillo desprovisto de luz, torció a la derecha por una bifurcación y se paró cuando la llamaron a sus espaldas.

—Mis felicitaciones por la suplantación de Diago —dijo Urkast fríamente.

—Tengo prisa; Stil me espera y no le gusta que llegue tarde —repuso con la misma frialdad.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan diligente? —interrogó el Barón poniéndose a su lado. Sus ojos de

distintos colores estaban clavados en ella—. Me sorprende que aparques tu rebeldía.

—La reservo para ti. Stil es mi Barón. Le debo mi lealtad.

—No te veo como alguien muy leal. Tus temeridades nos traerán problemas a todos. Eres peligrosa.

—¿Creí que querías felicitarme por mi última misión?

—Desde luego, y también hacerte una pregunta. ¿Tenías que emplear a uno de los míos para suplantar a Diago? ¿No pudiste escoger a alguien de tu clan?

—Escogí a quien me pareció más adecuado. En la última reunión que mantuvimos te ofrecí que te encargaras de ello tú mismo si creías que lo harías

mejor. Desaprovechaste la oportunidad. Ahora te recomiendo que me dejes tranquila. Reserva tu odio para cuando meta la pata. No es muy inteligente presionar a quien acaba de acometer con éxito la tarea más peligrosa e importante hasta el momento.

—Crees que todo depende de ti, ¿no es eso? Tu orgullo es excesivo.

—Lo que creo es que mientras vosotros estáis escondidos organizando a nuestra gente y manipulando a los Menores, yo asumo los mayores riegos enfrentándome directamente con el enemigo.

—Es lo que tú querías. No finjas que no te morías de ganas de hacerlo.

—En fin, me voy. Ha sido un placer,

Urkast, como siempre.

—Un momento. —El Barón la agarró por el brazo con fuerza y la obligó a detenerse. La Caída puso en tensión todo su cuerpo de manera instintiva y Urkast se apresuró a soltarla—. Sé que no eres de fiar, Nilia. Voy a estar vigilándote. Antes o después cometerás un error y me aseguraré de que sea la última vez que nos perjudicas.

Urkast se alejó por el pasillo y ella se quedó mirándole la espalda sin contestarle. Sabía que su ojo azul podía verla perfectamente a pesar de que su nuca fuera lo único que se podía distinguir de su cabeza. Sólo un imbécil la advertiría de que iba a ir a por ella, si bien era evidente que nunca se habían

llevado bien. Ya trataría con Urkast cuando la ocasión fuera más propicia. Por el momento tenía cosas más importantes en la cabeza.

Dobló una esquina. El sombrío pasillo se inundó de luz que provenía de una puerta abierta algo más adelante. Vio a Capa haciendo una reverencia hacia el interior de la habitación donde estaba Diago y luego cómo cerraba la puerta, sumiendo de nuevo el pasillo en la oscuridad.

—Veo que te diviertes con nuestro invitado —comentó Nilia pasando a su lado.

—Siempre me embriaga la emoción cuando invierto tiempo en un viejo amigo —dijo Capa muy alegre,

situándose junto a ella y acomodándose a su paso—. Ha sido un encuentro de lo más estimulante que sin duda debo agradecer a tu extraordinario talento.

—Maravilloso. Ahora, si me disculpas —atajó ella.

—Debes irte, lo sé. Te acompañaré —dijo con aire casual—. Así podré disfrutar del placer de tu exquisita compañía. No dispongo del suficiente autocontrol como para renunciar a la ocasión de caminar junto a la mayor de las bellezas. —Nilia le lanzó una molesta mirada—. No deseo importunarte; es sólo que nuestros pasos discurren por el mismo camino. Vas a ver a Stil, ¿estoy en lo cierto?

—Lo estás.

—Una prodigiosa coincidencia. Yo acudo a ver a mi señor, que a su vez está con Stil. —Capa no parecía molesto en absoluto por la indiferencia que demostraba Nilia. Al contrario, casi lo interpretaba como una necesidad de impedir que el silencio extinguiese la conversación—. Me colma de una satisfacción indescriptible apreciar que estás perfectamente recuperada. Por lo que he oído, Vyns te asestó un duro golpe en el hombro.

—Ese necio no habría sido capaz de rozarme si yo no lo hubiera querido. Tenía que dejar que me hiriera para que pareciese real mi huida —explicó Nilia, ausente.

—Naturalmente, sería de lo más

insulso considerar siquiera que Vyns posee alguna capacidad de hacerte frente a ti, nuestra más formidable guerrera. —Nilia era inmune a los halagos de Capa; en realidad, era inmune a cualquier halago. Le traía sin cuidado la opinión que los demás pudiesen tener de ella. Además, Capa era excesivamente obstinado en rodearla de alabanzas, incluso cuando discutían abiertamente—. Pero eso no le excusa —prosiguió éste con su tono jovial y sincero— de haber osado herirte, lo cual es desde cualquier punto de vista inaceptable. Yo mismo vengaré semejante afrenta y te traeré su cabeza como muestra de mi devoción por ti. —Capa terminó con un movimiento de

manos muy teatral. Nilia estaba convencida de que, de haber estado parados, y no andando por el pasillo, le hubiera obsequiado con una de sus exageradas reverencias.

—Te tomo la palabra en eso —dijo sin apenas prestar atención.

Llegaron a la sala donde Stil y Tanon les esperaban. Capa se adelantó con una rápida zancada y sostuvo la puerta con una inmensa sonrisa mientras Nilia la cruzaba. Los dos Barones estaban sentados y detuvieron su conversación cuando la pareja entró.

—¿Querías verme, Stil? —preguntó Nilia.

—Siempre a su disposición, mi señor —proclamó Capa con tono ceremonial,

inclinándose ligeramente pero manteniendo la vista al frente.

Nilia no pudo reprimir una mueca ante la reverencia de su acompañante. Debía tener la espalda más musculosa de todos los Caídos para mantener su extensa colección de posturas y reverencias; pasaba más tiempo agachado que erguido. Tanon esbozó una sonrisa, como casi siempre que Capa le adulaba descaradamente.

Stil era un poco más alto que Tanon, aunque no demasiado, y tenía unos hombros tan anchos como los suyos. Llevaba su largo pelo blanco suelto sobre la espalda y su aspecto era el de alguien tranquilo y sosegado, no el de uno de los demonios más poderosos. Stil

había sido uno de los jefes de los Custodios y tenía unas alas fuertes y gruesas, las cuales conservaban su impoluto tono blanco, a juego con su cabello. Se decía que la fuerza de sus alas no conocía rival y que nunca habían sufrido una fractura. Siempre las llevaba revestidas con alguna coraza y eran un elemento defensivo que Stil empleaba con gran maestría. Sus alas detenían golpes y espadas por igual y Nilia le había visto en una ocasión atravesar a un ángel con una de ellas y luego partirlo por la mitad. Además, era el único demonio cuyas alas no se habían oscurecido en el Agujero, lo que curiosamente le daba el aspecto de un ángel.

—Estábamos repasando el estado de nuestras tropas —explicó Stil. Su voz era suave y melódica—. Los Viajeros ya están todos aquí y sólo queda ultimar los preparativos. Quiero que te encargues de dirigirles cuando llegue el momento.

—Pero eso me alejaría de la vanguardia del ataque. —Nilia se sintió decepcionada al oír que le asignaban ese puesto. Los Viajeros eran los únicos que podían señalar el camino a través de la Niebla y por tanto eran indispensables para llegar al Umbral, pero deberían permanecer en su puesto hasta que el último de los demonios hubiera cruzado, lo que significaba que no estaría en la primera línea de combate, al menos si se iniciaba la

batalla nada más llegar a la primera esfera—. He llevado a cabo todo lo que me has encomendado para que esta guerra sea posible. No me merezco quedar relegada a la retaguardia.

—Nadie cuestiona tu capacidad, Nilia —intervino Tanon con su voz grave. Sonaba basta y ruda en comparación con la de Stil—. Eres una pieza indispensable en nuestro ejército.

—¿Entonces a qué se debe que me situéis al mando de los Viajeros? ¿Ha intervenido Urkast de alguna manera en esta decisión? —preguntó, furiosa.

—Es decisión mía, Nilia —dijo Stil—. El acceso al Umbral es una parte crítica. Si algo sale mal, toda la operación peligrará. No podemos ganar

una guerra si nuestras tropas no llegan siquiera al campo de batalla. Quiero asegurarme de que todo salga perfectamente y necesito a la mejor para garantizar que todo vaya bien. Por eso te he asignado ese puesto. No estaría tranquilo con nadie más.

La explicación de Stil aplacó su furia. Pocos eran los que escuchaban decir en público a su Barón que les necesitaban. Claro que en su caso era una verdad incuestionable que tanto ella como Stil tenían bien presente. Su clan era el menos numeroso de todos, justo al contrario que el de Urkast, que les superaba fácilmente en la proporción de ocho a uno, con lo que la fuerza de Stil como Barón se sustentaba en la calidad,

y ahí era donde ella intervenía. Nilia se encargaba casi siempre de las misiones más arriesgadas, no vacilaba nunca y, lo que era más importante de todo, jamás fallaba. De ese modo, Stil podía argumentar en las reuniones de los Barones que esta o aquella tarea había salido bien gracias a él y no perdía el respeto de los demás, que lógicamente desempeñaban un número de misiones mucho mayor. Nilia estaba al corriente de que la operación para capturar a un ángel e introducir un demonio en el Nido prácticamente se la habían pedido a Stil los demás Barones sabiendo que ella la realizaría. Lo que no sabía era qué había exigido éste a cambio. No le cabía duda de que se habría resistido a aceptar sin

obtener algo como compensación por dedicar al intercambio a su más preciado recurso, no porque temiese por Nilia, sino porque era su modo de actuar, dejar bien claro que era indispensable y reforzar su posición.

—No se me ocurre a nadie más indicado para asegurar nuestra llegada al Umbral —dijo Capa, muy animado—. Yo mismo viajaré a la primera esfera con una gran calma reposando en mi interior al saber que nuestra preciosa amiga está al mando de los Viajeros. Aplaudo su excelente decisión, Stil.

—Cierra el pico, crío —le reprendió Nilia. Capa juntó el índice y el pulgar y los deslizó sobre sus labios siguiendo el recorrido de una cremallera imaginaria

mientras sus ojos azules brillaban divertidos—. Una vez que nuestras legiones estén en el Umbral, entiendo que no es necesario que me encargue de los Viajeros.

—Por supuesto que no —respondió Stil—. Luego te unirás a la batalla, pero no en la vanguardia. Tus habilidades serán más devastadoras empleadas de un modo diferente.

—¿Qué modo es ése?

—La infiltración —declaró Tanon, tajante. A Nilia no le hacía ninguna gracia que él respondiera sus preguntas. Se estaba llevando la impresión de que era él y no Stil quien había tomado las decisiones.

—Eres la más rápida de todos

nosotros —aclaró Stil—, la más escurridiza y la más letal. Tenemos gente que se puede encargar de soportar el frente de una batalla pero no hay nadie que pueda igualarte escabulléndose entre el enemigo y eliminando objetivos concretos.

—Creo que ya me voy haciendo una idea —dijo ella mucho más tranquila—. ¿Qué objetivos son ésos?

—Queremos que elimines a cuantos miembros puedas del Consejo. —Stil bajó un poco el tono de su voz, como si no quisiera que nadie más se enterara de lo siguiente que iba a decir.

—¿Te refieres a los Justos?

—No sólo a ellos, sino a cualquiera de los diez miembros del Consejo, tanto

los tres Justos como los siete Consejeros. Hay uno en particular que debe morir. Se llama Asius. ¿Le recuerdas?

—Naturalmente. El Pelirrojo —asintió Nilia—. Pero si no estoy equivocada es un Custodio, igual que lo eras tú, Stil, no un Consejero.

—Era un Custodio —corrigió el Barón—. Y aunque yo casi no tuve contacto con él, sé que era uno de los mejores. El Viejo le nombró Consejero tras la Guerra, así que podrás imaginar que no es ningún inútil.

—Me encantará ver lo bueno que realmente es. ¿Qué le hace tan importante?

—Su cerebro —dijo Tanon—. Es el

más perspicaz de los Consejeros. Intuye algo.

—¿Cómo es posible que sepáis lo que pasa por su cabeza?

—Eso es asunto nuestro, Nilia —atajó Stil—. ¿Algún problema con tus órdenes?

—Sólo uno. ¿Cómo sabemos que los miembros del Consejo estarán en la Ciudadela? No puedo matarles si no les encuentro.

—No podemos estar completamente seguros —respondió Tanon—. De hecho, está casi garantizado que no estarán allí todos. Si tenemos suerte, puede que demos con alguno de los Justos, pero hay una altísima probabilidad de que Asius sí se

encuentre allí; si no está al inicio de la batalla, seguro que acude a la defensa de la primera esfera. Entre otras cosas, es consciente de que si pierden habremos conquistado las puertas del Nido y tendremos acceso al resto de las esferas. No temas, acudirá a la Ciudadela.

—Bien, si Asius comete el error de presentarse, tendrán una nueva vacante en el Consejo.

—Así me gusta —dijo Stil—. Sabía que podía contar contigo. Mañana te reunirás con los Viajeros y empezarás a organizarles. Sólo tienes cuatro días para que todo esté preparado.

—De acuerdo. —La misión de acabar con Asius había despertado su curiosidad. Le intrigaba ver si

verdaderamente sería un reto matar al ex-Custodio—. Pero antes de irme me gustaría ver cómo reacciona Diago al tratamiento que le tenemos preparado.

—Cómo no —accedió Tanon, encantado—. Después de todo, a ti tenemos que agradecerte su presencia. Capa, ¿se ha curado Diago?

—Así es, mi señor —informó con el orgullo dibujado en su rostro al ver que se dirigían a él—. Mi estimado amigo debe estar en estos momentos sumido en un placentero sueño.

—Entonces no queda más que esperar a que se despierte —comentó Tanon—. Si no está curado, no averiguaremos gran cosa. ¿Quieres hacer los honores tú misma, Nilia?

—No, gracias. Sabemos qué va a pasar; no buscamos más que verificarlo. Aprenderemos mucho más si lo hace el Niño en mi lugar.

—¿Cómo? —Capa se llevó sus enguantadas manos al pecho y reveló una mueca de espanto—. Se trata de mi amigo. —Una súplica asomó a sus ojos —. No podéis esperar de mí que sea el artífice de algo así. Le aseguré que velaría por su bienestar.

Nilia temió que Capa empezara a temblar. Sus ojos se salían de sus órbitas y la expresión de miedo que exhibía parecía auténtica. Claro que Capa nunca mostraba una falsa emoción. Sus gestos, su voz y su expresión corporal siempre parecían genuinos, y

tal vez lo fuesen.

—Piensa lo que podría pasar si entro yo con Diago. —Nilia se agachó un poco para acercarse a Capa, que se había encogido levemente—. Si pierdo el control, aunque sea sólo por un instante, sabes que lo mataré. En cambio, si te ocupas tú, indirectamente le estarás salvando de mí.

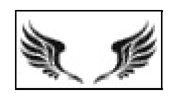
—Tu agudeza me asombra —repuso el Caído recobrando la compostura—. No cabe en mi entendimiento que ese punto de vista escapase a mi enfoque de la situación. —Hablaba para sí mismo, con la mirada desenfocada—. Es en beneficio de mi querido amigo que debo hacer esto por más que mis instintos se nieguen. —Súbitamente, se volvió hacia

Nilia—. De nuevo acaparáis toda mi admiración.

A ella poco le importaban sus motivos. Ni siquiera sabía cuáles eran. No se creía todo el rollo que había soltado acerca de su amigo pero era consciente de que eso era irrelevante. Bien porque fuera cierto, o bien porque lo hubiera empleado como parte de la extraña representación que era su vida, Nilia sabía que Capa no lo haría a menos que se le convenciese en sus propios términos. Y era preciso que fuese él y no ella. Se necesitaba al más débil para sacar el máximo provecho de los resultados.

—Bueno, pues todo aclarado —dijo Tanon—. Capa, te encargarás de Diago

cuando se levante para que Nilia no tenga que hacerlo.



Diago despertó sobresaltado.

No podía saber con exactitud el tiempo transcurrido pero necesitaba varias horas para curarse a sí mismo por completo, algo que un Sanador podría haber hecho en unos segundos. Se puso en pie y dio unos pasos por la habitación. Su ojo volvía a captar cuanto estaba a su alrededor y sus alas estaban intactas, como si nada hubiera ocurrido.

Capa no había mentido cuando le dijo que le consentirían curarse.

Era un insulto muy bajo a la inteligencia de sus captores, pero a falta de una ocurrencia mejor, Diago repasó cada centímetro de la habitación en busca de alguna posible escapatoria. Tal y como esperaba, no existía. Depositó sus esperanzas en un rescate y se concentró en el motivo por el que le habían capturado. Obviamente debían querer algo de él puesto que, de lo contrario, ya estaría muerto. Nilia no le permitiría conservar la vida sin una buena razón, de eso estaba seguro. Lo primero que se le pasó por la cabeza fue que le intentarían sacar información, aunque siguiendo esa línea de

pensamiento no entendía para qué le habían dejado curarse. También había algo más que no encajaba. Incluso ellos sabrían que él nunca les contaría nada. Moriría antes de revelarle al enemigo cualquier dato sobre el Nido. Otra posibilidad era que le fuesen a utilizar como rehén para exigir algo a cambio de su libertad, pero no alcanzaba a imaginar qué podía ser. En cualquier caso, supuso que no tardaría en averiguarlo. Pronto le harían una visita y se terminaría el suspense.

Pasó un rato largo y empezó a dar vueltas en círculo como un animal enjaulado. Su frustración era su peor enemigo. Imaginó lo que pensaría Asius cuando le informaran de que el Custodio

asignado a la captura de Raven estaba ahora en manos de sus peores enemigos. Recordó cómo el Consejero le había advertido sobre esa posibilidad cuando fue a la Tierra, justo después de que Edmon muriese. Asius le había hecho partícipe de sus temores respecto a los demonios y él los había considerado exagerados. ¡Qué ingenuo había sido! Ahora iba a pagar cara esa falta de confianza en el buen juicio de su amigo.

Diago estaba en el centro de la habitación cuando su visión le abandonó y se quedó paralizado por la sorpresa. Un segundo más tarde se percató de que sus ojos no habían perdido su función. Una repentina oscuridad le había atrapado. Enseguida supo que no era el

resultado de haber apagado la luz, ya que aquella oscuridad era muy densa y le envolvía de un modo que parecía rozar su cuerpo. Además era fría, casi gélida. La temperatura de su cuerpo descendió rápidamente. Al principio no pudo ni ver sus propias manos pero en pocos segundos sus ojos se adaptaron y fue capaz de distinguir su propio cuerpo, lo cual era otra señal inequívoca de que aquella oscuridad no era natural. Nunca antes su visión había pasado por tales dificultades para percibir el entorno.

El ruido de la puerta llegó hasta sus oídos amortiguado por la densa oscuridad, como si la entrada estuviera mucho más lejos. Alguien estaba con él en la habitación.

—¿Qué se siente al estar en el Infierno? —preguntó una voz que sonaba distorsionada.

—¿Capa? —preguntó Diago, extrañado. Su sentido del oído estaba desorientado por la oscuridad.

Vio una silueta moverse delante de él, como un borrón de contornos confusos. Luego recibió un golpe en la cara que le hizo girar la cabeza bruscamente hacia la derecha. Por el rabillo del ojo vio otro movimiento muy rápido y un puñetazo en las costillas le llegó desde el lado opuesto. Se tambaleó en el sitio y a punto estuvo de caer al suelo.

—Mi buen amigo, ahora estás en disposición de hacerte una leve idea de cómo me sentí al llegar al Infierno —le

explicó Capa—. Claro que la temperatura en este sitio es más agradable, al igual que otros muchos aspectos. Pero algo es algo, ¿no crees?

La patada le alcanzó en la parte interior de su pierna izquierda y le hizo caer al suelo sobre una rodilla. Capa daba vueltas en círculo alrededor de él. Cada vez le veía con más definición, pero su visión mejoraba a un ritmo muy lento y su agresor continuaba siendo una sombra muy veloz. Sólo cuando permanecía quieto podía delimitar su contorno sin problemas.

—Veo que al final has optado por matarme. —Diago escupió las palabras—. No eres más que un charlatán.

—Al final vas a conseguir que

abandone toda esperanza contigo. —Capa se había quedado quieto y Diago intentó agarrarle abalanzándose sobre él. Cerró sus manos sobre el sitio donde sus ojos le decían que debía encontrarse su cuerpo pero sólo cogió el aire a pesar de no haber advertido movimiento alguno; simplemente, su vista le engañaba. Esta vez el golpe lo recibió en la espalda, y le obligó a arquearse hacia atrás—. Reiteraré por última vez que no es otra cosa que tu bienestar lo que impulsa mis actos.

—Veo que el Agujero te ha vuelto completamente loco. —Diago hablaba con dificultad. La paliza que le estaba dando empezaba a restarle fuerzas—. ¡Acaba de una vez, maldito cobarde!

—Qué ingrato. Y yo que albergaba la esperanza de que finalmente apreciases lo que estoy haciendo por ti. —Capa le asestó un fuerte puñetazo en la cara y Diago sintió cómo sus labios se partían bajo la presión del impacto. La sangre empezó a resbalar por su barbilla—. Cada vez me supone un esfuerzo mayor reconocer a mi antiguo amigo, a quien yo tanto admiraba.

A Diago no le quedaban fuerzas para responder. Ya podía ver claramente el contorno de Capa, y no sólo eso, los detalles de su figura se distinguían cuando no se movía. Su voz ya no sonaba distorsionada, por lo que dedujo que su oído también se estaba adaptando rápidamente a la oscuridad. Pero sabía

que su resistencia era inútil. El frío seguía recorriendo todo su cuerpo como un parásito que no podía expulsar, y sus movimientos continuaban ralentizados.

Estaba apoyado sobre sus rodillas y escuchó el sonido de una gota de sangre chocando contra el suelo debajo de su cabeza. Una patada en el pecho lo elevó en el aire y lo lanzó hacia atrás. Se estrelló pesadamente contra el suelo, de espaldas, y no pudo reprimir un gemido de dolor.

¡La luz había vuelto!

Diago estaba tumbado boca arriba y veía perfectamente la lámpara en el techo, alumbrando la habitación. Su cuerpo estaba recuperando calor muy deprisa y no sentía el peso de la

oscuridad sobre él. Se incorporó a medias con gran dificultad y contempló boquiabierto una enorme esfera negra en el centro de la sala. Comprendió que su primera impresión había sido correcta: no habían apagado la luz, sino que habían generado de alguna forma aquella oscuridad en la parte de la estancia en la que se encontraba. El último golpe de Capa le había sacado del círculo de negrura y por eso ahora volvía a ver.

Terminó de levantarse, retrocedió unos pasos y sacó las alas dispuesto a no caer sin luchar hasta el último aliento.

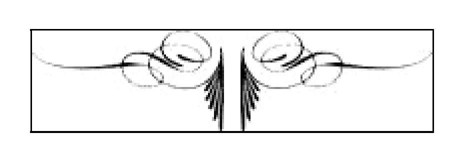
Le llegó el sonido de la puerta abriéndose y volviéndose a cerrar.

La esfera negra desapareció y Diago comprobó que volvía a estar solo en la

habitación.

No entendió el significado de lo sucedido.

CAPÍTULO 16



Un montón de piezas metálicas estaban distribuidas ordenadamente sobre la mesa. Rick las estaba cogiendo una por una y les pasaba un paño alrededor, como si se tratase de una colección de porcelana que sería objeto de un intenso escrutinio por parte de una visita distinguida. Con movimientos suaves y delicados, el paño iba retirando el

polvo acumulado al tiempo que los ojos del militar llevaban a cabo un detenido examen en busca de cualquier imperfección. Repasó todos y cada uno de los fragmentos y, cuando estuvo completamente satisfecho, arrojó el trapo al suelo con despreocupación.

Miró su reloj de pulsera y luego cerró los ojos. Empezó a unir unas piezas con otras con la soltura de quien ha realizado esa misma operación en incontables ocasiones. Sus ágiles dedos sujetaban los férreos fragmentos mientras se iban acoplando entre ellos con chasquidos cortos. Terminó y abrió los ojos. En sus manos descansaba una pistola reglamentaria en perfecto estado. El cargador estaba repleto de munición

y contaba con un silenciador enroscado al cañón. Rick comprobó el tiempo transcurrido en su reloj y sonrió complacido.

Apartó la pistola a un lado y se preparó para montar un rifle de largo alcance. Era reconfortante volver a tratar con armamento que dominaba a la perfección y en el que había aprendido a depositar su confianza. Se había pasado más de un día entero haciendo pruebas con la espada de fuego sin lograr ningún avance significativo. Había confiado en que, tal y como le había dicho Jack, sus recuerdos le ayudaran, pero lo poco que alcanzó a penetrar en los secretos de la espada fue como consecuencia del clásico sistema ensayo-error, pues su

memoria se negó a aportar información útil. Tras varias horas con la espada, llegó a la conclusión de que su manejo escondía infinidad de matices que hacían de ella el arma más compleja que jamás hubiese pasado por sus manos.

El hecho de que se comportara de modo diferente en función de quién la empuñase era uno de los detalles que más le desconcertaban. Si una pistola tenía un alcance de un kilómetro, nadie podría conseguir que el proyectil recorriera una distancia superior. Evidentemente, dos personas diferentes podían ser capaces de acertar o no dentro de esa distancia, pero el alcance máximo de un arma era, lógicamente, fijo e invariable. Con la espada no

sucedía lo mismo. Rylan y él se esforzaron por dibujar líneas de fuego idénticas con movimientos llevados a cabo a la misma velocidad. No lo lograron. Las líneas que trazaba Rick permanecían durante más tiempo y el fuego brillaba con más intensidad. Muchos intentos más tarde, cayeron en la cuenta de que eran capaces de distinguir quién había trazado cada línea. De alguna manera, el portador le imprimía al arma algo de sí mismo al emplearla y, habiendo observado a Rylan tantas veces, Rick supo que podría reconocer uno de sus arcos de fuego entre varios que hubieran sido dibujados por otras personas.

Lo segundo que escapaba a su

entendimiento eran los símbolos que se podían pintar en el aire y los insólitos efectos que producían, como ese escudo invisible que se lograba cortando una equis en el aire. A mayor tamaño de los trazos, mayor era la superficie de la barrera, lo cual parecía muy lógico. No tan lógico fue el descubrimiento de que los escudos de Rick eran más resistentes que los de Rylan. Estuvieron cerca de una hora arrojando todo tipo de objetos contra ellos. Un cenicero lanzado con todas las fuerzas del militar consiguió atravesar la barrera de Rylan, pero no la suya propia. Ninguna de las flamígeras equis pudo detener disparos. Sin embargo, Rick tuvo la certeza de que en las manos adecuadas aquellas mágicas

defensas podrían con mucho más. No obtuvieron nuevos efectos a pesar de probar con todas las runas que fueron capaces de dibujar; no obstante, apreciaron detalles sutiles que señalaban que algo hacían mal. Una misma línea se comportaba de modo diferente dependiendo de si su trazo se hacía de arriba abajo o de abajo arriba, o de con qué mano se sostuviese la espada, y eso eran sólo algunos ejemplos. También apreciaron diferencias girando la muñeca al rasgar el aire, y así sucesivamente, hasta reconocer que todo lo que sabían de la espada no era más que la punta del iceberg.

El tiempo se les echaba encima y

tuvieron que dejar las pruebas para después de su viaje a través del portal. Rylan seguía derrochando entusiasmo, tanto por la espada como por Rick. Le sometía a una lluvia constante de sugerencias para futuros experimentos, debidamente mezclada con torpes halagos. El soldado, por su parte, se sintió aliviado al descansar de la compañía del inagotable científico, y encontró algo de paz al empezar a repasar su equipo. Llevaría la espada consigo, pero no iba a prescindir de sus habituales compañeras de trabajo, las cuales se habían convertido en extensiones de su propio cuerpo.

Estaba a medio camino de montar su rifle cuando el sonido de la puerta

abriéndose rompió su concentración. La culata se le cayó al suelo y abrió los ojos con gesto de irritación. Susan entró en la estancia y cerró tras de sí.

—No sabía que estabas ocupado —dijo a modo de disculpa.

—Estaba finalizando los preparativos. —Rick recogió la culata del rifle y prosiguió su montaje—. Hay que estar preparado para todo.

—Venía a ver cuánto te falta. —Susan se sentó en una silla a su lado y el militar no pudo apartar la mirada de su larga cabellera castaña. La llevaba suelta, en vez de tenerla recogida en una coleta como casi siempre, y cuando se sentó le cubrió la espalda por completo—. Ya casi es la hora; deberías darte

prisa.

—¿A qué viene tanta urgencia? No pasará nada si empezamos media hora más tarde. El mundo al que conduce el portal no va a ir a ninguna parte.

—Ya lo sé. Es por Nelson. Está impaciente. No para de preguntar por ti. —Rick contrajo el rostro, disgustado—. Dice que ya deberíamos haber partido.

—Pues que espere un poco más —declaró Rick, malhumorado—. Más le vale aprender a controlarse. No pienso vigilarle como a un chiquillo cuando estemos allí, y no voy a consentir que cometa una estupidez y nos ponga a todos en peligro.

—Lo hará bien, no te preocupes —dijo Susan en tono conciliador—. Son

sólo algo de nervios.

—Eso espero. —Rick terminó con el rifle y pasó a revisar la munición—. ¿Rylan está con él?

—Sí, te estamos esperando.

—Ya veo. Y Nelson te ha enviado a buscarme, ¿no es así?

—En realidad, ha sido una sugerencia de Rylan. Ese chico te aprecia mucho.

—Diles que bajaré enseguida. No quiero que se me pase nada por alto. En cuanto termine de repasarlo todo, me reúno con vosotros y empezamos.

Susan contempló asombrada la extensa colección de armas dispuesta sobre la mesa. Había cuatro cuchillos de diferentes tamaños, una cantidad enorme de balas de diversos calibres, dos

pistolas, un rifle, cargadores y otros objetos que no supo con certeza para qué servían, aunque se hacía una idea. Rick se iba colocando todo con sumo cuidado en tal cantidad de bolsillos y compartimentos de su uniforme militar que Susan se preguntaba cómo podía recordar qué había en cada uno de ellos.

—¿No llevas demasiadas armas? No imagino cómo puedes moverte con todo eso encima. —Susan se levantó y caminó hasta la puerta.

—Cuestión de práctica; no es para tanto. Esta vez no me cogerán desprevenido.

Rick apoyó la rodilla derecha en el suelo y empezó a introducir los cuchillos en unas ranuras alrededor de

su pierna izquierda.

—Te esperaremos hasta que estés preparado —dijo abriendo.

—Espera. —Rick levantó la vista y la mujer se volvió hacia él—. ¿Confías en Jack?

Susan arrugó la frente, evidentemente sorprendida por la pregunta.

—Desde luego —respondió con voz firme—. ¿Tú no?

—No sé demasiado de él. Supongo que me cuesta entender a los ricos.

—Jack no siempre fue rico —explicó Susan.

—Seguro que se aprovechó de la Onda para crear su imperio. Esos son los peores, lo que se benefician de los demás.

—No. Su fortuna proviene de antes de la Onda —dijo Susan—. Me lo contó él. Pero no la heredó ni nada parecido. La ganó. No me dio detalles, pero dijo que empezó jugando al póquer.

Sonaba absurdo. Rick no había oído hablar de ningún empresario con influencias políticas que hubiera surgido de una mesa de juego.

—¿Desde cuándo le conoces?

—Hace casi cinco años. Le conocí durante la guerra contra el Norte. Yo estaba en el hospital atendiendo pacientes sin cesar. Jack ingresó inconsciente con un balazo en el brazo derecho. Se recuperó e insistió en agradecérmelo. Así nos conocimos. —Rick frunció el ceño—. Puedo hacerme

una idea de qué piensas de él; no es ningún angelito, eso salta a la vista, pero es cierto que vivimos tiempos muy duros y no se puede sobrevivir siendo blando. Ya le conocerás mejor. Es una de las personas más inteligentes que he visto. Además, te tiene en una alta consideración.

—¿Cómo es que sabes eso? ¿Te lo ha dicho él?

—No hace falta. Lo noto en el modo en que habla contigo. No se tomaría tantas molestias en explicarte sus planes si no le importaras. Quiere que le entiendas y que compartas su punto de vista.

—Supongo que tienes razón. —Rick no estaba convencido. Si Jack le quería

de su parte era porque le veía útil para sus propósitos. Bien mirado, eso no excluía que le tuviese cierto aprecio, aunque después de ver cómo había reaccionado ante la muerte de Scot, dudaba mucho que Jack fuera a llevar flores a su tumba si ocurría lo peor.

—Todo saldrá bien —dijo Susan adivinando sus pensamientos—. Me alegro de que accedieras a acompañarnos. Me siento mucho mejor sabiendo que estás a mi lado.

Antes de que Rick pudiese decir algo, se marchó y cerró la puerta a sus espaldas. El militar decidió no sacar conclusiones de lo que le había contado acerca de Jack. Ya no tenía importancia. Ahora lo único que quería era centrarse

en la misión que tenía por delante. Acabó de ubicar su arsenal en torno a su cuerpo y fue a reunirse con los demás.

Subió por las escaleras del teatro Victoria Palace. El edificio había caído presa de los indigentes y los mendigos tras la Onda. Como era de esperar, dejaron de representarse obras y la gente hizo uso del edificio de acuerdo a la necesidad. Estaba sucio y descuidado. Las paredes estaban desconchadas y la humedad se extendía por todas partes. Nadie se había ocupado de su mantenimiento durante mucho tiempo, probablemente desde la Onda.

Cuando los dos hermanos localizaron el portal en el teatro, Jack se encargó de desalojarlo. No quería levantar

sospechas acerca de sus actividades, de modo que les ofreció uno de sus almacenes a los habitantes del lugar, los cuales no dudaron en aceptar su oferta, ya que su nuevo hogar era mucho más grande y estaba mejor conservado.

Rick llegó a la segunda planta y avanzó por un pasillo en penumbra hasta la puerta de la habitación donde estaba el portal.

—No entiendo por qué está tardando tanto —oyó decir a Nelson desde la entrada.

—Ya vendrá. Tampoco es para tanto —le defendió Rylan.

Lo cierto era que la voz de Nelson había adquirido el irritante don de sacarle de quicio en los tres días

escasos en que había tenido trato con él. Rick suspiró ante la poco acogedora perspectiva de cargar con el impaciente científico todo el viaje. Consideró seriamente intentar apartarle de la misión. Al fin y al cabo, ya estaba Rylan para encargarse de las investigaciones, pero sabía perfectamente que el pequeño científico no dejaría a un lado a su hermano mayor.

El aire llenó los pulmones de Rick cuando aspiró una honda bocanada y entró en la sala con paso relajado. El suelo estaba despejado y dejaba el portal a la vista, tal y como había sido dispuesto en la fundición con ocasión del primer viaje. Jack no se había quedado corto cuando le dijo que este

portal era más pequeño que el primero. Las columnas eran más bajas y estaban más cerca unas de otras, rodeando un espacio más reducido, de unos quince metros cuadrados. Lo único que coincidía con todos los detalles de la imagen que guardaba en su memoria era la runa de activación. El extraño símbolo estaba dibujado en el suelo, fuera del área comprendida entre los pilares. Rick lo contempló unos instantes, recordando cómo el sello encajaba en el centro de la inscripción.

—¡Ya era hora! —le increpó Nelson. Rylan y Susan le enviaron una muda disculpa con la mirada—. Desde luego te lo has tomado con calma.

—Ya estoy aquí, ¿no? —repuso Rick,

conteniéndose—. A ver si te relajas. Vamos a un lugar peligroso y no quiero que tus nervios nos metan en algún aprieto.

—Estoy perfectamente —dijo Nelson en tono desafiante—. Eres tú el que debería haber llegado hace media hora. Ya escuchaste a Jack: esto es una carrera.

La tentación de aclarar las cosas de una vez por todas era como un molesto picor del que Rick deseaba librarse con impaciencia. Se quitó la mochila de la espalda pausadamente y acto seguido atravesó al científico con una mirada cargada de tensión.

—Vamos a tranquilizarnos todos —intervino Susan poniéndose delante de

Rick y forzándole a mirarla—. Estamos aquí para trabajar en equipo. Venga, vamos a empezar.

Tomando aire de nuevo hasta el límite de sus pulmones, el militar se dejó arrastrar lejos de Nelson mientras Rylan se acercaba a su hermano y le agarraba por los hombros con cierta dificultad, dado que era más bajo que él.

—Estoy tranquilo, de verdad —dijo Rick—. Pero si ese payaso no aprende a controlarse no respondo de mí.

—Creo que es mejor que empecemos cuanto antes —sugirió ella—. Si nos ponemos en marcha tendremos la mente ocupada y toda esta tensión se rebajará. Ya lo verás.

Rick extrajo el sello de la mochila

confiando en que Susan tuviese razón. La extraña piedra que activaba el portal era muy ligera y su brillo delataba que no estaba compuesta por ningún mineral de la Tierra. El militar se acercó a la runa de activación y los demás le siguieron.

—Vamos allá —anunció—. Voy a poner en marcha el portal. Cuando se forme la Niebla yo cruzaré el primero y vosotros me seguiréis. ¿Entendido?

La ausencia de respuestas le pareció suficiente confirmación. Se agachó y depositó el sello en el centro del símbolo dibujado en el suelo. Igual que la primera vez, éste se hundió y, cuando estuvo al mismo nivel del piso, giró lentamente sin emitir sonido alguno

hasta que el símbolo inscrito coincidió con la runa de activación.

—¡Qué pasada! —exclamó Rylan abriéndose paso para ver mejor—. ¿Os habéis fijado en cómo se complementa el dibujo?

—Ya lo vemos, querido hermano. No estamos ciegos —repuso Nelson.

El mismo sonido sordo y pesado que Rick recordaba retumbó en la habitación. Los pilares se elevaron unos centímetros y quedaron flotando en el aire.

—¡Es alucinante! —gritó Rylan, entusiasmado—. Tengo que verlo de cerca.

Nelson se había quedado paralizado ante la increíble imagen que estaba

contemplando. Su hermano salió disparado hacia la columna más cercana, resuelto a descubrir el secreto que la mantenía suspendida. Rick, que se temía algo por el estilo y estaba preparado, alargó el brazo cuando le rebasó y lo agarró por el jersey. El pequeño científico dejó escapar un gemido ahogado cuando notó un tirón en el cuello y vio cómo sus pies se elevaban. Cayó torpemente al suelo.

—Nada de tocar esas columnas mientras están funcionando —le advirtió Rick arrastrándole hacia atrás—. Ya tendrás tiempo de analizar montones de cosas increíbles, te lo garantizo. Te vas a hartar de ver cosas levitando.

—Sólo quería verlo de cerca —se

quejó Rylan al tiempo que se frotaba el magullado cuello.

Un suave zumbido inundó la estancia cuando los pilares comenzaron a girar sobre sí mismos. El murmullo fue ganando intensidad conforme la velocidad de giro aumentaba hasta que finalmente las columnas, que eran de forma cuadrada, se tornaron cilíndricas a la vista. Rylan lo observó todo sentado en el suelo; no quería levantarse por miedo a perder algún detalle. Nelson y Susan contemplaban el proceso con atención y Rick se dio cuenta tarde de que, por segunda vez, su mandíbula había caído sin que él reparase en ello.

El zumbido cesó repentinamente y una nube azul surgió en el centro de la sala.

Se movía en todas direcciones a la vez. Creció un poco de tamaño y su color pasó a ser gris ceniza, adquiriendo mayor densidad. El portal quedó en silencio.

—Prepárate, hermano —dijo Nelson ayudándole a levantarse—; nos vamos de viaje.

—Todavía no —dijo Rick, tajante. Había algo diferente esta vez. Estaba repasando rápidamente los recuerdos del primer portal porque algo no encajaba. La bruma que se había formado era mucho más pequeña, por lo que tendrían que pasar de uno en uno, pero no era sólo eso.

—¿Cómo que todavía no? —Nelson empleaba un tono amenazador—. ¿Se

puede saber qué pasa ahora?

—Algo está mal. No es como la otra vez.

—Mira, no sé a qué te refieres, pero tenemos un trabajo que hacer y vamos a cruzar esa nube ahora mismo.

—¡Cállate! —le gritó Rick—. Ya sé qué está mal. Esa niebla no es la misma. La primera vez brillaba una luz en el centro que indicaba el camino para que no nos perdiésemos ahí dentro. No veo esa luz por ninguna parte. Además, esta niebla es más densa, es como la de Hyde Park o la de cualquier otro banco estático de esos que hay por ahí. No podemos atravesarla.

—Tiene razón. —Susan se adelantó y puso la mano sobre el brazo de Nelson

—. Esa niebla es peligrosa.

—¡Tonterías! —rugió éste, obstinado—. No sois científicos, no tenéis modo de saber si lo que decís es verdad. Nosotros encontramos el portal, mi hermano y yo. Vosotros dos podéis hacer lo que os venga en gana, pero yo pienso cruzar ahora mismo. Rylan, ¿vienes?

La indecisión se dibujó en el rostro de su hermano. El portal lo tenía fascinado. Era el sueño de cualquier mente rebosante de curiosidad como la suya, y no fue capaz de articular palabra. Rick se acercó a Nelson y le empujó por los hombros, obligándole a detenerse cuando éste dio un paso hacia el portal.

—Nadie va a meterse ahí —le advirtió—. Es un suicidio.

—No vuelvas a ponerme la mano encima. No sé quién te crees que eres, pero tú no das las órdenes.

—Ya lo creo que las doy. Soy el único que sabe de qué va todo esto y nadie dará un solo paso hasta que Jack lo vea. Él estuvo conmigo la primera vez y te confirmará que nadie puede sobrevivir dentro de esa niebla sin luz.

—Hazle caso, Nelson —suplicó Susan.

—Tus palabras no me impresionan —dijo rojo de rabia—. Lo que te pasa es que eres un maldito cobarde. No tienes pelotas y...

El golpe le cortó la frase por la mitad, y también el labio superior. Su cabeza se volvió hacia atrás bruscamente y Nelson

cayó al suelo. El puñetazo había sido demasiado rápido y no se lo esperaba.

—¡Estoy harto de tus estupideces! —Rick se frotaba los nudillos enérgicamente—. Si vuelves a llevarme la contraria en esto, te rompo la cara.

Susan se abalanzó sobre el militar y le rodeó con los brazos mientras Rylan corría junto a su hermano.

—Ya basta, Rick —le reprendió Susan mientras le apartaba de Nelson como podía—. Ésa no es forma de hacer las cosas.

—¿Te has vuelto loco? —Rylan estaba visiblemente asustado.

Rick se calmó, no sin esfuerzo, y Susan retiró el abrazo con que le mantenía quieto en el sitio. Luego se fue

hasta la runa de activación y recogió el sello. La niebla se fue disipando rápidamente hasta desaparecer sin dejar rastro. Los pilares dejaron de girar y descendieron lentamente hasta tocar de nuevo el suelo. Rick guardó el sello en su mochila y se la echó a la espalda.

Nelson se incorporó con la ayuda de su hermano hasta quedar sentado en el suelo. Su mano se empapó de sangre cuando se la pasó por el labio mientras lanzaba a Rick una mirada furiosa, cargada de odio.

—¿Te duele? —interrogó Rylan, preocupado.

Nelson se sacudió de encima la mano que su hermano tenía puesta sobre su brazo y se levantó. Se giró sin decir

palabra y salió de la habitación con paso airado.

—No tenías por qué pegarle. —Rylan miró a Rick decepcionado y se fue tras su hermano.

—Deja que se vaya —le dijo Susan cuando Rick hizo ademán de contestarle —. Por ahora es lo mejor. Déjales solos un rato a ver si se calman los ánimos un poco.

—Lo hice por su bien. Si hubiese entrado ahí...

—Lo sé. Intenté convencerle yo también, aunque utilizando un método diferente.

—Ya. No debería haberle golpeado —admitió, sintiéndose avergonzado—. Pero es que me sacó de quicio. Escucha,

tenemos que avisar a Jack. No creo que a mí me haga caso.

—Ya es de noche. Habrá que esperar a mañana. Creo que lo mejor es que yo intente hablar con ellos.

—De acuerdo —aceptó Rick, esperando no tener que ver más a Nelson en el resto de la noche—. Acamparemos aquí y mañana solucionaremos todo este lío. Dormiré en la sala contigua.

Susan se fue en pos de los dos hermanos y Rick se alegró de quedarse solo al fin. No sabía cómo debía sentirse respecto a haber golpeado a Nelson. Desde luego no era la solución más elegante, y si algo lamentaba profundamente era haber disgustado a

Rylan; juraría haber visto auténtico miedo en sus ojos cuando le asestó el puñetazo a su hermano. El pequeño era un poco molesto y su desmedido entusiasmo ponía a prueba su paciencia en algunas ocasiones, pero era una buena persona y en el fondo le caía bien, cosa que no podía decir del hermano mayor. El tío era un cretino y se tenía bien merecido el golpe. Se había sentido bien al dárselo. Fue como sacarse una astilla que tenía clavada, y eso era precisamente lo que le preocupaba. Disfrutar pegando a otra persona, aunque fuera un completo idiota como aquél, le incomodaba de un modo que no comprendía totalmente. De todas maneras, no había tenido alternativa, ya

que no podía dejar que entrase en la Niebla. Rick llegó a la habitación de al lado convencido de haber obrado correctamente.

Extendió su saco de dormir en el suelo, se metió dentro y cerró los ojos. El sueño no resultó fácil de conciliar en absoluto. Estuvo horas dándole vueltas a todo lo que no comprendía de cuanto le había sucedido en las últimas semanas. Puso todo su empeño en concentrarse en algo distinto, algo que le permitiera relajarse lo suficiente para que el sueño se fuese apoderando gradualmente de él, hasta que finalmente lo consiguió.

Un ruido seco le despertó. No sabía cuánto llevaba dormido, pero a juzgar por el cansancio que notaba en todo su

cuerpo no podía ser demasiado. Se sentó en el saco de dormir y aguzó el oído. Una sensación de alerta latía con fuerza en su cabeza.

Escuchó un zumbido creciente desde el otro lado de la pared.

—¡El portal! —gritó desembarazándose del saco de dormir.

Rick miró en círculo a su alrededor impulsado por una horrible sospecha. ¡Su mochila no estaba! Y dentro guardaba el sello que activaba el portal. Esperando con todas sus fuerzas estar equivocado, salió tambaleándose al pasillo. Sus ojos se negaban a funcionar a pleno rendimiento, protestando por el insuficiente descanso del que habían disfrutado. Recorrió el pasillo

arrastrando una mano por la pared mientras se frotaba los ojos con la otra.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Rylan con voz temblorosa, aproximándose por el pasillo.

—¡Es el portal! —dijo Susan, que venía un paso por detrás del pequeño científico.

Rick agarró el pomo de la puerta, que daba a la sala donde estaba el portal, e intentó abrir.

—¡Maldita sea! Está cerrada por dentro.

El zumbido se apagó en ese momento.

—¡Derríbala! —le gritó Susan—. La Niebla está a punto de aparecer.

Consciente de que no había tiempo que perder, Rick se echó hacia atrás y

arremetió con el hombro por delante. El impacto le dejó sin aliento. La puerta se combó hacia dentro pero resistió.

—¡Nelson! ¡No lo hagas! ¡No entres ahí! —gritó Rylan, desesperado. Golpeaba la puerta con los puños y no dejaba de soltar leves sollozos.

Rick dio un paso atrás otra vez y descargó una patada con la planta del pie, justo al lado del pomo. Se escuchó un crujido y la puerta se abrió. Los tres entraron corriendo en la habitación.

Los pilares estaban girando, suspendidos en el aire, y la pequeña nube de Niebla se encontraba en el medio una vez más. Llegaron demasiado tarde para impedirlo. Reconocieron perfectamente la silueta de Nelson, a

pesar de estar de espaldas a ellos, en el preciso instante en que se introducía en la densa y oscura bruma.

—¡Nelson, no! —Rylan corrió hacia su hermano y Rick no tuvo más remedio que tirarse sobre él para placarle.

Unos grisáceos jirones de niebla se retorcieron por la espalda de Nelson, haciendo desaparecer partes aisladas de su cuerpo. Lo último que vieron de él fue su pelo rubio deslizándose entre lenguas de humo.

Rylan profirió un grito desgarrador y Rick tuvo que recurrir a todas sus fuerzas para mantenerle en el suelo. Su pequeño cuerpo se sacudía con tanta violencia que sus brazos escaparon del abrazo con que le tenía aprisionado.

Rylan siguió gritando y moviéndose como si estuviera poseído. Le dio varios codazos al militar, que no dejó de sujetarle.

—Ya no podemos hacer nada por él. —Susan le intentó sujetar la cabeza—. No puedes ayudarle. Lo siento.

—¿Tienes algún calmante? —preguntó Rick entre jadeos—. Si sigue así se hará daño, y no voy a poder sujetarle eternamente. Agárrale el brazo.

Susan negó con la cabeza. Rylan seguía chillando completamente fuera de sí. Su voz tenía un tono histérico y su cara estaba desencajada por el dolor. Los párpados se habían vuelto blancos de la fuerza con que los mantenía cerrados. Le sujetaron durante lo que se

les antojó una eternidad hasta que acabó sollozando sobre el suelo, totalmente exhausto.

Con sumo cuidado, Rick fue relajando la tensión de sus músculos. Estaba tumbado sobre el científico, y poco a poco se quitó de encima y se sentó a su lado. Miró a Susan en busca de ayuda; no se le ocurría nada que decir. Él no tenía hermanos, y apenas mantenía contacto con sus padres antes de la Onda, así que no estaba precisamente en la mejor de las posiciones para ofrecer consuelo a alguien que acababa de perder a un familiar.

La respiración de Rylan se fue normalizando poco a poco. Abrió los ojos y se levantó apoyando las manos

contra el suelo. Parecía desorientado y tenía la mirada perdida.

—Lo siento mucho —le dijo Susan acariciándole el pelo. Él no dio muestras de notar su contacto.

—El sello estaba en tu mochila —dijo con voz distante, sin despegar los ojos del suelo—. ¿Cómo es posible que lo cogiera mi hermano?

—Debió entrar en mi habitación mientras dormía —reflexionó Rick—. No me di cuenta. Yo también lo siento.

—Voy a ir a buscarle.

—No puedes hacer eso. —Rick lanzó una mirada cargada de preocupación a Susan—. Tú también te perderías ahí dentro. Nadie ha regresado jamás de la Niebla.

—Tú sí —repuso, obstinado.

—Era una niebla distinta. Este portal es diferente del que yo atravesé. Necesitamos averiguar por qué no hay ninguna luz.

—Te prometo que encontraremos la forma de llegar al otro lado, Rylan —dijo Susan—. Pero necesitaré que me ayudes. Sin ti no daremos con la solución.

Su voz pareció ejercer un efecto tranquilizador sobre el científico, quien despegó los ojos del suelo y la miró a la cara. Su expresión era la de quien lucha por no desmoronarse.

—Te ayudaré —afirmó con seguridad —. Atravesaremos ese portal y averiguaremos qué está ocurriendo de

una vez por todas.

Rick se puso de pie y Susan lo imitó. Rylan gateó por el suelo como si estuviese buscando algo. Los dos le miraron extrañados.

—He perdido mis gafas —explicó mientras daba vueltas en círculo.

—Están aquí. —Rick las recogió del suelo a dos metros de donde estaba agachado Rylan. Las había visto salir volando durante su forcejeo—. Toma. No están rotas.

Rylan las cogió y se las puso de nuevo. Se las ajustó sobre el puente de la nariz, colocándolas varias veces, como si estuviese buscando la posición ideal. Cuando se encontró cómodo con la montura retiró la mano y les miró a

ambos, aún de rodillas. Su tez se iluminó repentinamente y esbozó una mueca de asombro. Su boca se entreabrió pero no llegó a decir nada. Alzó el brazo, con el dedo índice extendido y les señaló.

—N-Nelson —logró decir, tartamudeando.

Rick comprendió que no les estaba señalando a ellos, sino a algo que estaba a sus espaldas. Se giró sobre sus talones y vio una sombra entre la Niebla. Se movía de forma extraña y no se podía distinguir del todo, pero era sin duda la silueta de un ser humano. La sombra parecía girar sobre sí misma y Rick creyó ver un destello donde adivinaba que estaban sus manos. Una parte de la

figura asomó entre la bruma y los tres distinguieron un pie para verlo desaparecer entre el manto grisáceo un segundo más tarde.

—Es mi hermano —gritó Rylan, triunfal, y se puso de pie—. Ha vuelto.

La silueta detuvo su errático movimiento; al parecer había escuchado el grito. Sus bordes se recortaron perfectamente. Estaba justo al borde de la Niebla y Rick pudo distinguir su contorno con claridad.

—No es Nelson —anunció. Alargó la mano izquierda y la puso sobre el pecho de Rylan con gesto protector. Con la mano derecha sacó la espada y dirigió sus llamas hacia la Niebla—. Es demasiado alto. Todos atrás.

Permanecieron donde estaban, ignorando la orden y sin apartar la vista de la Niebla.

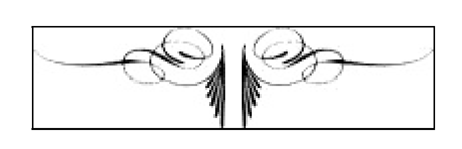
El pie emergió de nuevo de entre el humo y luego le siguió el resto del cuerpo. Un hombre alto y muy delgado apareció de repente. Su alargado cuerpo se tambaleó un poco, de un modo que recordaba vagamente los movimientos de un borracho. Agitó las manos y pareció sorprenderse al no reconocer dónde se encontraba. El desconocido se retiró el pelo moreno y despeinado de la cara y dejó a la vista unos ojos azules apagados y una nariz desproporcionadamente grande.

—No, Rick. ¡Detente! —gritó Susan, atemorizada.

Pero ya era demasiado tarde.

Se había abalanzado contra el desconocido con la espada fuertemente agarrada con las dos manos.

CAPÍTULO 17



La práctica de comparar dos personas u objetos, de similares características, con dos gotas de agua para expresar que son iguales inducía a uno de los errores más comúnmente cometidos, dado que no existían dos gotas de agua idénticas. Las diferencias eran siempre numerosas y se podían apreciar en infinidad de detalles, tales como el tamaño o la

forma. Algo más cerca de la verdad hubiera sido sugerir que las dos gotas de agua parecían iguales a la vista.

Sin embargo, no todos los ojos están dotados de la misma capacidad de observación. Los de los ángeles, sin ir más lejos, enviaban una cantidad de información al cerebro muy superior a la que enviaban los de los Menores, permitiéndoles acceder a un número mucho mayor de detalles y matices acerca del entorno. De ese modo, los ángeles, y por supuesto también los demonios, eran conscientes de que no existían dos objetos iguales en toda la creación.

Esta regla tan sencilla y fácil de comprender contaba con una sola

excepción. Ningún ojo, ni siquiera con la ayuda de los demás sentidos, era capaz de diferenciar a los dos ángeles que Asius contemplaba ensimismado en esos momentos.

Las espadas chocaron, se retiraron y volvieron a buscar la forma de superarse mutuamente y alcanzar a su oponente. Las llamas que envolvían el filo de sus hojas dejaban una estela anaranjada al rasgar el aire. Un leve silbido acompañaba sus desplazamientos, indicando a un oído experimentado la velocidad de su movimiento y su localización.

—Ver a los Gemelos entrenándose siempre me ha parecido uno de los espectáculos más impresionantes que

existen —comentó Zaedon mientras sus ojos seguían los ardientes trazos que las espadas dibujaban en el aire.

Asius asintió en silencio sin apartar la mirada de la sublime escena de lucha que contemplaba maravillado. El resplandor de los destellos y de los fogonazos se reflejaba en su melena pelirroja.

Las espadas chocaron de nuevo y un destello azulado iluminó momentáneamente a los contendientes. Los dos tenían las alas extendidas, desempeñando un papel indispensable en las posiciones de combate que empleaban. Al haber perdido la capacidad de volar, sus coreografías de lucha tuvieron que ser revisadas,

excluyendo los movimientos que exigían el vuelo para su realización, pero las alas seguían siendo necesarias para equilibrar el centro de gravedad en ciertas posturas corporales, que de otro modo hubieran sido imposibles de adoptar.

Los Gemelos se estaban batiendo en una de sus sesiones de entrenamiento. Eran de la opinión de que no había mejor manera de progresar que intentar superarse a uno mismo. La Sala de Prácticas era una de las secciones con las que contaba la Escuela. Se llegaba hasta ella ascendiendo por un Conducto y estaba compuesta por más de cinco mil plataformas diferentes suspendidas a diferentes alturas. Menos de la mitad de

ellas eran accesibles mediante pasillos colgantes, tendidos por los Moldeadores después de la Onda. El resto de plataformas permanecían sin utilizar, dado que otras partes del Nido gozaban de mayor prioridad a la hora de ser restauradas. Éste era un ejemplo más de cómo la Onda había afectado al entorno de los ángeles cuando el fenómeno les arrebató la facultad de volar.

Todas las Salas de Prácticas contaban con el mismo diseño. La única diferencia entre ellas era su tamaño y capacidad. Una plataforma central flotaba a la altura más baja. No tenía paredes ni techo, y en el centro se disponía de un área redonda delimitada por un círculo, que era donde tenían

lugar los combates. Cerca del círculo había una simple silla destinada al Sanador, sin el cual no se podía realizar ninguna sesión. A unos tres metros de altura estaban suspendidos los pequeños discos de observación rodeando la zona de entrenamiento. Detrás de la silla del Sanador, y al borde de la plataforma central, una sucesión de piezas de mármol rectangulares colocadas cada una un poco más alta que la anterior, y sin que llegasen a entrar en contacto unas con otras, constituían los peldaños de una escalera por la que se ascendía hasta el primer disco de observación. Desde ahí, hasta los demás, había que pasar por pasillos colgantes que los unían a todos formando un enorme

anillo.

Los Gemelos siguieron danzando sobre el campo de entrenamiento en una pelea que no parecía posible que concluyera jamás. Sus movimientos eran los mismos, sus fintas, sus ataques y sus paradas se sucedían en el mismo orden y producían en el espectador la sensación de ver a un solo ángel enfrentándose a un espejo. Se separaron unos metros el uno del otro y trazaron un semicírculo de fuego en el aire con idéntica perfección. Los llameantes arcos surcaron el espacio que había entre los dos, buscando a sus respectivos objetivos, y chocaron a mitad de camino desvaneciéndose en una explosión de fuego. A partir de ese momento,

abandonaron la simetría. Uno de los Gemelos atacó mientras el otro se defendía. El atacante retrocedió de un salto, dibujó una nueva línea de fuego con los pies aún en el aire y las llamas salieron disparadas cuando aterrizó suavemente sobre el suelo. El defensor reaccionó con la velocidad del pensamiento y escondió las alas al tiempo que se agachaba. La curva de fuego pasó por encima de él sin tocarle y al llegar al límite circular del área de combate se deshizo en un destello. Unas ondas circulares se propagaron por la barrera de protección que cubría el escenario de la pelea como una bóveda. Se trataba de una medida de seguridad que atendía a dos necesidades básicas:

por un parte aislaba a los combatientes, para que los espectadores no corriesen peligro alguno, y por otra impedía que los entrenamientos tuvieran lugar sin contar con la presencia de un Sanador, ya que estos últimos eran los únicos que podían activar o desactivar la barrera protectora.

—Su compenetración es casi imposible de creer —comentó Asius desde el disco de observación.

—No creo que les guste abandonar el Nido —dijo Zaedon con gesto reflexivo.

Asius no pareció advertir el comentario de su acompañante. Sus ojos brillaban con un atisbo de admiración al ver en acción a los Gemelos.

La sesión estaba a punto de finalizar.

El círculo de entrenamiento estaba repleto de líneas de fuego que formaban todo tipo de runas. Pronto se quedarían sin espacio para maniobrar. Habían llegado cuando el entrenamiento ya había comenzado, pero tras analizar detenidamente algunos de los símbolos, Asius supo que llevaban un buen rato peleando.

Tras una serie rapidísima de ataques y paradas, el Gemelo que llevaba la iniciativa en ese momento alcanzó con la punta de su espada al otro, abriéndole un profundo corte en el brazo, desde el hombro hasta el codo. Entonces se detuvieron. El Sanador alargó el brazo y su mano brilló con un halo blanquecino. La extremidad herida se iluminó durante

unos segundos y, cuando la luz se retiró, no quedaba ningún rastro del corte que había sufrido. Incluso la ropa estaba como nueva. Los Gemelos guardaron sus espadas.

—He terminado —anunció uno de ellos.

El Sanador hizo un gesto con la mano y la barrera protectora se disipó silenciosamente. Luego transformó el gesto en otro más rápido y más complicado, y las líneas de fuego que aún permanecían en el aire desaparecieron. Los Gemelos salieron del círculo caminando uno al lado del otro con pasos perfectamente acompasados y ocultaron sus alas al mismo tiempo.

—Gracias por la sesión —le dijo al Sanador uno de los Gemelos.

Por su frente resbaló una gota de sudor que trazó una curva alrededor de la mejilla y llegó hasta la barbilla. Un rastro de sudor idéntico se apreciaba en el otro Gemelo. Medían dos metros de altura y tenían el pelo largo y rubio. La piel estaba ligeramente tostada y los ojos eran de un color verde brillante. Sus rostros eran delicados y serios al mismo tiempo, muy propensos a no exteriorizar emociones. Siempre vestían con colores sencillos, dejando los brazos al desnudo. En esta ocasión llevaban una túnica clara, sin mangas, ceñida al pecho. Un cinturón plateado la mantenía fija a su cintura y desde ahí

caía hasta los tobillos, mostrando una abertura entre las piernas. Las únicas prendas fijas, que nunca se quitaban, eran dos sencillos brazaletes que llevaban alrededor de sus muñecas y que ascendían por la parte exterior del antebrazo hasta el codo.

—Veo que te conservas en plena forma —les dijo Asius bajando por los flotantes peldaños de mármol.

Ya había tratado con los Gemelos en alguna ocasión y sabía que no había razón para dirigirse a ellos como si se tratara de dos personas diferentes. De todos modos, estaba el inconveniente añadido de que no habría sido capaz de felicitar al que había infligido la herida. Todo el que se relacionaba con ellos las

primeras veces se quedaba desconcertado. No era posible en modo alguno distinguirlos. Hasta el detalle más pequeño era idéntico en ambos ángeles: la voz, la ropa, el movimiento corporal, todo era igual. Y no era lo único que compartían, pues ambos eran, a todos los efectos, un único ángel. Hablaban de sí mismos en primera persona y nunca se sabía cuál de los dos era el que iba a contestar en un momento dado. Incluso respondían ante el mismo nombre: Yala.

—Aún debo mejorar, pero gracias de todos modos, Consejero. —Los dos Gemelos inclinaron la cabeza al mismo tiempo en gesto de agradecimiento.

—Tengo una misión para ti —dijo

Asius—. Te necesitamos con urgencia.

Yala frunció los ceños y le miró intrigado.

—Te escucho —dijo uno de ellos.

—Supongo que sabes que los Caídos han capturado a Diago —explicó Asius dirigiéndose al único que había hablado hasta el momento. Los Gemelos asintieron—. Bien, vamos a ir en su busca y cuento contigo para que me ayudes.

—Eso implica abandonar el Nido —declaró secamente el otro. Asius se volvió hacia él—. Nunca he estado en la Tierra. Es posible que te sea más útil contar con la ayuda de alguien que ya haya estado allí.

—Por eso no te preocupes. No iremos

solos —le aclaró—. Es tu fuerza y tu destreza lo que preciso para salvar a nuestro amigo.

—En ese caso, cuenta conmigo —fue la escueta respuesta de Yala.

—Excelente. No dudaba de tu valor —dijo, satisfecho—. Ahora debemos ir al Umbral. Van a probar el Escudo de la Ciudadela y quiero estar presente. Después abandonaremos este plano y buscaremos a Diago.

Asius saludó al Sanador y fue hasta el borde de la plataforma, extendió sus alas y descendió planeando por el aire del Conducto. Zaedon y Yala aterrizaron poco después que él y le siguieron. Los Gemelos avanzaron en silencio uno al lado del otro.

Nadie conocía con exactitud el alcance del especial vínculo que les unía, pero no cabía duda de que transcendía del mero aspecto físico. Los Gemelos no habían ofrecido explicación alguna a nadie al respecto y habían dejado muy claro que no les gustaba hablar de ese tema. En una ocasión alguien insistió, más de lo que Yala consideró aceptable, acerca de lo conveniente que sería que adoptasen las medidas necesarias para poder ser identificados por los demás, vistiendo de distinto modo y usando diferentes nombres. Fueron necesarios diez ángeles para evitar que los Gemelos le demostraran al entrometido hasta qué punto discrepaban de esa opinión.

Después de aquello, nadie volvió a insinuar jamás nada semejante, al menos en su presencia.

Se encontraban en la segunda esfera del Nido, donde estaba la Escuela. La Ciudadela estaba en el Umbral, en la primera esfera, así que para llegar hasta allí se dirigieron a los Orbes, que eran el único modo de viajar entre las siete Esferas del Nido.

Los Orbes eran un elemento singular en la creación, el único que ni siquiera los ángeles comprendían. Ni los Viajeros ni los Moldeadores tenían acceso a sus secretos. Ambos podían activarlos y desactivarlos, pero ahí terminaban sus conocimientos acerca de su funcionamiento. El gran secreto que

ocultaban consistía en que los Orbes eran la única forma de materia o energía conocida que existía en dos lugares diferentes en el mismo instante de tiempo, de ahí que permitieran viajar de una esfera a otra.

Los Moldeadores podían alterar cualquier parte del Nido, excepto los Orbes, los cuales existían desde el inicio de la Creación. Cuando la primera generación de ángeles pobló las siete Esferas, los Orbes ya estaban allí. Fueron obra del Viejo, y nunca reveló a nadie sus secretos. De hecho, un Moldeador intentó investigar su esencia en una ocasión contraviniendo una orden del Viejo y su castigo sirvió de ejemplo para que nadie volviese a sentir ese tipo

de curiosidad en el futuro.

Asius se detuvo y esperó a Zaedon y a Yala, que le seguían algo rezagados. Un globo esférico de tres metros de altura descansaba en el centro de un pequeño y apacible lago. Los tres caminaron sobre el agua hasta llegar al Orbe. Unos silenciosos rayos surcaban su superficie a intervalos regulares, señalando que estaba activo. En su interior se distinguía una imagen distorsionada del interior de la Ciudadela, como si se mirara a través de un cristal mojado.

El Consejero fue el primero en penetrar en el Orbe, y sintió que algo líquido se deslizaba sobre él. Cerró los ojos durante un segundo y cuando salió por el otro lado la imagen distorsionada

se había vuelto real: estaba en la Ciudadela, concretamente en el segundo nivel. A su espalda, Zaedon y Yala salieron del Orbe poco después. Ninguno de ellos estaba mojado.

—La prueba del Escudo está a punto de comenzar —declaró Asius mirando hacia arriba—. Démonos prisa.

El Conducto central estaba situado en el centro de la Ciudadela al nivel del suelo. Lo habían desactivado para la prueba, ya que se encontraba justo debajo del único edificio que flotaba en el quinto y más alto nivel de la ciudad, y por tanto ofrecía un punto ideal desde el que evaluar el despliegue del Escudo. Allí les esperaban Ergon y Diacos. Los dos Justos estaban dentro del cuadrado

desde el que normalmente se ascendía a los niveles superiores. Las cuatro estatuas en forma de alas, que se alzaban en las esquinas de la base del Conducto central, tenían las plumas caídas apuntando al suelo, no hacia el exterior del cuadrado como cuando el Conducto estaba en funcionamiento.

Una ola de agitación invadió a Asius mientras se acercaban a los Justos. La incertidumbre flotaba en la atmósfera de la Ciudadela como una bruma espesa. El Consejero sabía que se debía a la búsqueda exhaustiva que se estaba llevando a cabo para dar con el demonio que se había infiltrado haciéndose pasar por Diago. Había pensado en aquel suceso hasta que le dolió la cabeza, pero

no logró encontrar un motivo razonable para justificar un plan con tan, aparentemente, pocas posibilidades. ¿Qué esperaban conseguir introduciendo un solo demonio en el Nido? No tenía sentido. Se imaginó a sí mismo en medio de miles de Caídos, oculto en algún lugar, esperando... ¿A qué? Decidió no darle más vueltas. Sólo era cuestión de tiempo que dieran con él y ahora rescatar a su amigo era lo único que le preocupaba.

—Bienvenido, Consejero —le saludó Diacos. El Héroe parecía alegrarse de verle. Ergon se limitó a levantar una mano con desgana—. Al fin podré hablar con alguien. No sé si Ergon me perdonará el haber votado a favor de

esta prueba —dijo muy alto, con la clara intención de que éste le oyera.

—¿Cómo estás, Yala? —saludó Ergon, haciendo caso omiso de los comentarios del Héroe y acercándose a los Gemelos. Diacos y él formaban una extraña pareja cuando el tercer Justo, Renuin, no estaba con ellos. Ergon era la personificación de la seriedad; el Héroe, sin embargo, se expresaba de manera mucho más informal y distendida, tal y como Asius había llegado a descubrir desde que le enviase a Zaedon para ayudarle.

—Muy bien, Ergon —respondió uno de los Gemelos con su habitual tono neutro.

—Saludos, Diacos —le dijo el otro Gemelo al Héroe, en el mismo tono.

Yala estrechó las manos de ambos Justos al mismo tiempo, y luego se quedó al lado de ellos en silencio. Zaedon se deslizó con su habitual sigilo y se plantó al lado de su señor. No saludó ni fue saludado. Asius apreció con un atisbo de satisfacción que el silencioso comportamiento del ayudante no tenía nada que ver con él. Era así con todo el mundo. El Héroe no reaccionaba ante su presencia, denotando estar acostumbrado a que su ayudante siempre estuviera a su alrededor sin producir el más leve sonido. Al Consejero le había sorprendido al principio, pero se acostumbró enseguida, aunque en alguna ocasión se había sobresaltado al verle a su lado cuando hubiese jurado que

estaba solo.

—Esperemos que esto merezca la pena —comentó Ergon muy serio, acercándose a donde estaban Asius y Diacos—. No me agrada malgastar nuestros recursos.

—Nos permitirá averiguar si la Onda ha afectado al Escudo —contestó el Consejero en tono casual. Intentaba restarle importancia al asunto. Lo que menos le apetecía ahora era enfrentarse una vez más con el Justo.

—Tampoco es para tanto —dijo Diacos alegremente. En ese momento, Asius comprendió que el reproche de Ergon no iba dirigido a él, sino al Héroe. El Justo no estaba acostumbrado a que Diacos votara en su contra. Sin

duda debía haber supuesto una fría sorpresa para él. En cambio, con Asius sabía a qué atenerse desde un principio —. El retraso no será tan grande, ya lo verás.

—Será de al menos una semana —atajó Ergon—. Aunque tuvimos que retirar a gran parte de los que estaban investigando el declive de la armonía del Nido, Renuin sigue allí, en la cuarta esfera. Ya no cabe duda alguna de que es su estancamiento lo que está alterando el equilibrio de nuestro plano. También han confirmado que los demás planos se ven igualmente afectados. Estamos ante un problema que amenaza toda la existencia. No me consuela perder el tiempo con esto.

—¡Una semana! —Diacos le habló con el tono de quien quiere aparentar que está suplicando—. Te aseguro, querido amigo, que después de esto contarás con todo mi apoyo. Es posible reducir la semana a unos días. Si detenemos la restauración de algunas partes del Nido podemos destinar a los Moldeadores a la investigación.

—Tampoco es un gran consuelo. Estás pasando por alto el último informe de Renuin. Nuestras primeras estimaciones eran erróneas: el deterioro avanza más rápido de lo que creímos inicialmente. Debemos encontrar una solución cuanto antes. Además —su voz se endureció levemente a partir de este punto—, la otra fuente de información con la que

contábamos para explicar la Onda era Raven, y ahora se ha perdido en la Niebla. ¿No es así, Asius?

Esta vez el reproche sí era para él. El Consejero no podía esperar que Diacos le ayudara con esa cuestión como había hecho con la prueba del Escudo. Él estaba al mando de la captura del Menor y la responsabilidad era suya.

—Una lamentable consecuencia por la que debo disculparme. —No se le ocurrió nada más que decir. No era su estilo eludir responsabilidades y hacerlo, o intentarlo, sólo serviría para enfurecer más a Ergon, y con razón.

—Raven era, posiblemente, parte de la clave de todo esto. La Onda, la desaparición del Viejo y la presencia de

un Menor en el Nido, en la Morada concretamente, sucedieron al mismo tiempo. ¡Un Menor en la Morada! Es prácticamente imposible de creer. Pero ahora ya no tendremos ocasión de averiguar qué sabía. Lo único que nos queda hasta que el Viejo regrese es la investigación que está llevando a cabo Renuin.

Asius permaneció en silencio. La exposición de Ergon acerca de Raven era correcta y él más que nadie lamentaba su pérdida.

—Verás como todo se arregla —intervino Diacos—. Sólo ha sido un leve contratiempo. Hay que reconocer que no contábamos con la aparición de un demonio. —Asius se quedó asombrado

por la inesperada ayuda que le brindaba el Héroe—. Nunca habían podido salir del Agujero. A pesar de que la Onda modificó las puertas del Infierno no nos habíamos topado aún con ellos. ¡Y Nilia, nada menos! Ella no es precisamente una cualquiera.

—Gracias por la aclaración. No habría caído en eso yo solito —gruñó—. Al fin entiendo por qué uno de nuestros Custodios está en manos de los Caídos y un condenado demonio está aquí, oculto en alguna parte. —Ergon levantó la mano bruscamente con gesto airado y se alejó.

—Se le pasará, no te preocupes —aseguró Diacos—. Le has pillado en un mal momento, nada más.

—Lo dudo. —Asius sacudió la cabeza sin convencerse—. Por desgracia, tiene sus razones para estar inquieto.

Un sonido ascendente se originó sobre sus cabezas y se prolongó durante varios segundos. El Consejero vio cómo todos alzaban la vista hacia las alturas, excepto uno de los Gemelos, y terminó por imitarlos. El sonido provenía del edificio que flotaba justo encima de sus cabezas, la Torre, el único que había en el quinto nivel. En su interior estaban reunidos cien ángeles totalmente exhaustos, quienes habían empleado hasta la última gota de sus fuerzas para completar el ritual que activaba el Escudo. En la base de la Torre, que era lo único que Asius y su grupo

alcanzaban a ver desde su posición, brillaba intensamente la runa que servía para identificarla. El sonido aumentó un poco más y murió con un estruendo grave y corto, similar al que haría una montaña si cayese sobre el suelo, que retumbó por toda la Ciudadela. Era un ruido que sólo se había escuchado una vez en toda la existencia, la única vez que el Escudo se había probado tras su creación después de la Guerra. Eso había sucedido hacía milenios.

Asius vio que la base de la Torre comenzaba a girar, muy despacio al principio, pero ganando velocidad progresivamente mientras el brillo de la runa cobraba más intensidad. En pocos segundos el símbolo se convirtió en una

mancha luminosa debido a la tremenda velocidad de giro. La energía del Escudo empezó a manar de la Torre. Se mostraba a la vista como si un líquido de tono amarillento cayese sobre la Ciudadela lentamente, cubriéndola poco a poco. El Escudo fue descendiendo sobre los diferentes niveles, como si resbalase sobre una cúpula invisible. El ambiente de la ciudad fue cambiando perezosamente conforme avanzaba la poderosa barrera, tornándose más cálido. Pasados unos segundos, llegó hasta el plateado muro exterior de la Ciudadela y se fundió con él. La ciudad quedó cubierta por una bóveda dorada de energía que hacía imposible penetrar en su interior.

Asius lo contempló reconfortado, sintiendo cómo le recorría una ola de seguridad. Él no era ningún experto, pero hubiera apostado las alas a que todo había funcionado a la perfección. La prueba había sido un éxito.

El nacimiento del Escudo estaba íntimamente ligado a la Guerra, y era, por tanto, un triste episodio en su historia. Poco después de ganar en la lucha contra Satán y los Caídos, la seguridad pasó a ser un motivo de preocupación. Los Moldeadores presentaron una propuesta ante el Consejo para mejorar las defensas de la Ciudadela, dado que era el punto de acceso al resto de las Esferas. El Consejo estudió la viabilidad del

proyecto y estuvo de acuerdo en su realización. Su diseño original, en forma de bóveda, era producto de estar pensado para rechazar enemigos que pudiesen volar y, por consiguiente, atacar desde cualquier dirección. Lógicamente, nadie podía prever que la Onda suprimiría esa posibilidad. Aun así, el Escudo reforzaba todavía más el muro exterior, y después de la sorpresa de verse enfrentados a una guerra, nadie podría estar seguro de que no surgieran otros modos de superar el muro que permitiesen atacar desde las alturas. El Viejo no vetó el proyecto del Escudo, pero se mantuvo indiferente a este respecto, y el Consejo autorizó a los Moldeadores a crearlo. Les llevó tres

siglos completarlo y la Ciudadela sufrió varias adaptaciones, de las cuales las más significativas fueron la creación de un quinto nivel, para la Torre, y la eliminación de algunos edificios flotantes del tercer nivel, que excedían la zona que abarcaba el Escudo.

—Espero que estés satisfecho, Consejero —dijo Ergon acercándose a donde estaban Asius y Diacos.

—Por supuesto —contestó—. La prueba no podía haber ido mejor. Me alegra ver que la Onda no ha interferido en el Escudo.

—Ya podemos estar todos aún más tranquilos —comentó Diacos—. La Ciudadela es absolutamente inexpugnable.

—No se hubieran atrevido a atacar de todos modos. —El enfado de Ergon se había diluido ligeramente—. Sería un suicidio. Ya fueron derrotados atacando desde dentro y el Viejo les negó el don de la curación. No hay Sanadores entre los Caídos. —Su voz rebosaba de orgullo. Ergon era un Sanador y consideraba, no sin razón, la curación como un importantísimo factor en todos los aspectos—. Nuestros Sanadores son un seguro mayor que cualquier sistema de defensa.

—Y además son menos que nosotros —le secundó el Héroe—. Bueno, ya sólo resta esperar a que se recuperen los que han activado el Escudo y podremos centrarnos en retomar nuestras

investigaciones.

—Tardarán varios días. He pensado en tu sugerencia de emplear a los Moldeadores para ganar tiempo y creo que es acertada. Cuanto antes averigüemos cómo detener la amenaza que originó la Onda, antes podremos dedicarnos plenamente a devolver a los demonios al Agujero, que es donde les corresponde estar. Espero que no tengas más sugerencias que nos retrasen, Asius.

—No las tengo —mintió. Si de él dependiese, emprenderían como poco dos acciones más que consideraba indispensables. Una era reunir a sus fuerzas en el Umbral, ya que no le agradaba la idea de que la población estuviera desperdigada entre las demás

esferas si les atacaban, pero sabía que Ergon preferiría cortarse las alas antes que retrasar más sus planes. La otra ni la mencionaba porque ya había encontrado la forma de llevarla a cabo. Además, en algo estaban todos de acuerdo: la Ciudadela era verdaderamente inexpugnable.

—Excelente. Encuentra a Diago, Consejero. Espero que continúe con vida. No quiero volver a oír mencionar un nuevo fracaso en la Tierra.

—Sé que está vivo. Le traeré de vuelta —prometió Asius.

—Suerte —le dijo Diacos.

Los Justos se marcharon tras despedirse. Yala y Zaedon le miraron expectantes.

—Voy a buscar a Vyns y nos iremos inmediatamente. Yala, consigue un Viajero. Zaedon, tú busca a Lyam; necesitaremos un Sanador. Nos reuniremos en la puerta de la Ciudadela.

—Un Sanador... Eso significa que esperas pelea —reflexionó Zaedon.

—¿Por qué crees que está Yala con nosotros? No me parece probable que cuando encontremos a Diago nos lo entreguen sin más. Me encantaría regresar con él sin que Lyam haya tenido que realizar una sola cura, pero no lo veo probable.

Asius les vio alejarse en direcciones opuestas. Cuando llegó al tercer nivel, Vyns le estaba esperando con expresión impaciente.

—¡Asius! ¿Nos vamos ya? —preguntó Vyns saltándose el saludo.

—Enseguida. Primero tenemos que hablar.

—Como quieras. Se me hace raro verte sin tu sombra.

—Le envié a buscar a Lyam. —A Asius le llevó un par de segundos entender a quién se había referido. Las alusiones a las sombras eran algo común entre los Observadores, que pasaban mucho tiempo entre los mortales, pero para los que apenas o nunca habían salido del Nido, no era intuitivo hablar de algo que no existía en su plano.

Entraron en una habitación y el Consejero cerró la puerta. Vyns iba a decir algo pero Asius lo impidió con un

gesto rápido de su mano. Su dedo índice se iluminó levemente y dibujó un símbolo en el aire; luego trazó un círculo alrededor de ellos.

—Es sólo por precaución. No quiero que nadie pueda oír lo que decimos —explicó. Vyns asintió—. ¿Está todo preparado? No podemos irnos si no es así.

—Tal y como pediste, aunque no ha sido nada sencillo. —Vyns estaba visiblemente inquieto—. Sabes que estoy contigo, Asius, pero no me gusta hacer cosas a espaldas del Consejo. Si nos descubren...

—No lo harán —le tranquilizó—. Están demasiado ocupados con la investigación de la cuarta esfera y Ergon

nunca considerará a los Caídos un verdadero peligro. De todas maneras, si lo descubren significará que yo tenía razón y, en ese caso, nada de todo esto tendrá mucha importancia.

—¿No consideras importante la investigación que tanto preocupa a los demás? —Vyns no terminaba de comprender las razones de Asius.

—Por supuesto que sí. Son vitales para nuestra supervivencia y para la de los Menores. La Onda y su significado deberían ser la única de nuestras preocupaciones. Y la desaparición del Viejo, claro está. Pero dime una cosa: ¿de qué nos valdría descubrir las respuestas a todo lo que puedas imaginar para luego perecer en una

nueva guerra contra los Caídos?

—Entiendo. —El Observador sacudió ligeramente la cabeza.

—Una última vez —insistió Asius—. Estoy confiando en ti, Vyns. No puedo ocuparme de todo en persona. Repítemelo. ¿Está todo dispuesto para sellar la Niebla?

—Tranquilo, todo está preparado. Me estás preocupando, Asius. Tú mismo has dicho que no puedes cargar con todo. Olvídate de ese asunto. Te garantizo que funcionará.

—Recuerda que no debemos comentar nada delante de Zaedon. Es el ayudante de Diacos y sería como informar directamente al Consejo. —Vyns hizo un gesto que daba a entender que no hacía

falta que se lo recordase—. Bien. Un peso menos. A partir de este momento se acabaron las tramas y las conspiraciones. Vamos a centrarnos en lo único importante. Vamos a recuperar a Diago.

—No podría estar más de acuerdo. Tengo que devolverle un beso a Nilia.

Asius no comprendió ese último comentario pero no lo consideró importante. Vyns se expresaba de modo un poco raro, incluso para un Observador. Disolvió la barrera acústica y fueron a reunirse con los demás.

Vyns era demasiado temperamental y sus ansias de venganza le venían muy bien en esos momentos, pero el

Consejero tomó buena nota de no dejar que cometiera una locura. Si se enfrentaba él solo a Nilia, tendría que rendir cuentas de un nuevo cadáver ante Ergon. De todos ellos, sólo los Gemelos podían medirse con ella. Consideró llamar su atención al respecto pero era mejor no desinflar su ego. En esos momentos le prefería cabreado.

Descendieron por un Conducto lateral y se dirigieron a la puerta de la Ciudadela.

—Una cosa más, Vyns. ¿Cómo va la búsqueda del demonio infiltrado?

—No puedes evitar preocuparte por todo, ¿verdad? —No era un reproche; más bien sonó como un comentario divertido—. Ya sabes que aún no hemos

dado con él. Lo último que supe es que estaban estudiando la posibilidad de que hubiera ido a otra Esfera a través de un Orbe. Odio admitirlo, pero sea quien sea sabe cómo ocultarse.

Eso no hacía sino alimentar los temores del Consejero. No se le ocurría cuál podía ser el objetivo de un solo demonio en el Nido, pero el modo en que habían logrado infiltrarlo y el evidente hecho de que estuviera preparado para esconderse de ellos demostraba una planificación previa y una preparación que no le gustaban lo más mínimo. No era una casualidad ni un golpe de suerte, sino un plan cuidadosamente premeditado y ejecutado a la perfección. Por no hablar

de la burla implícita en todo aquello. Era una afrenta que llevaba impreso el sello desafiante de los demonios. Eso era lo que más temía Asius, que el enemigo diera pruebas de estar pensando antes de actuar. Nunca se había parado a reflexionar detenidamente en cómo había afectado a los demonios su estancia en el Infierno. No sabían hasta qué punto podían haber cambiado. La imagen que tenían de los Caídos se correspondía con la de su comportamiento durante la Guerra, pero habían pasado ya varios milenios y era lógico suponer que algo habrían aprendido de su derrota. Con toda seguridad, ya no eran los mismos que conocieron.

Estaban todos esperándoles cuando llegaron a la puerta de la ciudad. Asius fue a hablar con el Custodio que estaba de guardia y les permitieron salir.

Durante el trayecto hasta la Niebla estudió al grupo con que contaba para aquella misión. Lyam y Vyns caminaban charlando animadamente. Eran los que más tiempo llevaban en la Tierra y los únicos que habían trabajado juntos con anterioridad. Detrás iba Zelae, el Viajero, quien sujetaba su enorme cetro con la mano derecha, manteniéndolo paralelo al suelo. Yala caminaba en último lugar sin hablar con nadie. Zaedon, como siempre, revoloteaba silenciosamente a su alrededor.

—Me sorprende ver a un Consejero

tomando parte activa en una operación de este tipo —comentó Zaedon rascándose su barba blanca.

—Recuerda que yo era antes un Custodio. —A Asius le resultó extraño el comentario, pues Zaedon casi nunca decía nada. Le consideraba un candidato perfecto para ser Observador—. No temas, sabré desenvolverme si la situación se pone fea.

—Oh, no me refería a eso. Naturalmente que estaba al corriente de tu anterior condición de Custodio. Tu ascenso fue un gran acierto por parte del Viejo. Y tampoco dudo de tu capacidad de liderazgo. Sólo me extrañaba que el Consejo consienta arriesgar a alguien tan valioso como tú. No es habitual que

un Consejero salga del Nido. Que yo sepa no ha ocurrido nunca.

—Éste es un caso especial. —Asius no pensaba darle la satisfacción de reconocer que estaba infringiendo una orden directa. Era evidente que Zaedon lo sabía, y se lo estaba haciendo ver con todo descaro. Ya se preocuparía a la vuelta de tratar con el ayudante. Por el momento no iba a delegar en nadie el rescate de su amigo. Seguiría sosteniendo que contaba con la aprobación del Consejo y así averiguaría hasta qué punto podía contar con Zaedon—. Tampoco había ocurrido nunca que tuviéramos que rescatar a uno de los nuestros del enemigo.

—Eso lo explica todo. —Zaedon

desapareció de su lado y se situó junto al Viajero.

Encontraron la Niebla tan impresionante como siempre. La inmensa pared de humo que rodeaba el Umbral se alzaba hasta la cúspide de la primera esfera. Era la barrera entre dimensiones y cruzarla era el único modo de pasar de un plano a otro. Sólo los Viajeros poseían el conocimiento necesario para señalar un puente entre los dos planos.

—Tu turno, Zelae —dijo Asius—. Llévanos a Londres.

—Ahora mismo, Consejero —respondió el Viajero.

Luego se aproximó a la Niebla, levantó el plateado cetro y lo apoyó en

el suelo. Hizo un gesto con la mano y el báculo se tornó dorado.

—Acercaos —dijo—. Entiendo que algunos no habéis viajado nunca a otros planos. —Asius estuvo a punto de explicar que él sí lo había hecho en una ocasión, pero se contuvo al recordar que nadie podía saberlo—. Sé que todos estáis al corriente de cómo se viaja, pero mi deber es repetíroslo. No debéis abandonar la luz de mi cetro, lo que significa que avanzaremos juntos y en calma. Estoy obligado a advertiros: si alguien sale de la luz se perderá para siempre en la nada. Es algo irremediable. Ninguna luz, salvo la que emana de los cetros de los Viajeros, es capaz de alumbrar el camino, así que no

os molestéis en intentarlo por vuestros propios medios. Moriríais. Si no hay preguntas, nos vamos.

El Viajero estudió los rostros del grupo en busca de alguna muestra de que sus palabras no se hubieran entendido. Nadie preguntó nada. Se acercaron todos y esperaron a que diera la señal. Zelae encaró la Niebla y avanzó hacia ella con paso resuelto. Cuando estuvo a punto de llegar al borde de la espesa bruma, ésta se retiró ante él. En ese momento se apreció que el dorado cetro irradiaba una luz que hacía retroceder a la Niebla. El Viajero prosiguió su camino y la Niebla fue apartándose con movimientos serpenteantes y retorcidos: se estaba formando un túnel a su paso.

Los demás le siguieron de cerca, manteniéndose dentro de la protectora luz del bastón.

A los pocos pasos, la Niebla se cerró a sus espaldas y quedaron rodeados por una nube de oscuridad. Era inevitable sentirse incómodo bajo aquel manto de negrura y silencio. El Nido era un plano en el que siempre había luz, en todo momento y lugar. Ni una sola sombra se proyectaba en sus dominios, provocando en los ángeles un rechazo natural a la oscuridad. No se trataba de miedo ni nada semejante, era, simplemente, una sensación de profundo desagrado. Únicamente los Viajeros estaban acostumbrados a vagar entre la oscuridad, y aun así lo hacían en

compañía de la luz que irradiaban bastones.

—Creía que era posible alumbrar el camino completo —dijo el Gemelo que iba en primer lugar. El otro estaba en la retaguardia y caminaba hacia atrás. Daba la impresión de que Yala no quería perderse ningún detalle.

—Manteneos juntos —insistió Zelae —. No somos un grupo numeroso, pero con las prisas no he podido traer un cetro mayor. Para alumbrar el camino en su totalidad son necesarios varios Viajeros. Se hace en caso de llevar a un número de ángeles demasiado grande para un solo cetro.

Enseguida estuvieron desorientados. Asius miraba de vez en cuando a su

alrededor y sólo encontraba una profunda oscuridad a la misma distancia en todas direcciones. Se sintió muy pequeño al comprender que no le era posible orientarse. Suponía que caminaban en línea recta, pero lo cierto era que si estuviesen dando vueltas en círculo no sería capaz de notar la diferencia. Sólo veía negrura envolviéndoles por todos lados.

—No entiendo cómo lograron cruzar la Niebla los Menores —reflexionó en voz alta Zaedon recordando al grupo de cien personas que había llegado al Nido hacía varias semanas. Dos Custodios los habían tomado erróneamente por demonios y los habían matado. Al ángel le pareció un error comprensible, ya que

él tampoco hubiera imaginado que los mortales fueran capaces de viajar entre dimensiones—. Si no recuerdo mal, no tenían ningún cetro, por no hablar de que es imposible que haya Viajeros entre los Menores.

—Fue a causa de la Onda —explicó Zelae—. No habíamos reparado en que al alterar los tres planos, también había provocado desperfectos en la Niebla, que en esencia es la intersección entre ellos. Ese desafortunado incidente nos hizo indagar un poco más. Aún no sabemos exactamente cómo, pero un portal se quedó enganchado tras la Onda y la luz permaneció estancada en su interior. Se cree que ése fue el último viaje que hizo alguno de los nuestros a

la Tierra. Por eso los Menores pudieron cruzarlo sin la necesidad de un Viajero o un cetro. Hemos sellado ese portal para que no vuelva a ocurrir.

—Pero deberían haber muerto por la luz del Nido —señaló Zaedon—. Los Menores no pueden tolerarla. En el mejor de los casos, deberían haber quedado ciegos.

—La luz perdió intensidad tras la Onda —le recordó Lyam con un nota de tristeza en la voz—. Ha cambiado. Igual que nosotros, que no podemos volar. Todo es distinto ahora.

—¿Averiguasteis algo más? —preguntó Asius.

—No demasiado —contestó Zelae—. Ergon dio prioridad a los problemas del

Nido, concretamente a los de la cuarta Esfera. No obstante, revisamos los demás portales y sabemos que no hay ninguno más que presente problemas. Podéis estar seguros de que no volveremos a ver a un Menor en el Nido.

—A menos que se produzca otra Onda —apuntó Vyns. Lyam le dio un codazo.

—Aparte de eso —Zelae prosiguió la explicación ignorando el comentario—, no averiguamos nada que no supiéramos ya. La Onda ha hecho imposible el Viaje entre el Agujero y el Nido, y algunos fragmentos de Niebla se han desperdigado por la Tierra. Los Menores lo están pasando muy mal al no comprender qué es. Para ellos son

bancos de niebla que permanecen siempre en el mismo lugar, ajenos a las condiciones climatológicas. Han perdido muchas vidas en ellos. Yo fui partidario de avisarles de algún modo, pero el Consejo decretó que debíamos respetar la voluntad del Viejo de no interferir en sus vidas. Espero que regrese pronto.

De repente la oscuridad desapareció delante de Yala, que iba en primer lugar, y se distinguió una sala circular de piedra.

—Hemos llegado —anunció el Viajero.

Salieron de la Niebla y dieron unos pasos por la estancia. Un hombre negro enorme estaba sentado en el suelo con la

espalda apoyada en la pared. Su cabeza estaba totalmente rapada y sus dimensiones eran gigantescas. Cuando aparecieron entre los jirones de niebla, se levantó y fue a su encuentro. Le sacaba dos cabezas a Yala, que era el más alto de los ángeles.

—Hogar, dulce hogar —dijo Vyns con cierta dosis de sarcasmo. Él y Lyam habían estado en ese lugar cerca de cincuenta años, desde que les enviaron a Londres y establecieron allí su centro de operaciones—. ¿Me has echado de menos? —le preguntó al gigante dándole una palmadita en el vientre—. Apuesto a que sí.

Zelae giró la mano en torno al cetro y éste recuperó su tono plateado. El

colosal hombre negro se acercó hasta él y extendió su inmensa mano con la palma hacia arriba.

—Guárdalo bien, amigo —dijo el Viajero, entregándoselo—. Es muy valioso.

El hombretón agarró el cetro, que parecía un pequeño bastón en sus manos, y se alejó en silencio con pasos pesados.

—Tú nos esperarás aquí —le dijo Asius a Zelae—. En cuanto recuperemos a Diago regresaremos al Nido.

El Viajero asintió y abandonó la sala. Yala tenía una extraña expresión dibujada en sus rostros. Los Gemelos abandonaron su habitual simetría y se movieron por la sala lanzando miradas

fugaces. Zaedon también miraba a su alrededor con un brillo de curiosidad en los ojos. Asius recordó cómo se sintió la primera vez que fue a la Tierra, así que les dejó unos segundos para que se adaptasen. Habían visto muchas veces a los Menores en la Tierra desde el Mirador, pero una cosa es ver una imagen, por perfecta que sea, de un lugar tan diferente al Nido, y otra muy distinta es percibirla con tus propios ojos, escuchar los sonidos de la dimensión y captar su olor.

—Yo te entiendo, amigo, créeme —le dijo Vyns a uno de los Gemelos—. He estado trece siglos en este pseudo-plano de existencia.

—La luz es... —empezó a decir el

Gemelo que estaba a su lado.

—Extraña —terminó el otro.

Vyns se volvió a mirarle y no supo con cuál de los dos debía continuar la conversación. Se decidió por el que estaba más cerca, que era al que se había dirigido en primer lugar.

—¡Extraña no; es una mierda de luz! —exclamó el Observador con una amplia sonrisa—. Pero no te preocupes, que uno se acostumbra. Luego ni te das cuenta de estas asquerosas sombras. Yo sólo tardé dos siglos en adaptarme.

—A mí tampoco me gusta mucho —le apoyó Zaedon.

—Déjalo ya, Vyns —le reprendió Lyam—. No hemos venido a hacer turismo.

—Tiene razón. Hemos venido a por Diago —dijo Asius en tono severo—. Nos vamos.

Dejaron la conversación y salieron a la calle. Nevaba con fuerza y la ciudad estaba salpicada de blanco por todas partes. Los coches eran bultos de nieve colocados en las aceras y los que circulaban lo hacían a poca velocidad. La gente cubría sus cabezas con capuchas o paraguas y se protegía contra el frío con voluminosos abrigos.

Se deslizaron rápidamente intentando en vano pasar inadvertidos. Asius cayó en la cuenta de que sus ropas no eran muy adecuadas. Eran demasiado ligeras y cualquier humano que fuera vestido como ellos tiritaría violentamente. De

nuevo había pasado ese detalle por alto debido a las prisas. Ya no podía hacer nada al respecto.

—¿Está muy lejos? —le preguntó a Lyam.

—A unas manzanas de aquí. ¿Prefieres que consiga un coche?

—No creo que sea buena idea. —Asius pensó en los dos metros de altura de los Gemelos y en que eran demasiados para un solo turismo—. No quiero llamar la atención y necesitaríamos dos coches. Mejor démonos prisa.

Lyam aceleró el paso. Detrás venía Zaedon y cerraban el grupo Vyns y Yala. El Observador seguía desvariando sobre sus trece siglos entre los Menores. Lo

que le extrañó a Asius era que Yala parecía escuchar con atención.

—Antes eran más divertidos —decía Vyns—. La tecnología les ha idiotizado más de lo que creía posible. Deberías ver cuántos suicidios cometen. Y por una cantidad de razones diferentes que no serías capaz de imaginar.

Un autobús se detuvo en la calle y bajaron muchas personas, que pronto se mezclaron con ellos cuando se cruzaron.

—No creo que me acostumbre a este sitio —dijo un Gemelo—. Estoy más cómodo en el Nid... —El otro Gemelo le tapó la boca con la mano.

—No te preocupes por ellos —rió Vyns—. Se nota que no tienes mucho interés por lo que sucede aquí. ¿Cuánto

hace que no echas un vistazo por el Mirador? No importa. Te entiendo, para eso estamos los Observadores, ¿verdad? Es igual. No saben qué es el Nido, al menos no por ese nombre. Ellos lo llaman el Cielo y no creen realmente que exista. Incluso los que verdaderamente creen en él tienen un concepto completamente equivocado de lo que realmente es.

Asius le clavó una severa mirada.

—¡La leche! ¿Has visto a esos dos? —dijo un hombre alto y gordo a otro que estaba a su lado—. Son dos o es uno que lleva un espejo. —El compañero se rió bien alto y más personas se detuvieron y recorrieron descaradamente a los Gemelos con la mirada.

—Largo —dijo uno de ellos.

—Largo —dijo el otro.

Las dos palabras fueron pronunciadas al mismo tiempo, con la misma voz y en el mismo tono indiferente. Sonaron como un coro perfecto.

Asius lo oyó y se apresuró a retroceder hasta donde estaba Yala.

—¡No, Yala! —gritó Asius.

No tenía idea de qué pensaba hacer, pero no estaba dispuesto a averiguarlo y menos aún teniendo en cuenta que los Gemelos no habían salido nunca del Nido y que lo poco que habían hablado desde que estaban en la Tierra no invitaba a pensar que les agradase. Vyns le miró extrañado por su reacción. El rostro del Consejero reflejaba

preocupación y no comprendía por qué, puesto que Yala sólo había dicho largo. No obstante, Asius conocía mejor a los Gemelos y sabía que cuando hablaban al mismo tiempo era porque estaban molestos, o algo peor.

—Déjalo estar. No les prestes atención. —Agarró a uno de los Gemelos y tiró de él hacia adelante—. Es mejor que te separes, Yala. Llamas mucho la atención. Los Menores no están acostumbrados a tu presencia. Además, vas con los brazos al aire y no entienden que no sientas frío.

Yala no dijo nada, pero accedió a separarse como le pidió el Consejero. Un Gemelo se quedó con Vyns y el otro siguió a Asius. Se adelantaron hasta

alcanzar a Lyam, que se había detenido sin entender cuál era el problema.

—Separémonos —decidió Asius.

—Ya estamos separados —dijo Zaedon—. Vyns y el otro Gemelo nos siguen a más de diez metros.

—No es suficiente —repuso Asius—. No quiero problemas. Nos separaremos un par de manzanas. Lyam, acelera el paso. —Todos empezaron a caminar más deprisa—. Yala, quédate con Vyns y seguidnos a un par de manzanas de distancia. —Lyam y Zaedon intercambiaron una mirada en la que se preguntaban el uno al otro qué había querido decir el Consejero con esa última orden que le había dado a Yala. Cruzaron la calle y dejaron atrás a Vyns

y al otro Gemelo.

—¡Se alejan! —exclamó Vyns—. ¿A qué viene tanta prisa?

—Asius quiere que les sigamos de lejos —dijo Yala sujetándole por el brazo—. Debemos dejarles ventaja.

—¿De qué hablas? No he oído nada de eso.

—Yo sí.

—¿En serio? —preguntó Vyns, desconcertado.

Yala no respondió. Siguieron andando despacio hasta que perdieron de vista a los demás. Vyns le preguntó de nuevo si estaba seguro, pero el Gemelo continuó en silencio. Debía ser cierto lo que había dicho, ya que, si no, Asius se habría detenido para esperarles.

Poco después, Yala volvió a agarrarle por el brazo.

—Es por ahí —dijo señalando una calle adyacente.

—No, vamos bien por aquí. Sólo Lyam y yo sabemos dónde es. Tú no estabas cuando capturaron a Diago.

—Asius quiere que vayamos por ahí —insistió Yala.

—¿Y cómo puedes saberlo? No le veo por aquí.

—Me lo acaba de decir.

—¿Me tomas por tonto? Si te hubiese dicho algo estaría aquí con nosotros, le vería y yo también lo habría escucha...

En ese momento lo comprendió. Los Gemelos podían oír lo que escuchaba cualquiera de los dos. Asius le estaba

indicando al que estaba con él por dónde quería que fuesen ellos, y el que permanecía con Vyns se lo repetía. El descubrimiento le dejó mudo de asombro el resto del camino. Se dejó guiar, preguntándose hasta dónde llegaba la unión entre los dos Gemelos. Se le pasó por la cabeza decirle algo a Yala para luego preguntárselo a Asius y comprobar si había recibido el mensaje, pero viendo su semblante impasible, se le ocurrió que no le haría mucha gracia y lo dejó correr.

Por lo poco que se fijó, supo que habían dado un pequeño rodeo, pero supuso que Asius tendría sus razones. Al final llegaron a la boca de Metro y, mientras recorrían el andén y la vía, le

asaltaron los recuerdos del encuentro con Nilia. Su memoria conservaba fresca su imagen lanzándole un beso y guiñándole un ojo, justo antes de provocar el derrumbamiento.

El lugar estaba tal y como lo dejaron. El desprendimiento seguía bloqueando la vía del Metro, excepto por el hueco que hicieron ellos mismos para pasar a través de él. Era lógico. Los menores no repararían aquello sin antes arreglar la vía. Vyns oyó a Asius al otro lado de las rocas y fueron a reunirse con los demás.

—Ya hemos llegado —anunció.

Zaedon miraba por el borde del enorme agujero la Niebla por la que Raven había caído cuando Vyns trató de detenerle. Lyam parecía abatido. Estaba

sentado contra la pared y una profunda tristeza estaba dibujada en su cara. Asius estudiaba detenidamente el desprendimiento. Los Gemelos se juntaron nada más llegar y se limitaron a observar en silencio.

—Aquí fue donde Nilia golpeó la pared para provocar el desprendimiento —dijo Asius sin dirigirse a nadie en particular. Vyns se acercó a él y siguió su mirada—. Mira esta runa sobre la pared. Está ennegrecida y no se distingue ya, pero estoy seguro de que fue lo que causó el derrumbamiento.

—No tuvo tiempo de trazar ninguna runa. —Vyns sacudió la cabeza poco convencido—. Lo habría visto. Sólo golpeó la pared con una de sus dagas.

—Eso es porque la había dibujado antes. Todo estaba preparado con antelación. Era una trampa. Apuesto a que también forzó a Raven a usar sus poderes para que le detectaseis.

—Raven parecía estar de acuerdo con ella. Los Menores son estúpidos; ponles una mujer bonita delante y los tendrás a tus pies. No me extrañaría que colaborase con ella.

—O eso, o le engañó para que usara alguna de sus facultades. En cualquier caso no hay duda de que todo fue el resultado de un plan. Dime dónde le cortaste el hombro con tu espada.

Vyns señaló un poco más a la derecha de Asius. El consejero se agachó donde le había indicado el Observador y pasó

la mano por el suelo y la pared con mucho cuidado.

—¿Qué estás buscando? —preguntó Lyam, uniéndose a ellos.

—Algo que me sirva —respondió Asius. Examinó con suma atención toda la zona hasta que dio con lo que buscaba —. Como esto, por ejemplo. —Levantó la mano y les enseñó una pluma oscura. La dobló un poco entre los dedos.

—¿Es de Nilia? —preguntó Lyam, asombrado.

—Yo diría que sí. —La sostuvo en la mano unos segundos—. Enseguida lo sabremos. Es muy ligera, lo cual encaja. Nilia era una Corredora. Pero es algo más alargada de lo normal y mucho más flexible. Por eso es tan ágil y rápida.

Veamos qué nos puede decir esta pequeña pluma acerca de su dueña.

Asius ahuecó las manos, la una sobre la otra, con la pluma en medio. Una luz salió de entre sus manos y una serie de imágenes desfiló por su cabeza. No formaban una secuencia completa, sino que eran, más bien, fragmentos aislados. Cuanto más tiempo pasaba desde que el objeto en cuestión se separaba de su dueño, más costoso era evocar algo de su pasado. Aguantó todo lo que pudo para revisar las imágenes en su mente y obtener la máxima información posible. Finalmente cayó al suelo, rendido.

—Es de Nilia —confirmó entre jadeos tras unos segundos—. Sé dónde estuvo antes de venir aquí... Dadme un

momento para que me recupere y veremos si encontramos a Diago en ese lugar.

—¿Puedo hacer algo por ti? —le preguntó Lyam con una nota de preocupación en la voz.

—No, gracias. No estoy herido, sólo agotado. —Asius dejó que le ayudara a levantarse del suelo—. Puedo andar, así que nos vamos inmediatamente. Lo haremos del mismo modo que vinimos hasta aquí, en dos grupos. Nosotros nos vamos ahora. Vyns, tú nos seguirás de lejos con uno de los Gemelos.

Vyns reprimió una protesta y se quedó con uno de los Gemelos viendo cómo se marchaban y les dejaban atrás una vez más. Asius y los demás se internaron en

la oscuridad de la vía del Metro y desaparecieron.

—Bien, sigámosles —dijo Vyns.

—Aún no —atajó Yala—. Debemos esperar algo más.

—Eres demasiado estricto, amigo. Tampoco tenemos que estar separados un número concreto de metros.

—Esperaremos a que el Consejero nos avise.

—Como quieras. Yo lo he intentado. Sé que te disgusta tanto como a mí estar en este plano.

—Eso no significa que vaya a desobedecer a un Consejero.

—Ya veo. Sin embargo, apostaría a que Asius no te cae del todo bien. Se te nota.

Yala no respondió.

En realidad, Vyns no notaba nada. El semblante de su acompañante era muy difícil de descifrar y el tono indiferente de su voz tampoco ayudaba mucho, pero intuía que los Gemelos no estaban del todo cómodos con Asius.

—Vámonos —dijo Yala, echando a andar.

Vyns le siguió inmediatamente impacientándose por lo despacio que el Gemelo caminaba. Se cruzaron con un ruidoso grupo de mendigos al llegar al andén.

—¿No acaba de pasar el rubio ese por aquí hace un momento? —comentó un indigente señalando a Yala.

—Deberías dejar la bebida —

respondió una figura sentada a su lado.

Vyns reprimió una carcajada. Yala ni se inmutó. La pareja salió del Metro y comenzó a andar de nuevo por las calles de Londres. La nieve seguía cayendo sin cesar y la temperatura había descendido unos grados. Casi no se veían coches circulando por las carreteras. Yala indicaba el camino, ya que Vyns no tenía idea de a dónde iban.

—¿Has trabajado con Asius en más ocasiones? —preguntó el Gemelo, indiferente.

—No demasiado —respondió Vyns, muy sorprendido por la pregunta. Yala no mostraba interés por las conversaciones, por lo poco que le conocía, y menos aún las iniciaba—.

Hemos coincidido desde no hace mucho. ¿Qué quieres saber?

—Me extraña que haya venido en persona. —Se quedó callado unos segundos, como esperando a que Vyns dijese algo. Luego añadió—: Pensaba que los Consejeros tenían otras obligaciones.

—¡Sabía que Asius no te gustaba! —Vyns dio un pequeño brinco y le señaló enérgicamente con gesto divertido—. Supongo que te refieres a que debería estar ocupándose de liderarnos y no de rescatar a Diago.

—¿No es ésa la labor del Consejo? Velar por los intereses de todos nosotros, no sólo de uno.

—Diago es muy buen amigo suyo —

dijo como si eso lo aclarase todo—. Verás, Asius se preocupa demasiado por todo y por todos. No soportaría estar esperando a ver si logramos rescatarle. En mi opinión esa es su peor cualidad. Le cuesta establecer prioridades.

—Tampoco parece que te caiga muy bien.

—Mi caso es diferente; yo le conozco. No me cae bien. De hecho me cae francamente mal. No soporto su modo amable de dar órdenes ni su empatía con los demás. Se nota que no siempre fue un Consejero. Digamos que es su forma lo que me disgusta, no su fondo.

—¿Por qué le sigues tan dócilmente entonces?

—Porque es inteligente. Ve mucho más

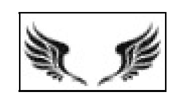
de lo que vemos los demás en circunstancias normales. Y sé de muy buena tinta hasta dónde es capaz de llegar para hacer lo que considera mejor. Yo sólo soy un Observador y prefiero obedecer a quien tiene dos dedos de frente.

Yala siguió andando en silencio. Vyns no observó ningún cambio en su cara, pero tuvo la sensación de que evaluaba lo que le acababa de decir. Recorrieron varias manzanas sin pronunciar palabra, y volvió a pensar en decirle algo a Asius a través de los Gemelos, únicamente para distraerse. Estaba anocheciendo rápidamente y cada vez se veían menos personas deambulando por la calle.

—No vuelvas a tocarme o lo lamentarás —dijo Yala muy calmado.

—¿Se puede saber qué te pasa? ¡Ni siquiera te he rozado! —exclamó Vyns muy extrañado. Su compañero se paró de repente en medio de la calle—. ¿Ahora qué haces? ¡Mira que eres raro!

Dio un paso atrás sin entender qué estaba ocurriendo. Yala puso los músculos en tensión y apretó los puños. Vyns miró a su alrededor en busca de una amenaza. Antes de que pudiera abrir la boca, Yala echó a correr por la calle. El Observador se lanzó en su persecución, preguntándose qué mosca le habría picado al Gemelo.



—Dile a Vyns que ya pueden seguirnos —le dijo Asius a Yala.

Acababan de salir de la boca del Metro y se pusieron en marcha. Asius les guiaba hacia una habitación que había logrado identificar como el último lugar donde había estado Nilia antes de ir hacia el sitio donde capturó a Diago. Las imágenes habían sido muy confusas y tuvo que esforzarse mucho para poder sacar algo en claro. Había visto en su mente una habitación muy pequeña. No esperaba encontrar allí a Diago, ya que no parecía un lugar adaptado para

retener a un ángel, pero esperaba encontrar una nueva pista que le indicase dónde le mantenían prisionero.

Yala guardaba silencio a su espalda. Se había negado a hablar cuando Zaedon le preguntó algo acerca de cómo se comunicaba con el otro Gemelo. El Consejero recordó lo celoso de su intimidad que era y se preparó para desviar la conversación, pero no hizo falta, puesto que Zaedon no insistió. Se colocó al lado de Lyam e intercambiaron impresiones sobre los Menores.

Llegaron al edificio que Asius estaba buscando y doblaron la esquina para dirigirse a la entrada principal.

—¡Eh, vosotros! —les gritó un hombre vestido con uniforme militar. Se

acercaba hacia ellos, seguido de tres compañeros—. ¿Se puede saber dónde vais así vestidos? Os vais a congelar.

Asius maldijo internamente. No podían perder tiempo con los Menores, y tampoco estaba seguro de qué decirles para no provocar una escena en medio de la calle. Se sintió bloqueado por un instante. No estaba acostumbrado a tratar con ellos.

—Vamos a nuestra casa, señor —dijo Lyam cordialmente. Asius lo agradeció inmensamente; era el que más tiempo llevaba en la Tierra y por tanto el que más posibilidades tenía de saber qué decir para no levantar sospechas—. Está aquí al lado. Se rompieron nuestros abrigos y esto es lo único que nos pudo

dejar un amigo para ir a casa.

—Pues menudo amigo tenéis —replicó el que parecía tener mayor graduación. Los tres soldados que había a su espalda encontraron muy divertido el comentario de su jefe y lo demostraron con unas sonoras carcajadas—. Esta zona está siendo investigada. Buscamos a los instigadores de la última manifestación. Vuestros pases de ciudad, enseñádmelos.

Los cuatro ángeles se quedaron quietos. Lyam miró sobre su hombro buscando a Asius. El jefe de los soldados se adelantó hasta Yala.

—Tú, el rubio alto —dijo con tono autoritario—. Enséñame tu pase. —Yala

se quedó plantado como una estatua. El soldado le agarró por un brazo y apretó —. ¿Es que estás sordo?

—No vuelvas a tocarme o lo lamentarás —dijo el ángel muy calmado.

El soldado abrió mucho los ojos y su rostro se deformó por la rabia. Era evidente que no estaba acostumbrado a que le desobedecieran, y menos aún a que le amenazasen.

—Yo te enseñaré modales —gruñó.

Levantó su rifle sobre los hombros con las dos manos y le dio un golpe con la culata en el estómago. El Gemelo ni siquiera pestañeó cuando el arma rebotó en su tripa. El soldado se tambaleó por el inesperado encontronazo con semejante barrera y el rifle rebotó

contra el suelo. Yala le golpeó con el revés de la mano con un movimiento rápido y sencillo, y el soldado se desplomó pesadamente de espaldas al suelo. Sus tres compañeros salieron corriendo despavoridos.

—¡Maldita sea! —dijo Asius.

—Lo siento.

—Ya no importa. Larguémonos antes de que vuelvan con refuerzos.

Asius los guió al interior del edificio. Atravesaron una puerta de cristal y bajaron por unas escaleras cubiertas de desperdicios. Los escalones crujían bajo el peso de sus cuerpos. Atravesaron un pasillo alargado y se detuvieron al llegar al final. Asius puso la mano sobre la puerta y la estudió un momento.

—Es aquí —anunció. Acto seguido le dio un golpe seco con el puño cerrado y la abrió. Entraron en una habitación cerrada en la que no había ninguna ventana. Cuatro velas ardían sobre unos estilizados candelabros. Había una cama y una mesa con dos sillas plegables. En el suelo estaba tendido un cuerpo sin vida. No había sangre y el único rastro de violencia eran dos heridas alargadas, una en cada ojo del cadáver.

Escucharon el sonido de pasos acercándose por el pasillo. Asius se levantó y se puso en guardia automáticamente.

—Es Vyns —le tranquilizó Yala.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Vyns entrando por la puerta seguido del

Gemelo—. El rubio me ha dicho que ha pasado algo con unos Menores.

—Nada importante —le aclaró Lyam.

Asius se volvió hacia el cadáver mientras el pequeño Sanador aplacaba la curiosidad de Vyns contándole los detalles.

—Las velas no son de este plano —le dijo Zaedon a Asius—. Y además hay algo extraño en este lugar. Siento una presencia que no consigo comprender. Parece un inmortal, pero al mismo tiempo no lo es.

—Es Raven. Ha estado en esta habitación. Nilia debió esconderle aquí.

—Yo también lo percibo —dijo Vyns —. ¿Quién es el fiambre?

—Es un demonio —explicó Asius—.

No le identifico, pero no me cabe duda de quién le mató. ¿Ves las heridas en los ojos? ¿Qué te sugieren?

—Son demasiado pequeñas para haber sido hechas por una espada —reflexionó Vyns estudiando el cuerpo.

—Exacto. Más bien parecen heridas causadas por puñales. Por dos, me atrevería a pensar. ¿Y quién es incapaz de separarse de sus queridas dagas?

—¡Nilia! —gruñó Vyns, furioso—. Esa psicópata no puede estar quieta sin matar a nadie, aunque tenga que cargarse a los de su propio bando.

Asius no estaba de acuerdo con esa conclusión. Nilia era una mala bestia, eso era cierto, pero no mataba sin una razón. No sabía qué había pasado en

aquella habitación pero estaba seguro de que tenía que ver con Raven.

—Mira esto, Asius —dijo Lyam tendiéndole un cristal—. Lo encontré escondido junto a la cama.

—Veamos qué podemos sacar de aquí. —Cogió el cristal y trazó un símbolo sobre él con el dedo índice. Antes de completarlo retiró la mano en un acto reflejo, como si hubiese sufrido un pinchazo—. Está sellado. No podremos abrirlo.

—Déjame probar —sugirió Zaedon.

El Consejero le dio el cristal, sorprendido de que se lo hubiera pedido. Zaedon lo cogió y perfiló un símbolo como había hecho él. No funcionó. Probó de nuevo. Tampoco.

Cuatro intentos más tarde los bordes del cristal se iluminaron y una imagen se formó en su interior. Todos menos los Gemelos inclinaron sus cabezas sobre ella y la contemplaron asombrados.

—Deben ser al menos doscientos —dijo Vyns.

—No es posible que hayan salido tantos del Agujero. —Lyam no apartaba los ojos del cristal.

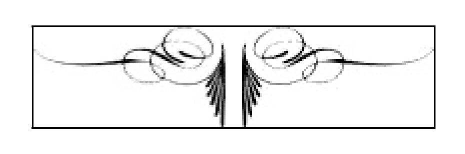
—La Onda ha debido abrir completamente las puertas del Infierno. —Zaedon tenía los ojos desencajados—. No cabe otra explicación.

—Ya sabemos dónde tienen a Diago —intervino Asius, secamente—. Vamos a rescatarle ahora mismo.

Nadie dijo nada, pero todos le miraron

perplejos mientras salía de la habitación. Al parecer, que hubiesen visto a cientos de demonios en el lugar en que retenían a Diago no preocupaba al Consejero.

CAPÍTULO 18



—Al menos podrías vigilar que no se quemara —gruñó Rolland mirando asqueado el pedazo de carne que yacía en su sucio plato. Estaba ennegrecido debido a una exposición prolongada al fuego y su pestilente olor invitó a su estómago a sufrir un retortijón.

—¿El señor lo prefería en su punto? —fue la sarcástica respuesta.

Rolland no se molestó en insistir. Se dio la vuelta y se alejó con pasos cortos del hedor que anegaba la lúgubre cavidad subterránea que denominaban el comedor. Agarró el trozo de animal y se lo llevó a la boca sin mirarlo. Le supuso un considerable esfuerzo comer con su incompleta y desgastada dentadura. La chamuscada carne crujía entre sus mandíbulas y cuando por fin logró que pasara por su garganta le dejó un regusto a gasolina. Estaba claro qué habían usado para encender la hoguera. No le molestó. Disfrazaba el sabor de aquel filete de carne de rata.

Rolland Benedic había sido un profesor de filología rusa de moderado éxito profesional. La Onda se llevó por

delante todo cuanto tenía algún significado para él, redefiniendo su vida de una de las peores maneras imaginables. Perdió la poca familia que le quedaba. Su padre murió en un incendio provocado por la Onda, y su hermano fue acribillado durante la guerra. Cuando se establecieron las Zonas Seguras y se firmó la paz con el Norte, descubrió que su único talento, el dominio del idioma ruso, ya no era un medio con el que ganarse la vida. Se vio obligado a mendigar ante la imposibilidad de conseguir un trabajo y la supervivencia le llevó a cometer actos que estaban por debajo de su escala moral. Mató, robó, engañó e hizo cuanto pudo para no sucumbir a la

profunda desesperación que anidó en su interior. Deseó la muerte en muchas ocasiones, la vio como una forma de escapar al sufrimiento, pero nunca llegó a intentar suicidarse.

Ahora ni siquiera sabía cómo había llegado a formar parte de una de las bandas de indigentes que se enfrentaban en disputas territoriales por todo el Londres subterráneo. Las alcantarillas y la red del Metro eran el escenario de una guerra silenciosa de la que tenía que tomar parte. Sus últimos tres años eran una sucesión de imágenes borrosas y oscuras que parecían fragmentos de una pesadilla, en vez de recuerdos reales.

Terminó su comida y se marchó perezosamente por un pasillo húmedo y

frío. Sus pies se hundían en algún charco de vez en cuando. Llegó a un andén de Metro en desuso que estaba dentro de su territorio y se sentó al borde con las piernas colgando mientras pensaba qué iba a hacer a continuación. No llevaba demasiado tiempo allí cuando le llegó el sonido de pasos desde la oscuridad del túnel por el que antes discurría el Metro. Alguien se acercaba. Rolland miró a su alrededor. Había tres hombres calentando sus manos en torno a un barril en el que ardía algo que producía mucho humo. Los pasos sonaban cada vez más cerca. Rolland dudó si advertirles: podría tratarse de alguna banda enemiga.

Un hombre alto, vestido con una

gabardina negra, emergió de la oscuridad con paso decidido. El recién llegado barrió los dos lados del andén con su mirada y no dio muestras de interesarse por él o por los otros tres, pero cuando sus ojos se le posaron encima, Rolland sintió durante un segundo que le atravesaban, llegando hasta lo más profundo de su ser. El hombre de la gabardina siguió andando con una extraña determinación dibujada en su rostro.

—¡Eh, tú! —gritó un hombre del trío que se estaba calentando las manos—. No puedes estar aquí. Esta zona es nuestra.

El desconocido continuó como si nadie hubiera pronunciado una palabra.

Había recorrido la tercera parte de la longitud del andén y Rolland pudo verle la espalda. La gabardina tenía dos cortes verticales que iban desde los omoplatos hasta los riñones. No eran desgarros o rasgones, su trazo era recto y daba la impresión de formar parte del diseño de la oscura prenda.

—Vamos a por él, Rolland —le dijo un hombre alto y calvo que reconoció como Jake, un integrante más de su banda—. Nadie pasa por nuestro territorio sin pagar.

Los cuatro saltaron a la vía del Metro y dieron alcance al desconocido sin problemas, ya que éste seguía sin variar su ritmo constante y seguro.

—Te he dicho que no puedes pasar por

aquí —repitió Jake con tono amenazador. Rolland reparó en que la extraña gabardina estaba impecable. No era un andrajo sucio y desgastado del tipo que solían vestir los pobladores del Londres subterráneo—. Vas a pararte ahora mismo.

Jake alargó el brazo con intención de obligar al intruso a detenerse. Rolland no tuvo claro si llegó a rozarle siquiera. En un instante su mano estaba sobre el hombro del desconocido y de repente Jake salió volando por los aires hasta chocar con el suelo a varios metros de distancia. El intruso no realizó ningún movimiento visible con su cuerpo, salvo el necesario para caminar, pero algo grande y alargado se había movido en su

espalda a tal velocidad que pareció un borrón. Rolland vio a su compañero tirado en el suelo. No realizaba ningún movimiento. La sorpresa le había paralizado y no sabía qué hacer. Miró de nuevo al intruso y se le escapó un pequeño grito de asombro.

Dos alas negras inmensas sobresalían por las ranuras de la gabardina. Sus plumas eran oscuras y estilizadas. Tenían el mismo aspecto que las de un águila gigantesca.

Antes de que pudiese sacar conclusiones, los otros dos hombres que estaban con él echaron a correr en dirección opuesta. Los siguió impulsado por un miedo irracional. Lo que acababa de presenciar no tenía sentido. El pánico

hizo que su corazón latiera con furia. Corrió tan rápido como pudo, siguiendo a los vagabundos, hasta dejar atrás el andén. El primero de ellos tropezó y cayó, el otro siguió corriendo a toda velocidad. Rolland no vio el bulto en el suelo. Lo pisó y cayó de bruces a su lado. Sacudió la cabeza, algo aturdido, apoyó las manos en el suelo para levantarse y notó unas fuertes vibraciones que lo recorrían. En ese momento fue consciente de un sonido profundo que retumbaba por todo el túnel. No se había dado cuenta antes porque los latidos de su acelerado corazón palpitaban con demasiada fuerza en sus oídos.

El otro hombre arrugó la frente y miró

en todas direcciones con movimientos bruscos de cabeza; también estaba escuchando lo mismo. El estruendo se hacía cada vez más fuerte, sonaba a intervalos cortos y regulares. Fuese lo que fuese, era algo muy grande, enorme, y se estaba acercando deprisa. Se pusieron de pie los dos e intercambiaron una mirada de interrogación. El ruido ganaba intensidad y poseía un ritmo constante y creciente. Retumbaba por las paredes, y eso, unido a la desorientación que sufría Rolland por la caída y, sobre todo, por el miedo, le impedían determinar su procedencia con claridad.

Echó a andar hacia el otro hombre. Ya no cabía duda de que el estrépito provenía del túnel, de la dirección en la

que iban corriendo antes de caer. No tenía ninguna intención de quedarse a averiguar qué se acercaba. Debían volver al andén y salir de allí.

—¡Corre! —le gritó, desbordado por el miedo.

Miró hacia atrás y vio sombras moviéndose en la oscuridad. Salió corriendo de nuevo, pero esta vez en la dirección contraria. Afortunadamente no se habían alejado mucho. Llegaron al andén entre jadeos y salieron de la vía. Se quedaron tirados, agotados. Todo el suelo retumbaba, acompasado con el rítmico estruendo.

No les dio tiempo a recobrar el aliento. En pocos segundos, apareció marchando por la vía del Metro un

espectacular desfile de personas. Iban ordenados en filas y sus pasos estaban perfectamente sincronizados. Ocupaban todo el ancho de la vía. Todos vestían gabardinas negras, igual que el desconocido que había golpeado a Jake con las alas, y tenían la misma expresión severa en el rostro.

El cuerpo del mendigo seguía tirado en medio de la vía. Cuando la primera fila llegó hasta él, no hicieron nada por apartarle de en medio. Tampoco le evitaron por si aún seguía con vida. Se limitaron a pasarle por encima pisándole como si fuera un montón de basura. Rolland pudo oír sus huesos crujiendo bajo las pesadas botas. Su avance era imparable. Pronto toda la vía

del Metro quedó cubierta por los extraños hombres de las gabardinas negras. Los primeros llegaron al otro extremo del andén y se perdieron en la oscuridad del túnel, pero seguían apareciendo más. Debían ser cientos, miles. Y todos tenían dos cortes verticales en la gabardina por la parte de la espalda.

Pasó un rato largo y los desconocidos seguían marchando por la vía del Metro. Una figura surgió en un lateral haciendo añicos su perfecta simetría. No seguía el ritmo de los demás y era más bajo que el resto. Sus movimientos eran muy diferentes. Estaban desprovistos de esa cadencia militar; más bien eran ágiles y espontáneos. Tampoco vestía como los

demás. Iba de negro, eso sí, pero no llevaba gabardina. Su cabeza estaba cubierta por una capucha y su cuerpo por una larga capa que le llegaba hasta los pies. Rolland se sintió intrigado por el encapuchado y le siguió con la mirada. Fue el único que se detuvo ante el cuerpo de Jake. Se agachó junto a él un segundo, y luego se levantó y miró hacia el andén.

Rolland se quedó sin aliento cuando vio dos ojos azules apuntándole directamente desde el fondo de la capucha. Era la única parte de su cara que se podía distinguir, y aun así tuvo la incomprensible certeza de que el encapuchado le dedicaba una amplia sonrisa.

—No os perjudicará mostrar más cuidado con mis queridos Menores —les dijo en tono jovial a los que desfilaban por la vía del Metro. Luego hizo a Rolland una reverencia y se perdió entre los demás, deslizándose entre ellos.

Rolland siguió contemplando la constante marcha de los desconocidos durante varios minutos, hasta que el último de ellos desapareció.

Con excepción del encapuchado, nadie les había prestado la menor atención.



Varios ángeles de piedra observaron impasibles desde la espesa maleza cómo el intruso avanzaba lentamente por el camino. Era una noche cerrada y tormentosa. Los rayos y los truenos se alternaban en el cielo y la lluvia caía inclinada, empujada por un frío viento del Norte. El intruso caminó ajeno al clima y a la tenebrosa atmósfera del lugar. Sus enormes ojos estaban abiertos de par en par y estudiaban con una cínica sonrisa sus alrededores bajo el eterno escrutinio de miles de ojos esculpidos en piedra.

Dast pasó por delante de un impresionante mausoleo y sus verdosas puertas de bronce captaron su atención

unos segundos. Las tumbas surgían apiñadas entre el frondoso bosque, a ambos lados del camino de Swain's Lane. El demonio consideró muy apropiado el lugar para celebrar la reunión más importante de su historia. Llegó hasta una verja de hierro que sellaba la parte oeste del cementerio de Highgate. Tocó suavemente la cerradura y ésta se abrió con un leve chirrido metálico.

La parte oeste del cementerio era la más antigua y le cautivó en cuanto se adentró en ella. Sus jardines lo invadían todo, cubriendo lápidas y dejando a la vista partes aisladas de innumerables esculturas. Manos, caras y garras de piedra asomaban amenazadoras entre la

espesura. Las ruinas se mezclaban entre un agitado mar de hiedras, enredaderas y helechos, salpicadas de nieve. Se respiraba un aire enigmático y siniestro. Dast caminó por una de las avenidas de la muerte, que discurría entre góticos mausoleos ornamentados, y se paró ante uno de los más grandes.

Sintió tres suaves golpecitos sobre su hombro cuando estaba a punto de abrir la puerta y se giró sorprendido. Dos ojos más negros que la noche le miraban con un brillo indeterminado. Una larga melena oscura y mojada resbalaba sobre un rostro inconfundible por su peligrosa belleza.

—Nilia, no acaba de gustarme la costumbre que has adquirido de

sorprenderme —siseó Dast bajo la lluvia. Un relámpago iluminó su desafortunado semblante. Las gotas se deslizaban por su tez de color enfermizo, rodeaban sus desproporcionados ojos, superaban su fina boca, que parecía una línea mal dibujada, y se juntaban en la punta de su alargada barbilla para pender allí unos segundos antes de desprenderse—. No puede ser tan difícil avisarme de que quieres hablar conmigo.

—No es nada personal —respondió ella, divertida—. Es sólo para mantenerme en forma. Me gusta este sitio. Si los Menores te viesen aquí, te tomarían por un fantasma. Tu aspecto encaja de maravilla en este lugar.

—No tengo ninguna duda de que preferirían verte a ti. Al menos los hombres. ¿Entramos ya o prefieres que nos sigamos mojando? —preguntó Dast en un susurro casi inaudible.

—Antes quería asegurarme de que nuestro pacto sigue en pie. —Nilia pasó una mano por el hombro del séptimo Barón—. Es algo muy arriesgado y, si piensas echarte atrás, es mejor que lo hagas ahora. Ha llegado el gran día. Llevamos una eternidad esperando este momento. Cuando bajemos por esas escaleras ya no habrá marcha atrás. Si nos descubren, no pienso caer yo sola.

—¿Acaso no he puesto mi vida en tus manos al revelarte mis intenciones? —Una mueca de indignación se dibujó en

la cara de Dast mientras susurraba—. Cumpliré con mi parte con sumo placer. Ya te dije que ambos saldríamos beneficiados. ¿Qué razones podría tener para desprenderme de una aliada tan valiosa?

—El miedo —dijo ella secamente—. No es nada fácil lo que vamos a hacer, amigo mío. Y para ser franca debo decirte que tu valor no parece ser tu cualidad más sobresaliente. Sin embargo, estoy al tanto de tus maquinaciones pasadas. Sé que eres inteligente, Dast. Puede que más que el resto de los Barones. Pero esto ya no es la primera Guerra. Esta vez vamos a ganar. No me gustaría descubrir de nuevo que me ocultas algo.

—Estate tranquila. Tú y yo formamos un equipo perfecto. Nada nos detend...

La mano de Nilia cubrió su boca interrumpiendo su desagradable voz. En la otra refulgía una de sus dagas. La demonio le soltó muy despacio y se llevó el dedo índice a los labios, indicándole que guardara silencio. Se internó unos pasos en la maleza y miró a su alrededor con ojos penetrantes y alertas. La oscuridad de la noche no era una barrera para su visión. Después de pasar milenios en el Infierno, donde no había luz, la noche y el día en la Tierra no se diferenciaban tanto para sus ojos. Unos segundos más tarde volvió sobre sus pasos.

—Juraría que he oído algo —le

explicó.

—¿Estás segura? —preguntó Dast, intrigado—. Yo no he escuchado nada, salvo la tormenta.

—Vámonos —dijo ella. Luego acercó sus labios al oído de su acompañante y susurró lo más bajo que pudo—. Cuando entremos, fíjate en quién falta por llegar a la reunión. Si son varios, toma nota del que se presente después de nosotros.

Dast asintió en silencio y la pareja descendió por las escaleras.

Pasaron varios minutos en los que la lluvia y los truenos continuaron impidiendo que el silencio se adueñase de la noche.

Once figuras aparecieron por el mismo camino que había recorrido Dast. Con

sus dos metros de músculos, la imponente silueta de Urkast se dejó ver bajo un rayo de luna que parecía seguirle como un foco en un espectáculo. Su cabeza rapada y sus patillas eran inconfundibles, al igual que los pendientes de aro de los que nunca se desprendía y sus ojos de diferente color. Le seguían diez demonios de su guardia personal. Todos vestían prendas negras que les cubrían desde los hombros hasta los tobillos, generalmente ceñidas a la cintura por un cinturón, y con dos ranuras verticales en la espalda. El Barón estaba cerca de la entrada al mausoleo cuando un sonido que provenía de la maleza captó su atención. Escrutó el bosque con una mirada

tranquila e intensa y vio moverse un matojo de helechos.

—Urkast, qué alegría para mis humildes ojos —dijo Capa saliendo de la maleza. La lluvia producía un suave tintineo sobre su capucha—. ¿No es algo grandioso lo que nos ha reunido hoy aquí a todos? Suerte que somos inmortales, pues tan larga espera hubiese resultado de lo más incomoda de no ser por esa cualidad tan fascinante que poseemos.

—¿Se puede saber qué hacías ahí? —gruñó el Barón dándole la espalda. Le gustaba dejar claro que podía ver en todas direcciones—. Cada día eres más raro, Capa.

—Temo que me había perdido

buscando el punto de reunión. —El Niño llegó hasta el camino y saludó con una reverencia exagerada—. Aunque he aprovechado para saciar mi curiosidad en tan bello lugar. ¿No encuentras encomiable el culto que rinden los Menores a la muerte?

—Me importan un bledo los Menores. Tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos. Entremos.

Capa dejó que Urkast pasara en primer lugar y se colocó detrás de su séquito personal. El grupo cruzó entre las columnas de la entrada, que tenían un aspecto faraónico con sus capiteles de flor de loto, y se internó en el impresionante panteón. Las escaleras les condujeron a una sala muy amplia,

recubierta de piedra por todas partes, que los demonios habían ampliado debidamente para la ocasión. Fueron los últimos en llegar. Los demás Barones estaban con sus respectivas escoltas dispuestas en círculo alrededor de un símbolo inscrito en el suelo, en el centro de la estancia. Tanon era una excepción: ningún miembro de su clan le acompañaba hasta que llegó Capa y se situó junto a él. Era el único Barón que no contaba con una escolta personal, pues no la necesitaba. Su aspecto no era tan imponente como el de Urkast. No era ni tan alto ni tan musculoso, aunque era de hombros anchos y de complexión fuerte; de hecho su apariencia era bastante corriente. Siempre llevaba el

pelo trenzado a la espalda. Sólo su voz grave y su rostro de mandíbulas cuadradas reflejaban la increíble fuerza que escondía en su interior. Nadie, ni siquiera Nilia, había osado nunca medirse con él. Era el más fuerte de los Caídos y lo había demostrado sobradamente durante la Guerra. Fue el único que logró matar a uno de los Justos, y lo hizo él solo. Pasó por encima de los treinta ángeles que le protegían y los aplastó a todos de un modo brutal.

Nilia estaba detrás de su Barón, haciendo bailar una daga sobre su mano con expresión aburrida. No era parte de la guardia personal de Stil, pero era la más valiosa de su clan. Su Barón era el

único que tenía las alas desplegadas, aunque dobladas sobre sí mismas para no abarcar demasiado espacio. Casi nunca las ocultaba, acostumbrado como estaba a usarlas con frecuencia. Eran su mejor arma defensiva, y ofensiva en muchas ocasiones. Stil era el más llamativo de todos los Caídos, puesto que parecía un ángel. Prácticamente todos los Demonios habían experimentado algún cambio en su aspecto tras su encierro en el Agujero. El detalle más común era el oscurecimiento de las alas, que todos achacaban a haber estado tantos siglos encerrados en un plano sin luz. Las de Stil, sin embargo, se conservaban tan blancas como el primer día, y junto con

su largo cabello, del mismo color, le hacían resaltar fácilmente entre los demás.

A su lado se sentaba Elnis, uno de los Barones con menos influencia. No acostumbraba a intervenir mucho en las reuniones, a menos que se tocase algún punto que involucrara a su clan directamente. En ese momento, estaba comentando algo con su guardia personal.

Zibon y Cryn siempre estaban de acuerdo. Eran los únicos Barones que nunca habían tenido una sola disputa entre ellos. Se creía que mantenían una alianza perpetua para reforzar sus mutuas posiciones, puesto que enfrentarse con uno de ellos garantizaba

que los dos responderían conjuntamente. Estaban situados uno al lado del otro y sus guardias personales se mezclaban entre sí.

—Ya estamos todos —anunció Tanon, ocupando el centro de la sala, sobre la runa del suelo—. Sólo quedan unos minutos y nuestra esperada venganza dará comienzo.

—¿Qué hay de los Evocadores? —preguntó Urkast.

Tanon hizo un gesto con la mano a su espalda, sin volverse. Capa dio un paso al frente y se dobló sobre la cintura. Luego retiró su capucha dejando a la vista una sonrisa de oreja a oreja. Sus ojos estaban muy abiertos y se apreciaba un atisbo de inocencia.

—Ocupan las posiciones tan sabiamente asignadas por los Barones. Mi señor me ha ilustrado convenientemente acerca de lo que se espera de nosotros. Sólo deseo que nuestras artes sean de vuestra más entera satisfacción.

—Asegúrate de que cumplís con vuestro cometido —dijo Urkast—. Hemos conseguido ocultar a los ángeles de qué sois capaces, así que no se lo esperarán. Estarán confiados porque no tenemos Sanadores.

—Vuestra preocupación es del todo innecesaria, aunque se aprecia debidamente. Yo mismo me aseguré de que vuestras instrucciones les llegaban con total claridad —dijo Capa

resplandeciendo de orgullo—. No existe posibilidad alguna de que nuestros devotos hermanos puedan sospechar lo que se les viene encima.

—Ya está todo dispuesto —intervino Stil con su voz melódica—. Es tarde para hacer cambios. Atengámonos al plan, Urkast. Disponemos de veinticuatro horas, ni un segundo más. Las esferas del Nido no volverán a presentar esta configuración hasta dentro de otros trescientos años. Tenemos una sola oportunidad, y todo gracias a que Dast dio con el modo de hacerlo. No la desaprovechemos.

El aludido se acercó a Tanon y le mostró un reloj de arena. El Barón asintió y miró a un lado de la estancia.

Una figura enorme, que había permanecido sentada al cobijo de las sombras, se levantó y caminó hacia el centro de la sala. Los demonios le fueron abriendo paso y su cabeza rapada avanzó sobresaliendo por encima de todas las demás. Cuando la luz acarició las gigantescas proporciones de su cuerpo se pudo apreciar que era un hombre negro sujetando algo entre sus manos. Llegó hasta donde se encontraba Tanon con pasos lentos y pesados, y se paró frente a él. Retiró cuidadosamente la tela del paquete que portaba, con una destreza que no parecía posible en unas manos de semejante tamaño. Sacó una piedra aplanada y se la entregó al Barón, quién le dio las gracias por ello.

—Es la hora. —La voz grave de Tanon resonó por toda la cámara—. Quiero empezar cuanto antes. Todos fuera de la runa.

Rápidamente el centro de la estancia quedó despejado. Los demonios regresaron a sus ubicaciones, junto a sus clanes respectivos. El titánico hombre negro volvió sobre sus pasos y se sentó de nuevo al amparo de las sombras. Tanon autorizó el inicio con un gesto de la mano. Un demonio se adelantó en solitario caminando despacio, consciente de ser el centro de todas las miradas. Tomó la piedra plana que le dio Tanon y fue hasta el símbolo grabado en el suelo. Se agachó en el medio de la runa de activación y

depositó el sello en el centro.

Al instante su cuerpo empezó a sufrir violentas convulsiones. Se arqueó hacia atrás y su cabeza se movió de un lado para otro como si su cuello fuera de goma. La mano con que había puesto el sello seguía pegada a la piedra. Unas líneas azuladas recorrieron su cuerpo en muchas direcciones al mismo tiempo. Empezó a brotar un humo verde y espeso. Los demás se quedaron mirando con una expresión de incredulidad pintada en la cara: no entendían qué estaba ocurriendo. Algunos profirieron maldiciones y exclamaciones ahogadas. Un demonio hizo ademán de acudir en ayuda del que había colocado el sello, pero le detuvieron. La horrible escena

se prolongó unos segundos más. El pobre desgraciado empezó a gritar con la voz deformada. Surgieron pequeñas llamas por diversas partes de su piel mientras su mano permanecía adherida al sello en todo momento. Poco después, lo único que quedó en el centro fue un montón de ceniza humeante de la que emanaba un hedor insoportable. El sello estaba intacto.

Durante unos segundos más nadie pronunció ninguna palabra. Era el momento más esperado en los últimos milenios. Habían trabajado muy duro para lograr llegar hasta ahí y ahora todo se venía abajo antes de empezar siquiera.

Tanon venció la frustración que le

invadía y dio un paso al frente.

—Pero... ¿Qué coño ha sido eso? —dijo haciendo añicos el sepulcral silencio. Tenía los puños apretados y su cara estaba roja de rabia.

Estalló una tormenta de protestas, quejas y conjeturas. De repente todo el mundo tenía algo que decir. Algunos lanzaron acusaciones. Otros se defendieron, acusando a su vez a quienes primero se les ocurría. La tensión se apoderó de los presentes. Instintivamente empezaron a agruparse junto a los miembros de sus clanes. Varios demonios sacaron las alas.

—¡Ya basta! —rugió Tanon. Las voces se disolvieron velozmente—. ¡Barones, controlad a vuestros demonios o lo haré

yo! Si alguien que no sea un Barón habla sin que se lo pidan deseará no haber salido del Infierno.

La amenaza surtió efecto. Los Barones ordenaron silencio y se reunieron con Tanon al borde de la runa de activación. Éste estaba visiblemente furioso. No se le veía así desde la Guerra y todos apreciaron que había estado a punto de sacar las alas, cosa que nunca hacía a la ligera. Siempre que las había desplegado alguien había muerto.

—Esto es obra del Viejo —dijo Urkast al círculo de Barones, aunque todos le podían oír con claridad—. Deberíamos reconsiderar nuestro ataque.

—De eso nada —objetó Elnis—. No

pienso volver al Agujero. Tú puedes hacerlo cuando quieras, Urkast. Mi clan seguirá adelante.

—¿Y cómo piensas hacerlo? No veo la forma de atacar el Nido sin llegar hasta él. O abrimos un portal o no hay modo de conquistar el Umbral. Si alguno conoce otra manera de entrar en la primera esfera, éste es el mejor momento para decirlo.

—No existe otro modo —siseó Dast—. Debemos recapacitar. Algo hemos hecho mal.

—Estoy de acuerdo con Dast —le apoyó Stil. Su suave voz rebajó un poco la tensión del ambiente—. Hay que dar con una solución. Abandonar no es una opción. Debemos pensar y no

precipitarnos.

—Pero el tiempo es crucial —recordó Dast—. Nos quedan menos de veinticuatro horas, y el portal tardará al menos una hora en abrirse. Si nos retrasamos no funcionará, y tendremos que esperar otros tres siglos. Es demasiado tiempo para dejar que los ángeles se reorganicen. Contamos con el factor sorpresa y no lo podemos desperdiciar.

—¿Estás seguro de que no podremos hacerlo si no es en el transcurso del día de hoy? —preguntó Elnis.

Tanon se movía inquieto. Seguía la conversación pero de momento no participaba. No era dado a las especulaciones, prefería hablar cuando

tuviese algo concreto que decir. Zibon y Cryn permanecían encerrados en su mutismo habitual; el resto de los Barones estaban acostumbrados a no contar con ellos en sus deliberaciones.

—Totalmente seguro —explicó Dast —. Un portal capaz de permitir el paso de un ejército es demasiado grande. Únicamente es posible mientras las esferas del Nido están alineadas de un modo concreto. Es ahora o nunca.

—Entonces está claro que hay que dar con la forma de abrir el portal en el plazo de unas horas —dijo Stil con gesto reflexivo—. Nuestras legiones están preparadas, esperando la orden de atacar.

—Descartemos al Viejo —sugirió

Elnis—. No ha regresado. Eso podemos tenerlo claro. —Le lanzó a Urkast una mirada encolerizada cuando vio que se disponía a rebatirle ese punto—. Si hubiera vuelto lo sabríamos. Además, el Favorito tampoco está.

—Eso no es una garantía. —Urkast no pudo contenerse—. No podemos estar seguros de que les haya pasado lo mismo. Podría volver sólo uno de ellos, o por lo menos volver uno antes que el otro.

—Deja de preocuparte por el Viejo, Urkast. —Stil puso una de sus alas blancas sobre el brazo de Elnis para evitar que replicase y se produjera una confrontación. Stil era el Barón que más controlaba sus emociones y, por tanto, el

más diplomático. El tono de su voz siempre era sosegado y juicioso. Cuando sonaba descontrolado y furioso las consecuencias eran comparables a cuando Tanon desplegaba las alas—. La Onda asoló los tres planos y tanto el Viejo como el Favorito desaparecieron, o se marcharon. ¿No te parece una coincidencia curiosa? No sabemos dónde están pero seguro que es en el mismo sitio. Si uno no ha regresado, el otro tampoco. Centrémonos en lo que podemos resolver.

—Supongamos que los pilares del portal no son la causa del problema, sobre todo porque revisarlos llevaría mucho tiempo —dijo Elnis pensando en voz alta—. Sólo hay dos elementos que

podamos verificar aquí: la runa de activación y el sello.

—No disponemos de ningún Viajero en estos momentos —subrayó Urkast, pasando por alto deliberadamente a Dast, que sí era un Viajero—. Los que han salido del Agujero están esperando para iluminar la Niebla en sus correspondientes ubicaciones.

—¡Estamos perdiendo un tiempo precioso! —gruñó Tanon—. Así no avanzaremos mucho. Vamos a averiguar qué está fallando ahora mismo. —Se giró y se acercó a la guardia personal de Urkast—. ¡Tú! —dijo señalando al que estaba más cerca—. Ve ahora mismo a la runa y pon de nuevo el sello en su sitio.

El demonio no se movió. Se quedó helado en el sitio por la orden. Sus ojos se abrieron de par en par y su mandíbula descendió un poco, pero no logró articular palabra.

El golpe fue brutal.

Tanon no vaciló. Se movió con rapidez y le arrancó la cabeza de cuajo al desobediente demonio con un violento puñetazo. El miembro rodó por el suelo hasta chocar contra la pared con un golpe sordo. El cuerpo decapitado aguantó de pie unos segundos y, finalmente, se desplomó. Los demonios de alrededor dieron un paso atrás, boquiabiertos. Los ojos de Tanon brillaban enrojecidos por la rabia.

—Ése era uno de mis mejores

guardias —protestó Urkast. Nadie más osó hablar.

—¡Tú! —Tanon señaló al que estaba justo detrás del cadáver, ignorando la protesta del otro Barón—. Ya sabes cuál es la orden. ¿Me equivoco?

—¿Te has vuelto loco, Tanon? —Urkast se acercó hasta él—. No voy a permitir que elimines a mi gente.

—Ya he dejado claro que no pienso perder más tiempo —dijo encarándose a Urkast—. Siempre te jactas de que tu clan es el más numeroso, así que no te molestará que haga uso de tus amplios recursos. —Urkast se quedó parado y Tanon le invitó con la mirada a cuestionarle, pero no replicó—. ¿Y bien? —dijo volviéndose al que había

señalado.

El demonio lanzó una última mirada suplicante a Urkast, pero no obtuvo respuesta. Pareció sopesar durante un instante sus opciones y, a pesar de que no le convencían, escogió probar suerte con el sello. Enfrentarse a Tanon era una muerte segura. Rodeó el cadáver lentamente y se acercó a la runa de activación. Los demás Barones salieron del círculo. El demonio recogió el sello del suelo y se quedó quieto mirando la runa con los ojos desenfocados.

Tanon se acercó a él con los puños apretados.

El demonio colocó el sello en su lugar y la escena se repitió.

Unos segundos después el montón de

ceniza había doblado su tamaño y el hedor inundaba de nuevo la estancia, seguido de un nuevo silencio, mucho más perturbador que el que había sucedido al primer intento.

Una ola de impotencia invadió a los demonios, que observaban horrorizados cómo sus esperanzas se desvanecían. Desde que la Onda les permitió escapar del Infierno, habían logrado superar sus diferencias internas para trabajar conjuntamente en su ambicioso plan. La venganza bullía en sus mentes con la fuerza de un volcán, pero habían descubierto una nueva motivación que les impulsaba todavía más. No estaban dispuestos a regresar a su encierro. De haber tenido opción, hubieran preferido

morir luchando por conquistar el Umbral que ver enterradas todas sus esperanzas bajo un montón de apestosa ceniza.

—¡Dast! —rugió Tanon encolerizado—. Esto es culpa tuya. —Sin dar tiempo a reacción alguna por parte de nadie, Tanon le agarró por el cuello y le levantó en el aire—. Tú fuiste el que diseñó el portal. Tú nos aseguraste que esperando el momento oportuno podríamos introducir un ejército en el Nido antes de que los ángeles desplegaran siquiera las alas. —Con cada frase sacudía el delgado cuerpo del demonio haciendo que sus enormes ojos se saliesen de sus cuencas cada vez más—. Tú eres el que ha fallado y el que va a pagar las consecuencias.

—¡Tanon, contrólate! —Stil le sujetaba el brazo con el que mantenía en el aire al séptimo Barón, intentando contenerle. Nadie más intervino—. Le necesitamos. Sólo él puede arreglarlo. Si le matas no habrá solución.

Tanon no le escuchaba. Su furia le estaba consumiendo, nublando su juicio y su visión por igual. Dast pataleaba indefenso mientras le asaltaba la abrumadora certeza de que su existencia inmortal muy pronto alcanzaría su fin.

—Yo no estaría tan seguro de que Dast pueda arreglarlo —dijo una voz desde las alturas—. En realidad, ninguno de vosotros puede hacerlo.

Los demonios se miraron sorprendidos unos a otros, buscando al responsable de

aquel comentario. Algunos levantaron sus cabezas hacia el techo, otros simplemente miraron a su alrededor extrañados. Estaban tan absortos observando al agonizante Barón que no ubicaron la procedencia de la voz.

Dast cayó pesadamente al suelo cuando Tanon lo soltó para examinar los rostros de los sorprendidos demonios.

—¿Quién ha dicho eso? —gruñó.

Se miraron una vez más esperando a que se revelara el misterio.

—He sido yo —anunció la misma voz.

Una silueta descendió con gracia hasta el suelo, en una esquina de la sala, ayudándose de dos espléndidas alas blanquecinas. Los demonios se volvieron para ver quién era el anónimo

personaje. La figura abandonó el cobijo de las sombras y salió a la luz andando muy despacio. Era alto, aunque no tanto como Urkast, y tirando a delgado. Su cara estaba cubierta por una capucha y había ocultado las alas. Los demonios formaron un pasillo por el que avanzó el desconocido hasta llegar al centro de la sala, donde estaban los Barones.

—¿Quién eres? —preguntó Tanon—. ¿Y por qué ocultas tu identidad?

—Porque no es relevante —replicó el desconocido—. He venido a ayudaros. Yo puedo abrir el portal... si llegamos a un acuerdo.

—Descúbrete —ordenó Tanon, impasible—. No eres un Caído, así que tu situación es muy delicada.

—Lo haré. Como bien has dicho, estoy completamente a vuestra merced; sólo y rodeado por los Caídos más poderosos. Ni siquiera voy armado, aunque no me serviría de mucho.

Dast se levantó y contempló al desconocido, mordido por la curiosidad. La verdad era que todos, sin excepción, estaban pendientes de él. Reparó en que Nilia tenía las dagas en las manos. No resplandecían con ningún color, sino que tenían el aspecto de cuchillos viejos y oxidados, pero Dast sabía perfectamente que eso no les restaba peligro. Intentó atraer su mirada para advertirla de que no cometiera ninguna locura.

El análisis que el encapuchado había hecho de su propia situación se le antojó

a Dast demasiado exacto. Sin duda se estaba jugando la vida y temió que Tanon lo partiese por la mitad allí mismo. Eso era precisamente lo que le confería a sus palabras una intrigante credibilidad. Debía de ser capaz de arreglar el portal, ya que, de otro modo, no era más que un suicida. Dast anheló con todas sus fuerzas que Tanon le permitiese hablar.

El desconocido retiró su capucha dejando a la vista un rostro sereno y tranquilo, y muy hermoso. Su pelo era castaño y corto, y tenía una elegante perilla que rodeada su boca. Sus ojos eran de un color violeta muy intenso. Dast le reconoció en el acto. A pesar de no haberle visto desde antes de la

Guerra, sus ojos eran inconfundibles, y ahora que le había identificado, su voz también coincidía con la que estaba registrada en su memoria. Sus esperanzas se desvanecieron en cuanto la cara de Sirian quedó al descubierto. Tanon lo iba a matar sin contemplaciones.

—¡Tú! —gritó—. ¡Te atreves a dejarte ver!

Más tarde nadie pensaría que la reacción de Tanon hubiese podido ser otra. Con toda seguridad, el propio Sirian sabía que era inevitable.

Le golpeó con violencia. Nadie pudo hacer nada por evitarlo.

Sirian salió despedido hacia atrás como un proyectil hasta chocar contra la

pared del fondo, que se agrietó por el impacto. En su vuelo de espaldas, derribó a varios demonios que no fueron lo bastante rápidos para apartarse. Lo único que salvó su vida fue que Tanon no desplegó las alas.

—¡Tanon, ya basta! —Stil se interpuso en su camino—. Debemos escucharle. No perdemos nada. Lo quiero muerto tanto como tú, pero es más importante que abramos el portal. Si no cumple lo que ha dicho, le mataremos de la forma más despiadada que seamos capaces de imaginar.

Stil lo consiguió. Tanon se paró y pareció recapacitar. Sus mandíbulas estaban apretadas con fuerza, evidenciando el titánico esfuerzo que su

autocontrol estaba realizando para contener al poderoso Barón.

—Puedo hacerlo... el Portal... —dijo Sirian con la voz muy débil. Estaba tirado en el suelo e intentaba levantarse —. Pero antes deberíamos alcanzar un acuerdo... Si no os interesa, dejad que Tanon termine lo que ha empezado.

Sirian era fácilmente el ángel más odiado por los demonios. Su nombre había figurado en innumerables conversaciones durante el encierro de los Caídos en el Agujero. Y su muerte había sido imaginada en millones de ocasiones por los demonios. La explicación era muy sencilla: le consideraban una de las principales razones por las que perdieron la Guerra.

Los demonios le miraban sin saber cómo reaccionar. Después de dedicar una cantidad infinita de tiempo a soñar con encontrarse de nuevo con él, el hecho de que se hubiera presentado solo, desarmado y por voluntad propia les desconcertaba tanto como la Onda y la desaparición del Favorito.

Stil lanzó una mirada de advertencia a Nilia, que observaba a Sirian con un brillo letal en los ojos. Luego él y Elnis se acercaron hasta el ángel y le levantaron, uno de cada brazo, sin mucha delicadeza.

—El tiempo corre, traidor —dijo Stil—. Nos quedan pocas horas. Si de verdad puedes abrir el Portal, es mejor que lo hagas ahora mismo. Si esperas

demasiado ya no importará si puedes hacerlo o no. ¿Me he explicado?

—Perfectamente. —Su voz se iba normalizando poco a poco, conforme recobraba el aliento—. Lo abriré pero primero es preciso que aclaremos algunos puntos. No te preocupes, estoy al corriente del tiempo que tenéis. ¿Crees que me hubiese entregado si no estuvierais con el agua al cuello?

—Cuida tus palabras —advirtió Elnis—. No imaginas las ganas que tenemos de agradecerte tu colaboración en la Guerra. No puedo hablar por los demás, pero a mí casi no me importaría cancelar nuestros planes y torturarte durante toda la eternidad.

—Yo no intervine en la Guerra —

replicó Sirian—. No fue mi culpa que os derrotaran.

—¡Eres un embustero y un cobarde! —gritó Tanon—. Estábamos de acuerdo en rebelarnos pero en el último momento os arrepentisteis. Tú y los demás cobardes nos dejasteis solos, en inferioridad numérica. Por eso perdimos. Creo que gran parte de lo que sucedió fue culpa tuya. Supongo que sigues siendo el líder de ese grupo de afeminados pacifistas.

—Nunca accedimos a entrar en guerra —se defendió Sirian—. Matarnos entre nosotros no es la solución.

—Eso es porque sois unos cobardes —dijo Stil—. Os gustaba tan poco como a nosotros el modo en que el Viejo manejaba las cosas. Queríais derrocarle,

no finjas que no era así. Os faltó valor para enfrentaros al Creador y nos abandonasteis en el último momento.

—No estábamos de acuerdo en las formas —repuso Sirian—. Hay otras maneras de arreglar nuestras diferencias. Hablando, por ejemplo; un concepto que no os encaja mucho, ¿verdad? Es mejor matar a quien os lleve la contraria. Además, nos mantuvimos neutrales, no luchamos contra vosotros.

Tanon sacudió la cabeza.

—Eso no excusa que nos abandonaseis. Contábamos con vosotros, malditos cobardes. Sabes que eso de hablar es una estupidez. Ya lo intentamos y el Viejo no atiende a

razones. Sus decisiones son incuestionables, ¿no lo recuerdas?

—Lo sé. También recibimos nuestro castigo.

—Seguro que sí, pobrecitos —dijo Tanon—. Os encerraron en el Nido. No sabes cómo es el Infierno. ¿Cuántos de los neutrales murieron durante vuestro encierro? Ni uno solo, ¿verdad? Tampoco os privó de la facultad de curaros, seguís teniendo Sanadores. No te atrevas a comparar nuestros castigos, Sirian. No eres capaz de imaginar lo que hemos pasado.

—Cada uno hizo lo que creyó conveniente. Vosotros elegisteis la Guerra, nosotros el diálogo. Perseguíamos un fin similar. No me

culpéis a mí por vuestros problemas. Yo no os culpo de los míos y también los tengo. Somos los menos numerosos e igualmente odiados por los dos bandos.

—Es lo que suele pasar con los cobardes —Tanon se acercó hasta Sirian—: no sabéis cuándo hay que darlo todo por una causa. Arriesgar la vida si es necesario. Me dais asco. Nosotros nos levantamos contra el mismo Creador, contra Dios, porque pensamos que era lo mejor. No encontrarás a nadie tan débil entre los Caídos. No le tememos a nada y nuestra determinación a acabar lo que empezamos es inquebrantable. Estableceremos un nuevo orden.

Todos los demonios de la sala sacaron sus alas como gesto de apoyo a sus

palabras. Sirian los miró, inexpresivo.

—Bonito discurso —dijo, osadamente—. Veo que no habéis cambiado. ¿Qué destino reserváis para los Menores en caso de que triunféis?

—Preocupado por ellos, ¿eh? —dijo Tanon, despectivo—. En eso siempre fuiste como los verdaderos ángeles. Claro que ellos al menos tienen los huevos de pelear por sus ideales. Los Menores no nos preocupan, son irrelevantes en esta contienda. Pero no compartimos vuestra visión de dejarles totalmente libres. Son estúpidos y egoístas, incapaces de comprender el alcance de sus propios actos. Si se les permite seguir a su antojo, terminarán convirtiendo la Tierra en un lugar

inhabitable para ellos mismos. Deben ser controlados. Pero eso puede esperar.

—Ya veo. Lo tenéis todo pensado. Será una suerte para todos si os hacéis con el poder vosotros, que lo sabéis todo.

—Mide tus palabras, Sirian. No cometas el error de pensar que tu situación ha cambiado en los últimos minutos. Te recomiendo que empieces a explicar cómo has dado con nosotros.

—Os sigo la pista desde hace tiempo. Os espiaba cuando ampliasteis esta sala y grabasteis la runa de activación en el suelo.

—¿Cómo escapasteis del Nido?

—Igual que vosotros, supongo. La Onda nos permitió salir de nuestra

prisión y huimos antes de que pudieran reaccionar.

—¿Por qué nos espiabas?

—Seguimos siendo neutrales si es eso lo que te inquieta. —Tanon esbozó una mueca de asco que dejó claro que no estaba preocupado lo más mínimo—. No queremos interferir en vuestras guerras, pero necesito vuestra ayuda.

—Seguro que estamos encantados de ofrecértela. ¿En qué podemos servirte?

—Sé que es lo último que querríais hacer, pero podemos ayudarnos mutuamente. Necesito ir al Nido y puedo abrir el portal para vosotros.

—Si puedes abrir el portal, ¿por qué no has ido a otro de los que ya existen? No nos necesitas para ir al Nido.

—Es cierto, hay algo más. No todos los neutrales pudieron escapar. Mi intención es volver y rescatar a los míos que aún siguen presos allí.

—Y quieres hacerlo mientras nosotros atacamos, para que los ángeles estén ocupados y tú puedas escabullirte cómodamente hasta tus amigos. Muy acorde con tu estilo. Nosotros luchamos y los neutrales huis a esconderos. Falta que me aclares cómo es posible que no podamos abrir el portal, pero tú sí.

—En realidad es muy simple. Evaluábamos la posibilidad de entrar por nuestra cuenta, pero vimos que se establecía un bloqueo que os afecta sólo a los demonios. Yo puedo activar el sello porque soy un ángel.

—Hay algo que no encaja en tu historia, Sirian. Los ángeles no son tan precavidos. No nos temen. Saben que nos derrotaron la primera vez y que ya no tenemos Sanadores, por no hablar de su absoluta confianza en su inexpugnable Ciudadela. Además, si hubiesen puesto ese bloqueo lo sabríamos. Tenemos nuestros métodos para informarnos.

—No sé cómo obtenéis vuestra información, pero si no sabíais este detalle es probablemente porque no es una decisión aprobaba por el Consejo. Es obra de uno o varios que actúan por su propia cuenta. Por lo visto, alguien sí os considera una amenaza.

—¡Asius! —dijo Stil—. Estoy seguro de que ha sido el Pelirrojo. Por lo que

sabemos es el más intuitivo de ellos.

—No te muevas de aquí. Ahora volvemos —le susurró Tanon a Sirian.

Soltaron al neutral y éste se quedó apoyado contra la pared, aún debilitado por el terrible golpe que le había dado Tanon. Sostuvo las miradas de los demonios que le flanqueaban con sorprendente dignidad teniendo en cuenta que estaba rodeado de sus peores enemigos.

—Que nadie toque al cobarde —advirtió Tanon en voz alta.

Los Barones se reunieron de nuevo en el centro de la sala.

—Deberíamos obligarle a abrir el portal y luego matarlo —sugirió Urkast en cuanto estuvieron todos.

—O meterle en el Agujero —añadió Elnis—. Sé cómo garantizarle sufrimiento a ese rastrero durante al menos un par de milenios.

—Le necesitamos —dijo Stil—. No tenemos elección. Y lo sabe. Por eso se ha entregado. Cada vez quedan menos horas.

—Se me ocurre que tal vez... —dijo Elnis—. Si el bloqueo afecta a los demonios, podríamos usar a un Menor para que colocara el sello. Así abriríamos el portal y podríamos desquitarnos con Sirian.

Lo pensaron unos segundos.

—No tenemos tiempo —dijo Stil—. Tendríamos que ir a Londres a por un Menor y obligarle a hacerlo. Por otro

lado, tampoco estamos seguros de que ese bloqueo no les afecte también a ellos. Perderíamos el tiempo y puede que Sirian ya no estuviera tan dispuesto a colaborar. No le subestimemos. No es estúpido y tampoco un suicida. Si está aquí es porque sabe que no tenemos margen de maniobra.

—Además, no es inteligente matarle —siseó Dast—. Le necesitamos vivo. No sabemos nada de los neutrales. Podrían guardar sorpresas interesantes. Viendo la importancia que Sirian ha adquirido de repente, se me ocurre que puede haber sido un error por nuestra parte el ignorarles. Quién sabe lo que realmente traman. Son los menos numerosos de todos, así que algo tienen

que estar pensando para equilibrar las cosas. Yo no me libraría de él; más adelante podremos utilizarle para que nos conduzca a los demás neutrales.

—Muy agudo, Dast, como siempre. —Stil le miró con interés—. Yo estoy de acuerdo con él.

—Está bien —accedió Tanon—. Pero no pienso correr riesgos con él. Me aseguraré de que le tengamos bajo control, y si intenta alguna jugarreta, le mataré.

Volvieron a la pared donde estaba Sirian. Se le veía mejor; se estaba recobrando.

—Parece que vamos a colaborar de nuevo —le dijo Tanon con su voz grave—. Tú nos abres el portal y nosotros

dejaremos que rescates a los otros desarrapados de tu grupo. ¿Estamos de acuerdo?

—Conforme —asintió—. Espero que con esto queden selladas nuestras diferencias. Pongamos las cartas sobre la mesa. Voy a salvaros de tirar por la borda vuestro plan. Todos sabemos que apenas queda tiempo para que funcione el portal. A cambio, vosotros nos dejareis salir del Nido.

—Por supuesto. Un trato bien sencillo.

—Bien. Voy a colocar el sello —anunció Sirian.

—No tan deprisa. —Tanon le agarró la cabeza, cubriéndole la cara con su mano, y la aplastó contra la pared—. Por si acaso tus intenciones son otras,

quiero recordarte una vez más con quién te la estás jugando. —Una luz roja salió de la mano del Barón y cubrió la cabeza de Sirian, que dejó escapar un gemido. La luz duró poco. Tanon retiró la mano. La cara del neutral estaba atravesada por unos horribles surcos de piel quemada y deformada que formaban una runa—. Es sólo para marcarte. Me gusta saber dónde estás en todo momento. Es que hemos pasado mucho tiempo sin vernos. ¿Algún problema?

Sirian no respondió. Avanzó despacio hasta el símbolo del suelo, repasando la runa de su cara con los dedos de la mano. Recogió el sello bajo el peso de las miradas de los demonios e interrogó a Tanon con sus ojos violetas. El Barón

asintió.

Sirian colocó el sello en su lugar.

La piedra se hundió en el suelo y giró hasta completar la runa de activación.

—¡Todos a sus posiciones! —exclamó Tanon—. ¡Ha llegado el momento de volver a casa!

CAPÍTULO 19



Una turbulencia arrebatadora se agitaba en la mente de Raven. Se sentía exhausto e insignificante. Su amnesia le negaba el derecho a reclamar como suya una identidad propia y sus sentimientos le eran tan ajenos como si pertenecieran a otra persona.

Acababa de despertarse de uno de sus turbadores sueños. Aún no había abierto

los ojos y prefirió continuar tumbado un poco más, fingiendo que seguía dormido. Todavía no se sentía con fuerzas para enfrentarse a sus nuevos atacantes. Necesitaba tiempo para pensar.

Escuchó el sonido de unos cautelosos pasos muy cerca. Alguien entró en la habitación y se sentó a su lado. Sus movimientos eran pausados y cuidadosos. Raven comprendió que intentaba no despertarle. Imaginó al extraño mirándole en ese preciso instante y se mantuvo inmóvil esperando que le dejasen descansar un poco más.

Unos pasos diferentes, mucho más ruidosos, se acercaron desde la distancia.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó una voz intranquila.

—Sigue durmiendo —contestó una mujer más cerca de él.

—¿Todavía? Lleva un día y medio dormido. A lo mejor está enfermo.

¡Un día y medio! Raven no lo podía creer. Pensaba que a lo sumo habría conseguido conciliar el sueño un par de horas. Debería sentirse descansado, pero sus músculos y todo su cuerpo en general le transmitían la sensación contraria.

—No creo que esté enfermo —dijo la mujer—. Parece más bien agotado. Debe haber pasado por algo terrible. Le dejaremos descansar lo que necesite.

Raven dio gracias por la sensatez de

la desconocida. Su brazo le empezaba a doler por la postura de su cuerpo pero prefirió resistir a moverse y arriesgarse a que se dieran cuenta de que se había despertado. Sabía que le aguardaba una lluvia de preguntas, la mayoría de las cuales no quería ni podía contestar.

No tenía la menor idea de quiénes eran aquellas personas. Lo único que sabía era que había vagado por la Niebla sin rumbo, cosa que por lo visto no era posible, y cuando por fin encontró una luz y abandonó la oscuridad, se encontró frente a un hombre vestido con uniforme militar, que se le echaba encima blandiendo una espada de fuego, idéntica a las que empleaban los ángeles que le perseguían. Raven arrastraba un

golpe muy doloroso en la pierna derecha. Lo había recibido cuando huía por la vía del Metro y había sido el responsable de que perdiera el equilibrio y se precipitase en el interior de la densa Niebla.

En cuanto emergió de ella, y sin apenas espacio para reaccionar, levantó el brazo izquierdo sobre su cabeza y vio cómo el ardiente filo de la espada se le acercaba inevitablemente, dejando una estela anaranjada tras de sí. El impacto, que hubiera debido partirle por la mitad, fue de lo más insólito e inesperado. Sintió el golpe en todo su cuerpo al mismo tiempo, como si le golpeasen desde todas direcciones y en todas partes; fue rápido y muy flojo. La hoja

de fuego no le llegó a tocar. Se detuvo a unos centímetros de su brazo alzado y luego rebotó hacia atrás, proyectándose junto al soldado varios metros por el aire. Otro hombre y una mujer le observaron con los ojos desorbitados, desde el fondo de la habitación, sin sospechar que Raven estaba tan asombrado como ellos por lo sucedido. Una esfera circular azulada le rodeaba y fue perdiendo intensidad gradualmente hasta desaparecer por completo. Comprendió que había sido aquella extraña barrera la que había repelido el ataque del enloquecido soldado.

Su primer pensamiento no fue muy original. Venía dictado por la costumbre y no por la razón. Se dispuso a huir una

vez más. Su destino parecía ser escapar de los ángeles continuamente para que dieran con él de nuevo. Alguien debía disfrutar con aquella cacería eterna en la que a él le había tocado ser la presa.

—¡No, espera! —dijo la mujer—. Lo siento, ha sido un error. Te lo puedo explicar.

El hombre que antes estaba junto a la mujer se encontraba reclinado sobre el soldado que había intentado partirle en dos; parecía preocupado por él. Raven los miró a los tres y se dio cuenta de que se había equivocado. No eran ángeles. No los percibía como tales y su alarma interior, que siempre le avisaba, permanecía en silencio. Reconsideró la situación. La mujer tenía un aire

conciliador. El arrepentimiento estaba dibujado en su semblante y parecía implorar con la mirada que le concediera otra oportunidad. Cansado de persecuciones, muertes y ángeles, y anhelando un momento a solas al margen del mundo entero, Raven tuvo un segundo pensamiento. Y éste sí fue muy original.

—Necesito dormir —anunció con la voz apagada—. Estoy agotado.

Luego dio dos pasos, se tumbó en el suelo y no tuvo que esperar mucho a que el sueño le liberase del control de su mente.

Raven se vio transportado en su sueño a ese mundo tan ajeno a la realidad que Nilia había denominado el Nido. Le

había dicho que era otra dimensión, el plano del que procedían los ángeles. Siguiendo una lógica de lo más elemental, su mente estableció una conexión entre sus conocimientos previos y lo que Nilia le había contado, identificando al Nido como el Cielo. Aun así, eso no le ayudó demasiado a comprender su entorno, ni le proporcionó la manera de averiguar por qué le asaltaban esas visiones.

Una vez más se encontraba en lo que parecía un balcón plateado. La luz lo inundaba todo sin desvelar de dónde procedía, convirtiendo en imposible el que se formase sombra alguna. Raven dio una vuelta mirando a su alrededor. Las leyes físicas que conocía estaban tan

ausentes como la oscuridad. Se dio cuenta de que su visión no cambió al dar una vuelta sobre sí mismo. Veía en todas direcciones y en ninguna al mismo tiempo. Las imágenes se formaban en su mente y le brindaban una cantidad de información tan grande que era imposible de asimilar completamente. Únicamente retenía fragmentos aislados que esquivaban sutilmente su capacidad de comprensión.

De pronto se percató de algo enorme que se desplazaba a su alrededor. Le invadió la inmensidad y sintió con claridad cómo seis objetos de forma esférica y proporciones que no podía abarcar se deslizaban en torno a él. Sin saber cómo, entendió que sus

trayectorias no eran producto del azar. Las seis esferas contribuían de algún modo al equilibrio general de cuanto le rodeaba.

La imagen desapareció. Raven se dejó llevar por la sensación de paz que siempre le embriagaba cuando soñaba con aquel sitio. Apenas era consciente de su propio cuerpo. Flotó hasta el sitio más enigmático y grandioso. Entre porciones de realidad que estaban suspendidas en el aire, vislumbró la extraña figura alargada que parecía hecha de luz sólida. En sus sueños siempre se quedaba contemplándola con todos los sentidos al límite. Se empapó de sensaciones desconocidas y se forzó a profundizar en la dorada forma. Para

su sorpresa, esta vez logró distinguir algo más. La figura se correspondía con dos espectaculares alas de luz que se fundían la una con la otra.

En ese momento se despertó. Como en ocasiones anteriores enseguida le asaltó una ola de frustración al no averiguar la causa de sus recurrentes sueños.

De nuevo escuchó pasos entrando en la habitación. Esta vez el sonido se correspondía con el de varias personas. Raven levantó pesadamente los párpados y no vio a nadie en su limitado campo visual. Se desperezó ruidosamente y se incorporó.

Cuatro rostros visiblemente sorprendidos le miraban fijamente. Reconoció a tres de ellos: uno era el

soldado que le había atacado, aunque ya no vestía uniforme militar, otro era el de la mujer que se disculpó con él y el tercero era el del hombre bajito que estaba junto a ella la primera vez que los vio y que corrió en auxilio del soldado cuando fue repelido bruscamente por la barrera. El cuarto pertenecía a un hombre que no había visto nunca. Se ocultaba detrás de un puro muy largo y su repeinado cabello combinaba con un elegante traje.

—¿Quién eres? —le preguntó el bajito con urgencia. Su cara estaba bañada por la preocupación—. ¿Viste a alguien en la Niebla? Mi hermano se ha perdido ahí dentro.

Raven frunció el ceño extrañado por

la pregunta. La mención de la Niebla le hizo recordar cómo había llegado hasta allí. Examinó el lugar donde se encontraba. Juraría que era el mismo en el que se tendió a dormir, pero no había rastro de la Niebla.

—¡Rylan! Se acaba de despertar —le reprendió la mujer—. Déjale respirar un poco. ¿Cómo estás? —le preguntó a Raven—. Nos tenías preocupados. Has dormido mucho.

—Me encuentro mejor, gracias.

—Me gustaría disculparme en nombre de todos por lo sucedido. Me llamo Susan. Éste es Rylan. El del puro es Jack. Y Rick es quien te atacó por equivocación. Te confundimos con otro.

—Yo me llamo Raven.

—Perdí la cabeza —se disculpó Rick —. Me alegro de que yo fuese el único que salió perjudicado. ¿Cómo conseguiste detenerme?

Raven sacudió la cabeza y le miró directamente a los ojos.

—No lo sé —dijo secamente. Leyó en los ojos de Rick una repentina desconfianza. No le culpó. A él también le gustaría saber cómo lo había hecho. Eran demasiadas las cosas que le gustaría comprender.

—Yo te conozco —dijo Jack acercándose a él. Apartó el puro de su boca y dejó escapar una nube de humo —. Tú eres el que estaba en coma en el hospital y escapó fundiendo la pared. De hecho, la espada que tiene Rick es tuya,

si no me equivoco. Al menos la encontraron en una de tus manos. Tienes muchas cosas que explicar, amigo.

—¿Es esto un interrogatorio? Yo también podría pediros explicaciones. Lamento haber irrumpido en vuestra... casa, o lo que sea, pero no os he hecho nada. Creo que lo mejor es que me marche y os deje con vuestros asuntos.

—Un momentito —le cortó Rick—. Acabamos de perder a una persona en la Niebla. Casi cien soldados murieron a manos de quienes están al otro lado. Y ahora apareces tú realizando actos inexplicables.

—No es un interrogatorio —subrayó Susan, conciliadora—. Sólo te pedimos que nos ayudes respondiendo unas

preguntas. Han muerto varias personas y necesitamos entender qué ocurre antes de internarnos en la Niebla. Si de veras quieres irte, nadie te lo impedirá.

La explicación produjo un efecto tranquilizador en Raven. Su cuerpo se relajó y sus hombros descendieron un poco.

—¿Viste a mi hermano en la Niebla? —insistió Rylan.

Raven negó con la cabeza y evitó mirarle a los ojos, consciente de que no era la respuesta que esperaba.

—No hay nadie ahí dentro, sólo oscuridad. Lo siento.

Rylan se alejó del grupo y se sentó, apoyando la espalda en la pared con la mirada perdida en el suelo. Susan le

observó unos segundos con gesto de preocupación antes de volver la cabeza hacia Raven.

—Pero tú puedes moverte por la Niebla. Nadie ha regresado jamás. ¿Cómo es posible que tú sí? ¿Vienes del otro lado?

—No sé qué es ese otro lado al que os referís.

—Al cruzar la Niebla se llega a otro mundo —le explicó Rick—. Lo sé porque yo he estado allí. Es un lugar lleno de luz en el que no hay sombras, y en el que la materia puede permanecer suspendida en el aire. ¿Te suena?

La descripción era inconfundible. Raven iba a ese otro mundo en sus sueños pero no le podía explicar eso a

unos desconocidos, y menos aún que lo más probable era que se tratara del Cielo. Le tomarían por loco. Y en el remoto supuesto de que le creyesen, eso conllevaría un número mayor de preguntas para las que no tenía explicación. El simple hecho de pensar en ángeles y demonios le sumía en una confusión enorme. En sus escasos recuerdos no encontró nada que le indicara que había recibido una formación religiosa, pero por lo que sabía, todo el mundo compartía una creencia más o menos igual respecto al Cielo y el Infierno. Él había visto ángeles con sus propios ojos. Según le habían dicho, incluso había matado a uno de ellos. A pesar de que su

comportamiento no era el que cabía esperar de quienes se supone sirven a Dios, eso no le impedía sentir una pesada culpa en su interior. Y luego estaba Nilia. Si lo que habían presenciado sus ojos y sus oídos era verdad, entonces había estado colaborando con un demonio, y albergando unos sentimientos hacia ella que ni la creencia popular de que era una encarnación del mal conseguía expulsar. Su imagen seguía grabada en su cabeza y no sólo no se desvanecía, sino que deseaba volver con ella cuanto antes.

No podía compartir esa información con unos extraños.

—No me suena —mintió—. No he

estado en ese mundo del que me hablas.

—Sin embargo, no pareces extrañado de que estemos hablando de otro mundo —señaló Rick—. ¿De dónde has venido si no es de allí?

—Caí en la Niebla por error. Resbalé en el Metro. Así es cómo llegue hasta aquí.

—Eso es casi imposible de creer —dijo Jack chupando su puro—. Claro que la existencia de otro mundo no es que sea más fácil de aceptar. ¿Cómo es que puedes caminar por la Niebla? —preguntó con aire despreocupado.

—No lo sé. —Raven cerró los ojos con fuerza. No podía explicar cómo lo hacía pero era consciente de que no sonaba creíble—. Sencillamente, lo

hago. Mis manos emiten luz y puedo ver en la oscuridad.

—¿Tiene algo que ver con la barrera que levantaste para detener la espada? —preguntó Rick poco convencido por su explicación—. ¿O con tu forma de curarte y escapar del hospital? ¿Eres uno de ellos? ¿Qué eres?

—¡No lo sé! —gritó Raven, furioso—. No sé cómo hago esas cosas. Pero soy un hombre igual que tú. No vengo de ese otro mundo.

—Yo no puedo hacer lo que tú haces. Nadie puede. Así que no eres como yo.

Esas palabras le causaron un dolor más profundo del que hubiera creído posible sentir. Las persecuciones, su amnesia y todo lo demás habían

convertido su vida en un amargo camino que cada vez le costaba más recorrer. Pero Rick acababa de señalar sin saberlo al mayor enemigo al que se había enfrentado: la soledad. Desde que tenía memoria, sus relaciones con los demás seres humanos habían terminado siempre en un desastre. De un modo u otro, él siempre supo que no era como el resto, tal y como Rick acababa de recalcar. Ni un solo amigo, ni una sola relación sentimental, ni familia, ni nada parecido. Siempre huyendo, siempre solo. Siempre sintiendo que no pertenecía a aquel mundo.

No obstante, estaba seguro de no ser un ángel, ni un demonio. Ni siquiera él sabía quién o qué era. Pero algo le

llamaba en su interior. La verdad estaba en alguna parte.

—Deja de acosarle, Rick. —Susan se acercó a Raven y le abrazó con ternura —. No te preocupes. Te ayudaremos. Todos estamos buscando respuestas. Seguro que están relacionadas. Hay una explicación para todo, ya lo verás.

Aquello le dio una nueva idea a Raven. Estaban hablando de la Niebla y Rick había mencionado que había estado en el Nido. Puede que supieran algo que le pudiera ayudar. Después de todo, tampoco era muy complicado saber más de lo que él sabía.

—Tú mencionaste que habías estado en ese otro mundo —le dijo a Rick—. Eso significa que también puedes cruzar

la Niebla.

—Fue algo diferente —respondió Jack, quien prefería que Rick no interviniese en un rato—. Encontramos un portal que tenía una niebla que estaba iluminada en su interior, pero ésta es diferente: no hay luz, sólo oscuridad. No podemos atravesarla.

—¿Un portal? ¿Qué es eso?

—Un extraño dispositivo que genera Niebla. No sabemos quién lo puso aquí. —Raven se hizo una idea de inmediato. Los ángeles lo utilizaban para ir y venir del Cielo—. Por eso no hay Niebla ahora en esta sala. Lo desactivamos.

—¿Podéis activarlo de nuevo?

—Sí. Nuestra intención era atravesarlo en busca de las respuestas

que ha mencionado Susan. Pero como te he dicho, la Niebla no tiene luz. Claro que eso no es un problema para ti.

Raven se quedó pensativo.

—¿Qué hay de la espada? —continuó Jack—. Es tuya, ¿no? ¿Qué nos puedes contar de ella?

—No es mía. Se la quité a uno de esos tipos. Por lo que Rick ha dicho, supongo que son los que mataron a esos cien soldados.

—¿Se la quitaste? —preguntó Rick, asombrado—. ¿Era uno solo?

Raven dudó unos instantes antes de responder.

—Cuatro, pero he visto a más —dijo con tono neutro—. Puedo identificarlos si están cerca —añadió al ver la cara

que ponían los tres—. Aunque no a todos —rectificó, recordando cómo le habían capturado. En aquella ocasión habían colaborado dos ángeles cuyas presencias no sintió, y de no haber sido por Nilia le habrían atrapado—. Puedo sentirlos en la mayoría de los casos pero a veces no. No sé si mi detector falla con algunos de ellos o falla en algunas ocasiones.

—Eso quiere decir que están aquí, en nuestro mundo. Podrían estar en cualquier parte. —Los ojos de Rick se salían de sus órbitas.

—Yo creo que llevan bastante tiempo entre nosotros. No he visto ese portal del que habláis pero seguro que han sido ellos los que lo han colocado aquí.

—Ya te dije que no eran los únicos portales del mundo —le dijo Jack a Rick—. La explicación encaja perfectamente. Esos extraños utilizan la Niebla para viajar entre nuestros mundos y sólo Dios sabe desde cuándo lo están haciendo.

Raven pensó que esa última frase era más acertada de lo que podían imaginar, pero se abstuvo de hacer ningún comentario en voz alta.

—Pero no sabemos por qué lo hacen —dijo Rick—. ¿Qué es lo que quieren de nosotros? Dices que le quitaste la espada a uno de ellos. ¿Cómo? Imagino que no se le caería al suelo y luego tú la recogiste. ¿Has hablado con ellos?

—No. Sucedió algo... parecido a la

barrera con la que me escudé de tu ataque... Yo cogí el arma y luego... quedé inconsciente. Lo siguiente que recuerdo fue cómo me desperté en una cama... Después me fugué, como ha dicho Jack. Más tarde caí en la Niebla y vine a parar aquí.

—¿Y de verdad no sabes cómo haces todas esas cosas tan increíbles? —preguntó Susan.

—Os juro que no lo sé. Empezó hace algunos años. No siempre puedo controlar lo que hago. —Raven reprimió un sollozo al recordar la muerte de Maya—. Puedo ser peligroso cuando pierdo el control.

—Algo debió pasar para que adquirieses esas facultades —sugirió

Jack—. ¿No recuerdas haber estado en ese otro mundo nunca?

—No. —Raven decidió no hablar de sus extrañas visiones—. Pero lo cierto es que sufro amnesia. No recuerdo nada de mi vida antes de la Onda. Ni siquiera sé mi edad o mi verdadero nombre. Un tipo me preguntó una vez cómo me llamaba y Raven fue lo primero que me vino a la cabeza.

—Amnesia desde la Onda —comentó Jack, pensativo—. Apuesto a que antes no tenías esos poderes o lo que sea. Seguro que tiene algo que ver con ella. ¿Recuerdas qué estabas haciendo cuando sucedió? —Raven negó con la cabeza—. ¿Y dónde estabas? —El extraño sacudió la cabeza, aturdido.

—Mi primer recuerdo es despertarme tirado en el suelo. Estaba en un callejón sucio y oscuro. Me levanté y salí corriendo sin saber qué estaba ocurriendo o quién era yo. Luego vi mi rostro reflejado en el escaparate de una tienda. Fue como contemplar a un extraño. No reconocía mi propia cara. Acabé viviendo como un vagabundo.

La historia dejó a todos pensativos durante un rato. No era un relato muy feliz y, a pesar de su escueto resumen, todos entendieron que su vida distaba mucho de haber sido normal. Sus ojos azules parecían cargados de tristeza y reflejaban un intenso cansancio interior. Su pelo, salpicado de canas, y las arrugas de su frente le conferían la

apariencia de alguien en torno a los cincuenta años. Mirándole se veía a un hombre mayor y cansado que necesitaría ayuda para realizar cualquier acto que conllevara un cierto esfuerzo físico, y no a quien posee facultades únicas que van más allá de la condición humana.

Incluso Rick sintió algo de lástima por él. Su rechazo inicial había ido atenuándose paulatinamente conforme se había ido desarrollando la conversación. Ya no creía que fuese uno de los misteriosos habitantes del otro mundo que había aniquilado a su expedición. Ahora le veía como una pieza más del incompresible rompecabezas en que se había sumergido desde que conoció a Jack; de

hecho, su intuición le decía que podía incluso ser la pieza más importante de todas. Dudó si consultar con Raven sus descubrimientos respecto a la T.U.C. Era posible que supiera algo de aquellos extraños edificios, o de Capa, o del inexplicable embarazo de Ángela Brown.

Jack también percibía la importancia de Raven en todo aquello. Hacía rato que no daba una calada a su puro, que se había consumido hasta la mitad. Un trozo de ceniza de respetable tamaño se desprendió y se esparció por el suelo. Jack ni se dio cuenta, absorto en sus cavilaciones.

Raven se acercó a Rick y tendió la mano.

—¿Puedo ver la espada?

El militar vaciló. Se produjo un silencio incómodo. Pasados unos segundos, sacó la espada y se la dio.

En cuanto Raven la tuvo en su mano percibió una gran fuerza en el pequeño objeto. Había visto a Diago y a los miembros de su grupo utilizarla. Se había preguntado si sería capaz de hacer lo mismo y supo que sí podría antes de intentarlo siquiera.

Se separó de Rick y sopesó el mango en su mano con cuidado. Lo empuñó con fuerza y el filo anaranjado, cubierto de llamas, surgió de repente. Dio unos cuantos golpes al aire, sin otra pretensión que acostumbrarse a su peso. Rick observó que la espada parecía

ligera en las manos de Raven. La blandía de un lado a otro con una sola mano con gran soltura.

—¿Sabes manejarla? —le preguntó Rick.

—He visto cómo la usan.

Raven alzó la espada por encima de su cabeza y dibujó un arco inclinado muy amplio. Una línea de llamas ardió silenciosamente en el aire. Rick se aproximó hasta ella y la estudió atentamente.

—Sus llamas son realmente intensas —observó, asombrado—. Nunca hemos logrado algo tan potente.

—¿A qué te refieres? —preguntó Raven, extrañado.

—Hemos hecho algunas pruebas.

Nuestros trazos crean líneas de llamas mucho más débiles. Lo sé por la fuerza del color del fuego, e incluso por la altura de las llamas. Prueba otra vez.

Raven se giró a un lado y rasgó el aire dibujando un nuevo semicírculo, más corto en esta ocasión. Cuando terminó el movimiento, el arco de fuego salió disparado hacia adelante y atravesó la pared.

El puro de Jack se escurrió entre sus dedos y cayó al suelo.

—¡Eso ha sido increíble! —exclamó Rylan poniéndose en pie de un salto—. No habíamos conseguido hacer algo así nunca. Voy a ver hasta dónde ha llegado. —Desapareció por la puerta a la carrera.

Los demás miraban a Raven sorprendidos. Susan parecía especialmente anonadada. Sus ojos estaban abiertos al límite y no se apartaban del alargado espadachín.

Raven desactivó la espada y se la tendió de nuevo a Rick.

—Es un arma muy peligrosa —comentó, indiferente—. Me han atacado con ella en varias ocasiones.

Rick cogió el mango de la espada sin despegar los ojos de Raven.

—¿Te han atacado en varias ocasiones? ¿Cómo has podido sobrevivir contra un arma como ésta?

Raven meneó la cabeza con expresión de cansancio. Rylan entró en la habitación con la respiración agitada.

—¡Ha atravesado tres paredes! —dijo en tono triunfal.

—¿Por qué te quieren matar? —preguntó Jack.

—¿Quién quiere matar a quién? —interrogó el pequeño científico con tono de preocupación.

—No quieren matarme —explicó Raven—. Me quieren vivo. Al parecer les hice algo que no puedo recordar. Es todo cuanto me dijeron.

—¿Has hablado con ellos? —Susan se acercó y lo miró, atónita.

—Llevan persiguiéndome muchos años. Han estado a punto de capturarme hace muy poco. Hemos intercambiado unas palabras, pero no ha sido una verdadera conversación.

—¿Alguno de ellos vestía una capa negra y tenía pinta de niño? —preguntó Rick.

—No. No he visto a nadie con esa descripción.

—¿Y has averiguado quiénes o qué son? —En la voz de Susan se apreciaba una nota de nerviosismo muy poco habitual en ella. Rick la miró preocupado.

—No estoy seguro —dijo Raven sonando poco convincente.

—Lo sabes, ¿verdad? —Susan parecía fuera de control. Agarró a Raven por un brazo y lo agitó bruscamente—. Sabes quiénes son.

—Tranquilízate, Susan. —Rick la agarró por los hombros pero ella se

negó a soltar a Raven y le sacudió el brazo con más fuerza.

Raven se quedó perplejo ante aquella reacción. Parecía fuera de lugar. No había dicho nada para que se alterase de ese modo. Pero algo se encendió en su interior. El apretón de la mujer fue más fuerte de lo que cabría esperar de su delicada silueta y, sin darse cuenta, reaccionó como si de un peligro se tratase. Retiró el brazo en un acto reflejo del que no fue consciente. El movimiento resultó más violento de lo esperado y Susan cayó al suelo.

—¡Ni se te ocurra tocarla! —gritó Rick.

Automáticamente se reclinó sobre ella con un gesto protector y clavó en Raven

una mirada de advertencia. Rylan y Jack no supieron qué hacer.

—Yo... Lo siento. —Raven dio un paso atrás, tembloroso.

Su actitud era la menos amenazadora que se pudiera imaginar. Había estado a punto de perder el control de sí mismo una vez más. Y en esta ocasión ni siquiera sabía a qué era debido. Vio cómo Rick escudaba a la mujer con su cuerpo y se imaginó que debía ofrecer una imagen peligrosa. Retrocedió un poco más, inseguro.

—No es culpa suya —dijo Susan levantándose—. No sé qué me ha pasado. Perdóname, Raven.

Rick no apartó sus manos de ella y Raven comprendió de repente que entre

ellos había algo más que amistad, al menos por parte del soldado. La excesiva protección que le brindaba no era producto del supuesto peligro que él representaba. Tuvo muy claro que quienquiera que pusiera una mano sobre aquella mujer se enfrentaría a un enfurecido Rick, dispuesto a todo con tal de cuidarla.

—Lo cierto es que debería marcharme —dijo Raven, dubitativo—. No quiero causaros más molestias.

—No. Quédate. Podemos ayudarnos mutuamente —le pidió Susan.

—No lo creo. Pensaba pediros que me ensañaseis ese portal del que habéis hablado.

—¿Vas a cruzar la Niebla de nuevo?

—preguntó Rylan. Raven asintió con timidez—. Voy contigo —añadió con fuerte determinación.

—No. Es peligroso —advirtió Raven, repentinamente alarmado. Le asaltó la imagen de Maya y otras situaciones similares vividas en el pasado—. Créeme. Quien se junta conmigo suele acabar mal. Vosotros no tenéis que ir allí; deberíais olvidarlo.

—No podemos —dijo Jack—. Todo está relacionado. La Onda, ese mundo, las armas... Las respuestas están allí y nos afectarán a todos. Además, no cometas el error de pensar que serás el único que llegará hasta ese lugar. Hay más portales y antes o después alguien los cruzará. Nosotros ya teníamos

intención de hacerlo.

—Yo pienso ir a buscar a mi hermano —recalcó Rylan, obstinado.

—Todos tenemos nuestros motivos —esta vez fue Rick quien habló. Era consciente de que necesitaban a Raven, y tras su exhibición con la espada no tenía dudas de que estarían más seguros con él—. Podemos ayudarte. Puedes creerme si te digo que no siento el menor aprecio por los que masacraron a mi primera expedición. Si vienen a por ti, juro que te defenderé. Y Jack tiene razón. Antes o después alguien llegará hasta allí, desde la Zona del Norte o desde cualquier otro sitio, y puede que nos arrebate lo que quiera que haya al otro lado. No podemos internarnos en la

Niebla sin ti. Necesitamos tu luz.

—Es mejor que vayamos juntos, Raven —aportó Susan—. ¿Por qué enfrentarse solo a esto?

Raven se sintió confundido y abrumado. No supo negarse a sus peticiones. En cierto modo le estaban pidiendo ayuda y sus argumentos no carecían de lógica. Sería bueno disfrutar de compañía para variar y quizás ellos averiguaran algo que a él se le escaparía. Tampoco se sintió con ánimos como para negarle a Rylan la esperanza de recuperar a su hermano. La idea de vagar por Londres en busca de otro banco de Niebla no se le antojaba muy seductora. No tenía idea de cuánto tiempo le llevaría encontrarlo y en su

interior la atracción que sentía era cada vez más fuerte. Raven no quería perder más tiempo y arriesgarse a un nuevo encuentro con Diago. Puede que tuviese más suerte en el Nido, pues en la Tierra ya le habían demostrado sobradamente que podían dar con él. Tampoco pudo negar que sentía curiosidad por ver el portal en funcionamiento.

—De acuerdo. Abrid el portal y nos iremos. Pero debéis comprender que no me hago responsable de lo que nos suceda.

Los cuatro asintieron con seguridad.

—Sabemos lo que nos jugamos —dijo Rick—. Yo, personalmente, ya no puedo esperar más. Necesito hacer lo que sea para intentar entender las miles de cosas

inexplicables por las que he pasado. Recuerdo que la primera vez que crucé la Niebla lo hice por obligación. No pensaba que fuésemos a encontrar ninguna respuesta y estaba seguro de que sería peligroso viendo el estado en que nuestro mundo quedó tras la Onda. Ahora sé que no evitaremos el peligro quedándonos aquí. Esos extraños, sean quienes sean, están ya entre nosotros —Rick pensaba en Capa y en las actividades de la T.U.C.— y están preparando algo que no alcanzo a comprender. Debemos averiguar de una vez por todas de qué va todo esto. Si no, seguiremos dando palos de ciego hasta que se decidan a hacer lo que quiera que tengan pensado.

—Eso no excluye que debéis ir con cuidado —les recordó Jack—. No servirá de nada si encontráis las respuestas y morís en el intento.

—Muy bien. ¿Nos vamos? —preguntó Rylan, impaciente.

Se apartaron de la zona comprendida entre los pilares. Rick sacó el sello y activó la runa del suelo. Las cinco columnas se elevaron y comenzó el proceso de apertura del portal. Desde el principio y hasta que se formó la Niebla en el centro, Raven lo observó todo fascinado, sin perder el más mínimo detalle. Cuando vio los pilares flotando en el aire, no tuvo duda de que eran obra de los ángeles. En sus sueños había visto todo tipo de objetos volando sobre

el suelo, incluso montañas enteras. El parecido era imposible de pasar por alto.

—Manteneos cerca de mí —advirtió Raven—. No sé muy bien cómo funciona esto, pero estoy seguro de que no debéis abandonar la luz.

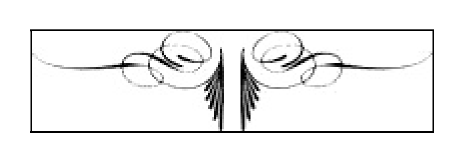
Jack se quedó viendo al grupo avanzando hacia la Niebla. Raven iba el primero. En cuanto su pie desapareció entre la oscura nube, sus manos empezaron a brillar. Una luz dorada le rodeó y los serpenteantes jirones de niebla retrocedieron. Jack no pudo distinguir lo que había entre la Niebla, ya que el destello dorado no se lo permitía. Avanzaron lentamente y en pocos segundos vio cómo la Niebla les

envolvía de nuevo haciéndoles desaparecer.

Recogió el sello y esperó a que se cerrara el portal con una sensación indeterminada en el estómago. Luego salió de la habitación y cerró la puerta a sus espaldas.

Las llamas que Raven había dibujado con la espada siguieron ardiendo en el aire durante casi dos horas más.

CAPÍTULO 20



—¡Dime que has visto eso! —exclamó un hombre mirando hacia el cielo nocturno salpicado de estrellas.

El firmamento estaba despejado aquella noche y el gélido viento aullaba tímidamente entre las calles de Londres, anunciando un descenso mayor de la temperatura para las próximas horas.

—¿El qué? —preguntó interesado su

acompañante al tiempo que levantaba la vista siguiendo la mirada de su joven amigo.

—Acabo de ver un águila blanca enorme volando entre los dos edificios. —Su voz rezumaba sorpresa e incredulidad.

—Siempre supe que la Onda te afectó el cerebro —bromeó el otro bajando la cabeza. Hundió las manos en los bolsillos de su abrigo y siguió andando, despreocupado—. ¿Vienes o vas a esperar a ver si aparece un dragón? —añadió sin volverse.

El más joven permaneció inmóvil escrutando las alturas durante unos momentos, hasta que finalmente desistió. Se encogió de hombros y dio alcance a

su amigo con una serie de largas zancadas.

—Pues yo juraría que he visto un águila gigante —dijo testarudo mientras se alejaban.

Al menos había setenta metros de separación. Desde la azotea se veía perfectamente el tejado del edificio de enfrente, que se alzaba a menor altura al contar con ocho plantas menos. Vyns esperó hasta que Asius le dio la señal. Era su turno.

Retrocedió andando hacia atrás hasta que el edificio de enfrente desapareció tras la barandilla sobre la que había estado apoyado. Tomó impulso y corrió hacia el borde de la azotea. Al llegar al final dio un pequeño salto, apoyó el pie

en la barandilla y se precipitó al vacío desplegando sus alas. Sintió cómo el viento le acariciaba la cara y empujaba hacia atrás sus rubios cabellos. Sus alas se apoyaron con suavidad sobre el aire y su cuerpo planeó en perfecto equilibrio.

Por un instante su mente vagó por los recuerdos anteriores a la Onda, cuando volar era algo tan natural para él como caminar. En los trece siglos que ejerció como Observador, a menudo desempeñó su rutinaria tarea surcando los cielos azules de la Tierra. Su visión le permitía distinguir con claridad a los Menores desde la soledad de las alturas. Y el vuelo le brindaba la oportunidad de desplazarse con rapidez de un punto a otro cuando la situación lo requería.

Además, volar no sólo conllevaba ventajas prácticas. Vyns disfrutaba especialmente la sensación de plenitud que le invadía al remontar el viento. Las alas cobraban verdadera importancia y era necesaria la coordinación de todas las partes de su cuerpo, algo que desgraciadamente había dejado de tener sentido. Aunque algunos ángeles daban otros usos a las alas, él nunca las había utilizado para otra actividad que no estuviese relacionada con el vuelo, y ahora que la Onda se lo había arrebatado, algunas veces se sorprendía pensando en ellas como en una parte superflua de su anatomía. No era un pensamiento propio de un ángel.

Vyns presenció el primer vuelo de los

hermanos Wright, a principios del siglo XX, con una mezcla de asombro y decepción. Había estado presente en otros intentos de los Menores para vencer a la gravedad y encontrar un modo de volar, pero habían resultado un fracaso y a él le parecieron patéticos. Hasta ese momento, en que los hermanos Wright consiguieron llevar a cabo el primer vuelo autopropulsado de la historia de los Menores, había estado absolutamente convencido de que nunca lo lograrían, llegando incluso a asegurar a otros Observadores que el Viejo había reservado los secretos de los cielos para los ángeles. Por supuesto tuvo que retractarse, y una vez iniciada la era de la aviación, el tiempo de disfrutar de la

soledad entre las nubes terminó en lo que se le antojó un suspiro. Muy pronto el cielo fue atravesado por monstruosas construcciones de acero que eran capaces de transportar cientos de Menores. Vyns odió los aviones modernos desde que el primero de ellos surcó el cielo con sus estruendosos motores.

El descenso hasta el tejado, donde le esperaban Asius y los demás, fue demasiado breve para su gusto. La sensación de volar era adictiva, pero era dolorosamente consciente de que ya nunca volvería a hacerlo en sentido ascendente, excepto de manera controlada en los Conductos del Nido. Sus días de vuelo eran cosa del pasado.

Planear era el único retazo que le quedaba de su añorado arte.

—Ya estamos todos —dijo Yala mientras recogía a Vyns, cada gemelo por un brazo, para ayudarle a amortiguar el aterrizaje y evitar un ruido que pudiese alertar a los demonios.

Vyns miró a Yala, resignado.

—Gracias, pareja. Y pensar que antes de la Onda podía posarme sobre el suelo con la suavidad de una pluma —suspiró con melancolía.

Yala agitó las cabezas con gesto amable y fue a reunirse con Asius junto a la puerta que daba al interior. Vyns trotó detrás de él.

Habían estado varias horas vigilando el edificio, a fin de asegurarse de que no

regresaran los más de doscientos demonios que habían observado desde el escondite de Nilia. Zaedon había subrayado lo temerario de intentar enfrentarse a semejante número de enemigos y Vyns se limitó a asentir, reprimiendo emplear otro adjetivo menos diplomático para expresar su opinión. Yala y Lyam se mantuvieron al margen de la discusión acerca de cómo abordar el rescate de Diago. El Consejero no tomó demasiado en cuenta la observación de Zaedon y anunció que esperarían a que cayese la noche, principalmente para evitar interferencias de los Menores, y si el contingente de enemigos no aparecía, se infiltrarían en el edificio. El tono de decidido de Asius

no dejó lugar a la discusión.

—Vyns, irás en todo momento con Lyam y le protegerás. Os quiero en el centro del grupo —ordenó rascándose la perilla—. Yo iré delante. Zaedon, tú te colocarás detrás de mí. Yala, tú en la retaguardia.

Sin esperar una confirmación, hizo un gesto con la mano y la puerta se abrió sin hacer el menor ruido. Su rojiza melena desapareció en el interior y los demás le siguieron en el orden que había establecido. Bajaron por unas escaleras y llegaron a una nueva puerta. Asius la abrió y penetraron en el edificio. Se encontraron con un amplio y largo pasillo escasamente iluminado. El Consejero indicó con un gesto que se

mantuvieran en silencio.

—Hay que registrar la planta rápido —apuntó en voz baja—. Cuanto más tardemos, menos posibilidades habrá de encontrar a Diago con vida, y más peligro correremos de que regresen los demonios.

Estaban en la planta más alta del edificio, la décima. La recorrieron sin encontrar nada en absoluto, ni a Diago ni al enemigo. El pasillo atravesaba la planta por el centro. El resto era una amplia estancia diáfana que parecía llevar años sin que nadie la utilizara. Estaba cubierta de polvo, enormes cortinas de telaraña pendían del techo y había pedazos de muebles esparcidos por todos lados. Alcanzaron el otro

extremo y vieron dos puertas abiertas de par en par. Un montacargas les invitaba a entrar en él y a descender hasta el siguiente piso.

—Puede que sea mejor separarnos —sugirió Vyns—. Tardaremos menos en registrarlo todo.

—Sólo tenemos un Sanador —repuso Asius—. Permaneceremos juntos mientras no sepamos qué nos espera en este sitio.

—No creo que sea buena idea usar el montacargas —comentó Lyam.

—No lo haremos —estuvo de acuerdo el Consejero—. El ruido nos delataría y no quiero que nos sorprendan metidos ahí dentro, sin espacio de maniobra.

Un poco más a la derecha encontraron

unas escaleras idénticas a las del otro extremo, pero sin puertas que bloqueasen el acceso. La novena planta era, aparentemente, más de lo mismo. Se respiraba la misma atmósfera de desorden y abandono. Se internaron por el pasillo central, mientras lanzaban miradas a ambos lados por las enormes cristaleras laterales que se sucedían en las paredes. A mitad de camino, Asius levantó la mano y ordenó un alto. Todos se detuvieron. Acababan de doblar una esquina cuando se encontraron unas cortas líneas de fuego, ardiendo silenciosamente en el aire, formando una runa. Asius la estudió durante un largo momento. Poco después pasó a su alrededor y observó la runa desde el

otro lado. Vyns y Lyam se adelantaron hasta donde estaba Zaedon y también examinaron la runa con detenimiento.

—¿Alguien la reconoce? —preguntó el Consejero. Las tres cabezas que le miraban desde el otro lado del llameante símbolo negaron al mismo tiempo con el ceño fruncido. Asius pensó que por un momento la sincronización de los tres ángeles fue digna de los Gemelos—. Yala, examina esta runa a ver si te suena de algo.

Uno de los Gemelos rebasó a los tres sorprendidos ángeles y se paró ante la runa.

—No la había visto nunca —declaró en tono indiferente. No se manifestó sorpresa alguna en su rostro.

—Yo tampoco —reflexionó Asius—. No me gustan las implicaciones que eso conlleva.

—¿A qué te refieres? —preguntó Zaedon. El tenue resplandor de la runa se reflejaba en su corto pelo blanquecino y en su barba del mismo color, acentuando su apariencia de ser un Menor de avanzada edad.

—A que han desarrollado algo nuevo —aclaró—; algo que desconocemos y con lo que les sería fácil sorprendernos. Demasiado tiempo sin que sepamos nada de ellos.

—No había razón para preocuparnos —dijo Vyns—. Era imposible predecir la Onda y menos aún que una de sus consecuencias sería abrir el Agujero.

—Vyns tiene razón —le apoyó Lyam sin apartar sus ojos castaños de la runa —. El Favorito consiguió sellar el Agujero pero nunca pudieron salir, jamás. No había motivos para pensar que nunca en toda la eternidad nos volveríamos a encontrar con ellos. La Onda lo trastocó todo.

—Pues puede que paguemos muy caro ese cambio —sentenció Asius—. En fin, no tenemos tiempo de estudiar esta runa. Debemos encontrar a Diago.

—No parece ofensiva —mencionó Yala. El Gemelo extendió la mano antes de que nadie pudiera evitarlo y atravesó las líneas de la runa. Su mano paso por las llamas sin que se produjese ningún efecto. La runa no se alteró; se conservó

tal y como estaba—. Ni defensiva.

—No quiero que nadie haga nada con esa runa mientras no sepamos qué significa —dijo Asius secamente. Yala retiró la mano y volvió a la retaguardia —. Sigamos. Tenemos que darnos prisa.

Avanzaron por el pasillo en silencio. Asius no dejaba de darle vueltas al extraño símbolo. El hecho de no comprenderlo no hacía sino aumentar su inquietud. Estaban sucediendo demasiadas cosas en muy poco tiempo. Y todas apuntaban a que su enemigo estaba organizado y tenía un plan premeditado. Ellos no habían variado su modo de actuar. No tenían motivos para hacerlo. Ganaron la Guerra. Y al no haber ninguna nueva amenaza en tanto

tiempo no surgió la necesidad de modificar sus patrones de comportamiento. Tanto su organización interna como su modo de desenvolverse en combate eran los mismos de siempre. Se dio cuenta de que eran un libro abierto para los demonios y se reprendió a sí mismo por no haber pensado antes en ello. Sus adversarios habían cambiado, como esa nueva runa demostraba de un modo tan gráfico, y no tenían idea del alcance de sus nuevos métodos.

Llegaron al otro extremo sin encontrar ningún rastro de Diago. Se pararon un momento delante de las puertas de otro montacargas. Por lo visto la estructura del edificio era simétrica, con accesos

dispuestos a ambos lados.

Un sonido gutural se escuchó débilmente. Provenía del pasillo central por el que acababan de pasar y ninguno de ellos lo reconoció. Se giraron en esa dirección.

Durante unos instantes no sucedió nada. De repente, asomaron dos ojos amarillentos acompañados de un grave gruñido. Pertenecían a un animal negro que parecía formado por oscuridad. Su figura era similar a la de un perro, pero su envergadura era fácilmente el doble de la de un pastor alemán. Sus patas eran muy musculosas y terminaban en unas afiladas garras que se envolvían en llamas cuando entraban en contacto con el suelo, pero que las perdían cuando

estaban en el aire. Era como si caminaran sobre un suelo cubierto de brasas que sólo se hacía real cuando sus garras lo pisaban. Cuando los labios se retiraban, dejaban a la vista una colección de puñales de hielo.

La bestia se abalanzó sobre ellos a una velocidad sorprendente. Atravesó el aire de un salto y cayó con las cuatro patas sobre Zaedon, derribándole de espaldas. En cuanto las patas delanteras chocaron contra el pecho del atónito ángel, brotaron llamas que le cegaron. A causa de la sorpresa tardó en reaccionar y el enorme perro le mordió el antebrazo derecho.

Yala fue el primero en entrar en acción. Uno de los Gemelos dio un paso

al frente y le dio una patada al oscuro animal. La bestia salió despedida por el aire y atravesó la pared provocando un estruendo. El otro Gemelo ayudó a Zaedon a levantarse.

Todos sacaron las alas excepto Lyam.

—Ya nos han descubierto —anunció Yala.

—¡Lyam! —Asius corrió al lado de Zaedon, cuyo brazo sangraba abundantemente y tenía la carne desgarrada hasta el hueso.

—Estoy bien —dijo, aturdido—. No me lo esperaba, eso es todo.

La mano de Lyam se iluminó y lo mismo le sucedió al brazo de Zaedon. Cuando la luz se desvaneció, el miembro quedó curado por completo.

—¿Qué coño era ese bicho? —preguntó Vyns situándose junto a Lyam—. ¿Alguien ha visto una cosa así antes?

—Lo dudo mucho —contestó Asius—. Pero creo que está relacionado de algún modo con la runa que vimos antes. Los ojos de ese animal eran exactamente del mismo color que las llamas de la runa.

El enorme animal se asomó por el boquete que había abierto en la pared. Tenía varios pedazos de cristal clavados en el lomo, y las afiladas puntas no desaparecían de la vista al internarse en el cuerpo, sino que se distinguían distorsionadas a través de la negra masa de oscuridad. No brotaba sangre. El perro saltó una vez más y se lanzó sobre ellos. Yala cortó de arriba abajo con su

espada y el animal cayó al suelo en dos mitades antes de poder llegar hasta su presa.

Les llegó el sonido de más gruñidos. Retumbaron gravemente por toda la planta.

El grupo se dirigió hacia el pasillo, dejando a sus espaldas la pared donde estaba el montacargas y a un lado las escaleras. Vyns y Lyam se quedaron atrás.

Veinte más de esas bestias aparecieron rugiendo por el pasillo. Corrían de manera frenética y desordenada. Se empujaban de costado unos a otros, luchando por ser los primeros en atacar mientras sus pisadas levantaban intensas llamaradas.

—Son míos —dijo un Gemelo

—Son míos —dijo el otro.

Los Gemelos hablaron al mismo tiempo.

Cada uno empezó a dibujar con su espada una línea de llamas horizontal a la altura de la cintura, desde el lado contrario al que se encontraba el otro. Sus movimientos fueron idénticos y opuestos, como si sólo hubiese un ángel rubio de dos metros con un espejo a un lado, y el adyacente fuera su reflejo. Las dos espadas cortaron suavemente el aire hasta que sus puntas se encontraron en el medio exacto, entre los dos. La línea de llamas quedó completa y salió despedida hacia delante en el momento en que las primeras bestias saltaban

sobre ellos.

El arco de fuego chocó contra la primera oleada de fieras, haciendo que salieran disparadas en todas las direcciones. Algunas se estrellaron contra las paredes, otras contra el techo y otras golpearon a las que las seguían por detrás.

—Yo me encargo de ellos. Los contendré. Encontrad a Diago —dijo un Gemelo, indiferente.

La siguiente ola de animales saltó sobre Yala. Los Gemelos cortaron por la mitad a varias de ellas antes de que les pudiesen tocar siquiera. Pero eran demasiadas. Un perro mordió a uno en la pierna y otro hizo lo mismo en un brazo del otro Gemelo. Yala no pareció

sentir los bocados.

—De acuerdo —dijo Asius al ver cómo se las apañaba. Su perfecta coordinación de movimientos era cautivadora—. Zaedon, ayuda a Yala. Nosotros seguiremos buscando. ¡A las escaleras!

Se giró y se precipitó por el pasillo. Vyns y Lyam le siguieron.

Un Gemelo atravesó con su espada a otro de los animales, al tiempo que extendía el otro brazo, con el perro que le había mordido aún colgando de él, hacia el otro Gemelo, el cual, al mismo tiempo, agarraba con una mano a la bestia que le mordía la pierna y con la otra dejaba caer la espada de arriba abajo. La hoja terminó el movimiento

cortando la cabeza del perro que mordía al otro Gemelo en el brazo, deteniéndose antes de llegar a la carne.

Zaedon no supo qué hacer al principio. Trazó una barrera un poco por detrás y a un lado de uno de los Gemelos y luego fue al otro lado para evitar que les pudiesen rodear. Una de las bestias chocó inútilmente contra la barrera. Dos perros saltaron sobre él. Atravesó a uno con la espada y retiró su ala derecha justo a tiempo, viendo cómo el otro fallaba y pasaba de largo hasta chocar contra el muro.

Durante unos minutos la situación no varió demasiado. Los animales no dejaban de aparecer y abalanzarse sobre ellos, pero los ángeles los detenían y los

descuartizaban. Se hizo una pequeña pausa. Varias bestias les acechaban desde el pasillo sin decidirse a atacar. Zaedon sangraba por varios sitios y estaba empezando a cansarse. Yala seguía perfectamente. No presentaba un solo signo de fatiga o debilidad.

—Cuidado. Esto no ha terminado —dijo un Gemelo—. Ponte detrás de mí.

—¿Cuántas de esas bestias tienen? —preguntó Zaedon obedeciéndole y colocándose detrás de él. No era momento para el falso orgullo. Yala era uno de los mejores guerreros del Nido y aceptó su protección encantado—. Por lo menos hemos acabado con cien.

La cifra era exagerada, pero no en exceso. El suelo estaba cubierto de

pedazos de oscuridad por todos lados. Los dos ángeles vieron cómo iban perdiendo consistencia, tornándose más transparentes, hasta desaparecer. No dejaban ningún rastro. Las únicas gotas de sangre que había eran de Zaedon.

Algo retumbó. Sonó como una pisada fuerte que hizo vibrar el suelo. Se sucedieron más pasos como ése, el sonido era pesado y rocoso. Algo muy grande se acercaba. Fuera lo que fuese debía ser el motivo de que los animales no atacaran todavía. Estaban esperando refuerzos.

Finalmente volvieron a la carga y se abalanzaron sobre Yala, quien las contuvo a espadazos y golpes magníficamente medidos. Súbitamente,

algo enorme, de unos dos metros y medio de alto, y tan ancho como los dos Gemelos juntos, se alzó por encima de ellos. Su forma era más o menos humana: brazos, piernas y un amplio torso. Pero ahí terminaba el parecido. La imagen estaba hecha de roca oscurecida y recubierta de llamas azuladas. En la cabeza ardían dos llamas rojas donde uno esperaría encontrar los ojos.

Descargó un puñetazo desde lo alto sobre Yala. Éste cruzó las espadas sobre sus cabezas y detuvo el golpe, que sonó a piedra contra metal. Las llamas anaranjadas de las armas se mezclaron con las azuladas que recorrían al rocoso gigante, produciendo un fogonazo.

Varios perros mordieron las piernas de los Gemelos y Zaedon se apresuró a ayudarle. El gigante levantó pesadamente el brazo. Yala trazó rápidamente una runa en la que colaboraron los dos. Zaedon atravesó a un perro y dibujó una línea de fuego entre ellos. El puño de piedra descendió, se encontró con la runa de Yala y la atravesó haciéndola añicos. En el último instante, los Gemelos se separaron y el gigante golpeó el suelo, junto al pie de un Gemelo y muy cerca de donde estaba Zaedon. El suelo se vino abajo por el brutal impacto. Zaedon y uno de los Gemelos se precipitaron al vacío junto con los dos perros que quedaban. El otro ángel se quedó

paralizado un instante y el gigante le golpeó con el otro puño, lanzándole varios metros por el aire hasta que se estrelló violentamente contra la pared del fondo, al lado de la puerta del montacargas.

El enorme montón de rocas ardientes avanzó hasta Yala con movimientos lentos y pesados, ignorando el agujero del suelo. El Gemelo se puso en pie y sacudió la cabeza, aturdido. Lanzó una onda de fuego a su enemigo pero estalló sobre la piel de piedra, disolviéndose sin ningún efecto visible. Detuvo un nuevo puñetazo con su espada.

Era más rápido que su adversario, pero su fuerza había menguado al estar separado del otro Gemelo. Siguió un

intercambio de golpes durante unos minutos, en los que ambos adversarios parecían estar tanteándose el uno al otro. Estaban demasiado cerca para que Yala pudiese dibujar runas. Golpeó en varios lugares a su rival, buscando un punto vulnerable en el cuerpo de piedra. Al no encontrar el modo de penetrar en la piel del gigante, le asestó un puñetazo con todas sus fuerzas donde debería haber un estómago. El gigante se dobló y cayó al suelo de espaldas con un gran estruendo.

En ese momento brotó un destello azulado de la pierna del Gemelo. Un corte profundo apareció de la nada en el muslo y empezó a sangrar abundantemente. Su pierna se dobló un instante. Yala saltó por encima del

gigante y llegó hasta la puerta del montacargas; la derribó de una patada y se asomó por el hueco. El ascensor estaba en el piso de arriba. El Gemelo extendió el brazo y dejó caer la espada por el hueco, y ésta dejó una estela amarillenta en su descenso.

Se agachó a tiempo de evitar un golpe del gigante de piedra, que ya se había incorporado. Se deslizó a su alrededor y le dio un codazo en la parte de detrás de la rodilla. La criatura le golpeó con el codo y lo lanzó hacia atrás. Yala desplegó las alas y frenó su retroceso. Volvió rápidamente a la pelea. El gigante se giró y descargó un nuevo puñetazo. El ángel se desvió a un lado mientras el enorme puño pasaba de

largo. Agarró el gigantesco brazo de piedra y, aprovechando el impulso de su enemigo, lo arrojó hacia el pasillo. La pequeña montaña envuelta en llamas resbaló por el suelo y chocó contra una de las paredes, la derribó y siguió resbalando durante casi veinte metros más, arrasándolo todo a su paso.

Yala escaló la montaña de ladrillos y escombros bajo la cual estaba sepultado el gigante. Unos largos segundos transcurrieron sin que nada sucediese. Finalmente, los ladrillos empezaron a elevarse delante de él, cayendo hacia los lados, y la cabeza del gigante emergió rodeada de llamas. Yala la destrozó de un puñetazo. Sus nudillos la atravesaron y varios fragmentos de

piedra salieron disparados en todas las direcciones. Las llamas azules que rodeaban el cuerpo del gigante se extinguieron.



Asius, Lyam y Vyns bajaron por las escaleras a toda velocidad.

—Revisaremos la planta de abajo e iremos subiendo —les informó el Consejero.

—¿Por qué no seguir de arriba a abajo? —preguntó Vyns.

—Parece que las plantas superiores no

han sido utilizadas —contestó, saltando los escalones de cuatro en cuatro, ayudado por las alas. A Lyam le costaba seguir su ritmo, ya que las suyas eran demasiado pequeñas, incluso para un Sanador—. Probaremos abajo. Además, la oscuridad de esos perros me hace pensar que nuestro enemigo prefiere evitar la luz.

Siguieron saltando escalones hasta llegar al sótano. Estaba totalmente a oscuras. Lyam y Vyns sacaron sus espadas para iluminar su camino. El resplandor de las llamas ahuyentó la oscuridad a su alrededor. Sus ojos se fueron adaptando a la penumbra lentamente mientras avanzaban por un pasillo.

—Desde luego éste es el mejor sitio si quieren evitar la luz —mencionó Vyns.

—Espero que Yala y Zaedon estén bien —dijo Lyam, preocupado.

—Estarán mejor que nosotros, créeme —le aseguró Asius—. Yala es el mejor. Démonos prisa en encontrar a Diago para poder volver con ellos cuanto antes.

Encontraron varias habitaciones vacías en su camino. Apenas se detenían a registrarlas. En cuanto veían que Diago no se hallaba en su interior se marchaban a toda prisa. Sus ojos cada vez captaban más detalles en la oscuridad. El sótano no estaba abandonado como las primeras plantas que habían registrado, aunque tampoco

es que estuviera excepcionalmente cuidado. Lo que Asius encontró algo desconcertante fue que no había ni una sola lámpara; ni siquiera se veían interruptores en las paredes con los que encender la luz. Ya no tuvo ninguna duda de que los demonios se sentían mejor en la oscuridad. Era otra de las muchas diferencias que estaba descubriendo. La imagen que tenía de ellos se correspondía con la del final de la Guerra hacía milenios, la última vez que los vio. Por aquel entonces nada revelaba su aparente inclinación hacia la oscuridad. No podía ser de otro modo, dado que la inmensa mayoría no había abandonado nunca el Nido, y allí ésta era imposible.

Olvidándose de toda precaución, el grupo iba cada vez más deprisa. No tenía sentido intentar ocultar su presencia. Ya les habían descubierto. Derribaban las puertas sin contemplaciones. Una patada o un espadazo y entraban rápido en la siguiente habitación. Lo único importante era dar con Diago antes de que regresaran los demonios.

—¿Alguna idea de qué eran esas criaturas que nos atacaron arriba? —preguntó Vyns.

—La verdad es que no lo sé —reconoció Asius—. Lo he pensado un poco. No son de este plano, de eso estoy seguro. Sólo se me ocurre un sitio del que puedan proceder.

—El Infierno —dijo Vyns, siguiendo el razonamiento—. ¡Maldita sea! Parece que han hecho nuevos amigos.

Asius sacó las alas y levantó una, haciendo un gesto para que se detuviesen.

Sus alas eran enormes y sus plumas muy gruesas, un recuerdo de su anterior condición de Custodio, antes de que le ascendieran a Consejero. Los Custodios siempre llevaban las alas desplegadas, principalmente porque las llevaban cubiertas con una coraza articulada, la cual caería al suelo si las alas se ocultaran en la espalda. Asius tardó décadas en acostumbrarse a esconder las alas cuando se reunía el Consejo.

Señaló hacia delante. Una luz tenue se

filtraba por las rendijas de una puerta a unos diez metros de donde estaban. Sacó su espada. El mango era como el de las demás, pero la hoja era muy diferente. Era de un azul que no existía en el plano de los mortales y estaba recubierta de escarcha, en lugar de las habituales llamas anaranjadas. Emitía una luz blanquecina, salpicada de destellos azulados, que se reflejaba en su rostro confiriéndole un aire fantasmagórico.

Derribaron la puerta y entraron en la habitación iluminada. Dos cadenas colgaban del techo. Terminaban en dos oxidados garfios que atravesaban las alas de Diago dejándole suspendido en el aire. Debajo de sus pies había un charco de sangre de considerables

proporciones. El cuerpo del ángel se mecía ligeramente.

—¡Diago! —Asius se abalanzó sobre su amigo—. Ayúdame a descolgarlo, Vyns. Lyam, prepárate.

—¿Está vivo? —preguntó el Observador al tiempo que daba un salto y cortaba limpiamente las cadenas con su espada.

—A duras penas —contestó el Consejero recogiendo a Diago. Su voz reflejaba una profunda preocupación—. Te sacaré de aquí, amigo. Resiste un poco.

Lyam alargó el brazo y su mano empezó a brillar.

Una figura se movió con rapidez entre las sombras, cogiendo desprevenidos a

los tres ángeles que estaban concentrados en el herido. Se acercó por detrás de Lyam y le golpeó en la espalda. El pequeño Sanador cayó al suelo, inconsciente.

Asius vio a un demonio sonriéndole desafiante delante de él. Tenía un pie sobre el cuerpo de Lyam.

—No creo que vayas a sacar a Diago de ningún sitio —dijo una voz a su espalda.



Zaedon y uno de los Gemelos habían

caído, junto con dos de los oscuros perros, por el agujero que el gigante de piedra había abierto de un puñetazo. Atravesaron cuatro plantas hasta que chocaron contra el suelo con un golpe seco. Un montón de cascotes se fue amontonando encima de ellos durante los siguientes segundos.

Yala fue el primero en recobrarse. Se sacudió de encima los escombros y levantó la cabeza. Sintió a uno de los perros entre sus piernas. Había perdido su espada durante la caída, así que metió la mano y le arrancó la cabeza de cuajo. Luego la lanzó a un lado. Algo más se movió. Con dos rápidos manotazos despejó el cuerpo de Zaedon de cascotes. El ángel tenía mal aspecto. Sus

ropas estaban manchadas de sangre en varios puntos y movía lentamente la cabeza con una mueca de dolor.

—Estoy bien —dijo con una voz apenas audible.

—Te ayudaré —le dijo Yala.

El Gemelo le agarró por los hombros y terminó de sacarle de debajo de los escombros. Zaedon no era un guerrero. Ni siquiera tomó parte activa durante la Guerra. Era el ayudante de uno de los Justos, el que mató Tanon y al que había sustituido Diacos cuando el Viejo le recompensó por vencer a Satán. Como ayudante de éste tampoco había recibido entrenamiento en combate y sus conocimientos de runas ofensivas y defensivas se limitaban a lo más básico.

A pesar de ello, había hecho cuanto estaba en su mano por ayudar a Yala, sin saber que la última línea de fuego que había trazado entre los Gemelos había debilitado la compleja estructura del símbolo defensivo que éste había creado. Por esa razón el puño de piedra la había fulminado sin apenas esfuerzo.

Los Gemelos tenían un modo especial de desenvolverse con las runas. Eran los únicos que podían crear símbolos complejos uniendo trazos dibujados indistintamente por cualquiera de ambos. Ningún otro ángel o demonio era capaz de hacer algo semejante. Para que una runa funcionase, era imprescindible que sus diferentes líneas fueran trazadas con idéntica fuerza e intensidad,

formando un conjunto perfecto. Cuando se mezclaban dos líneas de diferentes ángeles, la runa resultante se desbarataba sin efecto alguno. Yala era distinto en ese sentido. Uno de los Gemelos podía dibujar una parte de un símbolo y el otro podía completarlo. Esta habilidad les permitía crear runas más rápido que nadie e incluso trazar algunos símbolos extremadamente complejos que ningún otro era capaz de reproducir, siempre y cuando no se separasen.

—Debemos irnos —dijo Yala reclinado sobre Zaedon.

—No tan deprisa —replicó una voz grave.

Un violento golpe en las costillas

arrojó al Gemelo contra una pared. El ángel quedó tendido boca abajo.

—¡Pero si es Yala! —dijo una segunda voz fingiendo sorpresa—. ¿Dónde está tu media naranja?

El ángel oyó cómo el desconocido se acercaba con paso resuelto y calculó su posición exacta mientras recobraba el aliento. Demasiados golpes seguidos. Ahora tendría que hacer frente a dos nuevos enemigos, sin el otro Gemelo y desarmado. Se levantó con los hombros por delante hacia donde había determinado que se encontraba su adversario. Su cálculo fue excelente: chocó contra el demonio y le arrojó a una distancia de casi diez metros. Luego aprovechó su propio impulso y dio una

voltereta sobre el suelo, evitando un semicírculo de llamas que le había lanzado el otro demonio al ver su maniobra.

Se encontraba en medio de dos enemigos. El que había derribado se levantó y esgrimió amenazadoramente su espada de fuego. Ambos se fueron acercando lentamente desde lados opuestos. Yala se lanzó sobre el que acababa de derribar. Necesitaba acortar la distancia con uno para evitar que le atacaran simultáneamente. El demonio dibujó un arco de fuego que le golpeó en el hombro, pero no frenó su avance. El Gemelo llegó hasta él, saltó a un lado, pasando por debajo del filo de la espada, y le golpeó con una de sus alas

en el estómago. El demonio cayó hacia atrás, atravesando la puerta del montacargas y precipitándose por el hueco hasta estrellarse en el fondo.

El otro demonio tardó un poco en reaccionar ante el inesperado ataque. Le envió un nuevo arco de llamas, apuntando justo a la espalda, entre las dos alas, que era el punto más vulnerable de cualquier ángel, pero no contó con que Yala saltase a un lado. El fuego le dio en la pierna y le abrió un profundo corte en el muslo.

—¿Pero qué...? —El demonio se quedó pasmado cuando vio cómo la herida se cerraba casi al instante, con un destello azulado. No había ningún Sanador por allí, así que no encontró

explicación para la desaparición del corte. Pero por difícil que fuese de creer, el muslo de Yala estaba intacto. Aquella luz azulada lo había curado por completo.

Decidido a terminar con él sin dejarle un solo momento para respirar, echó a correr con la espada levantada sobre la cabeza. El Gemelo estaba sobre el suelo boca abajo y acababa de recibir un golpe en el hombro y otro en la pierna, y además seguía desarmado. No tendría una ocasión mejor para terminar con él.

Yala giró sobre sí mismo y se incorporó a medias para encarar a su atacante. Se quedó con una rodilla aún sobre el suelo, justo en el borde del hueco por el que había arrojado a su

primer enemigo. El demonio corría hacia él a toda velocidad. El Gemelo estiró el brazo hacia atrás, introduciendo su mano, con la palma hacia arriba, por el hueco del montacargas. Ahora todo era cuestión de calcular el momento. Una fracción de segundo tarde y estaría perdido. Su adversario ya estaba a pocos metros, levantando la espada un poco más, preparando el golpe definitivo que acabaría con Yala, quien seguía arrodillado.

En el preciso instante en que el demonio estaba a un metro, algo cayó por el hueco del montacargas, a su espalda, dejando una estela amarilla en su descenso y produciendo un silbido agudo al rasgar el aire. El Gemelo sintió

el peso de la espada al caer sobre su mano. La agarró con fuerza y se levantó como un rayo.

El demonio contempló asombrado la espada de Yala sin entender de dónde la había sacado, pues estaba desarmado hace un instante. Pero ya era demasiado tarde para detener su avance.

Yala le partió en dos con un solo tajo.



Asius se giró sobre sus talones hacia la voz que acababa de escuchar. Tres demonios le miraban con sus oscuras

alas extendidas. Algo se movió al fondo de la sala en una esquina sumergida en las sombras, pero no pudo distinguir qué era al estar el trío de demonios en medio.

—Ocúpate de Lyam —le dijo a Vyns en voz baja—. Yo me las veré con esos tres.

—¿Y qué hacemos con Diago? —Vyns le dio la espalda y encaró al demonio que estaba pisando el cuello del Sanador.

—Dejarle en el suelo. No podemos enfrentarnos a todos y cuidar de Diago al mismo tiempo. Nuestra única posibilidad es que Lyam se recupere. Necesitamos sus facultades curativas para equilibrar la balanza.

—Poneos cómodos, angelitos —dijo uno de los demonios que era parte del trío que estaba frente a Asius—. Vais a quedaros aquí con vuestro amigo para que no esté tan solo. La única cuestión es si os quedaréis vivos o muertos.

Nada más terminar la frase lanzó una onda flamígera a Asius. El Consejero reaccionó rápido. Cortó con su espada de abajo arriba y formó una columna de hielo en el aire. La media luna ardiente chocó contra el gélido bloque y se dividió en dos partes que ardieron con menor intensidad. Cada mitad pasó por un lado sin tocarle. Los tres demonios saltaron sobre él.

Asius se adelantó un poco para recibirles, dejando a su espalda la línea

de hielo, y alzó su espada blanquiazul, recubierta de escarcha. Los demonios se separaron al llegar hasta él y le atacaron desde varias direcciones al mismo tiempo. El Consejero detuvo algunos golpes y esquivó otros, pero no tuvo opción de contraatacar. Las tres espadas de fuego que le rodeaban le obligaban a mantenerse a la defensiva. Atacar a uno de ellos le dejaría indefenso ante los otros dos. Continuó protegiéndose como pudo mientras las llamas bailaban a su alrededor.

—Tu amigo es un Sanador, ¿verdad? —le dijo a Vyns el cuarto demonio. Retiró el pie de su cuello y dio un paso atrás—. Odio a estos asquerosos curanderos.

Vyns le vio alzar la espada con las dos manos y prepararse para atravesar al indefenso Lyam. Recordó cómo Diago le había reprendido por no protegerle el día que Edmon murió en las alcantarillas, cuando intentaban capturar a Raven. En aquel momento estaba cegado por el dolor de la muerte de su amigo, pero supo que Diago tenía razón y se dijo a sí mismo que no volvería a cometer ese error. Antes de entrar en el edificio, Asius le había asignado su seguridad y no iba a defraudarle bajo ninguna circunstancia. Ya había cometido demasiados errores con Raven y Nilia como para permitirse un nuevo fallo. Dejó a Asius con los tres demonios, esperando que el cargo de

Consejero no le hubiera ablandado, y corrió hacia Lyam resuelto a dar la vida por salvarle.

No tenía tiempo de usar ninguna runa. La espada del demonio ya había iniciado el descenso y en medio segundo le cortaría la cabeza. Vyns se dio cuenta de que estaba demasiado lejos para llegar a tiempo de detener la fatal estocada sin quedar expuesto pero no le importó. La rabia se apoderó de él y en el último momento saltó a la desesperada, con la esperanza de poder escudar al Sanador. Cuando estaba en el aire, vio cómo la espada se detenía a medio camino y cambiaba de dirección, yendo directamente hacia él. Comprendió que había sido una treta. El

enemigo había empleado la amenaza de matar al Sanador para que él se viera obligado a adoptar una posición vulnerable. Ya no podía detener su propia inercia. La espada se le clavó en el hombro derecho y le partió el ala. Un instante antes de comprender lo que iba a ocurrir estiró al máximo el ala izquierda y consiguió golpear con ella al demonio, que perdió el equilibrio y cayó hacia atrás.

El dolor le recorrió toda la espalda, pero Vyns se levantó como pudo, agarró el mango de la espada que sobresalía por su pecho y se la extrajo lanzando un aullido de dolor. Su ala derecha colgaba inerte y se arrastraba por el suelo. Su hombro derecho estaba separado del

torso varios centímetros, por un corte que descendía hasta llegar casi al pezón y que amenazaba con seguir creciendo. La sangre regaba la mitad de su cuerpo.

Asius oyó el grito de Vyns pero no pudo hacer nada por ayudarle. Tenía sus propios problemas. El trío de enemigos no dejaba de acosarle y le habían hecho un corte superficial en la pierna. El tiempo no corría a su favor. Se cansaría el primero y antes o después cometería un error. Una de sus esperanzas era que Vyns venciera al otro demonio y le ayudase, pero a juzgar por el aullido que acababa de escuchar no era algo en lo que pudiera confiar. Continuó defendiéndose a la espera de que alguno de sus enemigos errase en algún

movimiento clave. Tardaron lo que a Asius le pareció una eternidad, pero finalmente, uno de sus atacantes falló una estocada por bastante distancia, concediéndole un segundo de respiro al no tener que preocuparse de esquivarla o bloquearla. La lucha le había permitido estudiar a sus oponentes y realizó una arriesgada maniobra, basándose en una predicción de sus próximos ataques.

El Consejero saltó ágilmente hacia atrás, cayó cerca del demonio que acababa de fallar y le desequilibró con un golpe de su ala. Luego clavó la punta de su espada en el suelo con las dos manos. El hielo se extendió a su alrededor, sobre el suelo, aprisionando

las piernas de los tres demonios y dejándoles clavados en el sitio. Asius aprovechó que dos de ellos estaban alejados, de forma que tardarían al menos un par de segundos en soltarse. Sacó la espada del suelo y la clavó en la pierna de aquel que había desestabilizado con su ala. Inmediatamente el frío fluyó desde la espada, recorriendo el cuerpo del demonio y convirtiéndole en una estatua de hielo.

—Deteneos y salvaréis su vida —les dijo Asius, sacando la espada y situándose al lado del enemigo congelado.

Los dos demonios miraron sorprendidos a su compañero durante

unos segundos. Asius captó de nuevo un movimiento en la oscura esquina y vio cómo aparecieron líneas de fuego formando un símbolo. Por un momento pensó que era una nueva ola de llamas dirigida contra él, pero no era eso, sino una runa muy extraña, parecida a la que encontraron al inspeccionar los pisos de arriba y que ninguno de ellos había podido identificar.

Vyns aprovechó que el demonio estaba desarmado, ya que su espada se la acababa de extraer él mismo de su propio pecho, y dibujó una runa de fuego que actuó como barrera impidiéndole el paso. El demonio se lanzó sobre ella y descargó una lluvia de puñetazos. Con cada golpe se propagaban ondas

circulares por el aire, que se mezclaban unas con otras, y en pocos segundos la imagen del demonio se vio distorsionada, como si le estuviese mirando a través del agua. Sin perder tiempo, Vyns se agachó y dejó la espada.

—¡Despierta, Lyam! —gritó sacudiéndole con su único brazo útil—. ¡Despierta, maldita sea!

Sabía que la barrera no aguantaría mucho. Estaba muy débil y le costaba tenerse en pie. Apenas había tenido fuerzas que proyectar en la runa protectora. Si el demonio tuviese su arma probablemente la habría destrozado en dos golpes. Lyam no respondía y la runa empezó a desmoronarse. Vyns recogió la espada y

se levantó con dificultad. Se adelantó arrastrando el ala por el suelo y se preparó.

La runa acabó por desbaratarse y el demonio saltó sobre él. Vyns intentó atravesarle con la espada, pero su adversario la esquivó sin esfuerzo y de un golpe de revés se la quitó de la mano. No le quedaban casi fuerzas. Observó impotente cómo la espada caía de su mano y rebotaba en el suelo. El demonio lo derribó de una patada y le agarró por el cuello.

—Vas a morir —le dijo acercando su cara a la suya—. Espero que haya merecido la pena lamerle el culo al Viejo durante tanto tiempo.

Su cuello crujió levemente bajo la

presión mientras golpeaba inútilmente al demonio con su puño izquierdo. Las escasas fuerzas que le quedaban eran apenas suficientes para resistir al estrangulamiento. Su visión empezó a tornarse borrosa.

Mientras tanto, la amenaza de Asius no fue aceptada. Los dos demonios liberaron sus pies del hielo y fueron a por él. El Consejero asestó un puñetazo al demonio que estaba congelado a su izquierda y un pequeño diluvio de fragmentos de hielo se derramó por el suelo. Un enemigo menos. Cuando los otros dos se le echaron encima, se apartó a un lado con rapidez y golpeó en la espalda a uno de ellos con su ala. El demonio salió proyectado hacia delante

y no pudo evitar chocar contra la línea de hielo que Asius había creado al inicio de la pelea. Su cuerpo terminó tirado en el suelo, separado en dos partes, y el hielo quedó recubierto de sangre. Ya sólo quedaba uno.

En ese momento, un estruendo proveniente de la esquina donde Asius había visto la extraña runa resonó en toda la estancia. El Consejero miró en esa dirección y vio avanzar una montaña con forma humana envuelta en llamas azules. Venció la sorpresa inicial y apartó de una patada al último de los tres demonios cuando le atacó. El gigante de piedra descargó un puñetazo. Asius interpuso la espada para detener el golpe y el puño chocó contra ella. El

golpe fue demoledor. El ángel salió volando y se estrelló violentamente contra el suelo, perdiendo su espada en la caída. Había sentido el mazazo en todo su cuerpo y su fuerza era aplastante. El demonio se le echó encima e intentó ensartarle con su espada. Asius, aturdido por el tremendo impacto, no pudo más que girar a izquierda y derecha mientras la espada subía y bajaba sobre él. Al final, el arma atravesó una de sus alas y le dejó clavado al suelo. El demonio se apartó velozmente. Asius sintió que los huesos de su pierna se quebraban cuando el pie del gigante la aplastó. Estaba en una situación desesperada. Su ala estaba clavada al suelo y su pierna aprisionada

bajo el monumental peso de lo que fuese aquel desconocido enemigo.

Vyns estaba a punto de perder el conocimiento. Su enemigo seguía estrangulándole con una sonrisa dibujada en la cara y él ya no tenía fuerzas para resistir. Casi no sentía su propio cuerpo. El pensamiento de que había vuelto a fracasar le atravesó dolorosamente.

Entonces su hombro herido se iluminó. Una luz blanca y resplandeciente le rodeó todo el lado derecho. Vyns notó perfectamente cómo le recorría una agradable ola de calor. El hueso roto de su ala se soldó y el corte de su pecho, que mantenía su hombro separado, cicatrizó sin dejar rastro de la herida.

Aprovechando que el demonio le había dejado el brazo derecho intacto, Vyns le golpeó con todas sus fuerzas en la cabeza y se lo quitó de encima. Rodó a un lado, sacó su espada y le atravesó, todo en un instante. Luego se incorporó y vio a Lyam sentado en el suelo, apoyado sobre una mano. La otra todavía le apuntaba, emitiendo un leve resplandor.

—Lo siento... no le vi venir —susurró Lyam con dificultad.

—No es culpa tuya, amigo. —Vyns se acercó hasta él a toda velocidad—. Yo soy el que debía protegerte. ¿Cómo te encuentras?

—Débil... Pero debemos ayudar a Asius.

Vyns se giró para comprobar cómo le

había ido al Consejero. Lo vio tirado en el suelo boca arriba con un ala atravesada por una espada, y una pequeña montaña de piedra y llamas encima de su pierna. En ese momento, el gigante levantó los dos brazos sobre su cabeza dispuesto a aplastar al indefenso ángel que estaba a sus pies. Vyns lanzó un juramento. Era imposible que llegara hasta él a tiempo.

Asius vio descender los dos puños de roca envueltos en llamas azules y comprendió que ése era su fin. Cruzó los brazos delante de él, aunque después de haber comprobado la fuerza del gigante sabía que su maniobra no sería suficiente para evitar que le destrozase brutalmente.

Un sonido rápido cortó el aire.

Dos líneas de fuego surgieron de arriba abajo a ambos lados del gigante. Las líneas eran idénticas en todos los sentidos y descendieron con la misma velocidad. Los brazos del gigante perdieron su envoltorio de llamas y cayeron ruidosamente a ambos lados de su víctima.

El Consejero vio con gran alivio a los Gemelos, uno a cada lado del montón de rocas, empuñando sus espadas de fuego. Yala se irguió. Cada Gemelo lanzó un puñetazo idéntico y opuesto hacia el otro. Los puños chocaron entre sí, destrozando la cabeza de piedra del gigante entre ellos.

—¡Yala! —Asius esbozó una mueca

de dolor. Su pierna estaba destrozada—. Cuidado. Hay dos más por aquí.

—Han huido —dijo uno de los Gemelos. El otro se fue al fondo de la habitación, hasta un hueco que había practicado en la pared para poder entrar —. ¿Quieres que los busque?

—No. Habrán ido a por refuerzos. Tenemos que irnos antes de que vuelvan. ¿Dónde está Zaedon?

—Está aquí —dijo el otro Gemelo, volviendo con el susodicho, que se apoyaba en él, visiblemente agotado—. Tiene algunas heridas importantes.

—... Lo siento, Asius —dijo el Gemelo, con su habitual tono neutro—. Sé que debería haberle protegido. Me separaron...

—... Hice cuanto pude —terminó el otro.

—Tonterías —repuso Asius. Sabía que cuando Yala alternaba las diferentes partes de una frase entre los dos Gemelos era porque se sentía mal por alguna razón. En esta ocasión, la culpabilidad parecía ser el motivo—. Estaríamos todos muertos de no ser por tu fuerza. Nunca me he alegrado tanto de verte como cuando has acabado con ese montón de piedras. Te debo la vida.

El rostro de Yala se mantuvo serio, sin reflejar emoción alguna. Asius captó un leve brillo en sus ojos y no estuvo seguro de cómo interpretarlo. Vyns se acercó hasta él con Diago en sus brazos. Lyam se agachó a su lado y le examinó

la pierna.

—Has recibido un buen golpe. —El Sanador hablaba con la voz débil, pues aún no estaba restablecido—. No puedo curaros a todos. El estado de Diago es crítico y necesito descansar para reponer fuerzas.

—Cúrale a él primero —dijo Asius.

—Si no te curo —le contradijo Lyam—, no podrás caminar. Tendremos que llevarte y podemos necesitar tu fuerza de nuevo.

—Diago primero —ordenó, obstinado—. Al menos ponle fuera de peligro. Con que pueda caminar es suficiente. Luego si te restan fuerzas me curarás la pierna. El ala me da igual de momento.

Lyam asintió con desgana y se volvió

hacia Diago, que descansaba en los brazos de Vyns. Puso su mano sobre su pecho e iluminó su cuerpo durante unos segundos interminables. Su cara se contrajo por el esfuerzo. El resplandor se extinguió y Diago abrió los ojos, sorprendido. Puso los pies en el suelo y los miró a todos. Sus alas aún sangraban. Sus ojos se posaron sobre el Consejero, tendido en el suelo.

—¡Asius! —Diago se arrodilló junto a él—. Maldito seas. Ya te debo dos. —El comentario hacía referencia a cuando se conocieron en la Guerra, en la que le salvó la vida; desde entonces su amistad les unió para siempre—. No sé cómo agradecértelo.

—No iba a dejarte en sus manos. —Un

destello cubrió la pierna de Asius y la curó. Todavía le dolía pero podía moverla perfectamente. Lyam se desplomó de rodillas en el suelo, extenuado—. Gracias —le dijo levantándose y pasándole la mano por el pelo de la cabeza—. Esto no ha terminado. Debemos salir de aquí a toda prisa. Lyam, ¿puedes andar?

El Sanador sacudió la cabeza con gesto afirmativo y se incorporó con dificultad. Asius recogió su espada de hielo del suelo y la guardó.

—¿Qué eran esas cosas? —preguntó Vyns ayudando a Lyam a levantarse—. Ese bicho de piedra era enorme. ¡Le sacaba dos cabezas a Yala!

—Los traen de algún sitio —les contó

Diago—. Algunos demonios han desarrollado la capacidad de invocar a esos seres. Imagino que proceden del Agujero. —Asius y Vyns intercambiaron una mirada de complicidad—. Me torturaron con ellos. Creo que su intención era probarlos para ver cómo se comportaban contra un ángel. Si no recuerdo mal, a los que tienen forma animal los llaman Sombras y a los gigantes de piedra los llaman Titanes. Usan unas runas...

—Dejemos eso para más tarde —le cortó Asius recuperando el tono propio de quien está al mando—. Tenemos que irnos ya. Diago, lleva a Zaedon. Quiero que Yala esté libre por si nos encontramos con más enemigos. Vyns,

permanece pegado a Lyam en todo momento. Vámonos.

Salieron de la habitación. Asius giró a la izquierda para regresar por donde habían venido pero Yala le asió por el brazo y lo detuvo.

—Por ahí no. Por este lado; hay algo que debes ver —Asius lo miró, dubitativo—. Es importante —añadió el Gemelo al detectar las dudas del Consejero.

—Entonces, tú guías.

Yala se internó en la oscuridad del pasillo y los demás le siguieron. Su visión ya se había adaptado lo suficiente como para penetrar en la negrura sin necesidad de luz adicional.

—Lo siento mucho, amigo. Tenías

razón —le dijo Diago a Asius. Éste le miró sin comprender a qué se refería—. Debí creerte cuando me advertiste, pero no lo hice. —La primera vez que Asius viajó a la Tierra fue justo después de que Edmon muriese intentando capturar a Raven. Entonces le había contado sus sospechas respecto a los demonios y le había pedido su ayuda. Diago se había encolerizado por tratarse de algo que iba en contra de las órdenes del Consejo —. Me pediste que les vigilara. Tú intuiste que los demonios tramaban algo y yo no te escuché, cegado por el sentido del deber que me obligaba a cumplir con mis órdenes. Estabas en lo cierto y Ergon se equivocaba. Para colmo de males perdí a Raven y me dejé capturar.

No merezco que hayas acudido en mi ayuda.

—También yo dude de ti, Asius —dijo Yala antes de que el Consejero pudiera contestar a Diago. Uno de los Gemelos se había puesto a su lado—. Debo reconocer que accedí a acompañarte únicamente porque eres un miembro del Consejo. Tenía serias dudas de que supieses qué estabas haciendo. No volveré a poner en tela de juicio tus planes. A partir de ahora, puedes contar conmigo para lo que quieras.

Asius se quedó sin habla durante unos instantes. No sabía que Yala albergase dudas respecto a él. Su severo e inexpresivo semblante era muy difícil de descifrar pero ahora acababa de

presenciar algo que le sorprendió tanto como los extraños aliados que los demonios se habían traído del Infierno: no recordaba haber visto nunca a Yala diciendo tantas palabras seguidas por voluntad propia.

—No os preocupéis —les tranquilizó—. Por desgracia es algo muy común. Obrabais según lo que creíais correcto. Ahora debemos volver al Nido antes de que sea tarde y sacar a Ergon de su error.

Doblaron una esquina y se toparon con unas escaleras que subían al final del pasillo. Yala les detuvo junto a una puerta cerrada.

—Es aquí —dijo el Gemelo—. Debes ver esto. —Asius agarró el pomo de la

puerta—. Tú solo.

El Consejero se detuvo y consideró aquellas palabras durante un momento.

—De acuerdo. Voy a entrar en esta habitación un segundo. Los demás subid al piso de arriba con mucho cuidado y buscad la salida de este lugar. A la menor señal del enemigo retroceded hasta aquí. Yala, ve con ellos y quédate conmigo.

El grupo se encaminó hacia las escaleras con uno de los Gemelos mientras Asius y el otro entraban en la habitación. Era una estancia amplia con sillas a lo largo de dos paredes opuestas. Una runa de fuego flotaba en el centro de la habitación a un palmo del suelo.

—Lo encontré por casualidad cuando os estaba buscando.

—¿Por qué querías que lo viese yo solo? —preguntó Asius.

Yala no respondió; se limitó a señalar la runa. Asius se acercó a ella. Era un símbolo que conocía muy bien. Lo repasó con el dedo.

La runa brilló con más fuerza y una colección de llamas brotó en el aire por encima de ella. En pocos segundos moldearon una imagen con todo lujo de detalles a ojos de un inmortal. Un Menor sólo vería una hoguera que ardía en el aire.

Las cejas de Asius se levantaron y su frente se arrugó.

—Es el Umbral —dijo desbordado

por el asombro mientras lo estudiaba con gran interés. Era una imagen en tres dimensiones en la que se mostraba parte de la Primera Esfera, concretamente, la Ciudadela—. Es una réplica exacta, hasta el último detalle.

—No me pareció oportuno que lo vieran los demás.

—No podías estar más en lo cierto. Dado que sólo me lo has mostrado a mí, doy por sentado que entiendes las implicaciones de esto. Nadie más debe saberlo, Yala. —El Gemelo no hizo gesto alguno, pero Asius no tuvo duda de que comprendía la trascendencia del hallazgo.

—Los demás han llegado a la salida. Preguntan si deben salir o esperarnos.

—Diles que salgan y nos esperen fuera. No tardaremos en reunirnos con ellos. Y pregúntales si el camino está despejado.

Yala permaneció inmóvil y en silencio mientras Asius terminaba su examen de las llamas.

—Despejado —dijo el Gemelo, secamente.

—Es una de las peores sorpresas que podíamos encontrarnos. Quizás lo hemos descubierto a tiempo... O quizás no. ¿Has visto eso, Yala?

El Gemelo siguió su mirada hacia la pared del fondo, y su rostro se contrajo levemente. Asius sacó la espada de hielo y la habitación se iluminó. Cerca de la pared del fondo, pero sin tocarla,

flotaba un reloj de arena.

—¡Vámonos! —dijo Asius con tono de urgencia—. Señala el día de hoy.

Salieron de la habitación y se precipitaron al pasillo. Subieron las escaleras corriendo y fueron directamente hasta la salida. Yala conocía el camino ya que lo acababa de recorrer. No tropezaron con ningún enemigo. Cruzaron a la calle de enfrente y se reunieron con el resto del grupo una manzana más lejos.

—Tenemos que regresar al Nido ahora mismo —les anunció Asius—. No hay tiempo que perder. Volvamos al portal.

—Puede que no sea necesario —dijo Vyns señalando hacia arriba.

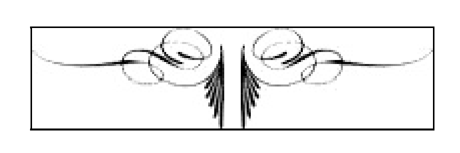
En ese momento el Consejero se dio

cuenta de que el suelo estaba temblando y un sonido penetrante y atronador retumbaba por toda la ciudad. Las prisas y la impresión de lo que había descubierto habían hecho que lo pasara por alto. Levantó la cabeza hacia el cielo y se encontró con la mayor sorpresa de todas.

—No puede ser —dijo, atónito—. Es imposible.

Se escuchó un fuerte estallido y una lluvia de cristales cayó sobre ellos.

CAPÍTULO 21



El señor Harvie estaba descubriendo en ese preciso momento, bajo las sábanas de una cama en una habitación de un oscuro motel, hasta qué punto su secretaria era leal a la empresa, al tiempo que la señora Harvie se impacientaba en su lujosa casa de dos pisos y lanzaba miradas frenéticas a su reloj y a la cena que con tanto esmero

había preparado y que hacía ya diez minutos que se había quedado fría.

A varias manzanas de allí, un padre le pegaba una sonora bofetada a su hijo por haberse acercado demasiado a la Niebla de Hyde Park, mientras un tipo sin escrúpulos aprovechaba la ocasión para llevarse el coche que el preocupado progenitor había dejado en marcha al encontrar a su hijo en la calle y decidir inculcarle el respeto por los mayores mediante un rápido movimiento de su mano derecha.

En la otra punta de la ciudad, Gordon y Nathan discutían acaloradamente sobre la conveniencia de reforzar las fronteras con el Norte ante la poco satisfactoria visita a Londres que su embajador había

realizado.

Lo que todas estas personas, y otros tantos miles, tenían en común, aparte de vivir en Londres, era que dejaron inmediatamente sus respectivas actividades en el mismo instante para salir a la calle y presenciar uno de los sucesos más increíbles de su vida desde la Onda. Ocurrió cuando un atronador temblor atravesó la ciudad. Las vibraciones se propagaron a través del suelo como ondas sobre la superficie del agua.

Empezó de un modo suave y sutil, y fue ganando intensidad pausadamente. Los primeros en percibirlo fueron los animales. Nubes de aves surcaron los cielos, ocultando la luna llena con un

manto de alas. Traicionadas por su sentido de la orientación, realizaban cambios bruscos de dirección y chocaban entre ellas. Los perros tampoco se abstuvieron de manifestar un comportamiento insólito. Se lanzaron a las calles y sus aullidos hicieron añicos el silencio de la noche. Los gatos corrieron despavoridos con sus lomos erizados, saltando entre los coches y contribuyendo al caos general. Algunas zonas de las cloacas y de la red de Metro se inundaron de ríos de ratas que discurrían alocadamente entre chillidos causando una gran consternación en los sombríos moradores de la ciudad subterránea de Londres.

Poco después, los temblores

alcanzaron el umbral de percepción humano, y fue a partir de ese momento cuando la locura empezó a extenderse por la ciudad como un virus. Las crecientes palpitaciones del suelo provocaron que un altísimo número de cabezas se inclinaran hacia abajo al unísono, los viandantes se vieron obligados a adoptar extrañas posturas con el fin de conservar el equilibrio y las pocas personas que a esas alturas aún no eran conscientes de que algo inaudito estaba sucediendo sufrieron un sobresalto considerable al ver su entorno temblar. En algunas localizaciones determinadas de la ciudad, donde el fenómeno se manifestaba con mayor ímpetu, los

muebles llegaron a moverse de tal manera que los atónitos espectadores esperaban descubrir en cualquier momento a un ser invisible que los estuviera empujando. Las sillas botaban sobre el suelo y las mesas se desplazaban hasta topar con algo que las frenase. En un área mucho mayor, aunque sin llegar a abarcar toda la ciudad, se sucedieron caídas de todo tipo de objetos. Los inexplicables temblores no se contentaron con tan poca cosa y se extendieron por paredes y techos hasta cubrir edificios enteros. Las estanterías empujaron lo que hasta entonces sostenían sobre ellas, las paredes se deshicieron de cuadros, espejos y otros adornos, y los techos

arrojaron lámparas y bombillas.

Todo iba acompañado de un estruendo que fue aumentando gradualmente, acompasado con el ritmo de las vibraciones.

En su inmensa mayoría, los ciudadanos extrajeron la conclusión más lógica e intuitiva que sus mentes, asaltadas por el pánico, les ofrecieron para explicar lo que estaba sucediendo: se había desatado un terremoto en medio de Londres. Obrando en consecuencia, muchos reaccionaron como cabía esperar. Buscaron protección bajo mesas o puertas desencajadas, aunque el colectivo general sucumbió al miedo. La gente salió a las calles fuera de control, imitando inconscientemente el patrón de

conducta expuesto anteriormente por los animales. La preocupación por sus vidas y las de sus seres queridos les empujaba inevitablemente a actuar de manera impulsiva, relegando el raciocinio a un segundo o tercer plano.

La ciudad se convirtió en un inmenso marco donde se representaba una escena de caos y desorden de proporciones alarmantes. Los improvisados actores irrumpían en todas direcciones, causando, indirectamente, más destrozos que el supuesto terremoto. Por todas partes ardían vehículos que habían colisionado entre ellos, o con tiendas y comercios situados a pie de calle. Un autobús rojo de dos pisos estaba volcado en medio de la calle y los

pasajeros luchaban por salir a través de sus destrozadas ventanas. Había heridos tirados en el suelo que habían sido pisoteados sin contemplaciones. Se declararon algunos incendios en diversos lugares y algunos desesperados descendían por las fachadas de los edificios, precipitándose al vacío en numerosas ocasiones.

La situación fue empeorando hasta que el temblor que sacudía el suelo de la ciudad cesó repentinamente. Durante unos segundos la gente intercambió miradas de incredulidad, como si esperaran que alguien les confirmase que ya había pasado todo. Poco a poco se fueron dando cuenta realmente de la magnitud de lo sucedido. Estaban

envueltos en un mar de caos asolador. Se escuchaban voces pidiendo auxilio por toda la ciudad. No fueron demasiados los que brindaron su ayuda a los más necesitados. Algunos prefirieron discutir con quien más cerca estuviera en ese momento qué había ocurrido. Diversos integrantes de las numerosas sectas y religiones que se habían fundado después de la Onda proclamaban a pleno pulmón que el fin del mundo había llegado. Fuese o no el fin del mundo, todos revivieron sus peores recuerdos y todos temieron que aquello significase que una segunda Onda fuera a devastar la Tierra de nuevo.

Al poco tiempo, la gente dejó lo que

estaba haciendo y siguió con la mirada los dedos de quienes ya habían encontrado una parte de la respuesta y señalaban hacia el cielo con las bocas y los ojos desencajados. Un edificio revestido de ventanas, de diez plantas de altura, estaba elevándose lentamente. La imagen era difícil de aceptar. Quienes la presenciaban se quedaban mirando hacia arriba sin saber qué decir. Era sencillamente inexplicable y, sin embargo, estaba sucediendo ante sus ojos. No estaban soñando. El edificio seguía ascendiendo, ganando altura a cada segundo. En menos de dos minutos sobresalió por encima de otras construcciones que le rodeaban y que contaban con más de quince plantas.

No era el único. En otras partes de la ciudad, otros cuatro edificios idénticos se alzaron del mismo modo y a la misma velocidad, en perfecta sincronía. En las calles, nadie comprendía lo que ocurría. Las preguntas se formulaban como ecos de los pensamientos que compartían, pero nadie se arriesgó a aventurar conjetura alguna. Los más curiosos se acercaron a las bases de los edificios, esperando encontrar algún tipo de plataforma que los estuviera levantando. Su sorpresa no hizo sino aumentar cuando comprobaron que no había nada debajo: se elevaban como si una grúa invisible y gigante tirase de ellos desde arriba. Finalmente, se detuvieron a unos veinte metros del suelo.

El puro se le escurrió entre los labios cuando el temblor recorrió su lujoso ático. A pesar de sus múltiples facetas, y de su don para los negocios y las relaciones humanas, Jack Kolby no se distinguía de los demás cuando se trataba de enfrentarse a un inesperado terremoto. En cuanto sus muebles empezaron a cobrar vida y a moverse por la habitación y las lámparas se hicieron añicos contra el suelo, Jack se resguardó debajo de una mesa y esperó con relativa calma hasta que terminaron las violentas vibraciones. Los cristales de su ventana habían saltado en pedazos y el frío de la noche invadía su confortable hogar. Ni siquiera pensó en buscar algo de abrigo. Le llegaron las

voces del exterior, el ruido de coches chocando y algunas pequeñas explosiones, y salió de su improvisada guarida para ir corriendo hasta la ventana.

Desde la ventajosa posición de la planta vigésimo quinta, en la que se encontraba su ático, Jack contempló el inquietante panorama que se extendía bajo sus pies con el corazón en un puño. Se sintió tan perdido y tan impotente como el resto de los habitantes de Londres hasta que vio los edificios ascendiendo como por arte de magia. Sin ser consciente de ello, fue el primer mortal que comprendió lo que estaba ocurriendo. Vio tres edificios elevándose en el aire y supo con total

seguridad que había dos más haciendo lo mismo. Incluso supo cuáles eran sin necesidad de tenerlos delante.

Se trataba de los cinco que pertenecían a la Tech Underground Corporation. Rick le había mostrado sobre un mapa cómo encajaban en una circunferencia cuyo centro estaba en Trafalgar Square.

Cuando detuvieron su avance y se quedaron suspendidos en el aire, un fuerte estallido se escuchó en toda la ciudad. Las cristaleras que los envolvían se desprendieron revelando lo que Rick había explicado, que en realidad no eran edificios. Cinco gigantescos bloques negros rectangulares levitaban silenciosamente

ante miles de ojos que no podían dejar de mirarlos, asombrados. Jack recordó que el militar le había dicho que tras investigar en Trafalgar Square no había encontrado nada sospechoso, y ahora entendió que no había nada que encontrar allí, aunque faltaban segundos para que la situación cambiara radicalmente. El magnate también recordó los incomprensibles métodos con los que la T.U.C. había adquirido los cinco terrenos para construir sus enormes bloques negros y camuflarlos como edificios de oficinas, de los cuales el más sorprendente era el embarazo de una mujer a la que habían extirpado el útero hacía trece años. Todos esos detalles se mezclaron en su cabeza

durante apenas un segundo y le dieron la respuesta que tanto había obsesionado a Rick: los cinco supuestos edificios no eran otra cosa que cinco monumentales pilares. Por increíble que pudiera ser, la T.U.C. había construido un portal de dimensiones titánicas en medio de Londres y delante de sus narices.

El resto de las conclusiones no se hicieron esperar demasiado. Si ellos habían enviado una expedición de cien personas a través de un portal con pilares de poco más de un metro de altura, estaba claro que ese portal, con pilares de un tamaño tan descomunal, se había construido para enviar a un número muy superior.

Salió corriendo de la habitación en la

que se encontraba y fue hasta otra desde la que se podía ver Trafalgar Square. No necesitaba mirar para saber que muy pronto la Niebla surgiría en aquella ubicación. No pensaba apartar la vista hasta ver quiénes, y sobre todo cuántos, iban a atravesarla.

Los enormes bloques negros empezaron a girar sobre sí mismos produciendo un murmullo metálico. Al ganar velocidad, su forma pareció ser cilíndrica y mudaron su color negro por un tono indeterminado. El murmullo duró menos de un minuto y, cuando se ahogó, en Trafalgar Square surgió de la nada una nube negra de oscuridad. La Niebla empezó a expandirse abarcando cada vez más terreno y engullendo todo

lo que encontraba en su camino. La gente huyó despavorida. Los monumentales pilares flotantes perdieron toda su capacidad de atraer la atención general cuando la espesa bruma de negrura hizo su terrible aparición.

Su núcleo central se movía en todas direcciones, y aumentaba lenta pero constantemente. Desde todos sus ángulos brotaban lenguas de humo que describían extraños círculos y regresaban al centro de la nube, dotándola de más y más envergadura. Miles de personas que por una u otra razón no pudieron alejarse a tiempo sucumbieron en su oscuro interior. Los espectadores que se hallaban al otro lado del Támesis la vieron acercarse,

precedida por los gritos desesperados que proferían las personas que se lanzaban al río congelado intentando escapar. La espesa capa de hielo aguantó el peso al que la sometieron, y tras una frenética carrera, entorpecida por resbalones, caídas y empujones, la gente empezó a llegar hasta la otra orilla. La Niebla no cejó en su empeño y prosiguió su implacable avance hasta que finalmente se detuvo, ante los primeros edificios al otro lado del río. El número de personas y manzanas que habían desaparecido bajo su manto era incalculable.

En la calle Regent Street, un número considerable de londinenses se desplomaron agotados al darse de

cuenta de que la Niebla había dejado de perseguirles y de expandirse. El pánico aún atenazaba sus cuerpos y sus mentes, y hasta hacía poco les había hecho creer que la bruma no pararía hasta sumir la ciudad entera en la oscuridad. Sus temores reaparecieron con más fuerza cuando un nuevo temblor sacudió el asfalto bajo sus pies. Los que aún estaban de pie perdieron el equilibrio y rodaron por el suelo. Una grieta se originó en el centro de la calle y creció a gran velocidad hacia ambos lados hasta llegar a las aceras y provocar que dos edificios se derrumbasen generando una nube de polvo que los envolvió a todos. Una sección del asfalto se levantó hasta llegar a los tres metros de altura.

Las personas que quedaron en la parte más alta cayeron hacia atrás por la pendiente recién creada, chocando y arrastrando a muchos otros. Durante un largo rato, la gente no dejó de toser ni de sacudir las manos entre el polvo que los envolvía a todos. Poco a poco fueron dándose cuenta de que el suelo retumbaba ligeramente.

Una figura femenina emergió por la grieta que había separado el asfalto. Sus contornos resultaban difíciles de distinguir con claridad al principio. Avanzó con paso decidido y se quedó quieta mirando directamente a la Niebla. Como si obedeciese sus órdenes, la nube de polvo se disolvió en torno a la desconocida y su imponente apariencia

pudo apreciarse con todo detalle. Era una mujer alta, de pelo moreno largo y liso, con ojos negros como la noche. Vestía un chaleco de cuero negro con dos cortes verticales en la espalda. Tenía una expresión seria y su mirada estaba cargada de intensidad. Era imposible dejar de contemplarla. Todas las partes de su anatomía contribuían a formar un cuerpo de proporciones perfectas, coronado por un rostro de belleza sobrehumana. La preciosa figura redefinió el concepto de belleza de cuantos la observaron.

La misteriosa mujer invirtió algunos segundos más en escrutar la Niebla. Sus penetrantes ojos negros apuntaban directamente hacia su interior, dando la

impresión de que podía distinguir algo en la masa de oscuridad que se cernía ante ella. Luego dio un paso al frente y dos inmensas alas oscuras brotaron de su espalda y formaron una gigantesca ‘U’ por encima de sus hombros. Los que la miraban parpadearon al verlo, y alguno que otro incluso echó un poco hacia atrás la cabeza, pero nadie se movió. Estaban irremediablemente hipnotizados y eran incapaces de retirar la vista de algo tan hermoso.

Se escuchó el sonido de muchos pasos marchando a un ritmo constante. Llegaba desde las profundidades y se aproximaba rápidamente a través de la grieta por la que había emergido la desconocida.

—Largo —dijo Nilia en tono firme e indiferente a cuantos estaban a su alrededor.

Se giró, dejando la Niebla a su espalda, y relajó las alas. La gente retrocedió un poco, pero siguió resistiéndose a abandonar el lugar.

Cuatro demonios vestidos de negro aparecieron por la grieta de asfalto caminando al unísono. Había quince metros de separación entre ellos. Cada uno de los cuatro portaba un cetro plateado de dos metros de largo. Les seguían muchos otros, formando cuatro hileras que avanzaban con una sincronía militar. Todos sujetaban en sus manos cetros plateados y llevaban las alas desplegadas. Se detuvieron cuando

llegaron hasta donde Nilia les esperaba.

—No quiero distracciones con los Menores —sentenció ella haciendo un gesto con la mano. Los dos demonios que estaban al frente de las dos filas exteriores sacaron sus espadas de fuego. Los espectadores se apartaron atemorizados—. No tenemos garantías de cuánto tiempo permanecerá abierto el portal, así que no perdamos el tiempo. ¡Colocaos en posición!

Los demonios apoyaron los largos bastones en el suelo e hicieron un gesto con la mano. Los cayados se volvieron dorados, e irradiaron luz a su alrededor. Después, sus portadores marcharon hacia la Niebla. Los dos que habían sacado las espadas fueron rasgando el

aire a la altura de su cintura, dejando una línea de llamas que mantenía apartados a los Menores. Los primeros llegaron hasta la Niebla y los jirones de humo retrocedieron ante la luz de sus cetros. Los Viajeros avanzaron dispersando la nube de oscuridad y formando un túnel de luz a su paso. Las cuatro filas de demonios delimitaban tres anchos carriles por los que pronto desfilaría un ejército como nunca se había visto en la Tierra. La maniobra de colocación de los Viajeros tardó un rato largo en completarse, ya que eran necesarios muchos de ellos para poder alumbrar todo el camino y dejar sitio a un contingente de tropas tan numeroso.

Cuando el último Viajero se colocó en

su posición, Nilia sacó las dagas y dibujó una sencilla runa en el aire. Inmediatamente se empezó a oír un nuevo ruido de pasos que provenía de la grieta abierta en la calle, sólo que mucho más fuerte y atronador que el producido por los Viajeros. Tres figuras salieron en primer lugar. Tanon estaba en el medio y era el único que no mostraba las alas. A su derecha, con sus dos metros de estatura y su cabeza rapada, Urkast miraba a ambos lados de la calle, causando un leve balanceo a sus pendientes de aro. A la izquierda avanzaba Stil con su singular aspecto de ángel. Su larga melena blanca, a juego con el color de sus alas, estaba recogida en una coleta. Tanon, Stil y Urkast eran

seguidos a diez metros de distancia por un ejército de demonios.

Los tres Barones se pararon al llegar hasta Nilia.

El ejército que los seguía se detuvo y el estruendo de su marcha se disolvió de inmediato. Los Menores observaban la escena con los ojos abiertos de par en par, sin atreverse a hacer el menor el ruido que interfiriese en el súbito silencio que les rodeaba.

—Todo en orden —informó Nilia—. Los Viajeros están en sus puestos.

—Perfecto —apuntó Stil—. Nos veremos en el Nido.

—Éste es un gran día, sin duda —comentó Tanon en tono ceremonioso—. A partir de este instante, la historia de

los tres planos va a cambiar drásticamente. La espera ha sido larga pero ha llegado el momento de recoger los frutos de nuestro plan.

Urkast no dijo nada. Intercambió una severa mirada con Nilia y se limitó a escuchar.

—Deberíamos darnos prisa —sugirió Stil—. Después de lo sucedido al colocar el sello, no quiero correr el riesgo de que se cierre el portal.

—Tú siempre tan sensato —dijo Tanon—. Tienes toda la razón.

—Una bellas palabras, mi señor —dijo una voz que salía del fondo de una capucha negra.

—¡Capa! —exclamó Urkast volviéndose hacia él. El Niño se

acercaba mirando a su alrededor, divertido—. Se supone que debes estar con los demás Evocadores en la retaguardia. Tú eres quien les dirige.

—Me atrevería a sospechar que subestimas la inteligencia de mis colegas, poderoso Urkast —dijo Capa inclinando ligeramente la cabeza—. Incluso sin contar con mi liderazgo, no puedo albergar dudas respecto a su capacidad para marchar en fila al ritmo de los demás.

—¿Por qué te has adelantado, Capa? —preguntó Tanon amablemente—. ¿No puedes esperar tu turno?

—Desde luego que sí, mi señor. Y es lo que hacía hasta hace un instante, cuando una noticia de última hora llegó

hasta mis encapuchados oídos. Jamás osaría contravenir vuestros deseos si no me guiase un motivo debidamente importante.

—¿Qué noticia es ésa? —preguntó Tanon.

—Veréis, resulta que un grupo de valerosos ángeles ha reunido el coraje suficiente para asaltar una de nuestras sedes en Londres con la inaceptable intención de liberar a mi querido amigo. Lamentablemente, es mi triste deber informar del éxito de su empresa y de que ya no podremos contar con la compañía de Diago.

—¿Cómo es posible? —preguntó Urkast—. Creía que estaban centrados en los problemas que la Onda causó en

el Nido. ¿Es que no había nadie vigilando?

—Casi no quedaba nadie —explicó Capa con una sonrisa—. Nuestros mejores demonios estaban ya bajo el suelo de Londres, esperando obedientemente, conforme a las órdenes que los Barones han impartido con tanto acierto.

—¿No pudieron detenerles? —preguntó Stil con interés—. ¿Cuántos ángeles eran?

—El pobre infeliz que me ha transmitido la noticia con tanta diligencia no estaba del todo seguro. Tras escuchar su relato y arriesgarme a sacar conclusiones, creo que el grupo no contaba con más de seis miembros, siete

a lo sumo.

—¿Y no han podido defenderse de siete ángeles? —preguntó Stil con el tono de quien sospecha que aún no le han contado todo.

—Adelantándome a una pregunta semejante, también cuento con una posible explicación, la primera parte de la cual está basada en el factor sorpresa. No sería justo obviar que nadie contaba con una acción tan temeraria por parte de nuestros hermanos. La otra parte es más interesante y no descarto el hecho de poder estar equivocado, pero creo firmemente que el hecho de que Yala fuese uno de los ángeles que intervino en el rescate pudo ser lo que les permitiese triunfar en su empeño.

—¡Yala! —Nilia apretó los puños con fuerza—. ¿Estás seguro, Niño?

—Sería de una presunción excesiva el que no contemplase la posibilidad de que podría cometer un error, mi bellísima dama. Pero, ¿se te ocurre un ángel cuya descripción sea más difícil de confundir que la de Yala?

—Puede ser una buena noticia, al fin y al cabo —especuló Stil.

—¿En serio? —Urkast meneó la cabeza poco convencido.

—Piensa en ello —le dijo Stil con su voz suave—. Si han rescatado a Diago, eso significa que estarán por aquí en alguna parte. Es muy probable que lleguemos al Nido antes que ellos y eso significa que no contarán con los

Gemelos, uno de los mejores guerreros que tienen para defender la Ciudadela.

—Yo me encargaré de Yala —dijo Nilia con un intenso brillo en los ojos.

—No. Tú tienes unos objetivos claros que cumplir —repuso Stil con tono neutro—. Te necesitamos, ¿recuerdas? Tienes que matar a Asius, y a cuantos miembros del Consejo puedas. Tu infiltración ya está preparada. Eres la más rápida; nadie más puede hacerlo.

—Hemos trazado un plan para todo. Más te vale atenerte a él —la amenazó Urkast—. Espero que tus ansias personales no nos perjudiquen a todos. Eres demasiado temeraria.

—¡Basta ya, Urkast! —Stil se adelantó hasta Nilia y puso la mano sobre su

muñeca. No creía que fuese a hacer nada, pero no quería arriesgarse a que los planes se truncaran ahora que se hallaban tan cerca de conseguir sus objetivos. Lo malo era que el Barón no estaba del todo equivocado al mencionar su temeridad—. Nilia no pertenece a tu clan, sino al mío. Yo le diré qué tiene que hacer, y puedes estar seguro de que lo hará. Y si alguien tiene algún problema con ella, deberá discutirlo conmigo primero.

—No te preocupes, Stil. Conozco mis órdenes —dijo Nilia clavando los ojos en Urkast. Hizo una leve pausa antes de continuar—. Seguiré el plan, pero debes recordar que hay más gente involucrada. Si todos cumplen y Asius aparece, te

traeré su melena pelirroja como trofeo.

—Es hora de ponernos en marcha —dijo Tanon—. Todos cumpliremos con nuestros cometidos. Hemos superado nuestras diferencias para salir del Agujero y llegar hasta aquí. Yala me importa un bledo y Diago también. No supone ninguna diferencia que estén o no en el Nido. Les aplastaremos igual. Es imposible que estén preparados para recibir a un ejército en la Primera Esfera. Nunca se ha construido un portal de estas dimensiones. Y es el momento de utilizarlo. Seguiremos con esta charla después de conquistar el Umbral.

Los tres Barones se alinearon y empezaron a caminar hacia los Viajeros. La tropa, que esperaba pacientemente,

se puso en movimiento siguiendo a sus líderes. Capa se deslizó a un lado de Nilia y se quitó la capucha.

—Mi admiración por ti no deja de aumentar, mi estimada amiga —dijo con una de sus sonrisas más amplias—. No era consciente de que tu autocontrol fuese tan poderoso. Hubiese jurado que iba a ver dos dagas resplandecientes clavadas en los ojos de Urkast hace un momento. Por supuesto que yo hubiese intervenido en tu favor. No podría dar continuidad a mi existencia sabiendo que has sufrido algún daño sin que yo haya hecho cuanto esté en mi mano para evitarlo.

—Con un poco de suerte nuestros enemigos se encargarán de Urkast —

dijo Nilia—. Así, al menos, esos asquerosos ángeles servirán para algo.

El trío de Barones se fue separando al acercarse a los Viajeros, cada uno por uno de los tres caminos alumbrados por las cuatro filas de cetros dorados. Tanon pasó por el del centro, Stil por el de la derecha y Urkast por el de la izquierda. Los demonios se separaron de la misma manera y el tan largamente esperado desfile a través del portal por fin dio comienzo.

—Un espectáculo impresionante, ¿no crees? —comentó Capa jovialmente—. Si no te importa, disfrutaré de tu compañía hasta que mis Evocadores alcancen esta posición, momento en el que retomaré mis obligaciones y me

veré impelido a alejarme de ti. ¿Te ha gustado el portal que construyeron mis Menores? Considéralo un obsequio personal que humildemente te ofrezco.

—La verdad es que en eso has cumplido con creces, Niño —dijo Nilia mirando uno de los pilares flotantes—. Debo reconocer que tenía mis dudas, sobre todo por emplear a los Menores, pero estaba equivocada. Capa, has conseguido crear el mayor portal de la historia, y sin levantar sospechas. Puedes estar seguro de que me ha gustado.

Los ojos de Capa se humedecieron con rapidez al tiempo que su sonrisa perdía amplitud y su boca se abría ligeramente.

—Tus palabras me llenan de una

satisfacción tal que no soy capaz de describirla. Es la mejor recompensa que podía esperar alguien de mi condición, cuyo único empeño es complacerte.

Los demonios siguieron apareciendo por la grieta y desapareciendo entre los Viajeros mientras Capa se deshacía en rebuscadas muestras de gratitud. Era como si la grieta fuese una boca gigante de la que brotaba una interminable lengua compuesta de figuras negras aladas. Pasaron veinte minutos. Las líneas de llamas seguían ardiendo a ambos lados del desfile de demonios y los Menores se aglomeraban tras ellas para contemplarlo. Casi todas las ventanas de los edificios que daban a esa parte de la calle estaban repletas de

cabezas admirando lo que ocurría sin entenderlo.

—Mis muchachos están a punto de aparecer, querida —dijo Capa con un leve matiz de tristeza—. Temo que voy a tener que abandonarte.

—Sólo una cosa antes de que te vayas —dijo Nilia con un inesperado tono de urgencia.

—Faltaría más.

—Escúchame bien, Capa. —La demonio le agarró por los hombros, sin apretar, y le miró fijamente a sus infantiles ojos azules—. Tengo que saber la verdad: ¿realmente eres el mejor de los Evocadores? Necesito saber si es cierto o sólo es una de tus fanfarronadas.

La expresión de Capa cambió casi con la misma rapidez con la que Nilia realizaba sus letales movimientos, aquellos que tanto habían aprendido a temer los ángeles. Sus párpados cayeron un poco y su sonrisa se esfumó. Frunció el ceño y adoptó una expresión de dolor y tristeza tan profunda que Nilia estuvo a punto de abrazarle y ofrecerle consuelo.

—¿Cómo puedes dudar de mi palabra? —preguntó con la voz de quien ha sufrido un terrible desengaño y no sabe cómo afrontarlo—. ¿Acaso te he dado en alguna ocasión el menor motivo para dudar de mis aptitudes? ¿En qué me he equivocado para no merecer tu confianza? Yo no...

—Está bien, lo siento —le interrumpió

Nilia, que temía que el Niño siguiese divagando hasta el fin de los tiempos. De nuevo se enfrentaba a una de sus perfectas interpretaciones. Su actuación era impecable. Cualquiera que le viese pensaría que era presa de un dolor insoportable en su interior. Nilia ya conocía el drama en que había convertido su vida, o al menos todo lo relativo a su forma de expresarse, y sabía que no importaba si era una actuación fingida o real. Exteriormente no era posible diferenciarlas y nadie era capaz de desvelar lo que pasaba en realidad por su cabeza. Si quería obtener una respuesta, no tenía más remedio que actuar de acuerdo con el guión que Capa establecía—. Me he

dejado llevar por las prisas y he hablado sin pensar. Puede que necesite de tus increíbles aptitudes.

—No te defraudaré —respondió él con una fuerte determinación—. Y entonces podrás comprobar por ti misma cuán equivocada estabas al vacilar. No existe un solo Evocador en los tres planos capaz de obrar las proezas que están a mi alcance.

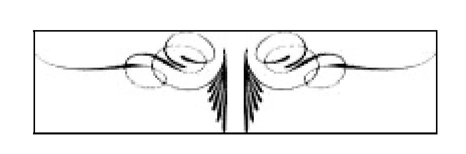
—Excelente —dijo Nilia—. Cuídate, Niño. Nos veremos en el Nido.

—Así lo haré. Quedarás complacida con mi labor. Lo juro.

Dicho esto, se cubrió la cabeza con la capucha y se internó entre el torrente de demonios que fluía desde la grieta hasta la Niebla. Ocupó su lugar junto a los

demás Evocadores y le dedicó a Nilia un saludo con su mano enfundada en cuero.

CAPÍTULO 22



—¡Mamá, mamá! —gritó el pequeño Billy muy excitado—. ¿El fuego puede flotar?

La pregunta descolocó completamente a Grace, que no supo cómo enfrentarse a la desbordante imaginación de su hijo. La parte positiva era que por lo menos el pequeño era ajeno a la ola de destrucción que estaba asolando la

ciudad; seguramente imaginaba que se trataba de un juego nuevo. La parte negativa era que necesitaba desesperadamente que su hijo no le causara problemas, o todos morirían; algo que lógicamente no debería tener que exigir a alguien que contaba con sólo seis años.

—Ahora no, cariño —le contestó sin poder volver siquiera la cabeza para ver qué hacía. Estaba arrastrando como podía el cuerpo inconsciente de su marido, que pesaba una tonelada por lo menos. Tenía que ponerle a salvo antes de que las llamas les alcanzaran—. Ven con mamá, Billy. No quiero que te separes de mí.

El instinto de supervivencia era lo

único que evitaba que se derrumbase. Pasara lo que pasara salvaría a su familia. Le costaba recordar cómo habían acabado en una situación tan peligrosa.

Hacía un momento estaba con su hermano, su hijo y su marido, contemplando anonadados a miles de personas con alas negras desfilar hacia la Niebla, cuando una grieta se propagó por el suelo y causó el derrumbamiento de un edificio que se encontraba muy cerca. Los escombros perforaron la calle, y Grace y su familia cayeron por un agujero.

Al volver en sí descubrió que su hijo continuaba junto a ella, instándola a que se despertara. Estaban en alguna

cavidad del Metro y un incendio amenazaba con acercarse peligrosamente a ellos y privarles de oxígeno. Grace encontró a su marido inconsciente y empezó a arrastrarle. El pequeño Billy le dijo que su tío se había caído por un agujero, ahí al lado, pero no podía ocuparse de todos ella sola. Lo primero era poner a salvo a Larry.

—No sabía que el fuego flotase, mamá —oyó decir a Billy con su voz infantil. Era imposible saber a qué se estaba refiriendo—. ¡Es muy chulo!

Sin poder evitar que su corazón se acelerase mucho más de lo recomendable, Grace dejó a Larry tirado en el suelo cuando escuchó el grito de su hijo. Se dio la vuelta y salió corriendo

por el único camino posible.

—¡Hombre malo! —gritó Billy llorando descontroladamente—. ¡Hombre malo!

Grace giró alrededor de un bloque de escombros particularmente grande y casi se dio de bruces con un hombre altísimo. Debía de medir al menos dos metros. Su largo pelo rubio fluía suelto sobre sus hombros y llevaba los brazos desnudos, salvo por unos brazaletes muy extraños. Su indumentaria no era la mejor para mantener el calor corporal. De su mano derecha colgaba Billy, quien daba patadas y manotazos en el aire y no paraba de repetir hombre malo. El desconocido le sujetaba como si fuese una bolsa que debía mantener separada

de él. Lo mantenía lejos del suelo, pero no se apreciaba delicadeza en su modo de agarrarle.

Un poco más atrás, Grace vio algo que la dejó muda de asombro. Era un símbolo muy raro; nunca había visto nada remotamente parecido. Se componía de varios trazos que formaban círculos y líneas entrecruzados. Aunque no lo comprendía, no le dio la sensación de que fuera excesivamente complejo. Lo que nunca olvidaría de aquel signo era que estaba dibujado con fuego. Sus trazos eran sucesiones de llamas que ardían silenciosamente en el aire. Flotaban, como había dicho su pequeño Billy.

—No toquéis la runa —dijo el rubio

en tono neutro. Su rostro era muy serio. Se acercó a Grace y le entregó a su hijo.

—¡Espera! —le pidió ella sujetándole por un brazo al ver que se marchaba. No comprendía cómo, pero algo le decía que aquel hombre era su única esperanza —. Mi marido... y mi hermano —rogó con la voz quebrada—. Por favor —fue cuanto pudo añadir antes de caer al suelo de rodillas totalmente rendida. Sólo le restaban fuerzas para abrazar a Billy.

Si el hombre rubio no la ayudaba, tendría que enfrentarse a una decisión tan cruel que era injusto que se le plantease a nadie. Era absolutamente imposible que ella sola sacase del Metro a su marido, a su hermano y a su

hijo. Por el bien de Billy se vería obligada a escoger.

El hombre rubio no dijo nada. Pasó a su lado y fue hasta el borde de una abertura enorme que había en el suelo. Grace lo observó sin saber qué estaba haciendo. Entonces, el hombre dio un paso adelante y se tiró por el agujero. La mujer se quedó sin aliento. Era el mismo lugar por el que había caído su hermano y, cuando ella había escrutado en su interior, sólo había visto negrura.

Debería haber sentido la desesperación apoderándose de ella lentamente. Sin embargo, no le dio tiempo. Eran tan incomprensibles las cosas que estaba presenciando que ya no sabía qué emoción sentir. Ante sus

perplejos ojos, vio a su hermano elevarse velozmente. Su cuerpo emergió del agujero y ascendió casi tres metros. Tenía los ojos cerrados, y tanto los brazos como las piernas colgaban inertes. No cabía duda de que estaba inconsciente. Sin embargo, eso no fue todo. Antes de que cayese contra el suelo, el hombre rubio alargó el brazo y lo recogió en el aire; sin mucha suavidad, cierto, aunque el resultado fue bastante mejor que si lo hubiera dejado chocar contra el suelo.

Grace era incapaz de entender cómo había llegado hasta allí el desconocido. Hacía dos segundos que se había tirado por el boquete y ahora ya estaba de regreso. Era como si no se hubiese ido.

Pero entonces, ¿quién había lanzado a su hermano hacia arriba?

Otro cuerpo más subió de la misma manera. El rubio lo atrapó al vuelo. Otro más, y con el mismo resultado. Grace y Billy observaban impresionados como si se tratara de un espectáculo; por un instante olvidaron dónde se encontraban. Otro cuerpo más salió por el agujero. El rubio tenía ya a tres personas en sus brazos; no había sitio para más. Justo cuando parecía que el cuarto cuerpo iba a estrellarse contra el suelo irremediablemente, algo muy rápido y muy grande se interpuso en su brusco descenso. Un par de alas blancas inmensas partían de la espalda del hombre rubio; sobre una de ellas

descansaba el último cuerpo que había sido lanzado.

—Hay más personas abajo pero están muertas —explicó dejando los cuerpos sobre el suelo. Luego ocultó de nuevo las alas.

Un brazo de fuego asomó en ese instante desde detrás del montón de escombros. Venía del lugar en el que Grace había dejado a Larry. De nuevo la invadió el terror al pensar que se había olvidado de su marido. Apartó a Billy y salió corriendo.

—Está vivo —dijo el hombre alado sujetándola con un brazo—. Ahora le traigo.

—¡Es mi marido, maldita sea! —chilló Grace golpeando al desconocido.

Era como dar puñetazos a una barra de hierro, pero estaba fuera de sí por el dolor—. Has dicho que le traerías, ¡muévete!

—Aquí está —dijo una voz a su espalda. Grace se dio la vuelta y vio a un hombre rubio idéntico al que la sujetaba. Sostenía a Larry en sus brazos.

El interés por su marido se desvaneció ante la certeza absoluta de que se estaba volviendo loca. Giró el cuello y repasó de nuevo al que la agarraba, incluso tocó su brazo para asegurarse de que era real. El hombre la miró sin reflejar expresión alguna. Entonces ella volvió a mirar al que transportaba a Larry. Tampoco se apreció ninguna mueca en su serio semblante. Eran idénticos,

iguales en todos los detalles. Supo al instante que no constituían un par de gemelos normales.

Algo explotó cerca avivando el fuego que les atosigaba. Los Gemelos no hicieron el menor caso a las llamas, que aumentaban a una velocidad alarmante. Grace se soltó y tomó a su marido en brazos. Billy llegó corriendo hasta ella en ese instante y abrazó a su padre.

—Apartaos —dijo uno de los extraños.

Grace se retiró como pudo, retrocediendo ante las llamas. De repente apareció otro hombre por donde había llegado antes el rubio. Era alto, aunque no tanto como los Gemelos, y lucía una melena pelirroja preciosa.

Portaba una espada azul que ella hubiese jurado forjada de hielo. Al llegar hasta donde estaban, cortó el aire con su magnífica arma y formó ráfagas de hielo. Luego dio un golpe en el suelo y el fuego retrocedió inmediatamente al tiempo que una delgada capa de escarcha se esparcía sobre la superficie y las paredes.

—¿Algún problema, Yala?

Uno de los Gemelos negó con la cabeza. Más personas llegaron en ese momento; otros cuatro, con atuendos similares a los que llevaban los rubios, y un montón de gente muy escandalosa. Grace prestó atención a la espera de captar alguna conversación que explicase qué estaba sucediendo. Los

rubios y sus amigos hablaban de cosas que no entendía, refiriéndose a personas con nombres muy extraños. Al final consiguió captar los suficientes fragmentos de conversación para entender que eran un montón de refugiados que habían sido rescatados por el grupo del pelirrojo, que parecía estar al mando.

—Eres un desastre, Yala —criticó un hombre rubio de pelo corto y cejas arqueadas dirigiéndose a uno de los Gemelos; Grace no supo a cuál—. Tienes que aprender a tratar a los Menores. Ni yo soy tan cruel con ellos cuando les salvo —dijo mirando los cuatro cuerpos amontonados que había sacado del agujero.

—Déjale en paz, Vyns —le reprendió otro individuo bajito, de apariencia sosegada.

—Sólo intento enseñarle, listillo —se defendió el aludido—. Aquí los clones son una autoridad repartiendo leña, pero en lo que al trato con los Menores se refiere no tienen ni idea. ¿Me vas a decir que no tengo razón, Lyam?

Grace no entendía de qué hablaban. No sabía quiénes eran los Menores y la actitud del que se llamaba Vyns no concordaba con la conclusión que se había formado acerca de aquellos extraños tras ver las alas del rubio.

Se sorprendió mucho al ver que uno de los Gemelos la miraba directamente mientras se aproximaba. Agarró a Lyam

por el cuello en su camino hacia ella, disolviendo la pequeña discusión que mantenía con Vyns.

—Cura al marido y al hermano de esta mujer, Lyam —dijo el Gemelo mirando a Grace fijamente.

Lo siguiente que ocurrió fue un auténtico milagro que terminó por desvelar la identidad de aquellos extraños. Por si las alas no hubiesen bastado, el tal Lyam puso la mano sobre el pecho de Larry y una luz blanca manó de ella prácticamente al instante. El hombre abrió los ojos y se encontró con los de su mujer. Se abrazaron con fuerza, incluyendo al pequeño Billy entre ellos. Poco después el hermano de Grace se incorporó al grupo y ella les resumió lo

ocurrido, pero hasta que no vieron a Lyam curando a otra persona no terminaron de creer su increíble relato.

—¿Estás seguro, Yala? —preguntó el pelirrojo a uno de los Gemelos.

—Del todo, Asius. He estudiado esa runa y sé que es de Tanon. Reconocería sus llamas en cualquier parte.

—Entonces la situación es extremadamente grave. Debemos regresar inmediatamente.

—No podéis iros —intervino Grace, que había creído entender que se marchaban—. Hay más personas que os necesitan. No podremos salir de aquí sin vuestra ayuda.

—Podría quedarme con ellos y ayudarles —se ofreció Lyam.

—Si él se queda, yo también —aseveró Vyns—. Este patán metería la pata si yo no lo vigilo.

—No podéis salvarles a todos —les contradijo Asius con un brillo de tristeza en los ojos—. Sabéis cuál es vuestro lugar. La peor amenaza imaginable acaba de atravesar la Niebla. Tenemos un enemigo que detener. Si fracasamos en eso de nada servirá lo que consigamos aquí. Los Menores serán sometidos... o algo peor. —El pelirrojo se acercó a Grace—. Lamento no poder ayudaros más. Pero no os dejaremos completamente solos.

—Pero... os necesitamos... —sollozó Grace.

Yala se adelantó y se arrodilló ante

ella. Los presentes contemplaron asombrados la escena. Cada Gemelo tomó una mano de Grace, la alzó y depositó un beso en sus dedos. Todo sucedió con una sincronización perfecta, ya que se movían a la misma velocidad.

—No temas. Os dejaremos con alguien que os sacará de aquí.

Grace se quedó absolutamente fascinada. No sabía a cuál de los dos hermosos ángeles debía mirar, pues ya no tenía duda de que eran eso, a pesar de que el grupo no le parecía especialmente llamativo. Vyns era el que más le recordaba a un humano normal y corriente. Los demás no sobresalían en ningún aspecto concreto, con la posible excepción de Asius, que irradiaba un

aura especial difícil de clasificar.

Pero luego estaba Yala. Exceptuando el detalle de que se trataba de dos personas, era exactamente como siempre había imaginado que sería un ángel. Era alto y apuesto, poseedor de una increíble belleza. Supo que podría pasar horas observando su rostro y la gracia con que se movía. El hecho de que los Gemelos fuesen iguales hasta ese punto tan cercano a lo imposible le inspiraba una idea muy concreta. En opinión de Grace, eran una demostración viviente de la perfección.

Interrumpiendo un instante que conservaría para siempre en su memoria, Yala soltó sus manos y se separó. Cada Gemelo se hizo a un lado

al tiempo que se incorporaban. En medio de ellos apareció el hombre más alto que Grace hubiera visto en su vida. Era mucho más alto que Yala, algo que ya de por sí era insólito, tenía la piel negra y la cabeza completamente rapada. Varios pendientes de aro tintineaban en sus orejas.

—¡Escuchadme todos! —pidió Asius situándose junto al gigante negro—. Vais a seguir a este hombre, que os sacará de aquí. Él conoce el camino. En cuanto estéis de nuevo sobre las calles de Londres, buscad un lugar seguro alejado de la Niebla. —El descomunal hombre negro echó a andar y todos le siguieron como si estuviesen hipnotizados, atraídos por las desproporcionadas

dimensiones de su improvisado guía. Asius se volvió hacia su grupo y les dijo —: El tiempo apremia. Vamos a impedir que la muralla termine de derrumbarse o provocará una reacción en cadena que destruirá media ciudad. Luego regresaremos a toda prisa.



El humo se dispersaba pausadamente dejando a la vista uno de los mayores horrores que el sargento Roydon E. Spencer había contemplado en su carrera militar. La escena era digna de

las que su memoria registraba de las guerras de los primeros años de la Era de la Onda.

—¡Preparaos para un nuevo disparo! —tronó la voz de Gordon por encima del estruendo general—. Esa escoria del Norte no entrará en Londres.

«Que Dios me perdone por esto», se lamentó Spencer orientando el cañón del tanque con su temblorosa mano.

Su compañero cargó otro obús en la recámara mientras él contemplaba con el corazón encogido a los refugiados arrastrándose al interior de la ciudad.

Entre jirones de humo negro, los pobres damnificados que habían sobrevivido a la ráfaga de cañonazos que los veinte tanques habían vomitado

sobre ellos a una orden del comandante Gordon continuaron atropellándose unos a otros en un desesperado intento de alcanzar la seguridad que suponía Londres. Una violenta tormenta estaba devastando el área circundante, y si no lograban ponerse a resguardo morirían sin remedio, con lo que se abalanzaban alocadamente al resquicio de esperanza que hallaron en la brecha que se había formado en la muralla.

Su desesperada situación les hizo reptar sobre una masa de escombros, sangre y pedazos de cuerpos que estaban esparcidos sobre el suelo. Espoleados por el pánico, se arrollaban sin contemplaciones en su alocada carrera hacia la salvación.

Cuando la ciudad había sido sacudida como una alfombra por la apertura del gigantesco portal, una sección de la muralla se había desmoronado ante las demoledoras vibraciones que la habían recorrido. Las inmensas planchas de acero se tambalearon y terminaron por ceder, llevándose consigo un pequeño edificio muy estrecho que estaba incluido en el trazado del muro. A lo largo de algo menos de cuarenta metros de recorrido la ruinosa barrera desapareció.

Cuando Gordon recibió los primeros informes, no tardó en razonar que todo era obra de sus vecinos de la Zona Segura del Norte. Las negociaciones que habían mantenido con el embajador

habían sido un desastre. No habían alcanzado ningún acuerdo y Gordon había sospechado durante todo el tiempo que su adversario estaba evaluando la situación. Ahora lo veía con claridad. De algún modo aquel embajador prepotente y su escolta habían colocado una bomba en el corazón mismo de la ciudad. Su plan era evidente. Le habían distraído con aquel espectacular cañón plateado, que por suerte había terminado sepultado en las alcantarillas, para que no prestase atención a los componentes del explosivo que habían infiltrado. No era complicado de hacer. Existían mil maneras diferentes de desmontar una bomba en piezas pequeñas para ser armada posteriormente.

Pero ya no cometería más errores. La ciudad entera dependía de él y no iba a defraudarla. Reaccionó con la rapidez que la situación demandaba. Identificó la brecha en la muralla como la mayor amenaza para todos ellos y ordenó al destacamento pesado que se encontraba más cerca acudir a restablecer el orden. En cuanto se presentó allí no vaciló y ordenó abrir fuego sobre los invasores norteños que inundaban su ciudad a través de la brecha.

—¡Sargento! —gritó—. Dispare una vez más. Si con eso no se detienen, lanzaremos otra rociada.

Era una auténtica aberración. Spencer cerró los ojos para no verlo. No sirvió de nada, ya que la imagen de aquellas

personas irrumpiendo entre los cascotes estaba fresca en su mente. Cerrar los párpados no borró sus expresiones enloquecidas y atemorizadas.

—¡Deteneos, no disparéis! —oyó gritar a alguien.

Spencer no dudó en acatar esa orden. Observó su alrededor como pudo y vio la rechoncha figura de Nathan aproximándose corriendo hasta Gordon. El hombretón sudaba tanto que parecía haber caído en una piscina.

—¿Qué quieres ahora, Nathan? —le increpó, malhumorado—. Ésta es una situación militar. Tu autoridad queda revocada.

—No lo hagas, Gordon —le suplicó con la voz quebrada por la falta de

aliento—. No han sido los norteños. No es un ataque.

—Estás mal de la cabeza —le replicó, asqueado. Su intromisión le estaba retrasando y eso le enfurecía—. No tengo tiempo para tus tonterías a favor de la diplomacia. No aprobarías una acción militar ni aunque te estuviesen apuntando con una pistola en plena cara.

—No se trata de eso —se quejó Nathan—. Está relacionado con el portal, Gordon. Los he visto con mis propios ojos, te lo juro.

—¿Qué has visto? —resopló al límite de su paciencia. Con cada segundo de inactividad la situación empeoraba.

—Hombres alados —contestó Nathan, impelido por la necesidad de que lo

entendiese. La única esperanza de evitar aquella masacre era hacerle entrar en razón—. Están surgiendo del subsuelo de la ciudad. Tienen unas alas negras enormes y se internan en la Niebla con unos bastones de luz muy raros que...

—Hazte revisar la cabeza, Nathan —le interrumpió Gordon, que ya había soportado suficientes chorradas. Ese hippie pacifista no le robaría ni un segundo más. La seguridad de Londres era su responsabilidad y no la desatendería por más tiempo—. Estamos en una época dura. No podemos permitirnos gobernantes débiles como tú. ¡Sargento, dispare a los intrusos!

—¡No! —gritó Nathan—. ¡Que nadie abra fuego sobre...!

Un disparo cortó su discurso. Gordon observó impasible el hilillo de humo que emergía del cañón de su pistola y volvió a enfundarla, satisfecho. Nathan se desplomó con un agujero en la cabeza por el que brotaba un chorro de sangre.

Debería haberlo hecho hace mucho tiempo. Ya no tendría que repartir el poder con nadie y podría constituir la Zona Segura más fuerte de todas.

—¡No he oído el tanque disparando sobre los intrusos, sargento! —rugió.

Spencer volvió a encomendarse a Dios al ver que no había forma de escabullirse. Comprendió que sus opciones eran abrir fuego o acompañar a Nathan con un balazo en el cráneo. Dedicó un último pensamiento a los

refugiados y se maldijo a sí mismo por ser un cobarde y no hacer nada por ellos. Llevó inevitablemente la mano hasta el disparador del cañón cuando algo sucedió de improviso.

La temperatura descendió bruscamente. Spencer empezó a sentir mucho frío y supo que sus dientes no tardarían en empezar a castañear. Su aliento se hizo visible en forma de vaho, al tiempo que una leve capa de escarcha empezaba a cubrir el interior del tanque. Tanto él como su compañero se apresuraron a salir al exterior. Lo que vieron les dejó helados, mucho más que la precipitada caída de la temperatura.

La parte delantera de los veinte tanques estaba cubierta por una densa

capa de hielo. Los cañones eran una sucesión de carámbanos alargados de los que pendían pequeñas estalactitas. Spencer no tenía la menor idea de cómo era posible que un fenómeno semejante pudiese producirse, pero dio gracias por no tener que haber vuelto a disparar sobre aquella pobre gente.

Gordon echaba espuma por la boca. Vociferaba órdenes incomprensibles y exigía una explicación inmediata. Spencer le oyó decir algo de una nueva súper arma de los norteños capaz de congelarlo todo.

Entonces apareció la respuesta de la manera más insólita imaginable. Un hombre alto con una larga melena pelirroja caminaba hacia Gordon. Su

mirada era muy seria y su paso era firme y seguro. En su mano portaba una espada impresionante que a Spencer le pareció hecha de puro hielo. Su hoja era de un azul precioso y estaba recubierta de escarcha. El desconocido acaparó todas las miradas inmediatamente. Justo antes de rebasar cada uno de los congelados cañones, el pelirrojo los fue destrozando con sencillos mandobles de aquella espectacular espada.

El recién llegado llevaba unas ropas que no eran corrientes. La verdad era que Spencer no había visto a nadie vestido de ese modo desde antes de la Onda, cuando en Londres el clima era mucho más agradable. Otras cuatro personas, con indumentarias similares,

alcanzaron corriendo al pelirrojo.

—¿Quiénes sois vosotros? —exigió Gordon sin amedrentarse ante ellos. Estaba loco de rabia—. Pertenecéis a esos cobardes del Norte, ¿me equivoco?

—Ya os dije que los Menores son idiotas —comentó uno de los recién llegados en tono casual—. Demasiado tiempo observándoles; ya ni me sorprenden. —Recibió un codazo de uno de sus compañeros, pero no pareció importarle—. Sólo ellos consentirían que un pedazo de anormal sin cerebro como éste estuviera al mando.

—¡Cállate, Vyns! —le cortó el pelirrojo—. No somos del Norte —le dijo a Gordon—. Y nadie volverá a disparar a esa gente.

—No sé quiénes sois —admitió Gordon con un tono de voz más comedido—, pero nadie me dice lo que debo hacer en mi...

—La muralla no aguantará, Asius —le informó al pelirrojo otro de aquellos extraños—. Los dos lados se están tambaleando y terminará cayendo. Mi consejo es derribarla. No podemos hacer nada y puede matar a muchos Menores si se derrumba.

—Déjame un par de segundos a solas con Gordon, Asius —suplicó Vyns—. Te garantizo que estará mucho más suave cuando le enseñe a valorar...

—Deja de molestar, Vyns —intervino el que antes le había dado un codazo—. Eres muy cansino con los Menores.

Asius, voy a ocuparme de los heridos si te parece bien.

—Ya basta —protestó Asius. Todo el mundo se quedó en silencio—. Vyns, estate quietecito y no te separes de mí; no me fío de ti. Lyam, adelante. Haz cuanto puedas por ellos pero no te agotes. Diago, no derrumbes la muralla. Díselo a Yala; él puede arreglarlo.

—Lo dudo mucho —le contradijo Diago—. Son muchas toneladas. No podrá reparar las dos estructuras sin perder un montón de tiempo.

—Tú díselo —repuso secamente.

La gente empezaba a formar un círculo alrededor de los recién llegados. Los soldados perdieron todo el interés por la supuesta guerra en cuanto vieron a Lyam

curando a un par de heridos. Diago se alejó corriendo hacia la brecha seguido de otro tipo muy silencioso que no había dicho nada y que parecía el de mayor edad con diferencia.

Asius organizó en un momento el caos que reinaba en la zona. Siguiendo sus instrucciones, los misteriosos recién llegados pusieron a todo el mundo en movimiento para despejar la zona de la brecha y apartar a quienes no podían valerse por sí mismos.

—¿Quién crees que eres para dar órdenes? —preguntó Gordon—. Yo soy la máxima autoridad aquí.

—Ya hemos visto cómo ejerces tu autoridad, imbécil —le desafió Vyns—. Has matado a sangre fría a Nathan.

Asius, por favor, déjame enseñarle modales a este payaso. Si le destituimos, los Menores saldrán ganando.

—No me lo recordéis en el futuro, pero casi estoy de acuerdo con Vyns —declaró Lyam—. No podemos dejar a esta gente bajo el mando de este individuo.

—No —sentenció Asius—. No vamos a intervenir más de lo imprescindible. Olvidáis que podría ser peor privar a un pueblo de su líder en un momento como el que viene, que dejarle con uno que vosotros consideráis inapropiado. Además, puede ser el hombre correcto para que sobrevivan a lo que se avecina. No el que les conviene a largo plazo, pero sí en estos momentos. ¿Os atrevéis

a tomar esa decisión a la ligera?

Gordon fue incapaz de articular palabra. Nunca en su vida se había sentido tan menospreciado. Estaban decidiendo si le permitían o no continuar al mando delante de sus propias narices, como si él fuera un objeto sin voluntad que no tuviese opinión en el asunto. Sin embargo, no era capaz de protestar. Algo especial emanaba de aquellos hombres. Sobre todo del pelirrojo. Vyns y Lyam no osaron replicar sus palabras, aunque Gordon notó que Vyns hacía un esfuerzo por contenerse.

Aún no sabía cómo manejar aquella inesperada situación. Gordon examinó los alrededores para ver qué hacían sus

hombres cuando reparó en un tipo muy alto que estaba encima de la muralla. El viento mecía su larga melena rubia mientras permanecía en perfecto equilibrio, justo al borde de una de las planchas de acero que amenazaban con desmoronarse y ensanchar la brecha. Gordon siguió la mirada del desconocido y se encontró con una copia del mismo. Parpadeó varias veces pero nada cambió. Dos hombres rubios exactamente iguales se miraban el uno al otro desde ambos extremos del hueco de la muralla.

Se movieron de un modo tan sincronizado que uno de ellos tenía que ser forzosamente un reflejo del verdadero. Los dos rubios sacaron

sendas espadas de fuego y luego rasgaron el aire de arriba abajo, dibujando un semicírculo de llamas que se quedó suspendido en el aire. Entonces saltaron al vacío y de sus espaldas salieron un par de alas inmensas. Planearon cada uno al encuentro del otro, cortando al aire con sus armas y dejando dos líneas de fuego inclinadas. Gordon contempló fascinado cómo se encontraban a medio camino, se enganchaban por los codos de los brazos libres y descendían juntos girando sobre sí mismos. Durante todo el tiempo las espadas dejaban una estela de llamas en el aire. Al posarse en el suelo, los ángeles se separaron y fueron hasta los extremos opuestos de la brecha, donde

dibujaron más trazos.

Poco después parecieron satisfechos de su creación. Se reunieron de nuevo y acudieron junto a Asius. Todo el mundo estaba perplejo ante el gigantesco símbolo de fuego que mantenía unido el muro. Ninguna de las planchas de acero se movía lo más mínimo. Y nadie tuvo la menor duda de que a partir de ese momento aquella porción era la más sólida de toda la muralla de Londres.

—Buen trabajo —dijo Asius. Yala sacudió las cabezas levemente como respuesta—. Ya no podemos perder más tiempo. Debemos irnos ahora mismo.

—Esperad un momento —pidió Gordon en un tono manso que no era propio de él. Todo estaba sucediendo

tan rápido que se sentía confuso y perdido, pero la idea de quiénes eran aquellos tipos se estaba forjando en su mente poco a poco. De lo que no dudaba era de que habían venido del portal—. Vosotros sois... da igual. Explicadnos qué es todo esto. ¿Es otra Onda?

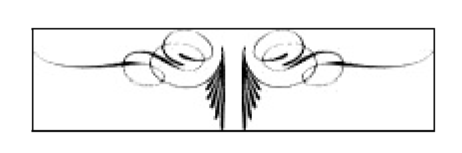
—No. No tiene nada que ver con la Onda —aclaró Asius—. Es una guerra que no os concierne. Rezad para que podamos contenerla y no llegue jamás aquí.

—Ya estamos acostumbrados —repuso Gordon—. No somos unos cobardes. Si es necesario lucharemos. Desde la Onda hemos sufrido muchas guerras.

—No como ésta, te lo aseguro —dijo

Asius—. Créeme si te digo que no podéis ni imaginar una guerra como la que se avecina.

EPÍLOGO



Las pesadas cajas pasaban de mano en mano a lo largo de una hilera de empleados inquietos que las recogían y las entregaban al siguiente hombre, preguntándose en todo instante cuántas quedaban. La mercancía iniciaba su manoseado viaje en un almacén del fondo del edificio y recorría un angosto pasillo hasta desembocar en un camión

aparcado junto a la entrada.

Los descontentos portadores se quedaron atónitos ante el desastroso aspecto que presentaba su jefe cuando apareció de improviso. Era una imagen tan difícil de aceptar como la de los cinco edificios voladores que aún permanecían suspendidos sobre Londres.

La americana estaba rasgada a lo largo de la costura entre el brazo y la espalda. A través de la deshilachada raja se veía claramente la camisa, la cual exhibía una mancha enorme, y no estaba adecuadamente introducida por dentro del pantalón: una parte colgaba por fuera. El cinturón estaba desabrochado y su punta oscilaba de un lado a otro al

son de los airados pasos de su dueño. Varios empleados pensaron que nunca antes le habían visto despeinado. Los sucios mechones de pelo negro se columpiaban desordenados sobre su frente, ofreciendo un contraste considerable con el acostumbrado peinado engominado del que solían formar parte.

—¡Tú, acércate! —gruñó Jack Kolby señalando a uno de los porteadores. El hombre pasó la caja al que tenía a su lado y abandonó la fila para acercarse al jefe—. ¿Tienes fuego?

—N-no fumo —se disculpó, intranquilo. Jack estaba tan agitado que prácticamente masticaba el puro que asomaba en su boca. No tardaría en

caérsele al suelo—. Lo siento —se apresuró a añadir.

—No importa —le tranquilizó—. Tengo una misión muy importante para ti. Necesito que te centres en lo que te voy a encomendar, ¿entendido?

—Y-yo haré cuanto esté en mi mano —prometió el sorprendido empleado.

—Excelente —dijo Jack, satisfecho—. Vas a coger un par de cajas, tal vez más. Luego subirás a mi piso en el ático y guardarás en ellas todos mis trajes. Por supuesto, primero los meterás en bolsas de plástico para que no se ensucien. También te llevarás las tres cajas de puros que tengo ahí arriba. Eres el responsable de que mis pertenencias lleguen intactas. ¿Algún problema?

—Ninguno, señor —le aseguró—. Puede contar conmigo.

Jack le estrechó la mano y le vio alejarse a toda prisa.

—¡Los demás, moveos! —ordenó—. Tenemos que largarnos de aquí. Quiero todo el telio cargado en los camiones antes de dos horas.

De camino al ático, casi se atraganta dos veces. Una con un pedazo de puro que se había deslizado hasta su garganta sin que fuese consciente de ello, y otra con su propio malhumor. La Niebla que había conjurado el portal gigante de los cinco edificios se había tragado un pedazo de ciudad nada despreciable, y céntrico. En el momento en que lo vio y se pudo hacer una idea de su extensión

aproximada, casi sufrió un ataque al corazón al percatarse de las pérdidas que le iba a suponer. Tenía un considerable número de propiedades y locales de todo tipo en la zona que ahora estaba ocupada por la Niebla. Era un revés importante para él. Conocía el funcionamiento del portal y, si no estaba equivocado, la Niebla se retiraría en algún momento, pero no estaba seguro de que todo fuese a estar allí como si nada. Era algo de lo que tendría que ocuparse más adelante.

En cuanto penetró en su ostentoso piso no pudo evitar lamentar tener que abandonarlo. Agarró una botella y un vaso, y salió a la terraza por última vez. Se apoyó en la barandilla de espaldas a

la calle, y contempló con melancolía su querido hogar mientras daba buena cuenta del magnífico licor al que pronto tendría que renunciar si sus predicciones eran acertadas.

Dos tragos más tarde, por fin apareció Pit. Su silueta alta y ligeramente encorvada se introdujo en la terraza con movimientos rápidos.

—He venido en cuanto he podido —se disculpó—. Estoy a tu disposición. Velaré por tu seguridad.

—¡Sé cuidarme solo! —protestó Jack —. Exijo una explicación. No me advertiste de un portal en el centro de mi ciudad, maldita sea. ¿Por qué?

—Me hago cargo de tu preocupación —dijo Pit en tono tranquilizador—.

Debes saber que yo tampoco lo sabía. Mi jefe me lo contó hace pocas horas. Entiendo que la muerte de tantas personas te haya...

—¡Al infierno con las muertes! —rugió Jack, descontrolado—. ¿Tienes idea de cuántos negocios manejaba en esa zona? Mis pérdidas son incalculables. Teníamos un acuerdo, traidor.

—Creo que estás intentando negociar —reflexionó Pit adoptando un tono más serio—. No me da la sensación de que seas tan necio como para no ver las ventajas de nuestro acuerdo. Y sabes que estoy cumpliendo mi parte. Está bien, dime: estás fingiendo haberlo pasado peor de lo que ha sido. ¿Por

qué? ¿Qué esperas como compensación?

—El telio —contestó Jack abandonando su exagerada actitud de enfado. Pit había descubierto su estrategia y no veía razones para mantenerla—. Mis pérdidas se verían adecuadamente compensadas si me cuentas de una vez cómo manipular ese material.

—No dejas de sorprenderme, Jack. Debo admitir que tienes valor para mantener esa actitud tan osada sabiendo lo que sabes, y me impresiona que tu mente siga maquinando, pero no todo puede ser como tú quieres. Aún es pronto para eso. Los acontecimientos se desenvuelven a su propio ritmo, como debe ser. El momento llegará, ya te lo

dije.

—Al menos dime de una vez qué coño es el telio ese —exigió con la expresión de quien sabe que no le van a hacer el menor caso.

—No puedo. Nuestra situación, la de todos nosotros, es más precaria de lo que puedes comprender —explicó Pit—. Un simple error lo echaría todo a perder. Hasta que no me autoricen no puedo contarte nada del telio.

—De nuevo ese jefe tuyo, tras el que siempre te escudas, te impide contestarme. Me pregunto si existirá realmente o si se trata de una simple excusa que te inventas.

—No finjas conmigo, Jack —le aconsejó con una sonrisa—. Sabes

perfectamente que es real. Y no te preocupes; arde en deseos de conocerte.

—¿Por qué no le dices que venga ahora? —sugirió—. Le invitaré a una copa con mucho gusto.

—Lo hará en cuanto pueda —prometió Pit—, pero no será pronto. Está embarcado en la misión más peligrosa que se pueda imaginar. Indirectamente, todos dependemos de que tenga éxito. Lo entenderás cuando le conozcas.

—Genial —suspiró Jack, resignado. Era evidente que por ahora no iba a conseguir sacar nada más—. ¿Te importaría ayudar con el camión de ahí abajo? Hay varios escombros bloqueando la salida.

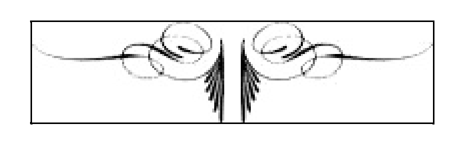
—Por supuesto que no —dijo Pit en

tono servicial—. Me ocuparé ahora mismo.

Dio un paso y luego saltó al vacío tras impulsarse con la barandilla. Jack le observó desplegar las alas y planear suavemente hacia el callejón.

—Odio que haga eso —murmuró llevándose la botella a los labios.

Nota del autor. Diciembre de 2010



Nunca me he llevado bien con el sol. En seguida me pongo rojo como un tomate y lo paso francamente mal. Además, la claridad me molesta mucho en los ojos y no puedo sobrevivir sin

gafas de sol. La estampa que luzco las pocas veces que no puedo evitar ir a la playa es bastante atípica: un tipo que no se quita la camiseta y que tiene todo su cuerpo debajo de la sombrilla. Con este plan, lo normal es aburrirse mucho, pero el hastío tiene algo positivo, porque se me va la cabeza pensando en historias. Así empezó la que acabas de leer, en una playa de la provincia de Castellón.

César, el coautor, es justo lo contrario. Le gusta tomar el sol y disfruta como un loco, achicharrado sobre la arena. Creo que su intención era entretenerme, y no escribir un libro, cuando aquel día de julio de 2007 se sentó a mi lado y me soltó: "Vamos a pensar una historia para escribir un libro". Yo nunca había

escrito nada, ni se me había ocurrido intentarlo, así que le miré de reojo sin tomarle en serio. Él empezó a proponer temas y cuando ya me había convencido de que el sol le había dado más tiempo del debido en la cabeza, dijo: "Podemos hacerla de ángeles y demonios", y ahí consiguió toda mi atención. Una hora más tarde ya habíamos considerado el tono de la historia, algunos personajes y muchos otros detalles.

Cuando regresamos a Madrid, me di cuenta de que seguía pensando en ello, es más, me gustaba tener ese proyecto metido en la cabeza. Dos años más tarde, y tras muchas vueltas, consideramos que la historia ya estaba pulida y la escribimos.

Lo primero que descubrimos es que habíamos pensado muchísimo. En esos dos años, la historia había crecido más de lo que sospechábamos y era imposible condensarla en un solo libro.

Esperamos que esta primera parte te haya gustado, que sientas curiosidad por saber qué pasará a continuación, y lo más importante de todo, que te hayas entretenido. Si es el caso, podemos anticiparte que queda mucha tela por cortar. Hay más personajes que aún no han aparecido. Quedan todavía muchos conflictos y muchos misterios por resolver, siempre con la acción impulsando la historia.

El mundo ha cambiado y la Era de la Onda no ha hecho más que comenzar.

Nada nos gustaría más que conocer tu opinión sobre la novela, e incluso tus propias teorías acerca del misterio de la Onda.

Actualización: El segundo y el tercer volumen ya están disponibles y a la venta.

Gracias por leer.
Fernando Trujillo Sanz

